BIBLIOTECA GEOPOLITA

EL CONGRESO

REVOLUCIONARIO INTERNACIONAL

DE PARÍS

SEPTIEMBRE DE 1900



BUENOS AIRES
LIBRERÍA SOCIOLÓGICA
CORRIENTES, 2041
1902

EL CONGRESO REVOLUCIONARIO INTERNACIONAL

DE PARÍS

BIBLIOTECA GEOPOLITA

EL CONGRESO

REVOLUCIONARIO INTERNACIONAL

DE PARÍS

SEPTIEMBRE DE 1900



BUENOS AIRES
LIBRERÍA SOCIOLÓGICA
CORRIENTES, 2041
1902

PRIMERA PARTE

ANTECEDENTES NECESARIOS

Nadie, que del movimiento social se ocupe, habrá olvidado el Congreso obrero socialista celebrado en Londres el año 1896. Este Congreso, convocado, como tantos otros, por los socialistas parlamentarios, fué un completo fracaso. Se invitó á todos los trabajadores, y cuando los anarquistas socialistas pretendieron intervenir en dicho acto, se apeló á todos los recursos de la política menuda para excluírlos. Se les negaba la cualidad de socialistas olvidando que en países como Italia y España propagaron, lucharon y sufrieron por este ideal, por el ideal socialista—anarquista ciertamente—desde mucho antes de que apareciese el socialismo parlamentario. Los organizadores del Congreso pretendían que todo el mundo comulgase en la necesidad de la acción legislativa y parlamentaria, pretendían unificar, imponer la unificación de la conducta á todo el proletariado, reduciendo al estrecho espíritu de un partido—el demócrata-socialista—la amplísima concepción del socialismo obrero. Su obra fué simplemente de exclusión, fanática, intolerante.

No sólo no hizo nada este Congreso (Kropotkine), no sólo no afirmó ninguna idea—salvo en la resolución referente á la educación que fué redactada por un anarquista francés,—sino que terminó en medio del disgusto general.

Tres y medio días empleó el Congreso en discutir si «los anarquistas y los antiparlamentarios habrían de ser admitidos en la augusta asamblea», si los señores Jaurés y Millerand podían ser admitidos sin mandato en virtud de su «derecho de diputados» y si Guesde y compañía habían de formar una nación francesa separada de la nación francesa obrera.

¿Qué se discutió de utilidad? Ni la cuestión del parlamentarismo (Malatesta), tan importante que tiene dividido al socialismo en dos bandos; ni la cuestión de la *huelga general* que á tantos parece el medio más práctico para determinar un cambio radical en la constitución de la sociedad; ni la organización económica del proletariado que antes era considerada unanimemente y hoy la consideramos aun nosotros como el primer paso hacia la suspirada emancipación. Todo esto fué declarado académico, inútil, sin importancia, lo cual prueba que lo que se quería era un Congreso político, parlamentario, de gobierno, no verdaderamente socialista. «Este no es un Congreso de Sociología» respondían siempre que se trataba de discutir cualquiera de aquellos problemas.

El resultado había de ser funesto para el Socialismo marxista que al fin se vió obligado á tomar el acuerdo de que los futuros congresos fuesen puramente socialistas demócratas, cosa que si hubieran hecho antes habría excusado toda intervención de los anarquistas y antiparlamentarios.

De la conducta seguida en este Congreso por los partidarios de la urna electoral, de los pucherazos, de las tramoyas, de las falsas traducciones á que se apeló para excluírnos, hallará una buena é imparcial noticia, el que quiera leerlo, en el libro de A. Hamon «El Socialismo y el Congreso de Londres», que oportunamente se tradujo al español.

Como consecuencia de estos hechos, que provocaron la retirada del Congreso de las Uniones de oficio inglesas en masa, se proyectó, por los grupos revolucionarios de diversos países que se vieron en la necesidad de separarse de la democracia social y por los anarquistas, celebrar un Congreso en París durante la Exposición de 1900. Este Congreso fué preparado desde primeros de 1898, bastante antes de que los parlamentaristas acordaran celebrar el suyo en París y no en Alemania, como habían decidido en el Congreso de Londres, sabiendo bien que tal decisión no era viable.

El primer llamamiento para la celebración del Congreso antiparlamentario fué hecho por Domela Nieuwenhuis (del partido socialista antiparlamentario de Holanda), Fernando Pelloutier (secretario de las Bolsas del Trabajo de Francia) y Emilio Pouget (redactor del *Père Péinard*), y dirigido á las agrupaciones obreras, á los socialistas revolucionarios y á los anárquistas. Se constituyó un grupo de organización formado por varios miembros de diferentes grupos de París y bien pronto las adhesiones recibidas por este comité fueron numerosas. La opinión se agitó vivamente en Europa y en las dos Américas. En la época de la celebración del Congreso denominado «Obrero Revolucionario Internacional», esto es, en septiembre de 1900, se contaban, entre las adhesiones, treinta y ocho grupos de París, de ellos varios Sindicatos, y un gran número de provincias. Acudieron á este Congreso delegados de Bourges, Toulouse, Bordeaux, Nîmes, Epinal, Nancy, Rennes, Valréas, Toulon, Chinon, Marseille, Saint-Etienne, Roubaix, Montpellier, Tourcoing, La Tour-du Pin, Montereau, etc. Del extranjero concurrieron delegados de América del Norte, de la República Argentina, de Inglaterra, de Alemania, de Italia, de Suiza, de España, de Bélgica, de Holanda, de Bohemia y de Rusia. Otros enviaron su adhesión por escrito desde Bulgaria, Rumanía, Grecia, Portugal, Brasil, Islas Sandwich y Uruguay.

Conviene advertir que en algunos países, como Portugal, fueron detenidos bastantes anarquistas con el propósito de impedir que acudieran al Congreso de París.

Mas lo que nadie esperaba, ni los amigos de Francia, ni los delegados de los demás países, ocurrió en la noche que debía celebrarse la primera sesión preparatoria del Congreso antiparlamentario. El gobierno francés, del que forma parte un socialista, Millerand, que en la oposición combatió rudamente las leyes de escepción, llamadas *scélérates*, contra los anarquistas, que en Londres pretendió ser admitido como delegado por el «derecho de ser diputado» mientras apoyaba á los que negaban la admisión á los anarquistas que llevaban sus nombramientos, sus mandatos en forma, de organizaciones obreras; el gobierno francés, repetimos, con la aprobación de este socialista *dignamente marxista*, acordó prohibir la celebración del Congreso y de *toda reunión análoga*, fundándose precisamente en las dichas leyes *scélérates*. No valieron las protestas de la prensa, no valieron las de nuestros camaradas franceses. El gobierno republicano que acababa de consentir un Congreso clerical, totalmente clerical, no pudo permitir la celebración de un Congreso socialista revolucionario, anarquista si se quiere, ya que los anarquistas estaban en él en mayoría. La famosa comida dada á los alcaldes, la muerte de Humberto, coincidiendo casi con la fecha del Congreso, y otras razones diplomáticas que no están al alcance de los pobres mortales, hicieron que el gobierno radical socialista atentara brutalmente contra el derecho de reunión y la libertad de manifestación del pensamiento. ¡Y con que silencio tan significativo acogieron esta medida la prensa socialista parlamentaria y las reuniones actuales de los aspirantes á diputados y á ministros, de aquellos para

quienes es pura cuestión académica, la *huelga general, la organización económica del proletariado* y otras análogas!

Y no se argumente que los socialistas parlamentarios protestaron al fin. Protestaron, cuando la protesta no tenía ninguna eficacia, cuando se vieron al descubierto ante las acusaciones que partían de todos lados.

La Francia republicana, la Francia de los fetiches republicanos, que se queda con la boca abierta ante la elevada columna de la Plaza de la Bastilla, ó ladra furiosa en el Campo de Marte ó en la Plaza Vendôme, ó va á rendir pleito homenaje á la zarpa del enorme león que guarda la urna electoral en la base de la estatua de la República, en la plaza del mismo nombre, ó que aclama frenética á Loubet cuando triunfalmente desciende por los Campos Elíseos rodeado de su estado mayor, ministros, generales, etc. y bien guardado por su escolta regia, como un monarca que se sirve enseñarse á sus súbditos, esta Francia que da de comer á los alcaldes como el pastor á su piara de puercos, puede estar orgullosa de haber igualado á su ídolo y aliado, el Czar de todas las Rusias. El país, mejor, los hombres de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad han dado un *soberano* puntapié á la más preciada conquista de una revolución sangrienta.

Los delegados franceses que intentaron reunirse en la *Maison du Peuple*, pueden certificar de los atropellos y de la inaudita intolerancia de las autoridades republicano-socialistas.

Mas no hay fuerza que impida lo que la voluntad de hombres decididos quiere.

El Congreso Obrero Revolucionario Internacional no se ha reunido en París. Se reunirá en Londres, donde no hay socialistas ministros, ni gobiernos republicanos que puedan impedirlo.

De las reuniones privadas de los delegados extranjeros tenidas en París, surgió el propósito y el propósito se cumplirá.

Entretanto la obra del Congreso de París no ha quedado del todo incumplida. Las memorias, informes, estudios, etc., remitidos al mismo, han sido publicados en su totalidad por los camaradas franceses. Algunas han sido publicadas en otros idiomas.

Y he aquí lo que ofrecemos al lector en este libro: trabajos de información, trabajos de estudio, todo lo que hubiera sido materia de discusión en el Congreso prohibido.

Que el lector juzgue imparcialmente si hay en todo ello nada que pudiera revestir carácter irritante, nada que justifique, que disculpe siquiera la prohibición dictada.

Entregamos la obra del *peligroso* Congreso Obrero Revolucionario Internacional á la rectitud de los hombres de bien.

La Agrupación Editora

ADHESIONES AL CONGRESO

Informaciones sobre movimiento y propaganda

I

América

Conozco que el concurso aportado á nuestro Congreso por los camaradas de América y de Inglaterra no ha dado lugar á conclusiones muy resueltas, más espero que esto no os haya hecho perder la fé en el movimiento anarquista americano ó inglés y que, por tanto, no habréis creído que se debe aquel suceso á la inacción ó indiferencia de los compañeros de dichos países.

Acabo de dar término á una excursión de propaganda en América que ha durado ocho meses, mediante la que he dado 210 conferencias, visitado 60 ciudades y dirigido la palabra á 50 ó 60 mil personas. Además he dado otra série de conferencias en Inglaterra y en Escocia, en cuya excursión empleé cuatro meses y, aunque menos fructuosa que la primera me permite, sin embargo, aseguraros que los compañeros, al menos los de lengua inglesa de Inglaterra y de América, están de todo corazón y con toda el alma á vuestro lado respecto al proyecto de organización del próximo Congreso, y que ellos os prestarán su concurso tanto material como moral. El hecho de que hasta el presente hayais recibido de ellos pocas noticias, es debido á diferentes dificultades contra las que hemos tenido que luchar en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña.

Trataré de daros idea de nuestra situación actual á fin de que podáis comprender mejor las dificultades de nuestra lucha. En lo que se refiere primeramente á América, estoy segura que muchos de entre vosotros conocen más ó menos el movimiento americano, quiero decir, el movimiento anarquista entre los americanos y no entre los extranjeros, pues aunque los anarquistas italianos, franceses, españoles, tcheques é israelitas sean más numerosos y más fuertes, no tienen á este objeto interés para nosotros, porque para llegar al establecimiento de una sociedad libre en América, debemos interesar por nuestras ideas á los americanos mismos. Pero vosotros no conocéis este movimiento más que por los periódicos y podríais ignorar este hecho: que el movimiento americano está todavía en su infancia—joven por los años y débil por su fuerza, puesto que no existe más que desde hace cinco ó seis años.—Hasta entonces el movimiento estuvo en manos de los extranjeros que eran así mismo ó bien revolucionarios simplemente, ó bien anarquistas por el nombre y demócratas socialistas por las tendencias. Después de la primera aparición del *Firebrand* (secuestrado por las autoridades del Oregón y que se publica entre tanto bajo el nombre de *Free Society*—Sociedad libre—) en San Francisco, fué cuando empezamos á abrirnos

camino entre el pueblo americano. Prueba lo que digo el hecho de que los *Trade Unions* (uniones de oficio) americanos, los clubs sociales y literarios, las sociedades de ciencias morales y filosóficas no nos consideran ya como dinamiteros, como bestias feroces, como borrachos, vagabundos, que ni se peinan ni se lavan, (idea que han extendido nuestros enemigos y sus bufones, órganos de la prensa diaria) sino que nos invitan amistosamente á dar conferencias y escuchan con interés la exposición de la filosofía anarquista. Más como los anarquistas americanos no son numerosos y habitan en el Oeste, en países como el Colorado, Texas y California, les será extremadamente difícil reunir los 1,500 francos necesarios para enviar delegado al Congreso (y cuenta que por otra parte puede costar todavía más caro). Sin embargo no hemos perdido la esperanza de mandar un delegado.

El compañero Pedro Kropotkine ha remitido recientemente un artículo á *Free Society* exponiendo la importancia del Congreso, lo cual ha sido absolutamente necesario porque algunos anarquistas alemanes emprendieron una campaña contra el propósito de mandar representación y han denunciado el Congreso como parlamentario; de mi parte haré aparecer muy pronto un artículo en el mismo periódico á fin de proponer los nombres de algunos compañeros como delegados y abrir una suscripción con objeto de reunir los fondos que se necesitan. Con el concurso de los anarquistas extranjeros, sobre todo de los anarquistas israelitas, que son los más fuertes y los más activos, esperamos poder mandar delegado americano al Congreso. Si de todos modos no lo logramos, estamos decididos á mandar memorias sobre nuestra propaganda y consideraciones sobre las ideas en general. Los compañeros W. Holmes, Morton, Nold y yo hemos empezado ya á trabajar en los informes relativos á California, Colorado, Texas, Missouri, Illinois, Michigan, Pensylvania, New York y otros Estados de América.

En Inglaterra los compañeros han constituído un grupo llamado del Congreso que comprende los miembros del grupo «Freedom», Kropotkine, Tcherkesof y otros. Este grupo, cuyo secretario es el compañero Charles, recientemente escarcelado después de nueve años de encierro en una prisión inglesa, está en comunicación con otros grupos semejantes de Leeds, Glasglow y otras ciudades, con el objeto de reunir fondos para el Congreso y para la edición de los trabajos. En Leeds han reunido ya 300 francos y el grupo espera recoger todavía más. De todos modos podéis contar ya sobre seis delegados de Inglaterra.

En estos momentos los camaradas ingleses deben emplear todas sus fuerzas en provocar meetings, organizar manifestaciones contra la guerra más cruel, más brutal, más inhumana, más injusta, más ruin, dirigida por una banda de grandes ladrones y de bolsistas y sancionada por el mónstruo insaciable, el gobierno, contra un puñado de valerosos campesinos que luchan como leones por su independencia y por su libertad.

El primer gran meeting se verificó el 20 de febrero y puedo aseguraros que desde hace mucho tiempo no he visto en Londres un meeting tan entusiasta y de tan grande indignación. Como anarquistas nuestra obra principal es luchar contra todas las formas de injusticia y de opresión. Por esto espero que vosotros os uniréis á los compañeros ingleses en la más vigorosa protesta contra el asesinato cometido á sangre fría en los admirables rebeldes, los Boers, por el ejército inglés, detrás del que están los ladrones Chamberlain, Cecil Rhode, Milner y los capitalistas ingleses que aspiran, por apoderarse de las minas de oro del Transvaal, á pasar sobre los cuerpos sangrientos, palpitantes, de los Boers y sus familias.

Abajo todas las formas de la injusticia y viva nuestro amor por la independencia y la Anarquía!

EMMA GOLDMAN

*
* *

COLORADO SPRINGS (Estados Unidos).

Queridos compañeros:

Me sorprende la poca actividad de muchos compañeros en proporcionaros las informaciones necesarias para el Congreso de París.

En las ciudades de este país son muy raros los individuos que defienden y propagan abiertamente la ética y los principios de la anarquía; de todos modos, hay muchos que creen que sirven á la causa propagando pacíficamente las doctrinas, sin comprometerse, y de un modo indirecto. En ciertos casos la acción silenciosa é invisible del topo es más eficaz para destruir la ciudadela del monopolio y de la supertición que todas las explosiones y pasadas algaradas.

En Colorado Springs solo conozco dos anarquistas declarados y no obstante hay muchos individuos que se dedican á propagar con verdadero cariño las doctrinas anarquistas. No existe grupo alguno constituído y los compañeros se limitan individualmente á educar á los obreros que les rodean.

La comunidad es algo cosmopolita y extramadamente aristocrática en tendencias. Existen, sin embargo, señales que revelan una más elevada intelectualidad susceptible de asimilarse los principios anarquistas y preparatoria de un excelente terreno para la propaganda futura.

Los principios esenciales de la anarquía excluyen la superstición y la hipocresía y la mejor labor que puede realizarse consiste en alejar á las gentes de la superstición, de la ortodoxia y del fanatismo religioso y político de que actualmente están muy impregnados.

Incitémosles á pensar y no habrá que temer por los resultados; impulsémosles á estudiar la moral de la cuestión económica, desentrañar el misterio de la reforma de tarifas, el derecho de la fuerza, etc., etc., y llegarán inevitablemente á nuestro objetivo y abrazarán nuestras ideas. Seamos bastante tolerantes para acoger toda acción que pueda ayudarnos á romper los lazos que atan á las multitudes y pongámoslas en condiciones de poder pensar y obrar por sí mismas. Solo de este modo podremos establecer aquí el reinado de la libertad y de la igualdad.

W.

*
* *

LOS ÁNGELES (Colorado, E. U.)

Queridos amigos:

Víctima de la esclavitud económica contra la cual se ha organizado el Congreso, no podré asistir personalmente viéndome obligado á recurrir á la intermediación de mi amiga Emma Goldman para comunicaros mis ideas.

Tengo empeño en llamar particularmente vuestra atención sobre la necesidad absoluta de hacer caminar paralelamente la solución de la cuestión de los sexos y la de la cuestión económica. En nuestra calidad de radicales debemos proclamar bien alto la importancia que damos á esta cuestión al parecer tan sagrada que hasta los más radicales no osan abordarla.

El matrimonio actual es un acto puramente legal y si queremos destruir la organización gubernamental es necesario abolir antes las funciones oficiales y todas las ceremonias consiguientes. Además, la sociedad atribuye al matrimonio un sedicente valor moral que consiste en una especie de apropiación de la carne humana y contra esto conviene protestar. ¿Qué derecho tiene el Estado, la sociedad ó el individuo á inmiscuirse en mis relaciones con la mujer ó las mujeres que yo amo ó que me amen? Esto solo debe interesar á los interesados, si así les place, y así debe ser, pues de otro modo no tendrían el derecho de obrar así y nadie lo tiene en vituperarles.

Toda mujer tiene no solamente el derecho, sino el deber de escojer con toda libertad su compañero y el padre de sus hijos; libre ha de ser para dar á cada uno, si así le place, un padre diferente. De este modo se garantizaría poder formar una generación capaz de gozar de las bellezas de la tierra y nos conformaríamos con la ley natural de la selección sexual que tanto puede beneficiar á la sociedad humana.

Ya que proclamamos ante el mundo entero la libertad para todos, debemos necesariamente proclamar también la libertad del acto más noble y más elevado del género humano, la libertad del amor.

Si no reconociéramos la importancia de este principio destruiríamos las bases de la felicidad y con ella lo que queremos fundar á todo trance, la libertad.

HERMANN EUGHSTER

La propaganda en los Estados-Unidos

Por su posición geográfica la gran república americana ha tenido la oportunidad de desarrollar el gobierno representativo en su forma más democrática. Aislada del resto del mundo, no corriendo peligro de ninguna invasión extranjera y desprovista de los grandes enredos diplomáticos el ensayo se ha hecho libremente, sin temor á lo que puede ser un gobierno pretendido libre en una nación libre. Mas de cien años de experiencias nos han demostrado que gobierno y libertad no pueden estar juntos y que á consecuencia de la propiedad privada y de los resultados de la forma económica de la nación que influyen sobre los destinos políticos del país, hemos llegado al punto que, habiendo partido de un régimen democrático nos hemos convertido en una nación cesarista, gimiendo bajo el yugo de una plutocracia que posee medios de producción y bienes naturales en escala mucho mayor y más poderosa que en parte alguna.

Se habla mucho de libertad y de riqueza, y para muchos, América es sinónima de abundancia, de bienestar y de libertad. Sin embargo, en realidad, sufrimos los mismos males que nuestros compañeros de Europa y por lo tanto tenemos sus mismas aspiraciones. Para la inmensa mayoría del pueblo el dejar hacer, dejar correr de los economistas burgueses es su principal moral, es decir, dejarse ilusionar, engañar, robar y explotar. Domina el principio de cada uno para sí, el triunfo del más astuto, del más granuja, del más audaz; dignos resultados de la libertad política y de la desigualdad económica. Nada tan egoista como un agiotista, un propietario rapaz, de conciencia tan elástica como un comerciante de los que abundan por excelencia en este país. Explotar, engañar y robar á obreros miserables es un mal, ciertamente, pero como si yo no hago este cúmulo de canalladas otros las harán, tanto da que sea yo quien me aproveche, y sostenga la lucha por la existencia. Así se piensa en este país. Desde el momento en que el dinero es el único soberano cualquier bajeza es buena para procurárselo. Mientras los intereses sean opuestos y el beneficio de uno represente la pérdida de otro, continuará pasando lo mismo.

El amor al dinero está tan filtrado en las costumbres, que, demócratas y republicanos pueden impunemente robar, saquear la nación; la masa de electores no halla en ello nada de vituperable, muy al contrario. La frase habitual, cuando estalla un escándalo, y estallan á menudo, en los labios de proletarios es: «*Y do not blame them. Y would do just the same.*» (No los censuro, en su lugar yo haría lo mismo). Es el individualismo elevado al colmo quien nos ha dado esta moral.

En un país donde todo el mundo se interesa en los negocios públicos, parece que debería encontrarse mayor elevación de ideas; sin embargo, los periódicos andan llenos de cuentos é historietas sensacionales y los oradores hablan kilométricamente para no decir nada de sustancia. Los partidos políticos se lanzan unos á otros mas injurias y calumnias que argumentos; los hombres públicos se venden al mejor postor. El gran bombo domina; sin él, no hay triunfo posible. No nos extrañemos; vivimos en el país de la *réclame,* para triunfar hay que prodigarla á manos llenas. No se cazan las moscas con vinagre ni los hombres con verdades.

En América, donde existe hasta cierto punto, la libertad de reunión, donde la prensa está menos vigilada, á excepción de Inglaterra, que en otros países, donde todos pueden leer y escuchar todas las cuestiones que se traten, en completa libertad y desde todos los puntos de vista, parece que el pueblo debiera saber comprender y escojer; pero aquí, como en todas partes, el obrero desconoce sus intereses y se deja ilusionar por el primero que quiere engañarle. El pueblo es en todas partes el borrego que sigue maquinalmente á sus pastores; república ó monarquía son el mismo redil en todos los países; una revolución política no puede curar este mal, es necesario que la Revolución sea *social;* que la fábrica, el taller, todos los medios de producción pertenezcan á los que verdadera y realmente producen la riqueza social.

A pesar de los errores de la gran masa y la indiferencia de la mayoría poseemos, sin embargo, las asociaciones obreras mas formidables, asociaciones que tienen por objeto resistir la creciente avaricia del capital. Aunque su objetivo no es muy radical no por eso han dejado de prestar grandes servicios á la clase proletaria. El hermoso movimiento en pro de las ocho horas de trabajo fué inaugurado en grande escala en Chicago y en otros grandes centros en 1886. Las otras agitaciones parciales durante veinte años han desarrollado el espíritu de resistencia en gran número de trabajadores y han servido, además, de escuela á la mayor parte de nuestros compañeros. Por la lucha que estas asociaciones han tenido que sostener contra los grandes capitalistas, contra estos inmensos *trusts,* estas gigantescas combinaciones del dinero, contra estos monopolios de todo género, los trabajadores han adquirido el conocimiento de esta verdad: que sin igualdad económica no hay ni puede haber igualdad política.

En efecto, á pesar del derecho de reunión inscrito en la constitución americana, han visto, en cada conflicto, como la policía y la magistratura se ponían siempre á la disposición de sus dueños, de sus patronos, y muchísimos obreros raciocinan ya lógicamente de este modo: que el poder político no es ni puede ser otra cosa que el fiel servidor de los que detentan los medios de producción. Esta verdad se va extendiendo de tal modo que en la constitución de todas las sociedades de oficio existe una cláusula que prohibe las discusiones políticas en el local de la sociedad y á los asociados tomar parte en pro de ningún partido. Inútil decir que tal es el espíritu de los reglamentos sin que esto quiera decir que se cumplan rigurosamente, pues se da el caso que la mayoría de los jefes de las sociedades obreras son políticos corrompidos. De todos modos, no siempre los obreros les siguen en este camino, excepción hecha del Partido Obrero Socialista que ha constituido algunas sociedades de oficio en las cuales las cuestiones políticas se tratan con preferencia y en perjuicio de las económicas. Este partido tiene poca ó ninguna influencia, está en manos de unos cuantos intrigantes, y no puede tenerla mientras siga la línea de conducta que le han trazado sus jefes. Síntomas de esto son las numerosas huelgas que estallan, á veces muy violentas. La facilidad con que se propagan hacen que el pueblo adquiera mayor aptitud para generalizar un movimiento y darle un carácter revolucionario. Se ha visto algunas veces que la huelga más fútil en apariencia ha sido el punto de partida para una unión general de los partidos similares.

Dos corrientes se manifiestan en el movimiento obrero con objetivos diame-

tralmente opuestos. Una acepta las bases sobre las cuales se asienta la actual sociedad, el mantenimiento del sistema capitalista; sus partidarios no juzgan necesario transformar las instituciones económicas, quieren la continuación de la propiedad privada con todas sus consecuencias, la división de la sociedad en clases, y esperan y trabajan para que se realize la unión del capital y del trabajo. Esta corriente de opinión está representada por algunas sociedades de oficio. La otra, que representa las ideas mas avanzadas, considera que las sociedades de resistencia, ó de oficio, deben ser una escuela en la cual sus miembros han de educarse y hacerse aptos para dirigir por sí mismos sus asuntos, y considera, además, que el presente sistema debe desaparecer para dar lugar á otro que esté más en armonía con sus aspiraciones; la supresión de la propiedad privada y de la Autoridad.

El americano es un ser poco impulsivo, práctico ante todo. No marcha por sacudidas; pocas teorías, algo más de acción, he aquí su modo de ser. Creemos que en ninguna parte sigue la práctica á la teoría tan inmediatamente como en este país. Todas las organizaciones obreras de alguna importancia tienen sus órganos para propagar sus principios y servir de tribuna á sus miembros, periódicos en su mayoría redactados en inglés, buen número en alemán, y que intercalan en sus columnas trabajos escritos en francés, italiano, bohemio, etc.

Para resumir; el movimiento obrero en América y hasta el de los obreros de los campos del Oeste afecta una marcada *tendencia contraria á la acción política* y en la confusión de millares de planes, proyectos, principios y objetivos que se presentan á los trabajadores de las ciudades y del campo la tendencia, repetimos, no solamente va contra el Estado, si que también en pro de una transformación completa del sistema capitalista.

La huelga general será uno de los medios que contribuirán á efectuar esta transformación. ¿Acaso hay en otro punto del globo un mayor contacto de hombres de todas las nacionalidades que tengan una mas completa comunidad de intereses que los aquí reunidos?

Europa nos envía sus hambrientos, sus desesperados, y naturalmente, pasan por la aduana sin pagar derechos por el bagaje intelectual que aquí acumulan. Sienten el odio al presente estado de cosas, un ámor intenso por un nuevo orden de cosas. Entre estos extrangeros se hallan los que, nacidos aquí, aunque en menor número, juegan sin embargo un importante papel en el movimiento obrero en general y particularmente en el anarquista. Entre los mineros de Pensylvania, de Illinois, de Kansas y de Indiana, entre los desgraciados trabajadores de Nueva-York y los tejedores de seda de Patterson y de Nueva-Jersey, en suma, un poco en todas partes, tenemos compañeros que en las sociedades de oficio, entre sus compatriotas, individualmente ó colectivamente, según las circunstancias, ayudan á difundir nuestras ideas, empujan la resistencia contra la avaricia siempre creciente del capital. Aunque poco numerosos y diseminados en este vasto continente logramos explicar nuestros principios y no dejamos de ser un factor importante. Allí donde se reunen en mayor número forman agrupaciones, como en Spring-Valley, Illinois, donde, no satisfechos con sostener la prensa de lengua francesa, ayudan al propio tiempo á los periódicos y conferencias americanas y gracias á su esfuerzo la propaganda en lengua inglesa ha podido vulgarizarse algún tanto, así como en las sociedades mineras donde ha podido lograrse hacer penetrar el espíritu de insubordinación. La propaganda en idioma francés se ha manifestado con la publicación de órganos anarquistas; gracias al espíritu de este movimiento pudo nacer nuestro periódico *Germinal* y extenderse entre los trabajadores franceses. Los anarquistas franceses en los Estados Unidos aunan sus esfuerzos para lograr la emancipación económica y política. En todas las huelgas que se producen las apoyan enérgicamente.

Recordemos que en América, como dejamos ya dicho, los esfuerzos obreros

van dirigidos con preferencia á solucionar las cuestiones económicas y por lo tanto nada de extraño tendría que aquí se generalizara un movimiento de huelga con mayores probabilidades de éxito. Por esto la minoría importante de aquí considera la huelga general como un poderoso factor de renovación social.

Agrupación Germinal

Estados-Unidos

Historia del movimiento anarquista judío en los Estados Unidos

El movimiento anarquista en Norte América data del año 1884 en que tuvo lugar en Pittsburg el primer congreso anarquista en América, y en el que Alberto Parsons, fúe el miembro más activo.

A su influencia se debe la famosa declaración de Pittsburg. Parsons, junto con otros compañeros, mantenían en aquella época una activa propaganda entre los mineros de los Estados occidentales.

En el mes de Mayo 1886 estalló la gran huelga por las ocho horas, huelga cuya historia es harto conocida de todos los trabajadores del mundo y que costó la vida á Parsons, Fischer, Engel, Spies y Lingg.

Después de este alevoso crimen cometido con nuestros compañeros, la propaganda anarquista tomó en los Estados Unidos un carácter verdaderamente serio. Los grupos, los Clubs de propaganda y las sociedades obreras surgieron en todas las ciudades de la Unión, formados por elementos de todas las nacionalidades. Entre el elemento americano, el periódico *The Alarm* y más tarde *The Leader*, trabajaron mucho por la propaganda de las ideas socialistas-anarquistas entre el pueblo. Al mismo tiempo Juan Most, propagaba activamente entre las masas obreras de Alemania y el elemento alemán residente en los Estados Unidos, valiéndose del periódico *Freiheit*, cuya publicación se había trasladado de Alemania á Norte América en 1882. El mismo Most publicó en aquel entonces millares de folletos, organizó innumerables meetings en muchas ciudades y empleó todos los medios posibles para vulgarizar los principios anarquistas en estos países americanos.

Los anarquistas judíos hicieron su primera aparición en los Estados Unidos en 1886. Su primera organización se componía de 10 miembros y llevaba por nombre *Pionniers de la Liberté de New York.*

Era un grupo que se había separado de la *Unión Progresiva Rusa,* cuyo fin era propagar las ideas radicales entre los habitantes de Nueva York que hablasen el idioma ruso y también el de ayudar materialmente la causa de los nihilistas rusos en su desesperada lucha contra la tiranía de los zares. (A este propósito mandaron á Rusia grandes sumas de dinero recolectado en Nueva York).

La mayor parte de los miembros de dicha Unión convirtiéronse más tarde en anarquistas conscientes y decididos.

Así, pues, fué el grupo *Pionniers,* el primero que pudo propagar á los judíos de Nueva York en su propia lengua; á pesar del reducido número de miembros de que se componía, han realizado una labor inmensa y muy útil. Este grupo se mostraba muy escrupuloso para la admisión de nuevos miembros.

A cada nuevo candidato que se les ofrecía lo sometían á una especie de examen sobre sus principios. De esta manera, ser admitido entre los *Pionniers de la Libertad* era un honor para el individuo que lo lograba. En aquella época gran número de sociedades de educación se organizaron en Nueva York y en

otras ciudades de la Unión para instruirse en las ideas anarquistas. Estas sociedades en parte tenían por objeto facilitar á sus mejores miembros el ingreso en el grupo de los *Pionniers*.

Una especie de competencia para instruirse se estableció entre los afiliados que no estaban aun lo suficientemente preparados para convertirse en educadores de sus compañeros.

Poco tiempo antes de la organización de dicho grupo, en 1885, apareció un periódico semanal en Londres bajo la dirección del Ph. Krautz. Era un órgano socialista imparcial. Los *Pionniers* hicieron mucho por la propagación de ese periódico en América.

Más tarde pasó á manos de K. Gallop, propagandista más radical que Krautz en el campo de las ideas revolucionarias; finalmente dicho periódico aceptó de lleno el comunismo anarquista y pasó á manos del compañero Sh. Yanovsky, quien durante cinco años llevó su dirección.

Otro grupo organizaron los anarquistas en Nueva York, los *Caballeros del trabajo*, pero no duró mucho tiempo. Su trabajo más notable fué la publicación en el argot judío del folleto de Kropotkin *La ley y la Autoridad*.

La ejecución de los compañeros de Chicago influyó poderosamente en todos los individuos que poseían ideas más ó menos adelantadas y sobre todo en los elementos judíos. Inmediatamente después de los sucesos de Chicago, centenares de personas tomaron gran interés por conocer nuestras ideas y nuestros propósitos, y bien pronto se convirtieron en laborantes infatigables de la causa anarquista.

En 1889 apareció un periódico semanal, redactado en judío, cuyo título era (Wahrheit) *La Verdad;* este fué el primer órgano verdaderamente anarquista publicado en América.

El entusiasmo que produjo la aparición de este periódico entre los obreros fué indescriptible; muchos de ellos empeñaron sus joyas, sus muebles y sus vestidos para ayudar al nuevo periódico. Algunas personas entregaron el único dinero de que disponían y que significaba el próximo ayuno. La agitación entre los obreros hebreos fué en aquellos momentos muy activa. Organizáronse poderosos sindicatos obreros, se fomentaron numerosas huelgas, y se realizaron centenares de meetings en Nueva York y sus alrededores, en los cuales se reunían millares de personas. Durante esta agitación todos los días se celebraban meetings en los diferentes barrios de la ciudad y en las poblaciones cercanas.

La agitación no se limitó solamente al elemento judío: los camaradas alemanes é ingleses participaron también de ella.

El grupo *Les Pionniers*, fué el primer grupo anarquista que dió el impulso al movimiento judío, tanto en América como en los demás países.

No obstante todo el movimiento y los sacrificios hechos para sostener la publicación del periódico que caracterizó á los anarquistas judíos de Nueva York, por falta de experiencia en tales empresas, se agotaron todos los recursos á los seis meses habiéndose gastado una suma de tres mil dollars.

En 1888 los radicales y los socialistas judíos de Nueva York tomaron una parte activa en la agitación fomentada por Henry George. El socialista ruso Sehewit, director del diario alemán *Volkszeitung* y colaborador del periódico inglés *The Leader*, se lanzó en el movimiento con todo su talento de periodista y de orador.

George obtuvo sesenta y ocho mil votos como candidato popular al puesto de alcalde de Nueva York, contra ochenta mil conseguidos por su contrincante, conservador. A pesar de la derrota fué una sorpresa para todos la evidenciación de que en la ciudad hubiera tan considerable número de personas de ideas adelantadas. Los socialistas políticos, por supuesto, estaban muy gozosos del resultado.

El período de estas memorables elecciones fué muy animado para los habi-

tantes de Nueva York. Pero cuando un poco más tarde, en la convención de Syracusa, Henry George traicionó á sus ciegos é inocentes electores, el golpe fué terrible. Jamás hubieran esperado ellos una conducta tan indigna por parte de su elegido.

Su ardiente entusiasmo se enfrió y las velas de su fantasía se vieron privadas del viento que las hinchaba.

La calma se restableció por fin y las sociedades obreras se fueron disolviendo ó murieron de inanición.

El primer meeting público de los *Pionniers de la libertad* se celebró á fin de Diciembre de 1887; mes y medio después del asesinato de Chicago. En 1888 ese grupo organizó entre los obreros judíos sociedades de educación y sindicatos profesionales para ayudar materialmente el movimiento internacional; el mismo grupo fué el iniciador de las sociedades inglesas como el *Alarms-Club,* el *Parsons Debating-Club* y otras.

En esta época las sociedades de oficio compuestas de obreros judíos estaban en los albores de su existencia, y algun tiempo después se fueron reforzando progresivamente.

No hacía un año de la desaparición del *Wahrheit,* cuando apareció otro periódico semanal ruso, titulado *Freie Arbeiter Stimme,* que vivió desde julio del 1890 hasta el 1899. Sus redactores regulares fueron Franck, Edelstadt, Lewis y Laty.

En esa fecha un nuevo período de inmovibilidad se produjo en el movimiento, hasta que al final del mismo año reapareció de nuevo el *Freie Arbeiter Stimme,* bajo la dirección del compañero Yanoviky. Un mes más tarde apareció un nuevo periódico mensual titulado *Freie Gesellschaft,* redactado en la jerga judía rusa. Ambas publicaciones en esta fecha aparecen todavía y hacen una excelente propaganda entre el proletariado judío de América.

No puedo terminar esta memoria sobre el movimiento anarquista judío sin dedicar varias palabras al poeta popular Edelstadt El compañero mentado era un hombre dotado de un maravilloso talento poético y al mismo tiempo lleno de entusiasmo por los derechos del pueblo. Entre los escritores de nuestro idioma era el que mejor sabía encender el corazón de los oprimidos, de los que sufren, y puede decirse que cada hombre cuyo corazón late contra la tiranía, posee un volúmen de las poesías de Edelstadt.

Este noble camarada que consagró toda su vida á la causa, murió en Denver, ciudad elegida para pasar sus últimos días. Sus obras, tanto las escritas en jerga judía como en ruso seguirán inflamando los corazones de todos los seres que aman la libertad.

A. R. Cohn

Brooklyn N. Y.

—

Acompaña la memoria una bibliografía de libros y folletos escritos en la jerga rusa, la mayor parte de autores anarquistas conocidos.

El número de estas publicaciones alcanza á 36, contándose 4 periódicos.

Información sobre los Estados Unidos

El movimiento anarquista se extiende sobre una extensión tan vasta de territorio, comprende tantos centros diversos, y es dirigido por compañeros de nacionalidades tan distintas, que es muy difícil presentar al Congreso una información bien completa. Entre los compañeros hay americanos, ingleses, alemanes, rusos, judíos, italianos, franceses, españoles, poloneses, bohemios, húngaros, ir-

landeses, noruegos y japoneses. El número de los grupos que actualmente existen no puede fijarse y el método de propaganda es muy diferente según el lugar, el idioma y la nacionalidad. Aparte la labor realizada en este sentido en los grandes centros, hay muchos compañeros que propagan individualmente en ambientes menos importantes.

Poseemos catorce periódicos, *Free Society* y *Discontent* redactados en inglés, *Freiheit*, *Der Arme Teufel*, *Chicago Arbeiter Zeitung*, y *Vorbote* en alemán, *Germinal* y *La Tribune libre* en francés, *La Questione sociale* y *L'Aurore* en italiano, *die Freie Gesellschaft* y *Freie Arbeiter-Stimie* en judío-alemán, *Delnické Listy* y otro periódico mensual en bohemio. El *Arbeiter Zeitung* es diario, los demás son semanarios ó mensuales. Además existen muchos periódicos locales con marcada tendencia anarquista.

La propaganda anarquista la efectúa especialmente el elemento extrangero. Los grupos puramente americanos son de reciente fundación y poco numerosos sus componentes. Los americanos son poco partidarios de la disciplina de los grupos y prefieren la acción individual, independiente.

Es muy difícil procurarse documentos estadísticos respecto los anarquistas. En muchos lugares existe una gran indiferencia pero á pesar de todo el movimiento progresa. El elemento flotante de antes ha desaparecido, pero los compañeros que quedan no dejan de mantener vivo el fuego sagrado entorno suyo. Los resultados de la propaganda en general son netamente perceptibles: los pensadores, los educadores, los artistas, los publicistas de la actual generación están todos más ó menos imbuídos de ideas anarquistas. Entre las clases instruídas la anarquía no es ya el símbolo de lo caótico, malo y horrible como se la consideraba antes. La masa ignorante tiene aun algún apego al actual orden social, pero la masa que piensa se divide en dos categorías; los que creen en el socialismo estadista ó en la burocracia despótica, que viene á ser lo mismo, y los que creen en la anarquía y en la asociación voluntaria bajo todas sus formas. Gradualmente, pero los primeros van abandonando sus filas para engrosar las de los segundos y pronto podremos contarles entre el número de nuestros más intrépidos propagandistas. He tenido una ocasión, acaso la única que se ha presentado, de estudiar concienzudamente este movimiento y puedo hablar de él con perfecto conocimiento de causa. Desgraciadamente el elemento americano puro, entre los trabajadores manuales, está aun bastante atrasado; los obreros se figuran que un cambio de mecanismo político de la nación cambiará su miserable condición. El obrero americano no ha despertado de su letargo, pero todos los síntomas anuncían este próximo despertar.

En el Estado de Washington existe una colonia anarquista. Principió hace tres años, con tres familias; actualmente alberga 86 miembros, casi todos americanos. Es una experiencia única en este país y el resultado parece asegurado.

Buen número de compañeros han manifestado el deseo de que se crea una oficina internacional de correspondencia con objeto de unir á los compañeros de las diversas nacionalidades. Espero sea tomado en consideración este deseo.

La mayor, la más urgente necesidad de momento paréceme consiste en formar una buena cultura general y particular de los compañeros. La propaganda individual, las conferencias, las discusiones, nuestros periódicos y nuestra literatura general deben ayudar esta labor. Rechacemos, sobre todo, cualquier compromiso con los parlamentaristas y los partidarios del estado y hagamos sentir nuestra influencia; de este modo ganaremos nuevos adherentes. No nos descorazonemos, suceda lo que suceda, porque el porvenir es nuestro. La libertad es el alma del progreso. Bajo su bandera debemos luchar y conquistar nuestra dignidad. El Estado es el infierno terrenal Hagamos que desaparezca para siempre, y podamos vivir toda nuestra vida, entre el amor y la anarquía.

Fraternalmente vuestro,

JAMES F. MORTON JR.

Al Congreso Revolucionario Internacional

Queridos compañeros:

A pesar de los numerosos llamamientos efectuados en el *Free Society* por diversos compañeros con la intención de despertar el interés en pro del próximo Congreso anarquista de París, he titubeado bastante antes de decidirme á escribir esta información, creyendo que las observaciones críticas y los informes desfavorables estaban fuera de la orden del día. Pero en vista de un nuevo llamamiento del compañero Morton dirigiéndose á diferentes compañeros para pedirles informaciones sobre el movimiento anarquista en sus re pectivas localidades, me creo en el deber de aportar mi experiencia y hacer algunas observaciones sobre el movimiento anárquico en Brooklyn, ciudad que considero distinta á pesar de su reciente anexión á New-York.

Mi experiencia de esta localidad abarca un período de diez años. He sido siempre un observador atento é imparcial, por consiguiente estoy libre de toda idea preconcebida.

En el período de 1890 93 el movimiento hizo algunos progresos, especialmente entre el elemento alemán. Había, además, un pequeño grupo de compañeros españoles editando *El Despertar*, que aún existe, y el grupo de los compañeros judíos que han hecho una activa propaganda entre sus compatriotas, pero más tarde este grupo se fué transformando en agrupación de tendencias simplemente progresistas.

No entra en mis intenciones escribir una historia completa del movimiento en Brooklyn, pero no creo inútil indicar las causas de la marcha retrógrada de dicho movimiento en esta localidad.

En los tres primeros años del período de que trato (1890-1900), el grupo internacional alemán—el único digno de atención en aquella época—nada hizo en pro de la propaganda indígena, americana, esceptuando el periódico *Freedom*, publicado en Chicago, que sus miembros sostenían gracias á Mr. Lucy Parsons que se hallaba entonces al frente del periódico.

En 1894 el grupo emprendió una discusión publicando cuestiones personales y el «Coro internacional» sociedad coral compuesta en su mayor parte por miembros de aquel grupo se dividió en dos fracciones al tratarse del boycottage de la cerveza que bebían en su sociedad. Esto promovió un gran escándalo. Desde entonces y hasta principio de este último año no se constituyeron otros grupos. Una de las fracciones de la antigua sociedad coral subsiste arrastrando una existencia lánguida, pero el verdadero espíritu anarquista deja bastante que desear. Hasta dudo que la literatura anarquista inglesa haya circulado en la localidad.

Recuerdo que cuando Merlino y Edelman ensayaron, por dos veces, hacer aparecer el *Solidarity* encontraron una acogida muy fría por parte de los alemanes, tanto en Nueva York como en los alrededores. Se les hicieron observaciones poco animosas como esta: «Nuestros inmigrados italianos y judíos no son capaces de hacer propaganda entre los indígenas, americanos, etc.» Y aún actualmente la principal oposición á la propaganda entre los americanos, así como la oposición hecha al Congreso de París, procede del elemento alemán tomado en su conjunto. Es extraño que en lugar de progresar retrocedamos de tal modo.

Nuestra propaganda carece grandemente de los dos factores armonía y solidaridad, y aunque el futuro Congreso de París sólo hiciera estimular y animar

el espíritu de armonía y solidaridad entre los diferentes grupos y los diversos pueblos que aspiran á la anarquía como un ideal superior esto constituiría ya la realización de una parte de su misión.

Compañeros: si realmente sois anarquistas no os dejéis intimidar por el fantasma que vosotros mismos habéis creado; por la idea de que «os veréis forzados á someteros á las decisiones de los delegados.»

FRANCIS RADICH

Información sobre Filadelfia

El poco tiempo de que dispongo no me ha permitido reunir en esta información sino los datos siguientes:

Censo de los compañeros por nacionalidad

Judíos rusos.	75
Americanos.	40
Alemanes.	24
Italianos.	3
Franceses.	1
Cubanos.	2
Total.	145

De estos 126 son hombres y 19 mujeres. Su edad varía entre veinte y cuarenta años.

El trabajo manual está en relación con el trabajo intelectual en una proporción de 8 á 5. La mayoría de los trabajadores manuales son tradeunionistas.

Las opiniones de estos 145 compañeros se divide en:

Comunistas.	124
Individualistas.	12
Indeterminados.	9

Las opiniones sobre la relación de los sexos no han podido reunirse porque el informador no pudo interrogar particularmente á todos los compañeros De 33 compañeros interrogados se obtuvo el siguiente resultado:

Monogamos.	11
Partidarios del amor libre..	13
Sin determinación..	9

Hay tres grupos principales en esta localidad: uno judío, otro alemán y otro italiano.

En Filadelfia no han existido nunca grupos americanos; los compañeros americanos han preferido siempre mezclarse en los grupos compuestos de individuos de otros países. Algunas asociaciones de tendencia liberal han autorizado á los anarquistas para que utilizaran sus locales y sus órganos y pudieran exponer sus ideas y opiniones. De estas asociaciones seis subsisten aún pero decaen visiblemente y es posible que en breve también desaparezcan; en sus reuniones semanales no pasan de 30 individuos, en las más pequeñas, los que asisten á ellas y de 200 los que concurren convocadas por las asociaciones de mayor importancia.

Los compañeros judíos han logrado dar mitins á los que han concurrido 1000 y 2000 personas con diez ó doce oradores propagandistas. Los americanos cuentan en Filadelfia dos oradores tan solo. En 1899 Emma Goldman y J. F. Morton les prestaron su concurso.

Nada puedo decir de los alemanes, pues parecen poco dispuestos á dar señales de su actividad.

Los italianos enviarán una información especial á Malatesta.

Los franceses son poco numerosos y no he podido adquirir dato alguno sobre sus trabajos. Si no recuerdo mal creo que existe un grupo de compañeros bohemios.

Literatura

Ningún esfuerzo serio se ha hecho para divulgar nuestra prensa de lengua inglesa. *Free Society* solo cuenta en esta localidad con unos cien suscritores. Del libro *Sociedad moribunda y la Anarquía* se vendieron 125 ejemplares. El de Kropotkin, *Campos, Fábricas y Talleres* es demasiado caro para que sirva de propaganda.

Los periódicos judíos se sostienen algo más, pero de todos modos la literara anarquista poco se ha propagado en estos últimos tiempos.

Los italianos hacen reales esfuerzos para ayudar al periódico *Questione Sociale.*

Proposiciones

Sería de desear que se constituyera un comité compuesto de personas activas procedentes de todas las naciones, de modo que pudiera crearse una oficina de correspondencia y de estudios internacionales. El Congreso podría ocuparse de esto.

Respecto los métodos de propaganda para el futuro nos permitiremos indicaros las siguientes ideas:

1. Todos los obreros anarquistas deberían considerar un deber formar parte de su respectiva sección de oficio, crearla allí donde no exista, y concentrar todos sus esfuerzos en pro de la Huelga general.
2. Sería muy conveniente organizar mitins en las plazas públicas, aun con la ayuda de sociedades que no fuesen anarquistas y siempre que tuvieran marcadas tendencias liberales.
3. En estos mitins sería conveniente repartir gratis pequeños folletos de propaganda.
4. Todos los que tienen interés en difundir nuestros ideales deberían agruparse para organizar un trabajo metódico y contínuo, único capaz de producir resultados útiles.
5. Podría también ensayarse la creación de una sociedad con objeto de procurar á sus miembros un lugar de reunión poniendo á su disposición los periódicos y libros útiles á la causa y donde pudieran hallarse todas las informaciones necesarias.
6. Podrían asimismo fundarse agrupaciones con el exclusivo objeto de dar conferencias á los americanos.
7. Como no existe un libro teórico sobre anarquía, convendría se escribiera uno que viniera á ser lo que es el *Capital* de Marx para el socialismo.
8. También nos parece útil una historia de la anarquía. Mr. Nettlau podría ser el historiador.

***

Las cifras que he dado al principio quedan por debajo de la realidad, pues

estoy seguro de que en Filadelfia hay unos 400 ó 500 anarquistas. Debo añadir que no han demostrado gran actividad para ayudar al informador; de todos modos mi información concerniente á los americanos es completa; referente á los judíos y á los alemanes podría serlo más. No es culpa mía; he hecho lo que he podido.

Saludo fraternal.

Victorina de Cleyre

Información sobre Denver

(Colorado, E. U.)

El informe sobre esta ciudad referente al movimiento anarquista será forzosamente breve, pues poco puede decirse.

En Denver habrá media docena de anarquistas comunistas, sin organización, sin grupo alguno. Mitín, no se ha celebrado ninguno. Los anarquistas individualistas sumarán unos doce, dotados de gran habilidad y bastante versados en economía social. Discuten un poco sus ideas, escriben algo, distribuyen entre la población inteligente la literatura que á ellos les agrada, pero no toman parte en la propaganda pública, no asisten á ninguno de los mitins liberales ordinarios y raras veces á los que organizan nuestros compañeros que nos visitan. Tal es el estado actual del movimiento en esta localidad, poco consolador, pero, á mi juicio, no tan malo como pudiera juzgarse al primer golpe de vista.

Hace cuatro años nos hizo una visita el compañero Juan Turner, de Londres, y aunque de momento parecía imposible poder organizar un mitín, pudo hablar, sin embargo, en diversas partes y el discurso que pronunció en el local de la «Trade Assembly» produjo una impresión profunda en todos los agentes provocando discusiones que duraron mucho tiempo.

La activa propagandista Emma Goldman nos hizo también dos visitas que dieron lugar á varias conferencias que fueron atentamente escuchadas. Durante la última se fundó una sociedad con el nombre de «Club de ciencia social» cuyos miembros se reunían una vez todas las semanas. Esta sociedad se unió más tarde con otra de que hablaremos luego.

Juan Most dió también una conferencia en una de las visitas que nos hizo. La sala estaba llena. Herr Most pronunció un discurso brillante. Después de él habló el compañero Morton, un excelente orador para dirigirse á los conservadores, convencerles de que este no es el mejor de los mundos posibles, y que sabe decir las verdades más terribles y atrevidas sin herir ni alejar á sus oyentes adversarios. Dió dos conferencias en la sala Shakesperiana, ante el elemento socialista y los miembros del «Club de educación» sociedad formada por inteligentes judíos. Morton se grangeó muchas amistades y logró que modificaran sus opiniones buen número de conservadores.

He de hablar también de nuestro amigo Víctor E. Southworth. No es un anarquista, no cree en el anarquismo materialista. Cree en el sentimiento, en la mejora inevitable, en el progreso forzoso á despecho de las condiciones económicas, pero sus conferencias y simples conversaciones están llenas de pensamientos elevados, de sublimes aspiraciones hacia la libertad y la independencia, de vida simple y pura y de mucha confianza en sí mismo. Organiza reuniones las mañanas de todos los domingos y desarrolla temas que luego son ampliamente discutidos. Estas reuniones se ven muy concurridas en invierno. Sus oyentes se reclutan entre el elemento radical tanto como en los simplemente liberales

que aman oir y discutir todas las opiniones. Como las personas que siguen con atención estas reuniones son las mismas del «Club de Ciencia social,» estas dos sociedades han formado una sola.

Aparentemente no hay movimiento anarquista en Denver, pero de esta localidad salen los escritos sustanciales que casi llenan las columnas de los tres periódicos extraradicales, *Free Society*, *Discontent* y *Lucifer*. En los numerosos mitins semi radicales y liberales que se han celebrado, el anarquismo ha estado, por regla general, bien representado. Las ideas anarquistas son bien acogidas y defendidas por distinguidos escritores, profesores y oradores. Durante muchos años el director de la biblioteca pública fué un anarquista de la escuela individualista. Poseemos, por consiguiente, en la biblioteca pública, la mejor colección de obras de economía social que existe en los Estados Unidos. Está muy bien organizada y reina una libertad y un buen orden dignos de tenerse en cuenta.

Una dama bien conocida y de un talento considerable abrió en este último invierno un curso de economía social que pronto se convirtió en un club de discusión general sobre el socialismo y la anarquía.

El compañero Holmes, suministra también una suma importante de trabajo y su propaganda reviste diversas formas. Diez años atrás, cuando llegó á Denver no se efectuaban mitins ni reuniones y él organizó en seguida una sociedad que se reunía todos los domingos y donde él ú otros compañeros desarrollaban temas económicos y sociales. Todos los años se celebra un mitín el 11 de Noviembre. El último fué muy importante; Samuel Fielden, uno de los «indultados» de Chicago fué uno de los oradores, junto con Myron Reed, un predicador independiente y muy célebre que ha abandonado su iglesia.

Poco puedo decir respecto de los anarquistas de las demás partes de este Estado. Sé que hay varios en otras localidades pero son poco militantes. Activos hay cinco ó seis en Ouray y en Pueblo.

No quiero terminar sin hablar algo de nuestro amigo y compañero Fielden, que ha sufrido mucho. Habita en el sud del Estado, cerca de Veta, en la región de los picos del Wahatoya, donde posee una porción de terreno que cultiva. Habla muy raras veces en público, pero no ha perdido nada de su antigua influencia ni ha abandonado sus ideas, las cuales confía á las generaciones futuras, en la creencia de que sólo éstas pueden lanzarse en el movimiento activo.

Los anarquistas de Denver son en su mayoría americanos. Hay unos cuantos israelitas rusos.

La población es, en general, fría é indiferente. Nada más difícil que crear una agitación en esta comarca, aunque sólo sea política. Las clases burguesas hicieron colosales esfuerzos para moverla y entusiasmarla cuando los soldados volvieron de Filipinas, pero sus esfuerzos quedaron ahogados por el ruido de las máquinas. Nadie abandonó el trabajo.

Reconocida esta frialdad é indiferencia, es necesario confesar que, cuando se ha logrado interesarla, es porque los compañeros habrán trabajado concienzudamente.

Por mi parte no creo que la organización, las sociedades, los clubs y planes de propaganda puedan ser considerados como indicios ciertos de que progresamos. Cuando veo las ideas discutidas reposadamente, pero seriamente, y en todas partes con mayor franqueza que nunca, estoy satisfecho. La anarquía no es una organización, es un pensamiento. Puede introducirse en todas partes. Pocos movimientos han marchado á la victoria con el mismo nombre que llevaban á su punto de partida. Lo que importa es lograr nuestras elevadas aspiraciones.

L. M. Holmes

Historia del movimiento anarquista en los Estados Unidos

El movimiento anarquista en la América del Norte data, propiamente hablando, desde la reunión del Congreso Internacional de los trabajadores en Pittsburg, estado de Pensylvania, celebrado desde el 14 al 16 de octubre de 1883. No hay algún otro hecho memorable que por sí mismo tenga una relación tan directa con la Anarquía, cuyas fases diversas se desarrollaron en Chicago (estado del Illinois), y que ejerciera una influencia tan considerable en la propagación de las ideas libertarias en América. En la primavera del 1879, los socialistas de Chicago presentaron una lista completa de candidatos á las elecciones de la ciudad, y obtuvieron 12 mil votos, logrando llevar al consejo municipal á tres de sus candidatos, entre los cuales se contaba Frank A. Stauber. En 1880, Stauber fué reelegido por una mayoría de 31 votos. Dos de los comisarios que debían verificar el escrutinio, se apoderaron de las urnas y falsificaron los votos con objeto de sacar triunfante al candidato contrario de Stauber, que era un reaccionario. Los partidarios del primero llevaron á los falsificadores ante los tribunales; gastaron más de mil francos en el proceso, y después de un año entero de luchas y de esfuerzos, ganaron el proceso, pero al mismo tiempo los dos encausados fueron absueltos, declarando el fallo del juez que, si bien los procesados habían violado la ley, no existía la completa convicción de que hubieran procedido con mala fe. Este proceso escandaloso hizo más que cualquiera otra cosa para enfriar á los socialistas de Chicago su fe en la comedia electoral. No obstante este suceso, en el Congreso de Pittsburg de 1883, una parte de los delegados, sobre todo los de otras ciudades del Estado, querían todavía continuar mezclándose en las elecciones, y sin la energía, la inteligencia y la actitud de los otros, especialmente de los de Chicago y de Pittsburg, entre los cuales se hallaban Alberto Parsons y Augusto Spies, hubieran logrado encauzar el congreso por las vías fatales de la política. Este Congreso, el más importante de cuantos se tuvieron hasta la fecha en los Estados Unidos, publicó un manifiesto dirigido á los trabajadores del mundo entero, declarándose solidario de los esfuerzos realizados por los obreros de todas las naciones, en vista de su común emancipación por los medios exclusivamente revolucionarios. El manifiesto terminaba con un llamamiento á la actividad revolucionaria internacional de los libertarios para la destrucción de la sociedad capitalista y la constitución de una sociedad libre sobre la base del comunismo.

En este mismo congreso se resolvió crear en todos los países grupos unidos entre sí por el lazo de la federación, que aceptaran los principios generales emitidos en la proclamación de Pittsburg. Cinco personas debían bastar para la formación de cada grupo, los cuales disfrutarían de la más completa autonomía, con una oficina de informaciones generales y correspondencia, cuya residencia había de fijarse en Chicago. Esta oficina tendría por objeto corresponder con todos los grupos locales, nacionales é internacionales, y publicar en los periódicos revolucionarios todas las informaciones, estadísticas, noticias, etc., que pudieran ser de alguna utilidad para las diversas agrupaciones. Los gastos de esta oficina serían sufragados por cotizaciones voluntarias de las agrupaciones.

Inmediatamente después de la celebración del congreso, principió una activa propaganda. Numerosos grupos se organizaron en las principales ciudades de los Estados del Este y del Centro, y desde aquel tiempo hasta hoy no ha cesado todavía, siguiendo las circunstancias con más ó menos éxito.

Para que los compañeros residentes en los diversos centros de Europa pue-

dan comprender y apreciar en su justo valor la historia del desarrollo de las ideas anarquistas en América, es necesario subdividir el país en grandes zonas geográficas. Es preciso no olvidar que los Estados Unidos de América ocupan una inmensa extensión de terreno, que sus habitantes pertenecen á varias razas diferentes, que el clima y los productos son de una variedad infinita. Vastísimas extensiones de terreno están todavía poco pobladas. En ciertas partes del país las ciudades están situadas á distancias considerables unas de otras. En ciertos distritos las comunicaciones son difíciles y poco seguras, y los viajes en ferrocarril, especialmente en las regiones montañosas, son costosos en extremo. Motivo es este por el cual es muy difícil mantener un constante movimiento revolucionario que sea homogéneo en el país, aun suponiendo que fuese posible crearlo. Para mayor claridad, para que mejor se comprenda la naturaleza del movimiento anarquista en los Estados Unidos, es útil dividir el país en tres grandes regiones: el Este, que comprende todos los Estados que se extienden á lo largo del Océano Pacífico, el Centro con los del gran valle del Missisipí hasta las montañas Rocosas y el Oeste que engloba los Estados y territorios diversos desde dichas montañas hasta el Pacífico, en el Far-West. Estas grandes divisiones comprenderán naturalmente tanto los grandes Estados del Sud como los inmensos territorios contiguos; pero como el movimiento anarquista en el Sud está en su período embrionario y sólo cuenta con algunos anarquistas diseminados en los Estados de Missouri, Alabama, Florida, Luisiana, Kentucky y Tennessee, podemos pasar en silencio esta parte del país, limitándonos á historiar el movimiento libertario de los Estados y ciudades del Norte, los únicos en que las ideas anarquistas han penetrado en las masas y producido resultados útiles y fecundos.

Hasta el presente, el movimiento anarquista en los Estados Unidos se halla englobado en las principales ciudades. Cierto que en las pequeñas poblaciones y villas no faltan compañeros conscientes que ejercen una notable influencia entre la población, que escriben en la prensa radical de la región, y defienden nuestras ideas haciendo prapaganda en todas partes; pero no es menos cierto que en los grandes centros es donde nuestra propaganda posee crecidos elementos.

En los Estados del Este, las principales ciudades donde la agitación es más vigorosa, son: Nueva York y Brooklyn en el Estado de Nueva York; Búffalo en en el mismo Estado; Nevark, Jersey-City y Paterson en el Estado de Nueva Jersey; Baltimore en Maryland, Filadelfia, Pittsburg y Allegheny en el Estado de Pensylvania; Boston en el de Massachusets. En Baltimore las ideas anarquistas sólo han penetrado muy lentamente en la población, y el movimiento se ha desarrollado con mucha dificultad. Antes de 1886 existían uno ó dos grupos de la Internacional organizados convenientemente. En esta época y por los sucesos de Haymarket, se celebraron numerosos meetings. No han faltado propagandistas ingleses, alemanes, italianos y franceses que han celebrado conferencias públicas en diversas ocasiones; pero desde algunos años el movimiento ha ido languideciendo y se ha manifestado por el esfuerzo espasmódico de algunos compañeros residentes en la ciudad, sin producir los resultados en relación á los esfuerzos realizados.

Después de 1882, época en que John Most llegó á Nueva York y principió á publicar en esta ciudad el diario *Die Freiheit,* no ha cesado de hacerse la más activa propaganda en dicha ciudad y en la cercana de Brooklyn. Después del congreso de Pittsburg se constituyeron varios grupos de la Internacional en estas dos ciudades, que celebraron numerosos meetings. La publicación del *Freiheit,* la agitación fomentada por los compañeros alemanes y judíos, ejerció una pujante influencia en los anarquistas de lengua inglesa, cuyo resultado fué que nuestro movimiento americano alcanzara una fuerza y un vigor insuperable. En los meetings, enorme cantidad de impresos anarquistas fueron distribuídos ó vendidos. Pero especialmente después de los trágicos sucesos de Haymarket

y de Chicago, el desarrollo de nuestras ideas adquirió una intensidad asombrosa.

El 14 de julio de 1888, el periódico *The Alarm,* que había sido suspendido desde el 8 de abril del mismo año en Chicago, apareció de nuevo en Nueva York bajo la dirección del compañero Dyes D. Lum. Desgraciadamente los gastos considerables que acarreó la propaganda oral y las enormes sumas de dinero vertidas en la publicación de folletos para la distribución gratuita en los meetings, hicieron imposible el sostenimiento del periódico, y cesó de aparecer después de ocho meses de vida tormentosa. A principios de 1892 apareció *Solidarity,* periódico bi-mensual, en inglés, redactado por el compañero Saverio Merlino. Este compañero no estuvo mucho tiempo en América, pero sí el suficiente para hacer una gira de propaganda desde Nueva York al Estado de San Luis. El periódico no pudo sostenerse entonces más que unos meses, pero volvió a reaparecer en 1894 con los fondos recolectados en un gran meeting de bienvenida dado á la compañera Goldman, libertada de la cárcel en aquella fecha. Esta vez el compañero John F. Edelmann fue su redactor principal. La publicación fué suspendida en abril de 1895 para reaparecer de nuevo en 1898 á continuación de una excursión de propaganda realizada por Kropotkin.

Desde 1883 hasta la época actual se publicaron en New-York varios periódicos en lengua alemana y en la jerga hebrea, entre otros *Der Anarchist, Der Crandfackel, Der Sturmvogel, Die Zukunft, Die Freie Wacht,* redactados por el compañero Timmermann y otros varios amigos de la causa. El movimiento anarquista en New-York y en sus alrededores ha tenido siempre propagandistas inteligentes y abnegados; los compañeros Edgelmann, Cohn, Most y otros varios han desplegado siempre la mayor actividad al servicio de las ideas libertadoras, sin olvidar á nuestra valiente é infatigable amiga Emma Goldman.

Igualmente se han formado numerosos grupos en Jersey City, en Newark y en Paterson. En esta última ciudad los italianos han sido los que mayor actividad han desplegado. En estas localidades han existido ó existen aún periódicos en lengua alemana, rusa é italiana y varios grupos internacionales mantienen hace años el fuego sagrado de la idea revolucionaria. En Paterson se distinguen hace diez años por su energía y actividad. La *Questione sociale* fundada por los italianos hace cinco años continúa propagando valientemente. Estos mismos compañeros han traducido á su lengua las obras de Kropotkin, de Grave, William Morris y otros divulgándolas profusamente en las vecinas comarcas. En Paterson se publica asimismo el periódico francés de Michel Dumas, siendo muy apreciable su influencia entre los residentes franceses.

Nuestro compañero español Pedro Esteve publica igualmente en Paterson el periódico *El Despertar* que cuenta ya nueve ó diez años de existencia. La ciudad de Paterson y las demás ciudades del Estado de New-Jersey que dejo mencionadas, han recibido la visita de los propagandistas oradores Kropotkin, Jhon Most, Turner, Mowbray, Emma Goldman, John Edelmann, Lucía Parsons y otros varios, entre los cuales los conocidos italianos Gori y Malatesta. Los mitins de propaganda celebrados han sido numerosos y fructíferos.

Boston, en el Estado de Massachusetts, la ciudad situada más al este de los Estados Unidos, es desde varios años hace uno de los centros más activos de la propaganda. Los compañeros Mikol Morong, Press, Simpson y muchos otros ocupan la vanguardia. Los oradores más conocidos han explanado sus teorías junto con los extranjeros Turner y Kropotkin. Tambien se han distinguido los compañeros judíos gracias á su «Vorkers Educational Club» donde discuten en su jerga judía y en lengua inglesa constituyendo un importante centro que propaga en todas direcciones la literatura ácrata.

Nuestros amigos alemanes han desplegado asimismo gran actividad en Boston hasta el punto que cuando Most fué por primera vez á dar conferencias no se pudo encontrar local bastante grande que pudiera contener á todos los oyen-

tes. Los mitins públicos de controversia entre anarquistas comunistas y anarquistas individualistas celebráronse regularmente siendo dignos de mencionar los progresos realizados por el infatigable Benjamín Tucker, el conocido propagandista de la escuela individualista en los Estados Unidos. En Boston publicó Tucker el órgano *Liberty*. Las conferencias semanales y las reuniones conmemorativas de la comuna de París y del asesinato de Chicago han atraído siempre un gran público ansioso de escuchar la exposición del ideal. Hace tiempo que los compañeros ingleses fundaron una imprenta cooperativa para la publicación de la revista mensual *The Rebel* dirigida por John Kelly que actualmente reside en Londres. El primer número apareció en septiembre de 1895 y pocos meses después fué seguida de la publicación *The Match* que tuvo una existencia efímera. En Chelsea, Providence y Vermont, del Estado de Rhode Island, hay muchos compañeros activos, así como en otras ciudades de menor importancia.

En el límite occidental del Estado de New-York se encuentra el importante Estado de Pensylvania con sus grandes centros de agitación, Filadelfia, Pittsburg y Allegheny. Lo que Chicago significa en el Oeste central, Pittsburg lo significa en el Este, ciudad cuyo espíritu revolucionario está siempre pronto para la lucha, donde en 1877 estallaron los grandes motines de los obreros de los ferrocarriles, los cuales destruyeron inmensas propiedades de incalculable valor haciendo morder el polvo á los patronos. En dicha ciudad se celebraron en 1883 las sesiones de aquel Congreso cuyas ideas se extendieron á todas las partes del vasto continente americano. Después del Congreso se formaron seis grandes grupos internacionales en Pittsburg y en la vecina ciudad de Allegheny. Al grupo constituído en esta última pertenecían los compañeros Henry Bauer y Carlos Nold que desplegaron una energía poco común pagando su amor á la causa con un largo encarcelamiento. Estos grupos colectaron grandes sumas para socorrer á los acusados de Chicago, efectuaron grandes mitins de protesta, organizaron una propaganda activa en las trades-unions, imprimieron cantidades enormes de folletos que distribuyeron gratis y sembraron á todos los vientos, de palabra y por escrito, la semilla de la anarquía. Los compañeros Kuperberg, Bauer y otros fueron delegados al Congreso anarquista que se efectuó en New-York en 1890, poniendo luego en práctica nuevos métodos de propaganda. Se recolectaron fondos para sostenimiento de los periódicos alemanes é ingleses y el comité de agitación, compuesto de miembros de los grupos de Pittsburg y de Allegheny, redactó numerosos folletos que se distribuyeron profusamente y gratuitamente. Durante la gran huelga de Homestead, en julio de 1892, se distribuyeron muchísimos folletos entre los huelguistas y los soldados En 1891 se formó un nuevo grupo en Allegheny, pero después del atentado de Berkman contra la persona del millonario Fricke, el grupo se disolvió. Alejandro Berkman, de New-York, llegó á Pittsburg el 14 de Julio de 1892 y el 23 cometió el susodicho atentado que le valió veintidos años de encarcelamiento, condena que sufre aún en la penitenciaria de Allegheny. Carlos Nold y Henry Bauer fueron detenidos como cómplices y condenados á cuatro años de carcel por aquella complicidad y á un año por distribución de folletos sediciosos. A su salida de la prisión estos compañeros han realizado grandes esfuerzos para libertar á Berkman, esfuerzos que no cejan, ayudados últimamente por Henry Gordon. Son infatigables en su trabajo de propaganda y puede decirse que el progreso de las ideas en Pittsburg se debe en gran parte á su actividad y energía.

Los principales propagandistas del país y del extranjero han efectuado en estas localidades mitins y conferencias. Las publicaciones anarquistas tienen más de quinientos suscritores que no forman parte de grupo alguno, lo cual prueba el arraigo que van tomando nuestras ideas. En su última visita de propaganda John Most dió nueve conferencias en la Pensylvania occidental; Emma Goldman dió catorce en Pittsburg y James G. Morton, hoy redactor del *Free Society* de San Francisco (California), dió también buen número de conferencias.

Desde 1878 á 1890 se publicó un periódico alemán *The Pittsburger Arbeiter-Zeitung,* que no era exclusivamente anarquista. En todas partes donde predomina el anarquismo revolucionario los grupos son completamente autónomos y nunca se ha intentado sustituir esta acción libre y volúntaria por una forma cualquiera de autoritarismo.

En el Estado de Pensylvania, Filadelfia es una de las ciudades más importantes del continente americano. Antes de los sucesos de Haymarket en Chicago, no se contaba en dicha ciudad sino unos pocos discípulos de John Most entre los alemanes y de Bakunin entre los rusos. Lucía Parsons visitó dicha ciudad mientras los mártires de Chicago esperaban su condena y habló al pueblo desde la tribuna de la «Friendship Liberal League,» asociación creada para defender la libertad de la palabra. En aquella época había en la ciudad varios discípulos de Tucker, de Josiach Warren y de Stephen Pearl Andrews, los leaders de la escuela individualista, pero la comedia legal de Chicago, seguida del consiguiente asesinato legal, modificó el curso de las ideas y convirtió al comunismo á muchas personas. Los que en Filadelfia se han ocupado de la propaganda anarquista han sido siempre en su mayoría «intelectuales,» estudiantes y gentes dedicadas á las profesiones llamadas liberales que han discutido siempre y propagado más bien el lado moral y filosófico del anarquismo con preferencia á su lado económico. El primer atentado contra la libertad de la palabra lo cometieron las autoridades en noviembre de 1889 á propósito de una conferencia anarquista que tenía que dar Hugo O. Pentecost, apóstata más tarde de nuestras ideas. La policía hizo cerrar el local y prohibió el mitin. Pentecost, adepto á la doctrina tolstoiana de la no resistencia, no protestó contra esta ilegalidad y se volvió á New-York. Durante aquel período se despertó en los judíos de dicha localidad el entusiasmo por las ideas logrando hacerlas penetrar bajo la forma comunista-anarquista en las organizaciones cooperativas cuyos miembros asiduos eran casi todos. Cuando surgió la huelga de los obreros sastres el entusiasmo revolucionario tomó proporciones considerables, siendo entonces arrestados los tres activos compañeros Staller, Prenner y Gordon por haber pronunciado discursos que se calificaron de «sediciosos.» Esto fué un simple pretexto; la detención obedeció á instigaciones de los patronos sastres que no veían otro camino para vencer á los huelguistas que este medio bajo y repugnante. En la misma época se hicieron varias tentativas para recabar la adhesión á las ideas de los americanos de la ciudad, algo refractarios, encomendando la tarea á la oratoria de T. H. Garside que hasta entonces había sido miembro del partido socialista obrero en los Estados Unidos. Garside, propagandista habilidoso, hizo una excursión de propaganda y su instrucción poco común se paseó, despertando entusiasmo, por los Estados del Este y del Centro, hasta San Luis, en el lejano Estado de Missouri. Durante nueve meses continuó sus conferencias públicas y de controversia en el mayor local de Filadelfia, sufragando los gastos los compañeros judíos. pero á pesar del esfuerzo realizado los americanos propiamente dichos continuaron poco menos refractarios que antes. En aquella misma época se fundó una biblioteca revolucionaria que contuvo abundantemente las principales obras de economía social.

Todo esto fué intentado y realizado en los años de 1889-1890. Varias veces las autoridades de Filadelfia intentaron poner un freno á la propaganda rápida de las ideas anarquistas suprimiendo la libertad de reunión.

En ocasión de celebrarse una velada y baile que organizaron los compañeros judíos, se llegó hasta á arrestar, bajo un pretexto ridículo, á tres anarquistas, Prenner, Jacobson y Muscovitz, y á un demócrata socialista, el camarada Hillersohn, los cuales fueron condenados á un año de cárcel. En 1893 se hallaba en Filadelfia nuestra amiga Emma Goldman haciendo propaganda entre los grupos alemanes y judíos, cuando en virtud de una orden emanada de New York fué detenida en el mismo umbral de la sala donde daba sus conferencias. Con ella

fueron igualmente detenidos, so pretexto de haber hecho resistencia á la policía, dos compañeros alemanes, Otto Lieb y Hoffmann. Lo absurdo del pretexto salta á la vista con consignar que el arresto lo operaron doscientos agentes y que el local estaba aún por llenarse. De todos modos fueron condenados á cuatro meses de prisión. Emma Goldman fué transportada á New York y condenada á un año de cárcel, pena que ha sufrido en la de Blackwell's Island. En diciembre de 1894 se detuvo por primera vez á un orador de nacionalidad inglesa, C. Mowbray, bajo la acusación de haber empleado un lenguaje sedicioso é incitar al pueblo á la rebelión. Gracias á la habilidad de su defensor, un anarquista individualista, los magistrados lo pusieron en libertad, pero hasta el presente la causa no ha sido sobreseída, sin duda con el propósito de reabrirla cuando les convenga.

En estos últimos años, el movimiento anarquista ha disminuído algo en Filadelfia. Sin embargo, los compañeros extranjeros que han residido ó residen en dicha localidad están unánimes en elogiar el espíritu de solidaridad que anima á los propagandistas de la libertad. Entre estos podemos citar á Dyer D. Lum, T. H. Garride, J. F. Morton, C. Mowbray, Emma Goldman y Voltairine de Cleyre, así como á un gran número de discípulos de la escuela de Tucker. Entre los «single-taxers» (Enrique George) de Filadelfia, hay muchos con tendencia anarquista que declaran abiertamente que no harían ninguna propaganda en pro del «single tax» si no estuviesen convencidos de que el triunfo de sus particulares ideas ha de conducir forzosamente á la anarquía. También fueron los compañeros de Filadelfia quienes tomaron en sus manos, en 1897, la tarea de defender á los mártires españoles, haciendo imprimir á millares las cartas de los prisioneros de Montjuich, fijando carteles en las esquinas denunciando los atropellos de la «moderna inquisición»; y llevando el llamamiento de Sunner á la morada del cónsul de España, interesaron en pro de la causa de los amigos torturados hasta á los senadores y representantes del país.

Los grandes distritos mineros del Estado de Pensylvania han recibido también varias veces la visita de nuestros propagandistas, los cuales fueron bien acogidos por los trabajadores de esta región. Millares de folletos y manifiestos han sido distribuídos entre ellos. Nuestro compañero Alberto Parsons hizo varios giros de propaganda, desde 1883 á 1886, y el relato de sus viajes, que se publicó en el *Alarm*, cuyo redactor era, llamó mucho la atención de los obreros del susodicho Estado.

Estudiemos ahora esta región inmensa que se encuentra entre las montañas Los Allegheny al este y las montañas Rocosas al oeste, y que hemos designado en este breve resumen con el nombre de distrito central. En esta región hay varias grandes ciudades y numerosos pueblos más ó menos importantes donde las ideas anarquistas han igualmente arraigado. Cincinnati y Cleveland, en el Estado del Ohío, fueron las primeras ciudades del Centro donde penetraron nuestras ideas y donde se crearon los primeros grupos importantes de la Internacional. Cincinnati ha sido con preferencia el foco de donde se ha ido extendiendo. Parsons, Spies y otros compañeros visitaron varias veces el país en vísperas de la tragedia de Chicago. Precisamente Parsons acababa de dejarlo cuando se produjeron los sucesos de Haymarked. En aquella época se mantenía muy vivo el espíritu revolucionario y se luchaba vigorosamente en pro del derecho constitucional de poseer armas. Todas las semanas se celebraban meetings y se distribuían á millares los folletos y los periódicos. Frank More, de la Sociedad de los zapateros, era uno de los más activos y, gracias á su actividad é inteligencia, el movimiento revolucionario tomó grandes proporciones en Cincinnati. En la parte oriental del Estado del Ohío hay distritos mineros grandiosos con millares de trabajadores que han sostenido luchas gigantescas contra sus explotadores, luchas que nuestros amigos de Chicago y de otras localidades han aprovechado para sembrar nuestras ideas.

Tierra Alta y Logansport, en el Estado de Indiana, ciudades de menor importancia, han cobijado en su seno á varios grupos de la Internacional, antes y después de la tragedia de Chicago, grupos compuestos de numerosos individuos dispuestos siempre al sacrificio. En South-Bend, donde se encuentran las grandes manufacturas de Studebaker, constructores de vagones, coches, etc., se organizó un grupo en 1884, y en esta ciudad Parsons celebró meetings grandiosos, convenciendo á los pobres esclavos de aquellos explotadores.

Parsons efectuó también en 1884 una visita de propaganda en el Estado de Kentucky, y en la ciudad de Louisville logró fundar un grupo de trabajadores inteligentes que no duró mucho tiempo. Razones de índole especial y difíciles de explicar han sido causa de que las ideas anarquistas no hayan penetrado profundamente entre las poblaciones de los Estados del Sud de esta parte de América.

En el Estado de Michigan, Detroit es la única ciudad donde han sido aceptados y propagados nuestros principios, á pesar de que Augusto Spies y otros compañeros no han escaseado sus visitas de propaganda en todo el resto del país. En Detroit se publicó durante muchos años el admirable periódico de filosofía social *Der arme Teufel,* que tuvo por redactor á Roberto Reitzel, que murió en 31 de marzo de 1898. Reitzel poseía una inteligencia despejada y libre, un espíritu ampliamente abierto á todas las ideas generosas, y su influencia fué muy grande en el desarrollo y propaganda de nuestras ideas. Su periódico, que continuó bajo la dirección de su compañera y de algunos amigos, hace pocas semanas que ha desaparecido del palenque. José A. Labadie, anarquista individualista muy conocido, habitó Detroit durante muchos años y su influencia saludable se dejó sentir mucho entre los trabajadores.

El movimiento anarquista en Milwanke, en el Estado de Viscousin, ha sido siempre floreciente gracias á la energía de algunos de nuestros compañeros residentes en la localidad. Milwanke ha sido muy á menudo el teatro de graves conflictos entre los trabajadores y las autoridades ó los patronos, conflictos de los que supieron sacar grandes ventajas para la propaganda todos nuestros compañeros.

San Luis, en el Estado de Missouri, es desde hace algunos años no tan sólo la residencia habitual de varios compañeros, sino también uno de los principales centros donde la lucha entre capitalistas y trabajadores ha sido más encarnizada. Lamento que los amigos de San Luis no me hayan enviado detalles del movimiento, pues no puedo dar al Congreso ni siquiera una idea aproximada de lo que pasa en la activa ciudad del Estado de Missouri. Varios grupos compuestos de alemanes en su mayoría, están haciendo desde 1887 una buena propaganda gracias al concurso de Most, Turner, Voltairine de Cleyre, Emma Goldman, Morton y otros.

En el Estado de Illinois se encuentra la gran ciudad de Chicago, en todo tiempo considerada como cuartel general de la anarquía, el centro más poderoso de la agitación revolucionaria de los Estados Unidos. Necesitaríase un volumen entero para relatar los sucesos más notables en los cuales los anarquistas desempeñaron importante papel. Como he dicho al principio, desde 1880 los socialistas de Chicago habían perdido la confianza en la eficacia de los métodos electorales para obtener algunas reformas, y el modo escandaloso como Frank Stauber fué despojado de su investidura de consejero de Estado, llevó el descontento á su grado máximo. Desde entonces la mayor parte de los socialistas estuvieron dispuestos á abandonar las ideas entonces en curso para aceptar las teorías revolucionarias que acababa de pregonar el célebre Manifiesto de Pittsburg. Antes de la celebración del Congreso que elaboró este Manifiesto, ya los espíritus estaban imbuídos de tendencia anarquista. El periódico *Arbeiter Zeitung,* que bajo la dirección de Pablo Grottkau había sido un órgano exclusivamente demócrata-socialista, acababa de cambiar de director; Augusto Spies le

sucedió, dando al periódico una nueva dirección más revolucionaria. El día 22 de marzo de 1879 se organizó un meeting monstruo en los pabellones de la antigua exposición universal. Este meeting, que reunió treinta ó cuarenta mil personas, duró todo el día y buena parte de la noche, recogiéndose 30 mil francos que sirvieron para transformar el *Arbeiter Zeitung* de periódico tri semanal en diario. Al Congreso de Pittsburg sucedió en Chicago la creación de varios grupos de la Internacional y la del periódico en lengua inglesa *Alarm*, cuyo redactor fué Alberto Parsons. Este órgano se publicó sin interrupción hasta el 4 de mayo de 1886, ejerciendo una considerable influencia en todas partes donde penetró, especialmente en los centros industriales del país. Durante las numerosas visitas de propaganda de su director, propaganda que duró varias semanas, el periódico fué dirigido por la compañera Lizzia M. Swank, que luego se casó con William Holmes, autor de esta memoria. Los grupos de Chicago, en número de diez, desplegaron una incesante actividad en aquella época y los componían más de dos mil compañeros. El famoso grupo americano, cuyos miembros pertenecían todos á la raza anglo sajona y en el cual había varias mujeres de una actividad é inteligencia muy notables, se organizó pocas semanas después del Congreso de Pittsburg.

Aunque sea un poco impropio, me permitiré citar algunos nombres de compañeros de este grupo, al cual pertenecían cinco de nuestros mártires, Alberto Parsons, Augusto Spies, Adolfo Fischer, Samuel Fielden y Oscar Neebe entre otros conocidos por su participación en los sucesos trágicos de 1886-87: William y Lizzia Holmes, Lucy Parsons, William Snyder, Tomás Brown, William Paterson, doctor James D. Taylor, Sarah E. Ames y M. D. Malkoff. En junio de 1884, William Holmes se hizo inscribir en este grupo, del que fué pronto secretario, siendo su tesorero Samuel Fielden. En aquella época el grupo contaba unos ciento cuarenta miembros regularmente inscritos, y todos los miércoles organizaba meetings públicos en su local, hasta que más tarde los celebró en las calles, siendo acogidos por millares de personas deseosas de conocer la doctrina anarquista. Estos meetings alcanzaron tanto éxito que tuvieron que celebrarse los domingos, hasta que los interrumpió el suceso de Haymarket. En estas reuniones al aire libre se distribuían millares de ejemplares de nuestros periódicos, folletos y manifiestos. El grupo organizó asimismo meetings suplementarios en los diversos barrios de la ciudad aprovechando toda ocasión ó pretexto. Se fijaron en las esquinas grandes carteles impresos invitando á la controversia á los sacerdotes protestantes, á los redactores de los periódicos reaccionarios, á los abogados más célebres, á los políticos más conocidos. Otro día se hicieron imprimir 25,000 ejemplares del famoso discurso de Víctor Hugo á los ricos y á los pobres y se distribuyeron gratuitamente. El reverso de los anuncios de los meetings se utilizó para estampar pensamientos escogidos de entre los mejores de nuestros escritores, y estos anuncios se arrojaban á manos llenas en todos los sitios. Se organizaron asimismo veladas y giras campestres, espectáculos teatrales y demás que pudieran, con las recaudaciones, irse sosteniendo las publicaciones. El 25 de noviembre de 1884 (día de rogativas públicas) se celebró al aire libre un meeting monstruo, al cual se invitó especialmente á los pobres parias de los barrios más miserables, y á la salida del meeting se formó un cortejo que se extendía á varios kilómetros. Esta columna enorme de miserables y muertos de hambre atravesó todos los barrios aristocráticos y se detuvo delante del hotel de Washburne, el exministro plenipotenciario de los Estados-Unidos en Francia que se había permitido calumniar á los intrépidos combatientes de la Comuna de París. La manifestación siguió su curso después que Parsons en su último discurso estableció elocuentemente el contraste insolente que existía entre la condición miserable de sus oyentes y la opulencia de los millonarios cuyas espléndidas habitaciones acaban de ver. En esta memorable manifestación se desplegó por primera vez en la calle la bandera negra de la miseria.

Otra manifestación de este género tuvo lugar cuando se inauguró la Cámara de Comercio, en 1885. Una inmensa cohorte de trabajadores se dirigió al suntuoso edificio donde la *élite* de la ciudad, los explotadores con sus mujeres y sus queridas, estaban reunidos en un banquete que fué seguido de un baile. Se desplegó un lujo inusitado de fuerzas policiacas para guardar dicho edificio. El cortejo se disolvió delante de las oficinas del *Arbeiter Zeitung,* después de escuchar los apasionados discursos de Fielden, Parsons y Spies. Estos cortejos y manifestaciones al aire libre constituyeron uno de los elementos característicos de la agitación revolucionaria en Chicago hasta el año 1886, y á ellas concurrían, según los casos, de tres mil á diez mil personas, desplegando un sinnúmero de banderas significativas de las esperanzas del proletariado. En el curso de estas manifestaciones se repartían gratuitamente millares de folletos, periódicos y manifiestos. En previsión de conflictos inevitables con las autoridades, se constituyeron grupos armados, distintos de los grupos de la Internacional, pero compuestos de anarquistas y socialistas bajo la denominación de «Lehr und Werh Vereine». Estas asociaciones, en virtud del derecho que les concedía la Constitución del Estado, habían provisto de armas á todos sus miembros y les iniciaron en su manejo. Las autoridades se alarmaron y promulgaron en seguida leyes especiales, violando el derecho constitucional, prohibiendo á todas las asociaciones el uso de armas. Los «Lehr und Werh Vereine» tuvieron que disolverse.

El 1.º de enero de 1886 comenzó á publicarse el *Der Anarchist,* en lengua alemana, redactado por G. Engels con la ayuda de los compañeros de varios grupos. Al propio tiempo que se publicaba el *Arbeiter Zeitung,* los compañeros alemanes publicaron el *Vorbote* y *Die Fakel,* los dos semanales, redactados por Spies y Miguel Schwab.

Se había escogido el 1.º de mayo de 1886 por las organizaciones de las Trades-Unions para inaugurar un movimiento á favor de la jornada de ocho horas, y los amigos de nuestra causa no titubearon en aprovecharse de este movimiento para extender en todas direcciones las ideas y doctrinas anarquistas. Desde el principio del año 1886 hasta la fecha fatal de 4 de mayo del mismo año, se celebraron sin interrupción los meetings y demostraciones de todas clases, y la ciudad entera vivió en un continuo estado de agitación y de fiebre. El 4 de mayo fué cuando se arrojó la bomba que causó tantos desastres, seguido del encarcelamiento de nuestros compañeros y la huída de Parsons y de Schnaubel: Parsons se presentó más tarde voluntariamente á las autoridades. Luego se efectuó la comedia judiciaria de Chicago, con los largos y angustiosos meses de espera hasta la tragedia final en que sucumbieron nuestros heroicos amigos.

Desde aquella época se han hecho titánicos esfuerzos para reanudar el trabajo de propaganda interrumpido por aquella catástrofe, y los que por experiencia conocen ya lo brutal que es la policía de Chicago, podrán apreciar en su justo valor el entusiasmo y la valentía de nuestros amigos.

El periódico diario *Arbeiter Zeitung,* después de aquellos terribles sucesos costóle gran trabajo encontrar redactores capaces de continuar la obra de Augusto Spies, pero cuando en 1894 Max Baginsky se encargó de su redacción, volvió á estar al frente del ejército revolucionario. Los demócratas-socialistas han intentado varias veces apoderarse del periódico, pero gracias al espíritu revolucionario que anima á los amigos y á los partidarios del órgano de Spies, sus tentativas han fracasado siempre. La propaganda hecha con el objeto de lograr la liberación de Fielden, de Schwab y de Neebe, la gran huelga de Pullman en 1894, la campaña de Byran en 1896, la formación del partido demócrata socialista americano con Debs por jefe y que al principio fué muy revolucionario, pero que luego fracasó entre las revueltas de la política, todos estos movimientos han tenido una gran influencia sobre el movimiento en Chicago, y dado

nacimiento á buen número de clubs y de sociedades en las cuales el espíritu revolucionario y libertario se mantiene muy vivo.

En 1893, cuando se efectuó la Exposición universal, debía celebrarse en Chicago un Congreso anarquista, pero la policía lo impidió. Las reuniones, empero, pudieron celebrarse particularmente en las habitaciones del *Times*, en las mismas barbas de la policía.

Las regiones mineras del Illinois han sido también muy á menudo el teatro de imponentes manifestaciones anarquistas, especialmente en la ciudad de Spring Valley donde hace años residen compañeros muy activos entre los mineros italianos y franceses. Varias veces se han hecho en este Estado excursiones de propaganda. Los compañeros Edelman y Owen fueron durante mucho tiempo miembros de la Liga socialista, pero cuando prevalecieron los métodos y la táctica parlamentaria, la abandonaron para dedicarse por completo á la propaganda libertaria. La muerte del compañero Edelman fué una pérdida muy sensible para la idea anarquista.

Durante los años 1884 y 1885 el compañero Alberto Parsons recorrió á menudo las regiones del Oeste y logró organizar numerosos grupos en Parsons y en otras ciudades del Estado de Kansas, en Omaha, en el Estado de Nebraska y en otras localidades del mismo Estado. El grupo de Omaha ha hecho una propaganda muy eficaz. En Topeka, estado de Kansas, se inauguró un serio movimiento en 1884, gracias á los compañeros G. C. Clemens y Alden S. Huling. En el mes de noviembre y en diciembre de 1887, William Holmes efectuó una excursión de propaganda en las ciudades de San Luis, Kansas City, San José, Jefferson, Topeka y Omaha, con objeto de liberar á los compañeros de Chicago que esperaban en la cárcel de Cook la ejecución de la inicua sentencia á la cual fueron condenados.

Antes del año 1886, la Internacional marxista, gracias á los esfuerzos y á la energía de Burnette G. Haskel, que residía entonces en San Francisco, se había arraigado profundamente en Denver, en el Estado de Colorado, donde José Buchanan publicaba y redactaba el *Labor Enquirer*, periódico revolucionario que ejercía en el Colorado una saludable influencia. Entonces existían dos ó tres grupos importantes que celebraban meetings semanales en uno de los locales más grandes de la ciudad, en cuyos meetings peroraban propagandistas de Denver, que con el tiempo se han vuelto individualistas. A principios de 1887, Buchanan fué á residir á Chicago, donde fundó el *Chicago Labor Enquire*, junto con W. Holmes como redactor cooperador. En aquella época, el movimiento en Denver sufrió un notable descenso. En 1890, el autor de estas líneas volvió á Denver é intentó reanimar el abatido espíritu revolucionario de la ciudad y sus alrededores, logrando crear el «Social Science Club» que celebró meetings y reuniones semanales conmemorativas de fechas del martirologio ácrata. Cuando W. Holmes se marchó de Denver, se hicieron nuevas tentativas para fundar otras sociedades anarquistas, pero no tuvieron grande éxito. En 1897 John Turner, de Londres, visitó el Colorado, y en Denver intentó hacerse escuchar en las Trades Unions, pero tampoco logró lo que se proponía; bastó el hecho de que Turner fuese conocido como anarquista militante para que se apartaran los jefes de las Uniones que siempre han sido muy conservadores. Otros oradores, como Emma Goldman, Most y Morton, obtuvieron mejores resultados, pero siempre ha sido difícil interesar al público de esta ciudad para que escuchara ó atendiera las ideas anarquistas. El periódico *Free Society* tiene algunos lectores y abonados en los distritos montañosos del Estado del Colorado, pero parece muy difícil poder organizar un movimiento continuo y regular. Hace cerca de un año que un ex pastor protestante, Víctor E. Southwork, abandonó su iglesia para dedicarse á la propaganda de nuestras ideas, organizando en compañía de algunos amigos una serie de conferencias dominicales. Estas conferencias se efectuaron sin interrupción hasta primeros de agosto del corriente año, y deben

reanudarse durante los meses de otoño y de invierno. El compañero Southwork es un orador inteligente y elocuente, y sus conferencias fueron seguidas con interés por las contadas personas que logró agrupar, pero el gran público ha permanecido indiferente.

El camarada Samuel Fielden reside, desde que fué escarcelado, en una pequeña alquería situada en la parte meridional del Colorado.

Desde las montañas Rocosas á la costa del Pacífico, la distancia del este al oeste es de varios millares de leguas y el territorio se extiende desde el Antiguo Méjico al sud, hasta las posesiones británicas al norte en una distancia de dos mil millas. En toda esta vasta región solamente hay una extensión relativamente pequeña sobre la costa del Pacífico, donde hay los Estados de California, de Oregón y de Washington, donde han podido arraigarse un poco las ideas anarquistas. Y aun en estos Estados la propaganda de nuestros principios es de fecha relativamente reciente. Había, es verdad, algunos lectores del antiguo periódico de Parsons, *Alarm*, en California (San Francisco), pero en aquella época no existía organización alguna abiertamente anarquista, como tampoco existe ahora, á pesar de que desde el año 1890, y sobre todo en 1895, se ha hecho un laborioso trabajo de propaganda en los tres Estados mencionados, y á pesar también de publicarse en ellos los dos únicos periódicos anarquistas de lengua inglesa, *Free Society* en San Francisco, y *Discontent* en una pequeña colonia anarquista situada en Puget Sound, en el Estado de Washington. En 1888 el camarada Ross Winn, de Dallas, Estado de Tejas, publicó un pequeño periódico mensual de tendencia anarquista, que más tarde se trasladó á San Francisco, donde lo redactó Sigismond Daniolwicz. Se mantuvo durante un año gracias á los voluntarios esfuerzos de algunos pocos compañeros del Este. Este periódico, *The Beacon*, pasó luego á manos de Clara Dixon Davidson, que cambió su título por el de *L'enfant terrible*, y de comunista anarquista se convirtió en individualista. Su existencia fué corta, muriendo por falta de lectores.

La introducción de las ideas anarquistas en la parte noroeste del Pacífico se debe en gran parte al amigo Harrys Addis, un joven pintor que antes vivía en el Colorado, y que fué á residir en Porland, Estado de Oregón, en 1890, donde propagó nuestras doctrinas entre los miembros de un club «populista,» logrando fundar más tarde una sala de lectura de la que fué bibliotecario y en la que supo reunir una importante colección de libros y de folletos revolucionarios, al propio tiempo que daba conferencias libertarias. Durante el verano de 1891 se asoció á un impresor, S. H. Morris, y publicó un periódico semanal, *Freedom*, el primer órgano anarquista que vió la luz en el norte de San Francisco. En 1892 cesó de publicarse, para reaparecer poco tiempo después convertido en revista mensual bajo la dirección de J. H. Morris y M. Liden. En 1891 algunos anarquistas de Portland entraron á formar parte del partido socialista obrero de aquella región adquiriendo en seguida una influencia preponderante en dicho ambiente. Durante los años 1892 y 1893 los anarquistas de Portland organizaron tantas conferencias como pudieron y distribuyeron grandes cantidades de periódicos y folletos. Su actividad fué en aumento en el año 1894 gracias á la energía desplegada por Harrys Addis, Carlos Doering y Morris. En una de las conferencias Addis, muy conocido en todo el Oeste por su elocuencia, recomendó al auditorio la lectura de la novela utópica de Villiam Morris, «*News from nowhere*», y al día siguiente no quedaba un solo ejemplar en todas las librerías, todas se habían vendido. En enero de 1895 acordaron publicar un nuevo órgano anarquista, apareciendo el 27 del mismo mes con el título de *Firebrand*, gracias al apoyo de Addis, Morris, Doering é Isaaks. Durante los seis primeros meses de su existencia el periódico tuvo que luchar rudamente para sostenerse. Addis fué á hacer una visita de propaganda al Norte del Estado de Washington con el objeto de recoger lectores y suscritores. Varias veces los compañeros tipógrafos tuvieron que abandonar la ciudad é irse á trabajar en la recolección de los

cereales para ganar el dinero suficiente para poder ir continuando la publicación. Merece citarse la compañera María Isaaks por el continuo sacrificio que hizo en pro del periódico. A fines de 1897 los compañeros Addis, Isaaks y Abner Pope, que acababa este último de llegar de Kansas para reunirse al grupo de *Firebrand,* fueron detenidos y acusados de haber distribuído «literatura obscena» y el número 34 del periódico fué confiscado por las autoridades.

Addis é Isaaks fueron puestos en libertad bajo fianza, pero Pope se negó á reconocer la competencia de los tribunales y no quiso aceptar la libertad provisional, aun cuando se le concedió poder presentar una fianza mínima de poco dinero. Estuvo cuatro meses en la cárcel. Poco tiempo después el periódico se trasladó á San Francisco donde reapareció con el título que aun lleva de *Free Society*. En el mes de mayo de 1898 Emma Goldman visitó todo el Noroeste de esta región donde aun no había podido penetrar ningún orador anarquista. El 13 de febrero del mismo año Most dió una conferencia en el local más vasto de Portland. Lo que caracteriza el movimiento anarquista de esta región es que no ha habido nunca una organización regular, de agrupación definida, que la propaganda se ha hecho siempre gracias al esfuerzo individual de algunos compañeros y á la influencia que fueron adquiriendo los dos periódicos *Free Society* y *Discontent.* El ideal anarquista ha sido constantemente en Portland la acción expontánea y voluntaria. No se ha hablado nunca de deberes, sino de libertad, y toda organización ha sido considerada inútil, cuando no funesta, por creer que conduce al autoritarismo. Las ideas anarquistas han penetrado bajo el imperio de las mismas influencias personales y de la acción voluntaria de los individuos, en un cierto número de ciudades del Estado de Washington, sobre todo en Tacona y en Seattle. *Free Society* cuenta hoy más de 300 suscritores en su mayoría americanos. Cuando el periódico comenzó á publicarse en San Francisco, en 1897, solamente había en esta ciudad algunos raros suscritores alemanes, italianos y americanos, y en estos momentos cuenta en la ciudad con ciento dos suscritores.

Discontent se publica hace un año y medio en Lake Bay, Estado de Washington. El periódico tiene tendencias absolutamente anarquistas y la colonia que lo edita es una colonia anarquista-individualista.

Terminaré esta rápida é incompleta información de la situación del movimiento anarquista de los Estados Unidos, reconociendo que la mayoría de los informes recogidos los debo á los compañeros de las ciudades y pueblos que he ido mencionando, agradeciéndolos á Miguel Dumas, de Paterson; A. Mikol, de Boston; Voltairine de Cleyre, de Filadelfia; Henry Barres, de Allegheny; María Isaaks, de San Francisco; Emma Goldman, de New-York; Henry Addis; de Portland y M. H. Cohn, de Brooklyn.

Villiam Holmes

Denver, Colorado, E. U. A. 25 agosto 1900.

Historia del martirologio de Chicago

Son tan conocidos los principales sucesos que casi es superfluo contar los detalles del martirologio de Chicago. Pero como es un asunto que no puede ser tan familiar á todo el mundo como lo es para nosotros que hemos vivido, temido, esperado y sufrido con los mártires, no estará de más contar lo que pasó en el tribunal y lo que se produjo en cada una de aquellas jornadas dramáticas.

El día 21 de junio comenzó el proceso contra Augusto Spies, Alberto Parsons, Adolfo Fischer, Samuel Fielden, Jorge Engel, Miguel Schwab, Oscar Neebe y Luis Lingg. El presidente del tribunal de Cook County fué Gary.

Durante la sesión del primer día por la tarde se produjo un suceso que impresionó á todo el mundo. Alberto Parsons no había sido aun arrestado á pesar de las activas pesquisas de la policía. Escepto William Holmes y Daniel Havy, de Wankeska, amigo fiel en cuya casa se refugió, nadie sabía donde se encontraba. Fuí yo quien aconsejé á Parsons que se marchara de Chicago, en la noche del 4 de mayo, poco después que el mitin fué disuelto. Yo no estaba aun al corriente de lo que había sucedido, pero sin embargo presentí ya que nuestros conferenciantes, que se habían distinguido brillantemente, acabarían por sufrir de uno ú otro modo las consecuencias. Después de discutirlo largamente Parsons consintió por fin en marcharse á Ginebra, donde morábamos para deliberar con William Holmes lo que mejor podría hacerse. Seguramente que no habría sido descubierto nunca si á él no le hubiese sido imposible conservar una libertad deshonrosa mientras la causa que tanto amaba y sus compañeros le reclamaban. Nadie, en el mundo oficial de la ciudad, sospechaba que Parsons estaba tan cerca del tribunal donde hubieran querido arrastrarle encadenado y custodiado por hombres armados hasta los dientes, cuando de improviso lo presentó el capitán Black. Parsons estuvo sereno, cortés, distinguido, como debe serlo el hombre libre, que voluntariamente se entrega á la cárcel y á la muerte. El momento fué dramático, un silencio de muerte reinaba en la sala, silencio tan sólo turbado por la pequeñez de alma de Grinnell, incapaz de comprender una acción tan grande, cuando gritó: «Estoy viendo á Alberto Parsons y pido se le detenga.» No hubo necesidad, porque Parsons se presentó el mismo á los jueces, se volvió luego serenamente hacia sus amigos estrechándoles las manos y ocupó por sí mismo un lugar en el banquillo de aquellos acusados.

La lista de los individuos que debían formar el jurado no estuvo hecha hasta 21 días después. Los jueces formularon reglamentos de ocasión á fin de que el jurado lo compusieran hombres de reconocida animosidad contra los acusados. Más tarde pudo comprobarse, con el testimonio de hombres que lo juraron bajo su palabra, que el fiscal se había vanagloriado de haber intervenido parcialmente en esta extraña y arbitraria composición del jurado para que pudieran ser aquéllos condenados á la última pena, y que uno de los jueces declaró que los prisioneros serían llevados al patíbulo si á él le nombraban juez. El presidente Garry no quiso prestar ninguna atención á estos hechos previos cuando fueron presentados ante el jurado. Éste, cuyo espíritu de prevención no dejaba lugar á dudas, lo compuso: James H. Cole, Scott G. Randall, Teodoro E. Deuker, Charles B. Todd, Frank S. Osborne, Andrew Hamilton, Charles A. Ludwig, James H. Brayton, Alruson H. Reed, John B. Greiner, George W. Adams, Howard T. Sandford. Los procuradores fueron: J. Grinnell, Walker y Furthmann. Los abogados: Captain Black, Frank Foster, Salomón y Feisler. Los testimonios de cargo ocuparon siete días, á partir del 2 de agosto. El intervalo de tiempo entre el 21 de junio y el 2 de agosto lo llenó la discusión que surgió entre la defensa y la acusación respecto ciertos cargos y pruebas.

Después se sucedieron las horas angustiosas, el período de intensa ansiedad de las deliberaciones del jurado, el veredicto de culpabilidad que cayó como un rayo en el corazón de nuestros compañeros, los discursos de los acusados en respuesta á la proposición del juez para que no les fuese aplicada la pena de muerte, discursos que formarán época en la exposición de los principios. El de Sand Fielden quedará como testimonio de elocuencia, de ternura y de amor á la verdad. Supo conmover á todos los que aun no tenían del todo atrofiado el corazón. Hasta algunos policías lloraron. Grinnell estaba absorto y conmovido; únicamente el juez Garry permaneció indiferente y frío.

La sentencia fué pronunciada el 20 de agosto, y el día de la ejecución se

fijó para el 3 de diciembre de 1886. Habiéndose negado Garry á abrir un nuevo proceso que pudiera depurar la verdad de los hechos alterados, los defensores apelaron al tribunal supremo de Illinois para obtener una prórroga, pasándose las semanas sin obtener respuesta. En fin, llegó el mes de noviembre, y la ansiedad había llegado al colmo. Todo el mundo temía la aproximación del fatal 3 de diciembre. Día de gracias (*Thanskgiving day*, fiesta americana), lo era para nosotros de angustias. La sociedad de amnistía tenía que reunirse aquel día. Yo corrí presurosa, después de comer, á la ciudad baja, con el corazón oprimido. De pronto, al atravesar el puente oí pregonar: «Últimas noticias sobre la prórroga solicitada por los anarquistas.» Procuré llegar á la reunión de nuestros compañeros que mutuamente se felicitaban creyendo fácil la concesión de la prórroga, que debía permitirnos salvar á nuestros compañeros demostrando la falsedad de los testimonios, la parcialidad del jurado, la nobleza de carácter de los acusados, en una palabra, todo aquello que podía crear una corriente de opinión en su favor. No sospechábamos entonces cuán grande y terrible era el poder capitalista de Chicago. Se llenarían volúmenes escribiendo todo lo que se hizo para salvar á nuestros amigos, todas las bajezas que la policía empleó para estorbar nuestros planes, desde el gabinete negro que abría nuestra correspondencia, hasta el espía que se colaba en nuestras reuniones. Fueron tantas las bajezas, que nuestros mismos compañeros nos decían: «no os ocupéis más de nosotros, continuad la propaganda de las ideas. Dejadnos entregados á nuestra suerte. Nuestra muerte será provechosa. Suceda lo que suceda, no desmayéis y continuad propagando.»

Está probado que el Supremo de Illinois, como el de los Estados Unidos, nada hizo. Sólo quedaba como último recurso y esperanza que el gobernador de Illinois conmutara la pena solicitada por algunos ciudadanos influyentes. Los prisioneros no quisieron solicitarla á pesar de las repetidas instancias de sus abogados. Su estoicismo venció todas las súplicas.

Nosotros esperábamos con impaciencia el minuto que debía aportarnos el acuerdo del gobernador de Illinois. Abogados, intelectuales, oradores, escritores, comerciantes, todos esperaban la suprema gracia, la palabra de piedad que debía salir de labios del gobernador. Por fin llegó terriblemente negativa. El golpe nos dejó aturdidos. Los compañeros corrían por todos lados intentando, queriendo intentar un supremo esfuerzo; todo en vano. El día fatal llegó.

La señora Parsons y yo fuimos temprano á la cárcel, pues la víspera se le había prometido el permiso de poder ver á su marido para darle el último adiós. Se nos detuvo con un pretexto cualquiera, con el de registrarnos, y cuando el capitán Schaak vino por la tarde á excusarse y ponernos en libertad, la tragedia se había ya consumado. Hasta este extremo se llevó la crueldad.

Efectos del martirologio

La clase que de modo tan feroz había asesinado á nuestros compañeros se creyó satisfecha y poder vivir tranquilamente. Grinnell decía: «á los ratones hay que cazarlos en sus agujeros; la anarquía debe desaparecer de América». Parecía que todo había terminado ya; nadie, por lo menos en Chicago, osaba hablar de anarquía. Tristes y sombrías eran las predicciones de muchos compañeros. Muchos amigos simpáticos á la causa creen aún, como aquéllos, que el drama del 11 de noviembre fué un golpe terrible para la idea, que el miedo ha destruído el entusiasmo, y con él han quedado paralizadas las organizaciones, que los casi convertidos desaparecieron y que el valor de muchos viejos militantes se ha aminorado. Contra aquellos augurios y estas creencias, se levanta la palabra profética de Augusto Spies: «Nuestro silencio será más elocuente que nuestras palabras».

No cabe duda que el silencio se hizo por algún tiempo, silencio provocado

por el pasajero terror acrecentado con el vacío que la prensa de Illinois se propuso hacer en torno del drama. El día del primer aniversario se habló poco en el cementerio, pero las montañas de flores acumuladas sobre las tumbas hablaban más elocuentemente que no lo hubieran hecho los labios.

El gobierno prohibió las reuniones, las manifestaciones, hasta prohibió se tocara la *Marsellesa* y el *Annie Lawrie*. Pero semejantes medidas han sido siempre contraproducentes. El pensamiento no se encadena. El movimiento duraba secreto, pero hacía su camino. ¿Por qué el juez Garry vióse obligado á escribir la apología de sus propias acciones en el famoso artículo «Undertone»? Porque sabía perfectamente que hay una especie de Undertone de investigación, de opinión pública que despierta lentamente, pero seguramente por encima del asesinato legal cometido con los anarquistas. Tampoco el pueblo estaba tranquilo á pesar de las exhortaciones de la prensa burguesa. Hombres y mujeres de todas las clases sociales se preguntaban porqué hombres en apariencia tan inteligentes defendían doctrinas reputadas viles y malvadas, y de esto á querer averiguar qué cosa era el socialismo, qué era esta anarquía por la cual hombres de valor hacían el sacrificio de su vida, no hubo más que un paso. Millares de individuos leyeron entonces los discursos, las cartas, las interviews de nuestros compañeros, cuando en otras circunstancias hubiera sido difícil hacer llegar hasta ellos la menor parcela de nuestro ideal. De aquella época data la costumbre de interesarse por los libros que tratan las cuestiones económicas. Además del impulso dado á los estudios y al movimiento por el trabajo, la encarcelación y la muerte de nuestros mártires, la situación favoreció por diversos modos la propaganda. Alguien escribió, en respuesta á la apología de Garry, el folleto «¿Por qué el Undertone?», que fué leído por millares de personas. Fué una excelente demostración de los fraudes, de las ilegalidades del proceso, al propio tiempo que la mejor prueba de la belleza del ideal defendido por aquellos que fueron condenados como criminales. Desde que Garry rompió el fuego, todo el mundo se interesó; desde que el juez sintió la necesidad de defenderse, las mismas personas á quienes no se les hubiera ocurrido dudar de la honradez de hombre tan respetado, sintieron á su vez la necesidad de ver si las explicaciones que daba eran plausibles, convenciéndose pronto del poco fundamento que tenían. El sincero trabajo realizado por todos los anarquistas de América antes del hecho de Haymarket, no puede compararse con la agitación que se produjo cuando, después de haber libertado á Fielden, Neebe y Schwab, el gobernador de Illinois hizo publicar un libro: *Motivos por qué he indultado á los anarquistas.* Fué la popularización del Ideal. Este libro lo leyó todo el pueblo, el pueblo que no hubiera leído nunca un folleto anarquista sin esta coincidencia. Personalmente conozco una decena de personas cuya evolución data del día en que leyeron esta poderosa acusación contra los jueces de Chicago. Quince años atrás, á pesar de todos los esfuerzos de los compañeros, pocas personas sabían que existiese una filosofía anarquista. Actualmente, cuando queremos llevar al Ideal á un ambiente cualquiera, hallamos ya dentro su germen. Todo el mundo tiene nociones de lo que se predica. Poco importa que haya menos reuniones anarquistas, que las organizaciones sean menos numerosas y en apariencia apáticas. Todo está en el pensamiento, en la Idea. No hay asamblea de la índole que fuere donde no se discuta más ó menos extensamente la cuestión económica, y en la cual las ideas de Libertad no estén pregonadas por algún neófito. Las mismas mujeres, en sus clubs, ponen á la orden del día temas sociales y anarquistas, no queriendo quedar á la zaga del movimiento. Todas las sociedades obreras discuten la cuestión de la libertad individual y muchas organizaciones son, en realidad, escuelas de propaganda. En todas las clases sociales surgen hombres que, cuando no se declaran anarquistas, son afines y simpáticos á nuestras ideas.

Todo esto está destinado á desarrollarse, á crecer en un movimiento prodi-

gioso. Es la evolución segura de un porvenir que no está lejos de nuestra época. Nosotros tenemos un lugar en la historia; la cárcel y la muerte en aras de los principios no es una desgracia, ser perseguidos es un bien; lo deshonroso sería todo lo contrario. Ante nosotros está el ejemplo de aquellos siete hombres serenos é inteligentes. Causa defendida por semejantes mártires, por fuerza tiene que ser noble. Es necesario que la sangre del mártir sea la semilla de la Iglesia, que sea el heraldo de progreso. No cabe duda que si entonces hubiésemos podido salvar á nuestros amigos nos hubiera regocijado, pero á través del tiempo transcurrido y los progresos efectuados, vemos que su muerte fué un gran bien. Los métodos de agitación han cambiado. No tenemos necesidad de hacer un llamamiento á la pasión, al entusiasmo y al espíritu de sacrificio de las multitudes para que nos sigan. El estudio, la investigación, la argumentación y la educación, he aquí los instrumentos del futuro trabajo.

El pensamiento puede efectuar su obscuro trabajo en millares de cerebros sin que nosotros lo sepamos, como antes, cuando nos reuníamos unos cuantos entusiastas. Sabemos muy bien que los actos más importantes no son la resultante de las organizaciones. Podemos trabajar en común, estudiar, deliberar juntos, pero el Individuo es quien obra. El proyecto germina interiormente, se forma, y luego se escapa. Un amigo decía: «temo que vuestra causa se haya retardado en cincuenta años, á consecuencia de los sucesos de Haymarked»; yo digo: «Hemos adelantado en cien años gracias al martirologio de Chicago.»

Permitidme recordar, antes de terminar, que tres de nuestros compañeros fueron indultados por el gobernador Altgell después de siete años de estar encarcelados. Miguel Schwab ha muerto después víctima de la enfermedad que se le agravó en la cárcel. Neebe reside en Chicago, tranquilo y buen socialista como siempre. Fielden vive en el sud del Estado de Illinois. No toma parte activa en la propaganda pero se interesa por ella tanto como antes. Gustaríale recibir periódicos anarquistas de todos los países del mundo. Su dirección es: La Veda, Colorado.

Lizzia M. Holmes

Denver (Colorado).

Grupos y publicaciones de la Argentina adheridos al Congreso

De Buenos Aires:

Sociedad de Obreros Panaderos.
» de Picapedreros y Albañiles.

Publicaciones:

La Protesta Humana, L'Avvenire, El Obrero Panadero, Ciencia Social, Rojo y Negro.

Círculo Internacional de Barracas, Unión Obrera Libertaria del Tandil, Casa del Pueblo de Bolívar, Grupo la Aurora de Santa Fe, Agrupación la Protesta Humana, Grupos Luz y Progreso, Desertores, Dispersos, Artículo 248, Sastres libertarios, Grupo Libertario de Mercedes, Grupo Ne Dio ne Padrone, Grupo Libertario de Resistencia.

Proposiciones sometidas al Congreso:

La huelga general, La huelga militar, El sabottage y el boycottage, Funda-

ción de escuelas libertarias (propuesto por la Protesta Humana), Interés de los anarquistas en penetrar en las Sociedades de resistencia (proposición del Obrero Panadero), Estudiar los medios para extender la propaganda entre los campesinos (proposición del grupo Artículo 248).

De estas diferentes proposiciones una hay que merece especialmente la atención de los compañeros; la que emana de los Obreros Panaderos.

Merece nuestra atención en el sentido de que entre los anarquistas franceses unos creen en la utilidad y otros piensan, al contrario, que nada pueden hacer los compañeros en las sociedades de oficio.

No aportaremos en el debate una opinión personal sino algunos hechos que serán mucho más elocuentes. Ante todo es necesario que digamos en qué circunstancias los anarquistas de la Argentina se encontraron mezclados al movimiento cooperativo, el cual no data de ayer, sino que arranca de lejos.

Hasta 1887 la vida obrera había sido relativamente soportable. Los obreros no podían esperar obtener una fortuna, pues en todos los países del mundo donde la propiedad individual es la base de la organización, los salarios están siempre subordinados á los gastos demasiado modestos de la vida, pero en fin, hasta aquella época el trabajo había abundado y el paro forzoso casi desconocido y, por consiguiente, lo incierto del día siguiente, el terrible inseguro mañana, no era motivo de angustia para el obrero como sucede en la vieja Europa.

Pero en la susodicha época se acentuó una crisis financiera que llegó hasta á determinar la revolución de 1890. En Europa no se puede tener idea de estas crisis americanas que son un terrible azote. En menos de diez y ocho meses los cambios subieron hasta 350 por 100. De la depreciación del papel moneda resultó un aumento en el alquiler de las habitaciones, en todos los productos de primera necesidad y especialmente en los productos de importación, hasta el extremo de hacer la vida muy penosa al obrero.

A esta situación económica diferente correspondió un nuevo estado de los espíritus. Ante este cambio, tanto más sensible cuanto que se produjo bruscamente, el obrero se despertó, ante el peligro sintió la necesidad de agruparse, sólo que, sea porque esta crisis financiera se convirtió en crisis social ó sea cual fuere el motivo, las agrupaciones no se efectuaron por afinidades políticas sino por corporaciones. Era lo más razonable que podía suceder. Era la lucha consciente del obrero contra su verdadero enemigo, el capitalismo.

Los robos, los despilfarros de los políticos y de los capitalistas provocaron lo que nosotros no habíamos podido provocar en varios años de propaganda. En honor á la verdad debemos decir que á pesar de la actividad de los compañeros Malatesta, Raoux y Mattei y de todos los demás anarquistas, los resultados de la propaganda no habían sido hasta entonces tan satisfactorios como nos prometíamos.

Pero en aquel momento, á consecuencia de aquella crisis económica, se formaron en todas partes las agrupaciones y las sociedades de resistencia. Sin soñar siquiera hacer de ello cuestión de principios, los compañeros creyeron natural formar parte de estas agrupaciones y aun algunas sociedades de oficio fueron formadas por anarquistas, como las de los albañiles, picapedreros, sombrereros, pintores de Rosario, yeseros, etc.

Este movimiento societario con tendencias revolucionarias, fué seguido de huelgas, de conflictos diversos entre patronos y obreros, huelgas y conflictos que muchas veces estuvieron coronados por el éxito, gracias á la inteligencia de los asociados, á las ideas y á las energías de los elementos avanzados, es decir, de los anarquistas que se hallaban al frente de las sociedades. Los sombrereros, entre otros, obtuvieron sucesivamente y en fechas cercanas unas de otras, notables aumentos de salario.

Los políticos, naturalmente, intentaron apoderarse de este movimiento, pero inútilmente, pues los anarquistas supieron con su actitud captarse la estimación

y la confianza de sus compañeros de trabajo. Además, no tan sólo no tuvieron arraigo las calumnias que la prensa burguesa nos dirigía, sino que cada vez que los charlatanes de la política intentaron mezclarse en las cuestiones obreras fueron recibidos dignamente con los gritos significativos de «fuera política,» «abajo la política,» hasta el punto que el partido socialista legalitario que poseía toda la tolerancia burguesa quedó reducido á una semi inactividad y por más esfuerzos que ha hecho no ha podido cerrar el paso á nuestra propaganda que ha convertido la Argentina en uno de los centros más activos del movimiento anarquista.

Pero conviene repetirlo, los anarquistas no crearon sociedades de oficio ó fueron á ellas con el exclusivo objeto de propagar los principios de una filosofía trascendental, sino para luchar al propio tiempo contra las exigencias patronales, para oponerse á las ambiciones y desmanes de los explotadores, considerando que obrando de este modo no dejaban de ser rebeldes y que podían hacer propaganda anarquista con buenos resultados. Aquellos hombres que se sacrificaban sin reserva por los intereses corporativos, podían, en efecto, exponer sus ideas de una sociedad mejor con la certeza de ser escuchados por sus compañeros de oficio.

El estado actual del movimiento prueba que tenían razón. Supieron demostrar lo que valen las reformas y combatir con éxito los prejuicios políticos, religiosos y sociales, cosa que no hubieron podido hacer de haber entrado en aquellos ambientes escudados exclusivamente en su filosofía, siendo intolerantes con los profanos.

El Perseguido, órgano anarquista que se publicó en aquella época con una tirada de 5000 ejemplares y por medio de suscripciones voluntarias, según un sistema muy usado entre los anarquistas españoles de la Argentina, encontró un serio apoyo entre los asociados sombrereros á cuyo frente estaban Victoriano San José y un grupo no menos activo de compañeros.

La sociedad de los panaderos tenía por secretario á nuestro amigo Mattei que no era panadero. Sin considerar esta sociedad como anarquista, Mattei supo, sin embargo, hacer mucha y buena propaganda en ella, como es testimonio la actual proposición suya que nos ocupa. Además, publicaron, si no estoy mal informado, una serie de folletos con marcadas tendencias anarquistas.

Los elementos más activos y más inteligentes de la sociedad de albañiles y picapedreros son anarquistas. Esta sociedad, que es una de las más importantes de Buenos Aires, ha enviado su adhesión al Congreso anarquista.

En las sociedades de zapateros, pintores, yeseros y sastres hay buen número de compañeros que al propio tiempo que empujan todas las reivindicaciones corporativas están haciendo una activa propaganda de nuestras ideas.

Como consecuencia de esta táctica hay actualmente en la Argentina y en Montevideo una prensa compuesta de periódicos y revistas cuya existencia está asegurada. Se editan asimismo una infinidad de folletos. En los diferentes periódicos, españoles é italianos, se publican artículos doctrinales al lado del movimiento social internacional que prueba la actividad de los compañeros.

La propaganda se efectúa también por medio de conferencias y por el teatro. No pasa semana sin que se efectúen en Buenos Aires representaciones y conferencias.

Gori obtuvo una cátedra en la Universidad, verdad es que luego le prohibieron desempeñarla.

En provincias la actividad no es menor. Existen grupos en los puntos más distanciados trabajando con ó sin el concurso de los compañeros de la capital, prescindiendo de la centralización y editando ellos mismos folletos y manifiestos.

Muchos más hechos podríamos citar que prueban la influencia que han tenido y tienen los compañeros en el movimiento y progreso de las ideas desde que

penetraron en las sociedades de oficio; pero los enumerados son suficientes para demostrar á los anarquistas franceses que se puede hacer buena labor en dichos ambientes. Basta para conseguirlo, á no ser que el ambiente en Francia sea diferente del de la Argentina, tener tolerancia, que desgraciadamente muchos de nosotros no tenemos, y la perseverancia indispensables para la propaganda de todo ideal.

A. S.

II

Europa

Memoria sobre el movimiento en Holanda

Después del Congreso internacional de 1896, celebrado en Londres, hubo en el movimiento socialista de Holanda grandes cambios.

Dijimos ya en nuestra Memoria dirigida al Congreso de Zurich en 1893, que la lucha del proletariado se libra en el terreno de las huelgas, de la organización, nacional é internacional, y no en el del parlamentarismo. Pero después han cambiado mucho las cosas. En Londres éramos aún mayoría en la delegación holandesa, y cuando abandonamos el Congreso á causa de su intolerancia y de su exclusivismo, quedaron solamente algunos delegados, esto es, los del partido democrático-social, que representaban una pequeña minoría en el país.

Cuando nosotros declaramos en el Congreso de Groningue, en 1893, que nuestra federación era antiparlamentaria, predijimos que el próximo porvenir pertenecía á los parlamentarios, pero que el porvenir definitivo correspondería á nosotros, los libertarios. Era de prever una escisión inmediata.

Se formó el partido democrático-social, modelado por el ejemplo del alemán y sostenido con el dinero de los demócratas-socialistas alemanes, y pronto se pudo ver que el reformismo tenía muchos adeptos. Es natural, puesto que hay en la burguesía una gran masa de personas temerosas de las vías revolucionarias, seguidas hasta entonces por los demócratas socialistas holandeses, que se hallan muy á gusto con la dirección del reformismo.

Nuestro partido democrático social ha tenido siempre un carácter netamente revolucionario, y en muchos aspectos se diferenciaba del partido alemán, con su fe exclusiva en el parlamentarismo, y del partido belga, con su método cooperativo. Así es que se conmemoraba anualmente la ejecución de los mártires de Chicago, tanto en nuestras reuniones públicas como en nuestros periódicos. Nuestro país era único, respecto á este particular, en Europa. Esto probaba que poseíamos el sentimiento revolucionario, que no temíamos honrar á los mártires del socialismo, aun cuando fueran anarquistas. En general puede decirse que, á pesar de nuestras diferencias con los anarquistas, el movimiento democrático social entre nosotros no ha tenido jamás ese carácter exclusivo y odioso que lo distingue en otros países. Nunca hemos creído, como los demócratas-socialistas alemanes y belgas, que todos los anarquistas eran agentes provocadores, malhechores del derecho común, ó bien hombres que se pueden dividir en dos categorías: una de agentes provocadores, de locos otra. Son Liebknecht y Guesde quienes dieron esta fórmula, y cuando ellos dicen algo toda la banda internacional lo repite. Entre tanto, esta fórmula fué importada en Holanda, y, como siempre la copia es más exagerada que el modelo, se la oye repetir sin

cesar á personas que frecuentemente no conocen ni el A B C del socialismo. Si en lo sucesivo los gobiernos deciden celebrar otra conferencia internacional contra los anarquistas, harán bien en nombrar como delegados á diversos demócratas-socialistas, pues los anarquistas no tienen enemigos más encarnizados que aquéllos. De este modo Chauvín podrá representar á Francia y podrá proponer la matanza simple de todos los anarquistas, ya que él ha prometido que ese será su primer acto después de la conquista del poder. En defecto de Liebknecth, que quería meter á todos los anarquistas en un canasto para enviarlos en seguida á una isla lejana, podría nombrarse á Bebel ó bien Wollmar, que piensan que los obreros de París hubieran hecho mucho mejor echándose á dormir que proclamando la *Commune*. Al lado de éstos debería reservarse un lugar á Anseele, que los aplastaría con... su voz, y se encontrará en todas partes demócratas-socialistas que organizarían con el mayor placer y *ad majorem socialdemocratisme gloriam*, una *razzia* contra los anarquistas. Se podría constituir una bella comisión compuesta de Crispi, Miquel, Méline, Alphonse Humbert, y de algunos otros revolucionarios como Millerand, Bebel, Anseele, Chauvin, para matar el anarquismo de un golpe, comision verdadero fin de siglo y bien digna de inaugurar el nuevo siglo de... progreso y civilización.

Pero volvamos á nuestros corderos.

Tuvimos, pues, en lo sucesivo dos partidos en Holanda, la Federación socialista y el partido obrero democrático-social. El primero era antiparlamentario y preconizaba la abstención en materia electoral; el segundo esperaba la salud de las elecciones y de los representantes democrático socialistas en el Parlamento.

En las elecciones de 1897 los demócratas socialistas triunfaron en tres distritos; naturalmente, grácias al *ballotage* y con la ayuda de ciertos elementos burgueses; pero ya se sabe cuánto el éxito inmediato ciega á la masa. Muchos entre nosotros decían: «¿Por qué abstenerse? Si nosotros hubiéramos presentado candidatos, habríamos triunfado; por el contrario, dejamos el campo libre á los otros que son traidores á la causa socialista». Se tenía odio personal á los individuos que habían intrigado siempre contra nuestra organización. Ganaba entre ellos terreno la idea de que si el Parlamento no puede dar á los trabajadores lo que éstos exigen, la tribuna de la Cámara es una tribuna pública desde la que se puede hablar al pueblo sobre el Parlamento. Estos amigos no atribuyen gran valor á las elecciones como tales, y sólo quieren hacer uso de ellas como medio de agitación. No comprenden bastante la conclusión de Liebknecht en uno de sus soberbios folletos, en el que dice:

Nuestros discursos en el Parlamento no pueden tener ninguna influencia directa sobre la legislación.

Nosotros no convertiremos al Parlamento por medio de palabras.

Con nuestros discursos no podremos introducir entre la masa aquellas verdades que no sea posible divulgarlas mejor de otra manera. ¿Qué utilidad práctica ofrecen entonces los discursos en el Parlamento? Ninguna. Y hablar sin objeto constituye la satisfacción de los imbéciles. Ni una sola ventaja.

Y he aquí, por otra parte, las desventajas.

«*Sacrificio de los principios; rebajamiento de la lucha política seria á una escaramuza parlamentaria; hacer creer al pueblo que el Parlamento bismarkiano (ú otro) está llamado á resolver la cuestión social.*

»¿Y por razones prácticas deberemos ocuparnos del Parlamento?

»*Sólo la traición ó la ceguera podrá obligarnos á ello.*»

Ningún anarquista lo diría mejor.

En fin, en el Congreso de Rotterdam (1898), se resolvió si se debía optar por la abstención ó no. La mayoría decidió que no se diera dinero alguno para las elecciones, y que las secciones del partido, como tales, no tomasen parte en las mismas, pero que los miembros adheridos á dichas secciones eran libres de tomar parte ó no individualmente en las elecciones. Yo dije entonces que no

quería continuar siendo redactor del periódico *Recht voor Allen* (El derecho para todos), en una situación tan falsa. Yo defendería la abstención en el periódico, y se daría el caso de que los miembros que tomasen parte en las elecciones, puesto que individualmente tendrían el derecho de hacerlo, fuesen combatidos desde su propio órgano por el que lo redactaba. No quise correr este riesgo, y presenté mi dimisión como redactor y como miembro de la Federación.

Un partido con programa, con un dogma, es un partido cerrado, exclusivista. Se pierde la libertad, puesto que el que difiera aunque no sea más que en una letra del programa, es herético y no se le puede tolerar. Sí, los partidos son el cementerio donde se da sepultura á la libertad. No se llegará á la libertad por el camino de la autoridad. El que quiera la autoridad como medio para obtener la libertad, ó es un espíritu obtuso ó un político que pretende engañar á la masa con la palabra libertad, mientras que su objeto es permanecer al lado de la autoridad.

El ambiente empieza á purificarse, pero no se ha llegado todavía adonde es preciso llegar forzosa y lógicamente.

Tenemos, pues: 1.º El partido obrero democrático-social, que lleva bien su nombre cuando hace abandono de las palabras obrero y social, y se llama francamente «partido democrático», como ya lo es en realidad; 2.º La Federación socialista que no sabe aún lo que quiere realmente, pues oscila entre dos ideas irreconciliables; 3.º El grupo libre con la denominación de socialismo libertario ó anarquista.

La redacción del periódico *Recht voor Allen* (El Derecho para todos), fué encomendada á una persona que va pisando siempre los talones á la mayoría, pero al propio tiempo el *Vrije Socialist* (Socialismo libre), aparece dos veces por semana dirigido por Domela Nieuwenhuis.

El título de este periódico—la redacción misma lo dijo en el primer número—es, propiamente dicho, un pleonasmo, porque un socialismo que no es libre, no es tal socialismo. Pero el hombre propone y Dios dispone, que dice el adagio, esto es, no se da uno el nombre que quiere sino que frecuentemente se toma el que las circunstancias imponen. Existe un socialismo autoritario, un socialismo que no es del todo libre; y bien, como antitesis hemos tomado el nombre Socialismo libre.

En conclusión, en el año que cursa (1900), el proceso ha tenido su término, y ello fué una consecuencia necesaria que no se pudo evitar. Nosotros lo habíamos previsto cuando decíamos: ¿Por qué dos partidos? No os separan más que cuestiones personales, pues en principio perseguís un mismo fin. El redactor del periódico se mostraba todavía algo recalcitrante, pero al fin se dejó amansar. La Federación no fué ya nada. La mayor parte de las secciones no existen. La Federación languidece, está tísica y se la ve peligrar de día en día. La poderosa Federación, que había contado sus miembros por millares, puede ser que tenga todavía un centenar de miembros. El periódico ha perdido sus lectores, porque cualquier género es bueno, excepto el género aburrido.

Para poder sostenerse se refugia en calumnias y mentiras dirigidas contra nosotros.

En este intérvalo, el Partido Obrero democrático social ganaba siempre terreno. Por fin absorvió completamente á la Federación pero, para dorar la píldora, forjó una mentida unión con ella. Bajo el punto de vista de los gastos y de la honestidad se hubiera hecho mejor reconociendo abiertamente su derrota. El negocio se arregló entre bastidores por los señores jefes, y los dos partidos se confundieron no se sabe todavía bajo que nombre, pero es de suponer que bajo la antigua denominación de Partido obrero democrático social aunque se hicieron esfuerzos por reconstituirse con el nombre primitivo de Partido democrático social.

Entretanto la atmósfera se despejó, llegándose á donde había que llegar;

frente á frente quedaron los dos principios francos y claros, es decir: democracia social y anarquismo (socialismo libertario). Nos parece siempre que el nombre *anarquista* no es completo porque no tiene realmente sentido más que bajo el punto de vista político y nada dice del económico; por esto nos parece preferible el nombre socialista-anarquista, es decir, en política, la anarquía; en economía el comunismo ó bien la abolición de la propiedad privada reemplazándola la propiedad en manos de la comunidad.

La unión de los dos partidos fué anunciada en la prensa como la muerte del anarquismo en Holanda. La *Petite Republique* publicó un artículo de Van Kol, en que este participaba al mundo socialista el fin del anarquismo. ¿Porqué? Porque las dos fracciones se unían en una sola asociación de asociaciones y federaciones representadas sobre la base de la lucha de clases del partido obrero internacional.

Naturalmente se glosó el hecho, como de ordinario, repitiendo la conocida melodía de que el anarquismo hacía gran mal á la organización obrera de la que durante mucho tiempo fuera el cáncer que roía su corazón y su vida. Se hizo constar así mismo que la Anarquía no tenía más partidarios que algunos fanáticos del individualismo.

Los hechos son siempre las pruebas más elocuentes. Y bien, he aquí los hechos: Había en Holanda dos partidos, la Alianza socialista (Socialisten bond) y el Partido obrero democrático social. (Social democratische Arbeiders Party). ¿Se quiere conocer la fuerza de estos dos partidos? Escuchad: Según el último *referendum* del Partido obrero democrático social, el número de votantes fué 765, *sete cientos sesenta y cinco* miembros en todo el país. La Alianza socialista no tuvo ninguno. Puede ser que tuviera todo lo más un centenar de miembros en toda la nación. Hágase la adición y se tendrá: 765+100=865 personas, aun no un millar. Mucho ruído y pocas nueces. Pero el Partido obrero, ayudado por el dinero de los socialistas alemanes y belgas, contra nosotros, es un partido de *réclame* por excelencia que puede competir muy bien con Géraudel y sus pastillas, panacea de todos los males.

¡He ahí el poderoso ejército de que dispone el Partido obrero democrático social! Nosotros seremos aniquilados por los demócratas socialistas... ¡Pero que estupidez, que candorosa creencia! ¿Es que todos los poderes del mundo pueden aniquilar la Anarquía? No se mata una idea, porque las ideas son inmortales.

Vamos á comparar las fuerzas de la democracia social con las del anarquismo.

El Partido Obrero democrático social tiene un periódico diario *El Pueblo* (He Wolk) que apareció después del 1.º de abril en Amsterdam y además un periódico semanal en el norte del país.

Los anarquistas tienen un periódico bisemanal que se publica en Amsterdam *El Socialista libre* (Vrije Socialist) y en provincias un periódico semanal *El Trabajador* (Arbeider) que se publica en Groningue, *El Porvenir* (De Toekomst) en Middelbourg y otros tres periódicos que están más ó menos con nosotros: *Recht door Zel* (El Derecho al fin), en Enuhedé, *De Klok* (La Campana), en Gorredyk, y *Volksblad* (El Popular), en Zaandam.

Además tenemos un periódico ilustrado semanal y pronto aparecerá otro bisemanal *El Anarquista.*

Naturalmente los demócratas socialistas esparcen por todas partes las mentiras más groseras—la mentira y la calumnia han sido desde mucho tiempo una de las armas más poderosas de que se ha servido los demócratas socialistas—y dicen que nuestros periódicos no son leídos fuera de nuestros grupos y que no ejercen influencia alguna en la vida pública. Y sin embargo combaten siempre y en todas partes á estos hombres sin valor y sin influencia. Y tienen tal miedo á nuestras ideas que evitan la discusión é impiden la venta de nuestros folletos en sus reuniones habiéndolos puesto en el índice del mismo modo que la Iglesia católica lo hace con los escritos heréticos.

Si se compara el anarquismo muerto y la democracia social viva, se vé que podemos estar satisfechos y que los demócratas socialistas mismos no creen ni por asomo en la muerte del anarquismo; y sino ¿porqué luchan *contra el capitalismo y el anarquismo?* No se lucha contra un muerto ¿verdad? Y cuando se proclama solemnemente la lucha, no hay mejor prueba de que ellos mismos no creen en lo que dicen. Es claro que nosotros estamos verdaderamente acobardados porque el Sr. Van Kol nos ha anunciado que «el capitalismo y el anarquismo son los dos mortales enemigos con los cuales no se puede transigir y que es necesario aniquilar.» Véase cual será nuestra suerte cuando la democracia social tenga la sarten por el mango. En nombre de la libertad democrático sacialista, seremos perseguidos, fusilados ó guillotinados. A falta de argumentos, se nos anuncía el fusilamiento, precisamente á semejanza de lo que hicieron los capitalistas en 1871. Así como *le mot d'ordre* fué en el siglo XVI «Antes turco que papista,» la democracia social dice: «Antes capitalista que anarquista.»

Actualmente los demócratas socialistas tratan de conquistar los sindicatos pues el Sr. Van Kol ha descubierto el secreto: «la Alianza socialista ha dado el ejemplo de la unión; luego seguirán los sindicatos.»

Los demócratas socialistas se han unido también—estos con aquellos, estotros con esotros, como se vé en Francia y en todas partes—y no por simpatía á la acción económica de los sindicatos (¡oh, no, esto no les interesa mucho!) sino por política, por ganar votos para las elecciones. ¿Qué es esto más que un estado mayor sin soldados? Y bien; los sindicatos son los reclutas que ellos van á su carro de triunfo.

Los carruajes del tren parlamentario están repletos de gente y solo necesitan que los sindicatos les sirvan de locomotora política para conducir sus jefes á las Cámaras, á los Ayuntamientos y hasta á los Ministerios, y entonces todo marchará bien en el mejor de los mundos posible.

Ellos, los socialistas, han dicho abiertamente que la organización de la clase obrera en los sindicatos debe tomar parte en los movimientos obreros generales como por el sufragio universal, las pensiones á los trabajadores, el seguro contra la invalidez, etc. Porque es claro que sin este concurso tales movimientos políticos no podrán jamás lograrse. Se vé, pues, que no hay simpatía por los sindicatos en sí mismos, sino como medio utilizable para fines políticos.

Pero los sindicatos están advertidos de que no les estiman los auxiliares de los politicastros que detestan, pues conocen demasiado la nefasta influencia ejercida sobre el movimiento obrero por estos señores. Desgraciamente la democracia social encuentra apoyo en muchos jefes de los sindicatos porque estos también esperan obtener un puesto en el rancho gubernamental. De un lado para los jefes los puestos en el Parlamento y en los municipios. De otro, para los inferiores las plazas en las cooperativas, y todo el mundo contento. Se especula sobre la codicia de la mayoría que prefiere vivir cómodamente sin mucho trabajo, al duro trabajo manual á que están condenados los obreros. Todos tratan de desembarazarse del trabajo manual, lo que no nos extraña; pero compadecemos á los desgraciados de que se sirven algunos de los suyos, frecuentemente los más astutos y los mayores farsantes, para trepar á lo alto de la cucaña.

Tenemos, por ejemplo, la huelga general. Los parlamentaristas la consideran una utopía. Comprenden que la acción independiente de los trabajadores sería la muerte de su existencia política. Del mismo modo que los tiranos viven de la ignorancia de las masas, así los políticos, los sedicentes jefes, viven también de la ignorancia del pueblo que tiene una naturaleza dócil y que sigue á los que más fuerte gritan. En vez de desenvolver intelectualmente á la masa, de hacerla independiente, la retienen en un estado de sumisión; y la única diferencia entre los gobernantes actuales y la oposición es la de que la última quiere ocupar los puestos de los primeros y toda su política se reduce á la aplicación del principio: Quítate tú para ponerme yo.

Los anarquistas se agrupan cada vez más en pequeños clubs y no se preocupan de otra cosa que de la emancipación de todos los hombres. La libertad es su ideal y como la desean para ellos mismos, hacen lo posible por obtenerla para todo el mundo.

Por medio de conferencias, de folletos, de periódicos, tratan de ejercer influencia en las masas para que trabajen por la emancipación del proletariado. Su idea no es reemplazar á los actuales tiranos por otros nuevos, ni mejores ni peores, pues rechazan en absoluto toda tiranía. Sus deseos no consisten en elevar al poder á los oprimidos de nuestros días haciendo bajar á los que lo ocupan porque entonces solo se obtendría un cambio de personas y el mal subsistiría. Ni Dios ni amo, he ahí la antigua divisa que es también la nuestra porque nosotros mismos queremos ser libres y suponemos que los demás querrán serlo también. Así, pues, trabajamos por todo lo que tiende á la emancipación.

Exceptuando los anarquistas conocidos generalmente, se halla sobre todo, después de Tolstoi, un nuevo tipo: los que se llaman anarquistas cristianos. Existen también entre nosotros. Vuelven á las ermitas de la Edad media, se retiran del mundo para enterrarse en las colonias libertarias, en los conventos modernos, donde viven aislados de todos. Nosotros los comprendemos, pero muestran un espíritu místico que los separa del anarquismo, que tiene por base la ciencia y no la fe. Son hostiles á la autoridad, pero aceptan la autoridad de Jesucristo. Se extravían en una terminología trascendental, que constituye de hecho la antitesis del materialismo moderno. No son militantes, y su concurso es totalmente perdido para la propaganda del anarquismo. No aceptan la lucha de clases y adoptan cierta especie de religión sentimental que se pierde frecuentemente en las obras filantrópicas y humanitarias.

Entre los camaradas se encuentran también gentes que todo lo esperan del desenvolvimiento individual. El mejoramiento debe venir de dentro, dicen ellos, pero olvidan que hace ya veinte siglos que se preconizó esta doctrina, y el resultado es el mundo en medio del cual vivimos. Lejos de nosotros la creencia de que el mejoramiento individual no significa nada, muy al contrario. Si este mejoramiento no acompaña á las reformas sociales, todos los esfuerzos serán vanos.

Los anarquistas y los socialistas libertarios han celebrado recientemente una conferencia en Zwolle. Allí se discutieron los diversos modos de propaganda y se pudo ver que el antiguo espíritu se manifestó entre los compañeros, llenándonos de gozo. Hemos perdido compañeros que fueron ardientes anarquistas y que ahora ocupan puestos en las filas de la democracia social. Tengo la convicción de que perderemos todavía otros, pero no dudo que cada vez vendrá mayor número de adherentes á unirse con nosotros. El sentimiento de libertad no muere jamás, y no debemos olvidar nunca que en cada hombre vive un anarquista, por poco que sea, del mismo modo que vive un autoritario, y que á medida que el uno ó el otro le guía, el hombre es un anarquista ó un autoritario. No, la anarquía no muere porque es el ideal más noble, el más elevado que se pueda imaginar. El ideal es tan verdaderamente noble, que cuando se me pregunta: «¿es usted anarquista?», no me atrevo á afirmarlo directamente, y respondo: «Trato de serlo y espero lograrlo, pero siento que mi vida personal no responde todavía al ideal que la anarquía ha formulado, y pienso que todos los camaradas tienen el mismo sentimiento que yo». Sencillamente decimos esto, pero gritamos con entusiasmo: ¡Viva la Anarquía!

Declaración porqué somos contrarios al parlamentarismo

1.º Nosotros somos contrarios á la participación en las elecciones porque los electores son halagados por la falsa esperanza de un bienestar superior, ó inducidos á la idea de que obtendrán una disminución de miseria.

2.º Nosotros somos contrarios á la participación en las elecciones porque muchos se dejan seducir, en su ciego celo por las elecciones, por los medios menos nobles para tener la dicha de salir bien.

3.º Somos opuestos á la participación en los trabajos parlamentarios, porque éstos desvían del principio «abolición de la propiedad privada y de la autoridad», y fijan la atención de la masa en cosas fútiles.

4.º Somos opuestos á la participación en los trabajos parlamentarios, porque nuestros mejores propagandistas pierden el tiempo en componendas con los partidos burgueses, á pesar de ser hostiles en principio á dichos partidos.

5.º Somos opuestos á la participación en los trabajos parlamentarios, porque nuestros mejores propagandistas se ven obligados á pensar en una dirección que está en contradicción con nuestros principios.

6.º Somos opuestos á la participación en los trabajos parlamentarios, porque nuestros propagandistas, que pertenecen al pueblo, una vez acostumbrados á los honores y zalemas burguesas, olvidan cada vez más por qué están allí y ostentan su representación. Sus protestas consisten solamente en esto: que muestran su sagacidad vis á vis de la ingenuidad de los partidos burgueses.

7.º Somos contrarios á la participación en los trabajos parlamentarios, porque nuestros propagandistas buscan más bien la gloria y el honor entre la burguesía que en los esfuerzos por socavar la sociedad capitalista.

8.º Somos contrarios á la participación en los trabajos parlamentarios, porque nuestros propagandistas buscan una posición social privilegiada por encima de sus necesidades, en virtud de la que se olvidan de la clase popular, tratando de conservar su propia posición por la intolerancia y por la arrogancia.

9.º Somos opuestos á la participación en los Parlamentos, porque la experiencia nos ha enseñado que un socialista no puede ser fiel á sus principios en un medio semejante.

10. Somos antiparlamentaristas porque los socialistas no pueden trabajar en las Cámaras necesariamente más que por el socialismo de Estado, y porque es indigno de un socialista participar en el trabajo parlamentario, que equivale á intrigar y embrollar.

La propaganda anarquista en Noruega

La propaganda anarquista en Noruega data del año 1888. La apología de los compañeros ahorcados en Chicago, sugirió á dos personas, Mortenson y Steinvik, el deseo de estudiar la literatura anarquista. Durante los años sucesivos, estos dos hombres emprendieron varios viajes por Noruega para enseñar las ideas anarquistas. Steinvik publicó por espacio de un año el periódico *Fadraheimen.* Dichos amigos hacían su propaganda principalmente en el campo.

En 1891 y 1892, algunos alemanes propagaron las ideas anarquistas en Kristianía y, después de esta época, la propaganda anarquista continuó progresando con algunas interrupciones. El periódico *Proletaren,* que apareció en Dinamarca los años 1895-96, tuvo en Noruega cincuenta abonados próximamente. El año 1898 se publicó en Kristianía el periódico *Anarkisten,* y cesó de publicarse en 1899 porque su redactor se vió obligado á ponerse á salvo de la persecución gubernamental á consecuencia de un artículo de dicho periódico. Después la persecución cesó. Una hoja periódica, *Fridom,* apareció algunas veces en los años 1897 á 1899. Durante este tiempo la propaganda por las ideas anarquistas continúa en Noruega: se publican y reparten 15 mil folletos. El periódico *Anar-*

kisten ha obtenido solamente 300 abonados en Noruega y 70 en Dinamarca. Un librero ha publicado la traducción de «La conquista del pan», de Kropotkine, y de «Recuerdos de mi vida», del mismo autor; bien pronto publicará «Palabras de un revolucionario».

Todos los partidos políticos hacen iguales esfuerzos por persuadir á las gentes para que voten por ellos. La democracia social ha hecho esfuerzos particulares por hacer de las organizaciones obreras un terreno de agitación electoral en su favor. Después de algunos años ha logrado que varias uniones obreras acepten el programa democrático-social. Por su parte el partido liberal ha hecho aceptar á otras uniones obreras el programa liberal. La desunión que esta agitación política ha ocasionado entre los obreros organizados, hizo que se provocara la idea de constituir una asociación obrera ajena á todos los partidos políticos y, en efecto, se constituyó. Mas todavía la democracia social consiguió, por medio de groseras astucias, servirse de esta sociedad nueva para sus fines electorales. El espíritu antiparlamentario no fué bastante fuerte para resistir á tales intentos. La consecuencia de esto fué que la asociación de tipógrafos no se haya unido á la asociación general de los obreros.

Recientemente la democracia social ha pedido una gran suma de dinero para su periódico, á guisa de préstamo, á la sociedad de los tipógrafos. La petición no ha sido atendida.

Hace poco se verificaron las elecciones de diputados, habiéndose abstenido de votar en toda Noruega las dos quintas partes de los electores.

Algunos compañeros toman parte activa en el movimiento obrero y han iniciado diversas campañas en favor del aumento de los salarios y de la creación de cooperativas.

KRISTOFER HANSTEEN.

Memoria de la Asociación obrera anarquista de Atenas

Nuestra Asociación, deseosa de que de ningún modo se la aventaje en la lucha que sostenemos y con la firme voluntad de tomar parte en el Congreso internacional que se celebrará en París este año, pero imposibilitada materialmente de mandar un representante, ha rogado por escrito á un compañero recientemente llegado á París y que es miembro de la Asociación, que la represente durante las sesiones del Congreso. Como ignoramos si las tareas y el trabajo de este compañero le permitirán aceptar tal misión, os enviamos la presente Memoria sobre la acción revolucionaria y propagandista de los camaradas de esta ciudad y sobre las cuestiones sometidas al Congreso.

La Asociación de obreros anarquistas de Atenas recusa toda acción parlamentaria ó legal y está en todo por la revolucionaria y antiparlamentaria, porque piensa que cualquier representación ó legislación es la negativa de la libertad absoluta del individuo. Tomamos, pues, parte en el Congreso con el único objeto de hacerle conocer nuestra opinión sobre las cuestiones propuestas al Congreso, con referencia á la propaganda revolucionaria, cuestiones que nos interesan mucho á nosotros los trabajadores. Considerando que «toda autoridad es una cortesana que puede corromper los mejores caracteres», nada esperamos no solamente de la democracia socialista parlamentaria sino también de los representantes parlamentarios de las entidades revolucionarias.

Todos, en Grecia, vemos con placer la reunión del Congreso. Por esta razón y en vista de la comunidad de aspiraciones entre las sociedades anarquistas de Atenas, de Patras y de Pyrgos, se ha decidido que estaríamos representados en él cuando menos por medio de Memorias.

Aprobamos la idea de una inteligencia internacional por el establecimiento de «Oficinas de correspondencia», á fin de que los compañeros de diferentes idiomas entren en relaciones, sean informados de la acción de los anarquistas, grupos ó individuos, y tengan conocimiento de los progresos de la lucha. Una inteligencia internacional de todos los grupos de las mismas opiniones, es necesaria para que nos hallemos unidos el día de la acción. No recusamos la inteligencia por grupos ó por acción particular de aquellos grupos ó compañeros que lo juzguen bueno.

La acción sistemática de la propaganda anarquista ha comenzado en Grecia después del año 1896. Las más grandes fuerzas de la anarquía en Grecia se hallan en tres ciudades; Atenas, Patras y Pyrgos.

En estas tres ciudades los compañeros han hecho una propaganda activa con un gran espíritu de desinterés, de celo y de sacrificio. Las dos últimas ciudades sobre todo, pueden presentar brillantes testimonios de su actividad: PATRAS, después del mes de abril de 1896, por el periódico *Epi ta prosô* (Adelante), del compañero J. M. Manganaras;

Por la organización en agosto del mismo año de la huelga de los obreros que trabajan la uva (1), en la que tomaron parte los trabajadores de todos los oficios símiles é intervino el camarada Manganaras que exhortó públicamente á los obreros, por cuyo hecho fué perseguido y condenado por el tribunal correccional;

Por el drama de la calle Anexartêsia, donde nuestro compañero Demetrio Matsalis, el 3 de noviembre de 1896, mató á un banquero de Patras é hirió á otro;

Por los artículos del periódico *Adelante*, que provocaron persecuciones, primero á causa de la huelga antes dicha y después por los sucesos de noviembre de 1896, fecha en la que catorce compañeros que se ocupaban en la redacción y composición del periódico, fueron perseguidos, procesados y condenados, con excepción de uno, á penas que varían de dos meses á un año de prisión y á dos años de vigilancia; y otra vez el 23 de febrero de 1897 en que los compañeros Manganaras y Karanpilias fueron condenados á tres años de prisión;

Por la proclamación de las ideas y teorías anarquistas hecha al auditorio desde el banco de los acusados;

Por el periódico liberal *Pélopònese,* de Patras, que esparcía nuestras ideas con los artículos de los camaradas J. Manganaras y Basile G. Théodôridès, que eran el uno colaborador regular y el otro colaborador extraordinario del periódico;

Por la propaganda en el campo, en los alrededores de Patras y de otras ciudades de Grecia, sobre todo por las conferencias públicas que daban Manganaras y Karampilias, que de nuevo fueron perseguidos en mayo de 1898;

Por la publicación de folletos;

Por la publicación de la «Biblioteca anarquista» emprendida por el compañero Manganaras.

PYRGOS, por la publicación del periódico *Néon Phôs* (Nueva luz), del compañero Théodôridès;

Por la ardiente propaganda de los compañeros de la localidad;

Por la celebración del 1.º de mayo de 1898;

---

(1) Patras es el centro principal de producción y de exportación de uvas pasas en Grecia: 18 millones de hectolitros por año.

Por la acción revolucionaria del amigo Andréas G. Théodôridès que, para festejar su casamiento con la camarada Phôtinê Drosopoulos, el día de la celebración, trató de matar á dos usureros de Patras, no logrando más que herirlos gravemente.

Tal es la acción revolucionaria y propagandista de esas dos ciudades. Se hallarán informes más extensos y detallados en las Memorias que quizá enviarán directamente.

Nuestra ciudad, ATENAS, donde brillaron la Sabiduría, las Artes y las Ciencias, donde germinaron y florecieron las primeras ideas de la libertad y del sentimiento de lo bello, aparte la acción de estos últimos años, puede mostrar con referencia á un pasado muy reciente, un brillante período de acción, el período en que nuestro amado revolucionario francés Gustavo Flourens (1), vuelto de Francia en 1868, después de la muerte de su padre, dos años antes, en 1866, cuando Creta quiso ser libre y se sublevó contra el yugo turco, fué de los primeros entre los garibaldinos con otro querido compañero Amílcare Cipriani, que se batieron bravamente en las filas de los revolucionarios. El compañero Flourens, durante su segunda permanencia en Grecia, publicó el periódico *El Independiente.* Dirigió la palabra á la juventud griega reunida en la vasta plaza de la Universidad y fué escuchado con tal entusiasmo, que en el momento en que el gobierno envió la caballería para disolver la reunión é interrumpir el discurso de Flourens, las tropas hallaron una enérgica resistencia. Cuando la fuerza armada quiso emplear la violencia, el público la rechazó á pedradas. Esta conferencia fué impresa con el título: *El Helenismo.* Por esta razón y á consecuencia de una queja del embajador imperial francés, porque en las «noches áticas» el compañero Flourens y otros iban á entonar canciones revolucionarias bajo las ventanas de la embajada, el ministerio griego Boulgaris lo expulsó, enviándolo á Francia.

En 1880, un compañero desconocido, estudiante en derecho, publicó la traducción de *Les abus de la justice penale,* por E. de Séchelles, con un prefacio revolucionario y anárquico notabilísimo; en 1886 se tradujo y publicó por cuenta del periódico socialista *Ardén,* redactado por Drakopoulo, dos obras de Kropotkin, *La Anarquía en la evolución social* y *A los jóvenes.* La publicación de los artículos revolucionarios y anarquistas por el compañero Hérakles Anastasias, de 1892 á 1895, en el periódico *El Socialista,* terminó la acción y el trabajo de la propaganda hasta 1896.

Desde esta fecha hasta ahora, en esta ciudad, fuera de la propaganda individual de cada compañero, es notable la acción de la asociación anarquista «Kosmos», bajo cuya influencia, en abril de aquel año, tuvo lugar la gran agitación obrera de los mineros de Laurión (2) (Kamaritza) donde los huelguistas emplearon el fuego y la dinamita. Durante esta agitación, por iniciativa de los compañeros de Atenas y de los colaboradores de *Epi ta prosô,* Demetrios Aruellos y Panos Trekouras, la asociación «Kosmos» publicó y distribuyó á los mineros una importante proclama para animarlos en su movimiento. No hay que confundir la asociación «Kosmos» con otra asociación socialista compuesta de estos últimos y de anarquistas *mixtos.* Esa asociación estuvo casi á punto de disolverse cuando los compañeros que en ella figuraban se unieron á nuestra agitación.

Tal es la acción de la propaganda de los obreros anarquistas de Grecia, que en la mayor parte de las ciudades existen adeptos.

La literatura anarquista griega es pobre. El *Epi ta prosô* y la *Biblioteca anar*

---

(1) Fusilado en 1871, cuando la *Commune;* hermano de M. Flourens, ex ministro de Negocios extranjeros en Francia.

(2) La explotación minera más importante de Grecia: plomo argentífero, hierro y calamina. Es un distrito exclusivamente obrero, donde se podrá hacer todavía mucho.

quista del compañero Manganaras, han hecho varias publicaciones, tal como el folleto de Faure *Lo que queremos;* cuatro folletos de Manganaras, *La manumisión de la mujer, La libertad absoluta del individuo, Miseria y autoridad, El matrimonio en la sociedad futura, A los jóvenes,* de Kropo kin, segunda edición, *La sociedad al otro día de la revolución,* de Grave, y *El espíritu revolucionario.*

Las cuestiones que proponemos al Congreso son las siguientes:

(a) ¿Cuáles son los medios de propaganda que la experiencia de los diferentes grupos anarquistas da como mejores y más útiles en el pasado?

(b) ¿Con cuáles agrupaciones revolucionarias pueden colaborar los anarquistas?

(c) ¿No sería mejor y más práctico que todos los grupos de una misma inspiración que se designan con los nombres «Harmonistas», «Libertarios», etc., hiciesen la propaganda bajo el nombre común de «anarquistas», puesto que esta palabra expresa nuestro objetivo, esto es, la negación de toda autoridad, la instrucción de las masas y la enseñanza, á fin de pasarse sin amos y sin representantes?

Nuestra Asociación de trabajadores anarquistas de Atenas no reconoce en su seno gobierno alguno, ni presidente, ni comité. Uno ú otro serían un gobierno, una autoridad. Por otra parte, el pasado nos enseña que tales dignidades son utilizadas para dar valor político á los que de ellas invisten, presidente ó comité, y de los que se aprovechan para obtener puestos en los servicios públicos y el apoyo del Estado. Todas las asociaciones de Grecia, obreras ó no, por este medio sirven de órganos á los diferentes partidos políticos.

Por este motivo la presente Memoria va firmada por todos los miembros de nuestra Asociación que se hallan actualmente en Atenas.

Los compañeros *J. Manganaras, Chrestos Koulombis, Louisa Spartali, Panos N. Terutes, Andreas Papamatiropoulo, Demetrios Koulouris, Demetrios M. Karambilias, J. Papanniyas, Chrestos Dedel, Mich. Karayannopoulos, Drosos Meintanis, Nikolaos Moraitis.*

Memoria del grupo anarquista de Pyrgos (Grecia)

Desde las riberas del Alphea, del Altis sagrado, de la Olympia histórica, del centro internacional de la antigüedad de los juegos del cuerpo y de la inteligencia, los compañeros saludamos la idea del Congreso.

A causa de la crisis económica que reina en nuestra región, no pudiendo enviar un representante nuestro al Congreso, nos limitamos al envío de esta información.

La propaganda del anarquismo comenzó aquí en el año 1892, y ha tomado grandes proporciones á pesar de su corto tiempo de existencia, y mayores hubieran sido á no mezclarse la cuestión religiosa. Poi de pronto hemos preferido atacar todas las instituciones, la juventud se va haciendo cada día más anarquista. Con placer consignamos que aquí no hay socialistas autoritarios; no hay más que conservadores, liberales y anarquistas.

Hay que tener en cuenta que aquí no hay asociaciones obreras á causa de la carencia de industria. Solo se cultiva la viña de Corintio y los trabajadores que la trabajan no son del país; llegan tres veces al año procedentes de las provincias montañosas, lo cual impide propagar como quisiéramos nuestras ideas entre ellos, teniendo que limitarnos á la distribución de los folletos.

Aquí tampoco hay grandes propietarios, la pequeña propiedad es lo que domina, cargada de deudas y con la culebra de la usura enroscada al cuello.

Bajo la influencia de nuestras ideas se han celebrado varios mitins de campesinos en nuestra ciudad contra los usureros, y, además, para pedir la supresión de los impuestos. Los recaudadores y la fuerza pública que fueron á los campos para cobrarlos, fueron recibidos dignamente á tiros por hombres y mujeres, con la particularidad de que los párrocos de las aldeas se pusieron al frente de este movimiento de protesta de los campesinos contra el Estado y los capitalistas.

Varios compañeros y campesinos fueron detenidos y condenados á algunos meses de cárcel, pero el resultado de este movimiento fué hacer ceder al gobierno y rebajar el orgullo de los capitalistas.

Contra algunos de estos últimos se han hecho atentados.

El ógano de nuestras ideas, *Neon Foss,* comenzó en octubre de 1898 y cesó de publicarse en 1899. El periódico se debía á la iniciativa del compañero Basilio Theodoridos. Hemos traducido varios folletos: *Dios y el Estodo,* de Bakounin, *La Anarquía, su filosofía, su ideal,* de Kropotkin, *Las declaraciones de Etievant, La obra anarquista,* de Girard, etc. El traductor Demetrio Arnellos piensa publicarlos en breve.

El grupo anarquista:

Panos Machairas, Nicolás Didachos, Demetrio Arnellos, Peinos Coroverris, Spyridon Catiras, Basilio Theodoridos, Demetrio Dionyssopoulo, C. Noviters, Jorge Petrizis, B. Poulos, J. Panangoutis.

Memoria sobre el movimiento anarquista en Suiza

Hace algunos años que la propaganda de las ideas comunistas-anarquistas parecía extinguida. Los viejos internacionalistas perdidos entre la masa de patrioteros que forman la casi totalidad de los suizos estaban obligados á una inacción casi absoluta. ¿Como hubieran podido los antiguos proscriptos, los terribles revolucionarios influir sobre la población de hoteleros, tenderos y lacayos que levantan su pabellón burgués en esta noble tierra? En efecto, el movimiento era nulo ó poco menos.

Pero aunque más tardiamente que en otras partes iba naciendo una tendencia, á causa, se pretende, de las instituciones democráticas con que nos han regalado las cámaras competentes de este país; la tolerancia, la instrucción profusamente extendida, la libertad helvética, debían ser un obstáculo al desarrollo del socialismo. Y no obstante, la miseria y la opulencia, la esclavitud económica y las vejaciones capitalistas, el odio á todo lo que huele á anarquismo y el respeto idiota de todas las poliarquías, el amor á las leyes, á Dios, á la patria, y la ganancia, son los menores defectos de este «oasis de buen sentido» que lleva por nombre, Suiza.

En una palabra, la democracia social se había apoderado, veinte años hace, del mundo obrero suizo. Como en todas partes ha sido una mistificación, ni una migaja de pan ha aportado al hogar de los miserables, pero en cambio los preclaros socialistas se pavonean en los sillones parlamentarios; algunos lograron, á fuerza de chillar mucho, introducirse en las administraciones. Y todo el mundo satisfecho. El proletariado olvidándose de su porvenir y pensando únicamente en las urnas. Nuevos amos sucedieron á los viejos y gastados. Hipnotizado por las falaces promesas ni se quejó ni se queja. Se entretiene ahora recla-

mando el voto obligatorio, la representación proporcional, la elección del consejo federal por el pueblo, los monopolios; cree en las bienandanzas del Estado que, si alguna vez le concedió algo, concedióselo ante las exigencias populares.

El pueblo suizo está retardado. En otras partes el pueblo vuelve la vista hacia la Revolución, aquí, solo sueña en centralizarlo todo. Y esto, pero, tiene su explicación. Los ferro-carriles, por ejemplo, distribuyen á sus accionistas dividendos de 5 á 8 por 100, y los simplistas han creído que si este 8 por 100 podían ingresarlo, en lugar de ir á parar al bolsillo de los banqueros, surgiría un mayor bien público en forma de trabajos públicos, instrucción, etc. Votaron por lo tanto en pro del monopolio de los ferro-carriles.

Pero no habían contado con el militarismo que todos los años absorve dos ó tres millones de más, no contaron con el ejército de funcionarios ociosos que necesita y significa todo monopolio, no contaron tampoco con el recrudecimiento del autoritarismo (atributos del Estado, arrogancia de los empleados oficiales, inutilidad de las reclamaciones), de modo que, en lugar de ser algunos comerciantes los gananciosos, son únicamente los gobernantes los que se aprovechan de la centralización. Para el ciudadano este cambio de sitio del poder sería indiferente, en último término, si no tuviera por consecuencia final una disminución de la libertad. Lo que nos promete, por lo tanto, los monopolios de la democracia-social, es una evolución regresiva.

Pero esta enojosa tendencia parece que está camino de su ocaso; sin que nos hagamos ilusiones podemos permitirnos este augurio. En varios puntos, Berna, Lausanne, Zurich y Ginebra, están próximas á estallar las esciciones socialistas. Los trabajadores no acuden ya en todas partes á las urnas con el mismo entusiasmo de antes y asoma ya el disgusto contra el parlamentarismo. Acaso este disgusto solo sea la expresión perezosa de apetitos no satisfechos, pues, y conviene decirlo sin embajes, el ideal del obrero suizo no consiste en emanciparse del Estado y del capitalismo; su ideal, burgués puro, consiste en convertirse en patrono. A este factor hay que agregar la intrusión del nacionalismo; en sus reivindicaciones los trabajadores piden muy á menudo, con el socorrido pretexto de la competencia, que el trabajo esté concedido únicamente á los hijos del país, y este estado de espíritu es de los más deplorables. ¿Qué puede esperarse de aspiraciones tan mezquinas, cuidadosamente mantenidas por los jefes socialistas que sacan partido de ello en época de elecciones? Todo esto es puramente baja política descorazonadora, pero muy explicable.

De todos modos sería exagerado afirmar que el proletariado suizo es incapaz de hacerse solidario internacionalmente, libertario y generoso, si un impulso se produjera. *La Federación del Jura*, de enérgica memoria, está aquí para demostrarnos la posibilidad del advenimiento de días mejores. El elemento anarquista no ha muerto, duerme, despertará, va ya despertando. Los hechos van confirmándolo.

A parte los socialistas-anarquistas italianos, diseminados por toda la Helvetia, en número de un millar por lo menos, existen los simpáticos á nuestras ideas en número no escaso. A este contingente puede añadirse el centenar de compañeros alemanes, austriacos, franceses, y tendréis el balance de los revolucionarios extranjeros. Los italianos sobre todo organizan de modo muy coordinado las conferencias, las conversaciones de propaganda en público, y las manifestaciones. Respecto á los anarquistas suizos parece se está apoderando de ellos una laudable actividad. Hay además, los solitarios. En algunos puntos los hay que forman grupos que desaparecen y se reforman incesantemente.

Cordiales relaciones unen entre sí á los diversos círculos, no importa que los asociados no se conozcan, se establece el tacto de codos, y esto es ya algo. La propaganda de la idea es la preocupación constante del anarquista, aquí se traduce por el proselitismo individual. Cada día que pasa nos aporta un nuevo convencido, un nuevo combatiente. Verdad es que las maniobras policíacas, la con-

ficación de los periódicos y de los folletos, las calumnias y las expulsiones contrabalanzan nuestros esfuerzos, pero también son un mayor motivo demostrativo de que la «libertad helvética» es un mito ó una gran hipocresía. Los hechos son conocidos, pueden estudiarse en la prensa, es inútil por lo tanto que los detallemos.

En resumen, el movimiento comunista-anarquista es un hecho en Suiza, muy débil, es verdad, pero existe. Un periódico bimensual y bilingüe, *Le Reveil socialista-anarquista,* es el eco de este movimiento, lo cual no deja de ser una gran cosa.

Una palabra para terminar.

Hay dos ambientes que reclaman nuestra propaganda: el cuartel y las sociedades de oficio.

A los soldados conviene enseñarles la no obediencia. Son ya en regular número los descontentos para que puedan protestar colectivamente sin peligro, como ya se ha dado el caso en la concentración de las tropas, donde los «supe riores» tuvieron que cerrar el pico y hacer la vista gorda. Los actos individuales como negativa de servir á la patria, que es una vana palabra, y de protegerlos bienes del país, que pertenecen á los ricos, deben estimularse sin miedo; sólo se corre el riesgo de dos ó tres meses de prisión, pero tiene la ventaja de ir allanando el camino á la libertad.

En las sociedades de oficio nuestra acción es más conveniente, más urgente, para poder hacer germinar esta idea de *huelga general,* única que puede revolucionar al mundo. En efecto y por lo que concierne á Suiza, la revolución propiamente dicha atraería poco á los trabajadores, cuyo espíritu nacional es demasiado legalitario; y ya que las huelgas parciales fracasan inevitablemente casi siempre, la huelga general, sistemáticamente organizada por las sociedades obreras, es el único medio de minar la actual sociedad. Además, hay otro punto de vista; la huelga general, pacífica en su comienzo, se convertirá fácilmente ó forzosamente en *Revolución* cuando el pan principie á escasear en los hogares obreros, y entonces se puede dar el adiós definitivo al capitalismo y á la autoridad.

A la obra, pues, anarquistas de Suiza. No hay que perder la esperanza en el porvenir revolucionario, al cual llegaremos por medio de la huelga general que será el resumen de las huelgas parciales y de las huelgas militares.

Obremos y la emancipación será un hecho.

El grupo revolucionario de Lausanne.

Condiciones de la propaganda anarquista en Suiza

Del mismo modo que el extranjero rico que viaja por Suiza se ve obligado á escuchar el ditirámbico elogio de los panoramas del país, de sus montañas, de sus hoteles y de sus garitos, todo individuo que se ocupe de sociología tiene que escuchar, tenga ó no ganas, el discurso siguiente: «En nuestro país, en nuestro libre y democrático país, no encontraréis pobres, en vano buscaríais perseguidos por delitos de opinión; nuestra legislación (nadie discute sus principios) es un modelo de previsión y de libertad, que la iniciativa particular sabrá modificar en sentido progresivo á medida que sea necesario. La cuestión social, si la tal existe (y algunos la niegan rotundamente), encontrará su pacífica y natural solu-

ción en la acción desinteresada de nuestros hombres de Estado...» Podríamos prolongar este discurso, que poco más ó menos se prodiga á todo extranjero, si halláramos en él algún interés y sobre todo un poco de verdad; pero preferimos exponer las consecuencias que todo suizo se cree en el derecho de deducir de esta... afortunada condición.

El orgullo legítimo de haber nacido en Suiza se manifiesta naturalmente por medio de un patriotismo que, aunque no sea tan violento y ruidoso como en Francia, no por eso es menos estrecho y exclusivo. No hace mucho tiempo que en Ginebra, en el municipio de Caruge, el señor Alejandro Triquet, del concejo nacional, y uno de los jefes de la democracia social del cantón, denunció, durante la fiesta que celebraban los bomberos, un peligro nacional consistente en el hecho de que «los extranjeros no se asimilan tan pronto como sería de desear nuestras instituciones democráticas». Triquet es un nacionalizado y nacionalista no hace mucho tiempo, pues es originario de Saboya Deducid el patrioterismo del medio ambiente con el ejemplo de este señor Triquet que, no siendo de origen suizo y siendo internacionalista, se ha convertido tan pronto y bien.

En muchos cantones de Suiza varias corporaciones de trabajadores están casi exclusivamente compuestas por extranjeros. Si un obrero cualquiera ó un militante intenta organizar entre los obreros la resistencia contra el patrono en el terreno económico, pronto escuchará un: «¡Afuera, ciudadano; en nuestro país somos libres y felices; id á llevar el desorden á vuestro país!»

¿Creéis útil organizar un círculo de estudios sociales para celebrar conferencias ó conversaciones amigables, ó publicar algunos folletos? «Sois un anarquista—oiréis en seguida,—un hombre sin religión, un asesino, un ser inmoral. ¡Expulsadle!» Y si vuestros amigos personales no son lo suficiente hábiles para crear en seguida un poco de atmósfera favorable á vuestro nombre, ni la elección de la frontera se os deja; al cabo de poquísimos días la policía os ha puesto de patitas en la de vuestro país de origen, donde con toda seguridad, previamente avisada, ya se hará cargo de vosotros la policía de vuestra nación.

Más adelante tendré ocasión de insistir sobre algunas de estas patrioteras manifestaciones; quise aquí únicamente exponer este estado de alma general y característico del medio.

Como todos los hechos de carácter general, este desagradable estado de alma tiene ciertamente sus excepciones, me complazco en reconocerlo; pues de ellas me aproveché y beneficié en un proceso que tuve que aguantar por delitos de imprenta. Estas excepciones ¿saben remontar la corriente patriotera y reaccionaria? Su acción, sobre todo ¿se hace sentir de una manera continua y sistemática? Desgraciadamente no. Así tenía que ser, dado el desarrollo constante y progresivo del estadismo bajo sus tres aspectos diferentes: económico, político y moral, y dada la actitud de los partidos políticos en este particular. El desarrollo de la acción y de la esfera de acción del Estado, limita no tan sólo nuestras libertades, sino que limita también con la corrupción, la violencia y el temor nuestra fuerza de resistencia.



No tengo la intención ni dispongo de tiempo para refutar todas las afirmaciones de los apologistas de la libertad y del bienestar suizos; para esto sería necesario escribir la historia social de la Suiza contemporánea, y acaso esto no tendría ningún interés para los camaradas del Congreso. Creo oportuno analizar la vida dinámica del país, si así se me permite llamarla, estudiar la acción habitual que ejercen los partidos políticos sobre el Estado, y la reacción del Estado sobre la nación. Con esto creo poder explicar fácilmente un hecho y combatir al propio tiempo un prejuicio. El hecho es que el número de compañeros suizos es

reducidísimo, y la propaganda no ha revestido nunca el carácter de continuidad que tiene en otros países. El prejuicio es la apología que tanto en Suiza y en el extranjero se hace de un Estado descentralizado que, al decir de los apologistas, no presenta las desventajas ni los peligros del Estado centralizador, y que por esta razón sería, más que soportable, deseable.

Se sostiene que Suiza es el país más descentralizado del mundo, que cada cantón goza de la autonomía más amplia en su administración interior, que la Confederación solamente sirve para representar los intereses colectivos de todos los cantones y no dificulta de ningún modo la libertad particular de cada cantón. Sin hacer la historia de la Confederación y de sus luchas, se puede desde luego probar que la teoría de la Confederación—oficina de la correspondencia de los cantones—es un deseo teórico que diariamente recibe el mentís más categórico que pueden presentar los hechos. La Confederación, por ejemplo, tiene el derecho, sin dar cuenta á las Cámaras, de expulsar á quien le dé la gana de todos los cantones suizos; la organización del ejército depende casi exclusivamente de la Confederación; varios monopolios y de los más importantes (pólvora, pontazgos, ferrocarriles, billetes de Banco, alcohol, etc.), dependen directamente de la Confederación.

Antes de exponer las teorías que los partidos políticos construyen sobre el estadismo económico, es conveniente probar su marcha cada día más creciente desde el punto de vista económico, político y moral.

¿Qué entendemos por Estadismo? Consiste en nuevas atribuciones dadas al Estado y en la ampliación de las antiguas; de modo que el Estado, no solamente interviene cada vez más en todos los actos de nuestra vida privada y social, sino que se forma dentro del Estado toda una clase de burócratas, cuyos intereses y mentalidad son especiales, burócratas que se oponen á toda innovación que pueda perjudicar sus intereses é imponen su voluntad como si fuese el verdadero, el legal, el evolutivo interés de todo el mundo.

En nuestro análisis nos vemos obligados á limitarnos al estudio del presupuesto y de las atribuciones federales. En otra ocasión acaso podamos ocuparnos de los presupuestos de los diferentes cantones.

He aquí algunas cifras:

— **1880** —

Población.	2.827,572	
Presupuesto (gastos).	41.038,228	francos

— **1898** —

Población.	3.119,635	
Presupuesto (gastos).	94.109,943	francos

Esto significa, simplemente, que el presupuesto aumentaba algo más del doble mientras que la población aumentaba en $^1/_9$.

Veamos ahora, para más ilustrarnos, algunos de los diferentes capítulos del presupuesto:

— **1880** —

Ramo militar.	14.151,498	francos
Justicia y policía.	36,355	»
Ministerio del exterior.	281,053	»
Hacienda y pontazgos.	4.144,971	»

— 1898 —

Ramo militar.	26.433,795 [1]	francos
Justicia y policía.	403,226	»
Ministerio del exterior.	648,803	»
Pontazgos y aduanas.	4.952,589 [2]	»
Administración general (Consejo nacional, de los Estados, federal, cancillería federal, tribunal federal). . . .	1.136,834	»

Es pues, como se ve claramente, toda una clase de presupuestívoros que reclaman á voces, en nombre del progreso y de la civilización, nuevos monopolios para tener mayor y más suculenta comida en la mesa del presupuesto gubernamental.

Respecto al desarrollo de la esfera de acción del estadismo en los diferentes cantones, no podemos presentar sino los siguientes informes: en los diferentes cantones, el impuesto sobre la fortuna inmueble y sobre la renta ha ido aumentando desde el año 1885 al de 1897 en 44 por ciento, mientras que en el mismo período la población aumentaba 7'27 por ciento. Fáltanos saber ahora la proporción del acrecentamiento de los impuestos indirectos. De todos modos, si se considera que la carga de los impuestos recae, en primero ó último análisis, sobre los productores, los obreros, no habrá verdaderamente motivo para alegrarse de esta contribución creciente. El análisis de los gastos en los presupuestos podría ilustrarnos sobre el número de presupuestívoros cantonales.

Pero para darnos cuenta de toda la importancia y del verdadero carácter de este estadismo económico, analicemos en sus consecuencias uno de los monopolios del Estado suizo. Además del monopolio federal (3) de la pólvora y de los pontazgos, tenemos actualmente en Suiza el monopolio de los billetes de Banco, de los ferrocarriles y del alcohol. Una combinación de intereses ha hecho rechazar por el referendum el monopolio de los fósforos (29 septiembre 1895) y últimamente el de los seguros obligatorios.

Si hay un monopolio que pueda reclamar mayormente intervenciones morales y desinteresadas, es el monopolio de los alcoholes. El alcoholismo hacía estragos en Suiza: en el cuadro comparativo de la alcoholización (cerveza, vino, alcohol), Suiza ocupaba en 1893 el segundo lugar, con un consumo de 11 litros de alcohol de 100° por habitante (4). (Es inútil analizar ahora el alcance y las causas de este mal, teniendo que limitar nuestro estudio á discutir las intenciones de los monopolizadores y los efectos de los monopolios de los alcoholes).

Ante este mal los diputados, según su costumbre, se vieron precisados á legislar. En 1881 una moción de las Cámaras pidió al Consejo federal presentara un informe sobre las medidas que había que tomar contra el alcoholismo. El Consejo federal respondió en 7 de junio y 20 de noviembre de 1884; modificaciones de la constitución referente á la libertad del comercio votadas por las Cá-

(1) En 1892 y 1893 los gastos militares se elevaron á 34.578,050 y 32.272,666 francos.

(2) En 1894 hay un máximo de 9.984,187 francos. Desde 1895, los ingresos y los gastos de la administración de las monedas, que se compensan, no se comprenden en el cálculo.

(3) Hay también los monopolios cantonales. El cantón de Ginebra monopoliza la sal; en 1898, el producto bruto de la venta fué de 225,899'55 francos; el beneficio neto de 117,152'20 francos; la ganancia de los vendedores de 22,403'05 francos.

(4) Julio Denis, *Investigación sobre el consumo de las bebidas destiladas y fermentadas en diferentes países*, p. 25.

maras y aceptadas por el referendum de 25 octubre de 1885; ley introduciendo el monopolio de 23 de diciembre de 1886; el monopolio entró en vigor el 20 de julio de 1887. Como se vé esto no es marchar aprisa, pero de todos modos es hacer algo. El objetivo declarado del monopolio era la lucha contra el alcoholismo. Veamos ahora si el consumo del alcohol disminuyó después de votado el monopolio en Suiza y que parte activa tuvo en esta disminución, caso de existir, el monopolio de los alcoholes. Luego veremos si el monopolio mejoró desde el punto de vista higiénico la calidad de los alcoholes y cuales son sus verdaderas consecuencias.

Ninguna cuestión ha sido tan discutida como esta del alcohol, antes y después del monopolio. «Faltan los datos estadísticos del período anterior al año 1882. A partir de este año poseemos *evaluaciones oficiales* que solamente son *aproximativas,*» dice Rochat en su *Resumen histórico de la lucha contra el alcoholismo en Suiza* (pág. 83). Y estas cifras anteriores á la fecha en que entró en vigor el monopolio (20 de julio de 1887) son tanto más *aproximadas* cuanto el Consejo federal y el Sr. Milliet, director del monopolio, están acordes en dar tres cifras diferentes. «En el informe de la administración de impuestos para el año 1887-88 se hace mención en la página 126 de la cifra de 7 litros 25 por habitante en el año 1885. En los informes siguientes se indica la cantidad de 10 litros 20 para el mismo año.» (Julio Denis: *loc. cit.* pág. 9). El Sr. Milliet á su vez presenta como cifra el consumo real en el año 1885, 9 litros por habitante. ¿Cual es el valor de estas cifras?

El Sr. Rochat en su discurso pronunciado en Bruselas el 5 mayo de 1895 da la explicación racional de estas contradicciones. El Consejo federal y el Sr. Milliet habían evaluado en un 25 por 100 la disminución del consumo de alcohol en el año 1885. Esta evaluación se reducía á una cifra ilusoria comparada con el aumento que tuvo en los años sucesivos el consumo del alcohol bajo el régimen del monopolio; el Consejo federal se dió cuenta de esto y aumentó la cifra de 7 litros 25 á 10 litros 26, lo cual da una disminución de 40 por 100.

¿Qué valor puede darse á estos cálculos? Absolutamente ninguno. Los señores Rochat y Denis, abstinentes adversarios del monopolio, están acordes en evaluar á 20 por 100 la disminución del consumo del *alcohol destilado* después que entró en vigor el monopolio. Luego veremos que si la disminución existe está compensada por un aumento en el consumo de otras bebidas alcohólicas, y que, en última hipótesis, según propia confesión de algunos funcionarios del Estado, es imputable á la iniciativa privada más que á la acción del monopolio.

De todos modos creemos útil exponer la serie de circunstancias que nos hacen considerar como nula esta disminución tan cacareada aun reducida al 20 por 100.

Hemos visto ya que las cifras sobre el consumo del alcohol antes de que entrara en vigor el monopolio no tienen valor ninguno. Por aproximadas que sean, ¿representan el consumo real del alcohol destilado en Suiza en aquel período? Una determinada cantidad de alcohol que figura como consumido en Suiza estaba destinado al contrabando. Milliet en su *Informe sobre el monopolio del alcohol en Suiza,* pág 17, admite que el contrabando exportado antes del monopolio era superior de 22,000 quintales métricos á 95/96° o/o al contrabando importado. Esta cantidad debería ser por lo tanto deducida del alcohol anterior al monopolio. Este contrabando no existe ya dado el precio exhorbitante del alcohol monopolizado.

Las cifras oficiales referentes al consumo del alcohol monopolizado, ¿representan el consumo real del alcohol en Suiza? Ha de permitírsenos dudarlo á causa de los hechos siguientes:

El artículo 32 bis de la constitución federal dice: «La destilación del vino, de los frutos de hueso y de semilla y de sus resíduos, y materias análogas, está

esceptuado de las prescripciones federales concernientes á la fabricación y al impuesto.»

Monopolizadores y antimonopolizadores están acordes en reconocer que esta destilación ha ido aumentando notablemente después que el monopolio entró en vigor. Su evaluación es casi imposible porque no hay manera de comprobar los datos. Calculando la Confederación el consumo del alcohol en Suiza según la venta del alcohol monopolizado se atribuye, si la disminución existe, resultados que no merece.

Las cifras sobre las cuales el Consejo federal basa sus cálculos para el consumo del alcohol monopolizado se refieren al alcohol puro de 100°. El Estado vende al propio tiempo el alcohol de industria llamado *desnaturalizado*. Los destiladores han logrado *reanaturalizar* este alcohol. Los informes oficiales se lamentan del fraude sin poder evaluarlo. El fraude se realiza de todos modos en considerables proporciones: se observa, en efecto, que la venta del alcohol desnaturalizado que era de 24,548 quintales métricos en 1890, se elevó á 32,452 quintales métricos en 1894. ¿Puede admitirse con estos datos á la vista que el monopolio ha hecho realmente bajar el consumo del alcohol en Suiza?

Admitámoslo por un momento. Esta disminución, si es real, ¿significa disminución del alcoholismo?

Parece que no. El consumo de la cerveza y el vino ha aumentado en fuertes proporciones. Cerveza: año 1885, 36 litros por habitante; 1890, 45 litros; 1891, 47 litros; 1892, 50 litros 5. El vino sigue la misma proporción aunque su cálculo sea menos sintomático dado que su consumo depende ante todo de su producción en el campo. Julio Denis, del cual tomamos estas cantidades, calcula la alcoholización en Suiza, reduciendo á 100° el alcohol consumido (destilado, vino, cerveza) del modo siguiente: 1881, 8 litros 87 por habitante; 1890, 8 litros 89; 1891, 9 litros 94; 1892, 8 litros 40; 1894, 11 litros.

Resumamos: la alcoholización en Suiza, lejos de disminuir, ha aumentado después de la introducción del monopolio. Nada prueba que el consumo del alcohol destilado sea inferior al del período precedente al monopolio.

Pero si la disminución existe como sostienen los Sres. Denis y Rochat, no puede atribuirse de modo alguno al monopolio y á la acción del Estado.

En Suiza existe y se propaga una fuerte corriente anti-alcoholista desde hace varios años. La *Cruz Azul*, los *Buenos Templarios*, la *Sociedad contra el uso del alcohol*, las *Sociedades de abstinencia de los estudiantes y de los discípulos de las escuelas medianas de Suiza*, el *Porvenir*, la *Liga católica de abstinencia*, *La Esperanza*, la *Liga patrióta suiza contra el alcoholismo*, etc., imponen á sus miembros la abstinencia de toda bebida alcohólica. Estos abstinentes no han esperado el monopolio para renunciar al alcohol. He aquí el desarrollo de una de estas sociedades, la *Cruz Azul:* en 1881 contaba con 378 socios; en 1893 con 7644; en 1894 con 8981. Al lado de estos los ciudadanos que sin abstenerse del todo reducen á un mínimo su consumo del alcohol son muy numerosos. Se calcula en más de 300 las salas (restaurants) de temperancia. Con mucha justicia el señor Rochat escribió en 1895: «Respecto al valor del monopolio como *medio de disminuir el alcoholismo lo creemos nulo* y opinamos en suma que es más perjudicial que útil, pues sus escasas ventajas están compensadas por sus inconvenientes.»

El monopolio del alcohol no responde pues al objetivo con que lo disfrazaban sus partidarios. No entrega tampoco á la venta alcoholes menos nocivos que los de la industria privada. La Confederación entrega á los fabricantes y á los vendedores el *alcohol absolutamente puro, incoloro é inodoro, sin sabor particular y sin otro efecto sobre los órganos gustativos que el de una sensación de quemadura.* (Informe sobre la administración del impuesto de los alcoholes, 1887-88, pág. 4). Para darle el color, el gusto y demás los fabricantes y vendedores se encargan de añadirle sustancias mucho más nocivas que el alcohol ethylico, sustancias con-

tra las cuales se hizo el monopolio. La Confederación debe animar á estos fabricantes para que despachen... su mercancía.

El monopolio del alcohol no tiene, pues, más objetivo que el fiscal, no ha servido sino para crear una nueva categoría de burócratas y dar un nuevo paso hacia la estadización de la Suiza.

Todos los partidos políticos luchan hacia esta estadización; los conservadores protestan de tarde en tarde contra el acrecentamiento del poder económico del Estado, sobre todo cuando no son sus amigos políticos los que se benefician; algunos empleos dados con oportuna habilidad bastan para calmar sus ataques. Sobre todo son adversarios de la franqueza con que radicales y socialistas-demócratas predican y practican el estadismo: los primeros sueñan, con el señor Jorge Favon, el jefe del partido radical del canton de Ginebra, con un Estado económico que se desarrollaría al lado del Estado político; los demócratas-socialistas, más modestos, limitan sus deseos á un Estado económico llamado á sustituir el Estado político. Unos y otros se apodan *progresistas;* y los demócratas socialistas piensan que seremos más libres cuando el Estado sea dueño de todos nuestros medios de existencia. Hoy el Estado es tiránico, mañana será... demócrata socialista.

***

Al lado de este estadismo económico que tiene sus teóricos, burgueses y demócratas-socialistas, vemos desarrollar incesantemente el estadismo político. Hemos ya bosquejado rápidamente, al principio de este trabajo, el desarrollo progresivo del poder de la Confederación; actualmente estamos presenciando, disfrazado con la máscara de la legislación del trabajo y de la defensa social, un verdadero impulso reaccionario.

Varios sociólogos han expuesto ya, como la más inmediata consecuencia política del estadismo económico, la limitación de la libertad de los gobernados, súbditos ó ciudadanos: es inútil que insistamos en ello. El Estado-patrono es siempre más tiránico y más explotador que el patrono-burgués, por ejemplo, la industria de los fósforos en Francia; con sus numerosos burócratas aumentan los negocios sucios, la concepción de la infalibilidad del Estado se desarrolla, y el espíritu de crítica disminuye.

Este fenómeno, que cuando el asunto Dreyfus creyeron los suizos era propio de Francia, no es extraño en Suiza.

El mundo revolucionario conoce el proceso y la condena del ex compañero Pablo Brousse, redactor del *Avant-Garde,* motivados porque no quiso reconocer hubiera una diferencia esencial entre el atentado de Guillermo Tell y los atentados de nuestros tiempos. Un día el Consejo federal, para desembarazarse de la propaganda anarquista, muy activa en lengua francesa y alemana, ensayó el consabido complot: Nicollet y algunos cuantos compañeros fueron perseguidos bajo la acusación fantástica de que querían hacer volar el Palacio Federal de Berna. El golpe del Consejo federal fracasó á medias: si es verdad que Nicollet y los demás coacusados fueron absueltos, en cambio los más activos compañeros franceses y alemanes fueron expulsados durante el proceso de aquéllos y sin más cumplidos de la Confederación. El camarada Dorz fué últimamente condenado á ocho meses de prisión porque había firmado un pasquín anarquista.

Podría objetársenos que estos tres procesos, manifestaciones agudas de las pequeñas persecuciones que sufren habitualmente los camaradas, son simples excepciones, crisis de manía gubernamental de los consejeros federales actuales. Esto no impide de todos modos que la opinión pública, á la cual los apologistas de la Confederación suiza atribuyen una enorme importancia, ha soportado muy bien estas pretendidas excepciones.

Pero hay algo mejor aún.

También los suizos tienen en su país las en Francia apodadas *leyes malva-*

das. En 1893-94, bajo la presión del miedo que se apoderó de la burguesía europea á consecuencia de la serie de atentados de París, los legisladores del pueblo parieron todos su valiente ley anti-anarquista. En Italia se relegaba á los compañeros al domicilio forzoso mediante simples comisiones administrativas; en Francia se enviaba á Nueva Cayenne á los conferenciantes, y por miedo ó por vergüenza se prohibía la publicidad de los debates en los procesos anarquistas. Las Cámaras federales suizas parieron también su ley anti-anarquista. Sería interesante reproducir los proyectos y las discusiones que precedieron á la ley de 12 de abril de 1894, pero para no salirnos de los límites de nuestro informe resumiremos. La ley de 12 de abril de 1894 estaba destinada á reprimir por medio del tribunal, sin el concurso del jurado, la fabricación, retención y uso de materias explosivas con intención criminal y la instigación á cometer estos crímenes. El proyecto sometido á discusión condenaba además á detención á los que conociendo una fábrica, un depósito de materias explosivas, una intención de cometer un atentado, no realizaba el cívico deber de denunciar á los culpables.

¿Cómo se aplicó esta ley? En 1899 unos compañeros italianos publicaron un inofensivo *Almanaque* de propaganda que, entre otros artículos, contenía la reproducción de un folleto revolucionario que se había editado en otros países y dirigido á los obreros italianos. La tesis que en él se desarrollaba era la siguiente: en época de revuelta los obreros italianos, si quieren salir victoriosos, deben oponer á los fusiles y cañones del gobierno, no simples piedras y tejas, sino minas, bombas é incendios. El embajador de Italia en Berna se conmovió, y como la emoción es contagiosa. el Consejo federal á su vez se preocupó del *Almanaque* y armó un proceso. Consecuencias: si los camaradas Bertoni, Frigerio y Held, juzgados antes del atentado de Monza, fueron absueltos, dos camaradas fueron detenidos durante un mes, otros fueron expulsados, se secuestraron 1,200 ejemplares del *Almanaque* y más de 700 folletos que nada tenían que ver con él, sin que valieran las insistentes reclamaciones para que fuesen devueltos. El fiscal general de la Confederación, despreciando la ley y teniendo la complicidad de la opinión, no consideró inviolable la propiedad de los anarquistas.

Esta primera aplicación de la ley de 12 de abril de 1894 denota claramente sus intenciones y su objetivo. Si los compañeros suizos se volvieran más activos y fuesen más numerosos, seguramente que veríamos nuevas y más sorprendentes aplicaciones de dicha ley.

Esta ley no contentó á todo el mundo: reaccionarios y demócratas-socialistas quedaron disgustados. Los primeros no la hallaron suficiente, y la prueba está en la petición que firmaron 27,577 ciudadanos suizos, presentada por E. Sutter, ingeniero civil de Zurich, al Consejo federal, reclamando medidas enérgicas contra los anarquistas. Los demócratas-socialistas, al contrario, protestaron en sus periódicos contra todas las medidas gubernamentales (comprendiendo las expulsiones) tomadas contra la propaganda teórica del principio que fuese.

Reconocemos su amor á la libertad, pero no podemos dejar de hacer observar en su conducta una extraña contradicción. Los que sueñan con un Estado económico todopoderoso y votaron todos los monopolios propuestos, desde el de los alcoholes hasta el de los fósforos, no son seguramente los que mejor pueden protestar contra la actividad, por reaccionaria que sea, del Estado. Sus intenciones son muy cándidas, pero consideren que no pueden limitar la actividad del Estado cuando ensancha su esfera de acción y toma parte (desde la magistratura á la policía) en el cumplimiento de estas funciones. La protesta de los socialistas, por otra parte, no ha revestido siempre aquel carácter de continuidad necesario para obtener resultados apreciables. Ya que creen y dicen que Suiza es el país que goza de todas las libertades políticas, ¿por qué no han organizado aún una campaña sistemática de reuniones públicas contra las expulsiones federales ó cantonales? ¿por qué han permitido á uno de sus jefes, Fritz Thiebaud, fir-

mara como consejero de Estado del cantón de Ginebra una serie de expulsiones contra anarquistas y aun contra demócratas-socialistas á propósito de la huelga de Ginebra de 1898? ¿por qué proponen y votan leyes restrictivas de la libertad de las sociedades de oficio?

La huelga de Ginebra de 1898 puede suministrarnos detalles muy interesantes para caracterizar el estado de alma estadista de los ciudadanos suizos. Una huelga muy legítima aún desde el punto de vista burgués, se convirtió en pocos días, por razones de solidaridad, en huelga general de todo el ramo de la construcción de edificios. El diputado clerical Ody, gran contratista en trabajos de ebanistería, fué el único que se opuso á acceder á las peticiones de los obreros, ya aceptadas por los demás patronos. Como en todo movimiento obrero, se produjeron algunos disturbios, y esto bastó para que el Consejo de Estado del cantón (del cual formaba y forma aun parte Thiebaud, demócrata-socialista), dirigiera un manifiesto á la población amenazándola y convocando á la tropa. Entre los convocados había ciertamente buen número de socialistas y todos respondieron al llamamiento, á excepción de Juan Sigg, profesor, actualmente diputado y secretario obrero, el cual incurrió en cuatro días de arresto. En las escasas colisiones que se produjeron, algunos gendarmes salieron arañados, y la población se empeñó en recompensarles abriendo una suscripción que produjo 22,000 francos, y el Consejo de Estado les autorizó para que desde entonces llevaran y usaran el revólver de ordenanza.

Con las condenas y las expulsiones no se limitaron las condiciones de la huelga. El citado Ody propuso al gran Consejo del Cantón una ley sobre *conflictos colectivos* para impedir las huelgas, la cual aprobaron los demócratas socialistas, y desde entonces, á pesar de la pacífica y natural protesta de las sociedades obreras (1), la libertad de asociación en materia de trabajo está regida por la ley de 12 de febrero 1900. Esta ley impone el arbitraje obligatorio, fija la tarifa de los salarios y prohibe la huelga, como puede verse en los siguientes artículos que de ella copiamos:

«Art. 3.º Son competentes para fijar las tarifas y condiciones en cada cuerpo de oficios:

1.º Las asociaciones de patronos y las de obreros regularmente inscritas en el Registro de Comercio y cuyos estatutos hayan sido aprobados por el Consejo de Estado.

Esta aprobación se acordará mediante:

a) Que los estatutos no contengan nada contrario á las leyes y especialmente á la libertad del trabajo.

b) Que puedan revisarse siempre que la mayoría lo pida.

c) Que todos los miembros de la profesión tengan el derecho de formar parte de la asociación (2) y que el Comité esté elegido por la mayoría de miembros de la asociación.

Art. 15. Durante el tiempo en vigor de una tarifa, no podrá decretarse ninguna suspensión general del trabajo con objeto de modificarla, ni por parte de los patronos ni de los obreros.

Art. 18. Todo llamamiento á una suspensión general ó parcial del trabajo en violación de la tarifa existente ó en contravención de las disposiciones de la presente ley, será castigado con penas policiacas sin perjuicio de incurrir bajo las penas previstas en el artículo 106 del Código penal y de todas las demás sanciones civiles ó penales previstas en las leyes existentes.

---

(1) Las sociedades obreras intentaron el *referendum* para oponerse á la ley, pero los manejos de radicales y socialistas demócratas impidieron reunir el número de firmás necesarias para pedir el *referendum*.

(2) ¿Y los *esquirols* también?

El editor y el impresor incurrirán en las mismas penas.»

Y he aquí cómo los patronos y los obreros quedan sometidos bajo el mismo pie de igualdad... gracias á los socialistas.

Las demócratas socialistas sostienen esta ley como una manifestación del pensamiento de la acción socialista. Realmente es socialista, pero socialismo de Estado, antiproletario.

* * *

El mismo é idéntico estadismo hallamos en el orden moral. Todo extranjero que quiera residir en Suiza debe proveerse de un pasaporte reciente de su gobierno, debe pagar cada año 1'50 francos por derecho de residencia y está obligado á dar informes, siempre que se los exija la policía, de sus costumbres y sus relaciones. Un policía indiscreto puede hasta pediros le expliquéis vuestras intenciones... futuras. Caso de incumplimiento, tiene uno que marcharse ó se le expulsa. He aquí las causas que motivaron la reciente expulsión de un amigo nuestro: este joven amigo había sido condenado en Italia por dos veces, una á ocho días de prisión porque se le detuvo durante una algarada, y la otra á tres porque se le cogió *borracho* á la salida de un restaurant llevando un vaso en el bolsillo. ¿Se lo había metido en el bolsillo involuntariamente, ó era juguete de una burla estúpida de sus amigos? Esto importa poco, lo cierto es que después de cinco años de vida irreprochable en el extranjero (tres años en Ginebra), fué expulsado del cantón, enfermo, inutilizado para el trabajo á consecuencia de un accidente del trabajo, en vista de aquellos antecedentes.

Las mismas formalidades de residencia tienen que sufrir los suizos que abandonan su cantón para establecerse en otro. Ejemplo: hace algunos años llamaron la atención del público dos dramas que se produjeron en los burdeles del cantón de Ginebra. Algunos individuos piadosos propusieron, por medio del referendum, la abolición de la reglamentación de la prostitución en el cantón (abolición que es un hecho ya en los demás cantones). Los radicales hicieron una campaña en contra y lograron se les agregara un cierto número de socialistas (estos partidarios del Estado exclusivamente económico), ganaron la abstención de otros (á pesar de su manía electoral) é hicieron rechazar la proposición.

No reconocemos ningún valor al método legal empleado por los abolicionistas. Escuchemos, sin embargo, las razones de los radicales que les combatieron: que las reglamentaciones de la prostitución son higiénicas y políticas, como si la eficacia nula de estas reglamentaciones no saltara á la vista.. El verdadero motivo, el oculto, el que no se dijo al combatir la proposición de los piadosos, es este: varios propietarios de casas de prostitución (de la ciudad de Ginebra entre otras), ingresan unos alquileres crecidísimos, transformando sus inmuebles en burdeles; por esto se consideró retrógrada una proposición que atentaba al poder del Estado: patrono, gendarme y alcahuete. De modo que numerosas mujeres continúan encerradas y víctimas de la brutalidad de los hombres é instrumentos de la policía.

En nuestro cantón, como en todo cantón que se respete, no hay que olvidarlo, hay un presupuesto de cultos hijo de la voluntad de conservadores y radicales. Pero he aquí una serie de leyes cantonales que no necesitan comentarios:

En los cantones de Zurich, Neuchatel y en Argovia, etc., el voto es obligatorio; en Argovia el abstencionista puede escoger entre una multa de 1'50 francos ó 7 horas de prisión.

En el Valais, queda prohibida la venta del *Avanti,* diario demócrata-socialista italiano, á los italianos.

En el cantón de Vaud se prohibe vender los periódicos anarquistas por considerarlos literatura inmoral.

En el cantón de Glaris subsiste la condena por blasfemia.

En los cantones de Vaud y de Zurich se prohibe el concubinajè.

En el cantón de Schwitz se castiga á los esposos cuyo primer hijo nace antes de transcurridos los nueve meses á partir de la fecha del casamiento.

***

Y este mismo estadismo falsea el movimiento obrero. Los asociados se vuelven buenos muchachos á quienes complace quejarse á su papá Estado y reclaman su protección é intervención. Con esto se creen ya progresistas.

He aquí algunos artículos de los estatutos de la Federación suiza de las sociedades profesionales:

1.º Reconocimiento por el Estado de los sindicatos profesionales (sindicatos obligatorios) y sanción legal de las decisiones referentes á sus intereses profesionales.

3.º Organización del servicio de la oferta y de la demanda del trabajo para los sindicatos profesionales con asistencia del Estado.

4.º Reglamentacion de los aprendizajes.

8.º Seguro general de los obreros por el Estado, con el derecho de cooperación administrativa por los obreros.

Los artículos del programa no pasan de ocho.

Pero estos estatutos no parecen bastante modernos en el sentido suizo de la palabra, es decir, estadista, y se proponen ya otros mejores, En el anteproyecto del secretario obrero, discutido por el Comité director de la Federación Obrera Suiza y el Comité Federal de la Federación de los sindicatos profesionales (2 agosto 1899), en el capítulo *Táctica,* leemos los dos siguientes artículos:

«Art. 22. El Comité director intervendrá de derecho en todos los conflictos que abarquen más de 100 personas. En este caso el Comité director es el representante autorizado de los obreros con derecho á tratar en su nombre, concluir arreglos, elevar instancias en queja á la justicia, redactarlas contra los acuerdos ó acciones de los empleados y autoridades, y hacer todas las gestiones que juzgue necesarias en favor de los obreros. Puede hacerse representar por personas escogidas por él.

»Art. 23. El principio que une la Federación de los sindicatos profesionales y las federaciones que le pertenecen, es como sigue: La sección de una federación ó sociedad local no tiene el derecho de entrar *motu propio* en un movimiento cualquiera bajo pena de perder todo derecho á ser socorrida. Aun en caso de provocación por parte de los patronos, de prolongaciones de la jornada de trabajo, de reducciones de salario, de nuevos reglamentos del trabajo, de insultos, de malos tratamientos ó de represalias, se prohibe toda arbitraria intervención. Un miembro insultado ó maltratado puede abandonar inmediatamente el trabajo y tiene inmediatamente derecho al socorro.»

Tendríamos que citar toda la continuación de los artículos á partir del 24 al 36, que son curiosas manifestaciones del estadismo obrero, pero nos limitaremos á resumir la táctica á seguir en caso de huelga bajo pena de multa ó de expulsión. Si la idea de huelga reune los dos tercios de los miembros de una corporación obrera, se principia por enviar un informe al Comité director. El Comité da su opinión; si ésta es desfavorable á la huelga y si los dos tercios de los asociados se pronuncian por votación secreta en contra de la opinión emitida por el Comité director, vienen obligados á someterse á un arbitraje cuya resolución es soberana.

Si la opinión del Comité ó el arbitraje son favorables á la huelga, se procederá á una inteligenciación amistosa con los patronos *fijando plazos convenientes*. Si este ensayo de conciliación fracasa, se puede enviar un ultimatum á los patronos mediante llenar las condiciones siguientes: los dos tercios de obreros favorables á la huelga tienen que contar seis meses de estar asociados; es necesario

que el 90 por ciento de los miembros se hayan pronunciado en votación secreta en pro de la huelga y aportado su firma; es necesario que por lo menos la mitad de los obreros no asociados hayan prometido por escrito su participación á la huelga. La huelga tendrá un comisario encargado de su organización, que será el Comité central interesado ó el Comité director, que durante la huelga continuará las gestiones de conciliación y declaración cuando ha de terminar la huelga.

Y después de todo esto, si los obreros no salen victoriosos, significa realmente que... tenían que perder (1).

***

Hemos visto que los socialistas-demócratas son los partidarios más encarnizados del estadismo que invade cada día más todas las manifestaciones de la vida suiza. Y no limitan su actividad á propagar los principios estadistas, á sostener todas sus manifestaciones; participan al propio tiempo al funcionamiento del Estado, económico ó político; tienen también sus asientos en la burocracia suiza.

En la vida de los partidos los jefes son los únicos cuya vida conoce el gran público. Debo, por lo tanto limitarme, y más siendo extranjero con dos años de residencia en Suiza, á suministrar algunos ejemplos de funcionarios socialistas.

Cantón de Zurich: Grenlich, secretario obrero pagado por el Estado; *Lange*, juez de distrito; Vogelsanger, jefe de policía.

En Vevey: Von der Aa, jefe de la policía y presidente del sindicato tipográfico.

Cantón de Ginebra: siete diputados socialistas que son: Ligg, secretario, obrero romando, es empleado federal; Schaeffer, secretario, pagado por el Estado, de la Cámara del trabajo; Triquet, juez de paz; Thiebaud, consejero de Estado con 5,000 francos de sueldo; Renaud, consejero administrativo con 4,000 francos.

El presidente del partido demócrata-socialista, Kremm, acaba de ser nombrado agente del censo; Giroud, un diputado, una vez fué nombrado director de la Oficina de la Infancia abandonada, renunció á toda actividad en pro del partido; Delrieu, antes diputado socialista, se ha hecho radical.

La lista está lejos de ser completa, no he tenido tiempo de pedir informes referentes á la mayoría de los cantones suizos. De todos modos es muy sintomática; nos autoriza para afirmar, sin poner en duda la buena fé de nadie, que todos estos jefes funcionarios ejercen una influencia bien nociva en la táctica estadista del partido. *La conquista de los socialistas por el poder*, según la feliz expresión de Pedro Kropotkin, marcha muy rápidamente en Suiza.

***

Como se vé, las condiciones de la propaganda son de lo más difícil. Por una serie de circunstancias que en otra ocasión analizaremos, (2) sin los fenómenos agudos de la miseria, limitada á una clase especial de miserables, sin demasia-

---

(1) Sería interesante conocer qué condiciones de trabajo responden á este movimiento obrero tan cándidamente estadista. Poseo únicamente algunos informes referentes al cantón del Tessino: salarios irrisorios, falta absoluta de higiene en las fábricas. Puedo agregar un dato de carácter general sobre la duración de las horas de trabajo: *la ley federal de las fábricas* fija el máximo de horas de trabajo á once; la *Federación suiza de los sindicatos profesionales* reclama como reivindicación inmediata diez horas y ocho para el porvenir. Aun no ha alcanzado su objeto y á fe que está muy distante de lograrlo.

(2) Se podría estudiar la riqueza mueble é inmueble de Suiza, sus recursos, su población, etc.

das crisis económicas, el Estado, patrono, gendarme y moralista, invade cada día más la vida del ciudadano.

Y el fenómeno se produce sin suscitar muchas protestas. Los estados mayores de los partidos se reparten los destinos y los honores y una ó dos veces al año el elector somete á la suerte de las elecciones sus opiniones sociales, políticas é intelectuales.

Otras causas que brevemente vamos á exponer hacen aun más difícil la propaganda de las ideas de libertad en Suiza.

Los extranjeros ricos constituyen uno de los principales recursos del país. En 1898 el *Journal des Debats* escribía que «la explotación de los hoteles y de los viajeros constituye para Suiza una industria eminentemente nacional, pero no se tiene idea del movimiento formidable de negocios á que da lugar el ejercicio de esta hospitalaria industria.» Un artículo de G. Michel publicado recientemente en el *Economiste français* nos da sobre el particular cifras muy interesantes.

En 1894 había en las montañas y en los valles de Suiza 1,034 hoteles permanentes y 659 de estación, ó sea un total de 1,693 establecimientos comprendiendo 88,000 camas de las cuales 32,396 se hallaban situadas á una altura de 1,000 metros sobre el nivel del mar. Desde aquella fecha el número de hoteles ha ido aumentando, y se han edificado hasta en muchas cumbres en que el viajero solo encontraba antes cabañas ó simples refugios de alpinistas. En 1894 los hoteles suizos ingresaron 114.333,744 francos en bruto, cifra inaudita si se compara con el presupuesto de los ingresos de la República federal que oscila entre 78 y 80 millones. (1) El servicio de los hoteles exigió 23,997 empleados cuyo salario en plata, sin comprender las propinas, alcanzó la suma de 8.756,500 francos. Los gastos de estos hoteles, salarios aparte, se elevaron á 74 millones distribuídos en 40 millones para la cocina, 7½ millones para gastos generales, otros tantos para recomposiciones, 5½ para alumbrado y estufa, impuestos, anuncios y seguros.

Sumando los salarios á la cifra de los demás gastos se obtiene un total de 82.828,269 francos de lo cual se desprende que el beneficio líquido del año 1894 sube á 31,505,475 francos. Si se considera que el dinero gastado por los propietarios de hoteles queda casi por entero en Suiza y se piensa en los beneficios realizados por las industrias anexas, alquiler de mulos, coches, guías, etc., se puede evaluar á más de 200 millones el dinero que atrae sobre este país la industria de los hoteles.

Los extranjeros ricos buscan comidas suculentas y digestiones pacíficas, mujeres bonitas y robustos camareros. Para conservar la clientela el gobierno hace todos los posibles para impedir toda propaganda teórica de las ideas anarquistas y la población es francamente hostil á todo movimiento independiente, aunque sea simplemente obrero.

Todo ciudadano suizo halla justificadas las medidas reaccionarias de su gobierno. «Se acaba de expulsar ó entregar á tal ó cual refugiado político á Italia; —dicen— es un mal, pero es un mal necesario. Suiza es un país pequeño cuya independencia está constantemente amenazada...» Y con el miedo al extranjero, la gloria de la patria, y la seguridad de los extranjeros ricos, se hacen tragar al pueblo las medidas más reaccionarias y asquerosas.

El miedo al extranjero consiste en esto: una gran parte de los capitales suizos están empleados en el extranjero. Para que el sultán fuese propicio á los capitalistas suizos establecidos en Turquía, el consejero federal Hauser injurió á los Jóvenes Turcos refugiados en Suiza y obtuvo su expulsión del Consejo federal.

---

(1) En 1898 el presupuesto de gastos era de 94.109,943 francos.

Pero la medida más perjudicial á la propaganda es la expulsión, de la cual se hace frecuente uso, pues el Consejo federal puede expulsar al que le de la gana sin dar explicaciones á las Cámaras federales. He obtenido la lista de las expulsiones federales, acaso otro día me ocupe de las cantonales y entonces el público sabrá á que atenerse respecto de la hospitalidad suiza, de este pretendido derecho de asilo conque se engalana indebidamente este país.

Desde 1879 á 1899, fueron expulsados 224 extranjeros, en su mayor parte anarquistas, del territorio de la Confederación y consignados á la policía de su país de orígen por causas puramente políticas. Para poder juzgar el valor moral de estas expulsiones, he aquí los considerandos de un decreto del Consejo federal á propósito de una expulsión: «Es necesario reconocer que según las circunstancias el profesar simplemente determinadas convicciones políticas puede ser considerado como un acto peligroso para la seguridad pública.» Y como la libertad del pensamiento, sobre todo en Suiza, es considerada como la conquista más gloriosa de la civilización moderna, saque el lector la consecuencia.

La oposición á este estadismo progresivo y amenazador no data de hoy. Además de la oposición ilógica é intermitente de algunos *cantonalistas*, nuestra propaganda anarquista se ha manifestado, con más ó menos resultado y con períodos más ó menos largos de forzado silencio. Y á propósito de propaganda anarquista hay que distinguir previamente la de los elementos indígenas efectuada entre los suizos, de la propaganda hecha por los extranjeros á sus compatriotas.

Referente á la primera no tengo muchos datos concernientes al período de 1870 á 1890.

Todos los compañeros conocen el importante papel que desempeñó la *Federación del Jura* en la lucha contra las tendencias autoritarias que existían en el seno de la *Internacional*. ¿Eran entonces numerosos los elementos suizos? En Ginebra se encuentran aún algunos viejos internacionalistas que permanecen fieles compañeros; en cambio unos pocos han repudiado sus antiguas ideas, como los dos directores de prisiones cantonales, Lafond y Perrin. En los periódicos de aquella época podrían informarse los compañeros, como también podrían consultar el informe del fiscal federal Muller referente á los *manejos anarquistas en Suiza* y que publicó la *Feuille Federal* (1885, III). Asímismo pueden hallarse datos en el *Travailleur* (primer año número 2, junio 1877, página 23-25), revista mensual que se publicaba en Ginebra.

Actualmente puede afirmarse que los elementos suizos, á escepción del cantón de Ginebra y de algunos pocos centros de la Suiza romanda, no son ni numerosos ni activos.

Este resúmen de la propaganda anarquista en Suiza efectuada por indígenas y extranjeros la dividiremos en tres partes con relación á los tres idiomas federales: francés, alemán é italiano. Me ocuparé únicamente de la propaganda teórica, porque en el movimiento activo muy poco se ha hecho hasta el presente. Todos estamos persuadidos de que debemos dirigir nuestros mayores esfuerzos para obtener el máximo de resultados en este movimiento obrero. Esta propaganda se ha ensayado en pocos cantones, por ejemplo en Ginebra, pero sin espíritu de continuación y naturalmente sin que haya dado grandes resultados. Según mi opinión esta propaganda podría asegurarnos en poco tiempo un movimiento que echaría raíces en los elementos obreros del país, y entonces la burguesía sólo podría quejarse de los anarquistas extranjeros y se harían más difíciles las expulsiones cantonales y federales.

Idioma francés: desde 1877 á 1894 se publicaron los periódicos: *L'Avant Garde, Le Révolté, L'Egalitaire, La Critique Sociale, L'Avenir. L'Imprimerie Jurasienne* que se transformó sucesivamente en *Imprimerie des Grottes, de la Rive Droite, Bertoni,* publicó algunos manifiestos y folletos. Actualmente existe un grupo en Lausanne y más ó menos dispersos y numerosos algunos compañeros en Ginebra, Neuchatel, Saint-Imier, Chaux-des-Fonds, etc. Hace tiempo que

se publica *Le Reveil*, en francés y en italiano, quincenal, con un tiraje de 2,000 ejemplares.

Idioma alemán: cuatro grupos, uno en Zurich, otro en Berna, otro en Lausanne y el último en Ginebra. Los camaradas distribuyen *Die Neues* y *Die Freiheit*. Un compañero de Berlín dió el año pasado algunas conferencias en Suiza. Se han publicado: la traducción de la *Conquista del pan*, de Kropotkin y los estudios del italiano Rossi sobre las colonias anarquistas.

Idioma italiano: 41,881 súbditos italianos habitan el territorio de la Confederación, según el censo de 1898. La propaganda entre este elemento, casi todo obrero, debe ser tanto más activa cuanto que una mayor parte de estos italianos se vuelven á su país durante el invierno y la vecindad de los dos países permite ejercer una influencia sobre la propaganda en Italia, cuyo gobierno la reprime de modo extremado y continuo. La propaganda en este idioma, aunque más extensa, se encuentra con mayores dificultades. La policía expulsa fácilmente al súbdito italiano sin que la opinión pública haga oposición alguna á estas arbitrariedades. Los suizos miran con malos ojos la presencia de los elementos italianos en su país; así como al principio del pasado siglo se creía en París que todo borracho debía ser forzosamente suizo, en Suiza se cree que todo crimen tiene que cometerlo forzosamente un italiano. Los hechos y las estadísticas desmienten esta creencia general, pero la opinión pública hace poco caso de los hechos y prefiere atenerse á sus prejuícios.

Como la miseria arroja de Italia al obrero, éste busca colocación en el extranjero en no importa que salario por exíguo que sea, lo primordial es vivir. Antes se les hacía entender la solidaridad internacional á vergajazos ó á tiros. Conocidos son los sucesos de Zurich y de Berna: en esta última ciudad el demócrata socialista ruso Wassilieff, nacionalizado en Suiza hace poco (casi todos los patrioteros suizos son extranjeros nacionalizados), se había colocado al frente de los obreros y de los pequeños propietarios suizos que cazaban á tiros á los obreros italianos.

Actualmente esta situación ha cambiado algún tanto; socialistas-demócratas y socialistas-anarquistas italianos trabajan desde hace tiempo (desde sus puntos de vista diferentes) en la organización económica de los obreros italianos en Suiza. La probabilidad de aquellas sangrientas reyertas está alejada, pero el conflicto subsiste menos agudo y siempre que la policía se lo proponga pueden repetirse. En efecto, la policía expulsa continuamente á todos los que se ocupan de la organización económica de los obreros italianos, tanto si son socialistas como anarquistas. No hace mucho tiempo que un socialista se quejaba á un compañero nuestro de la competencia que los obreros italianos hacen á los obreros suizos; sus quejas cesaron cuando nuestro amigo le hubo respondido: «Vosotros socialistas que sois un partido gubernamental en determinados cantones, no tenéis razón en quejaros, aún no habéis sabido impedir las expulsiones de obreros que ninguna competencia os hacen en el trabajo.»

Actualmente existen grupos anarquistas de italianos en Lugano, Bellinzona, Lausanne, Ginebra, Lucerna, Zurich y varias otras ciudades. Donde no hay grupos los compañeros activos se ocupan de propagar entre los centros de la inmigración.

Publicaciones de estos últimos años: *L'Agitatore*, de Neuchatel, (13 números) suprimido; *Il Vagabondo*, de Lausanne, suprimido por detención de su redactor responsable. *El Risveglio* se publica quincenalmente. Se han publicado cinco folletos anarquistas y un estudio de vulgarización científica. El movimiento promete. Se podría intentar en los diversos centros de inmigración la creación de escuelas para enseñar á los obreros italianos la lengua del país, pero acaso no se hallarían los elementos necesarios para organizar la enseñanza.

En estos últimos tiempos se han publicado, además, folletos en lengua rusa, armenia y búlgara.

El siguiente cuadro puede darnos una idea bastante clara de la actividad de los compañeros. En él se expone el número de las expulsiones federales (1879-99) según la nacionalidad de los expulsados, casi todos anarquistas.

Alemanes.	67
franceses.	14
rusos.	18
búlgaros.	1
españoles.	1
italianos.	123
Total.	224

***

Estoy persuadido de que la propaganda podrá dar pronto resultados apreciables y desarrollarse el movimiento anarquista en Suiza, siempre que se cumplan estas condiciones: la propaganda sistemática y por consiguiente la organización permanente de los compañeros; su participación en el movimiento obrero del país para emanciparse de la cadena estadista; su filtración en todos los movimientos debidos á la iniciativa privada que revelen un carácter antiestadista, por ejemplo, los círculos del *libre pensamiento,* los círculos de estudios filosóficos y sociales, en el cantón de Ginebra el *movimiento abolicionista* que actualmente dirígenlo gentes piadosas, etc.

Justo es creer en la decadencia de la sociedad burguesa, exactísimo prever el advenimiento de la libertad y del bienestar para todo el mundo, pero en espera de que así sea «las ideas marchan (desgraciadamente)—como escribía Bakounin—con los zapatos de los hombres», y todas las acciones las realizan los hombres, hasta la de enterrar las civilizaciones que ya se consideran muertas.

NINO SAMAJA

Octubre, 1900.

Informe de la Unión Bruselesa

Al dirigiros nuestro fraternal saludo rogamos os fijéis bien en la situación que se hallan colocados los libertarios en Bélgica.

Desde que los antiguos partidos burgueses, liberales y clericales, dejaron de alternar durante cincuenta años en el gobierno del país, los clericales han logrado hace dieciseis años hacerse fuertes en el gobierno sin que durante estos dieciseis años nadie haya podido arrebatárselo. Con una mayoría tan poderosa como jamás pudo verse, han logrado también clericalizar todos los engranajes de la máquina gubernamental asegurando la casi totalidad de los empleos á sus paniaguados; los ferrocarriles, el correo, los servicios públicos y las escuelas están bajo la férula del cura y de los conventos.

El antiguo partido liberal, hoy dividido en doctrinarios y progresistas, no es más que una sombra de partido desde que se instauró el sufragio plural, un voto el pobre y tres votos el rico. No sabe combatir ya eficazmente esta fuerte ingerencia del elemento religioso que anula el laicismo y se halla completamente desorientado desde que en el escenario político ha entrado un nuevo adalid, el *partido obrero,* llamado socialista.

***

Surgido de los disturbios de 1886, el P. O. poseía á su nacimiento una virilidad revolucionaria llena de promesas. Pero ¡ay! que en este país, como en todos los demás, el virus parlamentario le ha inoculado la mortal enfermedad del *arrivisme,* las ganas de ser pronto poder. Como sus congéneres de otros países, el P. O. belga abandonando está cada día más sus tradiciones para mejor gubernamentalizarse.

Gubernamental á beneficio de algunas personalidades ambiciosas y bullangueras, sus reivindicaciones han quedado reducidas á la jornada de ocho horas y al mínimo de salario mientras que su espíritu de clase se ha ido amortiguando ante las necesidades (?) de alianzas electorales deshonrosas y su antiguo desprecio al culto de la autoridad ha naufragado con la presencia de uno de los suyos en los agapes de la Corte.

¡Compromisos, compromisos y siempre compromisos! Tal parece la divisa de los directores del partido que comparte los favores del pueblo!

El balance del P. O. B. cabe en estas dos solas líneas: presidio-Vooriut de Gante, huelga de los panaderos de la cooperativa de Bruselas, expulsión de los claravidentes, escisión en perspectiva.

Y muchos otros asuntos indecorosos que no queremos relatar aquí para que no nos roben espacio.

***

Y no obstante, el P. O. ejerce dentro la masa obrera belga un poder formidable que aplasta y anula la acción del obrero clarividente.

¿Cómo es posible que un partido que miente y traiciona todas sus promesas pueda conservar la confianza de los trabajadores?

Es muy sencillo: nuestra población es muy cándida y lee muy poco. Esto permite á los habladores del P. O. (que delante de los anarquistas se presentan como anarquistas y que con los burgueses son reaccionarios) engañarla fácilmente haciendo del colectivismo marxista (según el medio este marxismo cambia de color) una pintura magnífica que, en realidad, no es más que un anarquismo desfigurado. Esto hace que las poblaciones se inclinen naturalmente hacia los que les aportan promesas de felicidad, presentándoles el falso espejo de salarios fantásticos. Los pobres incautos no son bastante perspicaces para descubrir el blanco hilo que más tarde les amarra como cuerda resistente. Los socialistas dicen al pueblo: «El anarquismo es el lejano ideal de todos nosotros.» (Discurso de Vandervelde). Y los trabajadores que, en el fondo, no pueden menos de ser anarquistas, abren un palmo de boca y siguen á los abogadillos y periodistas, que luego les exigen una parada indefinida en el «aquarium» (1).

El poderío del P. O. B. puede encerrarse en esta frase: Confusión creada intencionadamente por los directores de este partido entre el ideal anarquista y el ideal colectivista, y desviación de las energías hacia el parlamentarismo, haciendo creer que este es el camino más corto para llegar al objetivo final: *comunismo anarquista.*

***

Pero entonces, se nos dirá, fácil ha de serles á los anarquistas belgas hacerse comprender; basta con destruir un equívoco...

Fácil sería si los jefes del P. O. no hicieran una solapada campaña de calumnias contra nuestros compañeros. Es triste tener que decirlo, pero estos corruptores han logrado de tal modo prevenir á los trabajadores en contra nuestra, que para éstos la palabra anarquista ha llegado á ser sinónima de ladrón, embustero, cobarde y espía.

---

(1) Palabra usada por los partidarios del Cooperatismo Belga, significativa de que el socialismo consiste para el bajo pueblo; el pan á 20 céntimos.

¡Espía! He aquí el arma más temible que los jefes y sus lugares-tenientes del partido socialista belga emplean contra nosotros. Basta que uno de estos farsantes, después de perorar ampulosamente durante horas ante su auditorio, oiga pedir la palabra á uno de los nuestros cansado de oir disparates y deseoso de restablecer la verdad, para que en seguida ponga en guardia al auditorio del modo más hipócrita y ruín que darse pueda. Generalmente, cuando nuestro compañero es conocido, no falta un miembro de la mesa que se levante para declarar paternalmente que va á concederse la palabra al ciudadano X..., pero en seguida previene al público, al cual ruega sea tolerante, diciéndole que el orador es uno de aquellos que más daño hacen á la causa del trabajador traicionándole.

Entonces, naturalmente, sucede que apenas llega nuestro amigo á la tribuna estalla una de gritos y silbidos impidiéndole decir una palabra, lo cual da motivo á la presidencia para quitarle el uso de ella, declarando que «lo siente infinitamente, pero que el público no quiere contradictores y que la mesa se somete á la voluntad del público.»

Sí el camarada ha logrado decir unas cuantas palabras, el miembro de la mesa no dejará de responderle durante horas, esto si no ha logrado desbaratarle antes oponiéndole á cada palabra el consabido: «os salís de la cuestión». No hay peligro que el susodicho miembro de la mesa responda en el terreno de las teorías, no hace más que personalizar por el estilo: «El compañero que acaba de hablar es un honrado libertario, pero los demás correligionarios suyos son monederos falsos que roban á los pobres ó son espías.» Y aun será bastante canalla para citaros y echaros al rostro la actitud de un Pourbaix, esto si no llega al extremo de comprometeros diciéndoos: «Diga el compañero anarquista. En los últimos motines nosotros estábamos en la calle, pero vos ¿dónde estábais? ¿escondido?» Y desgraciado del amigo que no pueda decir á qué gendarme aporreó, pues entonces es el acabóse.

*
* *

Nos extendemos en estos detalles porque son la comedia que se representa en todos los países, pero aquí, en Bélgica, presenta su grado más agudo y el gran obstáculo á la difusión de nuestras teorías es esta nueva religión del colectivismo-posibilista-parlamentario.

*
* *

Es la principal causa del escaso progreso de nuestras ideas en Bélgica, en este país donde, puede asegurarse, la multitud está por instinto con nosotros.

Nuestra propaganda es por el momento casi nula, nuestras filas no engrosan y nos hallamos en la imposibilidad de hacer vivir un periódico que tenga presentación libertaria, limitados á publicarlo quincenalmente ó mensualmente y aún con el apoyo moral de personalidades simpáticas, sin duda, á nuestras ideas, pero que con ellas solamente tienen un lejano parentesco.

Sobre el particular permitidnos abrir un paréntesis para pedir vuestro apoyo á favor de *L'Effort,* la revista que principiaremos á publicar en 1.º de octubre. Nos ayudaría á propagar eficazmente nuestras ideas.

De todos modos y á pesar de estas dificultades observamos un afortunado despertar de nuestras ideas desde hace pocos meses. En Bruselas hemos podido crear un círculo que cuenta ya con un centenar de camaradas y una biblioteca con doscientos volúmenes. Todos los sábados da una reunión y organiza la solidaridad para los perseguidos, habiendo reunido además un centenar de francos para *L'Effort.* No podemos decir otro tanto de provincias.

APÉNDICE

Desearíamos que el Congreso discutiera la cuestión primordial de la agrupación. En la orden del día se habla de una especie de federación de los grupos y nadie ha pensado en destruír por medio de la discusión en una asamblea como esta, los prejuícios que buen número de compañeros tienen aún contra los círculos anarquistas.

Sin querer examinar las evidentes ventajas que los anarquistas de todos los países reportarían de las agrupaciones, deseamos señalar á vuestra atención que en Bélgica, donde los hombres están habituados á «pensar en rebaño,» es necesario utilizar esta disposición atrayéndolos á nuestros círculos donde se iría formando su conciencia.

Aquí hemos observado que los grupos son muy útiles.

1.º Excitan entre los compañeros la emulación de propaganda; 2.º por su composición se prestan á formar de una manera definitiva al neófito que acaba por encontrar en ellos un verdadero amigo; 3.º permiten la muy necesaria discusión y alambicamiento de nuestras teorías; 4.º sirven para crear una biblioteca; 5.º dan mayor cohesión, fuerza é impulsión á la propaganda; 6.º sirven de lazo fraternal entre los anarquistas; 7.º permiten llenar más rápidamente las listas de suscrición; 8.º sostienen eficazmente las publicaciones; 9.º organizan fácilmente las conferencias y reuniones amistosas y 10.º afirman nuestra existencia.

No hay duda que ofrecen alguna desventaja, pero las creemos ampliamente compensadas con estas enumeradas ventajas.

Por esto esperamos que el Congreso dé su opinión sobre este particular, imprimiendo nuevo impulso á estos centros familiares donde los anarquistas encontrarán nuevas fuerzas para combatir.

Teniendo la convicción que los Congresos del género que va á celebrarse, son de naturaleza para activar nuestra propaganda, los compañeros de la Unión Bruselesa ruegan á los congresistas decidan que su Congreso se celebre todos los años y les invitan á escojer la ciudad de Bruselas para celebrar el próximo.

Los miembros del grupo saludan fraternalmente á los camaradas presentes en el Congreso y hacen votos calurosos para que tenga buen éxito.

Informe de los anarquistas de Roubaix y sus alrededores

LOS CONGRESOS

Discutiendo sobre la necesidad que grupos é individuos tienen de tomar parte en estos congresos, los anarquistas de Roubaix, Lille, Croix, etc., se han declarado partidarios de la colaboración de todos en estas grandes Asambleas, que, cuando están organizadas como el Congreso Revolucionario Internacional, han de ser beneficiosas á la propaganda.

Los anarquistas asistirán á este Congreso porque será una reunión de individuos y de colectividades libres que discutirán sobre principios, cuestiones teóricas y prácticas que interesan al movimiento revolucionario. Sean cuales fueren las soluciones generalmente admitidas hijas de la discusión de los problemas presentados, los grupos é individuos las aceptarán ó no, únicos jueces de la táctica que emplearán para precipitar el advenimienlo del comunismo anarquista.

El movimiento en el distrito de Lille

Dos fracciones netamente socialistas se disputan el terreno revolucionario en nuestras localidades. De una parte los parlamentaristas, los partidarios de la táctica equívoca del P. O. francés, del ciudadano Guesde; de otra los antiparlamentaristas, los revolucionarios partidarios de la acción proletaria categóricamente contraria al orden de cosas establecidas, los antiautoritarios, los anarquistas, dispuestos á derribarlo por todos los medios.

Los *colectivistas* dirigen principalmente todos sus esfuerzos hacia la acción electoral á la que subordinan todo lo demás. La regimentación obrera la efectúan muy enérgicamente, provocándola por medio de sus múltiples manifestaciones que les proporcionan el dinero necesario para la lucha electoral.

En las grandes ciudades como Roubaix y Lille poseen grandes cooperativas de consumo que les sirven á maravilla para dicho objeto. En Roubaix la *Paix* les da un tanto por ciento de sus beneficios para la propaganda. Tienen, además, los locales de estas sociedades obreras á su completa disposición. En la citada están instalados el Comité ejecutivo del P. O., el Sindicato de la Unión Textil, el orfeón socialista y una sociedad de socorros mutuos. La gran sala de fiestas de esta cooperativa únicamente se presta á los parlamentaristas.

En Lille la Casa del Pueblo pertenece á los socialistas-guesdistas, calcada en la obra de los socialistas belgas como el Vooruit, etc.

Gracias á esta acción cooperatista y societaria el P. O. francés se ha hecho fuerte en el Norte.

Cuando decimos «fuerte» exageramos; sería necesario, en efecto, saber en que consiste exactamente esta fuerza y si es ser fuerte disponer momentáneamente de una multitud entusiasmada, no por los principios socialistas, sino por la fraseología de los aspirantes á diputado

No creemos que sea ser fuerte serlo á condición de poder obtener el apoyo de una masa dispuesta á seguirnos sin que para esto piense como nosotros. Y este es el caso de los parlamentaristas que tienen muchos electores que votan por ellos *porque no son ricos*, nada más que por esto, y los socialistas toman estos electores como adherentes, guardándose mucho de dejar ver que su fuerza real se resume en algunos miembros del Comité ejecutivo y de algunas secciones de barrio.

En fin, para mayor brevedad digamos que el P. O. francés tiene una gran fuerza superficial, pero ninguna en profundidad.

Un socialista con quien hablábamos de esto nos confesó un día ingénuamente que «el Partido obrero en Roubaix consistía únicamente en algunos amigos que formaban una pequeña sociedad llamada Comité ejecutivo donde se forman los candidatos de las futuras elecciones.»

A esto queda reducido el formidable ejército colectivista de antaño, dispersado, disuelto por la reacción producida por la Unión social y patriótica, asociación de bandidos que causó enorme daño á la acción socialista en Roubaix. Los colectivistas de Lille, Turcoing, Croix, no son más afortunados que sus hermanos de Roubaix. Verdad es que no se quejan, pues como solamente desean buenos resultados electorales, la acción revolucionaria socialista les tiene sin cuidado.

Los *anarquistas*, al contrario, no habían dado hasta ahora gran importancia á la organización del mundo obrero. Algunos camaradas han penetrado recientemente en diferentes asociaciones. Considerando que el terreno es muy resbaladizo, la mayor parte de nuestros amigos no quieren organizar sociedades de oficio y su acción se resiente de ello. Su propaganda es sobre todo teórica, cuidadosos únicamente de sembrar la semilla revolucionaria que instaurará el comunismo anarquista.

Dadas las numerosas simpatías que han adquirido es permitido creer que si

hubiesen llevado sus esfuerzos á cultivar un campo más vasto del que disponen, si todos, según sus aptitudes y sus afinidades hubiesen entrado á formar parte de las agrupaciones de resistencia obreras, aquellas simpatías hubieran ido en aumento.

Actualmente, á escepción de Roubaix, los anarquistas están demasiado aislados para que su propaganda pueda dar los frutos deseados.

Lille no posee en este momento ningún grupo anarquista, Croix y Turcoing se hallan en igual situación.

Unicamente Roubaix posee fuertes grupos de compañeros y las ideas comunistas-anarquistas principian ya á ser comprendidas por muchos trabajadores.

Los grupos y los individuos aislados rivalizan para vulgarizar la única cosa que les es cara, que les absorve enteramente: «la Idea.»

La constancia de su movimiento revolucionario sin que les haya reportado la satisfacción de verse *siempre* aclamados, ha dado sin embargo sus frutos, y si hasta el presente no fué muy abundante la cosecha, conviene hacer notar como poco á poco los elementos sanos y conscientes de nuestra población obrera muy densa van aceptando nuestras ideas, principian á concebir y á defender las teorías anarquistas. El número de militantes crece lentamente, pero crece siempre.

Es incontestable que la mayor parte de los proletarios de nuestras localidades está más por los socialistas que por los anarquistas, pero poco á poco se va acentuando un cambio de frente y se acentuará aún más cuando los trabajadores que marchando detrás de Guesde creen marchar hacia la Revolución, hacia la emancipación, se aperciban de que no hacen otra cosa que moverse dentro el mismo vicioso círculo de la política de antaño.

Para darse cabal cuenta del retorno del proletario á sus tácticas y deseos de los períodos revolucionarios de 1890 y 1891, basta observar los diferentes aspectos que ofrece el *movimiento de los sin trabajo,* muy importante, en Roubaix y en Turcoing.

A consecuencia de especulaciones vergonzosas practicadas por los grandes capitalistas de la industria lanera Sres. Mottes y C.ª, dicha industria sufre honda crisis cuyos resultados son la huelga forzosa de los obreros que á millares se encuentran en la calle. Algunos ciudadanos tomaron la iniciativa de un movimiento de protesta contra las instituciones sociales que de tal modo permiten esta explotación de la miseria y se constituyó al efecto una asociación con el nombre de *La Asamblea de los sin trabajo.*

Esta asociación, que se constituyó para ver que remedio podía encontrarse á esta paralización de trabajo y atenuar la miseria, se dió cuenta enseguida de que mientras exista el antagonismo de las fuerzas económicas de la sociedad burguesa, todos los paliativos políticos serían inútiles, que la paralización sería un mal común y la miseria una necesidad social que solamente la Revolución podría hacer desaparecer cambiando el orden de cosas existente.

Los obreros sin trabajo silbaron á los socialistas políticos cuando estos quisieron socorrerles. En varias reuniones las ideas revolucionarias fueron aclamadas y los predicadores de la calma y de la resignación no fueron escuchados.

El 17 ágosto quiso el P. O. demostrar el interés que dice tener para con la clase obrera y organizó un gran mitín de controversia para estudiar los medios que podrían emplearse para evitar la paralización del trabajo. Esta reunión tuvo lugar en el téatro Deschamps y fué un fracaso de sus organizadores.

Habiendo dicho los ciudadanos Lepers y Vanwaerebeke que harían todo lo posible para que se distribuyera pan, etc., á los obreros sin trabajo, estos contestaron diciéndoles que «no querían ni su pan ni su auxilio» que lo que necesitaban era hacer la Revolución. Esta respuesta fué estrepitosamente aplaudida por las 5,000 personas que se hallaban presentes en el local. El compañero Dhooghe fué calurosamente aclamado á los gritos de ¡Viva la Anarquía! y ¡viva la Revolución Social!

Este compañero, después de haber señalado la extraña actitud de los socialistas que dicen que la miseria irá en aumento á medida que se dasarrolle la maquinaria y el industrialismo, demostró claramente las causas principales de la miseria y estableció la necesidad de abrir una era revolucionaria que nos conduzca al comunismo libertario, libertador de todas las opresiones. Para llegar á la Revolución preconizó la inmediata inteligenciación de los sin trabajo con sus hermanos de miseria que aún trabajan. Ensalzó la necesidad de hacer la huelga general con el bien determinado objetivo de toma de posesión de los instrumentos de trabajo aconsejando á los trabajadores que «no trabajaran más para los capitalistas, que produjeran para sí mismos,» único modo de que cesara la miseria para siempre.

Las ideas emitidas por el compañero fueron bien comprendidas, la Revolución fué aclamada de nuevo y los anarquistas dejaron en el auditorio una impresión muy favorable.

Si el proletariado de otras partes y otras ciudades consintieran igualmente á abrir el período revolucionario efectivo, si pudiera comprenderse que ya es hora de demoler el inícuo edificio social, creemos poder afirmar que Roubaix no se quedaría atrás en este movimiento.

La efervescencia continúa, se ha declarado la huelga de inquilinos y algunos de estos que habían sido lanzados á la calle han vuelto á ocupar á la fuerza sus moradas sostenidos por los obreros sin trabajo.

Si estos sucesos se repiten durante algún tiempo es posible sobrevengan imprevistos favorables.

Podríamos citar otros hechos que se han producido y que como los precedentes vienen demostrando que el pueblo, en los momentos críticos y de lucha, no está al lado de los socialistas, que retorna á sus ideas revolucionarias del 1890, en aquella época en que aún no se habían elegido diputados socialistas. Hay una gran diferencia á establecer entre aquel período y la época actual y esta diferencia consiste en la experiencia adquirida respecto el valor de los medios políticos. El pueblo ya no está al lado de los guesdistas, sino que marcha con los anarquistas.

¿Cómo se comportarán estos? El porvenir nos lo dirá. Los compañeros discuten aún cual es la mejor propaganda que puede emplearse y del Congreso esperan que surja una idea cualquiera de organización libre del proletariado.

Así, pues, camaradas del Congreso, creemos se puede estar satisfechos de la obra efectuada en esta ciudad, la antigua Meca del guesdismo, la cual se va convirtiendo en un gran centro de propaganda y de acción anarquista. Nosotros, sin embargo, creemos que la suma de resultados no corresponde á la de los esfuerzos, que acaso esto sea debido á algún vicio de táctica que convenga corregir.

Medios de propaganda

Los anarquistas del Norte, como los de todas partes, se han dedicado hasta el presente á sembrar sus ideas por medio del periódico, el folleto, el manifiesto y las conferencias. Los periódicos de París se utilizaron grandemente para esta siembra. No obstante su reconocida utilidad se crearon, en Roubaix y en Lille, tres semanarios que no tuvieron grande vida, porque los esfuerzos para mantenerlos eran superiores á los resultados obtenidos y los compañeros se cansaron. ¿Hicieron bien en dejarlos morir? De ningún modo.

La vida de un periódico es siempre incierta y lo que se hizo hasta el presente para hacerlos vivir no es más que prolongar una ilusión. *La Cravache* y su sucesor *Le Cravacheur* costaron á los grupos de Roubaix por término medio unos 40 fr. semanales. Estos dos periódicos duraron 19 semanas. El *Batailleur* necesitó para sostenerse trece semanas un gasto extraordinario de 300 fr.

Esto descorazonaba las mejores voluntades y se hizo necesario hallar otros medios de propaganda que costaran menos.

De las discusiones que surgieron sobre el particular resultó la idea de publicar una pequeña hoja anarquista para que pudiera distribuirse gratuitamente. Esta hoja formaría un pequeño periódico ó un pequeño folleto que se editaría en imprenta propia, comprada con nuestros propios recursos, á fin de no tener que luchar con los obstáculos que á veces imponen las imprentas burguesas. Esta imprenta va á costarnos 500 ó 600 francos y creemos que dentro de poco podremos realizar nuestros deseos.

Muy ventajoso sería que los compañeros de todas las pequeñas localidades tuvieran su imprentita propia, con la cual podrían combatirse todas las manifestaciones reaccionarias locales; para tratar los asuntos generales podrían servir los actuales grandes periódicos.

No insistimos en la necesidad de tener esta imprenta local. Nosotros tenemos la seguridad de poseerla dentro de poco tiempo, y sin que creamos que los compañeros de otras localidades tengan el deber absoluto de ayudarnos pecuniariamente, pensamos que si juzgan nuestra iniciativa beneficiosa pueden ayudarnos.

Para esto como para otras cuestiones es necesario establecer una inteligenciación entre los anarquistas de todas partes. Es necesario que realizemos una unión internacional de los revolucionarios.

Los anarquistas son poco propensos á formar parte de las asociaciones obreras que solo dejan á los individuos una restringida autonomía. Bien quisieran asociarse, pero se rebelan ante la regimentación de las sociedades obreras y oponen á su organización gerárquica y disciplinada la organización libre resultante de la inteligenciación de las partes interesadas. La asociación anarquista comienza y termina con las necesidades inmediatas que lo crean espontáneamente y no necesita el ejercicio de derechos ni de deberes.

La deseada organización libertaria debería ser el equivalente de una oficina que centralizara las diversas necesidades señaladas por los grupos y satisfechas por el mantenimiento del vigor del movimiento en sus localidades, y dándolas á conocer á los grupos federados á fin de proveer dichas necesidades.

Nosotros podemos organizar *este servicio* de propaganda que tendría su periódico órgano de todos los grupos é individuos.

Los recursos financieros de esta Unión libre serían suministrados por todos á medida que fuesen indispensables.

Las federaciones de grupos autónomos pueden constituirse regionalmente y asociarse para poder mejor estar al corriente de lo que pasa en todo el mundo.

Es necesario agruparnos, no para ejecutar proyectos quiméricos, sino para ayudarnos constantemente en nuestra propaganda.

Acaso los medios de unión entre los anarquistas sean numerosos, pero creemos que la discusión en el seno del Congreso puede hacer la luz y animaría á muchos descorazonados.

Compañeros:

Nos falta tiempo y no podemos dar nuestra opinión sobre todos los temas de la orden del día.

Rogamos solamente retengáis las dos cosas esenciales que hemos creído conveniente exponeros como dignas de que el Congreso las discuta.

1.º ¿Creen los compañeros que para que la propaganda sea seriamente eficaz es necesario que todas las localidades tengan su periódico? ¿Nuestro proyecto de pequeña hoja no responde á todas las exigencias?

2.º Después de haber observado y expuesto que, aun aislados, los compa-

ñeros hacen buena labor, ¿están, sin embargo, dispuestos á intentar unir sus esfuerzos ayudándose mútuamente? ¿Cual será el mejor medio?

Los Iconoclastas de la Fosse-aux-Chenes; los libertarios de las Longues Haies; los anarquistas del Pile; los anarquistas de la Epeule; los anarquistas de Croix, de Lille, de Turcoing, etc.

Roubaix, 1900.

Informe de Roubaix

Querido compañero:

He aquí, tan completa como me ha sido posible hacerla, la información sobre la propaganda anarquista en Roubaix (Francia) en estos cuatro años últimos.

A medida que la explotación y la miseria aumentan en nuestra ciudad, el movimiento revolucionario se acentúa á favor nuestro; el pueblo principia á ver y comprender que la política es una comedia.

A pesar de los millones de unos partidos y de la disciplina asquerosa de otros que prohiben á sus afiliados discutir con un adversario político ó anarquista, estos partidos están fatalmente llamados á desaparecer ante el ardor y la tenacidad constantes desplegadas por los compañeros.

Por esto creo útil antes de hablaros de los trabajos del grupo ocuparme del grupo mismo.

Entre nosotros no hay «capillita» que dificulte la propaganda, siendo grande la amistad que reina entre los compañeros.

Hasta últimos del año pasado existían tres grupos, grupos de barrio, que hemos logrado refundir en uno solo y para evitar molestias á los compañeros que habitan lejos hemos acordado celebrar una reunión semanal que se efectua cada semana en barrio distinto.

Nos reunimos todos los sábados, pero cuando ocurre algún hecho de importancia, podemos fácilmente vernos todos los días para tomar los necesarios acuerdos que quedan aceptados por los amigos ausentes.

Las discusiones las guían los sucesos y son siempre interesantes é instructivas. Hay un punto en que todos estamos de acuerdo siempre; en que es necesario dinero para poder efectuar mucha propaganda, y á este efecto lo recolectamos valiéndonos de todos los medios que no son degradantes, pues el dinero es el nervio de la guerra. Las suscriciones son rigurosamente voluntarias. Las listas de suscrición circulan entre los no agrupados y los simplemente simpáticos de nuestras ideas.

Uno de los medios que empleamos para procurarnos dinero consiste en comprar al por mayor artículos de primera necesidad que revendidos luego entre los amigos nos proporcionan para la propaganda un beneficio que iría á parar á los intermediarios burgueses.

He aquí el trabajo efectuado por el grupo:

MANIFIESTOS

El Criminal.
La Huelga general.
A los obreros.

La Coalición revolucionaria.
Estos manifiestos fueron imprimidos y distribuídos gratis en tiempo oportuno

Folletos

Reflexiones sobre la propaganda colectivista en Roubaix.
La Peste religiosa.
Dos ediciones; del primero 7,000 ejemplares, del segundo 5,000.

Conferencias

Oradores que vinieron á darlas: Massez, Philippe, Favier, Luisa Michel, S. Faure, H. Dhorr y C. Dhoogt. Salvo las conferencias relacionadas con la cuestión Dreyfus y la referente á los Crímenes de Dios, las demás tuvieron poco éxito, habiendo asistido á ellas unas 300 personas.

Periódicos

La Cravache.
Le Cravacheur.
Le Batailleur.
Los dos primeros duraron cerca de cinco meses y tres el último que fué costeado por los compañeros de Lille.

Biblioteca

Poseemos una pequeña biblioteca que está á disposición de todo el público, mediante la simple firma garantía de devolución del individuo que solicite los libros. Hacemos constar que ningún libro se extravía á pesar de esta formalidad tan poco severa.

Cosas diversas

Durante el verano hacemos excursiones y paseos por el campo distribuyendo periódicos y folletos á los campesinos.

El año pasado celebramos una conferencia-fiesta que dió buenos resultados.

Asimismo efectuamos reuniones familiares donde se hace música y se recolecta dinero.

Un proyecto

Cuando el *Batailleur* cesó su publicación se pensó en arbitrar medios más suficientes de los que se habían empleado hasta entonces y surgió la idea de adquirir una pequeña imprenta donde tirar la *Pequeña hoja anarquista* que había de distribuirse gratis. Pensábamos insertar únicamente los artículos más importantes y comentar los diversos asuntos locales.

Aprobada la iniciativa, esta ha trascendido al público, y nuestros enemigos la han aprovechado repartiendo la *Pequeña hoja católica* que distribuyen todas las semanas en todas las casas.

Nuestro propósito es habituar á la provincia á que viva de sí misma, no esperando recibir el alimento intelectual de París, y no centralizar las ideas. Para nuestro propósito tenemos ya recogidos 236 francos.

Esto es lo que el compañero delegado deberá exponer al Congreso.

J. Beranger

SEGUNDA PARTE

CUESTIONES DE PRINCIPIOS

I

Comunismo y Anarquía

Es casi innecesario llamar la atención sobre la importancia de este asunto. Muchos anarquistas y pensadores en general, reconociendo por completo las inmensas ventajas que el comunismo puede ofrecer á la sociedad, ven en esta forma de organización social un peligro para la libertad y el libre desenvolvimiento del individuo. Estos peligros son también reconocidos por un gran número de comunistas y, tomada en su conjunto, la cuestión se convierte en este otro problema, tan basto, planteado en toda su extensión por nuestro siglo: la cuestión del Individuo y de la Sociedad.

El problema ha sido obscurecido de diferentes maneras. Por la mayor parte, cuando se habla de comunismo, se piensa en el comunismo más ó menos cristiano y monástico, y siempre autoritario que se predicó en la primera mitad de este siglo y que fué puesto en práctica en ciertos municipios. Estos, tomando la familia por modelo, trataron de constituir «la gran familia comunista» y «reformar el hombre» é impusieron á este fin, además del trabajo en común, la cohabitación total en familia, el alejamiento de la civilización actual, el aislamiento y la intervención de los *hermanos* y de las *hermanas* en toda la vida psíquica de cada miembro de la comunidad.

Por otra parte no se distinguió suficientemente las comunidades aisladas, fundadas repetidamente durante los últimos tres ó cuatro siglos y las comunidades numerosas y federadas que podrían surgir en una sociedad en vías de realizar la revolución social.

Es necesario, pues, en interés de la discusión, examinar separadamente:
La producción y el consumo en común.
La cohabitación, ¿es menester modelarla según la familia actual?
Las comunidades aisladas de nuestro tiempo.
Las comunidades federadas del porvenir.
En fin, como conclusión: el comunismo ¿trae aparejada necesariamente la

disminución de la individualidad? De otro modo dicho: El Individuo en la Sociedad comunista.

⁂

Bajo el nombre de socialismo en general, se ha verificado en el curso de nuestro siglo un inmenso movimiento de ideas, comenzando por Babeuf, Saint-Simón, Robert Owen y Proudhon, que formularon las corrientes dominantes del socialismo, y concluyendo por los numerosos continuadores franceses (Considerant, Pierre Leroux, Luis Blanc), alemanes (Marx, Engels), rusos (Tchernychevsky, Bakounine), etc., que trabajaron ya sea por popularizar las ideas de los fundadores del socialismo moderno, ya por fijarlas sobre bases científicas.

Estas ideas, al precisarse, engendraron dos tendencias principales: el comunismo autoritario y el comunismo anarquista, así como un cierto número de escuelas intermedias, que procuraban establecer compromisos entre los términos opuestos, tales como el Estado único capitalista, el colectivismo, la cooperación; mientras que entre las masas obreras, dichas ideas hacían nacer un formidable movimiento que trataba de agrupar á todos los trabajadores por oficios para la lucha contra el capital, movimiento de creciente carácter internacionalista á medida que las relaciones entre los obreros de las diversas naciones se hacían cada vez más fáciles.

Tres puntos esenciales fueron obtenidos por este formidable movimiento de ideas y de acción y han penetrado ya largamente en la conciencia pública. Son los siguientes:

La abolición del salariado, forma actual de la antigua esclavitud;

La abolición de la apropiación individual de todo lo que deba servir á la producción;

Y la emancipación del individuo y de la sociedad del rodaje político, el Estado, que no sirve más que para mantener la servidumbre económica.

Acerca de estas tres afirmaciones todos están de acuerdo, y aun los mismos que preconizan los *bonos de trabajo,* ó bien nos dicen, como Brousse: «¡Todos funcionarios!», esto es, todos asalariados por el Estado ó por el municipio (comuna), admiten también que si ellos preconizan lo uno y lo otro lo hacen únicamente porque no ven la posibilidad inmediata del comunismo. Aceptan este compromiso como un mal menor, pero su finalidad es todavía y siempre el comunismo. Y en cuanto al Estado, los mismos que son aún partidarios encarnizados del Estado, de la autoridad y de la misma dictadura, reconocen que cuando hayan desaparecido las actuales *clases,* el Estado deberá desaparecer al mismo tiempo que ellas.

Se puede decir, sin exagerar en nada la importancia de *nuestra* fracción dentro del movimiento socialista—la fracción anarquista—que á pesar de las divergencias que se producen entre las diferentes fracciones del socialismo y que se acentúan sobre todo por la diferencia de los medios de acción más ó menos revolucionarios aceptados por cada fracción, se puede decir que todos, por boca de sus pensadores, reconocen como punto de mira de la evolución socialista, la evolución hacia el comunismo libertario. El resto, según su propio modo de ver, no son más que etapas del camino que conducen á tal fin.

Toda discusión sobre las etapas que hay que recorrer, será ociosa si no se basa en el estudio de las *tendencias* que apuntan en la sociedad actual.

De estas diversas tendencias, dos merecen sobre todo nuestra atención. La una es que cada vez se hace más y más difícil determinar la parte que corresponde á cada uno en la producción actual. La industria y la agricultura modernas se hacen tan complicadas, tan enredosas; todas las industrias dependen las unas de las otras en tal forma, que el sistema de retribución al productor-obrero, según los resultados de su labor, llega á ser imposible. Así observamos que cuanto más se desenvuelve una industria, tanto más rápidamente desapa-

rece el salario por unidades de obra, para ser reemplazado por el salario á tanto la jornada. Este, por otra parte, tiende á igualarse. La sociedad burguesa actual permanece ciertamente dividida en clases y tenemos toda una categoría de burgueses cuyos emolumentos crecen en proporción inversa del trabajo que hacen, es decir, á quienes se les paga tanto más cuanto menos trabajan. Por otra parte, en la clase obrera misma vemos cuatro grandes divisiones: las mujeres, los trabajadores agrícolas, los trabajadores que hacen trabajos simples (peones, ayudantes, etc.) y en fin los que tienen un oficio más ó menos especial. Estas divisiones representan cuatro grados de explotación y no son más que el resultado de la organización burguesa.

En una sociedad de iguales, donde todos puedan aprender un oficio y donde la explotación de la mujer por el hombre y del campesino por el industrial hayan cesado, estas clases desaparecerán. Pero hoy mismo, en cada una de esas clases los salarios tienden á igualarse. Esto es lo que ha hecho decir, con razón, que una jornada de trabajo de un removedor de tierras vale la de un joyero, é hizo pensar á Roberto Owen en los *bonos de trabajo,* pagados á cada uno de los que trabajasen tantas ó cuantas horas en la producción de cosas reconocidas necesarias.

Entre tanto, cuando consideramos el conjunto de las tentativas de socialización, vemos que, aparte la unión de algunos miles de arrendatarios en los Estados Unidos, el bono de trabajo no ha hecho camino en los tres cuartos de siglo pasados después de la tentativa hecha por Owen para aplicarlos. Nosotros hemos hecho resaltar las razones de este resultado en la *Conquista del pan* y en *El Salariado.*

Por el contrario, observamos un gran número de tentativas parciales de socialización hechas en sentido ó dirección del comunismo. Centenares de agrupaciones comunistas han sido fundadas durante este siglo, un poco en todas partes, y en este momento mismo nosotros sabemos de más de una centena de ellas, todas más ó menos comunistas. Del mismo modo también en sentido comunista—*parcial, se entiende*—se hacen todas las tentativas de socialización que surgen en la sociedad burguesa, sea entre particulares, sea en la socialización de los negocios municipales.

La fonda, el buque de vapor, las casas-pensión, son ensayos hechos en esta dirección por la burguesía. A cambio de una contribución de tanto por día, podéis escoger entre diez ó cincuenta platos que se os ofrecen en la fonda ó en el vapor sin que nadie reglamente la cantidad de lo que consumáis. Esta organización tiene carácter internacional y antes de salir de París ó de Londres os podéis proveer de bonos (á razón de 10 francos por día) que os permitirán deteneros á voluntad en centenares de hoteles de Francia, Alemania, Suiza, etc., que pertenecen todos á una liga internacional de hoteles.

La burguesía ha comprendido muy bien las ventajas del comunismo parcial, combinado con una libertad casi completa del individuo, *para el consumo;* y en todas estas instituciones por un tanto al mes, se encargan de satisfacer todas vuestras necesidades de alojamiento y de alimentación, salvo las excepciones de lujo (vino, cuartos especialmente lujosos) que se pagan por separado.

El seguro contra incendios (sobre todo en las ciudades en que una cierta igualdad de condiciones permite establecer una prima igual para todos los habitantes); el seguro contra los accidentes, contra el robo; el arreglo que permite á los grandes almacenes ingleses proveeros todas las semanas, mediante el pago de un chelin por semana, de todo el pescado que podáis consumir en una pequeña familia; el club; las innumerables sociedades de seguros en caso de enfermedad, etc., etc.; toda esta inmensa serie de instituciones nacidas en el curso de este siglo, entran en la categoría de aproximación hacia el comunismo, relativo á cierta parte del consumo.

Y, en fin, tenemos toda una vasta serie de instituciones municipales—agua,

gas, electricidad, casas de obreros, tranvías á precios uniformes, baños, lavaderos, etc.,—en la que las mismas tentativas de socialización del consumo son aplicadas en una escala cada vez mayor.

Todo eso no es ciertamente todavía el comunismo. Lejos de ello. Pero el principio que prevalece en esas instituciones contiene una parte del principio comunista: *Por una contribución de tanto por año ó por dia* (en dinero hoy, en trabajo mañana) *tenéis el derecho de satisfacer tal categoría de necesidades—escepto el lujo.*

Para ser comunistas les falta á esos esbozos de comunismo muchas cosas, de las que dos son esenciales: 1.º El pago fijo se hace en dinero en vez de hacerlo en trabajo; 2.º Los consumidores no tienen el derecho de intervenir en la administración de la empresa. Sin embargo, si la idea, la tendencia de estas instituciones fuese bien comprendida, no habría dificultad alguna, *hoy mismo*, en lanzar por aquella vía y por iniciativa privada ó societaria á una comunidad en la cual el primer punto fuese realizado. Así, supongamos un terreno de 500 hectáreas en el cual se construyan dos cientas casitas con un jardín ó huerto cada una de un cuarto de hectárea. La empresa da á cada familia que ocupe una de estas casitas á escoger entre cincuenta platos por día todo lo que quiera, ó bien les suministra pan, legumbres, carne y café á voluntad, para ser condimentados á domicilio. Y, en cambio, les pide sea tanto por año pagado en dinero, sea tantas horas de trabajo á elegir en las diferentes ramas de las labores del establecimiento, agricultura, cuidado del ganado, cocina, servicio de limpieza. Esto puede hacerse mañana si se quiere, y es extraño que una tal fundación no haya sido ya acometida por cualquier fondista emprendedor.

*
* *

Se dirá, sin duda, que precisamente ha sido al introducir el trabajo en común cuando los comunistas han fracasado. Y, sin embargo, la objeción no puede ser sostenida. Las causas de los fracasos han consistido siempre en otra cosa.

En primer lugar casi todas las comunidades han sido fundadas á impulsos de un arranque de entusiasmo, casi religioso. Se pedía á los hombres que fuesen las avanzadas de la humanidad y se sometiesen á reglamentos de moral minuciosa; que se rehiciesen completamente para la vida comunista; que diesen todo su tiempo durante las horas de trabajo y fuera de ellas á la comunidad; que viviesen enteramente para ésta.

Esto equivalía á hacer lo mismo que hacen los frailes y pedir á los hombres —sin necesidad alguna—que fuesen lo que no son. Sólo recientemente fueron fundadas algunas comunidades por obreros anarquistas sin pretensión alguna y con un fin puramente económico; esto es, el de sustraerse á la explotación burguesa.

La otra falta consiste en haber querido siempre modelar la comunidad sobre la familia y constituir lo que se llama «la gran familia». Para esto se vivía bajo un mismo techo, obligados siempre, en cada instante, á estar en compañía de los mismos «hermanos y hermanas». Ahora bien: si dos hermanos hallan frecuentemente difícil vivir bajo un mismo techo y si la vida de familia no resulta siempre bien, fué un error fundamental imponer á todos «la gran familia» en vez de buscar, por el contrario, el modo de garantizar lo más posible á cada uno la libertad y el hogar propio.

De otra parte una pequeña comunidad no puede vivir, estando forzados «los hermanos y hermanas» al contacto continuo, con la pobreza de impresiones que les rodea y que acaba por hacerse detestar los unos á los otros. Pero si es suficiente que dos personas lleguen á ser rivales ó simplemente insoportables la una á la otra para con sus contiendas provocar la disolución de la comunidad, será verdaderamente extraño que esta comunidad viva, tanto más cuanto que

todas las comunidades fundadas hasta hoy se han aislado del mundo entero. Es necesario decir por descontado que una estrecha asociación de diez, veinte, cien personas, no podrá durar más que tres ó cuatro años. Si dura más, será todavía sensible, porque ello probaría solamente ó que todos se han dejado subyugar por uno solo, ó que todos han perdido su individualidad. Y bien; puesto que es *cierto* que en el transcurso de tres, cuatro ó cinco años una parte de los miembros de la comunidad querrá separarse de ella, será necesario tener por lo menos una docena ó más de comunidades federadas á fin de que los que por una razón ó por otra quieran salir de tal comunidad, puedan entrar en tal otra comunidad y ser reemplazados en la que abandonan por los que vengan de las demás. En otro caso la colmena comunista deberá necesariamente perecer ó caer (como ha sucedido casi siempre) en manos de uno solo, generalmente «el hermano» más maligno que los otros.

En fin, todas las comunidades fundadas hasta el día, han estado aisladas de la sociedad. Mas la lucha, la vida de lucha, es, para el hombre activo. una necesidad más imperiosa que una mesa bien servida. Esta necesidad de ver el mundo, de lanzarse en su corriente, de tomar parte en sus luchas, es aun mucho más imperiosa para la joven generación. Por esto (como advierte por experiencia Tchaïkovsky) los jóvenes así que llegan á la edad de 18 ó 20 años abandonan necesariamsnte una comunidad que no forma parte de la sociedad entera.

Inútil agregar que el gobierno adoptado, cualquiera que sea, ha sido siempre la piedra de toque más seria para todas las comunidades. Las que han tenido la menor dosis de gobierno ó las que no han tenido ninguno (como la joven Icaria) han sido las que han obtenido mejores resultados. Esto se comprende. Los odios políticos son los más violentos. Podemos vivir en una ciudad al lado de nuestros adversarios políticos, siempre que no estemos obligados á codearnos con ellos á cada instante. Pero ¿cómo vivir en una pequeña comunidad si se está obligado á verlos á cada momento? La lucha política penetra en el taller, en el gabinete de trabajo, en el dormitorio, y la vida se hace imposible.

Por el contrario, se ha probado y archiprobado que el trabajo comunista, la producción comunista, da maravillosos resultados. En ninguna empresa comercial, la supervalía dada á la tierra por el trabajo, ha sido tan grande como en *cada una* de las comunidades fundadas en América ó en Europa. Ciertamente ha habido en todas partes faltas de orden, de arreglo, como las hay en toda empresa capitalista; puesto que se sabe que la proposición de las quiebras comerciales es próximamente de cuatro sobre cinco, en los primeros cinco años después de su fundación, se debe reconocer que nada semejante, ni de muy lejos, á esta proporción se halla en las fundaciones comunistas. Así cuando la prensa burguesa *fait de l'esprit* y habla de ofrecer á los anarquistas una isla para establecerse conforme á sus principios, fuertes en la experiencia, estamos prontos á aceptar esta proposición á condición solamente de que esta isla sea, por ejemplo, la *Isla de Francia* y que hecha la evaluación del capital social, nosotros recibamos nuestra parte. Solamente que como nosotros sabemos que no se nos dará ni la Isla de Francia ni nuestra parte del capital social, nosotros mismos tomaremos un día la una y la otra por medio de la Revolución social. París y Barcelona, en 1871, no estuvieron tan lejos de esa y las ideas han progresado después.

Sobre todo el progreso consiste en que hemos comprendido que una ciudad, sola, declarada en comunidad, viviría difícilmente. El ensayo deberá empezarse consecuentemente sobre *un territorio*, el de, por ejemplo, uno de los Estados del Oeste, Idaho ú Ohío, nos dicen los socialistas americanos, y tienen razón. Es sobre un territorio bastante grande—y no en una sola ciudad—donde se necesita, en efecto, lanzarse un día hacia el porvenir comunista.

∴

Nosotros hemos demostrado tan frecuentemente que el comunismo de Estado es imposible, que sería inútil insistir sobre este asunto. La prueba está por otra parte en el hecho de que los socialistas de Estado mismos, los defensores del Estado socialista no creen en él. Los unos, ocupados en conquistar una parte del poder *en el Estado actual*—El Estado burgués—no se ocupan de precisar lo que entienden por Estado socialista como no sea el *Estado solamente capitalista y todos asalariados del Estado*. Cuando nosotros les decimos que eso es lo que ellos quieren, se enojan; pero no nos dicen que otra forma de organización pretenden establecer. Puesto que ellos no creen en la *proximidad* de una revolución social, su objeto es llegar á la participación en el gobierno del Estado burgués actual y dejan al porvenir la determinación de lo que será.

En cuanto á los que han ensayado diseñar el Estado socialista futuro, acosados por nuestras críticas, nos responden que todo lo que quieren son oficinas de estadística. Pero esto no es más que un juego de palabras. Se sabe, por otra parte, que la única estadística verdadera es la hecha por el propio individuo al dar su edad, su sexo, su ocupación, su posición social ó bien la lista de lo que ha comprado ó vendido, producido ó consumido.

Las cuestiones sometidas al individuo son generalmente elaboradas por voluntarios (sabios, sociedades de estadística) y el trabajo de las oficinas de estadística se reduce hoy á distribuir cuestionarios, clasificar los datos y sumar por medio de máquinas aditivas. Reducir así el Estado, el gobierno, á esta faena y decir que por gobierno *no se entiende más que eso,* significa (cuando se dice sinceramente) hacer muy buenamente una retratacción honrada. Y, en efecto, es necesario reconocer que los jacobinos de hace treinta años se han rebatido grandemente respecto á su ideal de dictadura y de centralización socialista. Nadie osará decir hoy que la producción y el consumo de las patatas y del arroz deben ser reglamentadas por el Parlamento del *Volksstaat* (Estado popular) alemán en Berlín. Tales tonterías no se dicen ya.

El Estado comunista es una utopia abandonada por sus propios creadores y es ya tiempo de ir más lejos. Lo que es ciertamente muy importante, en efecto, como estudio, es la cuestión de saber si el comunismo anarquista ó libertario no deberá conducirnos también al aminoramiento de la libertad individual.

De hecho en todas las discusiones sobre la libertad, nuestras ideas se hallan obscurecidas por las supervivencias de los siglos de esclavitud y de opresión religiosa que hemos vivido.

Los economistas presentan como un estado de libertad, el contrato forzoso (por la amenaza del hambre) que se establece entre el patrón y el obrero. Los políticos han descrito también como un estado de libertad aquel en que se halla hoy el ciudadano siervo y pechero del Estado. En fin, los moralistas más avanzados, tales como Mill y sus numerosísimos discípulos, han determinado la libertad como el *derecho* de hacerlo todo, sin inquietarse por la libertad igual de los demás. Sin decir que la palabra «derecho» es una herencia muy confusa del pasado, que no dice nada ó dice demasiado, la determinación de Mill ha permitido al filósofo Spencer, á una multitud incontable de escritores y aun á algunos anarquistas individualistas, reconstituir el tribunal y el castigo legal, hasta la pena de muerte, ó lo que es obligado, en último análisis, el Estado, del que habían hecho ellos mismos una admirable crítica. La idea del libre arbitrio se oculta en el fondo de todos esos razonamientos.

Dejando á un lado los actos irreflexivos y considerando solamente los reflexivos (que son los únicos que la ley, las religiones y los sistemas penales tratan de influenciar) cada acto de este género es precedido de una cierta discusión en el cerebro humano: «Yo quiero salir, pasearme...» piensa tal sujeto. «Pero no, he citado á un amigo ó bien he prometido terminar tal trabajo ó mi mujer y mis niños sentirían quedarse solos ó, en fin, perdería mi puesto si no asistiese al trabajo.»

Esta última reflexión implica el temor al castigo. Respecto las tres primeras el hombre nada tiene que ver más que consigo mismo, con sus hábitos de lealtad, con sus simpatías. Y he ahí toda la diferencia. Nosotros decimos que el hombre que se vé obligado á hacer esta última reflexión: «yo renuncio á tal placer en vista de tal castigo» no es un hombre libre. Y afirmamos que la humanidad *puede* y *debe* emanciparse del temor al castigo y que *puede* asimismo constituir una sociedad anarquista en la que el miedo al castigo y aun el disgusto de ser vituperado desaparecerán.

Hacia este ideal caminamos. Pero sabemos que no podremos emanciparnos ni de nuestros hábitos de lealtad (tener palabra) ni de nuestras simpatías (la pena de causar dolor á los que nos aman ó que nosotros no queremos disgustar ó solamente contrariar). Con relación á este último aspecto el hombre *no es jamás libre.* No lo fué Robinsón en su isla. Tan pronto como construyó su barco y cultivó un jardín ó empezó á hacer provisiones para el invierno, se halló ya preso, atado por su trabajo. Si se sentía perezoso y prefería permanecer echado en su caverna, vacilaba un momento y volvía, no obstante, al trabajo empezado. Pero desde que tuvo un perro por compañero, desde que tuvo dos ó tres cabras y sobre todo desde que encontró á Viernes, ya no fué *absolutamente libre*, en el sentido en que empleamos algunas veces esta palabra en las discusiones. Tuvo entonces *obligaciones*, tuvo que pensar en el *interés de otro* y ya no fué más éste *individualista perfecto* con el que nos agrada entretenernos de vez en cuando. Desde el día en que ama á una joven ó que tiene hijos, sea educados por él mismo, sea confiados al cuidado de otros (la sociedad); desde el día en que tiene tan sólo un animal doméstico ó que visitar un huerto que necesita ser regado á ciertas horas, ya no es «el egoísta», «el individualista», imaginarios que se nos ofrece algunas veces como tipo del hombre libre. Ni en la isla de Robinsón y menos en la sociedad, *cualquiera que sea*, existe semejante tipo. El hombre tiene y *tendrá* siempre en cuenta los intereses de los demás hombres, tanto cuanto se establezcan entre ellos relaciones de interés mutuo, y tanto más cuanto los otros afirmen sus sentimientos y sus deseos.

Así, pues, no hallamos otra determinación para la libertad que esta: *la posibilidad de obrar sin hacer intervenir en las decisiones que se hayan de tomar el temor á un castigo societario* (violencia corporal, amenaza del hambre ó simplemente la reprobación, á menos que provenga de un amigo).

Entendiendo la libertad de esta manera—y dudamos que se pueda hallar una determinación más amplia y al mismo tiempo real de la libertad—nosotros podemos decir ciertamente que el comunismo *puede* disminuir ó asimismo matar toda libertad individual, y en muchas fundaciones comunistas se ha probado, pero que *también puede* acrecentar esta libertad hasta sus últimos límites.

Todo dependerá *de las ideas fundamentales* que sirvan de base á la asociación. *No es la forma de la asociación la que determina la esclavitud; son las ideas sobre la libertad individual que se aportan á toda asociación las que determinan el carácter más ó menos libertario.*

Esto es justo con relación á no importa qué forma de asociación. La cohabitación de dos individuos en un mismo domicilio puede acarrear la servidumbre del uno al otro tanto como la libertad para ambos. Lo mismo puede decirse de la familia. Lo mismo si nos ponemos dos á cultivar un huerto ó á ganar un jornal. Lo mismo si se trata de una asociación pequeña ó grande. Lo mismo de toda institución social. Así en los siglos diez, once y doce vemos la comunidad de los iguales, de hombres igualmente libres, y esta misma comunidad querer la dictadura de un monje cuatro cientos años más tarde. La institución judicial, la ley, etc. perduran; la idea del derecho romano, del Estado prevalecen; en tanto que la de la libertad, del arbitraje para las disensiones y de la federación en todos sus grados desaparecen, y esto es precisamente la servidumbre.

Pues bien; de todas las instituciones ó formas de agrupación social ensaya-

das hasta el día, es aun el comunismo la que garantiza la mayor libertad al individuo, siempre que la idea madre de la comunidad sea la Libertad, la Anarquía.

El comunismo es capaz de revestir todas las formas de libertad ó de opresión, lo que no ocurre á otras instituciones. Puede producir un convento en el que todos obedezcan implícitamente á su superior y puede ser una asociación absolutamente libre que deje al individuo toda su libertad; una asociación que no dure más que lo que los asociados quieran permanecer juntos, no imponiendo nada á nadie, celosa por el contrario de intervenir para defender la libertad del individuo, acrecentarla, extenderla en todas direcciones. Puede ser autoritario (en cuyo caso la comunidad perece bien pronto) y puede ser anarquista. El Estado, al contrario, me puede ser esto último. Tiene que ser autoritario ó bien dejar de ser Estado.

El comunismo garantiza, mejor que toda otra forma de agrupación, la libertad económica, puesto que puede garantizar el bienestar y aun el lujo sin demandar al hombre más que algunas horas de trabajo por día en lugar de toda su jornada. Ahora, dar al hombre diez ú once horas de ocio sobre las diez y seis que vivimos cada día conscientemente (ocho para dormir) equivale ya á alargar la libertad del individuo hasta un punto que es el ideal de la humanidad después de millares de años. Hoy *puede* hacerse esto. En una sociedad comunista el hombre podrá disponer de diez horas, por lo menos, de ocio y placer. Y esto es ya la manumisión de la más grosera servidumbre que pesa sobre el hombre. Ello es un acrecentamienio de la libertad.

Reconocer á todos iguales y renunciar al gobierno del hombre por el hombre, equivale también á extender la libertad del hombre hasta el punto que ninguna otra forma de agrupación ha admitido. Esta libertad no llega á ser posible más que cuando se ha dado el primer paso, cuando el hombre tiene su existencia garantizada y no se ve obligado á vender su fuerza y su inteligencia al que quiera convertirle en limosna del explotador.

En fin, reconocer que la base de todo progreso es la variedad de ocupaciones y la organización en tal forma que el hombre sea absolutamente libre en las horas de descanso pudiendo también variar su trabajo y preparándose desde la infancia para esta variedad—lo que es fácil en un regimen comunista—equivale también á emancipar al individuo y abrir ante él las anchas puertas de su completo desenvolvimiento en todas las direcciones.

Por lo demás todo depende de las ideas con las que la comunidad sea fundada. Conocemos una comunidad religiosa en la cual el hombre que se siente desgraciado y refleja su tristeza en el rostro es acariciado por un «hermano» que le dice: «¿Estás triste? Alégrate, toma un aire de placidez, de lo contrario entristecerás á los hermanos y á las hermanas.» Y conocemos también comunidades de siete personas en las que uno de los miembros pide el nombramiento de cuatro comités: de jardinería, de subsistencias, de gobierno y de exportación con derechos absolutos para el presidente de cada comité. Ha habido ciertamente comunidades fundadas ó invadidas después de su fundación por los «criminales de la autoridad» (tipo especial que recomendamos á la atención de Lombroso) y buen número de ellas fueron fundadas por los maniáticos de la absorción del individuo por la sociedad. Pero no es la institución comunista la que las ha producido: es el cristianismo, eminentemente autoritario en su esencia, y el derecho romano, el Estado. Es la idea madre del *estadismo* de esos hombres que piensan que sin maceros y sin jueces no habría sociedad posible, la que continúa siendo una amenaza á toda libertad, y no la idea madre del comunismo que consiste en producir y consumir sin tener en cuenta la parte exacta que corresponde á cada uno. Esta es, por el contrario, una idea de libertad, de emancipación.

⁂

Así, pues, podemos establecer las siguientes conclusiones.

Hasta el presente las tentativas comunistas han fracasado. Porque se fundaban en una aspiración de orden religioso en lugar de considerar la comunidad simplemente como un modo de producción y consumo económico;

Porque se aislaban de la sociedad;

Porque estaban imbuídas por un espíritu autoritario;

Porque permanecían separadas en vez de federarse;

Porque demandaban á los fundadores tal cantidad de trabajo que no les dejaba tiempo alguno de reposo;

Porque estaban calcadas sobre la familia patriarcal, autoritaria, en lugar de proponerse, al contrario, por fin la emancipación del individuo tanto como fuese posible.

Institución eminentemente económica, el comunismo no prejuzga de ningún modo la parte de libertad que habrá de garantizarse al individuo, al iniciador, al rebelde de las costumbres que tienden á cristalizarse. *Puede* ser autoritario, lo que trae forzosamente la muerte de la comunidad, y *puede* ser libertario lo que produjo en el siglo doce, con el mismo comunismo parcial de las jóvenes ciudades de entonces, la creación de una joven civilización llena de vigor, una renovación de Europa.

Por tanto la única forma de comunismo que podrá durar es aquella en que, una vez cerrado el contrato entre los ciudadanos, todo se haga con el fin de extender la libertad del individuo en todas las demás direcciones.

En estas condiciones, bajo la influencia de esta idea, la libertad del individuo, aumentada por todo el reposo adquirido, no será más disminuída de lo que lo es hoy con relación al gas suministrado por el municipio, la alimentación enviada á domicilio por los grandes almacenes, los hoteles modernos, ó el hecho de que en las horas de trabajo nos codeemos con millares de obreros.

Con la anarquía como fin y como medio, el comunismo es posible. Sin esto, será forzosamente la servidumbre y, como tal, no podrá existir.

PEDRO KROPOTKINE

El comunismo y la anarquía

Algunos compañeros han pedido que la cuestión de las relaciones entre el comunismo y la anarquía fuese puesto á la orden del día del Congreso de 1900. Nada nos parece más útil que abrir discusión sobre este punto.

Los camaradas habrán notado cuan difícil ha sido frecuentemente obtener la aceptación del ideal comunista anarquista aun á los mismos á quienes debería ser más accesible, á los obreros. Que cada propagandista se examine sinceramente. Bien pronto encontrará la razón de tal suceso.

Se puede estar seguro de sí, pero basta analizar un poco las nociones que se divulgan para no guardar la misma seguridad vis á vis de sí mismo. Se puede en público, en las reuniones de compañeros de trabajo, en los discursos que se pronuncían, en los meetings y pasatiempos que se organizan en los grupos de estudio, afectar mucha firmeza en los propósitos. ¿Pero á quien no ha ocurrido encontrarse con la objección de un contradictor á la que se está bien seguro de haber respondido insuficientemente? Si aun gracias á la habilidad en la discusión, al hábito de los recursos oratorios, se responde obteniendo un éxito brillante en sí mismo, será menester confesar sinceramente que no se hizo sino dar un corte á la discusión.

No hay en ello nada de extraordinario. Es un hecho muy explicable y del que se halla fácilmente la razón en el modo como hemos llegado á ser anarquistas comunistas unos y otros. Los motivos que nos han decidido por tales opiniones son infinitamente múltiples. Con frecuencia no guardan relación alguna con la idea en sí misma. Cuando nos encontramos en el doloroso período en que es menester tomar partido por alguna idea como los socialistas al verse obligados á pronunciarse contra la acción electoral y parlamentaria, los burgueses al repudiar los prejuicios y los hábitos que los alejan de las filas del comunismo revolucionario, los inconscientes al abandonar la pereza intelectual para conocer nuestros verdaderos intereses y desenvolver nuestros sentimientos, en este momento hay frecuentemente muy pocas cosas que nos inclinen á una determinación. El menor impulso puede determinar la dirección del movimiento. La simpática personalidad de un orador, sus cualidades físicas, el calor de su palabra; el carácter elevado de un escritor, la extensión de sus puntos de vista, la belleza de su estilo; el hazar mismo de las relaciones con los que ya tienen algunas ideas, simpáticos por la firmeza de su espíritu ó por la severidad de su vida, todo ello produce su efecto, frecuentemente una acción decisiva sobre nuestras ideas y nuestras convicciones.

Es claro que tales motivos determinantes no tienen en sí mismos más que una importancia de todo en todo insignificante. No es menos cierto que nuestras convicciones no pueden adquirir por ello ni gran solidez ni gran firmeza. Será necesario no estancarse en este punto, sino al contrario someter á severa crítica lo que se aceptó un poco á ciegas, establecer nuestros principios, analizarlos, examinar si concuerdan con los hechos, con sus leyes, sacar las legítimas conclusiones y ver si se adaptan bien á todas nuestras necesidades y sentimientos.

Esto se ha hecho muy raramente. Es difícil á un obrero someter, después de su labor diaria, á una crítica imparcial y cerrada las ideas que haya aceptado. Aun es penoso para un propagandista al que una situación más ó menos privilegiada le permitiera hacerlo. Tal incertidumbre puede tener graves inconvenientes.

Un propagandista, como propagandista, no puede contentarse con razones personales suyas, con las que han producido su convicción. Desde luego, aquellas razones están tan lejos de él que puede darlas por olvidadas; tal vez no las ha conocido jamás distintamente. Por otra parte no tienen, con frecuencia, más que una muy leve relación con el efecto que han producido. En todos casos no tendrán gran valor bajo el punto de vista de la propaganda. Un personaje que seduzca vivamente, una especie de sirena que embelese á todos sus oyentes puede obtener éxitos apreciables; pero aun en este caso no quedaría gran cosa de los discursos pronunciados, poco tiempo después. Un propagandista debe esparcir sus sentimientos, desenvolver sus ideas de modo que *obren sobre la mayor masa posible*. Esto es lo importante. No ha de reducirse al conocimiento de las razones personales de su opinión, á aquellas que han obrado sobre él y pueden obrar sobre otros. Es necesario, en tanto sea posible, que conozca *todas* las razones que abonan su convicción. De este modo podrá obrar más fuertemente y sobre mayor número de personas. Es necesario, sobre todo, que no difunda más que ideas claras, claras por su espíritu y claramente espuestas. De no conformarse á esta conducta, su obra no será tan buena como debiera. Por el contrario, puede hacer una mala labor. Si no ha analizado la cuestión bajo todas sus fases, si no la ha examinado con la diligencia deseable, puede encontrarse con una objeción imprevista, nueva para él. No estará preparado para contestar y se verá en la necesidad de guardar silencio. Puede ensayar por medio de artificio oratorios una apariencia de réplica. Puede, en fin, contestar con razones que sólo tengan valor para él mismo. En todos estos casos habrá de confesarse que no ha cumplido su misión y que un poco más de estudio, hubiese hecho su acción más eficaz.

Creemos, pues, que sería infinitamente útil á los comunistas anarquistas aprovecharse de la reunión de un número considerable de compañeros para tratar de explicarse mutuamente sobre el principio fundamental que defienden. Jamás habrá sido la ocasión más favorable. Si una de las principales ventajas de las reuniones internacionales consiste en anudar relaciones entre los amigos de diferentes países, tienen también otra ventaja innegable. Esta es la de ofrecer ocasión para determinar netamente lo que se piensa. Tenemos una prueba de esto en las resoluciones de los congresos de la *Internacional*. Los considerandos de las resoluciones adoptadas son los que han proporcionado al socialismo moderno la mayor parte de sus fórmulas teóricas. Decimos esto con una condición: la de que no es necesario que los congresos sigan la táctica de los congresos internacionales parlamentarios donde, á medida que se reunen, llega á ser cada vez más difícil, no diremos determinar los puntos de vista teóricos, más aun discutir cuestiones de propaganda verdaderamente socialistas.

Creemos, pues, que para los propagandistas comunistas anarquistas es muy útil aprovechar el Congreso de 1900 para tratar de esclarecer y determinar el principio mismo que proclaman, lo que no puede menos de dar buen resultado para la propaganda.

Los resultados serán también útiles bajo otro punto de vista, el de la acción.

En el Congreso se encontrarán camaradas procedentes de todos los puntos del globo. Muchos de entre ellos se creen de acuerdo sobre el principio mismo. Todos se proclaman partidarios de una misma doctrina, esparcen las mismas ideas, persiguen el mismo fin. No pueden, sin embargo, haber notado que esta unidad de principios, esta comunidad en *la teoría* se traduce en *la aplicación* por una acción extremadamente variada. Tan variada que puede parecer á primera vista algo contradictoria. Y de hecho en muchas esferas de la propaganda se producen querellas, disputas, excomuniones porque los modos de acción difieren entre los anarquistas. Unos preconizan las colonias, mientras otros no ven en ellas más que empresas arriesgadas propias solamente en caso de éxito para que algunos compañeros se retiren de la comunidad después de hecha su fortuna, incapaces en todo caso de poner al servicio del anarquismo el menor argumento por el hecho. Algunos recomiendan la fundación de escuelas depositando su confianza en la educación moral, en la instrucción, mientras no falta quien ve en esta táctica el abandono del punto de vista revolucionario. Finalmente, unos entran en las cooperativas, pretendiendo que echan así las primeras bases de la sociedad futura, y otros no ven en ellas más que un instrumento de desmoralización, un paliativo, una desviación de la propaganda.

Así, pues, se reconocerá fácilmente que la discusión misma de los principios no puede menos de ayudar la resolución de aquellas diferencias, de prestar más homogeneidad á la acción haciéndola por consecuencia más eficaz. Si se admite que la acción de un partido y sobre todo la acción de los anarquistas no debe contradecir el principio fundamental por el cual lucha, que debe, por el contrario, estar en perfecta armonía con él, se admitirá igualmente que es muy deseable que se conozca bien este principio, que se lo determine y se lo fije. Hecho esto será más fácil contrastar si verdaderamente tal ó tal otro modo de acción se acomoda á él ó lo contradice. Si así procediéramos, se advertiría fácilmente que el pretendido acuerdo sobre el principio fundamental es muchas veces más superficial que profundo, formal y verbal, que material y real; y que las divergencias en la práctica traducen frecuentemente, aunque sea de modo inconsciente, desacuerdos en los principios.

Bajo el punto de vista, por tanto, de la acción anarquista como bajo el de la propaganda, una discusión sobre el principio mismo del comunismo anarquista no puede ser sino deseable en alto grado y además muy útil en el Congreso revolucionario.

Creemos, en fin, que un tal examen, hecho en común, disiparía las importunas prevenciones que sufre el movimiento revolucionario.

Este Congreso comprende cierto número de proletarios revolucionarios, de comunistas también que, de acuerdo casi en todo con muchos comunistas anarquistas, no por eso rehusan menos dejarse calificar como estos. Dichos camaradas, á causa de haber topado por primera vez con gentes (por individualistas) que, no teniendo nada de común con el socialismo y con el movimiento obrero, se ven obligadas por necesidad imperiosa á llamarse anarquistas, á fin de dar así algún color teórico á su egoísmo, han reconocido, y es exacto, que semejantes gentes no pueden ni favorecer sus intereses, ni tener sus simpatías, ni compartir sus ideas. Así ellos han concluído que *todos* los anarquistas son individualistas, sin advertir que *todos* los anarquistas deben ser comunistas sino quieren ser burgueses. O bien así mismo se encontraron con propagandistas de la anarquía demasiado encerrados en su celo y preocupados sobre todo en distinguirse de los socialistas autoritarios, que preconizan medios ilusorios y practican el sufragio y el parlamentarismo, aquellos camaradas creyeron que los anarquistas repudiaban todo el socialismo, cuando, por el contrario, los anarquistas verdaderamente dignos de este nombre, son todos secialistas y socialistas antes que nada.

Por tanto la discusión sobre el principio comunista anarquista contribuirá á hacer que desaparezcan aquellas prevenciones. Si los proletarios revolucionarios, los más avanzados, si los comunistas acaban por reconocer que la diferencia es puramente verbal, derivada de una mala inteligencia y originada por la escasa claridad que ciertos propagandistas han puesto en sus esplicaciones y por la confusión que reina en las ideas mismas de ciertos anarquistas, la dificultad estará bien próxima á ser allanada y cada uno puede imaginarse la enorme ventaja que de ello resultaría para el movimiento revolucionario.

Así, pues, cualquiera que sea el punto de vista en que nos coloquemos, ya sea el del anarquista convencido que quiere el éxito de la propaganda anarquista, que desea la eficacia de la acción anarquista, ya el del revolucionario sincero que desea con ardor acelerar el momento de la Revolución, en todo los casos nos parece de la mayor importancia discutir la cuestión presente.

El objeto de esta Memoria es dar á todo el mundo ocasión de explicarse y de entenderse acerca de un asunto fundamental y saber con exactitud con quienes marchamos y con quienes podemos marchar realmente. El Congreso será sincero porque la discusión disipará los equivocos que perduran demasiado tiempo. El Congreso será verdaderamente útil porque ofrecerá ocasión de asegurar más la eficacia de la propaganda y mayor fuerza al movimiento revolucionario. Su éxito será seguro; habrá servido para algo.

Lo que es necesario hacer resaltar ante todo es el hecho de que nuestros adversarios se apoyan generalmente en la oposición que ven entre las nociones de anarquismo y las de comunismo. Precisamente en esto se basan en el campo de la democracia social para presentar á los anarquistas como enemigos del movimiento obrero y del socialismo, como liberales ó aun como aristócratas. Gracias á esa contradicción se ha logrado que los revolucionarios, que en realidad son anarquistas, rehusen el epiteto de anarquistas.

He aquí lo que dice Domela Nienwenhuis en su libro *El Socialismo en peligro*, página 89:

«Nosotros estimamos que comunismo y anarquismo son concepciones que se excluyen. Kropotkine, por el contrario, en su bello libro «La Conquista del pan» página 31, dice que el anarquismo conduce al comunismo y el comunismo á la anarquía, pues el uno y el otro no son más que la expresión de la tendencia predominante en las sociedades modernas, en la investigación de la igualdad, y Domela agrega: «Me ha sido imposible establecer la argumentación necesaria.»

Fijémonos en ese texto. El constituirá el punto de partida de este trabajo.

Si Domela no ha podido establecer esa argumentación, ya se puede suponer las dificultades con que tropezarán para hacerlo los obreros que no están bien informados ó que no pueden estarlo más que trabajosamente por consecuencia de su misma situación.

Además el pasaje citado resume admirablemente un gran número de dificultades, de objeciones, de problemas que el propagandista encuentra en su camino. En cierto modo dicho pasaje es una fórmula.

La dificultad proviene de la poca claridad con que se emplea los dos términos en cuestión. Para los que han pasado por las filas del socialismo más ó menos autoritario antes que hacerse anarquistas, y que han sufrido los ataques violentos de los revolucionarios inclinados al individualismo, el término anarquismo expresa precisamente lo contrario del comunismo y en general de todo socialismo. Ellos reducen el anarquismo al individualismo. En este sentido tienen razón en no comprender que es posible pasar del comunismo, que es un sistema socialista, al individualista que no tiene nada de semejante cosa. Para ellos todos los anarquistas son individualistas por muy comunistas que se digan. Aun más, el anarquismo se confunde de tal modo con el individualismo que algunos llegan á pretender que éste es la coronación de aquél.

Nosotros nos proponemos demostrar que hay abuso flagrante del término al entender así la cuestión; y, si lo logramos, habremos conseguido ilustrar la materia bajo este punto de vista.

No es menor la contradicción en que incurren otros aunque en sentido opuesto. Como el comunismo es una especie de socialismo y se han podido convencer de que muchos sistemas socialistas matarían de un modo más ó menos fuerte, si fueran realizados, la libertad general de los miembros de la sociedad, reprochan al comunismo los defectos del socialismo autoritario.

Malato en su libro «La filosofía de la Anarquía» habla del comunismo como de un *correctivo* necesario á la anarquía, lo que supone cierta contradicción. Por comunismo entiende Malato el socialismo en general y lo opone, como tal, al individualismo burgués. Otros, partiendo de esta contradicción, llegan hasta negar la necesidad misma de este correctivo.

Para ellos un anarquista no puede ser comunista sin infidelidad á sus principios. Creemos que todavía aquí se emplea abusivamente los términos y que hay inexactitud en dirigir al comunismo anarquista las críticas aplicables, por ejemplo, al comunismo y, en general, á los demás sistemas socialistas.

Hace algunos años nuestro grupo publicó un folleto («Los Anarquistas y los Sindicatos») donde decíamos, entre otras cosas, que nosotros éramos primeramente comunistas y después anarquistas. Esta era la consecuencia lógica del modo cómo entendemos esos dos términos, pero como el objeto de aquel trabajo era en el momento otro, no nos explicamos más sobre el asunto y nuestro pensamiento pudo parecer poco claro á muchos compañeros. Aprovecharemos esta ocasión para explicar nuestro punto de vista.

¿Cómo determinaremos el contenido de esas dos palabras?

Repasemos las bellas páginas que Kropotkine ha puesto al comienzo de su folleto «La Anarquía, su filosofía y su ideal.»

Tomando algunos ejemplos de diversas ciencias, demuestra que la tendencia general de la evolución científica actual ha venido á determinarse en una nueva interpretación de los fenómenos que por doquier destruye las categorías abstractas en las que se encerraban los hechos reales, sustituyéndolos, á la vez que se las atribuía realidad como á los hechos mismos. Y luego agrega: «Al mismo tiempo que se elabora una nueva concepción de conjunto, se elabora también una filosofía nueva en las ciencias, y observamos como se elabora asimismo otra nueva concepción de la sociedad de todo en todo diferente de la que ha prevalecido hasta nuestros días.» Esta concepción nueva tiende al más completo desenvolvimiento de la individualidad combinado con el más alto desenvol-

vimiento de la asociación voluntaria bajo todos los aspectos, en todos los grados posibles; para todos los fines imaginables; asociación siempre variable, que lleva en sí misma los elementos de su duración y reviste las formas que á cada momento responden mejor á las múltiples aspiraciones de todos. *Es solamente en nuestros días cuando el ideal de una sociedad donde cada uno se gobierne por su voluntad propia* (la que es evidentemente un resultado de las influencias sociales que actúan sobre cada uno) *se afirma bajo su aspecto económico, político y moral á la vez, y que se presenta además apoyado en la necesidad del comunismo impuesto á las sociedades modernas por el carácter eminentemente social de la actual producción.*

Hemos visto en el pasaje citado de Kropotkine, que la filosofía moderna y en general las ciencias morales reclaman en sus conclusiones, cuando aquéllas son interpretadas por espíritus libres, un estado social fundado en nuevas bases.

Este nuevo punto de vista consiste en considerar como punto de partida el elemento componente, esto es, el individuo con todas sus necesidades; y en dicho punto de vista nos colocamos.

En efecto ¿cuáles son las necesidades que deben ser satisfechas á fin de obtener enseguida la satisfacción de todas las demás? Son incontestablemente las necesidades materiales; y si queremos asegurar el bienestar material á todos, seremos conducidos forzosamente al socialismo. Pero hay varias clases de socialismo y para escoger entre las diferentes escuelas no podremos guiarnos únicamente por la consideración del bienestar material; fuera de esas necesidades primordiales hay otras que es menester tener en cuenta y que nos hacen preferir tal forma del socialismo á tal otra.

Un sér, cualquiera que sea, tiene siempre tendencia á ser y á ser más cada vez. Esta tendencia cuando es consciente, se traduce por las necesidades derivadas de una privación á satisfacer, como el hambre, la sed, etc.; después por las necesidades que se derivan de un exceso á gastar como las necesidades de actividad, de movimiento, etc. De otra parte la emoción tierna de la simpatía, *basada en la abstracción del semejante por el semejante constituye el sentimiento social.* Esta es la fuente de la solidaridad. El placer que resulta de la satisfacción de ese sentimiento se transfiere á lo que es objeto de dicho sentimiento. Resulta así una tendencia á la repetición de los actos benévolos y de aquí la benevolencia misma. Si á la emoción tierna de la simpatía se une la idea de obligación, se convierte en el sentimiento moral ó sentimiento de justicia fundado en la equivalencia y en la reciprocidad. Aparecen enseguida los otros sentimientos superiores.

Gracias á los datos suministrados al estudio del estado social por las leyes empíricas de la estadística y de la historia de una parte, de la economía política y de la política propiamente dicha, de otra, se llega á demostrar, contrastando los datos empíricos con las leyes de composición, cuales son las causas que producen el estado social y los fenómenos que lo caracterizan, así como que efecto resulta de una causa dada, en ciertas condiciones sociales.

Se puede, desde luego, determinar la combinación de circunstancias que podría producir el fin deseado, esto es, obtener la satisfacción de todas las necesidades. Es, pues, necesario, en virtud de lo que precede, que el estado social dé satisfacción á las necesidades del hombre en razón de su urgencia: á sus necesidades inmediatas primeramente, después á sus tendencias simpáticas, sentimiento social y sentimiento moral, y por fin á sus sentimientos superiores.

En el socialismo percibimos dos corrientes: *el colectivismo* con su fórmula «á cada uno el producto de su trabajo» y *el comunismo* con la suya «de cada uno según sus fuerzas, á cada uno según sus necesidades». El primero se basa económicamente en el salariado y moralmente en la idea de retribución del mérito. Además en política supone inevitablemente un régimen autoritario y centralis-

ta. El segundo suprime, en el dominio económico, toda traza de salariado y las relaciones de dominación que implica éste.

«Tomando por punto de partida *las necesidades del individuo*, se llega necesariamente al comunismo como organización que permite satisfacer todas esas necesidades del modo más completo y más económico... El comunismo—es decir un punto de vista sintético del consumo, de la producción y del cambio y una organización que responda á este punto de vista sintético—deviene así la consecuencia lógica de esta comprensión de las cosas, la única, en nuestro sentir, que es científica» (1).

Por otra parte el comunismo por sí sólo, gracias á la organización económica que supone, puede dar satisfacción á nuestros sentimientos de justicia y de solidaridad. La moral que establece en las relaciones entre los hombres es de todo en todo diferente á la moral colectivista merced á la disposición del salariado.

Como el hombre actualmente tiene necesidad de satisfacer las necesidades de la existencia y no recibe en cambio de su fuerza de trabajo el promedio de lo que necesita para vivir y reproducirse, es indispensable suprimir el salario porque amenaza la existencia misma del individuo, lo que no es posible más que por el comunismo.

En virtud de los sentimientos de solidaridad y de reciprocidad, repudiamos todos los sistemas socialistas en los que subsiste el salariado, donde el salario es proporcional al trabajo, donde las desigualdades derivadas de las inaptitudes físicas tienen una sanción material, donde la renta continúa existiendo.

El socialismo debe de ser comunista porque el consumo debe conformarse, no á las cualidades especiales del individuo, sino á sus necesidades. Aun en el caso de insuficiencia de productos, cuando se impone el racionamiento, el consumo es independiente de las facultades personales.

Por otra parte hemos dicho ya que la forma colectivista supone necesariamente la existencia de una autoridad, del Estado. Cualesquiera que sean los argumentos de que se sirvan los colectivistas, no podrán demostrar jamás lo contrario, pues todo modo de repartición que tenga otra base distinta á la de las necesidades, requiere un poder para defenderlo y practicarlo. Por el contrario el comunismo nos da también satisfacción bajo este aspecto; las mismas razones que nos han inducido á preferir esta forma á la colectivista (razones derivadas de consideraciones de solidaridad, de justicia, etc.) nos conducen á ser anarquistas, esto es, á considerar como un mal del que es preciso desembarazarse, la existencia del Estado. Ahora bien; sólo el comunismo puede pasarse sin el Estado y sin el poder. En este sentido hemos dicho siempre que nosotros somos primeramente comunistas y luego anarquistas; después de la satisfacción de las necesidades materiales, viene la satisfacción de las necesidades sociales y morales para la cual la abolición del poder es una garantía indispensable. Así llegamos á la definición de lo que representa para nosotros la *Anarquía*. Nosotros la consideramos como el aspecto político de una concepción de la que el comunismo es el aspecto económico. Tal vez la evolución política en este sentido debe necesariamente acompañar á la evolución económica hacia el comunismo. Esto parece deducirse de todas las observaciones que nos es posible hacer actualmente.

Otro párrafo del libro de Domela, ya citado, habla en el mismo sentido y, cosa singular, el autor que no ha podido hallar el argumento necesario para pasar del comunismo á la anarquía, es del propio modo de pensar que Kropotkine.

«Un nuevo modo de producción no puede jamás compaginarse con un método antiguo de consumo, no puede de ningún modo acomodarse á las formas pa-

(1) La Conquista del pan.

sadas de la organización política. En una sociedad en que desaparezca la diferencia entre capitalista y obrero, no hay necesidad alguna del gobierno; éste sería un anacronismo, un obstáculo. Los obreros libres precisan una organización libre y esta es incompatible con la supremacía de algunos individuos en el Estado. El sistema no capitalista, supone en sí mismo el sistema no gubernamental» (1).

Mas la estrecha unión que existe entre el anarquismo y el comunismo, no es solamente teórica y lógica; lo es de hecho igualmente. Desde el comienzo del movimiento anarquista (como movimiento obrero y revolucionario sin tener en cuenta las consideraciones teóricas hechas antes) siempre ha tenido por base el comunismo. Hablamos del tiempo de la *Internacional.*

Sabemos en que circustancias nació el comunismo. Los elementos más autorizados del socialismo, se reunieron en una asociación poderosa donde todas las tendencias del movimiento obrero se hallaban representadas. Se reunieron no sin fracasar, como se cree bien. Los más avanzados, los adeptos del comunismo alemán, algunos comunistas franceses, los discípulos de Collins, etc., lograron eliminar poco á poco las teorías más ó menos incompletas, falsas, reaccionarias de los mutualistas y cooperadores. Pero en vez de continuar fieles á las ideas que por lo menos defendían en parte primeramente, en vez de demostrar en el terreno político el vigor de que dieron muestras en el terreno económico; se dejaron arrastrar á deplorables concesiones. Eran, en verdad, resueltamente revolucionarios, mucho más que sus discípulos actuales. Mas no supieron considerar la forma económica y la forma política de la sociedad con la misma amplitud de miras.

Precisamente á medida que su influencia se hacía más preponderante, dejábanse vencer en su fe revolucionaria. Adoptaron un cierto método evolucionista en política, mientras permanecían constantemente intransigentes bajo el punto de vista económico. Creían, en fin, necesario pasar por varias fases políticas correspondiente á ciertos momentos económicos de la evolución social.

Era, pues, urgente protestar en nombre de la sinceridad, de la fidelidad á los principios establecidos en primer término; en nombre de los mismos intereses directos de la clase obrera.

Cierto número de miembros de la *Internacional,* aquéllos principalmente sobre los que se hacía sentir la influencia de Bakounine, readoptaron la actitud intransigente. Poco ambiciosos políticamente, atenidos sobre todo á la necesidad de una transformación económica general de la sociedad obtenida costase lo que costase, rechazaron todas las atenuaciones y concesiones de los que se llamaban aun comunistas. Llegaron á convencerse de que si el orden económico actual fuese transformado desde el fondo á la superficie, no habría para que mantener una forma ó diferentes formas políticas en correspondencia con aquella forma económica carcomida ó con otras más antiguas todavía. Llegaron así á negar enérgicamente la necesidad de conservar un Estado que era, en opinión de los comunistas de la época, un producto, un órgano de la sociedad burguesa. Se declararon, pues, contrarios al Estado, esto es, anarquistas.

Habrían podido así mismo, en el propio seno de la *Internacional,* aclarar los peligros de mantener aún en una sociedad compuesta únicamente de socialistas un órgano director. Es de creer que la política dictatorial del Consejo general les hizo sentir más ó menos los inconvenientes de una dictadura del proletariado, primera fase, según los discípulos de Marx, de la evolución comunista de la sociedad.

Sea como fuere, no obstante, en esas condiciones se elaboró la teoría anarquista. Su origen es comunista indudablemente.

---

(1) El Socialismo en peligro.

Basta recorrer los escritos, artículos de periódicos, folletos y discursos de su primer teorizante, para convencerse. Bakounine, que á él nos referimos, no separa jamás, en efecto, su anarquismo de su comunismo. Tan poco los separa que raramente pronuncia el término anarquismo. El anarquismo no es para él más que la manera sana de entender el comunismo, ó mejor aun de entender la forma política, la organización de una sociedad basada en el principio comunista. Jamás se le ocurrió separar la causa del anarquismo de la del socialismo. El anarquismo es, sin duda, una concepción diferente de la de otros socialistas, pero no debe la preferencia de que goza más que á la circunstancia de ser la forma más completa, más perfecta, la mejor forma de organización socialista.

Acabamos de establecer que la tendencia que representamos no es nueva y que data del origen del movimiento. Pero aun cuando es la más antigua, creemos que no ha sido todavía suficientemente fundamentada. Su principio parece escapar á los mismos que la siguen.

Los camaradas han podido ver, por lo que precede, que nos colocamos en un punto de vista moral que nos ha conducido á proclamarnos socialistas primero, á preferir después el comunismo á las otras formas del socialismo, y á escoger en fin, el comunismo anarquista.

Somos comunistas y anarquistas porque establecemos una jerarquía moral con relación á nuestras necesidades.

Creemos que la existencia misma de una sociedad tal como la soñamos, está ligada á la existencia de un modo de la conducta concebido como necesario y que sin la práctica de la reciprocidad, la existencia del hombre no sería muy superior á la del bruto.

El comunismo consiste en poner en común los intereses primitivamente antagónicos de tal suerte, que el interés de cada uno se convierte en el interés de todos. La única forma moral que permite conciliar así el amor de sí mismo y el amor á los otros, á la que el comunismo da satisfacción y que por otra parte necesita, es una moral sentimental, la moral de la simpatía.

Su primer principio puede formularse por el precepto siguiente: «Cada uno para todos; todos para cada uno». Expresa lo que cada uno debe hacer en una sociedad semejante y las ventajas que puede obtener de su participación en la misma. Ese principio es el que excluye la proporcionalidad entre lo que se da á los demás asociados y lo que se recibe de ellos. Ese principio es el que nos hace recusar el salariado porque en un régimen fundado en él, se practicaría el «cada uno para sí». Ese principio es el que nos conduce á la fórmula misma de la moral comunista «de cada uno según sus fuerzas; á cada uno según sus necesidades», en la que se comprenden los derechos y los deberes de cada uno. Pero como es imposible evaluar las fuerzas de otro, se es conducido á negar toda especie de sanción y solamente el estado de anarquía es el que nos permite aplicar plenamente aquel principio, porque por esencia misma excluye la violencia y exige que todo se haga con expontaneidad.

El principio general de la moral comunista anarquista será, pues, trabajar por el bienestar de la comunidad como por el propio en la medida de las fuerzas, sin estar á ello obligado y sin esperar otra sanción que la de realizar ó mantener esta sociedad, que ofrece á todos los mejores medios y las mejores formas de acción.

En una sociedad en que los hombres se conformen á esta moral, el bienestar de cada uno estará asegurado por los esfuerzos de todos y cada cual percibirá en la medida de sus necesidades, quedando así garantizada su libertad.

Los caracteres de la moral anarquista son, pues, los siguientes:

1.º Seguramente es «la simpatía» que concilia el amor á los demás con el amor propio en que se apoya;

2.º Demanda á cada uno cosas diferentes de tal suerte que «el *deber* no es

el mismo para todos», sino «que cada uno sea moral en la medida de sus fuerzas»;

3.° Y, en fin, puesto que carece de obligación y sanción, sus mandatos revisten un carácter particular y «son todo lo más consejos», ya que no se puede hablar de mandatos más que donde existe penalidad. Aun «las ideas de derechos y deberes» se transforman de tal modo «que no corresponden del todo á las que la moral burguesa da ese nombre». Sin embargo se puede creer útil conservar esas denominaciones, pues es preciso dar un nombre á las relaciones morales entre el individuo y la sociedad. El deber, para el anarquista, es una necesidad moral más ó menos imperiosa. El derecho es una ventaja moral. Pero en ningún caso, como en la sociedad actual, el deber y el derecho se definirán por la penalidad ó la sanción, pues por lo demás en la mayor parte de los casos los deberes y los derechos del anarquista se confunden, ya que su bienestar es el de sus semejantes y no pueden separarse.

Se ve, por tanto, que el punto de vista teórico en el que nos colocamos es netamente moral, sentimental. Sabemos bien que al decirlo así francamente nos exponemos á un gran número de reproches, pero pensamos que el hecho de haber repudiado la moral que enseñan los maestros y los curas, no impide que cada uno de nosotros tenga una moral. Podemos diferir de opinión sobre el móvil ó principio de nuestros actos, sobre el bien, la felicidad, el derecho, la libertad ó la responsabilidad; podemos asimismo recusar sobre esas abstracciones toda conclusión, mas no es posible que en nuestra manera de obrar no haya cierta constancia, no haya en nuestras decisiones, en nuestras opiniones y juicios, cierta coordinación que expresan una moral.

Nuestro más grande sentimiento es que los compañeros no se han detenido en este asunto con toda la atención necesaria.

Que examinen la cuestión y verán que, consciente ó inconscientemente, ó se colocan en nuestro punto de vista y permanecen de acuerdo consigo mismos ó lo rechazan, y en este caso se exponen á incurrir en contradicciones y dificultades singulares.

Si se parte de abstracciones y de entes de razón; si no se tiene continuamente más que «la idea» en los labios; si, ridiculizando la moral del sacrificio, se intenta apoyarse únicamente en el egoísmo y en el interés, se corre riesgo de inclinarse aun inconscientemente al individualismo, que es lo diametralmente opuesto al comunismo y por consiguiente á la anarquía.

El grupo de los E. S. R. I. de París

La cooperación libre y los sistemas de comunidad

Me advierten algunos amigos de la necesidad de que este trabajo sea precedido por un corto resumen explicando la posición mútua de los partidos comunista y colectivista, porque esta última especie de anarquismo no es bien conocida fuera de España, donde se entiende siempre por colectivismo el marxismo y no se explican como se puede ser colectivista y anarquista á un mismo tiempo.

Para los anarquistas que pertenecieron á la antigua *Internacional* tal aclaración es innecesaria, porque el colectivismo anarquista es una reminiscencia de los principios de aquella asociación. Los anarquistas se decían entonces colectivistas lo mismo que los marxistas. La idea del comunismo libre no se formuló

hasta más tarde y España es uno de los países donde penetró mucho después. La antigua Federación de Trabajadores afiliada á la *Internacional* se decía anarquista y colectivista y siguió en su totalidad la tendencia de Bakounine cuando la ruptura de La Haya. Anarquista y colectivista continuó aún después de disuelta la *Internacional*. En 1882 y en el Congreso de Sevilla, se formuló por primera vez la idea del comunismo, entonces bastante autoritaria en el fondo. Pero el Congreso se pronunció en contra de esta tendencia.

Naturalmente, la idea del colectivismo anarquista difiere mucho del colectivismo marxista. Nada de organización estatista, de retribución acordada por órganos directivos en aquél. La base principal del colectivismo anarquista es el principio del contrato para regular la producción y la distribución. Los colectivistas sostienen la necesidad de organizar, mediante pactos libres, grandes federaciones de producción, de tal modo que ni esta ni la distribución marchen ó se libren al azar, sino que sean el resultado de la combinación de las fuerzas y de las indicaciones de la estadística. No acepta el principio comunista de distribución *á cada uno según sus necesidades*, y si bien al comienzo afirmaba el lema *á cada uno según sus obras*, actualmente se contenta con establecer que tanto los individuos como los grupos resolverán el problema de la distribución por medio de convenios, libremente consentidos, conforme á sus tendencias, necesidades y estado de desenvolvimiento social. En conclusión, el colectivismo anarquista aspira á la organización expontánea de la Sociedad mediante libres pactos sin afirmar ni procedimientos ni una resultante obligada. En este sentido la actual tendencia de los que se dicen anarquistas sin adjetivo alguno, es también una reminiscencia del colectivismo.

El comunismo anarquista en España difiere del colectivismo en la negación para ahora y para el porvenir de toda organización. Extremando las conclusiones del comunismo de otros países, sin duda por el antagonismo colectivista, llega á la afirmación del individualismo en absoluto. Especialmente en ciertas ciudades de Andalucía y en alguna de Cataluña, son los comunistas por completo opuestos á toda acción concertada. Para ellos en el porvenir no habrá más que producir como se quiera y tomar del montón lo que se necesite y piensan que en el presente todo acuerdo, toda alianza es nociva. Realmente esta especie de comunismo es resultado de una gran falta de estudio de la cuestión, mezclada con buena dosis de dogmatismo doctrinal. Claro es que hay en España comunistas bien conscientes que no hechan en olvido las dificultades y la importancia del problema de la distribución, pero con estos como con los colectivistas desapasionados no hay lugar á polémica porque concuerdan en muchos puntos de vista. Más aparte esto, puede decirse que el comunismo en España es demasiado elemental, demasiado simple, para que puede ser presentado como concepción completa de la sociedad futura. Tan pronto toca los linderos del anarquismo *nietzschano* como se funde en el autoritarismo más pernicioso. De hecho el comunismo y el colectivismo adolecen de los defectos que se derivan de toda polémica continuada: la exageración y el fanatismo doctrinal.

Quizá por la exageración metódica del colectivismo se produce en el comunismo la exageración atomística que reduce la vida social á la independencia *absoluta* del individuo, y recíprocamente. Tal vez sin el antagonismo de las dos escuelas cualquier diferencia quedaría reducida á una simple cuestión de palabras; pero actualmente ambas tendencias son irreductibles. De un lado la necesidad de organizar, de concertar la vida social entera; de otro lado la afirmación de que produciendo y consumiendo al azar, como cada uno lo entienda, se obtendrá la harmonía social apetecida.

En los detalles y en cuestiones de procedimiento los dos partidos difieren aun más, hasta el punto de que no le falta razón al órgano del socialismo marxista en España—que se dice indiferentemente comunista y colectivista—para sostener que los anarquistas perdemos lastimosamente el tiempo discutiendo las

quintas esencias de un porvenir que nadie puede determinar de antemano ó *á priori.*

Es todo lo que puedo decir acerca de la posición respectiva de los dos partidos ó escuelas, dentro de las limitadas condiciones de este trabajo.

R. M.

***

Entiendo por cooperación libre el concurso voluntario de un número indeterminado de hombres para un fin comun. Por comunidad todo método de convivencia social que descanse en la propiedad común de las cosas. Y siempre que haga uso de la locución «sistemas de comunidad» será para designar algunos ó todos los planes previos de comunidad, ó lo que es lo mismo determinados á priori.

Hago estas aclaraciones porque es muy esencial entenderse acerca del significado de las palabras.

Hay entre nosotros los anarquistas, comunistas, colectivistas y anarquistas sin adjetivo alguno. Con la denominación «socialismo anarquista» existe un grupo bastante numeroso que rechaza todo exclusivismo doctrinal y acepta un programa bastante amplio para que en principio queden anuladas todas las divergencias. La denominación *socialista,* por su carácter genérico, es más aceptable que cualquiera de las otras.

Pero como de hecho las diferencias doctrinales persisten conviene analizar, sin compromisos, las ideas é intentar el acuerdo eliminando las causas de divergencia.

Aparte la fracción individualista, todos los anarquistas somos socialistas y todos estamos por la comunidad. Y digo todos, porque el colectivismo, tal como lo entienden los anarquistas españoles, es un grado de la comunidad, que á su vez los que se denominan comunistas no traducen de un mismo modo. Hay, pues, un principio común. Los diferentes nombres que nos damos no hacen sino revelar distintas interpretaciones, porque para todos es primordial la posesión en común de la tierra, instrumentos del trabajo, etc. Las diferencias surgen tan pronto se trata del modo ó modos de producir y distribuir la riqueza.

La disparidad de opiniones se hace sensible porque propendemos por educación al dogma y cada uno trata de sistematizar desde ahora la vida futura, un poco descuidados de la necesaria consecuencia con la idea anarquista.

No es á mi parecer razonable tal disparidad de opiniones por preferencias hacia determinados sistemas. Entiendo que la afirmación de estos es contradictoria con el principio radical de la libertad y que por otra parte no es indispensable aquella afirmación á la propaganda de nuestras ideas.

Es muy sencillo hacer entender á las gentes menos cultas que las cosas se harán de tal y tal modo en lo porvenir, pero equivale simplemente á remachar su educación autoritaria hacerles concebir que se harán así y no de otra manera.

Se dice con suma facilidad que cada uno gozará del producto íntegro de su trabajo ó que cada uno tomará lo que necesite donde lo encuentre, pero no tan fácilmente se explica como se hará esto sin perjuicio para nadie ni como todos los hombres se conformarán á obrar de uno ú otro modo.

Necesitamos, por el contrario, llevar á los cerebros la idea de que todo habrá de hacerse conforme á la voluntad de los asociados en cada momento y en cada lugar; necesitamos hacer que se comprenda lo más posible la necesidad de dejar á los hombres en completa independencia de acción; y no es ciertamente atibo-

rrando las inteligencias de planes previos como se las educará en los principios anarquistas.

Esta labor es más complicada que aquella otra, hace menos asequible la comprensión de las ideas anarquistas, pero es la que corresponde á la afirmación de un mundo mejor en el que la autoridad organizada haya sido reducida á cero.

Y puesto que este modo de entender la propaganda es seguramente común á todos nosotros y está iniciada la corriente de opinión favorable á la amplitud de concepto en materia económica, juzgo saludable que todos contribuyamos á que la propaganda se oriente cada vez más en sentido antidogmático y antiautoritario.

Esto es lo que me propongo al tratar el tema que sirve de epígrafe á estos renglones.

***

Si afirmamos la libertad en el sentido de que cada individuo y cada grupo pueda obrar autonómicamente en cada instante, y la afirmamos todos, es claro que queremos los medios de que tal autonomía sea practicable. Y porque los queremos somos, sin duda, socialistas, esto es, afirmamos la justicia y la necesidad de la posesión común de la riqueza porque sin la comunidad, que significa igualdad de medios, la autonomía sería impracticable.

Entendemos, creo que sin discrepancia, por comunidad de la riqueza la posesión en común de todas las cosas, de tal modo que estén á la libre disposición de individuos y grupos. Esto supone que será menester establecer la oportuna inteligencia para hacer uso metódico de la facultad de disponer libremente de las cosas. La investigación de las formas posibles de aquella necesaria inteligencia dan origen á las diferentes escuelas señaladas. Se trata, pues, de cuestiones de pura forma.

¿Será necesario á partir de nuestras afirmaciones genuinamente socialistas sistematizar la vida general en plena anarquía? ¿Será necesario decidirse desde ahora por un sistema especial de práctica comunista? ¿Será necesario trabajar por la implantación de un método exclusivo?

Si lo fuese estaría justificada la existencia de tantos partidos anarquistas como ideas económicas dividen nuestras opiniones.

Por otra parte demostraríamos con tales propósitos que pretendíamos algo más que la igualdad de medios como garantía de la libertad; demostraríamos que tratábamos de dar una regla á la libertad misma, mejor dicho, á su ejercicio.

Sistematizar el ejercicio de la autonomía es contradictorio. Libre el individuo y libre el grupo, nada puede obligarles á adoptar tal ó cual sistema de convivencia social. Nada será así mismo bastante poderoso para determinar una dirección uniforme en la producción y distribución de la riqueza.

Puesto que afirmamos la total autonomía individual y colectiva, habremos de admitir en consecuencia la facultad en todo el mundo de proceder como quiera, la posibilidad de que unos obren de un modo y otros de otro, la evidencia de múltiples prácticas, cuya diversidad no será obstáculo á la resultante de armonía y paz social á que aspiramos. Habremos, pues, de admitir, en resumen, el principio de la cooperación libre fundada en la igualdad de medios, sin que sea necesario ir más lejos en las consecuencias prácticas de la idea.

¿Por qué el anarquismo ha de ser comunista ó colectivista?

La sola enunciación de esas palabras produce en el entendimiento la imagen de un plan preconcebido, de un sistema cerrado. Y nosotros, anarquistas, no somos sistemáticos, no preconizamos infalibles panaceas, no construímos sobre movediza arena castillos que derribaría el más leve soplo del porvenir cercano.

Propagamos la libertad de hecho, la posibilidad de obrar libremente en todo tiempo y en todo lugar. Esta posibilidad será efectiva para el pueblo tan pronto se halle en posesión de la riqueza y de ella pueda disponer sin que nadie ni nada se lo estorbe. Y será tanto más efectiva cuanto más el pueblo pueda libremente concertar los medios de metodizar la producción y la distribución de la riqueza puesta á su alcance.

Nosotros, anarquistas, podremos decir entonces al pueblo: «haz lo que quieras; agrúpate como te plazca; arregla tus relaciones para el uso de la riqueza como creas más conveniente; organiza la vida de la libertad como sepas y puedas». Y bajo la influencia de las diferentes opiniones, bajo la influencia de clima y raza, bajo la influencia del medio físico y del medio social se producirá la actividad en múltiples direcciones, se aplicarán diferentes métodos y también á la larga la experiencia y las necesidades generales determinarán armónicas y universales soluciones de convivencia social. Obtendremos por la experiencia parte, por lo menos, de lo que no lograremos con todas las discusiones y todos los esfuerzos intelectuales posibles.

La afirmación de que «todo es de todos» no implica que cada uno pueda disponer de todo arbitrariamente ó conforme á una regla dada. Significa solamente que estando la riqueza á la libre disposición de los individuos, queda á merced de estos la organización del disfrute de las cosas.

La investigación de las formas de organizar este disfrute es ciertamente útil y necesaria, sobre todo á título de estudio, no á título de imposición doctrinal. Pero esta misma investigación no dará ni es preciso que dé por resultado unanimidad de opiniones ni es deseable que determine un credo social. En materia de opiniones es preciso ser respetuoso con todas. La libertad de llevarlas á la práctica es la mejor garantía de este respeto.

En una sociedad como la que preconizamos la diferente naturaleza de los trabajos obligará en unos casos á turnar en la ejecución de ciertas tareas, obligará en otros al voluntariado. Ya será necesario que un grupo se ocupe permanentemente de tales labores; ya que tales otras se ejecuten, alternando, por varias agrupaciones. Aquí la distribución podrá seguir el procedimiento comunista que la abandona á las necesidades, mejor sería decir á la voluntad de los individuos. Allá será preciso reducirse voluntariamente á una regla cualquiera como el racionamiento ú otra semejante. ¡Quién es capaz de abarcar el conjunto de toda la vida futura!

Podrá decírseme que todo lo expuesto es sencillamente comunismo. En este supuesto el colectivismo es también comunismo y recíprocamente. No hay más que diferencia de grado. Y lo que trato de probar es la contradicción en que se incurre cuando á la palabra anarquía se asocia un sistema cerrado, invariable, uniforme, sujeto á reglas predeterminadas.

Podrá estar en el cerebro de todos nosotros este espíritu de amplia libertad, este criterio general que designo con el nombre de cooperación libre, pero los resultados prácticos demuestran que más ó menos á las palabras comunismo, colectivismo, etc., se asocia la idea de un plan completo de convivencia social fuera del que todo es erróneo.

Nuestras luchas se derivan precisamente de esa asociación de ciertas ideas á ciertas palabras donde todo exclusivismo tiene su asiento. Y cuando á la propaganda se llevan particularismos de escuela, los resultados son fatales porque en vez de hacer anarquistas conscientes, hacemos fanáticos del comunismo A ó fanáticos del comunismo B, fanáticos, en fin, de un dogma, cualquiera que sea.

*
* *

A las razones, que pudiéramos llamar de orden interior, ya expuestas, habré de añadir otras de orden general que corroboran mis deducciones.

La experiencia actual y la experiencia histórica—de las que la experiencia del porvenir no será más que el corolario—serán puestas á contribución.

Donde quiera que un sistema ha predominado ó predomina, los hechos están lejos de seguir reglas invariables. El principio es generalmente uno; las experiencias prácticas varían notablemente desviándose del punto de partida. Del comunismo de algunos pueblos sólo puede obtenerse una característica ideal. En los hechos no hay comunismo igual á otro comunismo. En todas partes se hace concesiones al individualismo, pero en grado muy diverso. La reglamentación de la vida oscila desde el libre acuerdo hasta el despotismo más repugnante. Desde los esquimales que viven en comunidades libres hasta el comunismo autoritario del antiguo imperio peruano la distancia es enorme. Y no obstante las prácticas del comunismo se derivan de un solo principio: el derecho eminente de la colectividad que en los países gubernamentales se trueca en el derecho eminente del príncipe que asume la representación y los derechos de los súbditos. Este principio no subsiste empero sin limitaciones esenciales. En todas partes las reservas en beneficio de la individualidad son numerosas. En unos casos es de propiedad privada la casa y el jardín. En otros la comunidad no alcanza sino á una porción de la tierra, reservándose las otras el Estado y los sacerdotes ó los guerreros. Finalmente, los esquimales en sus libres comunidades reconocen en el individuo el derecho á separarse de la comunidad y establecerse en otra parte cazando y pescando á su riesgo. Cualquiera puede, continuando esta excursión por los dominios de la sociología y de la historia, convencerse de lo trabajoso que es explicarse como prácticas tan contrarias proceden de un principio común.

Del mismo modo el régimen individualista se halla en ciertas regiones más cerca del comunismo que del individualismo propiamente dicho. La propiedad en muchos casos se reduce á la posesión ó al usufructo que el Estado á voluntad concede ó retira. En otros el uso de la tierra se da por repartos periódicos porque teóricamente se dice que el suelo es de todos.

Si analizamos la experiencia actual del individualismo industrial ó agrícola veremos que el principio ó regla es uno: el derecho á la propiedad exclusiva y absoluta de las cosas pero que los métodos de aplicación varían de país á país y de pueblo á pueblo. No obstante el empeño de unificación de los legisladores, el poder absorvente y unitarista del Estado, las leyes son un verdadero maremagnum y los usos y costumbres en la industria, en la agricultura y en el comercio tan opuestos entre sí que lo que es equitativo en un lugar se tiene por injusto en otro.

Hay países donde la asociación obra milagros y otros donde cada cual prefiere luchar sólo en beneficio suyo exclusivo. Comarcas enteras pertenecen en una misma nación á una docena de individuos, mientras otras están subdivididas en pequeñísimas parcelas. Aquí prevalece la grande industria. Allá perdura el antiguo artesano trabajando en su pequeño taller. La transmisión de la propiedad reviste las más variadas formas. Y en cuanto á las rentas cobradas por el señor que goza del derecho eminente, han desaparecido ó se han transformado en unos sitios; persisten invariables en otros.

¿Será necesario consignar que ningún Estado sedicente civilizado es por completo individualista? No obstante el derecho al uso y abuso de las cosas, el poder público invade á cada paso el derecho de los ciudadanos. Por causa de utilidad general se establece la expropiación, recayendo de nuevo en el principio comunista del derecho eminente de la colectividad.

Por otra parte una porción considerable de la riqueza es de uso común en los países civilizados y gran número de instituciones comunidades son que viven en medio del individualismo moderno.

Creo inútil aducir pruebas que están al alcance de todo el mundo. Me limito á indicar un proceso y sacar las conclusiones.

De las experiencias expuestas deduzco que el porvenir se desenvolverá según un principio general: el de la posesión común ó colectiva—ambos términos son para mí equivalentes—de la riqueza y que prácticamente este principio se traducirá en métodos diversos de producción, distribución y consumo, métodos todos de libre cooperación.

Esta misma deducción resulta inmediatamente del principio de libertad que nos es tan caro. Y ahora puedo agregar que la diversidad de experiencias individualistas ó comunistas contenidas en el pasado y en el presente no son sino la consecuencia obligada del principio de libertad superviviente en la especie humana á pesar de todas las coacciones. El individuo—y lo mismo el grupo—tiende siempre á darse su norma de vida, á regirse según sus opiniones, sus gustos y sus necesidades. Y aun cuando esté reducido á la imposición de un sistema, librará su existencia dentro de éste y contraviniéndolo con arreglo todo lo más posible á dichos gustos, necesidades y opiniones. Tal ocurrió antes, tal ocurre ahora, tal, pensamos, ocurrirá después.

Frente, pues, á la invariabilidad sistemática, frente á todos los exclusivismos de doctrina, creo haber establecido que el corolario de la anarquía es la cooperación libre dentro de la que toda práctica de comunidad tiene espacio adecuado. Y pienso que bajo la denominación «socialismo anarquista» podemos y debemos agruparnos todos.

Languidecen actualmente las luchas del exclusivismo doctrinal: mi deseo es haber contribuído á que desaparezcan por completo.

La afirmación del método de cooperación libre es genuinamente anarquista y enseñará á los que á nosotros vengan que no decretamos dogmas ni sistemas para el porvenir y que la anarquía no es una apariencia de la libertad, sino la libertad en acción.

R. Mella

España, mayo de 1900.

Individualismo y comunismo

I.—La mentira de la piedad

Muchos revolucionarios han podido convencerse en estos últimos años de la confusión que ha producido en los espíritus la fraseología neomística y piadosa de los medicastros «humanitarios». ¿Cuantos anasquistas no están unidos por las ideas de Verdad, de Justicia, de Bienestar universal, de Sacrificio por la Humanidad del mismo modo que los cristianos por las ideas de Dios, de Religión, de Patria? ¿No habrán hecho quizá más que cambiar las palabras? ¿No se habrá reducido todo á que los fantasmas sostenidos por los hombres han cambiado de nombre?

El Dios á penas derribado de los actuales cristianos ha sido reemplazado por nuevos dioses elevados sobre el altar-Pueblo ó sobre el altar-Humanidad. Al *sacrificio* por el Paraíso ha sucedido el Sacrificio por otras abstracciones: la Idea, la Propaganda, la Causa. Parece como si la Idea, la Propaganda, la Causa hubiesen reemplazado en el espíritu de los ambiciosos «que se consagran al bienestar del Pueblo» el dogma del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En vez de rumiar «y gozaremos del Paraíso al fin de nuestros días», los apóstoles del amor—así se llaman ellos—se extasían ante el voto idéntico «y la sociedad futura estará al final de nuestros sueños.»

Consultad ciertos escritos libertarios de los más recientes. Algunos exaltan «*la obra gloriosa de la fé anarquista;*» otros señalan «el surco luminoso trazado con la sangre de nuestros *mártires* en el campo del pensamiento humano;» quien, poseído de la Idea, declara «sacrificarse por la Propaganda, consagrarse á la Causa;» y últimamente no faltan aquellos que ya no cuentan las víctimas que sacrificaron á su estetismo, y ponderan el día «en que se cantará en las vastas campiñas floridas himnos al amor...»

Este lenguaje ridículo que podría servir de leyenda á una caricatura *ad hoc*, es un lenguaje de majaderos. De ahí el orígen de la desviación piadosa.

El error, á mí parecer, proviene de que se deja siempre en olvido al individuo para invocar «el bienestar común,» el bienestar de la humanidad. ¿Podemos tener conciencia de los intereses de la humanidad, esa inmensidad en que el hombre pierde pié y se reduce á lo infinitamente pequeño?

Es menester invertir el problema. En lugar de abstraer el individuo del Todo, debemos pasar por la Unidad para llegar á la Suma; partir del interés particular para arribar al interés general y contar con el egoísmo individual, el egoísmo, móvil de todas nuestras acciones, de las mejores.

II.—El Egoísmo, sentimiento irreductible

El egoísmo es en nosotros el sentimiento superior é irreductible; está en el fondo de todas nuestras acciones. El altruismo—palabra á suprimir del vocabulario sociológico—no es más que el egoísmo inverso, el egoísmo disfrazado.

Nadie se sacrifica por el bienestar de los demás. Se halla el bienestar en uno mismo; su propia satisfacción en mostrar á los demás los males que sufren, las ligaduras que los atan y en aconsejarles la rebeldía para la liberación común, puesto que el bien particular no es más que una porción del bien general. Cuando acusamos al egoísmo deberíamos agregar que es pernicioso en la organización social que nos rige. Por el contrario, en una sociedad bien organizada sería el más poderoso incentivo de sociabilidad, de moralidad y de actividad humanas.

El egoísmo constituye el principio del sér; él es la razón misma de su conservación puesto que el individuo debe satisfacer dos necesidades primitivas é irreductibles. El amor de sí mismo no es otra cosa que el instinto de *conservación*, instinto supremo que no es en sí, en último análisis, más que el instinto de *nutrición*. Complicad este instinto y tendréis el amor propio, el interés personal, la indagación de los medios de conservar la salud y la vida, el deseo de bienestar, etc. Pero la sustancia viviente no debe subsistir tan solo como individuo; es menester también que subsista «como especie,» de donde resulta la segunda necesidad inherente al individuo, necesidad de amar, ligada á la necesidad de engendrar.

El egoísmo es, pues, un sentimiento muy natural. Auxiliamos á nuestros semejantes no por espíritu de sacrificio ó de solidaridad dogmática, no en virtud de *una ley de amor* ó de una ley de la naturaleza, puesto que la naturaleza es una destrozadora de individuos, sino por la simple satisfacción de evitar un sufrimiento, una incomodidad. Compasión, serviciabilidad, amor, no son otra cosa que formas reflejas del egoísmo refinado.

III.—Uno en todo—Todo contra uno

Si cada sér tiene, por la conciencia de su Yo, el sentimiento vivísimo de su personalidad, no puede poseer más que una noción más ó menos confusa de los seres simples ó complejos diferentes de él. El yo no conoce bien más que á sí

mismo, vive sobre todo para sí mismo sin preocuparse mucho de los seres parciales que lo constituyen (órganos, tejidos, células) y perjudica frecuentemente intereses que le son propios pero que ignora; mientras que los elementos del yo persiguen también, cada uno por su parte y no sin confusión, su propio beneficio aun á expensas del todo que no sospechan como la Naturaleza no se percata ni cuida de la existencia de seres cuya sensibilidad desconoce. Bien lejos de ser la buena divinidad ó la nodriza cariñosa que nos place imaginar, la Naturaleza se muestra despiadada frente á frente de nosotros; ella nos desconoce como desconocemos nosotros el microbio que aplastamos con nuestro pié en el asfalto de las aceras.

Cada sér sale, pues, difícilmente de su yo. Pretendidos altruistas ó egoístas confesos, vémoslo todo desde el punto de vista de nuestra personalidad y consagramos á nuestros propios intereses la mejor parte de nuestra actividad. Esto es lo primero que deberíamos reconocer. Si el *fin* de los revolucionarios es comunista, su *movimiento* es esencialmente individualista. Esta ley del movimiento eterno es lo que constituye el esfuerzo dirigido á la conquista de un mejor estado, de un mejor estado solamente, ya que la felicidad perfecta es inaccesible á los humanos. Nosotros queremos salir de los entorpecimientos del sueño en que tratan de sumirnos los místicos, los que tienden á intelectualizar siempre aún la misma brutal realidad.

El malestar radica en el individuo lo mismo que en los grupos humanos.

En el individuo que es un compuesto de tejidos, de células, de órganos, cada uno con su individualidad y su autonomía, el *mal físico* resulta de desacuerdos inevitables entre las actividades concurrentes de los órganos.

Cada célula trata de que prevalezca en la actividad del yo su egoísmo particular que se manifiesta por las necesidades y por las exigencias del funcionamiento que les es propio. Así se encuentran en plena concurrencia y lucha. Entre los elementos celulares la guerra es implacable. Legiones de fagocytas exterminan las células débiles ó viejas; bandadas de microbios del exterior asaltan incesantemente el organismo; cada elemento celular que vive en un mismo fondo de sustancia proteica se disputa ansiosamente el goce, repartiéndose según la ley del más ávido y del más fuerte los recursos que la sangre pone á su disposición y lo que unos tienen de más otros lo tienen de menos. Nuestra vida no es más que el resultado de esta mezcla ardiente y confusa.

Nuestra actividad psíquica se ejerce en las mismas condiciones de antagonismo y de lucha. Como los tejidos y los órganos del cuerpo, la sensibilidad, el gusto, la inteligencia, el carácter, el sentido moral, tienen, aunque ligados é independientes, su particularismo estrecho, sus aspiraciones divergentes de suerte que tan pronto se ayudan entre sí y se desenvuelven concertadamente como surgen las contradicciones y el acuerdo se convierte en guerra civil. Cada una de esas facultades tiende á predominar en la actividad del yo. Ordinariamente una facultad directora predomina en él como una especie de temperamento en el organismo y así se vé á los efectivos atribuir casi todo al sentimiento, los imaginativos al ideal, los intelectuales al estudio, los dotados de voluntad firme á la acción. Pero una preferencia así marcada no existe sin perjuicio de otras partes que, abandonadas, permanecen en un estado de languidez ó de atrofia.

Así pues tanto como en lo físico no podemos gozar en lo psíquico de una vida completa, perfecta, armoniosa.

Como las células, los deseos concuerdan en sentido de que tienden todos á mejorar la vida y se prestan útiles auxilios, pero á pesar de ellos mismos se obstaculizan los unos á los otros.

Lo mismo ocurre en los grupos humanos.

El ser individual se considera como un centro absoluto de actividad; él lo relaciona todo á sí mismo y repugna el sacrificio de sus menores intereses. Aunque ligado á otros seres por relaciones que puede romper, guarda siempre muy

vivo el sentimiento de su personalidad. El egoísmo colectivo del grupo, el espíritu de amistad, de compañerismo, de antipatía, tiende á aplastar el egoísmo individual bajo sus pasiones, sus odios, sus amistades ciegas de corrillo colectivo. Para ser admitido en esos grupos es preciso adoptar los usos, «pensar como todo el mundo,» «obrar como todos los demás,» «aullar con los lobos,» no separarse de la moda, seguir la opinión corriente, etc., etc. En consideración al espíritu de grupo se debe frecuentemente ocultar lo que se siente, disimular lo que se piensa, alabar lo que se reprueba, mentirse á sí mismo y rebajarse á todo género de similaciones. Quien sufre la influencia de un corrillo cesa de pertenecerse. ¡Desdichado del que se rebele contra ese despotismo! Todo se pondrá en práctica, periódicos, chismes de pandillaje, sindicatos de intereses, toda la fuerza colectiva de los apetitos perjudicados para aplastar al importuno.

Contra este egoísmo colectivo debe levantarse el egoísmo individual, del mismo modo que lo hace contra el egoísmo tiránico del Estado, de la Religión, y contra la dictadura socialista.

Así lo que desea sobre todo el anarquista, no obstante *la unión independiente* que le crean, frente á frente de los demás seres, las *necesidades* afectivas y materiales, es conservar lo más posible su independencia.

IV.—Individuación y Asociación

Lo que ocurre en la evolución del anarquismo, debe guiarnos en el anarquismo revolucionario. El anarquista comprende que la ley general de los seres acabados se constituye en virtud de dos fuerzas: fuerza de individuación y fuerza de asociación. Para que la primera adquiera todo su valor debe ejercerse en un marco de asociación lo más restringido posible.

El comunismo que se llama libertario sería destruído como molde demasiado estrecho, si contuviera algo de dogmático ó de decretado.

¿Qué se habría cambiado si el valor individual se hallase reprimido por el espíritu de camarilla ó si á la autoridad del Estado sucediese la voz deliberante de un Pontífice, *ejerciendo de autoridad?* La asociación deberá ser lo más limitada posible para que la individuación sea lo más integral, lo más respetada posible.

Al asociar sus esfuerzos, los individuos tendrán en cuenta los principios de contradicción, de lucha y de discordancia siempre en suspenso en los grupos humanos.

Sólo la *necesidad* podrá unificar momentáneamente las voluntades; ella reemplazará la voluntad del amo. Bajo el imperio de la necesidad se coordinarán los egoísmos, organizándose á su modo. Se buscarán por gusto, por afinidad, por temperamento y aquí y allá podrán formarse *grupos* ó *asociaciones* de consumo y de producción. Fuera de toda sombra de autoridad del hombre sobre el hombre, las imposiciones de las necesidades serán la única regla.

La asociación de los individuos implica la asociación de los grupos. Como los individuos, los grupos sentirán la *necesidad* de reunirse y crearán *Federaciones*, centros de noticias, de estadística, encargándose de dirigir la producción de los grupos ó asociaciones en tal ó tal otro sentido para modificar el consumo según tal ó tal otra necesidad.

Los grupos ó asociaciones no estarán más ligados á las Federaciones que las Federaciones á los grupos, puesto que será la misma buena voluntad la que los reuna á los fines que implica la satisfacción de sus intereses. Es el contrato de intereses, siempre anulable, el que cimentará las voluntades ya unificadas por la necesidad.

Por casas, por calles, por distritos ó por ciudades se puede regular las condiciones de la alimentación. Y los grupos de consumo y de producción pueden

suministrar cada día una relación exacta de su situación. Los *centros federativos* clasificarán las noticias dirigidas por las federaciones sobre el estado de la producción y fijarán las de los grupos ó asociaciones sobre las demandas del consumo. En el mismo día, centros, federaciones, grupos, pueden conocer la situación general.

A medida que el mecanismo de esta Socialización de las necesidades se perfeccione, los rozamientos de su rodaje se dulcificarán.

No habrá aquí lugar para la autoridad; estará debidamente abolida.

Esta socialización no exige el consentimiento de todos los humanos; puede ser regional, federal, local. Puede ser puesta en práctica mañana mismo como ha sido bosquejada ayer por Cabet, por Owen, entre los mormones, en el Paraguay.

Conclusión

En resumen, debemos desembarazar el anarquismo de sus brumas abstractas y pietistas y demostrar que el egoísmo es el principio real de la existencia psíquica y material ó social. En él se encuentra el acicate del ser, siempre en marcha hacia lo mejor sin lograr jamás lo perfecto. El dorado prometido por nuestros poetas. La felicidad perfecta sería la negación del esfuerzo, y la inmovilidad es la muerte.

El comunismo, entrevisto con la República ideal de Platón, reforzado con la crítica social de Morus y de Morelly, se ensancha bajo la robusta tutela de las valientes osadías de Cabet y de Roberto Owen para elevarse hasta el paciente mutualismo de Proudhon y fortificarse por la independencia individual esbozada en las asociaciones individualistas de estos últimos años. No puede concretarse definitivamente más que por la conquista de la autonomía individual.

Netamente hostiles al individualismo á *outrance* de Stirner que tiene el estado de alma de un negociante constreñido por la concurrencia del Estado, basamos nuestras concepciones individualistas en ese sentimiento irreductible de egoísmo que nos vemos forzados á reconocer en nosotros mismos. Este simple cuerpo á cuerpo con esa verdad brutal é irrefutable es lo que nos obliga á descender de las altas especulaciones humanitarias cuyo camino hemos emprendido á deshora. Y es precisamente sobre el amor y el respeto de nosotros mismos como podemos echar las bases de la útil Moral de Reciprocidad, la *Moral necesaria.*

Stirner es de los nuestros cuando combate el humanismo de Bruno Baüer, y su dura crítica repleta de argumentos contundentes que flagela el error humanitario, puede dirigirse también, bien razonablemente, á nuestros pietistas de hoy que tratan de resucitar «las obras de la fé,» «las leyes del amor,» y las personalidades respetables. Pero yo me niego á admirar con él la «Fuerza heroica de la Mentira» y las bellezas de *su* Propiedad. El individualismo de Stirne, propietario, monetario, *arriviste,* destructor, es primo hermano del individualismo burgués.

Acabo de dar muy sucintamente las razones que me hacen recusar lo que yo llamo el error ideófilo, la mentira idealista. La palabra anarquista es incompleta por sí misma; no es más que privativa en el sentido gubernamental ó político. La fuerza misma de su expresión revolucionaria ó evolucionista no adquiere valor más que por el elemento constituyente del comunismo libertario: el individualismo.

Bien lejos de excluir el comunismo (expresión económica), el individualismo (expresión totalmente moral) lo completa. Si el fin es comunista el movimiento es individualista.

Y el anarquismo, en el sentido que he indicado someramente, es netamente *individualista-comunista.*

E. Janvión.

II

La organización de la vindicta llamada justicia

Tuvo razón el sansimoniano Adolfo Blanqui en hacer resaltar en su *Historia de la Economía política* la importancia que las formas económicas han tenido en la historia de la humanidad para determinar las formas políticas de la sociedad y aun sus concepciones sobre el derecho, la moral y la filosofía. En aquella época los liberales y los radicales fijaban toda su atención en el régimen político y desconocían las consecuencias del régimen burgués que se entronizaba entonces en Francia sobre las ruinas de la primera república. Era, pues, natural, que para hacer resaltar la importancia del factor económico y para llamar la atención sobre una cuestión desconocida por los mejores espíritus, así como también sobre un inmenso movimiento socialista que comenzaba á dibujarse (su *Historia* es del año 1837), exagerase la importancia del factor económico y que hasta intentara construir toda la historia como una superstructura sobre las relaciones económicas. Era necesario ó en todo caso inevitable. Repítese esto continuamente en la historia de las ciencias. Blanqui pensaría que incumbía «á otros» la tarea de hacer resaltar la importancia de los demás factores: formas políticas de gobierno, ideas sobre la justicia, concepciones teológicas y demás. Pensó que le bastaba hacer resaltar la importancia de su tema. La importancia de los demás factores está de sobra demostrada.

Conocidas son hasta que exageraciones esta idea condujo á la escuela demócrata-socialista alemana y conocidos son los esfuerzos que hacemos los anarquistas para llamar la atención y el estudio sobre este otro factor de la vida de las sociedades que se llama el Estado.

Es necesario reconocer, no obstante, que nosotros mismos, al luchar para abolir la estructura necesariamente gerárquica, centralizada, jacobina y antilibertaria por principio del *Estado*, hemos descuidado forzosamente hasta cierto punto en nuestra crítica de las instituciones actuales la llamada *Justicia*. Hemos hablado á menudo de ella, los periódicos anarquistas no cesan de criticarla, pero de todos modos no la hemos zapado lo suficiente en sus mismos cimientos.

Para llamar mayormente la atención y provocar el estudio sobre esta cuestión, hemos escrito el presente informe.

***

El estudio del desarrollo de las instituciones conduce forzosamente á la conclusión que el *Estado* y la *Justicia*, es decir, el juez, el tribunal, instituídos especialmente para establecer la justicia en la Sociedad, son dos instituciones que, no tan sólo coexisten en la historia, sino que están íntimamente ligadas entre sí por lazos de causa y efecto. La institución de jueces especialmente designados para aplicar las penas de la ley á aquéllos que la violan supone necesariamente la constitución del Estado. Todo aquel que admite la necesidad del juez y del tribunal especialmente designados para esta función, con todo el sistema de leyes y castigos que se derivan, admite consiguientemente la necesidad del Estado. Tiene necesidad de un cuerpo que edicte las leyes, de la uniformidad de los códigos, de la universidad para enseñar la interpretación y fabricación de

las leyes, de un sistema de cárceles, de verdugos, de la policía y de un ejército al servicio del Estado.

En efecto, la tribu primitiva, comunista, no conocía el juez. En el seno de la tribu, entre los miembros de la misma tribu, el robo, el homicidio, las heridas *no existen*. La costumbre basta para impedirlos. Pero en el caso excesivamente raro que uno faltare á los usos sagrados de la tribu, toda la tribu lo lapidaría ó lo quemaría. Cada individuo le arrojará su piedra, cada individuo llevará su haz de madera, á fin de que no pueda ser únicamente fulano ó zutano los encargados, sino toda la entera tribu quien habrá condenado á muerte al que ha faltado.

Y si un hombre de otra tribu ha herido á uno de la nuestra, toda nuestra tribu *debe*, ó matar al primero que se encuentre de aquella tribu ó causarle una herida del mismo género y magnitud, ni un grano de trigo (el milímetro de entonces) más ancha ni más profunda.

Esta era su concepción de la justicia.



Más tarde cambiaron las concepciones sobre la justicia. En el municipio rural de los primeros siglos de nuestra era la idea de venganza se abandonó poco á poco (con mucha lentitud y sobre todo entre los agricultores, sobreviviendo pero en las bandas militares) y se extendió la de *compensación* al individuo ó á la familia lesionada. Con la aparición de la familia separada, patriarcal, poseyendo fortuna (en ganado ó en esclavos arrebatados á otras tribus) la compensación fué tomando cada vez más carácter de evaluación de lo que «vale» (en posesiones) el hombre herido, lesionado ó asesinado: tanto por el esclavo, tanto por el campesino, tanto por el jefe militar ó reyezuelo que la determinada familia haya perdido. Esta evaluación de los hombres constituye la esencia de los primeros códigos bárbaros.

El municipio rural se reune, comprueba el *hecho* con la afirmación de seis ó doce jurados de cada una de las dos partes que quiera impedir se produzca la venganza brutal y prefieren pagar y aceptar una determinada compensación. Los viejos de la comuna ó los bardos que conservan la ley (la evolución de los hombres de diferentes clases) en sus cantos, ó bien unos jueces *invitados* por la comuna, determinan el valor de la lesión: según la herida ó la muerte tanta cantidad de ganado. Para el robo bastaba simplemente la restitución de la cosa robada ó de su equivalente, mas una multa pagada á los dioses locales ó á la comuna.

Pero poco á poco, en medio de las inspiraciones y de las conquistas, los municipios libres de muchos pueblos quedaron esclavos, las tribus y las federaciones de costumbres diferentes se mezclaron sobre un mismo territorio, surgiendo los conquistadores y los conquistados. Surgió, además, el sacerdote y el obispo —hechiceros temidos—de la religión cristiana que fueron á establecerse entre ellos, y poco á poco, al bardo, al juez invitado, á los viejos que antes determinaban el valor de la compensación, se sustituyó el juez enviado por el obispo, el jefe del bando militar de los conquistadores, el señor ó reyezuelo. Los que iban aprendiendo algo en los monasterios ó en la corte de los reyezuelos y que se iban inspirando en los ejemplos del Viejo Testamento fueron convirtiéndose poco á poco en *jueces* en el sentido moderno de la palabra. La multa que antes se pagaba á los dioses locales—á la comuna—fué á parar entonces á manos del obispo, del reyezuelo, de su lugarteniente ó al señor. La multa va siendo cosa principalísima mientras la compensación debida á los lesionados por el mal que se les causó va perdiendo su importancia ante esta multa pagada á este germen del Estado. La idea de *castigo* va abriéndose camino hasta que domina por completo. Sobre todo la Iglesia cristiana no quiso contentarse con la compensación primitiva; quiso *castigar*, imponer su autoridad, aterrar á semejanza de sus ante-

pasados los hebreos. Una herida causada á un hombre del clero no es simple herida, es un crimen de lesa humanidad. Además de la compensación es necesario el castigo y la barbarie del castigo fué tomando incremento. El poder secular hizo lo propio.

*
* *

En el décimo y undécimo siglos se dibuja la revolución de las comunas urbanas comenzando por arrojar de su seno al juez del obispo, del señor ó del reyezuelo y creando su «conjuración.» Los burgueses principiaron por jurar que abandonaban todas las querellas surgidas de la ley del talión y cuando sobrevinieren nuevas querellas no acudir al juez del obispo ó del señor, sino á la guilde, á la parroquia, á la comuna. Los síndicos elegidos por la guilde, la calle, la parroquia, la comuna, ó en los casos más graves, la reunión en plena asamblea de la guilde, la calle y la parroquia, decidirán la compensación que debe acordarse á la persona lesionada.

Además, el arbitraje en todos sus grados—entre particular, entre guildes, entre comunas—fué adquiriendo una extensión realmente formidable.

Por otro lado el cristianismo y el estudio renovado del derecho romano fueron asimismo abriéndose camino en las concepciones populares. El sacerdote solo hablaba de venganzas de un dios malo y vengativo. Su argumento favorito (lo es aun en nuestros días) es la venganza eterna que se infligirá al que haya pecado en daño de las prescripciones del clero, y apoyándose en las palabras del evangelio concernientes á los poseídos por el demonio ve un poseído en cada criminal é inventa todas las torturas para arrojar al diablo del cuerpo del «criminal.» En caso de necesidad lo quema. Y como ya desde los primeros siglos el sacerdote concluyó una alianza con el señor y á veces él mismo es un señor laico y el papa un rey, el sacerdote fulmina y persigue con su venganza al que ha faltado á la ley laica impuesta por el jefe militar, por el señor, por el rey, por el sacerdote señor ó por el rey-papa. El mismo papa, al cual se dirige continuamente tomándolo por árbitro supremo, se rodea de legistas versados en el derecho imperial y señorial romano. El buen sentido humano, el conocimiento de los usos y costumbres, la comprensión de los hombres, sus iguales,—todo esto que antes constituía las cualidades de los tribunales populares—son declarados inútiles, nocivos, favorecedores de las malas pasiones, inspiraciones del diablo, del espíritu rebelde. El «precedente,» la decisión de tal ó cual juez hace *ley*, y para darle más arraigo en los espíritus, se busca el precedente en las épocas más remotas, en las decisiones y las leyes de la Roma de los emperadores y del Imperio hebraico.

El arbitraje va desapareciendo á medida que el señor, el príncipe, el rey, el obispo y el papa se hacen más poderosos y que la alianza de los poderes temporal y clerical se hace más íntima. No permiten que el árbitro intervenga y exigen por la fuerza que las partes litigantes comparezcan ante *sus* jueces y magistrados. La compensación á la parte lesionada desaparece casi enteramente en los asuntos «criminales» y pronto se halla casi por entero reemplazada por *la venganza*, ejercida en nombre del Dios cristiano ó del Estado romano. Bajo la influencia del Oriente los castigos se vuelven más atroces. La Iglesia, y después de ella el poder temporal, llegan á un refinamiento tal de atrocidad en el castigo que la lectura ó la reproducción de los castigos impuestos durante los siglos XV y XVI se hace casi imposible para un lector moderno.

*
* *

De este modo las ideas fundamentales sobre este punto esencial de toda agrupación humana cambiaron por completo entre el siglo XI y el XVI. Y cuando el Estado, en virtud de las causas que hemos intentado esclarecer en el estudio

del *Estado y su papel histórico,* cuando el Estado, repetimos, se apoderó de las comunas que habían ya renunciado, *hasta en las ideas,* á los principios federativos de arbitraje y de justicia compensativa popular (esencia de la comuna del siglo XII), la conquista fué relativamente fácil. Bajo la influencia del cristianismo y del derecho romano las comunas eran ya pequeños Estados, eran ya estatistas en sus concepciones dominantes.

Ciertamente que es en extremo interesante explicar como los cambios económicos que intervinieron durante estos cinco siglos, el comercio lejano, la exportación, la creación de la banca y los empréstitos comunales, las guerras, la colonización y los gérmenes de producción bajo la conducta de un contratista capitalista sustituyéndose á la producción, al consumo y al comercio comunales, es muy interesante, repetimos, trazar como estos diversos y numerosos factores económicos influyeron sobre las ideas dominantes del siglo. Diseminadas están las curiosas investigaciones en este sentido de los historiadores de las comunas en todas sus obras, del mismo modo que las investigaciones (mucho más difíciles, sin embargo, y siempre heterodoxas) sobre la influencia de las ideas dominantes, cristiana y romana, están también diseminadas en sus obras. Pero sería completamente falso y anticientífico atribuir una influencia exagerada, determinante, al primero de estos factores, como sería falso si en botánica dijéramos que la suma de calor recibido por una planta determina por sí sola ó sobre todo su crecimiento y olvidáramos la influencia de la luz ó de la humedad. Y más falso sería si se tratara de precisar los factores que determinan las variaciones en una especie.

⁂

Esta breve reseña histórica permítenos ya darnos cuenta hasta que punto la institución para la venganza societaria llamada justicia y el Estado son dos instituciones correlativas, que se sostienen y apoyan mútuamente, engendrándose una á otra é históricamente inseparables.

Pero bastaría asimismo una serena reflexión para comprender como las dos son *lógicamente inseparables;* como todas dos tienen un orígen común dentro un mismo círculo de ideas, sobre la autoridad que vigila por la seguridad de la sociedad y ejerce venganza sobre los que han roto los precedentes establecidos, ó sea, la Ley.

Dadnos jueces especialmente nombrados por vosotros ó por vuestros gobernantes para vengaros de aquellos que hayan faltado á los precedentes legales reunidos en los códigos—ó solamente para vengar la sociedad en nombre de la Ley contra las infracciones de las costumbres sociables—y el Estado será su consecuencia lógica. Por otro lado retened esta institución piramidal, centralizada, que se inmiscuye en la vida de las sociedades y á la que damos el nombre de Estado y tendréis necesariamente los jueces nombrados y sancionados por el Estado, sostenidos por el poder ejecutivo para vengarse en nombre del Estado contra los que infrinjan sus reglamentos.

⁂

Vivimos actualmente en una época en que se efectúa una completa revisión de todas las bases, de todas las ideas fundamentales sobre las cuales descansa la sociedad moderna. Calificamos de robo ó de usurpación legalizada los derechos de propiedad sobre el suelo y el capital social; nosotros negamos estos derechos. Calificamos de monopolios constituídos por un Maffia gobernante los derechos adquiridos por las sociedades accionistas de los ferrocarriles, del gas, etc. Calificamos de usurpadores á nuestros gobernantes fuertemente organizados para tenernos bajo su tutela. Y calificamos de bandidos á los Estados que se arrojan uno sobre otro con objeto de conquistarse.

Y depende hoy de nosotros mismos, sea pararnos en mitad del camino pagando tributo á nuestra educación de venganza cristiana y romana, respetando al hijo bastardo de estas dos corrientes de ideas—la llamada justicia—ó llevar nuestra crítica cortante á esta institución que es la verdadera base del capitalismo y del Estado.

O bien imbuídos de prejuicios de venganza, de un Dios vengador cuya obra efectuamos en su nombre, y de un Estado divinizado hasta el punto de considerarlo como la encarnación de la justicia, conservaremos la institución—el brazo secular de Dios—que llamamos Justicia, y nos daremos jueces que nombraremos nosotros mismos ó nombrarán nuestros gobernantes y les diremos: «Velad para que los usos y costumbres y los precedentes judiciarios conocidos con el nombre de Ley sean respetados. Herid, vosotros que encarnáis la justicia, á los que hayan faltado á los usos sociales de la comunidad. Nosotros os daremos los medios físicos de coerción necesaria así como nuestro apoyo moral... obrad.»

Y entonces el Estado—la fuerza colocada por encima de la Sociedad y que fatalmente tiende á centralizar, á ensanchar sus poderes—queda constituído y durará hasta que una nueva revolución lo derribe.

El árbitro podía juzgar y juzgaba según su comprensión de la justicia en cada caso separado, su conocimiento de las relaciones humanas existentes, su concepción de la conciencia individual y societaria. El juez nombrado para juzgar, el especialista para castigar, *debe* tener un código. Así pues es necesario en consecuencia que haya una máquina legislativa, una organización para fabricar el código, para escojer entre los diversos precedentes y cristalizar en forma de ley aquellos que creerá útil conservar. El gobierno directo, es decir, la nación preguntada sobre la manera de formular el precedente obligatorio (la ley) es evidentemente una quimera en la cual no creen los mismos partidarios del gobierno directo. Es *necesario* el gobierno indirecto, los hombres superiores, los *Uebermensch* (héroes) de Nietzsche, nombrados para *formular* las leyes.

Es necesario asimismo hombres que interpreten las fórmulas de las leyes, la universidad de los legisladores. Y estos hombres convertiranse necesariamente en maníacos del verbo y de la letra; harán pesar sobre la Sociedad todo el peso de las supervivencias heredadas de nuestros antepasados, hombres que nos dirán ¡Atrás! cuando querremos marchar adelante.

Y tendrá que haber el lictor armado de vergajo y de hacha—el poder ejecutivo—la fuerza puesta al servicio del «Derecho» como dicen los apologistas de sus propias virtudes. Y será además necesaria la policía, el espía, el agente provocador y su ayudante la prostituta; será necesario el verdugo; será necesaria la cárcel, el guardian de la prisión, los trabajos forzados y todo lo demás, toda la suciedad que nadie se imagina y que rodea y se extiende como mancha de aceite alrededor de las universidades del crimen, de los cubiles que engendran las tendencias antisociales y en que se convierten fácilmente *todas* las prisiones.

Y tendrá que haber, en fin, el gobierno para vigilar, organizar, graduar el ejército de vigilantes. Y un impuesto formidable para poder mantener esta máquina, una legislación para hacerla funcionar y además jueces, policía y cárceles para hacer respetar la legislación peni enciaria.

El juez trae consigo el Estado y todo aquel que quiera estudiar en la historia el crecimiento de los Estados verá que parte inmensa, fundamental, primordial, ha desempeñado el juez en la constitución del Estado centralizado moderno.

O bien después de haber revolucionado nuestras ideas sobre tantos puntos fundamentales que se creían muy sinceramente constituían la base de toda sociedad (propiedad, misión divina de los reyes, etc.) descenderemos más aún, hasta los mismos cimientos, hasta el orígen de todas las opresiones, llevando la antorcha de nuestra crítica hasta la aplicación de la justicia confiada á una casta especial, hasta el antiguo monton de precedentes que se llama Código, y veremos entonces como el Código, todos los códigos, representan un conjunto de

precedentes, fórmulas tomadas á préstamo á concepciones de servidumbre económica é intelectual, que repugnan en absoluto á las concepciones que hoy se abren paso entre nosotros los socialistas de toda escuela. Son fórmulas cristalizadas, «sobrevivencias» que nuestro pasado esclavo quiere imponernos para impedir nuestro desarrollo. Rechazamos el Código, todos los códigos. Poco nos importa que contengan ciertas afirmaciones de moral cuya idea general compartimos. Desde el momento que imponen *castigos* para afirmarlas, no las queremos, sin hablar de las numerosas afirmaciones serviles que cada código mezcla en su obra de moralización del hombre por medio del látigo. Todo código es una cristalización del pasado escrita para dificultar el desarrollo del porvenir.

Y si continuamos nuestra crítica descubriremos sin duda alguna que todo castigo legal es *una venganza legalizada, que se ha hecho obligatoria,* y nos preguntaremos: ¿es necesaria la venganza? ¿sirve para mantener las costumbres sociables? ¿Impide á la minoría de gentes inclinadas á violarlas que vayan contra las costumbres? Proclamando el *deber de la venganza* ¿no servirá para *mantener* en la sociedad precisamente las costumbres antisociables? Y cuando nos hayamos preguntado si el sistema de castigos legales, con la policía, el falso testimonio, el espía, la educación criminal de la cárcel, el maníaco del código y todo lo demás no servirá acaso para extender en la sociedad oleadas de perversidad intelectual y moral mucho más peligrosas que los actos antisociables de los «criminales,» cuando nos hayamos planteado este problema y buscado la respuesta en el estudio de la actualidad, veremos enseguida que la respuesta no es dudosa, y entonces rechazaremos el sistema de castigos del propio modo que hemos rechazado los códigos.

Emancipados intelectualmente de esta sobrevivencia, la peor que podía sobrevivir, podremos entonces estudiar (sin preocuparnos de lo que hicieron en este sentido la Iglesia y el Estado) cuales medios son más prácticos (dado los hombres y lo que son) para desarrollar en ellos los sentimientos sociables y dificultar el desarrollo de los sentimientos antisociables.

Seguramente todo aquel que haya hecho *este* estudio después de librar su cerebro de la tradición judiciaria no sacará conclusiones favorables para el juez y el sistema penitenciario.

Verá y comprenderá enseguida que el arbitraje por un tercero, escogido por las partes en litigio, sería ampliamente suficiente en la mayoría de casos, que la no intervención de los que presencían un riña cualquiera, ó de un conflicto que se prepara, es simplemente una mala costumbre que hemos adquirido desde que se instauró el juez, la policía, el sacerdote y el Estado, y que la intervención activa de los amigos y de los vecinos podría impedir una inmensa mayoría de conflictos brutales.

Comprenderá también que darse á sí mismo una policía, gendarmes, verdugos, carceleros y jueces únicamente para ejercer la venganza legal sobre esta pequeña minoría de individuos que rompen las costumbres sociables ó se vuelven agresivos, en lugar de velar todos para sí y para los demás para que la agresión no se realize ó reparar el daño causado, que obrar de este modo es tan irracional y antieconómico como dejar á los patronos el cuidado de dirigir la industria en lugar de agruparse con los demás para satisfacer directamente sus necesidades. Si creemos capaz al hombre de poder prescindir un día de los patronos económicos, igualmente podemos creerle capaz de poder prescindir de los patronos en moral, jueces y policía. Es simplemente por el hábito adquirido y por pereza intelectual que aun no hemos llegado á comprender esto. Del mismo modo que los hombres buscarán y hallarán el medio de satisfacer sus necesidades sin patronos, encontrarán tambien los medios (que ya dejamos apuntados) de aumentar la sociabilidad humana y de impedir á los caracteres arrebatados ó antisociables *por naturaleza* (¿existen estos?) que sean un peligro para

la sociedad. La educación, la existencia más ó menos garantizada, el contacto más estrecho entre los hombres y sobre todo la suavización de las penas han obrado ya muchos curiosos cambios en este sentido. ¿Es que nosotros seríamos menos capaces en una sociedad colectivista ó comunista, socialista ó anarquista, de empujar más lejos estos cambios? ¿Es que seríamos en esto inferiores á nuestros actuales gobernantes?

Conclusiones

La venganza societaria organizada, llamada Justicia, es la sobrevivencia de un pasado de servidumbre, desarrollada de una parte por los intereses de las clases privilegiadas y de otra por las ideas del derecho romano y las de venganza divina, que forman la esencia del cristianismo con sus ideas de perdón y su negación de la venganza humana.

La organizción de la venganza societaria conocida con el nombre de Justicia es correlativa en la historia con la fase Estado. Lógicamente son inseparables. El juez implica el Estado centralizado, jacobino, y el Estado implica el juez nombrado especialmente para ejercer la venganza legal sobre los que se hacen culpables de actos antisociales.

Esta institución surgida de un pasado de servidumbre económica, política é intelectual sirve para perpetuarla; sirve para mantener en la sociedad la idea de venganza obligatoria, erigida en virtud; sirve de escuela de pasiones antisociales en las cárceles y vierte en la sociedad un caudal de depravaciones que alrededor de los tribunales y de los presidios se delata por el policía, el verdugo, el espía, el agente provocador, las oficinas de espionaje secreto, y este caudal aumenta todos los días. El mal excede en todo caso al bien que se supone efectúa la justicia con la amenaza del castigo.

Una sociedad que encontrara antieconómica y societariamente perjudicial la presente organización de la vida económica entregada en manos del patrono capitalista, descubriría con toda seguridad que entregar asimismo el desarrollo de los sentimientos sociables á una organización de venganza es también asimismo antieconómico y antilibertaria. Comprendería que el Código no es más que una cristalización, una divinización de costumbres y de concepciones que pertenecen á un pasado que repugna á todos los socialistas, y sabría prescindir de esta institución vengativa, encontrando los medios en el arbitraje voluntario, en los lazos más apretados que surgirían entre todos los ciudadanos y en los poderosos medios educativos de que dispondría una sociedad que no abandonaría el cuidado de su higiene moral á la guardia civil.

Pedro Kropotkin

El trabajo manual para todos considerado como base de la sociedad futura

---

Es necesario para que la Revolución dé, sino su completo resultado, por lo menos resultados apreciables, investigar que causas han impedido darlos á las revoluciones anteriores. Estas causas son múltiples, pero sin detenernos en los detalles, en los errores, en las faltas cometidas en el curso de los sucesos, puede decirse que se resumen todas en una: la evolución de los individuos no estaba suficientemente hecha. En efecto, han marchado siempre sin objetivo determi-

nado, en pos de quimeras, detrás de palabras mal interpretadas, incomprendidas.

Se nos dirá que esto es una verdad de Pero Grullo; es posible, pero en todo caso, es una verdad sobre la cual es conveniente insistir, meditarla y discutirla, pues es el nudo de la situación. La Revolución depende del grado de evolución de los individuos ó por lo menos es indispensable conocer en sus grandes líneas la nueva organización social, saber lo que queremos y á donde vamos.

No tan solo estaba por efectuar la evolución de los individuos cada vez que intentaron emanciparse, sino que hasta los mismos reformadores, los promotores de las revoluciones que se habían formado una idea falsa de la vida desde el punto de vista social no habrían podido, admitiendo que hubiesen sido sinceros y que la Revolución les hubiese dado los medios, intentar una organización susceptible de aportar libertades reales, un bienestar efectivo.

Cuando decimos que la evolución incompleta de los individuos ha hecho que no dieran resultado las revoluciones, no hay que suponer que nosotros consideramos como imposible la emancipación y que hablar de la revolución sería un crimen si todos los individuos no fuesen previamente filósofos, eruditos, capaces de formular sus pensamientos por escrito ó de palabra y poseedores de una moral que es muy difícil de adquirir en esta actual sociedad capitalista. La Revolución puede producirse mañana, pues la siembra está hecha y nadie podrá impedirla, pero debemos obrar en consecuencia.

No creemos sea posible una nueva sociedad con la gente burguesa, con los residuos, con las escorias que bajo diferentes pretextos viven de no hacer nada y cuya mentalidad no puede sufrir una transformación sin que se pongan en práctica los principios que vamos á exponer. Pero fuera de estos elementos diferentes opinamos que puede intentarse plantear una nueva organización con los hombres honrados, morales, que existen en la actual sociedad entre el pueblo, en la clase obrera; solamente que, para intentarlo con probabilidades de éxito es necesario determinar las grandes líneas generales, es indispensable á la vanguardia revolucionaria y al pueblo que se encontrará arrastrado en los sucesos, que las posibilidades de una nueva organización estén claramente expuestas y que sus bases estén claramente definidas. Para esto debemos penetrarnos bien de las faltas y errores del pasado.

Todas las revoluciones han sido preparadas en el espíritu de los individuos de un modo confuso é indeterminado; han sido hechas con simples palabras sobre las cuales los políticos han podido de antemano especular sin peligro dada la facilidad que tienen para interpretarlas á su modo. Con estas simples palabras han escrito muchos libros y pronunciado muchos discursos, edificado sistemas, entusiasmado al pueblo y finalmente, después de cada trastorno, después de la conquista de estas palabras, ninguna modificación aportaron en las condiciones sociales.

Después de los numerosos ejemplos pasados creemos que éste es aun el escollo en que naufragaremos si no vamos con cuidado.

Hagamos observar que si las palabras República, libertad, igualdad, sufragio universal y otras hubiesen representado un principio fijo, inmutable, una teoría sin equívoco posible, una verdad imposible de interpretarla de varios modos, aun cuando el pueblo no hubiese alcanzado el grado de evolución elevado, este pueblo no se habría dejado engañar; pero estas palabras son tan elásticas, se prestan á tantas controversias, que, á cada revolución la burguesía ha podido con toda tranquilidad conservar sus privilegios, mantener la explotación del pueblo sin que éste se diera cuenta del escamoteo.

Los mismos errores se repiten en Francia particularmente desde hace treinta años. Del Imperio hemos pasado al oportunismo, del oportunismo al radicalismo y del radicalismo al socialismo, sin que ninguna de estas fórmulas haya

modificado las condiciones sociales de la sociedad Esto nos enseña que hay un peligro en pararse en las fórmulas vagas y en las simples palabras.

Y lo más triste es que la masa no parece estar cansada de los que explotan tan incansablemente su buena fe, su credulidad, hasta el punto de que si mañana la Revolución se hiciera en nombre, en nombre nada más de uno de los títulos señalados, haríamos exactamente como nuestros antecesores, una revolución de palabras, nada más que de palabras. Esto es lo que conviene evitar á toda costa y el medio para evitarlo estriba en dar y tener definiciones bien exactas.

No es que tengamos la pretensión de explicar el funcionamiento de una nueva organización social, por la simple razón de que nuestras concepciones no son las que tendrán los individuos al día siguiente de las luchas, pues nuestras ideas sufren modificaciones todos los días y cada grupo ó individuo debe tener la libertad de vivir á su modo.

No obstante, puede decirse que esta dificultad de demostrar el funcionamiento de una nueva organización es uno de los puntos débiles de nuestra propaganda. Cada uno de nosotros ha podido observar, en efecto, que chocamos contra grandes obstáculos cuando sobre este particular se nos piden explicaciones, por el hecho de vernos obligados á entrar en consideraciones de orden filosófico, psicológico y otras que son comprendidas de modo muy imperfecto por parte de los que nos escuchan.

Pero si nos es difícil explicar el funcionamiento de la nueva organización en sus detalles, podemos y es necesario determinar muy claramente las grandes líneas de modo que todos los trabajadores las comprendan sin necesidad de ser filósofos, y que los más intrigantes, los más astutos políticos y periodistas, se hallen imposibilitados de interpretarlas de diversos modos. Es necesario, en una palabra, sentar bases sólidas que el pueblo con su buen sentido pueda apreciar y sobre las cuales edificará él mismo más tarde, según su grado de evolución y su mentalidad.

Estas bases son: el trabajo manual para todos.

Como se observará fácilmente esta teoría no es nueva, pero ha sido muy descuidada sin duda á causa de su misma simplicidad.

En filosofía, en sociología y en mecánica el hombre ha marchado de lo compuesto á lo simple; después de haber edificado sistemas más ó menos complicados, después de haber filosofado en regiones más ó menos elevadas, es hora ya de volver á la simplicidad; será el medio más seguro para acercarnos á lo justo y á la verdad.

¿Quiere decir esto que de ahí saldrá enseguida la sociedad armónica, de inteligenciación que deseamos? No tenemos la candidez de creer en una transformación tan rápida; pero tenemos la certeza de que aun sin la experimentación, desde el punto de vista de esta nueva organización, los individuos no correrán el riesgo de perder, durante el período de tanteo, los resultados adquiridos, una vez convencidos de esta verdad que equivale á todo un bagaje filosófico y sociológico y que á falta de erudición es una garantía suficiente para intentar la aplicación de los principios anárquicos. Podrán equivocarse en cuestiones de detalle que será para ellos una enseñanza de la que sabrán sacar provecho sin peligro: lo esencial estriba en que el eterno enemigo no pueda aprovecharse de este período para engañarles nuevamente.

Al decir el trabajo manual para todos conviene precisar para evitar equívocos.

Trabajar manualmente es observar una ley natural á la cual nadie tiene el derecho de sustraerse. Hasta es profundamente penoso tener que discutir esta verdad en nuestra época. En efecto, todos tenemos necesidades que pueden ser desarrolladas en grados diferentes, pero á las cuales nadie puede sustraerse; por consiguiente, es simplemente elemental que cada individuo tiene que contribuir, según sus aptitudes y en la medida de sus medios, á producir lo que es necesa-

rio á su satisfacción. Sustraerse á esta obligación, no importa bajo el pretexto que fuere, es una monstruosidad cuyas consecuencias serían en una nueva sociedad idénticas á las que resultan del régimen actual, aunque estuviésemos guiados por un sentimiento de bondad infinita aceptando una situación semejante.

Además, el trabajo manual es una ley eminentemente moral. Observada esta ley por todos daría por resultado dignificarse en el espíritu de la clase burguesa y aún de la clase obrera que la consideran actualmente una ley envilecedora.

Consideramos este punto muy importante en vista de que desde muy antiguo los compañeros han emitido la idea de que si en la sociedad futura hubiere hombres bastante desprovistos de raciocinio y de honradez que no quisieran trabajar siempre habría bastantes productos para permitirles que no hicieran nada.

Nosotros creemos que entusiasmados por la bondad del ideal, la razón estaba subordinada, en muchos compañeros, á un sentimiento de generosidad mal definido que debe descartarse en absoluto, sentimiento que nada tiene que ver con la verdad, con la justicia y con la moral humana. Siempre habrá peligro en mantener ociosos á unos cuantos seres cuya preocupación constante sería mantener su ociosidad, ociosidad que extendería en torno de ellos la inmoralidad de los vicios inherentes á su ociosidad.

En efecto, el hombre que no trabaja no puede tener ideas sanas, justas; al contrario, el espíritu intranquilo por vivir sin emplear su energía, su inteligencia en un trabajo útil, asaltado por ideas nefastas, busca sin cesar el medio de matar el tiempo y como para buscarlo no se aleja del ambiente corrompido en que vive, como su vanidad le prohibe buscarlo en un ambiente sano, acaba fatalmente por hallar siempre medios impropios, inmorales y criminales.

En fin, lógicamente, el ser bastante desprovisto de sentido moral para aceptar que otros le mantengan en la ociosidad, no puede tener para con ellos respeto ni amistad; los despreciará. Es, por lo tanto, necesario, indispensable, para llegar á transformar el individuo y por consiguiente, la sociedad, que la organización sea de tal modo que los que no trabajen ú ocupen su tiempo en cosas inútiles ó nocivas observen la ley común. Es el único modo de cambiar las concepciones que de la vida se han formado; de desarrollar en ellos los sentimientos de bondad, de justicia, de solidaridad; de transformarlos, en una palabra, en seres capaces de poder vivir en una sociedad basada en la comunidad de intereses.

Tenemos que penetrarnos bien de esta verdad: que el esfuerzo físico para un fin útil, bien entendido, es un antídoto contra la pereza, la vanidad y el egoísmo y que desarrolla sentimientos morales generosos y normaliza las facultades del individuo.

Actualmente es el punto de discordia entre los hombres, dividiéndolos, haciendo del trabajador y del ocioso enemigos irreconciliables, pero mañana será la base de su inteligenciación, destruyendo la vanidad y el orgullo del rico y despertando la conciencia y el respeto de sí mismo en el pueblo; restablecerá el equilibrio, la armonía entre las dos partes de la sociedad.

Dejar á la clase burguesa la facultad de continuar viviendo del trabajo de los demás, es suponer que esta clase es bastante honrada, bastante moral para rendirse á la evidencia y observancia de esta ley natural. Es una equivocación. La burguesía desea ante todo y por encima de todo continuar viviendo en la ociosidad. Dada su educación no puede desear otra cosa.

Es segurísimo que en la lucha incesante entre el pasado y el porvenir el lado más desagradable para la clase burguesa es pensar que algún día puede verse obligada á efectuar un trabajo manual.

En su imaginación considéralo como la peor de las calamidades. Aceptará toda clase de gobiernos, proclamará si es necesario tantos principios inmortales

como se quiera, hasta se llamará anarquista, con tal de que sobreviva á todas las luchas este privilegio de no hacer nada, pues al propio tiempo que este privilegio halaga el sentimiento más poderoso en ella, el de la vanidad, es el corolario de todos los demás sentimientos suyos.

Si Mill ha escrito que «el trabajo encierra, además de la actividad, todas las sensaciones desagradables inherentes á esta función,» si Mill ha escrito estas inepcias, es muy natural que la burguesía, tomada en su conjunto, profese un santo horror á esta función bajo todas las formas que se presente, y muy lógico que no quiera trabajar hasta que un día el pueblo le diga que está cansado de mantenerla y que si quiere vivir que trabaje.

Si hacemos distingos, si admitimos que una clase, que una minoría de individuos pueden vivir sin hacer nada, so pretexto de que el empleo de la maquinaria en grande escala nos permitirá tener gran abundancia de productos, nos asociamos pura y simplemente al mantenimiento de un vicio y de un privilegio contra el cual debemos, al contrario, concentrar todas nuestras fuerzas y energías. No solamente marcharíamos en contra del objeto que nos proponemos, sino que habría un peligro en que una clase de la sociedad poseyera el privilegio de eximirse del trabajo manual para dedicarse á ocupaciones llamadas elevadas, pues la distanciación entre el que trabaja y el que nada hace continuaría subsistiendo y el estado mental del último sería el mismo de siempre, la vanidad y desprecio para con el que trabaja.

Además de todo lo expuesto, y á semejanza de los hijos de los ricos que en la actual sociedad se han hecho oficiales del ejército cuando una ley les ha obligado á ser soldados, los parásitos burgueses se arreglarían de modo que crearían tantas pagodas como fuesen necesarias con el laudable objeto de actuar de sacerdotes y continuar viviendo sin hacer nada.

Nada justifica la teoría de la ociosidad y no podemos admitirla de ningún modo. Al contrario, es seguro que puede efectuarse una transformación—sin la cual no es posible una sociedad nueva—en el espíritu de la burguesía siempre que no dejemos subsistir las causas que ha producido la abyección en que ha caído. Obrar diferentemente sería una inconsecuencia en que no deben caer los anarquistas.

Lo hemos dicho y repetido millares de veces: si queremos hacer desaparecer los efectos suprimamos las causas. No nos apartemos nunca de este principio.

¿Estamos, por otra parte, seguros de que el sabio, el hombre de estudios, el profesor, en favor de los cuales algunos podrían estar tentados de hacer en su favor una escepción, estamos seguros, repetimos, de que no reportarían tanto á la sociedad y á ellos mismos si en lugar de dedicar diez horas á sus estudios, dedicaran cuatro á sus estudios y el resto del tiempo lo ocuparan en un trabajo manual? Sostener lo contrario es demostrar que se ignora lo que es trabajar con las propias manos, es ignorar la influencia moral del esfuerzo físico sobre las facultades del individuo.

Bajo el punto de vista intelectual como bajo el punto de vista manual, todo lo que produce el hombre tiene más valor cuanto menos tiempo ha dedicado á la labor. Puede trabajar ocho y diez horas diarias si es necesario, pero es conveniente que no las emplee en una misma labor, pues sus facultades se embotan, la producción es menor y fatalmente mediocre. Si al contrario, alterna el trabajo manual con el estudio ambos ganan en calidad. No habrá cansancio físico ni intelectual, la producción será excelente y mayor la satisfacción para el individuo.

Esto es una verdad innegable. Nuestros políticos y nuestros sabios podrán decir que no es científica; poco nos importa, pues jamás hicieron la experiencia, y aunque la hicieran serían capaces de negarla. Sabemos lo que vale su actitud ante el que trabaja y sufre.

No solamente consideramos indispensable poner en práctica esta verdad en una nueva organización, sino que es un excelente medio de propaganda. Es un factor capaz de dar á la marcha de las ideas la fuerza necesaria, una orientación nueva y asegurar para la Revolución estas libertades y bienestar de que hablábamos al principio. Al propio tiempo es un argumento y una teoría, toda una filosofía reunida en pocas palabras, contra la cual se estrellarán los charlatanes, los ociosos de la política, de la banca, del ejército y de la iglesia.

Ante esta verdad todas las discusiones sobre las reformas políticas ó sociales se hacen inútiles. Los engañosos discursos, los discursos llenos de promesas quedarán sin efecto. Los políticos, los explotadores se verán obligados á justificar la participación de su vida de mentira y de ociosidades con argumentos de imposible hallar. El enemigo no será ya el reaccionario para unos, para otros el cura, el oficial, el patrono, el rentista, sino que para todos el verdadero enemigo será el ocioso sea cual fuere la etiqueta detrás de la cual se escude: cura, magistrado, explotador, político, rentista, etc.

De este modo la cuestión se simplifica, se hace clara y comprensible para la gran masa. Nada de anticuadas teorías henchidas de metafísica ó de sutilezas filosóficas, cuyas gradaciones y detalles escapan á la escasa comprensión de la gran mayoría de individuos. Un raciocinio bien simple y al alcance de los espíritus menos cultivados.

Si actualmente tropezamos con la dificultad de hacernos comprender, de demostrar la posibilidad de una nueva organización basada en la igualdad social, nuestros compañeros de trabajo comprenderán fácilmente que si todos los individuos trabajaran manualmente no tendrían razón de ser la propiedad privada, la fortuna personal y el salario. Y comprenderán igualmente que el cura, el soldado, el oficial, el rentista, el propietario, el político, el magistrado, el obispo, en una palabra, todos los parásitos, una vez se vean obligados á trabajar para satisfacer sus necesidades, todas las instituciones caerán por su base; el ejército, el clero, el Estado, etc.

Otro aspecto igualmente importante: propagando esta teoría, esta verdad profundamente humana y moral, cesaremos de ser á los ojos de la clase obrera, la de las ciudades como la del campo, un partido que según las leyendas y las mentiras de una prensa innoble, nos consideran unos como un partido político, otros como un partido terrorista, del cual se apartan muchos con temor y se acercan otros temerosos. Se nos consideraría como un partido del trabajo, un partido del porvenir en cuyo seno penetrarían entonces sin vacilaciones todos los trabajadores no contagiados por los embustes de la política, de la prensa, y de esta ciencia imbécil y criminal llamada economía política, que les predica que únicamente queremos poner dificultades á su acción económica, ir en contra de sus intereses.

Los grupos corporativos, las sociedades de oficios comprenderán que, lejos de ser su enemigo, trabajamos, al contrario, con una lógica implacable, en pró de sus mismas reivindicaciones.

Tanto mejor si al perseguir el logro de estas reivindicaciones tenemos en contra nuestra á todos aquellos cuya vida consiste en no hacer nada, en vivir á expensas del trabajo ageno. Así el enemigo arrojará su máscara hipócrita y nos evitará su contacto perjudicial.

Por lo menos la situación será clara y despejada y la Revolución ganará mucho más con ello.

Los dilettantis, los anarquistas de ocasión que, por su interpretación y modo de ver, dan á nuestras teorías un aire especial, se verán obligados á buscar en otra parte individuos á quienes explotar. Todos los que vinieron y vienen á nuestro campo para destacar, especular con la miseria del pueblo, labrarse una popularidad lloriqueando sentimentalidad pero con la idea fija de hacerse un hueco, nos evitarán de este modo su hipócrica colaboración, Porque la anarquía

es también un campo que puede explotarse sin temor y sin comprometerse á nada, y la prueba está en que ciertos individuos que pertenecen á la burguesía y tienen necesidad de salir de ella se han parapetado detrás del título de anarquistas sin que por esto hayan dejado de ser lo que eran antes.

Pero con esta definición de las bases de una nueva organización no hay ya modo de jugar con palabras.

Estará con nosotres, con la Revolución, con el pueblo, todo aquel que consienta en trabajar, y en contra de la Revolución y del pueblo todo aquel ó aquellos individuos que bajo un pretexto más ó menos plausible quieran sustraerse á esta ley simplemente natural.

No habrá en la sociedad sino dos campos: el de los trabajadores y el de los parásitos. Y estamos seguros de que una vez penetrados de esta verdad, todos los discursos, los argumentos y los subterfugios de los farsantes nada valdrán contra el pueblo desengañado.

A. S.

El tolstoismo y el anarquismo

Presentamos al Congreso revolucionario una Memoria sobre el tolstoïsmo porque Tolstoï goza entre ciertos revolucionarios de una muy grande reputación: muchos compañeros encuentran en su propaganda una gran analogía con la nuestra. Procuraremos examinar hasta qué punto es justificada esta opinión.

Por una parte, apreciaremos la influencia que *las teorías* de Tolstoï ejerzan en el pensamiento socialista y revolucionario, y determinaremos si su acción puede ser benéfica ó si, por el contrario, conduce necesariamente á ciertas desviaciones. Por otro lado, veremos también si estas teorías son aplicables en *la práctica* y qué consecuencias resultarían de su aplicación.

En Francia se suele representar á Tolstoï casi como un pensador anarquista. En Inglaterra se constituyen colonias en que los *anarquistas cristianos* tratan de regular su vida según los principios del tolstoïsmo. Lo mismo ocurre en Holanda, donde este movimiento reviste carácter religioso y logra un gran número de adeptos entre los pastores protestantes jóvenes. En Francia no hay tal movimiento de sectas religiosas y se descuida generalmente este aspecto del tolstoïsmo: solo se da importancia á su aspecto crítico, á su negación del estado de cosas existente. Pero raramente se pregunta aquí qué papel ha representado el tolstoïsmo en Rusia, su país de origen. Este papel dista mucho de corresponder á la idea que se forman de Tolstoï los que lo tienen por revolucionario. Por de pronto, el momento en que formuló por primera vez sus teorías, coincidió con aquel en que comenzaba á notarse en las filas de la juventud avanzada cierto descorazonamiento. El movimiento revolucionario, tan intenso en los años precedentes, que condujo á la muerte violenta de Alejandro II (en 13 de marzo de 1881), había hecho germinar en todos la esperanza de un próximo estallido revolucionario, y como esta extensión del movimiento revolucionario no llegó á provocar una verdadera revolución, debía resultar de ahí necesariamente un cierto abatimiento. El movimiento terrorista había gastado tantas fuerzas en tan poco tiempo, que era necesario un nuevo período preparatorio para que pudiese renacer el movimiento revolucionario en todo su antiguo esplendor. Y en este momento en que la inclinación al desaliento era de por sí demasiado grande y en que se empezaba á dudar de los antiguos programas revolucionarios, apareció la propaganda de Tolstoï. Esta propaganda estaba en contradicción completa

con todas las creencias que dominaban hasta entonces en el espíritu de la juventud rusa. Reemplazaba Tolstoï los fines sociales y políticos por el perfeccionamiento individual; la lucha implacable que no retrocedía ante los medios terroristas se convertía en la no resistencia al mal por la violencia. Desesperada del camino seguido hasta entonces, la juventud rusa se lanzó en dirección opuesta. Los jóvenes de la nueva generación (pues los antiguos militantes habían perecido casi todos en la lucha) abandonaban en masa las ciudades y se dirijían al campo á organizar colonias y á ocuparse en su perfeccionamiento moral. Felizmente no pudo predominar mucho tiempo esta tendencia; al cabo de algunos años, los instintos sociales han triunfado en la juventud rusa. No por esto ha dejado de arrastrar esta corriente en una época de desaliento momentáneo, un gran número de jóvenes que en otro caso se habrían consagrado á una acción socialista y revolucionaria. Por otra parte, el mismo Tolstoï se da cuenta mucho más que ciertos revolucionarios de la diferencia que le separa de ellos, aun en la manera de plantear la cuestión. Para él, no solo toda acción revolucionaria es mala por ser violenta, sino que hay error en toda acción que tiene por objeto un cambio social práctico. En sus «Cartas á los liberales» (1), dice: «Para alcanzar los fines que se proponen liberales y revolucionarios, el único medio eficaz es vivir conforme á su conciencia. Esto no significa que podamos empezar á vivir según nuestra conciencia atendiendo á estos fines. Es imposible empezar á vivir así atendiendo á cualquier fin exterior. Solo se puede vivir conforme á su conciencia en virtud de convicciones religiosas claras y sólidas. Y si estas convicciones son establecidas, sus consecuencias en la vida práctica vendrán por sí solas.» Así el fin social es secundario y el perfeccionamiento individual se coloca en primer término, perfeccionamiento que ni siquiera se justifica por el fin que se persiga, y se reduce así á una satisfacción en que entra una buena parte de egoísmo.

A pesar de esto, goza Tolstoï de un gran prestigio entre los partidos extremos. Lo debe sobre todo á su crítica de la sociedad actual, de la Iglesia existente, del Estado, del militarismo; en una palabra, de todos los órganos y de todas las funciones del régimen actual. Hay que añadir su crítica de las clases dominantes y de su parasitismo, y sus simpatías por los trabajadores en general y los del campo en particular. Sus artículos sobre el hambre en Rusia, como sus artículos críticos, los podría firmar cualquier revolucionario y hacen olvidar á menudo, gracias sobre todo al talento del autor, todas las divergencias teóricas que puedan separarnos de él.

Pero no podemos contentarnos con esto. Hemos de examinar si verdaderamente posee un ideal social y cual sea este ideal. ¿Coincide con el nuestro? ¿En qué dirección impulsa la individualidad que pretende educar? Solo después de responder á estas preguntas, podremos deducir si podemos *adherirnos* á las teorías de Tolstoï, si podemos considerarle como *uno de los nuestros* ó sí, sin dejar de reconocer la profundidad de su crítica y de su gran talento, hemos de limitarnos á este reconocimiento y buscar la solución de los problemas en otras concepciones sociales. El origen y la razón de ser de todo su sistema es el problema de la vida, el que Tolstoï con tanta ansia ha buscado solución; esta solución forma la base de su moral individual y social. En el curso del inquieto estudio que hizo de los pesimistas y del examen riguroso á que sometía todos sus actos, no tardó en convencerse con terror de que la vida era esencialmente contradictoria. He aquí en qué consiste la contradicción:

Para todo hombre, vivir es sinónimo de buscar la felicidad, y el hombre solo tiene en cuenta su propia vida y su propia felicidad individual.

(1) *Revue Blanche*, 1899.

Pero todos los días advierte que esta felicidad está intensamente unida á la vida y á la felicidad de todo lo que le rodea.

Así, el hombre atiende solo á la vida individual; sola ella existe para él; pero su conciencia reflexiva le enseña todos los días que los sufrimientos le amenazan y que morirá.

¿Qué felicidad puede proporcionar una existencia que es una muerte lenta?

Tal es la dificultad fundamental que Tolstoï se propuso resolver. Buscó en todas las *ciencias* la definición de la vida y no la encontró. «La ciencia y la filosofía tratan de todo lo que se quiera, salvo de lo que el hombre ha de hacer para ser mejor y vivir mejor» (1).

Abandonando la ciencia y la filosofía, pide la solución á la vida misma; indaga lo que hacen y han hecho los hombres de su mundo. Halla «*cuatro salidas* á esta pavorosa situación en que todos nos encontramos» (2).

Primero, la de la ignorancia: consiste en no saber que la vida es un mal; luego, la de los epicúreos: nos aprovechamos de los bienes que se nos ofrecen. La tercera salida «es la de la fuerza y de la energía,» es el suicidio. «La cuarta es la debilidad, y consiste en seguir arrastrando su vida comprendiendo el mal y la falta de sentido.»

En este último estado se encontraba el alma de Tolstoï cuando advirtió que las gentes no existían por sí solas, que millares de seres han pedido á la *fe* el sentido de la vida. Se vuelve á ella, pero ésta le pide el sacrificio de la razón. No puede acceder, porque la razón es la única base que une todos los seres vivos. Busca una creencia razonable, estudia las *religiones*, se mezcla con los teólogos, y de su comercio saca sólo un «doloroso sentimiento de terror»: los creyentes se conducen peor que los incrédulos.

Tolstoï comienza entonces á «acercarse á los creyentes del pueblo, hombres sencillos é ignorantes, pobres peregrinos, monjes sectarios, labradores» (3). Los sencillos le iluminan; le dan la solución, le enseñan que la contradicción de la vida se resuelve por el *amor*. Todo se aclaró para él.

Así se crea una religión en que la idea de Dios se confunde con la de la vida misma: la religión del amor. Para él es *la doctrina de Cristo restablecida en toda su pureza*. El examen detallado de cómo esta doctrina es interpretada por Tolstoï rebasa los límites de nuestro tema; así es que sólo daremos aquí los cinco mandamientos que para él la resumen: «El primero prohibe la cólera y el desprecio: vive en paz con los otros, no consideres como legítima la cólera contra nadie».—El segundo, aconseja la castidad, condena el adulterio y el divorcio.—El tercero, condena el juramento.—El cuarto, proscribe la violencia. Si te pegan, sufre; si te hacen trabajar, trabaja.—El quinto prohibe la guerra; amarás á tus enemigos y á nadie tendrás por extranjero.

Los preceptos más importantes son, á nuestro entender, el primero (la ley del amor) y el cuarto (la no resistencia). Desde el punto de vista de Tolstoï, son los más importantes, pues en ellos se resume para él la doctrina de Cristo purificada. Están estrechamente unidos entre sí y sólo cuando se ha penetrado el sentido de la *no resistencia* se comprende enteramente el de la ley del amor. «El eje de toda la idea está en las palabras: «no resistas al malo» (4). En ningún punto insiste tanto Tolstoï como en éste: sabe que para nosotros es el más difícil de admitir. Repite y presenta en todas sus formas esta idea que, según él, es esencial. La violencia es mala en principio, porque es contraria al amor: no se puede amar al prójimo y hacerle daño. La violencia es mala en la práctica, porque el

---

(1) *En qué consiste mi fe (Pensamiento* 113).
(2) *Mi confesión*, pág. 116 y siguientes.
(3) *Mi confesión*, pág. 167 y siguientes.
(4) *Mi religión*, págs. 12-15.

mal apetece el mal y no se puede acabar el mal con el mal. Así, nada teme tanto como los conservadores cristianos patriotas que profesan la infalibilidad de la Iglesia y los *revolucionarios-ateos*. Ni unos ni otros quieren renunciar el derecho de resistir con la violencia á lo que tienen por «el mal» (1). Todas las resoluciones son tentativas para romper esta masa (los hombres unidos por el error) por medio de la violencia. Los hombres se figuran que golpeando esta masa se romperá y la atacan; pero al esforzarse por quebrarla, la forjan (2).

La violencia, por otra parte, es contraria á la naturaleza humana; sólo predomina «gracias á la máquina gubernamental y social, cuya tarea consiste en desmenuzar la responsabilidad de los crímenes que se cometen de modo que nadie sienta hasta qué punto son estos actos contrarios á la naturaleza. Unos redactan las leyes, otros las aplican, éstos endurecen los hombres en la disciplina, es decir, en la obediencia irreflexiva y pasiva, y los hombres así endurecidos se hacen instrumentos de toda clase de coerción y matan á sus semejantes sin saber con qué ni con qué motivo» (3).

Esta moral del amor por difícil que parezca es, dice Tolstoï, perfectamente aplicable. Jesús y sus discípulos la practicaron, y es mucho más fácil seguirla que alcanzar la pretendida felicidad mundana que se opone á la existencia cristiana. «Los mártires del mundo son más numerosos que los mártires de la religión. Ni la muerte, ni los sufrimientos pueden alcanzar mi vida, habiendo renunciado á la vida individual y colocado mi felicidad en la vida universal. Moriré como los demás, como los que no observan la doctrina de Jesús. Pero mi vida y mi muerte tendrán un sentido para mí y para todos» (4).

El fin del hombre en la vida es la salud de su alma; para ello ha de vivir en Dios, y, para vivir en Dios, ha de renunciar á todos los goces de la vida: trabajar, humillarse, sufrir y ser caritativos (5).

Entre las reglas que hemos de seguir hay una importante desde este punto de vista, *la ley del trabajo:* se ha de trabajar y abstenerse de explotar el trabajo ajeno. Este último hábito sale al encuentro de la utilidad: satisface las pasiones y nos hacemos sus esclavos hasta el punto de no poder satisfacerlas; al encuentro de la justicia: «es malo beneficiarse para el propio solaz del trabajo de individuos, que por el hecho mismo de su condición no pueden darse la centésima parte de los goces que contribuyen á proporcionar al que les emplea». Desde el punto de vista cristiano, «el hombre que realmente ama á su prójimo, lejos de servirse del trabajo ajeno para su placer, dará antes bien su parte de actividad para contribuir al bienestar de los otros». El hombre ha de trabajar según sus fuerzas físicas, intelectuales y morales. Pero el que alega ser el cerebro para vivir del trabajo ajeno, no hace una división del trabajo, sino una usurpación del trabajo ajeno. El trabajo intelectual no dispensa del trabajo físico. El *trabajo manual* es la condición indispensable de la felicidad humana. Cada cual debe, si puede, asegurarse la vida.

Si el hombre puede practicar libremente la abstinencia y el trabajo, no sucede lo mismo con el amor. Se estrella al querer hacerlo contra un obstáculo exterior: la organización social que consagra la desigualdad y la violencia en medio de la propiedad y de la autoridad, del dinero y del Estado.

¿Qué se ha de hacer para deshacerse de estos obstáculos? La pregunta «¿qué hacer?» la resuelve, según Tolstoï, el hombre que dice: «*para mí* no necesito el Estado; sé que no tengo necesidad de las presentes instituciones gubernamenta-

---

(1) *Mi religión*, pág. 43.
(2) *Mi religión*, pág. 264.
(3) *Mi religión*, pág. 81.
(4) *Mi religión*, pág. 161.
(5) *Mi confesión*, pág. 104.

les, por lo cual no puedo privar á los hombres de mi trabajo para darlo en forma de impuesto para las instituciones; sé que *yo* no tengo necesidad de Administración, ni de tribunales fundados en la violencia; sé que *yo* no necesito atacar á los hombres de las demás naciones, ni matarles; por lo cual no necesito tomar parte en la guerra ni prepararme para ella». El mejoramiento de las condiciones de la vida, el acuerdo entre la realidad y la conciencia, se hará por los esfuerzos personales de individuos aislados y no por una reorganización violenta de la sociedad.»

Cuando se emprende el examen crítico de las teorías de Tolstoï, lo que primero aparece es su hostilidad manifiesta hacia los datos de la ciencia y las soluciones científicas de los diferentes problemas. Cierto es que pretende haber buscado «en todas las ciencias» la contestación á sus preguntas; pero en realidad hay muchos indicios para creer que un gran número de hechos científicamente establecidos y de generalizaciones científicas le son desconocidos. En el mismo escepticismo lo envuelve todo, hasta los descubrimientos de la bacteriología; y en lo concerniente á la vida social en particular, fácilmente se ve que lo ignora todo: las relaciones sociales de su época, la situación de las diferentes clases, las diferentes teorías sociales y los diferentes movimientos. El progreso, dice, es una superstición, y para probarlo le basta que exista todavía la pena de muerte.

En el punto de partida de su sistema, encontramos una idea que le había de llevar á consecuencias erróneas. Como objetivo de sus investigaciones, se propone Tolstoï resolver problemas que en realidad no tienen ninguna solución. Continuamente se pregunta: «¿para qué? ¿y después?»; quiere fundar la vida en un principio superior á la misma, reparar artificialmente el *sentido de la vida,* de la vida inferior.

Nota con razón que la ciencia le muestra el *cómo* de la existencia, sin mostrarle el *por qué.* La filosofía le enseña que nuestras nociones se aplican á lo finito, no á lo infinito; á lo relativo, no á lo absoluto. La ciencia y la filosofía le remiten en último análisis á la vida misma.

Pero Tolstoï no puede dar á su existencia un punto de apoyo en lo absoluto, y de ahí deduce ilegítimamente que no tiene ninguno. «Entonces le será posible negarse por el suicidio», dice. Sí; pero también le será posible afirmarse. Si no podemos sacar de lo absoluto nada que funde la existencia de lo relativo, tampoco podemos sacar nada que funde la necesidad de su no existencia.

Esta investigación, esta duda, han atormentado á Tolstoï durante largo tiempo sin conducirle á una solución. Citemos lo que dice á éste respecto un crítico revolucionario de Tolstoï, Pedro Lavroff: «Este proceso psíquico es muy penoso, lo cual no basta para darle un carácter lógico. Al contrario. La tendencia á hacer la pregunta: ¿para qué? denota en estos casos una repugnancia á la solución lógica de sus problemas. Lógicamente, el problema del fin (ó de la causa final) sólo puede plantearse por los diferentes miembros de una serie de actos del ser que razona y de resultados producidos por estos actos, de manera que el resultado y la causa pertenezcan á una misma serie. En una serie de teoremas que conducen á una conclusión *determinada,* puede preguntarse *para qué sirve* tomar en consideración tal ó cual de estos teoremas. Un hombre que se propone un objetivo *determinado* puede preguntar para qué sirve tal ó cual acto hecho en vista de este objetivo. Un hombre que posee una convicción práctica *determinada* puede hacerse la misma pregunta con respecto á cada acto *relacionado* con esta convicción, cualquiera que sea el contenido de esta última: la idea de una vida de ultratumba, el deseo de una paz universal, la destrucción del orden capitalista ó el deseo de una venganza personal. Pero es ilógico preguntar: «¿para qué vivimos?», mientras no se haya elaborado ninguna convicción; preguntar: «¿por qué deseamos algo?», puesto que los deseos están fuera del dominio sometido á nuestro razonamiento. El que quiera razonar lógicamente

no puede repetir con Tolstoï: «estos problemas son problemas legítimos» y decir que «la ciencia es culpable», porque pretendiendo responder á ellas no responde. Mientras no se ha elaborado una creencia, la pregunta «¿para qué vivimos?» no sólo es ilegítima, sino absurda. Y cuando se ha adquirido una convicción, la ciencia pretende resolver esta cuestión, y la resuelve realmente, ya que permite examinar los medios capaces de conducir al fin indicado por esta convicción. Cada cual puede contestar entonces la pregunta: ¿para qué vive? Esta contestación puede ser muy ruin: para enriquecerse; puede ser muy mística: para la gloria del cielo; puede ser, en fin, la que me permito considerar como moralmente racional: para contribuir al desarrollo de la conciencia y de la solidaridad en el género humano. Pero cualquiera que sea la contestación, la pregunta ulterior: «¿y después?» queda excluída. El hombre que piensa lógicamente se propone *un punto final determinado* hacia el cual se inclina... En todo caso, no mira *más allá de este fin* (1).

Tolstoï no admite esta limitación. Se inclina por completo á salir del dominio de lo que considera como vida inferior, rehusa por completo tomarla como base de la vida superior, porque cree contradictorias estas dos existencias.

Nos parece esto más extraño, porque él mismo ha demostrado que esta vida animal no puede encontrar su satisfacción en sí misma y que las desgracias más sensibles de los hombres nacen de no poseer el sentido de la vida.

Encuentra asimismo que los placeres de la vida animal son demasiado frágiles. Pero el temor de perderlos, ¿no prueba que son buenos? ¿los suprimiremos so pretexto de que tememos verlos desaparecer? Encuentra que estos placeres son demasiado mezquinos y no pueden satisfacer la necesidad perpetua de actividad sentada por el hombre. Pero nada nos veda hacerlos á la vez menos fútiles y más estables por este principio de la simpatía, cuya eficacia ha comprendido Tolstoï también.

Es curioso que el apóstol de este principio, que concilia tan bien el altruísmo y el egoísmo, no haya visto todo su alcance, y no haya descubierto á su luz que, en el fondo, eran idénticas las «cosas que él tenía por contradictorias. Y es que la idea dualista de la religión cristiana ha quedado en el espíritu de Tolstoï, á pesar suyo.

Después de haber rechazado, con razones tan poco serias, un punto de apoyo tan sólido, Tolstoï acepta otro, sin criticarlo bastante: ha visto personas felices porque tenían una fe, y acepta alegremente esta fe.

Acepta esta fe sin razonarla, sin buscar su fundamento real, y toma de ella á la vez mucho bien y mucho mal: la teoría del amor y la de la supresión de la felicidad individual.

Creemos ciertamente con Tolstoï que el individuo sin el amor es un individuo mutilado, que el egoísta existe en un menor grado que el altruísta, y que su vida no es vida. Creemos que el individuo ha de sacrificar, si es prudente, tal ó cual goce particular á lo que es origen de los más grandes placeres suyos; pero creemos también que el amor no tiene ninguna razón de ser si no se hace caso de la felicidad individual.

Si tengo por nada la felicidad del individuo, ¿por qué quiero asegurar por el amor la felicidad de los otros? ¿Por qué haré un trabajo manual en provecho de mis semejantes, si no me parece bueno el bienestar que ha de procurarles mi trabajo? ¿Cómo me impedirá la simpatía romperle la cara á mi vecino, si no tengo por malo el mal físico y quedo indiferente ante la muerte? Tolstoï comete en eso la misma falta que todos los moralistas que se empeñan en ver una antítesis entre el bien y la felicidad. ¿Cómo se explican entonces que el bien tienda siempre á asegurar la mayor felicidad posible? El principio moral puede oponerse á

---

(1) P. Lavroff, los *Viejos problemas.*

tal ó cual goce individual, porque entonces este goce está á su vez en oposición con otro goce más grande.

Dando al amor como objetivo la felicidad, no disminuímos su papel, y le damos una razón de ser. Podremos así practicarlo con discernimiento; Tolstoï, que no se guía en la aspiración á la felicidad, lo aplicará sin crítica. De ahí derivan la mayor parte de sus errores.

El más grave de estos errores particulares es quizás la teoría de la no resistencia al mal por la violencia. «El bien no se engendra por el mal, sino por el bien.»

Creemos con Tolstoï que el mal no produce el bien, que la venganza no repara la desgracia, ni la pena el crimen. La represión es mala, ya que sólo el ejemplo del amor puede conducir al amor. La represión, por el contrario, da el ejemplo de la lucha y legitima en algún modo el principio que quiere anonadar. Hablando de esta idea, Tolstoï llega á una crítica excelente del derecho de juzgar. Nadie tiene derecho á juzgar á su semejante. Aunque conociese los móviles de su acción, no reparará la violencia con otra violencia. Esta crítica del castigo es muy justa, y es verdad que con la violencia no se engendra el amor. Pero hay ciertas violencias que no pueden condenarse desde el punto de vista del amor, pues su objeto es impedir otras violencias que no podrían evitarse de otro modo.

A veces no puedo realizar el bien, y he de escoger entre dos males: hacer ó sufrir una violencia. No veo por qué, desde el punto de vista del amor, ha de ser preferible sufrirla que cometerla.

Si está amenazada la existencia de una persona querida, y para salvarla he de sacrificar al que la amenaza, nada puede impedirme optar por la menor de estas desgracias. Si unos hombres persiguen á otros, si antes que pueda moralizarles y convertirles á la religión del amor ponen en peligro la existencia de otros individuos, tengo derecho á escoger entre la vida de los perseguidores y la de los perseguidos.

No impediréis que la desgracia se cumpla, dirá Tolstoï. Sí, pero en ciertos casos, podremos transformar esta desgracia, hacerla menos penosa.

Obrando así, no creeré hacer una acción profundamente moralizadora, pues yo sé que sólo puede hacerse por la propaganda pacífica de las ideas; pero, entre dos acciones que habían de producirse, favoreceré la menos inmoral.

Tolstoï nos objetaría, sin duda, que la violencia empleada para defendernos produce un efecto desmoralizador. Es verdad; produciría dicho efecto si, como el juez y el patriota, la proclamábamos buena y necesaria; pero, ¿qué hay de inmoral en decir: entre dos males que se me presenten, escojo el menor?

Por lo demás, es muy difícil señalar un límite entre una acción pacífica, una resistencia pasiva y una acción violenta. El paso de una á otra se hace, en muchos casos, insensiblemente. Un propagandista que extiende sus ideas, y se esfuerza en combatir con su propaganda tal tendencia ó institución que le parece nociva, no puede estar seguro de que, en el número de personas convertidas, no habrá algunas que no se limitarán á una propaganda pacífica. ¿Dónde está entonces el límite entre las dos clases de acciones? ¿Tendrá que abstenerse de su propaganda, so pretexto que pueda inducir á alguno á cometer actos violentos? «Todos los argumentos—dice el escritor revolucionario arriba citado (1)—capaces de alejarme de una acción violenta cometida en nombre de mi convicción, se aplican también al libro ó al discurso hecho en nombre de esta convicción. O he de abstenerme de vituperar, ni de pensamiento, lo que me parece un mal, ó tengo el deber de hacer penetrar mi idea en la vida, hasta con ayuda de la revolución.

---

(1) P. Lavroff, los *Viejos problemas*.

Para ser del todo consecuente con la moral de Tolstoï, tendría que tomarse el primer consejo; pero entonces, ¿no se cometería la mayor inmoralidad, dejando que el mal naciese y se desarrollase impunemente? Y esta moral, ¿no sería, al contrario, una causa profunda de desmoralización?

¿Por qué prefiere Tolstoï que el partidario del amor entre los hombres sufra pasivamente la violencia? Parece, al contrario, que, si se había de cometer una violencia, sería preferible que la sufriesen los que la preconizan, por ser menos capaces de someterse á las leyes del amor.

El acto de amor le parece bueno en *sí mismo*, y no quiere pensar en el bien individual; el sufrimiento le parece bueno cuando se acepta en nombre del amor universal, aunque no aproveche á nadie. El amor conducirá, pues, á la infelicidad del individuo. Tal es el absurdo á que llega Tolstoï, por no haber querido dirigir el amor conforme á la aspiración á la felicidad.

Nos dice que no se ha de amar la violencia por sí misma. Hay mucho que aprender en esta crítica del derecho de defensa; desde luego nos enseña que el odio es siempre malo, y que en ningún caso se ha de obedecer á un sentimiento de cólera ó de venganza, ni aun contra los enemigos de lo que es el bien en nuestro sentir. La violencia deberá emplearse con discernimiento, sólo para evitar otra violencia mayor.

Para preparar el reinado del amor, recomienda Tolstoï al individuo que se abstenga de los placeres del cuerpo. Tiene razón al decir que el individuo capaz de hacerlo ha de sacrificar al amor de los hombres placeres inmediatos y materiales. El que no sabe retener sus pasiones, no llegará jamás al estado de perfección necesario para vivir en paz con los demás hombres. Pero en lo que nos parece exagera Tolstoï es en considerar el placer individual y corporal como entera y absolutamente malo, y en creer que nos lleva á suprimir de nuestras exigencias todos los placeres que podríamos suprimir.

Los anarquistas quieren, como Tolstoï, fundar su sociedad en el amor mutuo de los hombres; pero no basan su ideal en la muerte del individuo. Quieren, al contrario, que la sociedad, fundada en el amor, asegure al individuo la mayor felicidad posible, pues sin esto no tendría razón de ser, porque cuentan con individuos completos, y no disminuídos, para construirla.

¿Es cierto que el placer individual, ni aun el físico, sea en los hombres civilizados tan opuesto al sentimiento de simpatía como dice Tolstoï? Guyau sostiene lo contrario: «La más alta intensidad de vida tiene por correlativo necesario su más amplia expansión.» El placer que corresponde á un aumento de la intensidad vital tomará en el hombre civilizado un carácter altruísta. Cuando nos sintamos contentos por la excitación del placer, se despertará en nosotros este sentimiento de la simpatía. Los placeres intelectuales y artísticos, que tienden cada día más á deslizarse en medio de los demás placeres, son evidentemente sociales. No podemos saborearlos solos. Hasta nuestros placeres más elementales, como el de la mesa, nos parecen mejores en la soledad. (Esto parece una errata en el original, pues de lo anterior se deduce lo contrario, esto es, que aun los placeres de la mesa nos parecen mejores en sociedad).

El hombre tal como Tolstoï lo desea, que considerase el placer como un pecado, no sería, probablemente, apto para gozar estos placeres superiores, que, como confiesa Tolstoï, constituyen una especie de comunión entre los hombres. Y en cuanto á los placeres corporales, como los gozaría sin alegría, no despertarían en él las profundas necesidades de simpatías que suscitan en nuestros individuos la mayor parte de las excitaciones. Sería rencoroso y vengativo, porque su vida no podría ser expansiva. Así es, que podría participar menos que nadie en la religión del amor.

Por lo demás, la aspiración á la felicidad individual, ¿no es un lazo que une á los hombres? Si les ha separado, y á veces les separa todavía, es porque eran ignorantes é insensatos. ¿Han comenzado á asociarse los hombres para escapar

á la felicidad individual, á los placeres del espíritu y á los placeres del cuerpo? El hombre se alía con su vecino porque él solo apenas puede conservar su vida, lejos de poder embellecerla con todos los placeres posibles. Y el trabajo común crea el bienestar común, y el bienestar común es un lazo de unión entre los hombres, lazo que se estrecha de día en día y tiende á obligarles á que cesen en sus luchas y á que se unan en el amor universal que predica Tolstoi.

Tolstoi da, con razón, una gran importancia al trabajo manual. Lo considera como indispensable á la salud del individuo y al buen estado de la sociedad, en lo cual somos de su opinión. Pero el Evangelio ha dicho: «Bienaventurados los pobres de espíritu», y Tolstoi es hostil al trabajo intelectual.

Creemos que es injusto y malo que una parte de individuos se dediquen exclusivamente al trabajo intelectual, mientras que la otra se dedica al trabajo manual; pero creemos que exagera cuando niega todo valor al trabajo del espíritu. Su amor á los imbéciles se encuentra en todas sus obras; lo que tiene por ellos no es piedad, sino admiración. Después de habernos presentado, como ideal de la vida, su vida sin felicidad, he ahí que nos ofrece el idiota como ideal del individuo.

Pero la crítica sería injusta si no añadiéramos algo más. Tolstoi no vitupera el trabajo intelectual, aunque desconfía mucho de él, con la condición de que lo preceda la religión del amor. Pero cree que, para comprender y poseer bien esta religión, es preciso ponerse en el estado propio del niño y del pobre de espíritu. La cultura intelectual nos aleja del amor, en vez de acercarnos á él.

Aquí, como más arriba, vemos que Tolstoi quiere llegar al amor por la disminución del individuo; pero la contradicción resalta aquí más que en parte alguna.

La razón le ha llevado á buscar el sentido de la vida; rechaza la vida animal en nombre de la vida intelectual, guiado manifiestamente por la inteligencia, y he aquí que ahora reniega de ella.

Después de declarar que la vida del cuerpo es mala, se burla de los que trabajan con la cabeza (1). ¿Cómo no ve que el hombre inteligente más que otro alguno ha de ver los efectos funestos de la lucha? Su error es tan grande como el que quiere combatir.

El hombre, para ser completo, necesita el trabajo físico y el trabajo intelectual.

Según se ve, Tolstoi está bastante lejos de nosotros.

No busca la sociedad más feliz posible, sino la que mejor responde á los preceptos de Cristo. Pero como Cristo vivió en épocas bastante remotas, y Tolstoi ha conservado su ideal social, la solución que adopta puede ser buena para épocas pasadas, pero no para la nuestra. Creemos que la división del trabajo es útil, y que las máquinas tienen un gran porvenir social. Tolstoi es enemigo de todo esto; quiere volvernos á la vida de los campos, á las sociedades de pastores en que todos los individuos hacían la misma labor; si, como las viejas del campo, creyese Tolstoi en el diablo, le atribuiría el desarrollo de la civilización.

Esta sociedad amorfa que pide Tolstoi es actualmente irrealizable. Como dice M. Gide: Tolstoi pide una cosa imposible, tan imposible como volverse niño.

Por otra parte, ¿dificultan la marcha de los principios comunistas la división del trabajo y las otras ventajas de civilización? Como Grave hace notar muy bien, todas estas cosas, que ahora sirven para la mutua explotación de los hombres, formarán más tarde estrechos lazos entre ellos. En una sociedad libre en que exista la división del trabajo, el hombre buscará á su semejante por interés propio. El trabajo aislado se hace cada día más improductivo, en comparación con el trabajo en común; acabará por desaparecer en absoluto, y el hombre no

---

(1) *Juan el imbécil.*

podrá prescindir del hombre. Así podrá fundarse una sociedad comunista, no por una regresión al pasado, sino por un progreso sobre el presente.

Tolstoi quiere formar la sociedad sin autoridad ni ley. Considera los principios de obligación y de sanción como derivados del principio de lucha. Quiere suprimir la lucha por el amor. En todo esto coincidimos; pero le combatimos cuando cree alcanzar este fin por la disminución del individuo. Como hemos visto en todo lo que precede, quiere formar resignados, pobres de espíritu, sufridos; creemos, al contrario, que, para realizar la sociedad ideal, es preciso fortificar los individuos y formar hombres fuertes, inteligentes y felices. Creemos con el que, si comprende el verdadero bien, debe tender el individuo á la paz con los ojos; pero creemos que al hacerlo no se suprime.

Tolstoi quiere acercarse á Schopenhauer. Para éste la voluntad, una vez consciente, se suicida por amor. Nosotros nos acercamos más bien á Guyau, cuando dice que la vida, una vez consciente, se intensifica por el amor.

El individuo se expone siempre por su felicidad ó por la de los otros, que fácilmente puede reducirse á la suya. El hombre, en sus mayores aficiones, afirma la alegría de vivir. Una sociedad sin obligación ni sanción puede nacer del altruísmo, del amor, que es una expansión, y no una mutilación del individuo.

En todo encontramos el error principal del tolstoísmo: la separación artificial, introducida entre la vida superior y la vida inferior, que Tolstoi llama también la vida racional ó la vida irracional. Si hubiese notado que ni la vida racional es desinteresada por completo, ni la vida animal es egoísta del todo, hubiera visto, quizás, el absurdo de esta solución de continuidad que introduce en el seno de la naturaleza humana.

Hemos insistido en las páginas precedentes en mostrar lo que separa á Tolstoi de los anarquistas, convencidos de que las relaciones entre el tolstoísmo y el anarquismo son suficientemente visibles por sí mismas. No obstante, quizás sería útil indicar el precioso concurso que la lectura de las obras de Tolstoi puede prestar á la propaganda anárquico-comunista.

Desde luego Tolstoi será muy útil contra aquellos reaccionarios que fundan sus convicciones en la moral cristiana, ó que se tienen por tal (pues Tolstoi les niega este título). Pone admirablemente de manifiesto las contradicciones de esta moral. Mejor que nadie puede hacer reflexionar á los creyentes (si los creyentes pueden reflexionar) acerca de la legitimidad de nuestras instituciones, del servicio militar, de la justicia, del Estado, hasta de la Iglesia, y quizás, si fuese posible, sobre lo que hay de infantil en los dogmas de la religión y de contradictorio con la moral del amor.

Será también muy útil contra los que, emancipados de los principios religiosos, defienden el actual estado de cosas en nombre de la lucha por la existencia y de la razón del más fuerte. Les mostrará, con una evidencia capaz de desconcertar á los más endurecidos, que el individuo egoísta no existe realmente; que su vida, en oposición con la de todo el universo, no tiene ninguna significación; que es un ser incompleto, condenado á no sentir alegría jamás; que, sin el socorro de los hombres, no puede ser dichoso; que, sin el amor, no puede ser hombre. Aun entre los revolucionarios hay una categoría de personas, que se llaman *individualistas*, que proclaman la excelencia del estado natural, odian la sociedad, y viven en la admiración del individuo solitario. Creen con los peores reaccionarios que anarquía quiere decir desorden, mientras que nosotros creemos que la anarquía necesita el orden en el trabajo y en la paz. A éstos se aplica lo que acabamos de decir. Pero, además, podrá demostrar Tolstoi que, por el amor, y no por el egoísmo, por la solidaridad y estimación recíproca, y no por el aislamiento y el desdén, es posible fundar una sociedad sin rivalidades y sin luchas, y, por consiguiente, sin autoridad ni ley coercitiva. Les patentizará que sus principios no conducen á la sociedad libre que nosotros deseamos, sino á las sociedades bárbaras y autoritarias de los tiempos pasados.

Hay una clase de socialistas que, pretendiendo falsamente apoyarse en las teorías de Marx, y en virtud de lo que llaman «el materialismo histórico», confunden el determinismo, que emana de la evolución de la sociedad, con el fatalismo de las transformaciones de sus condiciones exteriores. Sólo quieren ver la evolución del capital; nunca la de las ideas. Se admirarían mucho si se les hablara de la necesidad de una moral socialista. Así, á pesar suyo, viven muy á menudo con los principios de la moral burguesa. A esos puede enseñarles Tolstoi que el factor moral del progreso social es tan importante como el factor económico; que si no supiésemos formar sus individuos, no tendríamos nunca la sociedad ideal, y el capital evolucionaría en vano. Les enseñará, en fin, que es preciso ocuparse del momento presente, que es preciso, desde ahora y en la medida de lo posible, vivir según nuestras ideas.

Insiste así constantemente en la necesidad de formarse convicciones y de arreglar á ellas su vida personal, y aunque su ideal social no sea el nuestro (ó, mejor dicho, aunque carezca de ideal social determinado) este elemento de su doctrina nos ha de inspirar una gran simpatía.

En resumen: creemos que la propaganda de Tolstoi tiene una utilidad teórica indiscutible, sobre todo cuando ataca con vigor el militarismo y el Estado.

Pero presenta, á nuestro entender, grandes peligros. Tolstoi, que no tiene ideal social, que no preconiza medio alguno de mejorar el estado actual, apartará, sin duda, los espíritus del movimiento social y de todo lo que constituye el socialismo.

En el perfeccionamiento del individuo ve el objetivo final. Y nosotros entendemos se obtiene el perfeccionamiento tomando parte, sobre todo, en el movimiento, mejor que dedicándose únicamente á cultivar su propia moralidad y haciendo obra individual de asceta.

Tolstoi, que critica con tanta aspereza y vigor los prejuicios y las instituciones, hace una propaganda que aleja del socialismo, que aleja de la revolución. Es, quizás, un excelente cristiano de la Iglesia primitiva; es, ciertamente, un gran escritor y pensador; pero en ningún caso es un anarquista comunista y revolucionario.

ESTUDIANTES SOCIALISTAS REVOLUCIONARIOS
INTERNACIONALISTAS DE PARÍS

DE LA ORGANIZACIÓN

Memoria

SOBRE LA NECESIDAD DE ESTABLECER UNA INTELIGENCIA DURABLE ENTRE LOS GRUPOS ANARQUISTAS Y COMUNISTAS REVOLUCIONARIOS

Antes de abordar este trabajo que tiene por objeto demostrar la necesidad de una inteligencia y de una unión entre las fuerzas revolucionarias, declaramos que no es nuestra aspiración especie alguna de organización centralizada ni género alguno de autoridad administrativa. Nosotros queremos únicamente convencer á los compañeros de la necesidad de fundar una unión en la que los grupos no abandonen nada de su autonomía ni se vean obligados á cambiar en lo más mínimo su organización interior. Que los grupos tengan ó no cierta organización administrativa; que el lazo de unión de sus miembros sea amplio ó estrecho; que los grupos se atengan ó no, á un cierto programa de acción ó á una determinada declaración de principios, ello importa poco al objeto que nos hemos propuesto.

Lo que hace falta, según nuestra opinión, es conocernos, tener á nuestra disposición las direcciones los unos de los otros; es poder comunicarnos y reunirnos más facilmente que lo es hoy. Se trata, pues, de fundar algo que podemos llamar, si se quiere, Oficina de correspondencia ó que se le dará otro nombre cualquiera pero que sirva, en razón del aumento constante de la correspondencia, para que los compañeros se comuniquen más fácilmente que en la actualidad.

Pero, se nos dirá, para establecer esa inteligencia, por libre que sea, se necesita así mismo fundarla en una base cualquiera. No lo negamos en modo alguno, tanto más cuando no pensamos poner en tela de juicio si fué necesario apoyarse en una base común para constituir el grupo que se ocupó de la organización del Congreso obrero revolucionario. Pero creemos que esta base, el lazo que nos une, es fácil de hallar: se encuentra en nuestras ideas, en nuestros mismos principios.

En efecto: para todos nosotros, el fin es establecer una sociedad comunista basada en la comunidad de bienes; todos tendemos á la abolición de la propiedad privada. Además queremos garantizar en esa sociedad la mayor libertad posible al individuo. Y para lograrlo, nos parece el único medio eficaz la revolución social y su preparación.

Los tres puntos son comunes á todos y bastan para establecer entre nosotros una inteligencia, cualquiera que sean las divergencias de detalle.

Los compañeros comprenderán fácilmente, así lo esperamos, las razones que nos obligan á querer entendernos y unirnos á pesar de todas las dificultades

prácticas y de las objeciones teóricas que puedan oponerse. Los acontecimientos de estos últimos años en Francia como en los demás países, han demostrado que los revolucionarios andaban dispersos, que sus fuerzas estaban diseminadas frente las fuerzas de la reacción. En estos últimos tiempos de lucha aguda contra la reacción, nada hemos podido intentar seriamente; en los momentos críticos llegamos á vernos obligados á servirnos de los periódicos burgueses para convocar á los compañeros. Fuímos, así mismo, forzosos testigos de ciertos movimientos revolucionarios. Tanto fué así que algunos anarquistas, invitados por la prensa burguesa, acudían á aclamar al presidente de la República y á tomar parte en manifestaciones en que figuraban menos como revolucionarios conscientes que como hombres más ó menos valerosos, resueltos, á quienes los demás partidos apelaban cuando los republicanos pacíficos tenían que correr demasiado peligro. Si los revolucionarios de Francia, y en particular los de París, hubieran estado más unidos entre sí; si hubieran tenido posibilidad de entenderse más fácilmente, muchos errores hubieran podido ser evitados y hubiera habido por lo menos la posibilidad de discutir antes de obrar. En otros países, las pequeñas querellas entre compañeros, la falta de unión entre los grupos locales que apenas se conocen, ha dado por resultado la decadencia completa á lo menos por el momento.

Otra cuestión importante es, á nuestro parecer, la de los periódicos. Actualmente los periódicos de propaganda dependen exclusivamente de los que disponen de ellos y sus relaciones con los grupos son de hecho accidentales. De aquí resultan muchos inconvenientes. Por eso ocurre que cuando el compañero que tiene un periódico á su disposición, se vé obligado á partir, á abandonar el movimiento, ó simplemente tiene necesidad de ocuparse de otra cosa, el periódico desaparece con él y la propaganda pierde así uno de sus instrumentos. Sería, no obstante, fácil de remediar este mal si en casos semejantes pudiese el periódico pasar inmediatamente á manos de otra persona ó de otro grupo. Se nos objetará que hay una dificultad material; la falta de medios. Esto es verdad; mas si los periódicos no fuesen considerados como propiedad de tal ó cual persona, simpática ó no, á muchos camaradas; sino como la propiedad de todos los grupos, de todos los compañeros en general, se harían mayores esfuerzos por sostenerlo y no se le abandonaría al cuidado de los únicos amigos que lo dirigen. No sucedería, como ha sucedido, que se abandona un periódico porque se tropieza con individuos poco simpáticos ó porque parece dirigido de una manera poco interesante.

Al mismo tiempo que los periódicos obtendrían alguna ventaja, los grupos se beneficiarían igualmente con esta unión. ¿Qué pueden hacer actualmente los grupos cuando no les parece que un periódico sirve los intereses de la propaganda ó cuando el periódico se hace demasiado exclusivamente órgano de una personalidad? Frente á los redactores de esos periódicos ó revistas, nuestros grupos son tan impotentes como frente á la prensa burgesa. Si el compañero que dispone de un periódico no quiere tener en cuenta las opiniones de los grupos sobre una cuestión cualquiera, no tiene más que cerrar su publicación á todos los asuntos que no le plazca discutir. En ciertas épocas y con relación á ciertas cuestiones serias, es de cualquier modo deseable y útil reunir los compañeros dispersos de una ciudad, de un país y aun de muchos países á fin de conocer su opinión. Pero ¿qué hacer si esta opinión no tiene la posibilidad de hacerse conocer?

Se nos dirá, tal vez, que esto es querer coartar la libertad individual de los redactores de los periódicos ó de las revistas. Adviértase que aquí no hacemos más que defender también una libertad individual, la de los que componen los grupos y que no tienen el privilegio de disponer de un periódico. Nosotros creemos que tienen enteramente el derecho de ver expuesta su opinión y discutir si tal ó cual publicación merece ser sostenida por ellos.

Si hemos hecho las anteriores consideraciones es porque ya nos ha sucedido á nosotros, los revolucionarios de París, que quisimos exponer nuestras opiniones (durante el asunto Dreyfus, por ejemplo) y no pudimos hallar un órgano donde hacerlo, del mismo modo que tuvimos que deplorar la falta de unión y de inteligencia entre nosotros.

En los demás países, por otro parte, la situación es poco diferente de la nuestra. Sabemos, por ejemplo, que el periódico *Freedom*, editado por un grupo de compañeros ingleses, no puede subsistir sino con grandes dificultades. ¿A qué se debe esto? Sobre todo á que la carga es demasiado pesada para el pequeño grupo que la soporta. En cambio si todos los grupos anarquistas y comunistas revolucionarios de lengua inglesa se conociesen habrían podido, sin dificultad, editar regularmente una publicación de esta especie.

Pero esto no es todo. Ya hemos dicho cuán importante es para nosotros el poder reunirnos en ciertos períodos críticos para entendernos acerca de las manifestaciones revolucionarias posibles. Y para esto es necesario no depender de una prensa burguesa socialista ó demócrata-socialista á medias, que quiera tal vez publicar nuestras convocatorias, pues los semanarios anarquistas no bastan siempre.

Lo que nosotros queremos, en una palabra, es algo que nos permita ponernos en relaciones unos con otros, entre los barrios de una gran ciudad, como París, entre los diferentes municipios de un país y, así mismo, entre los compañeros de diferentes países *todas las veces que podamos tener necesidad de relacionarnos*. Que se le llame «inteligencia», «alianza», «unión», «federación» ú «oficina de correspondencia», el nombre nos importa poco.

«Pero eso será siempre el comienzo de una organización—se nos dirá quizás—y esa organización podrá más tarde convertirse en una centralización.» No lo creemos, compañeros, porque estamos seguros que nuestros principios libertarios impedirán siempre que se caiga en la centralización, en un poder por el cual todos tenemos la misma repugnancia. Creemos, por el contrario, que entre el acuerdo libre que proponemos y una organización centralizada no hay nada de común, pues la una es la antítesis de la otra.

Nosotros deseamos que aparte la discusión de las cuestiones teóricas, este Congreso haga un trabajo práctico, que no nos limitemos á discutir sino que obremos también. No tenemos más que raramente ocasión de reunirnos y de poder conversar juntos de los intereses de nuestro movimiento.

Como conclusión á todas las consideraciones expuestas, proponemos, pues, que cuantos comparten nuestras opiniones respecto á este asunto, se reunan después de las deliberaciones del Congreso para departir sobre la posibilidad de un acuerdo ó inteligencia inmediata y sobre la forma que puede adoptarse. En lo que nos concierne propondremos desde luego que los grupos de París que tomaron la iniciativa de convocar el Congreso obrero internacional revolucionario, permanezcan unidos y continúen manteniendo las relaciones ya creadas, por medio de reuniones, correspondencia ó de cualquier otro modo. Sería conveniente que se pusieran enseguida en relación con aquellos grupos de provincias que comparten nuestras opiniones respecto á esta materia y que mantengan con ellos correspondencia permanente. En fin, si la misma idea se propaga en los demás países, se podrá crear relaciones regulares entre los grupos y los compañeros de otras naciones.

Si logramos hacer dar un paso hacia adelante á esta idea (la alianza internacional de todas las fuerzas revolucionarias) estimamos que el Congreso habrá realizado una gran obra práctica.

Repetimos una vez más que esta alianza nos es enteramente necesaria para poder, de una parte, luchar contra las fuerzas reaccionarias, y de otra, reobrar contra la tendencia cada vez más reformista de la democracia social.

Una palabra todavía para disipar toda mala inteligencia posible. Los compa-

ñeros habrán comprendido bien, así lo esperamos, nuestro pensamiento: nuestro proyecto de acuerdo no se dirige más que á los que son partidarios de él sin pretender de ningún modo obligar á aquellos de entre nosotros que son adversarios de todo acuerdo durable entre los grupos. No deseamos más que hacernos cargo de la crítica de nuestros argumentos y si al fin persistimos en nuestra primera idea, si algunos grupos, algunos camaradas nos siguen, creemos que ello no estorbará en nada á los compañeros que sean de opinión contraria y esperamos que no se esforzarán en poner obstáculos á nuestro proyecto.

CHRISTIAN CORNÉLISSEN

Organización, Iniciativa, Cohesión

Si hay alguna cosa verdaderamente difícil es, de seguro, hacer que penetre en el cerebro de las gentes el espíritu de lógica y de ponderación que permite examinar, en sus diversos aspectos, toda cuestión discutida, con bastante altura de vista, y desembarazarse de cualquier particularismo estrecho á la vez que abarcar el asunto en toda su complegidad y con todas sus contingencias y relaciones con otros asuntos.

Por esta razón como hasta aquí se ha tratado siempre de alistar, disciplinar y guiar á los individuos por medio de sistemas gerárquicos y centralizadores, *decorados* con el nombre de organización, así hemos visto, entre los anarquistas, compañeros que afirman que, puesto que no quieren nada de autoridad, no quieren nada de organización.

No hay por qué entretenerse á examinar las afirmaciones de los que, bajo el pretexto de aparecer más lógicos ó más revolucionarios que quien quiera que sea, llevan sus razonamientos hasta el absurdo, ó que, poseedores de un razonamiento demasiado rudimentario, no advierten la complegidad de las relaciones de causa á efecto, no ven jamás una cuestión más que bajo un sólo aspecto y nos dicen que su individualismo no le permite asociarse para lo sucesivo por medio de promesas, cuando, sin embargo, se asocian con otros afirmando no tener otra guía que su voluntad ó su capricho. No se discute lo absurdo.

Otros más razonables, entienden que en la mayor parte de los casos es beneficioso asociar sus esfuerzos á los de otros compañeros para obtener mayor suma de resultados; que no hay asociación posible si no es á condición de ponerse de acuerdo préviamente con sus coasociados para determinar bien la acción común tanto como la acción de cada uno y para obtener una buena coordinación de los esfuerzos asociados. Solamente, dicen, que esto no es organización, sino «libre acuerdo».

Acuerdo libre ú organización, en resumen, sería poco importante si la confusión no diera lugar á murmuraciones y provocase polémicas sobre palabras entre gentes que en el fondo están de acuerdo, permitiendo así mismo á nuestros enemigos aprovecharse de la confusión para presentarnos como gritadores que no saben lo que quieren.

⁂

Pero la falta de inteligencia sobre la cuestión no consiste precisamente en eso, lo que prueba cuán difícil es colocarse en el punto de vista justo. Comprendiendo que de la diseminación de los elementos anarquistas resulta una pérdida de fuerzas, otros compañeros han querido reaccionar contra ese individualismo

exagerado tratando de reunir los esfuerzos y proclamándose defensores de la organización, á cuyo objeto presentaban en todo momento propicio sistemas de federación que no tenían más que un defecto: el de estar calcados en los sistemas centralizadores y autoritarios y no asegurando la coordinación de los esfuerzos más que en detrimento del espíritu de iniciativa.

Así vemos al grupo de Estudiantes Socialistas Revolucionarios Internacionales presentar el famoso proyecto de «Oficina de correspondencia» que ha sido propuesto tan frecuentemente á los anarquistas sin poder jamás aclimatarse entre nosotros.

Bien entendido que en el espíritu de los camaradas que nos la proponen hoy, como en el de los que la propusieron otras veces, la «Oficina de correspondencia» no debe tener autoridad alguna conservando los grupos adheridos su autonomía y reduciéndose la misión de la Oficina á servir de intermediaria y nada más.

Tal es la teoría; pero es necesario ver lo que sucede en la práctica.

***

¿De qué se trata? De que los anarquistas carecen de cohesión, que disparan un poco al azar, sin lazo de unión de ninguna clase, y pierden así parte de su fuerza, falta de solidez para dar á la acción más eficacia.

Es verdad que muy frecuentemente los grupos y los individuos han luchado cada uno por su parte sin tratar de coordinar su acción con la de aquellos que luchaban á su lado. Es también verdad que los anarquistas carecen en apariencia de cohesión y que en más de una circunstancia es embarazoso hallar á los compañeros cuando se tiene necesidad de ello.

Pero yo no creo que eso sea un mal tan grande. Es método de los partidos autoritarios el de decretar el acuerdo, la federación, creando organismos y agrupaciones que tienen por objeto asegurar la unión y la unidad de objeto. Combatiendo los anarquistas este modo de proceder, es natural que hayan empezado á luchar cada uno por su lado, no pudiendo derivarse el acuerdo y la unión más que de la comunidad del fin ó de la acción.

Son los grupos mismos, los que aliándose poco á poco entre sí, deben crear la federación anarquista y no por que se haya decidido crear una agrupación encargada de organizarla.

Por otra parte no es del todo exacto que no haya acuerdo, que no haya relaciones entre grupos anarquistas. Estas relaciones existen tanto entre los grupos como entre los individuos, solo que carecen de aparato. Y para muchos, el aparato es todo.

Mas esas relaciones carecen también de coordinación, de continuidad y de generalización. Y es precisamente por esta generalización, por esta continuidad, por esta coordinación, por lo que debemos trabajar.

Otros compañeros van todavía mucho más lejos: como la propaganda no ha tomado el sesgo que ellos habían creído poder imprimirle, algunos, nuevos Jeremías, andan por ahí llorando la desaparición del movimiento anarquista, clamando porque ha muerto la propaganda, porque la propaganda ya no existe!

Estos compañeros se han olvidado únicamente de observar á su alrededor y de examinar los hechos.

¡Tan poca cuenta se dan de lo lentamente que progresan las ideas, que se prometen hacer surgir de su propaganda el rayo que ilumine el mundo!

No han faltado rayos, pero el mundo no se ha iluminado.

Quisieran elaborar de antemano un programa al rededor del que las masas se agrupasen; quisieran trazar la ruta por la que se marchase á la conquista del ideal; y la evolución de la idea debería tomar así la dirección que sus esfuerzos le imprimiesen.

Y la propaganda se hace delante de ellos, detrás de ellos; á derecha, á izquierda, de frente y de través. Esto no es lo que se habían imaginado y, por consecuencia, piensan que no se hace nada.

Si observaran á su rededor, estos camaradas verían el trabajo de desorganización, lento pero seguro, que se verifica en el estado social; verían surgir la idea de todas partes, en ciencias, en artes, en literatura, en todas las ramas de la actividad humana.

Puede ser que el número de individuos que haya comprendido la idea anarquista en toda su amplitud, aceptándola con todas sus consecuencias, progrese lentamente: pero no hay á la hora presente un solo individuo reflexivo que no acepte la legitimidad de algunas de nuestras reivindicaciones.

Cierto que éste no es el soñado portillo; pero sí son los resquicios todavía pequeños, pero que se irán agrandando hasta que ocasionen la ruina total del edificio.

Sin nuestros veinte años de propaganda antimilitarista y de negación de la autoridad ¿hubiera el asunto Dreyfus adquirido la amplitud que adquirió seduciendo á todos los que en él se mezclaron, quienes quiera que fuesen? Nosotros hicimos entonces una obra de demolición para la que no hubieran bastado otros veinte años de propaganda.

Es necesario examinar los sucesos de un modo más ámplio y penetrarse bien de esta idea: que los sucesos, la evolución misma por la que trabajamos, no tomarán la dirección que creemos poder imprimirles. Su complejidad es demasiado basta para satisfacerse con las pequeñas canalizaciones en que nosotros quisiéramos encauzarlos; nuestra vista demasiado corta para poderlos juzgar en su conjunto y apreciarlos en su propio valor.

Es absolutamente necesario formarse una idea neta de lo que se quiere y obrar en este sentido. Pero los sucesos dirigen más á los hombres que éstos influyen sobre aquéllos. Y porque la cosa no marche según nuestros deseos, no será bastante para que concluyamos negando lo que se hace. Tal vez la transformación deseada se operará como menos se piense.

Luchemos contra los obstáculos que se nos oponen pero no tengamos la pretensión de creer que el mundo permanece inmóvil porque no podemos nosotros dirigir su marcha.

No hay más que echar una ojeada á los progresos hechos por la idea desde el día en que, hace veinte años, se afirmó en Francia la Anarquía en el *Congreso del Centro,* para ver que, por indisciplinados y fraccionarios que hayan sido los esfuerzos hechos, la evolución de las ideas ha progresado enormente si se la compara al progreso de otras ideas, y que, dados los pocos medios de que disponen los anarquistas, la pobreza de la mayor parte, han hecho sin embargo una suma de esfuerzos que no han obtenido otros partidos que disponen de más medios y de más dinero.

***

Si los anarquistas hubiesen estado centralizados ó federalizados á los fines de la propaganda, hubieran perdido en iniciati a y en autonomía lo que hubieran podido ganar en unidad. Y por otra parte, lógicos consigo mismos, al acabar de sacudir las trabas de los partidos revolucionarios autoritarios, hacían aprendizaje de su libertad no tomando consejo más que de su iniciativa propia.

Es necesario hacer aquí una reserva reconociendo que este espíritu de iniciativa no fué más que de la exclusiva de un número demasiado pequeño de individuos que llegaron á arrastrar con su acción á los que les rodeaban; acción que se anulaba, pues, por una causa ó por otra, estas individualidades acababan por desaparecer.

Por esto hemos visto formarse tantos grupos que desaparecían enseguida después de una iniciativa más ó menos breve, más ó menos larga.

Pero ¿se cree que se suscitará esa iniciativa porque se dé á un grupo el encargo de organizarla? Si los individuos no están penetrados de la idea de que tal cosa debe hacerse y que si para hacerla es necesario agrupar cinco, diez, cincuenta, cien individuos precisa poner manos á la obra de seguida y no parar hasta haber conseguido reunirlos, ¿se cree que será una «Oficina de correspondencia» la que meterá tal opinión en la cabeza de las gentes? ¿Se suscitarán, acaso, las iniciativas que faltan creando un grupo más? Si los anarquistas no han sabido hasta aquí unirse y crear entre ellos un lazo de sólidas relaciones, no será de ningún modo porque hasta ahora no hayan sentido su necesidad ó que habiéndola sentido, les faltase la convicción necesaria para obrar en este sentido.

La famosa «Oficina de correspondencia» no es una innovación. Se intentó crearla á raíz del congreso que los anarquistas tuvieron en Londres el año 1881. Dicha oficina no pudo jamás funcionar. Más tarde los camaradas de Italia, en uno de sus congresos, decidieron la creación de un centro para su servicio. El autor de la idea fué designado para recibir la correspondencia. Y después ha reconocido que nunca recibió menos cartas que desde que fué designado oficialmente para recibirlas.

He ahí como se suscitan las iniciativas cuando se quiere empezar por la cúspide en lugar de partir de la base, y como se confunde siempre cohesión y unificación.

Y la prueba de que el grupo de Estudiantes S. R. I. cae en esta confusión, son los motivos que da para la creación de un órgano internacional que refuerce la «Oficina de noticias».

Como yo soy editor de un periódico, dejaría aparte esta cuestión muy á gusto si en sus considerandos la Memoria de los estudiantes no nos diera un avance en sus tendencias centralistas, de las que tal vez ellos mismos no se dan bien cuenta.

Creen los estudiantes hacer el proceso de la prensa anarquista al constatar que los periódicos están á la disposición de aquellos que los redactan y que el partido no tiene ningún recurso contra ellos; que si les place á los propietarios de dichos periódicos eliminar un asunto pueden hacerlo, quedando los anarquistas á merced de ellos tan desarmados con relación á la prensa burguesa.

Al formular esta crítica, nuestros compañeros del grupo de estudiantes se muestran ignorantes de lo que puede y de lo que debe ser un periódico para que su labor resulte fructífera y olvidan una cosa, á saber: que si hay una corriente de ideas que se denomina anarquismo, corriente que, en efecto, tiene algunas líneas generales enteramente definidas en cuanto al fin; por el contrario, los modos de concebir su realización son múltiples y las divergencias tales que más de una vez se tratan unos á otros, los anarquistas, de reaccionarios. Y estas divergencias subsistirán siempre y serán bastante grandes para negarse á toda unificación, serán siempre bastante contradictorias para rehuír asociarse á una misma obra y lejos de desear que se atenúen tales divergencias debemos, por el contrario, esperar que cada una evolucione en su propia dirección.

Personalmente no tengo contra la denominación de «partido» repulsión pronunciada alguna. Si con este vocablo se quiere designar solamente una categoría de individuos que por tener un fondo de ideas comunes están ligados por este hecho con cierta solidaridad efectiva y moral contra su adversario, la sociedad burguesa, acepto la denominación de «partido anarquista».

Pero si se trata de hablar de grupo encargado de «representar el partido», de órgano encargado de «exponer las ideas del partido», declaro que por mi parte recuso este modo de considerar las cosas, pues en toda agrupación, por pequeña que sea, hay siempre forzosamente ciertas divergencias de ideas entre los miembros que la componen. Cuando tal agrupación afirma ideas como suyas, no es sino exponiendo la mediana de dichas ideas, pues si todos las expu-

sieran no sería ya una afirmación lo que se haría, sino una simple exposición contradictoria.

Entonces ¿cómo haréis un órgano oficial del partido anarquista que exprese las ideas del «partido anarquista» cuando los anarquistas no están ni pueden estar de acuerdo sobre todas las cuestiones?

***

Por ejemplo, para no citar más que algunos casos: nosotros todos estamos de acuerdo en que hay que luchar contra la propiedad; pero ¿por cuáles medios la modificaremos? He ahí en lo que es difícil el acuerdo. Algunos pretenden que el robo es uno de esos medios; otros—entre los que me cuento—no ven en ese medio más que una adaptación á la sociedad burguesa.

Determinados elementos ven en las asociaciones cooperativas, el germen de las agrupaciones de la sociedad futura, mientras que otros las consideran medios burgueses de apuntalar la sociedad burguesa.

Todos estamos de acuerdo en que es menester luchar contra los patronos; algunos de nosotros aun considerando que los sindicatos obreros no son perfectos como medios, de lucha, creen que es útil intervenir en ellos para hacer la propaganda; aun sabiendo que un aumento de salario no es más que una mejora temporal sin ningún efecto sobre el resultado deseado, piensan ó creen dichos camaradas, que todo anarquista es solidario de los obreros de su oficio porque á la hora presente, en atención á sus compañeros, aquél es el único medio de lucha que tienen contra las exigencias patronales. Otros, en cambio, hallan los sindicatos demasiado reaccionarios y las huelgas excesivamente anodinas y rehusan mezclarse en ellas.

Algunos, así mismo, creen que estando reconocido lo absurdo del matrimonio legal, es deber de todo anarquista no prestarse á aquella comedia. Otros, al contrario, pretenden que, dada la sociedad burguesa, es una salvaguardia para la mujer y que no hay nada de antianarquista en desposarse ante el alcalde.

Nosotros todos queremos la emancipación más completa del individuo, su libertad de acción más absoluta; ¿pero cómo se verificará esta emancipación? ¿en qué condiciones se actuará la libertad? He ahí donde empieza el desacuerdo.

No pocos—y yo soy uno de ellos—creen que no siendo el individuo un sér abstracto sino una realidad cuyo tiraje es de diez mil millones de ejemplares próximamente, tales libertades deben tenerse en cuenta las unas á las otras, á fin de poder evolucionar armónicamente.

En cambio algunos dicen que el individuo es todo y no debe preocuparse más que de sí mismo.

Pero frecuentemente ocurre que los que afirman la solidaridad de todos los seres humanos, se ven obligados á defender los derechos de la individualidad contra el autoritarismo de los que pretenden ser los únicos defensores del individuo.

Nótese que no tomo en cuenta más que las opiniones extremas; entre cada dos, la diversidad es grande y distintas las gradaciones; sobre cada punto fundamental en que podemos estar de acuerdo hay también una diferencia de puntos de vista en cuanto á la realización, diferencia que en multitud de casos nos conduce al antagonismo absoluto.

Nada mejor que lo expuesto demuestra la imposibilidad de editar un órgano oficial del partido.

Pero aún hay otra cosa. No faltan compañeros, cuya sinceridad y rectitud no quiero poner en duda, que incurren frecuentemente en incontinencias de pluma algo amenazadoras para los periódicos que pusiesen sus columnas al servicio de ellos.

¿Publicarías los originales de dichos camaradas? No paro mientes en la hipó-

tesis de la publicación porque los resultados no tardarían en ofrecerse verdaderamente cómicos. Pero al lado de esos compañeros hay un gran número de ellos cuyas comunicaciones, manteniéndose entre el bien y el mal, no son en rigor malsanas, pero no aportan nada de provecho á la cuestión que tratan y tienen, por tanto, el inconveniente de ocupar el espacio de un artículo más útil. ¿Quién ó qué decidirá su inserción ó su no inserción?

No os pregunto como formaríais vuestro comité de redacción; si lo eligiríais por mayoría de votos, por aclamación, ó si se formaría por sí mismo. Hago constar que os será necesario escoger un pequeño número de compañeros á quien tendríais que confiar aquella obra; su mandato ¿debería ser de insertar todos los originales que recibiera ó el de escoger entre ellos? Y entonces ¿cuál será el criterio aplicable para insertar unos trabajos y rechazar otros? ¿Debería el comité convocar todo el partido y esperar su contestación?

***

No trato de llevar al Congreso cuestiones personales. Sólo que como se ha puesto en tela de juicio los periódicos existentes, me es necesario hablar también del asunto.

Somos en los *Temps Nouveaux* un pequeño grupo de camaradas que hacemos el periódico para desenvolver en él nuestras ideas, nuestro modo de considerar las cosas bajo nuestra propia responsabilidad.

No tenemos en modo alguno la pretensión de representar toda la anarquía. Decimos lo que pensamos, y los que creen que hacemos buena labor nos ayudan y naturalmente los que no están satisfechos nos niegan su concurso. Cada uno emplea sus fuerzas en favor de cuanto responde á su propio modo de ver las cosas, lo que está conforme con la idea que tenemos de la iniciativa.

Mas la Memoria del grupo de Estudiantes S. R. I. contiene una afirmación que no quiero dejar en silencio. Para apoyar su proposición de un órgano que pertenezca al partido anarquista, dá como argumento que cuando el asunto Dreyfus, no pudo hallar periódico en que exponer sus opiniones.

Si se hubiera dirigido al *Temps Nouveaux* se habría convencido de que allí no se le rehusaba la inserción. Respecto á lo publicado por nosotros, exigimos cualidades de fondo y de forma que nos hacen parecer bastante severos. Pero es un hecho cierto que respecto al asunto Dreyfus nuestra censura no ha tenido ocasión de ejercerse sobre la prosa del grupo de estudiantes. Jamás nos ha presentado nada sobre esta cuestión.

Si cito este pequeño hecho, no es por hacer una apología, creedlo de veras; la redacción del *Temps Nouveaux* no tiene que pedir certificado de anarquismo á nadie, quien quiera que sea. Nosotros publicamos ó rechazamos los originales con arreglo á nuestras ideas, según nuestras impresiones del momento. Lo uno y lo otro puede no estar siempre absolutamente justificado. Seríamos más que hombres, si no nos equivocáramos jamás.

Mas es de aquel modo como se hacen las leyendas. Hoy se afirma que ha habido periódicos anarquistas que se negaron á que un grupo expusiera sus ideas sobre el asunto Dreyfus; mañana otro grupo preguntará que interés hay en que no se abra esta discusión; un tercero afirmará que se está pagando para obrar así.

Yo mismo, durante mis primeros tiempos en el movimiento, creía en una conformidad absoluta de ideas entre los anarquistas; yo también creí que se podían fundir á todos en el mismo esfuerzo. Esta creencia no provenía más que de mi ignorancia.

La experiencia nos demuestra la complegidad de las cosas. A medida que nuestro cerebro se enriquece con un conocimiento nuevo es como si trepamos por una montaña en la que cuanto más subimos más se agranda él panorama á

nuestros ojos. A cada nueva adquisición, advertimos la multiplicidad de factores que concurren en una cuestión que al principio nos parecía simple, mostrándosenos con las consecuencias que estábamos lejos de suponer y modificando nuestras primeras intransigencias.

Los hombres no pueden representar bien más que sus ideas propias, sus propias aspiraciones, ni defender más que su modo de apreciar las cosas.

Una unidad de punto de vista es irrealizable; además sería funesta porque equivaldría á la inmovilidad. Por esto no estamos de acuerdo con ciertas ideas y las discutimos y al discutirlas descubrimos otras que estábamos lejos de imaginar. Es necesaria una gran divergencia de ideas, de apreciaciones, de aptitudes, para organizar un estado social armónico. Solamente entonces, cuando todas esas divergencias pueden afirmarse y evolucionar, habrá vida. Por esto un periódico, si quiere hacer labor segura, contínua, no puede ser más que la obra de uno ó varios individuos de acuerdo sobre lo que quieren, sin otro mandato que el de su voluntad y trabajando á su riesgo y peligro. La obra valdrá lo que valgan ellos mismos.

Cuanto más neta y definida sea su línea de conducta menos se dejarán desviar, menos se preocuparán de contentar á todo el mundo. Pero ¿no es esta la verdadera iniciativa anarquista?

Los que no están satisfechos no tienen más que hacerlo mejor por su cuenta; también es esta la buena iniciativa. Así, procurando multiplicar los periódicos, los libros y los folletos donde cada uno trate de discernir y explicar su modo de concebir las cosas, tendremos la fortuna de ver desenvolverse todas las ideas; mientras que el medio seguro de sofocarlas, sería ensayar la canalización del movimiento, cosa, por otra parte, absolutamente imposible. Que no se interprete torcidamente esta opinión: yo me explico así las funciones de un periódico. No tengo en modo alguno la pretensión de levantarme contra la creación de uno nuevo. Si hay quien no está contento con los que existen, que hagan otros á la par; nada mejor. Cuantos más periódicos vivan más se demostrará que la idea anarquista gana terreno. Y como estoy convencido de que los esfuerzos que se hagan por sostener los periódicos que lleguen á crearse, no se los hará por los ya existentes puesto que justamente no se les creará sino porque los actuales no responden á los deseos de los desidentes, resultará siempre que la idea ganará bastante ya que ello ha de dar lugar á esfuerzos que no se producirían en otro caso.

Mas es necesario que sepamos definir bien lo que queremos, que no nos dejemos influir por las supervivencias de nuestra educación autoritaria, que no nos paguemos de palabras y sepamos, sobre todo, discernir, en nuestro espíritu, nuestros propios móviles á fin de no dar una falsa dirección á nuestra acción.

Nosotros hemos abolido—para nosotros mismos—la delegación á los parlamentos; de una vez para siempre penetrémonos de la idea de que si en ciertos casos bien especificados, bien determinados, puede reemplazarnos ventajosamente un mandatario, no es lo mismo si se trata de cuestiones generales.

Nada más cierto con relación á un periódico. Podréis muy bien, al crearlo, decidir que sea órgano de todos. De hecho será órgano de los que lo hagan; por la fuerza misma de las cosas no puede ser de otro modo.

Más volvamos á la «Oficina de correspondencia.»

Ya hemos visto que no faltan á los anarquistas medios de ponerse en relación, sino el sentimiento de la necesidad de esas relaciones.

No debemos pues ensayarnos en crear un rodaje inútil, sino hacer comprender bien esta necesidad de establecer relaciones directas entre grupos, entre individuos, aun cuando no se piense del mismo modo sobre todas las cuestiones.

Guardémonos de introducir en nuestras filas la impedimenta que reprochamos á nuestros adversarios. Trabajemos por hacer comprender á cada uno de

nuestros camaradas cuán útil y necesario es conocerse, cambiar ideas, prestarse apoyo mutuo en la medida de las fuerzas de cada cual.

Y el mejor medio es dar el ejemplo. Que los grupos que han comprendido aquella utilidad, empiecen por reunirse de seguida formando así el primer núcleo, al cual se unirán los que hayan comprendido luego su utilidad.

No me entretendré mucho sobre los peligros que ofrece, con respecto á la policía, un grupo central. Bastará que se importune á este grupo, que se disperse á sus miembros para impedir el cambio de correspondencia que se quiere establecer.

Mientras que si hay cincuenta, cien, doscientos, quinientos grupos en relaciones entre sí, en correspondencia directa, el trabajo se hace mucho más difícil para la policía, pues veinte, cincuenta, cien grupos pueden desaparecer; si quedan diez en pié nada impedirá que estos diez continuen relacionándose.

Pero éste no es más que un pequeño detalle de la cuestión. ¿De qué se lamentan? De que los grupos anarquistas no han tenido bastante iniciativa para buscarse y establecer relaciones entre sí. Y ¿qué remedio se propone? Crear un grupo con atribuciones mal definidas que parecerá que quiere hacer lo que los grupos no saben hacer por sí mismos.

¿Tendrá dicho grupo la misión de recibir la correspondencia, contestarla y trasmitirla á los demás? Esto sería una centralización que podría trocarse en peligrosa y que combatiré con todas mis fuerzas.

¿No servirá más que para centralizar las direcciones y comunicarlas á los que las pidan, ocupándose además de ligar los grupos entre sí? Entonces es inútil crear un rodaje que pueda ser una traba. Ya lo he dicho: que los grupos existentes empiecen ellos mismos y por ellos mismos. Tengamos la realidad en lugar de la apariencia; esto será mucho mejor.

***

Las organizaciones centrales prestan su utilidad en los partidos autoritarios que tienen un programa único, discutido—ó aceptado—punto por punto, del cual no hay que desviarse y que cada adherido acepta integralmente.

Mientras los individuos no ponen en tela de juicio este programa, el grupo central ordena, dirige, parece prestar servicios, asumiendo la iniciativa que ha matado en las individualidades.

Pero cuando éstas comienzan á sentirse embarazadas, creen librarse del obstáculo cambiando los hombres encargados de la dirección del partido. Nosotros que hemos comprendido lo absurdo del sistema, que hemos empezado á desembarazarnos de las individualidades directoras, no debemos caer en parecidos engranajes, no debemos contentarnos con cambiar el nombre del mecanismo imaginándonos haber cambiado las cosas.

Unámonos, solidaricémonos, coordinemos nuestros esfuerzos, pero en las formas nuevas que exige nuestra nueva concepción de las relaciones entre individuo é individuo.

Recuerdo que en otra ocasión, al comienzo del movimiento anarquista, el «grupo de estudios sociales del V y XIII distritos de París» trató de realizar el proyecto de federación de los grupos anarquistas y logró, por su parte, mantenerla en tanto que él vivió.

Penetrados de la idea de que es bueno conocerse, cambiar ideas, de estar mútuamente al corriente de la labor hecha, los miembros de dicho grupo escribieron á todos los camaradas ó grupos cuyas direcciones se pudieron procurar. Seis meses después tenía relaciones en todas partes donde había anarquistas, con los cuales cambiaba sus ideas.

A fin de generalizar este método y para que la correspondencia no se mantuviera solamente entre el grupo de referencia y los demás, sino también entre

éstos mismos, y con objeto de estimularlos, se trató de fundar un boletín que hubiera sido órgano de la federación y en el que se publicaran los trabajos de los grupos, las partes interesantes de sus discusiones, ya fuera en el seno de cada grupo, ya entre unos y otros.

Y siempre para evitar la centralización los grupos que estaban en relaciones deberían cada uno á su turno publicar un número del boletín. Esto les obligaba á relacionarse con los otros; les daba igualmente vitalidad interesándoles en una acción y dándoles trabajo, pues en aquella época éramos demasiado poco numerosos para pensar en ensayos de realización y no podíamos abordar más que las discusiones.

El grupo de los distritos V y XIII publicó el primer número de este boletín. Pero sobrevinieron los sucesos de Montceau, de Lyon y las prisiones subsiguientes; varios compañeros fueron obligados á cambiar de localidad; y como la obra tenía todavía pocas raices para subsistir después de la dispersión del grupo iniciador, el ensayo no fué más allá. Pero lo poco que se hizo nos demuestra que la idea es práctica, que lo que hace falta es persistencia, con la ventaja enorme de que los grupos se ven obligados á usar sus iniciativas, mientras que un grupo especialmente encargado de la correspondencia daría por resultado si no aniquilarlas contrarrestar lo menos posible la inercia de los individuos pues éstos tienen demasiadas tendencias á abandonar el trabajo á los que les prometen reemplazarlos.

Y si en los veinte años que se llevan tratando de crear relaciones por la creación de «centros», un grupo de camaradas hubiera puesto manos á la obra comenzando por entrar él mismo en correspondencia con los grupos que hubiese podido descubrir y hubiese tenido esta correspondencia contínuamente persistentemente, tratando al mismo tiempo de poner á sus corresponsales en relaciones entre sí, tendríamos hoy un fuerte núcleo de grupos é individuos relacionados sistemáticamente.

Penetrémonos bien de la idea de que nada se hace de un sólo golpe en todas sus partes; empecemos por las unidades, pues una unidad agregada á la otra y después á otra más formarán el primer núcleo de donde surgirá el conjunto que deseamos.

***

Mas no hay por qué disimularlo; si los grupos permanecen aislados, si hay entre ellos escasas relaciones, es que, en suma, existen pocos grupos, que la duración de los que se crean, aparte algunas excepciones, es efímera y que para contrarrestar ese lado flaco de nuestra propaganda, lo que se necesitará, sobre todo, es dar á los grupos una dirección y despertar el espíritu de iniciativa que hasta aquí no ha sido un hecho más que entre un pequeño número de los que se dicen anarquistas.

Me explicaré. Cuando yo digo dirección se entiende que quiero decir que es preciso hallar motivos de agrupación bastante poderosos para estimular la actividad de los compañeros de tal modo que los grupos se sostengan por la acción y no desaparezcan, como ocurre la mayor parte de las veces, por no saber qué hacer.

Si existen tan pocos grupos, si los que se intenta organizar duran «lo que duran las rosas», es por lo que todos sabemos bien y que ninguno de nosotros quisiera. Sabemos bien, en el fondo, lo que queremos; pero ¿de qué manera destruiremos lo que no queremos? ¿Cómo realizaremos lo que queremos? He ahí el punto de divergencia común y de lo que estamos ignorantes casi totalmente.

Queremos la Revolución, de acuerdo. Pero la Revolución no tiene ninguna virtud por sí misma; ella no realizará más que lo que sepan hacer los que en ella tomen parte. Y he aquí que aún al rededor de las líneas generales hay tantas opiniones como individuos.

Y puesto que la Revolución no se hace de un golpe, es menester que se la provoque por un estado de espíritu, por una evolución de las ideas que la prepare. He aquí también, aparte el vacío que hay que hacer al rededor de las instituciones políticas, en lo que todos estamos de acuerdo, como andamos más ó menos inquiriendo los medios prácticos para intentar desde ahora mismo la propaganda contra el salariado, contra la propiedad individual, capitalista; contra los prejuicios existentes y todo lo que concierne á la vida económica.

Adviértase que no quiero hacer el proceso de la divergencia de ideas entre nosotros. Yo la creo, al contrario, inevitable primeramente y muy útil y necesaria además. De la diversidad nace la vida y el movimiento. Queremos la armonía y no la unificación, lo que no es del todo la misma cosa.

Llegamos á esta conclusión; de acuerdo sobre las líneas generales, cada vez que los individuos tratan de formar un grupo es con un fin de propaganda general. Esto es ámplio como idea, pero muy restringido como actividad; por eso lo que hacen los grupos en este caso es abrir discusiones en su seno si cuentan con miembros capaces de sostenerlas ó tratar de hacer un periódico, si hay quien piense escribir cosas interesantes.

En tanto que las discusiones no carecen de interés, las reuniones del grupo son seguidas; pero si falta contradiccion ó los miembros del grupo llegan á estar casi de acuerdo, el interés decae y después de una temporada más ó menos larga en que las reuniones son poco frecuentes, el grupo desaparece. Con respecto á un periódico todavía es peor, porque lo que hace falta para sostenerlo es dinero, y de éste se carece siempre.

Hoy algunos grupos se han dedicado á organizar bibliotecas y conferencias de instrucción, en lo que no pocos han hallado una fuente de vida y de actividad. Mas es evidente que no se puede encerrar en eso la actividad de todos los anarquistas y que no hay que hacer lo que existe ya.

Otro defecto es que no se quiere acometer más que las cosas inmediatamente realizables. Lo que demanda largos esfuerzos, años de paciencia y de trabajo, no tiene atractivo alguno; se quiere cuando se emprende algo, obtener resultados inmediatos. Y como son muy pocos los puntos de nuestro ideal realizables en el estado social presente, los recursos de obrar y agruparse son tanto más reducidos.

Si fuéramos menos impacientes, no nos dejaríamos apartar de ciertos fines porque exigen demasiado tiempo. El tiempo no es nada en la marcha de una idea; lo importante es que se haga algo.

Ahora, si se quiere hacer algo es necesario no querer abarcar demasiado, sino adoptar una idea bien neta, bien definida y tratar de ponerla en práctica.

Es imposible dar una relación de lo que podría hacerse; me es imposible exponer un programa tan vasto; no podremos conocerlo más que por la iniciativa de los que, convencidos de que tal cosa bella puede ser realizada, pongan manos á la obra.

Pero sí puedo tomar algunos ejemplos entre el conjunto de lo que hoy se trata ya en los periódicos, ya en las discusiones.

***

Lo que impide á muchos individuos afirmar más abiertamente sus ideas es la consideración de que pueden perder su trabajo y condenar á la miseria á los que de ellos dependen.

Más de una vez se sublevarían contra una ley, contra un prejuicio, sin sentirse en lo más mínimo cohibidos por la perspectiva de algunas semanas de prisión, si supieran que los suyos no quedarían abandonados durante aquel tiempo.

Sin duda, la solidaridad no falta nunca entre los anarquistas; cada uno hace lo que puede cada vez que la necesidad lo indica ó se hace sentir. Pero no es la

fortuna lo que distingue á los anarquistas y sí se puede hacer un sacrificio muy bien durante una semana ó dos, en cambio cuando la situación se prolonga hay necesidad de pensar en los más cercanos, y la solidaridad se restringe forzosamente.

En algunos casos los periódicos han podido suplir, pero todo eso no son más que esfuerzos intermitentes que no hacen más que salvar de momento los apuros más serios y no tienen el valor que tendrían los esfuerzos de un grupo permanente que se ocupara con especialidad en reunir dinero para las familias de los detenidos, sea abriendo listas de suscripción, sea organizando conferencias, representaciones y pasatiempos capaces de hacer ingresar dinero en caja; sea, en fin, presentándose en casa de los que tienen dinero y solicitando su apoyo.

Se habla también mucho de la *Huelga general*, pero acerca de ella no se ha hecho ninguna propaganda bien encaminada. Podría así mismo constituírse un grupo especial que empleara toda su actividad en hacer penetrar esta idea en todas partes por medio de conferencias, folletos y manifiestos, interviniendo en las huelgas parciales y ayudándolas, á fin de hacerse escuchar más fácilmente.

Tenemos además la propaganda antimilitarista y contra la guerra. No necesito demostrar todo lo que podría hacer un grupo especialmente consagrado á este género de propaganda aunque no fuera más que para ayudar á que encontrasen trabajo los que prefirieran huír al extranjero por no prestarse al servicio militar.

Del mismo modo la propaganda en el campo sería menester hacerla de un modo particular por un grupo que tuviera este objetivo y se penetrase bien de la forma en que debería proceder.

Tenemos «la jornada de ocho horas», de la que los políticos han hecho un gancho electoral presentándola como remedio á todos los males.

Ahora, si es cierto que trabajar solamente ocho horas al día no es una panacea, no lo es menos que representa un progreso sobre el estado presente. ¿Por qué no tomar esta idea á nuestro cargo é intentar realizarla ya que ella ha tenido la virtud de agrupar á los trabajadores?

No para pedir al Parlamento que vote la ley correspondiente, sino para organizar los trabajadores é inducirlos á que la pongan en práctica ellos mismos presentándose un día en el taller y diciendo al patrón: «Nosotros hemos decidido no trabajar más que ocho horas y no trabajaremos ni diez minutos más», manteniéndose firmes hasta que el patrón se someta á su voluntad.

Realizada esta mejora, los individuos querrían obtener otras. Comprendida la fuerza que da la voluntad y la cohesión, estad seguros que no irían los trabajadores á demandar del legislador lo que quisieran.

La educación de los niños, de la que el Estado se reserva el monopolio, es otro objetivo importante aunque no fuera más que con relación, por lo menos, á nuestras familias. Un grupo que se ocupara de reunir á los niños con aquel propósito, prestaría grandes servicios.

Estos son ejemplos de acción más inmediata; pero hay otros de acción más lejana para los cuales podríamos además agruparnos.

Rehusar el pago de los impuestos, la huelga de los alquileres, la resistencia á ciertas leyes, á ciertos reglamentos: he ahí algunas direcciones convenientes.

Otra idea aprovechable es la de formar asociaciones de individuos para organizar entre ellos un acuerdo ó pacto económico á fin de procurarse medios de vida aboliendo entre sí todo valor de cambio.

En fin, hay casos de resistencia á las leyes que un individuo aislado no osaría afrontar, pero que acometería resueltamente si se sintiera apoyado, imitado, ó si pudiera hacerlo mejor que otros.

⁂

Nos declaramos partidarios de la iniciativa y es esto precisamente lo que menos existe entre nosotros. Agreguemos á este hecho el deseo de transformar el estado social de un golpe, y quedará explicada la causa de que hasta ahora no hayamos hecho más que discutir sin ensayar nada todavía para preparar dicha transformación.

Ultimamente he visto en un libro sobre América como allí la iniciativa individual ha obtenido buen resultado sustituyendo á la omnipotencia del Estado. Cierto que éste es siempre el defensor del capital. Pero en lugar de mezclarse en todas las relaciones sociales, hasta en las de la vida diaria del individuo, son los individuos mismos que cuando sienten necesidad de una cosa se agrupan, se unen y organizan aquello que han decidido.

Aquí, por el contrario, cuando se quiere obtener disminución en el alquiler, se demanda la intervención del Estado.

¿Por qué cuando sentimos la necesidad de una cosa, en cuya realización creemos, no hacemos un llamamiento á los que sienten dicha necesidad y la creen realizable?

Seremos diez, veinte, al principio; ¡serán necesarios millares de individuos para conseguir nuestros propósitos! Y bien; que esos diez ó veinte hagan propaganda por su idea, que trabajen hasta que consigan agrupar el número indispensable para la realización de su idea; el tiempo nada importa. Es preciso no tener fe alguna en las transformaciones catastróficas que no hacen más que revelar la fe en la providencia.

Lo mismo ocurre con los recursos pecuniarios. Se ha esperado siempre los millones providenciales para llenar las cajas de los grupos y permitirles hacer propaganda y nadie se ha atenido á la cotización paciente, regular, que hace más que todas las combinaciones imaginadas para obtener grandes sumas.

No se trata aquí de suponer cotizaciones fijas bajo pena de exclusión; pero es necesario que los individuos sepan que no pueden contar más que consigo mismo, con su propia acción, con sus solos esfuerzos y que los céntimos reunidos uno á uno concluyen por sumar cantidades importantes cuando se tiene perseverancia.

Ya sé que hay quien dice que esto es predicar la abnegación, que para los anarquistas todo está invertido, que sólo mejorando el individuo su propia suerte llegará á cambiar el estado social, que las privaciones que pudieran imponerse por la propaganda no significan nada y que es á los burgueses á quien hay que hacer pagar los gastos de la guerra.

Todo eso es moral de viciosos que no han querido ver en la anarquía más que lo que satisface sus apetitos.

Es evidente que los anarquistas no tienen qué hacer voto de pobreza. Si pueden mejorar su situación personal, hacen mal en no hacerlo porque si están realmente convencidos hallarán así un suplemento de recursos para la lucha. Pero es difícil, en el estado social presente, mejorar la situación propia sin que sea en detrimento de otros. Son muy raros los casos en que el mejoramiento puede obtenerse por el propio trabajo únicamente. Y de todos modos son siempre casos individuales sin ninguna influencia sobre la situación general.

Nuestra propaganda no es más que una lucha contra el estado social actual. Toda lucha supone esfuerzos, sacrificios. Y cuando la convicción no es bastante á imponernos algunos de los sacrificios que exige la lucha, es una convicción bien poco eficaz y bien poco sólida. No es de fuera de donde debemos esperar los recursos para mantener la lucha. Y así al decir que «la emancipación de los trabajadores no será más que la obra de los trabajadores mismos» es necesario no entender la obra de una entidad que surgirá no se sabe de donde sino más bien la obra de cada trabajor que se ponga á la tarea por sí mismo, que trabaje en su propio medio y que asocie su acción á la de otros trabajadores.

Diré lo mismo de la revolución anarquista. Esta será la obra de las indivi-

dualidades que hayan sabido actuar en su propio medio, asociarse, agruparse en vista de empresas demasiado considerables para ser acometidas aisladamente. Mas es necesario no olvidar que la obra de las colectividades no es más que la suma de los esfuerzos de las unidades que las componen; que aquéllas son impotentes si los que las forman no saben obrar por sí mismos y consagrarle los esfuerzos necesarios al éxito.

Como ya he dicho es imposible enumerar todas las formas de agrupamiento; las preferencias de cada uno son las que deben dirigirlos, hacerlos buscar á los que piensan como ella.

Y cualquiera que sea la diversidad de fin, estos grupos pueden ser útiles los unos á los otros. Aparte de la idea que pueda absorver vuestros esfuerzos, hay mil casos y maneras en que podéis ser útiles á los que consagran los suyos á otro objeto. Uno mismo puede tener bastantes fuerzas para formar parte de varios grupos con objetivos diferentes y por eso es urgente establecer las mayores relaciones posibles entre grupos é individuos á condición de que dichas relaciones sean espontáneas, directas, sin intermediarios.

Otra ventaja de esta manera de proceder, aparte la de facilitar la propaganda, es la de que nos prepara para la vida de la sociedad futura, habituándonos á actuar según nuestras concepciones, según nuestro temperamento, según nuestras aptitudes. Desenvolviendo nuestra iniciativa podremos resistir las usurpaciones de nuestros amos económicos ó políticos. Y el día que estemos habituados á proceder de este modo, ya no temeremos que nos sorprenda la Revolución, pues tendremos, nosotros también, una organización nueva pronta á sustituir la que habremos derribado.

JUAN GRAVE

CUESTIONES DE TÁCTICA

I

Memoria

SOBRE EL MILITARISMO Y ACTITUD DE LOS ANARQUISTAS Y SOCIALISTAS REVOLUCIONARIOS EN CASO DE GUERRA ENTRE LAS NACIONES

Comienzo haciendo constar que todos estamos de acuerdo en que las guerras no dependen del capricho personal de los príncipes ó de los miembros del gobierno. Estos, en efecto, no son sino instrumentos, polichinelas colocados en primera fila, mientras que los verdaderos autores están escondidos. Los verdaderos reyes de la tierra no son los individuos que llevan corona; son los rentistas, los banqueros y los capitalistas. Los mismos capitalistas lo saben muy bien y no hay que decírselo, pero el pueblo lo ignora y hay que ilustrarle sobre este particular, que pinta muy bien la conocidísima anécdota siguiente. Hace algunos años, cuando Europa estaba aún amenazada por la guerra, se dió en París un baile en el qué estaban presentes varios diplomáticos y la Sra. de Rothschild. Uno de los diplomáticos acariciaba el deseo de bailar con ella para obtener su opinión sobre la situación, opinión que probablemente sería la de su marido. Tan pronto como el diplomático tuvo del brazo á la señora y hubo hablado de otras cosas indiferentes le espetó á quema ropa la pregunta: «Diga V., señora, ¿cree V. que habrá guerra?» La señora de Rothschild dió una respuesta tan clara que merece que todos los obreros la graven en su memoria, porque es más elocuente que todos los libros de los sabios: «No señor, no habrá guerra, porque mi marido no da el dinero.»

Realmente, si los banqueros no dan el dinero, los reyes y los gobiernos no pueden hacer la guerra, pues como dice el antiguo refrán: «si no hay dinero no hay suizos.»

El dinero es el nervio de la guerra.

¿Por qué se hacía la guerra en la antigüedad? ¿por qué se hace hoy? Primeramente fué el hambre quien empujó los pueblos hacia ella. En los tiempos primitivos el hombre salvaje tenía un interés en hacer la guerra. Si salía vencedor se merendaba al enemigo. Más tarde su posición varió pero la guerra quedó lo mismo en el fondo. El vencedor hacía trabajar al vencido. Le arrebataba el terreno y los medios de producción y de este modo satisfacía más ampliamente sus necesidades. Lo mismo sucede actualmente, como en la edad media. Los industriales, los capitalistas producen cada día más ¿pero qué harán de sus pro-

ductos? ¿No buscarán nuevos mercados á sus mercancías? Nuestras guerras modernas son, por lo tanto, guerras comerciales, sociales. En lugar de aumentar el número de consumidores en una nación de modo que éstos puedan consumir los productos se va á buscar el consumidor á otras comarcas. Nuestros economistas gritan que hay exceso de producción porque tienen sus almacenes abarrotados mientras que á los productores no les es dable adquirir los productos. Esto es una mentira. No hay exceso de producción, hay escasez de consumo Ya lo dijo Fourier: sufrimos miseria porque hay demasiados productos. Tenemos hambre porque hay demasiado pan. Vamos mal vestidos porque hay demasiados vestidos. No tenemos zapatos porque abundan los zapatos. He aquí lo que no se nos enseña en las universidades. Así, pues, la guerra se hace para buscar nuevos mercados en todos los puntos del globo y colocar la mercancía. Nuestras guerras son hijas de las malas relaciones sociales. Tienen, además, otra consecuencia: clarean un poco la población europea, como hizo observar un día cierto general. Hay tantos sin trabajo que al fin éstos acaban por constituir un peligro. Y si por medio de una guerra una nación puede desembarazarse de todos los elementos facciosos, la guerra será una verdadera válvula de seguridad para la sociedad.

Tiene, por consiguiente, la guerra un doble objeto: desembarazarse de las mercancías y de las gentes que por su miseria pueden ser un peligro. ¿Por qué, pues, las guerras? Porque los hombres de dinero las quieren, porque con ellas llenan sus arcas. La burguesía quiere las arcas llenas, estima más el dinero que los hombres. Ganar dinero: he aquí el supremo deseo de la burguesía, y podéis estar seguros de que un burgués sacrificará antes su patria que perder una ocasión de enriquecerse. ¿Acaso no son capitalistas ingleses los que suministran fusiles y municiones á las repúblicas sub africanas, cañones y fusiles que sirven para matar soldados ingleses? ¿No es el ministro Chamberlain uno de los más fuertes accionistas de la fábrica de armas de guerra que tan buenos negocios hacía con sus mercancías vendidas á las susodichas repúblicas? ¿Acaso las fábricas de armas inglesas y alemanas no vendieron á los chinos la artillería y los fusiles que ahora utilizan los chinos contra las potencias unidas?

Vamos á ilustrar con un ejemplo el por qué se hace la guerra y á este efecto explicaremos lo que hubo tras cortina en la última guerra chino-japonesa.

La plata no vale mucho. Un kilo de oro vale un poco más de 3,200 francos, un kilo de plata un poco más de 100 francos y aun la cantidad de plata es mucho mayor que la del oro. Como el valor de la plata es inferior á la del oro, es fácil de comprender que es necesario una cantidad mucho mayor del primer metal para obtener un valor igual, 32 veces más de plata que de oro, puesto que 32 veces 100 hacen 3,200. Para obtener en plata el valor de una pieza de oro de 20 francos, se necesita un peso de 32 veces el de la pieza de 20 francos. Una pieza de 20 francos pesa 6 gramos 7; así, pues, cuatro piezas de 5 francos deberían tener un peso de 32 por 6 gr. 7 = 214 gr. '4. Si pesan menos es evidente que el Estado nos roba. Ahora bien, pesando una pieza de 5 francos 25 gramos, cuatro pesarán 4 por 25 = 100 gramos. Así, pues, en cada 20 francos el Estado roba á sus ciudadanos 114'4 gramos de plata, ó sea más de 20 francos. En otros términos: por la misma pieza de oro de 20 francos que el Banco nacional me da cuatro piezas de plata de 5 francos, yo debería recibir 8 piezas de 5 francos, + 2'50 francos. Véase por lo tanto donde están los monederos falsos. La fabricación de moneda falsa es un monopolio que se reserva el Estado. Si un particular hiciera esta misma operación iría á presidio.

A propósito de este escamoteo ví un día una curiosa caricatura que lo pinta de mano maestra. Representaba un juez sentado detrás de una mesa verde. Dos policías introducen á un señor bien vestido, con sombrero de copa, forcejando para soltarse de las manos de los guardias. Era el ministro de Hacienda, Parson, ex-presidente de la Banca de los Países Bajos.

El señor.—Dejadme, soy el representante del Estado de los Países-Bajos.

El agente.—Este granuja está al frente de un complot. Pone en circulación florines que solo valen 47 céntimos y medio. (Un florín = 2 fr. = 100 céntimos).

Los gobiernos son quienes dan el ejemplo á los monederos falsos. En América hay dollars de plata en gran cantidad, pero en la China y en el Japón se sirven igualmente de los dollars como moneda corriente. Cuando más baja el precio de la plata más se pierde recibiendo dollars de plata. Precisaba, pues, desembarazarse cuanto antes de todos estos dollars y de toda esta plata.

¿Cómo hacerlo? La China y el Japón tienen dollars en cantidad suficiente para sus negocios corrientes. Para que necesitaran mayor cantidad era necesario que ocurriera algo extraordinario. Los banqueros pusieron manos á la obra Se enviaron agentes americanos y europeos á dichos dos países, no para corromper á las autoridades, pues estas son demasiado *honradas* para dejarse corromper. Lo cierto fué que China compró durante seis meses grandes masas de plata y que la guerra se declaró enseguida. Faltaba saber quien la ganaría. Para los banqueros era más ventajoso que la perdiera China, pues después de la paz la nación paga una indemnización de guerra. El Japón es un vasto país, pero muy pequeño comparado con la extensión enorme de la China. En virtud de los grandes recursos naturales de este vasto imperio, la China podía más fácilmente procurarse el dinero. Habiendo salido victorioso el Japón, los banqueros veían colmados sus deseos. La China pagaba los gastos de la guerra.

Los chinos hicieron primero un empréstito de 400 millones de francos que recibió en plata, luego otro de 72 millones que recibió también en plata y otro más tarde de 44 millones que asimismo recibió en plata. China recibió el dinero mediante la obligación de pagar los intereses en oro, otra fuente de ganancias para los banqueros que habían comprado toda aquella plata por una cantidad de oro relativamente pequeña. Ganaban un fortunón. Entonces se concertaron con los fabricantes de buques de guerra, de cañones y de fusiles para que todo lo que la China y el Japón adquirieran en Europa fuese pagado en oro sobre el cual se ganaba aún una respetable suma.

Toda la guerra chino-japonesa no fué pues, otra cosa que una vasta empresa concertada por los capitalistas. Y como rentistas y capitalistas constituyen la burguesía, se deduce que todas las guerras son guerras de banqueros.

Ya veis, soldados, como la burguesía que os predica y dice que es un honor hacerse matar por la patria se burla de vosotros desde el fondo de sus gabinetes. Os engaña sabiendo que os engaña. Cándidos sois si la creeis.

Todo lo que os cuentan de la «patria,» del «amor á la monarquía,» del valor, de la fidelidad, etc., sirve únicamente para aturdiros de modo que no seais capaces ya de comprender en que os emplean en el campo de batalla.

Los soldados son los centinelas de las gavetas de la burguesía. El ejército defiende las riquezas de los banqueros. De tal modo ha arreglado las cosas la clase poseedora que ni siquiera tiene necesidad de defender por si misma sus propiedades,—es demasiado cobarde para hacerlo—las hace guardar y defender por los que nada poseen. Desde su punto de vista es lógica. Lo que no es lógico es la tontería, el borreguismo de estos que nada poseen, que nada tienen que perder y que se dejan utilizar cómo carne de cañón sirviendo á los otros, á sus enemigos, los poseedores. Que las ovejas se dejen trasquilar porque son débiles nada tiene de extraño, pero que las ovejas escojan ellas mismas el trasquilador es el colmo del rebajamiento, el colmo de la estupidez y dan ganas de decirles: tú lo quieres, Juan Pueblo, no mereces otra cosa.

Las guerras se hacen posibles en virtud del espíritu militar, artificialmente mantenido por el pueblo. ¿Creéis que Chamberlain ó Cecil Rhodes podrían hacer la guerra si no hubiesen tenido antes el cuidado de crear á su lado un poderoso partido? ¿Acaso la prensa no ha excitado metódicamente durante seis meses al pueblo inglés contra los boers? ¡La prensa! Se la considera un bien y es no obs-

tante en manos de los capitalistas el medio de envenenar todas las fuentes de la sana vida popular. Se crean ligas para protejer á los animales ¿pero donde está la liga para defender al pueblo contra el envenenamienle de la opinión pública efectuado por la prensa que diariamente destila su veneno gota á gota y paraliza los cerebros de millares de hombres?

Se pretende que disminuye el espíritu militarista. ¿Donde está la prueba? Palabras en flagrante contradicción con la realidad. Toda la vida humana sufre desde su infancia la influencia del militarismo, influencia muy fuerte que penetra por completo, mucho más de lo que se imaginan la mayor parte de los hombres que meditan poquísimo.

Voy á demostrar hasta que punto la sociedad está impregnada del espíritu militar. ¿En qué consisten una gran parte de los juguetes de los niños? Entrad en los bazares y observad; veréis por todas partes sables, fusiles, banderas, tambores, galones, cascos que van acostumbrando á los niños á manejarlos desde su más tierna infancia predisponiéndolos á tener una marcada predilección por dichos instrumentos de muerte. Y los soldados de á pié y de á caballo de plomo, los grandes fuertes, los cañones y demás que se les regala para su juego, todo contribuye igualmente á aumentar esta predilección bélica. En lugar de alejarlos de estos objetos se procura hacérselos familiares. Jugar á soldados es una ocupación favorita con la que especulan los mayores sobre la preferencia de los pequeñuelos. Para darse cuenta de ello basta contemplar la nube de chiquillos que rodea á la tropa cuando esta cruza por las calles tambor batiendo, y dando al aire los bélicos sones de sus músicas. Los niños piensan entonces naturalmente que cuando sean grandes les gustará marchar al paso militar vestidos con tan brillantes uniformes.

En la escuela el espíritu militar desempeña un gran papel.

Ved las imágenes de los libros y el gran lugar que ocupan los soldados y los combates. Los libros de lectura contienen infinidad de relatos de heroísmo desplegado en los campos de batalla. ¿Y nuestros héroes? No son seguramente los individuos que se han distinguido en el campo de la ciencia y del arte, que han hecho descubrimientos, inventado cosas útiles, sino siempre y en todas partes son guerreros lo que se expone á la curiosa mirada de los niños. La historia es un encadenamiento de batallas, en que tal ó cual príncipe derrotó á tal ó cual otro príncipe. El espíritu de la guerra se cultiva en los niños lo mismo por medio de los juguetes que con las imágenes de los libros, y jugando y aprendiendo va filtrándose en el cerebro de los pequeños una falsa dirección del espíritu, sin que á menudo se den cuenta de ello los mismos que los e lucan. ¿No es horrible presentar como héroes á los ojos del niño á gentes que manejan el hierro y el fuego de las matanzas, á los que se distinguen en el campo de batalla?

¡Como si un Lutero cuando fué á la dieta de Worms á pesar del aviso de sus amigos, diciendo: «aunque encontrara en Worms tantos soldados como tejas iría igualmente,» no demostrara más heroísmo y valor que el que demuestran los militares en el «campo del honor» dando pruebas de su bestialidad! ¡Como si un Zola lanzando á la faz del mundo militar y político su *Yo acuso* no hubiese dado prueba de un heroísmo más grande que el de todos estos arrastrasables que, escudados en su artillería de gran alcance, se van á hacer la guerra en comarcas cuyos naturales á penas si están armados! ¡Como si un médico que desafía á la muerte visitando enfermos de mal contagioso no diera mayor prueba de valor moral que el primer militar aplaudido porque ha matado mayor número de enemigos, semejante á los Dayakis de las Indias orientales glorificados porque enseñan los cráneos de los individuos muertos á sus manos! ¿No les da el patriotismo el sobrenombre de Grandes, Gloriosos, porque se han distinguido en el campo de batalla? ¿Acaso no se habla contínuamente de «guerras santas» de «deberes nacionales,» con las cuales se extravía la razón de los pueblos?

En todos los países el rey es ante todo soldado. A penas el pequeño príncipe

puede tenerse en pié que ya se le nombra coronel ó general y á todo el mundo parece natural que los príncipes sean jefes del ejército ó de la marina. El ideal del emperador Guillermo II es tener diez hijos y que cada uno sea jefe de los grandes cuerpos de ejército. ¿Por qué todos los príncipes se exhiben al público vestidos de militar? ¿Por qué abren las sesiones parlamentarias revestidos con el uniforme de general de los húsares ó jefe de infantería? ¿Acaso no es para enseñar á los parlamentos que en caso de necesidad se burlará de las decisiones parlamentarias y que una vez la espada fuera de la vaina pesa más que cien discursos? ¿No tiene el Presidente de la República francesa una casa militar? ¿No la tiene también nuestra joven reina de Holanda? ¿Para que sirve todo esto? ¿Por qué el ministro bajo cuya dirección está el ejército se llama «ministro de la guerra?» Porque sus funciones consisten en hacer la guerra. Sería mejor llamarles «ministros de querellas secas y mojadas.» Todo concurre á despertar en los príncipes una predilección por los asuntos militares y á considerarse á sí propios como especialidades en este género. Toda la vida está impregnada de un espíritu militarista y aunque todos los hombres tomados aisladamente odien la guerra, tomados en conjunto hacen todos los posibles para favorecerla. Proudhon soñaba que la paz sería la obra del siglo XIX; nosotros somos menos optimistas y no osamos siquiera afirmar si podrá ser la obra del siglo XX.

Todo lo que se ha hecho en estos últimos tiempos es añadir la hipocresía al militarismo. De palabra se es partidario de la paz, de hecho se prepara la guerra. La comedia más asquerosa representada por los detentadores de la fuerza tuvo lugar en la Haya el año 1899. No hay hipocresía mayor como este mensaje de la paz dirigido á las potencias por el emperador de todas las Rusias en el cual se afirma que el mantenimiento de la paz general es el ideal hacia el cual deben tender todos los esfuerzos de todos los gobernantes. Veamos sus actos después de semejante afirmación:

20 Septiembre 1898. Orden de aumentar y fortalecer la flota de cañoneras en el Caspio.

15 Noviembre 1898. Orden de hacer construir dos nuevos acorazados que desplazan 12,674 toneladas.

1.° Diciembre 1898. Destierro de 5,000 Doulkobors de la Caucasia rusa, obligados á irse al Canadá, porque se negaron á llevar armas una vez ingresaron en las filas del ejército.

4 Diciembre 1898. Asesinato premeditado de prisioneros políticos, cometido en Irkutsk (Siberia), por orden del comandante militar.

14 Diciembre 1898. Orden de construir diez nuevos contratorpederos.

20 Diciembre 1898. El ministro de Marina publica haber asignado más de 90 millones de rublos para construir nuevos buques de guerra; nuevos docks para la marina de guerra en San Petersburgo, en Finlandia y en Port-Arthur. Aumento de la flota con 4 acorazados, 6 cruceros, 2 cañoneros y una flota de torpederos y caza-torpederos.

12 Enero 1899. Aumento de 36 millones de rublos en el presupuesto destinados al ejército y de 16 millones para la marina.

18 Enero 1899. Las tropas rusas de guarnición en la frontera del Afghanistan quedan aumentadas en 20,000 hombres más dispuestos á marchar sobre Herat. Tres regimientos marchan á Helsingfors para obtener á la fuerza del parlamento finlandés el aumento de tropas en Finlandia.

19 Enero 1899. El ministro de marina hace construir un nuevo crucero de primera de 6,250 toneladas y dos torpederos de 350. Además decreta la construcción de tres acorazados de 12,700 toneladas y dos cruceros de 6,000 y 3,000...

¡Y viva la conferencia de la paz, de la paz consistente en un aumento incesante de las fuerzas de mar y tierra!

Después de la comedia de la Haya ningún país ha disminuido su presupuesto de guerra siquiera en cinco céntimos.

El presupuesto de Inglaterra para el año 1899-1900 tiene un aumento sobre el precedente de 25 millones de francos, y el contingente del ejército se reforzó con 1,493 hombres y 5 baterías, con otras 10 baterías en perspectiva para el año 1900.

El gobierno alemán propuso inmediatamente, después de la comedia de la Haya un aumento de 23,277 hombres, proposición que fué aceptada reduciéndola á una tercera parte. Los proyectos del emperador referentes á la marina quedaron aceptados en principio.

¿Es todo esto, sí ó no, pura hipocresía? Y, sin embargo, todos dicen querer la paz; y los ejércitos aumentan y los gastos de guerra se hacen cada día más pesados.

Pero ¿qué podía esperarse de un zar preconizador de la paz que en un sólo año, en el mismo del mensaje (1898) envió á la Siberia más de 1,000 detenidos políticos á que murieran de muerte lenta, y que obligó á 20,000 campesinos y ciudadanos pacíficos á abandonar su país so pena de caer bajo las garras de su gobierno despótico?

A no ser que se armen hasta los dientes por simple amor á la paz potencias que demuestran sus intenciones pacíficas llevando hasta la visania los gastos militares... Es cuestión de aplicar la frase: *Si vis pacem, para bellum.* Esta teoría no puede demostrarse de mejor modo en todo su absurdo que por la siguiente conversación entre vecinos:

Vecino 1.º—Querido vecino: estoy muy contento de que siempre hayamos vivido en paz... he aquí por qué he comprado una sólida vara de fresno. ¿Queréis verla?

Vecino 2.º—(Examinando la vara.) En efecto, es un excelente palo. Con él se podría destrozar á las mil maravillas un cráneo por resistente que fuese. ¡Afortunadamente vivimos en buena inteligencia! Yo también voy á comprarme una vara semejante, por mucho que mejor sería emplear el dinero en compras de cosas que me faltan en el hogar.

Algún tiempo después:

Vecino 1.º—Mira, vecino. Me he deshecho de la vara, vendiéndola á uno que era menos civilizado, pues si se considera bien, es muy grosero esto de pegarse con un palo. He aquí un sable que es de más fácil manejo y mucho más elegante. ¡Si supieras lo contento que estoy al considerar que vivimos en tan buena armonía!

Vecino 2.º—(Examinando el sable.) Realmente, es una felicidad ser cristiano, porque el cristianismo es la paz. Yo también voy á comprarme un sable. Un palo, si lo consideramos bien, es algo pagano.

Pasa algún tiempo más, y

Vecino 1.º—¡Eh, vecino! Ven á ver. Tengo un fusil. Es infinitamente mucho más eficaz que un sable. Lo guardaré cuidadosamente... puesto que nuestras relaciones son pacíficas...

Vecino 2.º—(Examinando el fusil.) Muy bonito; yo también voy á comprarme un fusil.

Una vez entra en su casa el vecino 2.º, dice á su mujer:

—Dame algunas pesetas para comprar un fusil.

—¿Estás loco? ¡Un fusil! Pero si no tengo con qué comprar vestidos para los niños.

—Hazte prestar dinero.

—Pero si no tengo nada que empeñar.

—Nuestros hijos se hacen grandes y fuertes; con su trabajo pagarán la deuda que hagamos y cederán una parte para pagar los intereses.

Los hijos, á coro:—¡Tenemos hambre, papá!

—Callaos, no quiero gritos. Soy liberal y os concedo el derecho de tener hambre; pero zurraré al que me chille.

La madre y los hijos se echan á llorar y por puro amor á la paz el padre les administra una soberana paliza.

Y así continúa la conversación entre los dos vecinos.

Después, para mejor poder vivir en paz juntos y apalear á los hijos que la miseria hace rebelar, arman á algunos de sus hermanos con la misión de fusilar á los que desobedezcan la autoridad paternal. Y de este modo los dos vecinos viven una vida llena de privaciones y de miseria, comprando siempre nuevas armas para cuya adquisición se halla s.empre el dinero necesario, mientras á los hambrientos se les niega hasta el pan. Todos los años los vecinos se hacen una visita de cumplido para mútuamente asegurarse sus buenos deseos de vivir en paz, de que ésta no corre riesgos de romperse.

¿Qué diríamos de unos vecinos que obrasen de éste modo?

Seguramente los encerraríamos en una casa de orates ó los encarcelaríamos por haber maltratado á sus hijos.

Y, sin embargo, las relaciones entre las potencias se mantienen exactamente de este modo. Todos los años los pueblos escuchan las mismas alabanzas á la paz pronunciadas en los parlamentos rodeados de cuarteles, y los gobiernos tratan á los pueblos del mismo modo que aquellos vecinos tratan á sus hijos.

Ciento cincuenta y nueve años hace que Montesquieu escribió las siguientes palabras, palabras que son siempre verdaderas y de actualidad como si las hubiese escrito ayer:

«Una enfermedad nueva se ha extendido por toda Europa, contagiando á nuestros príncipes y haciéndoles mantener un número desordenado de tropas; enfermedad que tiene sus altas y bajas y es forzosamente contagiosa, pues tan pronto como un Estado aumenta su ejército, los demás hacen enseguida lo mismo, de modo que solo se sale ganando la ruina de todos. Cada monarca tiene en pie de guerra todos los ejércitos como si los pueblos estuvieran en vísperas de exterminarse y se da el nombre de paz á este estado de esfuerzo de todos contra todos. Europa está tan arruinada, que si fuesen simples particulares las tres potencias de esta parte del mundo, no sabrían cómo vivir. Pobres somos á pesar de tantas riquezas y tanto comercio, y si esto dura, sólo habrá soldados y nos pondremos al nivel de los Tártaros. La consecuencia de esta situación es un aumento contínuo de tributos sin tener en cuenta las rentas; se hace la guerra con el capital. Los Estados hipotecan sus bienes en tiempo de paz y emplean para arruinarse medios que llaman extraordinarios, tan extraordinarios que nadie puede imaginárselo.»

Aplicad estas palabras á nuestra sociedad y preguntaos si no son verdad, si los gobiernos no han abierto un concurso para ver quién de ellos será el primero que conduzca su pueblo á la ruina completa.

Se habla de humanizar la guerra... ¿Puede darse nada más hipócrita? La idea de humanizar la guerra es tan ridícula como la de mejorar las cárceles. Las guerras, como las cárceles, hay que abolirlas y no mejorarlas.

¿Acaso las balas «humanizadas» no harían víctimas? ¿O es que se quiere fabricar balas provistas de un correspondiente emplaste que cure las heridas que hagan?

Esto no tiene sentido común. No os sirvais de balas; he aquí lo que hay que hacer en lugar de humanizar la guerra.

¡La humanización de la guerra! ¿Acaso bajo la égida del emperador Guillermo de Alemania, que en nombre de la civilización combate á los chinos bárbaros sin darles cuartel, destrozándoles las mujeres y los niños? Si Europa tuviera una miaja de vergüenza se cubriría la cara ante el relato de los salvajismos que se han cometido en la China.

¡Y de qué modo nos van conociendo los chinos que llamamos salvajes! No hace mucho que un sabio chino escribía lo siguiente á propósito de los europeos:

«Primero vienen unos hombres vestidos de negro (los misioneros) con el pretexto de abrirnos las puertas del cielo, pero en realidad con el objeto de espiarnos á beneficio de los hombres vestidos de blanco que nos explotan y engañan, y cuando les pedimos cuenta de tanto engaño y explotación, hacen venir entonces á unos hombres vestidos de colorines que se traen cañones y fusiles y nos asesinan.»

He aquí una exacta descripción del capitalismo internacional: el altar, la caja de guardar caudales y el ejército.

Si no me engaño tenemos ante nosotros un período de reacción. Roma es hoy más poderosa que antes por los cuantiosos capitales de que dispone y por el ejército de curas que puede contar. *Perinde ac cadaver*. La iglesia y el ejército marchan de acuerdo y el capitalismo antes proclamará jefe del mundo al papa que conceder derechos á los pueblos. El burgués que finje detestar la guerra, sueña con gobiernos fuertes que le mantengan en la obediencia ciega las masas obreras y con parlamentos que les den una sanción aparente á sus actos. Cierran los ojos ante la deplorable situación económica, declaran odiar la guerra y hacen todo aquello que puede provocarla; desprecian el objetivo y cultivan los medios que, por necesidad ineludible, conducen á aquel objetivo.

La reacción es el partido de autoridad que se extiende desde Roma hasta la democracia social, desde el papa hasta Marx, *una* masa reaccionaria contra los anarquistas, masa que, al igual que Luis Blanc, el viejo socialista que votó con la clericalla, declarando que Thiers, Mac Mahon y Gallifet eran acreedores á la gratitud de la patria por haber ahogado la Comuna en la sangre de sus defensores, tiene el refuerzo de los demócratas socialistas que hacen causa común con los asesinos de la Comuna, declarando uno de ellos, Vollmar, que los parisienses de 1871 habrían obrado mejor quedándose en sus casas; y otro, Millerand, que ocupa una silla ministerial al lado de uno de aquellos asesinos con el cual fraterniza.

La autoridad no se aguanta sin el militarismo, sin los medios de mantenerse por la fuerza contra los que se opongan á su mandamiento. Los anarquistas, por lo tanto, no podemos contar sino con nosotros mismos y con los socialistas revolucionarios. ¿Qué actitud debemos adoptar en frente del militarismo?

He aquí la cuestión principal que debemos examinar sin miedo. Con frases y declaraciones platónicas encaminadas á evidenciar que las clases directoras son responsables ante la historia y ante la humanidad de todos los crímenes que se han cometido, nada avanzamos. Esta fraseología y estas declaraciones son excelentes en las conferencias y en los congresos de la paz. Los gobiernos se nos ríen en las barbas y continúan su camino de muerte y de miseria.

Si en 1891, en el Congreso internacional de Bruselas, los socialistas hubiesen tenido el valor de aceptar la resolución en virtud de la cual los socialistas se comprometían á responder con la huelga general en caso de una declaración de guerra, creo que diez años de una enérgica propaganda de esta idea nos hubiera llevado más lejos que toda la fraseología desplegada en acusaciones platónicas.

Pero para los socialistas ha pasado el tiempo en que Julio Guesde escribía:

»Estamos resueltos, y también deben estarlo los partidos socialistas, á arrojar la Revolución entre los pies de los ejércitos en marcha para la guerra.

«Hay que decir á los cañones: «no se pasa, no queremos que partáis.»

El socialismo tiene una vocación revolucionaria y libertadora, pero es necesario que *ose* y que cuando vea á las potencias aliadas dispuestas á cometer el crimen de arrojar sobre el mundo los males de la guerra, que diga lo que hace un siglo decía Danton de la tribuna de los príncipes aliados haciendo alusión á la suerte de Luis XVI: «arrojémosles en señal de desafío la cabeza de un rey.» Si Danton osó declarar eso respecto la cuestión de la libertad política, nosotros debemos respecto la cuestión de la libertad social, infinitamente mucho más importante, dar á esta palabra todo el desarrollo necesario á fin de que se sepa

cual será la suerte de todos aquellos que por servir sus intenciones rapaces conducen los pueblos al matadero.

¿Qué hemos de hacer contra el crimen de los gobernantes, de los capitalistas? El medio está encontrado. «Si los soldados comienzan á pensar ninguno de ellos permanecerá en filas.» La reflexión cambiará la situación del pueblo. Y como el socialismo enseña á pensar nada que conduzca á este objeto debe descuidarse

Enumeremos algunos de los medios que tienden á estrechar los lazos que unen á los pueblos. Emilio de Laveleye da algunos en su excelente libro, *Causas actuales de guerra en Europa y del arbitraje.* Después completaremos la lista.

I. Disminución (léase, abolición) de los derechos de importación, tratados de comercio y de reciprocidad, y si se puede, abolición completa de las aduanas. Todo lo que aisla á los hombres les empuja á la guerra; todo lo que les relaciona los inclina á la paz.

II. Reducir las tarifas de transporte de las mercancías, de las cartas y telegramas, á fin de multiplicar tanto como sea posible el cambio de productos y de ideas.

III. Adoptar el mismo sistema de monedas, pesos y medidas y de leyes comerciales, no solamente con objeto de facilitar las transacciones, sino para que esta uniformidad haga sentir de modo práctico á los diferentes pueblos el poder del lazo que los une.

IV. Conceder á los extranjeros los mismos derechos civiles que á los nacionales, á fin de que el hombre encuentre en todas partes una patria y que el sentimiento de fraternidad cosmopolita reemplace poco á poco al de nacionalidad exclusiva.

V. Estimular la enseñanza de las lenguas extranjeras, de la geografía y de todas las nociones que tengan relación con la situación de los países extranjeros. Cuando los pueblos se conozcan verán que en todas partes los hombres son de idéntica naturaleza y tienen las mismas necesidades é idénticos intereses.

VI. Multiplicar los libros y las obras de arte que enseñen el amor á la paz y hagan odiosa la guerra y combatan á los que la ensalzan.

VII. Apoyar en todas partes todo aquello que pueda dar fuerza y eficacia al sistema representativo y especialmente cercenar al poder ejecutivo el derecho de guerra y de paz.

El pueblo entero en quien debe decidir sobre su propia suerte y la cuestión de guerra ó de paz es una cuestión de llamamiento al pueblo, pero de modo que los que voten por la guerra sean los obligados á alistarse en el ejército para ir á combatir.

VIII. Estipular las empresas industriales que aplican los ahorros de un país á poner en valor las riquezas naturales de los demás países, de modo que el capital al hacerse cosmopolita se hagan solidarios los intereses de todos los capitalistas.

IX. El clero debería, imitando el ejemplo de los quakeros, hacer penetrar en los cerebros el horror de la guerra, con lo cual se lograría distinguir los cristianos de los salvajes.

Laveleye tiene aún alguna confianza en los curas aunque haya reconocido que la historia está llena de ejemplos de guerras causadas por ellos ó en todo caso sostenidas por ellos, sin que jamás hayan evitado una sola. Por esto su último punto es muy débil. Los sacerdotes son los que bendicen las armas y las banderas, y celebran los *Te Deum* para dar gracias á Dios por la victoria del ejército.

Esta hipocresía de la religión es una de las mayores bajezas con las que se deshonra la memoria de Jesucristo.

Sin una palabra de protesta por parte de nadie, el emperador Guillermo II ha podido decir impunemente á sus soldados en el acto de la jura de fidelidad

de éstos lo siguiente: «Vosotros me pertenecéis en cuerpo y alma. Desde hoy no existe para vosotros sino un solo enemigo, todo aquel que lo sea mío. Si á consecuencia de los manejos actuales de los socialistas llega el caso de que se os ordene hacer fuego contra vuestra propia familia, contra vuestros mismos hermanos, hasta contra vuestro padre, vuestra madre, de lo cual nos preserve Dios, tendréis que obedecer mis órdenes sin titubear.»

Este cristiano dice, pues, abiertamente y sin que la Iglesia cristiana haya protestado, que los que sirven en el ejército están á su servicio personal y deben hallarse siempre prontos á matar padres, hermanos y amigos á una simple señal suya.

Justamente indignado Tolstoï por estas sacrílegas palabras, ha escrito: «Este hombre enfermo, miserable, borracho de poder, ofende con estas palabras todo aquello que puede ser sagrado al hombre moderno, y los cristianos, los librepensadores, los hombres instruídos, todos, en lugar de indignarse por esta ofensa que se les hace, ni siquiera la clavan en la picota pública.»

Vamos á añadir ahora á los medios preconizados por Laveleye algunos otros que serán mucho más eficaces.

X. La favorización de los intereses internacionales de los trabajadores. Existe una Internacional amarilla, el sindicato de los capitalistas, que hacen causa común á pesar de su diferente nacionalidad, de hecho mucho más internacionalistas que los mismos trabajadores. Hay una Internacional negra, Roma con su ejército de sacerdotes y religiosas, que penetra en la intimidad de todos los círculos, es decir, en el seno de todas las familias para hacer sus trabajos subterráneos. Nos precisa, por lo tanto, una Internacional roja, franca y categóricamente revolucionaria. La guerra no es nunca un bien para los trabajadores y cuando éstos comprendan su interés serán un freno contra las maquinaciones malhechoras de los gobernantes. El trabajo y la guerra son antitéticas.

El soldado no da á la sociedad trabajo alguno productivo, al contrario, vive á costa del trabajador productivo. Suponed una sociedad compuesta de 5,000 habitantes de los cuales 1,000 sean adultos, los hombres que por su trabajo mantienen la sociedad. Si de esta sociedad arrebatáis 200 para el servicio militar ¿cuál será la influencia sobre el bienestar de la población?

Antes cada trabajador mantenía cinco personas, él y otras cuatro, pero después quedaron solamente 800 para mantener á las otras 4,000 más las 200 extrabajores, es decir, 4,200 personas, lo cual dará por resultado que en lugar de mantener cinco personas, él inclusive, tendrá que mantener después 6,25 personas. A medida que los ejércitos aumentan el número de individuos que los trabajadores han de mantener aumenta también y el bienestar va disminuyendo. Pero aún hay otra cosa peor, el soldado no tan sólo deja de producir, sino que destruye, es un trabajador improductivo que destruye el trabajo de los demás.

Los animales son superiores al hombre. Matan para obtener una presa con que vivir, pero los hombres, los seres más crueles del reino animal son los únicos que matan por el placer de matar. Y matan con tanto refinamiento, con una crueldad tal, que el gato que juega con el ratón antes de devorarlo resulta menos cruel que el hombre. En el mundo de los animales existe un pájaro, el Cariama, que se encuentra en algunos jardines zoológicos, que siente un verdadero horror por los demás pájaros que se baten. Se puede domarlo fácilmente y darle un empleo en cualquier corral con funciones de policía y de juez. Cuando dos gallos están celosos por una misma gallina y van á pelearse, dicho pájaro fundador de la paz hace su deber, sin consideración á nadie, distribuyéndoles algunos picotazos hasta que los separa. Si entre los hombres pudiere haber un animal semejante no es poco trabajo el que le habría caído.

Novicow dice: «Tenemos los 3,300 000 hombres que están en filas. Si no fuesen soldados y se dedicaran á trabajos lucrativos, ganando únicamente mil francos cada uno, podrían producir 3,800.000,000 de francos. Los 4,500 millones

que hoy se gastan en atenciones militares, rendirían el 5 por 100 si se colocaran en empresas agrícolas ó industriales, lo cual daría unos 225 millones más. Los veintiocho días que los reservistas dan anualmente al cuartel bien pueden evaluarse por lo bajo á unos 200 millones más. He aquí, pues, 4,225.000,000 completamente perdidos, en números palpables. Esto sin contar las colosales pérdidas que escapan á todo cálculo. Los capitales producen capitales. Si estos miles de millones se economizaran todos los años y se emplearan en otras empresas productivas, producirían beneficios que es imposible evaluar.»

Si el trabajo es para producir y la guerra para destruir ¿qué relación puede haber, pues, entre estos dos antípodas? A los trabajadores se les conduce á la guerra cual si fueren ganado al matadero y ni siquiera saben porque se baten. ¿Conocéis el dibujo de Hermann Paul que publicó el *Cri de Paris*? Dos soldados están sentados sobre la cubierta del vapor que los lleva hacia China, francés uno, el otro alemán. Hablan amigablemente en la ociosidad de aquel interminable viaje del que acaso no vuelvan. Es extraño, dice uno, no me acuerdo porque motivo nos batimos en el año 1870. Y yo tampoco, responde el otro... Entretanto el buque vaga hacia los campos de batalla chinos sin que los dos soldados sepan tampoco porque van á batirse de nuevo.

¿Y no es estúpido dejarse matar para reportar beneficios á otros, ya que el trabajador no gana nada con la guerra? Los lazos internacionales de los trabajadores tendrán algún día como consecuencia poner un freno á la ambición de los poderosos de la tierra. La Internacional de los reyes es la guerra para oprimir á los pueblos y esclavizarlos á capricho de la voluntad de los opresores. La Internacional de los trabajadores es la paz, pues los trabajadores tienen necesidad de la paz para mantener la producción.

XI. Supresión de los reyes, de los presidentes, de los senados, de los parlamentos, por ser instituciones sociales hostiles á la paz.

¿Acaso el emperador Guillermo II no es una constante amenaza de guerra? Estas instituciones son el instrumento de guerra en manos de los capitalistas, son una amenaza contra la paz, son contrarias al interés de los pueblos.

XII. Abolición de los embajadores.

Los embajadores son un anacronismo en un siglo de ferro-carriles, de telégrafos y de teléfonos. Los ministros bien pueden hablar con sus colegas de otras naciones sin necesidad de intermediarios que cuestan mucho dinero. En las grandes naciones los embajadores son un constante peligro, pues estos diplomáticos emplean ante todo su talento en intrigas y complicaciones para darse luego el gusto de desenredarlas ellos mismos. Trabajo de Penélope que hilaba de día y deshacía el trabajo por la noche. Obran para poner la paz en peligro y tomar luego la apariencia de salvadores de la paz y consolidar la posición con su diplomática habilidad. En las naciones pequeñas los embajadores actúan simplemente de adorno de salones y fiestas. Leroy-Beaulieu está de acuerdo con nosotros cuando confiesa que no puede comprender el beneficio y el interés que puede reportar el sostenimiento de los embajadores.

XIII. Reforma de la enseñanza de la historia.

¿A qué se reduce la historia en la mayor parte de los libros? A la historia de los reyes y de las batallas que se han dado, sin mentar para nada como vivía, trabajaba y pensaba el pueblo. Y no obstante, la historia de los campesinos, de los artistas, de los obreros, del pueblo, es mucho más instructiva é interesante que la de los improductivos reyes, nobleza, clero, etc. La historia del arado y la carreta es mucho más importante para la civilización que la de Gabriela d'Estrée, de madame Du Bargy, de la Pompadour y demás querindangas de los reyes. La historia ha de ser historia de la civilización, y todas estas matanzas, carnicerías y guerras que ahora nos sirven las historias oficiales no son más que un capítulo de la historia del canibalismo, nada tienen que ver con la civilización. En toda obra educativa hay que eliminar, desde el principio, el espíritu

guerrero. Nada de juguetes que desarrollen en el niño el espíritu militarista, nada de libros con grabados que representen escenas guerreras; hay que evitar que se desarrolle en la infancia la tendencia á la guerra. Algo ha cambiado esta tendencia en nuestros tiempos, pero de todos modos el campo de trabajo para los maestros de la infancia es aun muy vasto, pues los centros de enseñanza son un instrumento en manos del capitalismo interesado en desviar la imaginación del niño y convertirle en súbdito dócil y de fácil manejo.

XIV. Abolición de los ejércitos permanentes.

La guerra es un producto necesario del ejército, como la planta lo es de la semilla. Hasta me pregunto á veces si la paz armada no será mucho más absurda y nociva que la misma guerra; pues esta dura más ó menos tiempo, pero tiene un término y la paz armada es un estado permanente, un azote para toda la sociedad. Incalculable es el dinero y las fuerzas que los ejércitos permanentes arrebatan á la sociedad. Es también una selección, pero no natural, sino artificial. No es la lucha por la existencia (struggle for life) de que nos habla Darwin; es una lucha contra la existencia. El célebre darwinista, el profesor Hækel dice en su *Historia de la creación de los seres organizados según las leyes naturales:* «Una dominación, el fatal militarismo, el azote de la Europa actual, se ha convertido, desde que se impuso el servicio militar obligatorio, en una institución republicana, el ejército permanente que sirve para uso de la dinastía absolutista, formando un monstruo antinatural (1). Para engrandecer el ejército tanto como sea posible, se recluta severa y anualmente en todos los rangos de la sociedad á los jóvenes mas sanos y robustos. El hombre joven que es el ser más sano y normal, tiene todas las probabilidades de que lo maten los fusiles modernos, los cañones y demás instrumentos de esta bárbara civilización actual.

»Todos los débiles, los enfermos y los estropeados quedan dispensados de esta selección militar, permanecen en sus hogares durante la guerra, se casan y se multiplican. Cuanto más débil y enfermo es el individuo más escapará al reclutamiento y más probabilidades tiene de fundar tranquilamente una familia. La flor de la juventud muere en el campo de batalla mientras la gente deteriorada físicamente tiene en cambio la satisfacción de multiplicarse y transmitir todos sus achaques á la posteridad.

»Según las leyes de herencia en cada generación es fatalmente mayor y más intensa la debilidad corporal y por consiguiente la del espíritu. No hay que extrañarse, pues, que la debilidad del cuerpo y del carácter vaya en disminución en nuestros pueblos civilizados y que el espíritu libre é independiente sea cada vez más raro.»

Como se vé no son los más fuertes, los mejores quienes sobreviven y se multiplican, al contrario, los más débiles y los enfermos son los vencedores. Este mismo profesor tenía razón cuando escribió que, «en comparación de los progresos sorprendentes de las ciencias naturales nuestro sistema de gobierno, de administración, de justicia, de educación y toda nuestra organización social y moral permanecen en estado de barbarie.»

Y no hablemos de la influencia funesta de la vida militar en los cuarteles, estas pretendidas escuelas de civilización, según los señores militaristas quieren hacernos tragar. La civilización del cuartel es mejor una sifilización. Mientras existan ejércitos permanentes la guerra asomará su faz amenazadora como una de las causas que la engendran.

---

(1) En las primeras ediciones, y en la quinta del año 1874, se encuentran estas palabras desaparecidas de las demás ediciones porque el autor ha glorificado después al emperador de sangre y de acero como un héroe á quien Alemania y aun la humanidad debe grandes servicios. Por esto un hombre de real saber como Dubois Reymond pudo decir sin incurrir en error que la Universidad es la guardia espiritual de los Hohenzollern. La ciencia se convierte en dócil servidora de los reyes. ¡Que vergüenza!

XV. Arbitrage en caso de disputas.

Cuando los habitantes de un país civilizado tienen disputas no van á pelearse sino que en el arbitrage buscan una solución á sus diferencias.

¿Por qué no ha de hacerse lo mismo entre las naciones? Ya el célebre Hugo Grotius escribió un libro sobre la Guerra y la Paz en el cual dijo que «el partido que rechaza el arbitrage es sospechoso de mala fé.» Nosotros reímos cuando se nos habla del «derecho de la guerra.» El derecho de la guerra es como si habláramos de la cuadratura del círculo, pues el derecho excluye la guerra y la guerra el derecho. Hasta el derecho de los pueblos que se enseña en las Universidades nos parece un contrasentido, pues en la práctica nadie se preocupa de tal derecho. Se ha visto con las balas dum-dum que en Africa han empleado los ingleses. La verdad—una verdad absoluta, convenido, pero que es al propio tiempo una realidad—es que el hombre que triunfe aun contraviniendo lo establecido por la Convención de Ginebra será glorificado como un héroe, más que el vencido que permanezca fiel á los convenios. El hombre que pueda matar, destrozar de un solo golpe á todo un ejército enemigo en menos de un minuto hará una entrada triunfal en su país cubierto por las flores que le arrojarán sus compatriotas.

Pensad en los matarifes como lord Kitchener, como Marchand y tantos otros en todos los países. El arbitrage no es un medio infalible en todos los casos, pero puede serlo en algunos y en algunos ha evitado la guerra. ¿Por qué no continuar en un camino que puede evitarlas?

XVI. La federación de los diversos países europeos, tal como se ha hecho en los Estados Unidos de Norte América.

Antiguamente guerreaban ciudades contra ciudades, provincias contra provincias. La unidad de los actuales estados ha terminado aquellas guerras. Hoy se hacen la guerra estados contra estados; cuando se federen, poseyendo cada uno su autonomía, las actuales guerras concluirán. Todas las cuestiones como las de Finlandia, Polonia y Rusia, las de Sleving Holstein, Polonia, Alsacia-Lorena y Alemania, Irlanda y Inglaterra, Polonia, Bohemia y Austria van á desaparecer porque se ha formado una federación de diversos países. Es una cuestión de tiempo y de civilización.

Novicow, en su libro *Les Gaspillages des societés modernes,* dice: «La federación se hará, no cuando nos hayamos vuelto mansos como palomas y nos amemos como hermanos, sino cuando la encontraremos conforme á nuestros intereses. Bastaría que la quisieran las clases directoras. Entonces, cada uno de nosotros, libres del mareo que nos causa la mútua expoliación, gozará al fin del fruto de su trabajo, en toda su plenitud.» Seguramente la federación europea no tendrá estas consecuencias que aventura Novicow, pues las clases directoras no la querrán nunca á este precio. Unicamente la anarquía puede dárnosla con estos efectos.

XVII. La huelga militar en caso de guerra y la huelga general.

En el Congreso de la Internacional en el año 1868 se adoptó por unanimidad la siguiente declaración: «El Congreso recomienda sobre todo á los trabajadores que cesen en sus trabajos en el caso de que sobrevenga una guerra en sus respectivos países. El Congreso cuenta con el espíritu de solidaridad que anima á los trabajadores de todos los países y espera que no faltará su apoyo á esta guerra de los pueblos contra la guerra.»

He aquí la huelga en caso de guerra.

Cuando yo propuse la huelga militar al Congreso de Bruselas en 1891, la oposición fué grande y se calificó mi proposición de utópica y fantástica.

¡He aquí el progreso del socialismo en veinte años! Desgraciadamente es un progreso retrógrado.

Cuando los obreros de los diversos países se nieguen á ingresar en filas ¿qué harán los gobiernos que tengan que movilizar las fuerzas? Si algunos dieran el

ejemplo muchos otros lo seguirían. Siendo millares no habría modo de fusilarlos á todos. Sería materialmente imposible. Se puede fusilar á unos cuantos, pero no hay modo de responder á un acto de indisciplina colectiva con una hecatombe que acarrearía la insurrección de todo el ejército. Cuando nos neguemos sistemáticamente á obedecer, los gobiernos más poderosos serán impotentes para obligar á los socialistas á una acción fratricida.

Yo prefiero la guerra civil á la guerra entre naciones, pues en el primer caso uno se bate por ideas y en el segundo tiene uno que batirse por el capricho ó interés de los demás. Además, uno sabe que se bate con verdaderos enemigos, pues el enemigo del obrero francés, no es el obrero alemán, inglés, etc., sino el capitalista francés, por mucho que hable el mismo idioma y habite en la misma patria. Los obreros de todos los países han de ser amigos porque sus intereses son los mismos. Los opresores de los obreros son, en todas partes, los poderosos y cualquier triunfo que sobre éstos se obtenga significa la emancipación de los obreros que gimen bajo el yugo de la opresión.

La patria es una vana palabra, porque el país que os deja sufrir ó morir de hambre no merece el nombre de patria. Nos han robado nuestra patria y ningún amor por ella podemos sentir.

Dense por advertidos todos los gobiernos. Los anarquistas no seremos tan cándidos ni tan estúpidos que vayamos á destrozarnos patrióticamente para hacer el juego de nuestros adversarios. El momento más solemne en 18 Marzo del año 1871 fué cuando los soldados fraternizaron con sus hermanos los obreros. Hagamos una activa propaganda de fraternización de los ejércitos á las mismas barbas de los jefes y palidecerán de espanto ante espectáculo tan grandioso.

El pueblo necesita dinamita. El desarrollo del militarismo, la perfección del armamento moderno, han hecho imposible la lucha del pueblo en las calles y sobre las barricadas.

Para la emancipación del proletariado la dinamita ó cualquiera otra materia explosiva puede dar el mismo resultado que la pólvora cuando la liberación de la población de las ciudades en la edad media. Federico Engels escribió: «dad á cada ciudadano un buen fusil y cincuenta cartuchos y tendréis la mejor garantía para la libertad del pueblo.»

Y nosotros agregamos: dad á cada ciudadano cincuenta cartuchos de dinamita y tendréis la mejor garantía de la libertad contra la arbitrariedad de la policía y de los gobiernos.

Los obreros tienen asimismo en sus manos otros medios para impedir las guerras. Suponed, por ejemplo, que los obreros del transporte por mar y tierra, los obreros de los puertos y ferrocarriles principian la huelga ¿de qué medios dispondrá el gobierno para transportar los soldados y el material de guerra? Con esta huelga se haría imposible á los ejércitos enemigos ponerse en contacto y nuestro objetivo ha de consistir en que no puedan acercarse. Recientemente leímos de una huelga que en Nueva Orleans sostuvieron los fogoneros ingleses y los conductores de caballerías que hizo imposible el embarque de 1,400 mulas destinadas al Africa del Sud. Así se comienza. La guerra es imposible cuando se impida el transporte de soldados, caballos, cañones, municiones y víveres. Continuemos nuestra propaganda para que germine la idea del rechazo de servicio en casos de guerra acompañado de la huelga general.

La idea hará su camino. Hagamos todos los posibles para que los anarquistas, los únicos verdaderamente revolucionarios é internacionalistas, comprendan que el proletariado del mundo entero debe arriesgar su pellejo únicamente cuando se trate de ir contra su único y verdadero enemigo, el capitalismo.

XVIII. La resistencia pasiva y la negativa individual.

Lo que la huelga hace colectivamente lo efectúa individualmente la resistencia pasiva. Negarse al servicio militar es uno de los medios que desesperan á

los gobernantes. Pero esta negativa exige una fuerza moral extraordinaria, pues para resistir los tormentos á que el individuo se expone, es necesario un carácter casi sobrehumano. Conocidos son el valor y el carácter de los Doukobors rusos que, á pesar de todos los sufrimientos han perseverado en su negativa de no querer servir en el ejército. Hay que quitarse el sombrero ante estos héroes. En nuestro país, en los Países-Bajos, tuvimos el año pasado el ejemplo de dos jóvenes que se negaron á hacer el servicio militar. Uno fué un anarquista cristiano y sufrió un castigo en la cárcel durante varios meses hasta que sucumbió. El otro, al contrario, un anarquista individualista, soportó su primer castigo durante un año entero de prisión. Cuando salió de ella se le preguntó nuevamente si quería hacer su tiempo de servicio militar, á lo que se negó categóricamente por lo cual fué condenado de nuevo, por reincidente, á un año y cuatro meses de cárcel. En ella continúa impávido ante el asombro de todos. Hace poco escribió: «Mi convicción me es mucho más cara que la vida. Esta pueden arrebatármela, la otra, jamás.» Y aquí tenéis que cuando un hombre dice que no quiere matar, el gobierno responde, después de veinte siglos de cristianismo y de civilización: pues á la cárcel este malhechor, no hay sitio para él en nuestra sociedad, es un sér peligroso para el orden social.

Pues yo propongo que se envíe á este héroe nuestro más cordial saludo que le testimonie como consideramos su acto mucho más heroico que todas las valentías militares. Una sociedad que permite que sus mejores hijos sufran en la cárcel no es digna de existir. Creemos que el acto individual de este joven ejercerá forzosamente una gran influencia. Cuando estos ejemplos se multipliquen —estos valientes son los heraldos de una nueva era—comenzará la de la civilización real que nada tiene que ver con la civilización hipócrita actual.

XIX. Favorecer el desarrollo general y las condiciones de bienestar para todo el mundo.

Si los hombres tienen algo que perder con la guerra, en cambio tienen un verdadero interés en conservar la paz. Vendrá un tiempo en que la guerra será considerada como un resto de la barbarie en la que los hombres veían el único medio de obtener el derecho y de hacer cesar las querellas. La opinión de muchas personas, que como los reyes, creen que la *última ratio* de los pueblos es el cañón, no es nuestra opinión y la historia de la civilización no abona la verdad de aquella tesis. Tiempo hubo en que se consideró el duelo como único medio de reparar el honor, pero cada día que pasa el duelo cae más en el ridículo y se ve que el honor nada tiene que ver con la sangre derramada. Lo mismo pasa ó pasará con las guerras. No se trata de saber si terminarán ó no las disputas ni de si los hombres serán ó no ángeles en el porvenir ¿pero por qué el hombre, sér razonable, ha de tener forzosamente necesidad de batirse para dirimir sus diferencias?

Un sér que piense no obra con medios violentos sino con argumentos. Federico II estuvo en lo cierto cuando dijo que si todos los soldados comenzaran á pensar ni uno solo permanecería en las filas.

¿Qué es un ejército? Una reunión de personas que no piensan, instrumentos dóciles, de los cuales hacen lo que quieren los jefes. El ejército es francamente hostil á la humanidad, porque es lo contrario del hombre como sér de razón, como carácter y como individuo.

El principio del tipo militar es el concurso obligado, ¿pero qué es más este concurso obligado sino esclavitud y despotismo? El militarismo es un ataque directo á la civilización. El célebre filósofo Kant, en su proyecto de paz perpetua, dice que todas las cracias, tanto si son autocracia, aristocracia ó democracia (gobierno de uno solo, de los mejores, del pueblo) son funestas y despóticas. ¡Abajo, pues, todas las cracias!

Reuniéndonos bajo la bandera roja olvidaremos las banderas nacionales, y cuando desaparezca el último cañón destrozado por el anarquismo, que es huma-

nitario y civilizador, como lo pintó Wiertz de Bruselas en uno de sus lienzos, enarbolaremos la bandera blanca de la paz en todas partes, pues el triunfo del proletariado significa la paz social é internacional, es la república universal sin distinción de nacionalidad, sexo, raza y color. Negarse á trabajar, negarse á hacer el servicio militar son los medios más eficaces para arrojar la revolución entre las patas de los ejércitos en marcha.

Cuando los gobiernos declaren la guerra tenemos el deber y el derecho de responder con la revolución.

Cuando uno se ve atacado tiene el derecho de defenderse. Y como la guerra es un ataque á nuestra vida, á nuestro bienestar, á nuestra libertad, á la humanidad, nosotros defenderemos en nombre de la civilización á la humanidad contra los cañones y los fusiles de nuestros opresores.

Audacia, àudacia, y siempre audacia; he aquí lo que nos dará el triunfo, pues la anarquía es el orden, es la paz, es la supresión del pauperismo, es la libertad.

J. Domela Nieuwenhuis

El militarismo: actitud que hay que tomar en caso de guerra

El objeto y el título de esta memoria parecerán *á priori* salir del círculo estrecho en el cual se han movido hasta el presente los sindicatos. Pero reflexionando y analizando un poco todos los lazos que unen el individuo á la sociedad, se verá fácilmente que sería pueril que un sindicato obrero no aprovechara la ocasión que se le presenta de expresar su modo de pensar respecto uno de los mayores azotes del siglo: el militarismo.

En efecto, todos somos víctimas de este ídolo sangriento y son tan raras las ocasiones de obrar con eficacia contra esta servitud, que gustosos nos asociamos á la orden del día de este Congreso, esperando que servirá de ejemplo á los demás sindicatos.

En los diferentes congresos corporativos que acaban de cerrarse, hemos podido asistir ya á un despertar, tímido, es verdad, pero que irá progresando, de los sindicatos obreros vis á vis del militarismo.

En el Congreso de la Federación de las Bolsas se ha adoptado la siguiente resolución presentada por la Unión de los Sindicatos del Sena y la Bolsa de Besançon:

«Para afirmar los sentimientos de solidaridad obrera y para evitar á los jóvenes soldados el sufrimiento del aislamiento y la influencia desmoralizadora del cuartel, el Congreso decide que los jóvenes trabajadores que se vean obligados á ir al cuartel, podrán estar en relaciones con los secretarios de las bolsas de trabajo de los sitios donde esté de guarnición.

»Si las relaciones directas entre las Bolsas fueren difíciles de establecer, el Congreso recomienda las relaciones amistosas que pueden tener lugar en el domicilio de los militantes.»

Fácil es darse cuenta de la influencia enorme que podría obtenerse manteniéndonos en contínua relación con los jóvenes soldados disfrazados de asesinos, y es casi seguro que de este modo podría ahorrarse algunos Fourmiés y Martinicas en el porvenir.

Pero esta solución, digna de señalarla á la atención de todos y demostrar su iniciativa revolucionaria á las agrupaciones corporativas, es incompleta. Se ha

evitado investigar lo que constituye verdaderamente la fuerza del militarismo y se ha intentado paliar la idea de los futuros fusilamientos con el mantenimiento del uniforme. Es necesario no pararse en las verdades á medias. Conviene hacer la luz, tan intensa como se pueda, aunque tuviéramos que ser las primeras víctimas; no hay transformaciones sociales sin ellas; el progreso es la historia de los mártires.

Si el militarismo existe es porque queremos nosotros. Nuestro aborregamiento hace su fuerza.

Han sido, son y serán siempre trabajadores los que asesinan á sus semejantes cuando el jefe se lo ordena.

¿Qué podemos contra esto?

¿Qué se ha hecho hasta hoy y qué puede hacerse mañana?

Preguntas son éstas que importa resolver imparcialmente á fin de adoptar una táctica conforme á nuestro espíritu de lucha.

Hasta hoy, y hablo en particular de los sindicatos, se han abstenido de esta cuestión y causa realmente una especial satisfacción ver la iniciativa tomada en el Congreso de las Bolsas del Trabajo por la Unión de los Sindicatos del Sena. Pero esto es poco, pues si al lado de la idea de la huelga general nos descuidamos ocuparnos de la fuerza armada que es un antagonismo bastante interesante, corremos el riesgo de ir á parar á una derrota segura.

Cándido será objetar que al obrar de este modo los sindicatos harían política. Cuando á consecuencia de un conflicto económico nos declaramos en huelga ¿acaso no hallamos frente nosotros al ejército que se levanta como una barrera opuesta á nuestras reivindicaciones?

Afortunados aún si no nos fusila como hizo en Fourmiés y en Châlons. ¿Y se querrá que las sociedades de oficio no se preocupen de esta cuestión y traten de resolverla?

Demasiado tiempo hemos perdido, y la indiferencia manifestada por los ambientes obreros hasta hoy, sería criminal si continuara.

Es necesario, por consiguiente, una enérgica propaganda y que los militantes sepan obrar virilmente cuando el conflicto se presente.

No aconsejaremos á los jóvenes que deserten. Sabemos los males que arriesgarían y nos repugna aconsejar á los demás actos que nosotros mismos no hemos tenido el valor de poner en ejecución. El ejemplo es la mejor propaganda.

Confesamos que sin deserciones contribuimos á mantener el militarismo, es cierto; que nuestra cobardía, nuestro apoyo, voluntario ó no, es quien hace perdurar este azote. Y con respetuosa admiración enviamos nuestro fraternal saludo á los discípulos de Tolstoi que, aunque sean religiosos, obran más anárquicamente que muchos de nosotros. De ellos debe venir el ejemplo, y de ellos podemos recibir lecciones.

Desgraciadamente, si las energías son raras y vacilan en mostrarse, obedece á la triste situación en que sabe se hallará el que deserta voluntariamente del infierno militar.

Esta triste situación en que se hallan es culpa nuestra.

Si con ayuda de agrupaciones internacionales, y esto es fácil, se estableciera una inteligenciación encargada especialmente de proveer á las necesidades de los refractarios al servicio militar, es seguro que muchos de los que hoy vacilan en cumplir con su deber de trabajadores, no titubearían más.

Utilísimo sería publicar un Boletín internacional que consignara los ejemplos de los que se rebelan contra una institución que consideran mala y criminal. Son ejemplos, ideas vagas que importa precisar para evitar estar á merced de la banda de asesinos borrachos.

Cuando las cuestiones económicas apasionan cada día más á los trabajadores disgustados de las canallerías de la política, cuando la situación de los proletarios es cada día más precaria que el número de sin-trabajo, vagabundos, y

muertos de hambre aumenta considerablemente, importa mucho no dejarse sorprender por el mañana.

Es necesario que no se repita á nuestras orejas el siniestro «apuntad bien, herid sin piedad,» de las bellas «Versallesas» de Milán.

¿Quién no recuerda el enorme lujo de fuerzas militares desplegado con motivo de la tentativa de huelga general de hace dos años, y quién no ha pensado con espanto lo que hubiera resultado si los trabajadores hubiesen sido conscientes?

Recordamos que hace dos meses, en el Creusot, los soldados se negaron á tirar sobre el pueblo, que estos mismos soldados al pasar con el tren por los lugares de los huelguistas, arrojaban á éstos desde las portezuelas trozos de papel en los que había escrito: «No temáis nada, estamos por vosotros.» Son destellos de esperanza que importa propagar y extender en millones de folletos. Conviene que los sindicatos eduquen en este sentido á los jóvenes trabajadores para que cuando ingresen en el ejército no disparen sobre el pueblo.

Ya que la orden del día de este Congreso traza la actitud que hay que tomar en caso de guerra, no hay que titubear más, adoptemos la resolución siguiente:

Considerando que las guerras son debidas á las querellas de algunos capitalistas que, desde el momento que sus intereses están en fuego, no titubean en desencadenar las matanzas espantosas con el único objeto de acrecentar sus capitales,

Considerando que la misma propiedad, causa de discordia, es el producto del trabajo robado y acumulado en manos de los parásitos,

Considerando que los que desencadenan estas guerras, ni por asomo piensan tomar parte en ellas,

Invitamos á todos los proletarios á que se nieguen á asociarse á las matanzas internacionales, rogándoles se agrupen y eduquen, declarando que el único medio de evitar estas matanzas, deshonra de la humanidad, consiste en que los proletarios de todos los países se tiendan la mano y nieguen su concurso á sus verdugos

No añadiremos largos comentarios á este llamamiento. Explotados en tiempo de paz, creamos sindicatos para que el obrero encuentre en ellos lazos morales y materiales que le unen á la causa de la emancipación. Cuando nos declaramos en huelga por motivos de solidaridad y demás, hallamos siempre, en tiempo de paz, al ejército dispuesto á destrozarnos y á proteger la propiedad de nuestros dueños; luchando corporativamente y económicamente intentamos anular la fuerza brutal que nos oprime. Toca, pues, á nosotros, aprovecharnos del día en que nuestros amos, bajo un pretexto cualquiera, intenten desencadenar una guerra para asegurar su dominación ahogando en sangre las ideas emancipadoras. No nos prestemos á sus combinaciones funestas.

Declaremos la huelga general militar y hagamos lo que se han negado hacer en sus congresos los socialistas parlamentarios.

Es el único modo de obrar eficazmente.

Los delegados de la Unión del Bronce

ALBERTO HENRY, SAVRY

Por el desarme

CARTA Á GOHIER

Ginebra, 14 Junio 1900

Sr. Urbain Gohier, redactor de *L'Aurore*.

Querido señor, compañero ó ciudadano:

Está V. haciendo una valiente campaña contra el militarismo y sus porquerías.

Hace ocho años, seguramente no tendrá V. conocimiento de ello, publiqué sobre esta cuestión, en nombre de un grupo de amigos, viejos luchadores del 71, un folleto que le remito.

En él se trata, como verá V., de una cuestión de cifras; lo que hace diez años costaba á Europa 8 mil millones de francos, cuesta hoy más de 11 mil millones.

Pienso reeditar este folleto con las nuevas cifras que comprenden los presupuestos.

Pero esto es el lado arduo, el lado estadístico de la cuestión que únicamente comprenden los inteligentes.

La masa lo ignora ó no lo comprende.

Me parece que es conveniente hacer que sea comprensible lo que este lado puramente «cifras» tiene para la masa de oscuro é incomprensible.

Al publicar nuevamente este estudio precedido de la adhesión de Karl Vogt, de una carta de Julio Guesde participando el voto de la proposición de desarme del Congreso de Bruselas (que había pasado en silencio), quisiera, en el próximo Congreso internacional anunciado para Septiembre en París, por los independientes... provocar una manifestación bien simplicista á favor del desarme y de las teorías que nosotros sostenemos y que V. defiende tan vigorosamente.

Quisiera muy prosaicamente hacer aceptar por el Congreso un proyecto de manifestación en París, conducir á una iniciativa que puede parecer infantil, la de pasear, desplegar ante los ojos de la población en este momento de Exposición cosmopolita, cartelones que por orden alfabético, á fin de no herir susceptibilidades patrióticas, lleven las siguientes inscripciones:

¡Abajo el ejército alemán!
¡Abajo el ejército austriaco!
¡Abajo el ejército belga!
¡Abajo el ejército español!
¡Abajo el ejército francés!
¡Abajo el ejército inglés!
Etc., etc.

DESARME

Fíjese V., señor, en que no me hago ninguna ilusión respecto el lado pueril que presenta para nosotros una manifestación semejante.

Pero V. sabe y lo ha observado mejor que nadie, nuestros adversarios toman el espíritu de las masas por la vulgaridad de los medios y la banalidad de los procedimientos.

Algunas grandes palabras vacías de sentido: Patria... Ejército... Honor... Bandera... Primero la Francia... Algunos dibujos de Epinal... Marchand en Fa-

choda... Vendido á Alemania, etc. Tal es su táctica. De todos modos con esta táctica logran falsear el espíritu público, aún el de nuestra vieja raza francesa antes tan revolucionaria, que puede asimismo serlo mañana.

Paréceme, por lo tanto, que oponiendo á esto un estudio puramente técnico, pero indiscutible por su calidad de documento apoyado con cifras, y luego una manifestación comprensible por su aspecto cándido, sería hacer adelantar la propaganda de modo muy apreciable y remacharía un poco más este clavo de justicia y de emancipación, tan difícil de hacer penetrar en los intelectos.

Someto á V. la idea.

Si se adhiere á este proyecto, y el apoyo de V. sería de los más útiles, ruégole una respuesta.

De V. atento

LEON BERCHTOLD

CARTA DE GOHIER

Monnetier, lunes 18 junio 1900

Querido señor:

Vuestras ideas son muy justas; los medios de propaganda más simples son siempre los mejores para las masas. Las cifras de vuestro cuadro estadístico han aumentado de modo muy sensible desde hace diez años y, por lo menos en nuestro presupuesto, me permito recordarle que siempre hay «créditos extraordinarios» considerables fuera de los créditos normales. En un punto difiero de sus sentimientos; es cuando V. cree á los franceses capaces de volverse nuevamente revolucionarios, admitiendo que alguna vez lo hayan sido seriamente.

En mi juventud me habían sugestionado esta idea, pero experimentalmente he reconocido que era una mentira tan grande como las demás. Los mejores franceses son inertes y los demás son francamente reaccionarios.

Recibid, querido señor, la expresión de mis mejores sentimientos.

URBAIN GOHIER

Habiendo faltado el tiempo material para la propaganda y adquirida la certidumbre de que hubiera sido imposible efectuar la manifestación en París, el proyecto para Septiembre fué abandonado dejándolo para el 16 de Mayo de 1900.

L. B.

CARTA DE JUAN GRAVE

París, Agosto 1900

Querido amigo.

Cada vez que se trata de trabajar para suprimir el ejército, esta escuela de aborregamiento que deforma los mejores caracteres y deprime la dignidad del individuo, estoy pronto á secundar la obra.

Es necesario que los individuos sepan bien que no es un mejoramiento del sistema lo que conviene, sino la abolición completa de esta escuela de muerte, de sumisión, de cobardía moral y de esclavitud.

El ejército es provechoso únicamente á los que ganan en estos conflictos entre pueblos, á los que tienen privilegios que defender.

El ejército implica disciplina, jerarquía, disminución de la humana personalidad.

Todo individuo que tenga conciencia de su dignidad deseará seguramente ayudar á su desaparición.

Cordialmente vuestro

JUAN GRAVE

CARTA DE LUIS DUCHOSAL

Ginebra, Septiembre 1900

Los autores de esta proposición de desarme tienen un poco el aspecto de hombres que vienen de la luna y sus contemporáneos los calificarán de locos ó simplemente, se sonreirán de su «cándido candor,» pues en verdad que se necesita tener la cabeza sólida y la utopia tenaz para decir á los pueblos que tienen algo mejor que hacer que combatirse, que la naturaleza no ha dado al hombre un corazón para que lo empleara en el odio, sino para amar y que si las sociedades consagraran al mejoramiento de las condiciones humanas los miles de millones de francos que emplean en la guerra todos sus miembros gozarían la parte de vida feliz que merecen.

Por pensar de este modo fué crucificado Cristo hace cerca dos mil años; es verdad que aunque hoy reine tanta intolerancia en las ideas nos repugnan de igual modo los medios violentos y si Cristo volviera á la tierra podría, pagando la patente que la ley exige, continuar su misión de paz sin correr otros riesgos que los de afrontar las cuchufletas de los colegiales imbuídos del espíritu militarista y las befas de los Homais, de esta triple encarnación de la burguesía capitalista, nacionalista y presupuestívora.

LUIS DUCHOSAL

Escritor

CARTA DE KARL VOGT

Ginebra, 29 Noviembre 1893

Estoy perfectamente de acuerdo con las ideas emitidas respecto la necesidad del desarme.

Hasta creo que la lucha contra el estado actual es el primer deber de todo hombre pensador. No solamente desde el punto de vista material, sino por respecto á la moralidad é inteligencia de la humanidad, creo que el militarismo debe combatirse sin descanso. Todo el mundo, todos los gobiernos, sin excepción, hacen protestas de sus pacíficas intenciones.

Pero continuando los armamentos se declara que los demás pueblos que proclaman la paz como objetivo de sus esfuerzos son unos embusteros de cuyas protestas no puede fiarse.

¡Cuánta desmoralización esto significa!

KARL VOGT

PROPOSICIÓN DE DESARME

Ginebra, Agosto-Septiembre 1900

Con motivo del 1.º de Mayo publicamos en 18 de Mayo del 1892 un folleto titulado, *Ocho horas de trabajo y Desarme,* reproduciendo una proposición de desarme dirigida al Congreso de Lille (que lo recibió en 1890 después de la sesión de clausura pero se publicó en los informes), dirigida y votada luego por el Congreso de Bruselas de 1891, y más tarde dirigida asimismo al Congreso de Halle de 1892 (1).

Esta proposición no fué aceptada y votada por el Congreso de Bruselas en

(1) De este Congreso no nos llegó ninguna respuesta.

pleno (1) por no tener un carácter universal y no ser concerniente ni á los Estados Unidos de América, ni á Australia.

Actualmente esta reserva no sería motivada. De una parte los Estados Unidos en Cuba, en Filipinas y en China se militarizan de modo creciente. De otra parte, Australia con sus contingentes enviados contra los boers en el Africa del Sud, hace lo propio.

La proposición de desarme que volvemos á formular y dirigimos á los congresos obreros y revolucionarios anunciados para el Septiembre próximo en París, tiene un carácter absolutamente universal y enteramente internacional.

Reproducimos parcialmente el folleto publicado con el cuadro estadístico de los presupuestos de 1891 y de 1899, indicando al mismo tiempo los acuerdos sucesivos.

La progresión es aterradora.

El mundo entero es un vasto campo de guerra.

En todas partes nos aplasta el militarismo y bajo su formidable presión la mentalidad de la especie parece decrecer.

Hace ocho años tuvo su esplendor el 1.º de Mayo. Los ensayos de movilización proletaria parecía que debían sacudir el letargo de las masas y parecía inminente su despertar.

Espantados los políticos de la magnitud y consecuencias que podía traer el movimiento pusieron obstáculos á su desarrollo.

El mismo cayó ó degeneró en un cancán socialista, en unos fuegos artificiales para regocijo de obreros, impropios de una situación económica que nada tiene de festiva.

Hoy, más positivamente, sometemos á los congresos, únicamente bajo el punto de vista del desarme, la reproducción de la proposición votada en 1891 en el Congreso de Bruselas por las delegaciones socialistas alemanas y francesas, voto olvidado por ellas mismas... desde el mantenimiento de una paz que cuesta 11 mil millones anuales, ideal de los programas formulados en estos últimos tiempos en los manifiestos del Partido obrero social, demócrata, etc., etc.

Nos parece que es muy factible hacer que las masas internacionales se apasionen y obtener de ellas en pró del desarme una especie de movilización moral cuya influencia sería de la mayor importancia.

Ciertamente que el desarme no es la solución de la cuestión social, pero es un deseo preciso sobre el cual todos los grupos socialistas están de acuerdo.

La masa puede comprender este deseo y los intelectuales lo aprueban.

Nuestro objeto es hacerlo palpable y propagarlo á dicha masa obrera.

No desarrollaremos los argumentos conocidos henchidos de sentimentalidad que vienen en apoyo de esta proposición; nos basta exponer lo referente á la cuestión económica:

1.º El primer tributo, impuesto sobre los salarios, sueldos, etc., se aplica á beneficio del ejército en todos los países;

2.º El ejército es en todos los países el obstáculo inmediato y brutal á la transformación económica del estado actual;

3.º El desarme arrojaría sobre el mercado universal—industrial, comercial, minero, agrícola, etc.,—un excedente de brazos, un aumento de producción que en plazo corto impondría una disminución de horas de trabajo, apresuraría la transformación económica y el advenimiento de un nuevo estado de cosas;

4.º Haciendo el Congreso obra de propaganda á favor del desarme uniría á esta proposición todos los elementos que en Europa son sinceramente liberales y humanos é internacionalizaría prácticamente una cuestión que los Congresos de la paz y demás conferencias de la Haya no han tratado sino desde el punto de vista platónico;

(1) Véase la carta de Julio Guesde que sigue á continuación.

5.º Pedimos, además, que los Congresos formulen una proposición invitando á las agrupaciones socialistas, á las asociaciones obreras, corporaciones, sindicatos, etc., á propagar por medio de sus periódicos y reuniones que se estudie el mejor modo de efectuar una manifestación internacional contra el militarismo que pudiere hacerse en todas partes y en el mismo día.

Proponemos que esta manifestación se fije para el día 16 de Mayo próximo (1901), aniversario del derribo de la columna Vendôme por la Comuna de París en 1871, acto realmente precursor.

Nos parece que esta manifestación tendría su lado simbólico poderoso, capaz de inspirar á la masa el desprecio y el horror al ejército, esta escuela de muerte y desmoralización.

Seguramente existe en todas las ciudades de Europa un monumento que glorifique y exalte esto á que se ha dado pomposamente el nombre de glorias de nuestros antepasados y que en realidad sólo recuerda el lado bárbaro de su concepción. Las manifestaciones podrían dirigirse hacia estos monumentos y ante ellos manifestarse en pró del desarme. Esta es la conclusión de la proposición que os sometemos.

LEÓN BERCHTOLD

CARTA DE JULIO GUESDE

París, 13 Enero 1892.

Querido ciudadano:

...Respecto á la proposición relativa al 1.º de Mayo y al desarme ha sido remitida con tiempo á la comisión encargada de redactar la memoria sobre el particular.

La idea de añadir á la manifestación en pró de la jornada de ocho horas una manifestación á favor de la Paz, no ha sido admitida por la mayoría de los delegados por considerar que no tiene un carácter realmente universal; los trabajadores de los Estados Unidos y de Australia, por ejemplo, no están bajo el peso de la guerra, limitado á Europa, pero de todos modos ha sido votada en sesión pública por la delegación francesa y por la delegación alemana.

Esto es todo lo que puedo deciros sobre el particular, teniendo en cuenta que tuve que abandonar Bruselas antes de efectuarse la última sesión del Congreso en la que se debatió la proposición, por hallarme enfermo.

JULIO GUESDE

DECRETO DE LA COMUNA DE PARÍS

12 Abril 1871.

«La Comuna de París:

»Considerando que la Columna Imperial de la Plaza de Vendôme es un monumento de barbarie, un símbolo de la fuerza brutal y de la falsa gloria, una afirmación del militarismo, una negación del derecho internacional, un insulto permanente que los vencedores lanzan á los vencidos, un perpetuo atentado á uno de los tres grandes principios de la República: á la Fraternidad,

»Decreta:

»Artículo único.—La columna de la plaza de Vendôme ha de ser derribada.»

El decreto se ejecutó el 16 de Mayo siguiente, bajo la dirección técnica de un ingeniero salido de la Escuela Central, perteneciente al grupo de los positivistas, amigos de Littré.

Según un miembro de la Comuna, el ciudadano Lefrançais, el texto de este decreto acaso fué redactado por el Dr. Sémérie, entonces médico en jefe de la

grande ambulancia establecida en los Campos Elíseos (Palacio de la Industria y amigo íntimo de Littré.

CUADRO ESTADÍSTICO

Dejando á parte el lado «fraternidad de los pueblos» y sin entonar un himno al amor al prójimo, se puede, sin embargo, constatar que se afirma más cada día la solidaridad de intereses entre los productores, sea cual fuere su raza ó la nación á que pertenezcan. Este es un hecho preciso, desprovisto de todo sentimentalismo. Añadamos á esto la noción de humanidad que penetra más y más en los espíritus; consideremos el instinto de conservación de la especie; el amor inteligente y razonado del yo, que afortunadamente principia á negarse á creer en la necesidad de suprimir á su semejante que las trasformaciones políticas del pasado nos presentan como adversarios y tendremos que la suma de todos estos motivos impone la abolición del estado armado.

ESTADO actual del armamento de Europa, 1891

ESTADOS EUROPEOS	HOMBRES		TOTALES		PRESUPUESTOS		Presupuesto total en francos
	Ejército de tierra	Marina de guerra	Hombres	Caballos	Ejército de tierra	Ejército de mar	
Alemania. . . .	511,492	34,630	546,122	93,650	899.134,079	99.688,780	998.822,859
Inglaterra. . . .	225,912	69,190	295,102	25,744	434.022,800	381.770,300	815.793,100
Austria-Hungría. .	335,965	12,109	348,074	66,681	293.225,710	28.361,322	321.587,032
Bélgica.	45,284	—	45,284	9,055	—	—	46.834,732
Bulgaria	35,807	336	36,143	6,000	—	—	23.918,121
Dinamarca. . . .	26,169	1,137	27,306	5,000	—	—	22.038,606
España.	118,753	19,286	138,039	15,000	146.220,530	32.088,598	178.309,128
Francia (1892). . .	570,603	58,804	629,407	138,990	670.520,697	212.903,414	883.424,111
Grecia.	26,134	3,361	29,495	3,714	18.437,000	4.831,784	23.268,784
Holanda	65,849	20,813	86,662	7,000	20.737,165	13.981,237	34.718,402
Italia.	262,247	20,429	282,676	50,000	282.361,922	121.465,219	403.827,141
Portugal. . . .	34,752	3,809	38,531	4,361	29.114,511	12.899,654	42.014,165
Rumania. . . .	51,450	1,551	53,001	8,124	—	—	36.417,134
Rusia.	796,868	30,432	827,300	152,386	888.165,256	156.786,212	1,044.951,468
Servia.	30,000	—	—	4,000	—	—	9.646,104
Suecia Noruega. .	56,942	7,184	64,126	8,683	38.913,364	12.286,404	50.605,368
Suiza.	21,000	—	—	3,800	—	—	24.003,169
Turquía.	182,400	40,572	222,972	30,000	—	—	250.000,000
TOTALES. .	3.397,627	323,643	3.721,270	632,188	—	—	5,174.465,149

— 1891 —

Presupuesto total . . . . Frs. 5,174.465,149

Hombres en activo servicio. . . . 3 721.270
Caballos id. id. . . . 632,188

Valuada en una cantidad mínima diaria la producción perdida por estas fuerzas no empleadas, hombres y caballos, tendremos:

3.721,270 hombres á 2'50 frs. . . . 9.303,175 frs.
632,188 caballos á 1'50 » . . . 1.408,282 »

Por día. . . 10.351,457 frs.

que multiplicados por un año de trabajo de 300 días resulta. . . » 3,105.437,100

TOTAL PÉRDIDA ANUAL. . . Frs. 8,279.906,249

Digamos en números redondos ocho mil trescientos millones de francos.

ESTADO actual del armamento de Europa (1899) en tiempo de paz

ESTADOS EUROPEOS	HOMBRES		TOTALES		PRESUPUESTOS		Presupuesto total en francos
	Ejército de tierra	Marina de guerra	Hombres	Caballos	Ejército de tierra	Ejército de mar	
Alemania. . . .	596,465	27,728	624,193	101,065	878.825,740	171.406,862	1,050.232,602
Inglaterra. . . .	258,010	188,919	446,929	30,881	500.000,000	601.700,000	1,101.700,000
Austria-Hungría..	346,510	8,723	355,233	62,824	466.629,562	42.353,150	508.982,712
Bélgica.	51,502	—	51,502	10,853	52.897,770	—	52.897,770
Bulgaria.. . . .	43,055	—	43,055	7,400	22.465,500	—	22.465,500
Dinamarca.. . .	30,791	1,622	32,413	6,200	14.290,713	9.512,147	23.802,860
España.	138,140	1,594	139,734	15,650	175.596,187	37.053,152	212.649,339
Francia.	573,743	53,708	627,451	122,373	795.737,551	320.968,122	1,116.705,673
Grecia.	25,333	3,083	28,416	3,294	18.008,239	7.608,739	25.616,978
Holanda.. . . .	28,858	8,743	37,601	5,755	54.826,147	39.776,810	94.602,957
Italia.	257,615	24,621	282,236	47,006	265.915,283	115.425,848	381.341,131
Portugal.. . . .	31,804	5,264	37,068	5,404	26.879,076	13.977,414	40.856,490
Rumania. . . .	64,618	1,720	66,338	11,930	—	—	45.930,325
Rusia..	893,900	46,621	940,521	220,000	1,341.215,414	342.227,800	1,683.443,214
Servia.	22,448	—	22,448	4,846	15.754,613	—	15.754,613
Suecia Noruega. .	39,124	4,885	44,009	6,891	51.740,865	23.973,894	75.714,759
Suiza.	25,785	—	25,785	4,368	26.498,658	—	26.498,658
Turquía.	350,000	14,389	364,389	43,600	—	—	705.125,512
TOTALES. .	3.777,701	391,620	4.169,321	710,342	—	—	7,184.321,093

He aquí, como conclusión, el resúmen con cifras oficiales (del año 1899) del cuadro de la situación actual de Europa, ejércitos de mar y de tierra:

EN TIEMPO DE PAZ

— 1899 —

Presupuesto total . . . . Frs. 7,184.321,093

Hombres en activo servicio. . . . 4.169,321
Caballos id. id. . . . 710,342

Evaluada en una cantidad mínima diaria la producción perdida por estas fuerzas no empleadas, hombres y caballos, tendremos:

4.169,321 hombres á 2'50 frs. . . . 12.507.963 frs.
710,342 caballos á 2 » . . . 1.420,684 »
Por día. . . 13.928,647 frs.

que multiplicados por un año de trabajo de 300 días resulta. . . » 4,178.594,100

TOTAL PÉRDIDA ANUAL. . . Frs. 11,362.915,193

Digamos en números redondos, doce mil cuatrocientos millones de francos.

Este es el balance del militarismo.

Nos parece que ya es tiempo de protestar y de obrar.

Digámoslo con crudeza: no queremos virtudes militares, estos pudores de Mesalina, tanto si proceden de los Hoche, los Marceau y los Kleber, como si pertenecen al génio bárbaro de los Napoleones ó de los Molke.

Basta de anacronismos.

Trabajar, producir, vivir... y vivir todos en la más ámplia acepción de la palabra.

¿Acaso las mentalidades atrofiadas y que el militarismo nos presenta como virtudes de estos militares que acabamos de citar, no están muy por debajo del nivel mental de las grandes y puras y reales figuras de los precursores, los Anacharsis Klotz, los Babœuf, los Fourier?

Y más próximos á nosotros, los de los Blanqui, de los Delescluze, los Varlin, los Milliere, los Bakounin, ¿no son aportes de la acción al servicio del pensamiento; y los Pasteur, los Edisson, los Reclus, al servicio de la ciencia; y los Diderot, los d'Alembert, los Rousseau, los Hugo, los Balzac, los Tolstoi, los Ibsen, los Zola, no son los aportes de lo bello al servicio de la crítica social?

¿Es que el exámen, la idea de lo que todos estos hombres han dicho, pensado, vivido, no inflama de entusiasmo todos los corazones, haciéndoles entrever un porvenir mejor y de justicia?

Nosotros lo creemos.

Estas cifras, estos miles de millones representan que estamos en plena hipocresía, son la prueba decisiva del estado bárbaro en el cual aún vivimos á penas oculto por las refinadas mentiras de nuestra civilización.

Pensad en el empleo inteligente que podrían tener estas sumas, en la instrucción que podrían extender, en los cultivos, canalizaciones, saneamientos, vías de comunicación que serían factibles y que doblarían el rendimiento productivo acelerando el advenimiento del bienestar general, y sacad vosotros mismos la conclusión.

LEÓN BERCHTOLD

II

La huelga general

Antes que definir lo que es la huelga general, es de primera utilidad definir por qué nosotros propagamos esta idea. Creemos inútil llevar á esta información una crítica profunda de la sociedad actual para demostrar las causas ó de dónde proceden las causas del sufrimiento moral y físico, no solamente de numerosísimos productores, de los seres más humildes, sino también de muchísima gente favorecida por la fortuna y de individuos gastados por el placer.

Nuestros padres, proletarios imbuidos de ideas más ó menos generosas, no titubearon, á pesar de su doctrina humanitaria, en servirse de las armas para obtener lo que consideraban justo, igualitario y leal.

Recordamos la sangre vertida en 1792, nos repugna la matanza; pero á pesar de ello vémonos obligados á confesar que para derrumbar el actual estado social, cuya descomposición es inevitable, nos veremos forzados á emplear nuevamente las matanzas de otras épocas.

El año 1792 con sus grandes violencias, produjo efectos notables en toda Europa, hizo temblar á todos los soberanos, pero no supo instaurar una sociedad duradera de verdadera justicia en la que todos los individuos hallaran todo el bienestar deseable. Hemos visto igualmente las revoluciones de 1830, 1848 y 1871, conocemos sus resultados; todos los individuos tenemos el deber de investigar cuál era la situación económica y política del país antes y después de cada revolución; cómo se declararon estas, y comparando estas situaciones pasadas con las presentes, veremos la necesidad que tiene el proletariado de buscar otras bases que puedan lanzar el gérmen de esta futura y grande revolución internacional. Con este objeto pensamos servirnos de la huelga general, único medio que hasta el presente se ha reconocido eficaz para el servicio de aquella causa emancipadora.

Tranquilicemos á nuestros adversarios. Estamos lejos de elevar á dogma este principio, creer irrefutable este medio. Pero para que nosotros renunciemos á esta propaganda que creemos eficaz, es necesario que nuestros adversarios opongan á nuestra doctrina algo que sea comprensible, discutible, que no sea un secreto, como pretenden y hacen los camaradas del Partido Obrero Francés.

Y consideramos igualmente que todo ciudadano que se llame socialista revolucionario debe aceptar todos los medios, sean cuales fuesen, huelga general y demás, susceptibles de conducirnos á nuestro objetivo, absteniéndose de criticar estos principios, pero ayudando á los iniciadores de los medios que se enuncien á propagar su obra, pues de otro modo estos revolucionarios criticones, actuarán simplemente de charlatanes, de sofistas, á los cuales es conveniente alejar de nuestro lado. Algunos compañeros podrán objetarnos: En lugar

de extender estas ideas revolucionarias ¿por qué no mandáis ó invitáis al pueblo á que mande á los poderes públicos representantes capaces de darle lo que reclama?

¿Pero qué vamos á esperar de un régimen en que todo está basado sobre la ambición personal? ¿Acaso no es la existencia de estos mismos parlamentos la causa del gran aborregamiento de los proletarios á quienes se promete el bienestar futuro por medio de un factor que han reconocido impotente todos los ciudadanos esclarecidos y enemigos de la ambición?

En todo caso ¿no está aquí el pasado para probarnos que la humanidad en su marcha hacia la emancipación no tiene ninguna etapa que no esté manchada de sangre, pasado que por entero parece decirnos, y nos enseña efectivamente, que si queremos el bienestar debemos tomárnoslo nosotros mismos?

Veamos ahora la posición real de este gran movimiento y entremos en el asunto huelga general.

No nos haremos un deber de animar y preconizar las huelgas parciales que consideramos nefastas, aunque den resultados apreciables algunas veces, porque no compensan los sacrificios hechos y porque, además, los resultados que pueden dar son impotentes para modificar la cuestión social.

¿Quién osará sostener que las huelgas parciales significan un alivio, una mejora para el proletariado? ¿Es que no recordamos la famosa huelga de los mecánicos ingleses, de esta organización que poseía varios millones y que á pesar del apoyo internacional que tuvo fracasó lastimosamente, lo cual no nos sorprendió, pues es un hecho innegable que no van á ser los ochavos de un determinado número de trabajadores quienes pueden luchar con ventaja contra las sumas colosales que poseen los patronos?

Mirada la cuestión bajo este aspecto y considerando que la huelga pasiva, la del ochavo que lucha contra el billete de banco, no resuelve nada, y teniendo por otro lado en cuenta el apoyo que los patronos reciben de los poderes públicos que ponen á su disposición todas las fuerzas sociales organizadas, magistradura, policía, soldados, etc. buen número de trabajadores conscientes se han dado cuenta de la inutilidad de las huelgas parciales y han pensado que sería más conveniente organizar las sociedades de resistencia y agrupaciones con objeto de intentar una acción decisiva provocando la huelga general.

No es que creamos que la huelga general pueda decretarse y fijarse á plazo fijo, pero creemos fácil y posible la preparación del movimiento y á este fin preconizamos la federación de todas las agrupaciones y sindicatos y la unión de todas estas federaciones en una Confederación encargada de la propaganda y de velar en vista de los sucesos económicos y políticos que pudieran producirse susceptibles de permitir la declaración del movimiento. Esta Confederación, por su organización, podría tener la facultad de sostener la inteligenciación entre todas las organizaciones federadas.

A fines del año 1899 hubo preparación y declaración de un movimiento análogo, pero fracasó. La principal causa del fracaso fué debida al gobierno de entonces que interceptó todas las correspondencias dirigidas á las sociedades de oficio, y ante esta arbitrariedad aconsejamos el envío de delegados encargados de hacer llegar á manos de los interesados las circulares y demás.

No nos cansaremos de predicar la organización en este sentido, pues es un hecho innegable que en el pasado se presentaron varias circunstancias revolucionarias con probabilidades de éxito y si el pueblo no pudo sacar provecho de ellas fué debido á falta de preparación suficiente.

Consideramos igualmente que la huelga general, si queremos que sea fecunda, no ha de ser únicamente regional ni nacional, sino internacional en el sentido más extenso de la palabra, pues los anales de la historia nos prueban que la mayor parte de las revueltas que han fracasado debieron el fracaso al círculo estrecho y limitado del movimiento. Esta causa perdió á la Comuna en 1871.

Presentemente vémonos obligados á reconocer que la palabra Revolución no espanta ya á nuestros adversarios de clase, porque están prontos á todos los sucesos, mientras que, al contrario, la huelga general es para ellos lo desconocido, el adversario peligroso y misterioso cuya fuerza no han podido medir y que podría dar al traste con sus ambiciones de poder.

Por otra parte no podemos hacernos ilusiones respecto los temores de la sociedad burguesa. Apenas los congresos obreros la votaron que ya el Parlamento formuló varios proyectos de ley encaminados á retirar el derecho á la huelga á una determinada categoría de trabajadores. El famoso proyecto Merlin-Travieux no se habría votado sin las amenazas de huelga general que se hicieron.

En Bélgica fué el comienzo de huelga general (1893) la causa de la institución del sufragio universal del modo parcial que allí se emplea. Consideramos que todos estos hechos son demasiado serios y graves para que pueda negarse la eficacia de este gran principio de huelga general.

¡Y qué fácil le sería al proletariado hacer una huelga general si tuviera la suficiente consciencia! Comparad: *Huelga parcial:* única cuestión que se persigue; elevación de salarios. Estas huelgas no pueden efectuarse sin tener una cierta suma en las cajas de la sociedad, lo cual es siempre causa de su fracaso. *Huelga general:* Si queremos que sea rápida y nos conduzca á nuestro objeto, nada de dinero ó la menor cantidad posible, ninguno sería mejor; que cada individuo tome lo necesario á su subsistencia allí donde lo halle. El resultado que hay que buscar es la emancipación completa del proletariado.

Concluiremos invitando á todos los ciudadanos amantes de su porvenir á que acepten este principio y nos secunden en nuestra propaganda.

Partido obrero socialista revolucionario francés

La huelga general

Su objetivo.—Medios prácticos para su realización

De todos los medios de lucha de que dispone la clase obrera para lograr su sueño de Justicia y de Bondad, la Huelga general es seguramente el que reune más adhesiones y parece más práctico. Es inútil epilogar las infamias y los crímenes de la sociedad capitalista; nos parece más útil y más provechoso para los trabajos del Congreso buscar los medios de realizar esta idea de huelga general.

Los fracasos que tuvieron lugar hace dos años y la tentativa abortada por la infamia de un periódico que es ocioso citar, el cual, para paralizar el esfuerzo de los militantes escribió que todos los que intentaban propagar la huelga general eran individuos pagados por los realistas, no han podido cerrar el paso á la idea misma de huelga general.

En efecto, más tarde los sucesos se encargaron de hacer justicia contra las calumnias y la Idea revolucionaria salió aún más pujante y ardiente que nunca.

¡Qué nos importan los fracasos! Fracasaremos mil veces, pero venceremos á la que haga mil y una.

No somos místicos, no tenemos la pretensión de realizar ni siquiera predecir un paraíso. Somos revolucionarios porque amamos la lucha por la lucha y no por los beneficios problemáticos que de ella podríamos sacar.

La Unión Sindical del Bronce cree firmemente, y con ello marcha de acuerdo con buen golpe de sindicatos, que sólo coordinando nuestros esfuerzos podremos realizar prácticamente la huelga general. Luchamos contra todos los sofismas, contra toda clase de política, luchamos en el terreno económico y en el te-

rreno corporativo para intentar el mejoramiento de nuestra situación. Lo decimos bien alto para que nos oigan todos; consideramos la huelga como un medio, nunca como un objetivo.

No la consideramos un paliativo, sino arma de guerra moderna que derrocará para siempre el viejo mundo de iniquidad y de mentira que nos vemos obligados á sufrir.

*
* *

Todos conocéis, compañeros, los sucesos que señalaron la primera tentativa de huelga general. Todo el mundo creía que esta arma de guerra moderna pertenecía al mundo de las hipótesis más ó menos realizables y nadie creyó que estuviéramos tan cerca de una primera insurrección pacífica del proletariado.

Los sucesos se encargaron de educarnos y la brusca sacudida que estalló, hace dos años, debe servirnos de lección para evitarnos caer nuevamente en los mismos errores.

La falta de inteligenciación y de organización son las principales causas que determinaron el fracaso de aquella escaramuza. Cuando decimos organización no entendemos de ningún modo hablar de una inteligenciación autoritaria y centralista tal como la conciben la mayor parte de los socialistas. Nos referimos á una vasta federación compuesta de todos los elementos sindicales manteniendo entre sí una perpetua correspondencia que les permita hacer frente á los conflictos que pueden surgir de un momento á otro. Para esto creemos sería utilísimo á todos los sindicatos franceses y del extranjero crear en sus ambientes oficinas de correspondencia que realizen la organización libre que preconizamos. Este modo de organización tiene una inmensa ventaja: el de ser práctico y sobre todo económico. En París existe, compuesto por algunos sindicatos, un Comité de la Huelga General, salido de los congresos cooperativos celebrados en estos últimos años. Desgraciadamente está concebido sobre una base centralista que hace que la iniciativa de un movimiento tan vasto como la huelga general se limite á un puñado de camaradas que, por poco que se descuiden, la apatía y la indiferencia por un momento despertadas no tardan en sobreponerse de nuevo.

La indiferencia es hija de este modo de comprender la organización. Es tiempo de que reaccionemos. Basta ya de este método de centralización á outrance. Es necesario que en el puesto de un comité director se erija en cada sindicato y agrupación económica una oficina de correspondencia que nos tenga al corriente de todas las agitaciones y movimientos susceptibles de despertar á la clase obrera.

Y este modo de organización tiene otra inmensa ventaja, la de que sea el mismo proletariado quien pueda con conocimiento de causa hacer sus asuntos personalmente, pues no hay que olvidar que no tenemos ningún periódico diario á nuestra disposición, y en tiempo de lucha es cuando importa estar continuamente informados. Ya veriáis seguramente la actitud de la *Petite Republique* que hace un año hizo fracasar un principio de huelga general gracias á sus calumnias. Esto no hubiera sucedido si hubiésemos estado en guardia. Cuando venga la hora de la batalla social importa mucho que no nos fusilen por la espalda.

Todos los periódicos, desde el *Petit Journal* hasta la *Petite Republique* y *L' Aurore* son empresas comerciales. El día que vean comprometida la venta de su mercancía nos pondrán todos los obstáculos que puedan, tanto más cuanto que la huelga general será un movimiento esencialmente económico que no podrá satisfacer los apetitos de los políticos que nos aconsejan desde las columnas de estos sedicentes avanzados periódicos.

Antes de entrar más en materia abriremos un paréntesis para relatar un hecho que tiene una significación por la lección que nos da. Cuando la primera

tentativa de huelga general, al cabo de quince días de lucha, los empleados de ferrocarriles se reunieron y acordaron la huelga. El acuerdo no fué del agrado del secretario de la Confederación el cual presentó la dimisión abandonando á sus compañeros. Dióse la orden de paro á todas las secciones y para despistar las sospechas de la policía enviaron los avisos bajo sobres que llevaban el membrete de un comerciante en vinos. Pero al día siguiente la policía ya lo sabía, confiscó las cartas y el fracaso de la huelga se debió á un espía.

Recordamos este hecho á fin de que para el futuro los camaradas tomen todas las precauciones necesarias para que no se repita. Otra cuestión digna de señalar á la atención de los compañeros es la suma de esfuerzos que hay que consagrar á la propaganda de la huelga general. Y precisamente para evitar fuerzas perdidas, es útil ver y meditar en cuales corporaciones conviene propagar más. Es de suma urgencia dirigirse principalmente á aquellas que forman la clave de la sociedad, á las corporaciones fundamentales, como los ferrocarriles, cuyo paro obliga á otros oficios y á los fundidores de bronce que imposibilita el trabajo de los demás oficios derivados.

En esta memoria hemos dejado á un lado la necesidad de la huelga general. No hemos querido renovar las críticas de la sociedad capitalista segurísimos de que es tarea inútil. La necesidad de derrocar el viejo mundo de iniquidad y embuste está demostrada. Basta de fraseología y de frases sonoras; un poco más de acción. No existen varios medios para poder instaurar el reinado de la concordia universal: sólo la Revolución brutal, violenta, puede implantarlo. Pero aquí está precisamente el escollo en el que aun muchos socialistas se estrellan en la imposibilidad de definir la Revolución en sí y como debe considerársela.

Hemos visto las revoluciones precedentes: 1830, Junio de 1848 y Mayo de 1871. Hoy vemos los defectos de los revolucionarios de entonces y los medios que emplearon. Han pasado las barricadas y sería absurdo continuar en el error del pasado pudiendo tener otras armas á nuestra disposición. No hay que hacerse ilusiones; al presente es inútil luchar contra la fuerza armada con la misma clase de armas de que dispone. Las anchas calles de las ciudades, los progresos de los armamentos y la falta de armas en la clase obrera son otros tantos motivos que nos obligan á pensar en otros medios.

La ciencia podrá y ayudará ciertamente la lucha, pero es aun insuficiente y pueril contar únicamente con ella. Estos medios únicamente son conocidos de un pequeño número de individuos y su vulgarización ni es cómoda ni práctica. Conviene saber, por consiguiente, cual será el verdadero campo de batalla que ocasionará la huelga general.

Supóngase únicamente en huelga á los empleados de los ferrocarriles. Los víveres y los transportes no circularán y en dos ó tres días la situación se habrá hecho aguda por la falta de víveres.

¿Qué sucederá entonces?

Es seguro que los demás cuerpos de oficio no tardarán en unirse al paro, pues la mayor parte se verán obligados á él. Alocados los burgueses acudirán entonces al ejército. Si se cuenta el número de kilómetros de vía férrea y el número de soldados se verá en seguida que éstos no podrán guardar eficazmente, no tan sólo las vías férreas, sino hasta las grandes ciudades.

Ante semejante cuadro la burguesía no tardará en llamar la reserva, que, una vez al cuartel darán un contingente de individuos que levantarán las culatas al aire, ó se negarán, simplemente, á alistarse, embrollando más la cuestión.

Se nos dirá que durante los tres ó cuatro días que esto dure habrá necesidad de comer. Precisamente el cuadro será de lo más interesante. El dinero no tendrá ya ningún valor por la falta de mercancías; por ambos lados, burgueses y trabajadores, se estará hambriento en medio de los instrumentos de producción. Los adversarios ciertamente no permanecerán estoicamente hambrientos hasta el día del juicio final.

Estómago vacío no tiene oídos. ¿Supondremos que los burgueses son los primeros en ceder? ¿qué les pedirán los trabajadores, una restitución? No es tan fácil que unos cedan así como así y que los obreros se contenten tan fácilmente. Los burgueses preferirán correr los riesgos de una batalla y entonces la huelga general se habrá convertido en revolución. Como decíamos anteriormente es necesario evitar toda batalla de frente con la tropa, es necesario inmobilizar y desmoralizar á los soldados colocándoles en frente no de una revolución local de bandas de rebeldes como antes, sino de una revolución que está en todas partes y en ninguna al propio tiempo, que no puedan luchar con ella cuerpo á cuerpo. Además, en lugar de las revoluciones clásicas, para vengarse de los explotadores que tantos sufrimientos han ocasionado, seguramente se producirán actos individuales que, por friamente ejecutados que estén en la sombra, no dejarán de ser terribles y acabarán por desmoralizar á la burguesía, visto que no tendrá posibilidad material de impedir su multiplicidad.

En suma, con la huelga general se llegará á diseminar los huelguistas, el ejército será impotente, se producirá la desmoralización de la soldadesca, el pánico se apoderará del Capital y los trabajadores se posesionarán de los instrumentos del trabajo. Las sociedades de oficio tendrán que efectuar esta toma de posesión, ellas son las que tendrán que considerar como propiedad colectiva lo que siempre tendría que haber sido propiedad común.

Las agrupaciones económicas tendrían que velar para que después del triunfo de la huelga general no se entrometa la política de nuevo, pues su intrusión significaría una nueva derrota.

La Unión del Bronce no faltará á su deber. Contribuyendo á la propagación de la huelga general apresurará la hora en que los desheredados podrán satisfacer el derecho á la vida, é invita á los demás oficios á organizarse libremente en vista de idéntico objetivo á la par que envía un fraternal saludo á las agrupaciones obreras que, á veces por caminos diferentes, no dejan pero de marchar hacia la Sociedad del Porvenir.

Los delegados de la Unión del Bronce

ALBERT HENRY.—SAVRY

Memoria sobre la huelga general

Este estudio se dirige á compañeros ya convencidos de la necesidad de suprimir las condiciones intolerables que pesan sobre las necesidades de los individuos. El único modo eficaz de llegar á la satisfacción completa de las necesidades de todos y de cada uno es la abolición del dominio capitalista, la supresión de la propiedad privada y la implantación de la apropiación comunista de los medios de producción. Esta transformación social no puede efectuarse pacíficamente por medio de reformas sucesivas; primero, porque las reformas parciales que dejan subsistir la sociedad actual y todas las causas de opresión son ilusoria y temporales. No tenemos por qué exponer ni defender aquí este punto de vista; con nosotros han hecho otros esta demostración de modo irrefutable y aún mucho antes que la hiciéramos nosotros. Por otra parte, si las reformas son bastante extensas teóricamente para poder poner en peligro la sociedad capitalista, entonces no son aplicables y para imponerlas se necesitaría asimismo obrar revolucionariamente. Por último, ciertas reformas se presentan «como medios nuevos de acción», es decir, como modos de preparar más fácilmente la Revolución. Se vé, por lo tanto, que todo nos conduce á considerar la Revolu-

ción como un medio necesario para llegar á una sociedad nueva en que la propiedad capitalista tendrá que desaparecer.

No podemos esperar nuestra liberación del fatalismo de las leyes económicas. El hombre sufre las condiciones económicas; pero, al propio tiempo, reacciona. Esta reacción aumenta con los progresos de la evolución. Pero se puede aumentar esta resistencia y apresurar los efectos por la propaganda, por la persuasión, á todos los que sufren, de la posibilidad de libertarse de sus sufrimientos atacando inmediatamente las causas de su opresión.

«Creemos en la posibilidad de una modificación económica inmediata. Se puede directamente, desde mañana mismo, poner en común la posesión de los instrumentos de producción. Basta querer y obrar. Basta con tomar posesión de ellos tal como hoy se encuentren y ponerlos al servicio de los miembros de la sociedad. De ningún modo hay necesidad de esperar á que se hayan desarrollado más y que se hayan adoptado á un orden económico que aún no existe (1).»

Por otra parte no podemos contar con un cambio pacífico debido á una especie de abdicación voluntaria de la burguesía. Mucho se ha hablado de la noche del 4 de agosto, pero todos sabemos que esta explosión de desinterés fué determinada por la intimidación y por la necesidad. En todo Francia se produjeron movimientos populares después del 14 de julio y en todo el campo los campesinos iban quemando los archivos señoriales y los castillos con ellos.

Tenemos que considerar, por lo tanto, la Revolución como una necesidad urgente y como una posibilidad inmediata. Lo primero que hay que hacer es convencer á los individuos oprimidos de las causas de su servidumbre y de su miseria, mostrarles que residen esencialmente en la dominación de una clase de parásitos que detentan á beneficio suyo los instrumentos de producción y poseen, por el mantenimiento de su supremacía y para su salvaguardia, los medios de coerción más perfeccionados. Es necesario que los movimientos de rebeldía ejecutados más ó menos conscientemente no puedan ser aprovechados por las ambiciones y avaricias de algunos individuos, que un movimiento revolucionario nos conduzca á un simple cambio político, es decir, á un nuevo engaño.

En las actuales condiciones sociales, la clase obrera forma el ejército de descontentos y de oprimidos, en su casi totalidad. Ella es quien, á consecuencia de las condiciones económicas del régimen capitalista, forma la clase oprimida por excelencia y únicamente de su rebeldía y de sus tendencias se puede esperar un cambio social. Dejando á un lado las necesidades de la propaganda en la clase obrera, tenemos que considerar, para un mayor ó menor número de proletarios conscientes, la posibilidad de hacer una revolución.

La primera forma de revolución que se presenta á la vista es la revolución en la calle con las armas en la mano; esta es la revolución tradicional. Todos sabemos que este modo único de rebeldía, que ha podido emplearse con éxito en otras épocas, que acaso puede tenerlo en condiciones especiales, no tiene ninguna probabilidad de éxito en condiciones normales de la sociedad actual. La gente de «orden» tiene á su favor el armamento perfeccionado, anchas calles en que aislar el movimiento revolucionario; los proletarios no tienen armamento alguno. Inútil, pues, que insistamos.

Faltaría considerar la posibilidad de una huelga militar. Pero si la propaganda en los cuarteles no debe descuidarse, es permitido suponer que aún no podemos contar con una huelga de este género para hacer triunfar una revolución en la calle.

---

(1) *Los anarquistas y los sindicatos*, p. 13.—Estudiantes socialistas revolucionarios independientes.

La conquista de los poderes públicos ha sido presentada por algunos socialistas (Lafargue) como un medio revolucionario que permitirá á una mayoría parlamentaria socialista decretar una revolución legal que haga desaparecer la sociedad capitalista.

No examinaremos esta utopia por lo mucho que tiene de infantil. Fáltanos ahora examinar la *huelga general* como medio revolucionario. Este medio revolucionario nos parece que es el que presenta mayores ventajas y menor número de inconvenientes, tanto si lo estudiamos desde el punto de vista comunista como desde el anarquista ó desde el punto de vista de las probabilidades de triunfo y las facilidades de lucha.

Se pueden suponer otros medios revolucionarios. Es posible que los progresos de la ciencia puedan poner á disposición del individuo medios de destrucción con que luchar eficazmente contra los del ejército burgués. En el estado actual de la ciencia y de la sociedad son esperanzas no realizadas aún. En todo caso no son incompatibles con la idea de huelga general. Cuanto mejor y más armados estén los socialistas, más fuertes serán. Pero tal como están hoy los obreros y dada la sociedad actual, la huelga general nos parece desde luego un medio revolucionario práctico. Intentaremos demostrarlo.

*
* *

La resistencia á la opresión de una clase dominante se ha traducido siempre por rebeldías. Bajo el régimen capitalista, estas rebeldías han tomado el caracter particular de cese del trabajo concertado entre un determinado número de asalariados.

Esto obedece á varias causas; primeramente al modo de efectuar el trabajo en común por un número cada día más considerable de obreros, por otra parte á la forma sedicente libre del contrato del trabajo. El obrero no es ya en la sociedad comerciante actual ni un esclavo ni un siervo; puede, teóricamente, disponer libremente de su fuerza de trabajo. Pero esta libertad es tan falaz que no le permite escaparse de la explotación patronal.

De esto ha resultado una nueva forma de resistencia: *la huelga*, que es, si así puede decirse, la característica de la rebeldía en el estado social capitalista y una consecuencia de las leyes económicas propias de esta forma social. Pero este mismo derecho de coacción nos ha sido concedido bastante tardiamente. Lógicamente, en teoría, debía derivar de los derechos del hombre y de la libertad del trabajo proclamados tan solemnemente á fines del siglo XVIII. En realidad, los gobiernos sólo han cedido ante los hechos consumados, ante la extensión de los movimientos de los huelguistas y la imposibilidad de impedirlos. El poder central solamente ha cedido ante la amenaza. En Francia el derecho á la huelga fué reconocido bajo el imperio.

A menudo las huelgas solo han sido, sobre todo antiguamente, huelgas parciales, comprendiendo parte ó la totalidad de los trabajadores empleados en casa de un patrono aislado. Creemos innecesario ocuparnos de la huelga circunscrita á una parte de obreros de un solo taller. Puede, evidentemente, acarrear inconvenientes al patrono, pero en el fondo, casi es de efecto nulo; hasta puede ser útil al patrono en el caso que éste haya encontrado dificultades para vender sus almacenadas mercancías, ó en el caso en que le conviniere, reemplazar la fuerza muscular del obrero por la máquina. En todos casos el patrono puede siempre hacer capitular á su personal recalcitrante, pues puede esperar, sin graves inconvenientes, todo el tiempo que quiera, hasta que su personal se canse de holgar. Además, puede reemplazar éste por *esquirols,* por los obreros sin trabajo, pertenecientes al ejército industrial de reserva.

Ya no es lo mismo con una huelga de todos los obreros empleados en una casa. Esto es lo que se llama verdaderamente una huelga. Un entero órgano de

una rama de la producción queda atacado en su base y su movimiento se para. El patrono busca remediar el inconveniente y lo logra casi siempre, sea reemplazando sus obreros por otros que están desocupados, sea dando largas al asunto, empleando la intimidación, etc. La huelga por el estilo se ve obligada casi siempre á ceder, á no ser que los huelguistas abandonen el estrecho terreno de la competencia y prohiban á sus compañeros de oficio á ocupar sus puestos en nombre de la solidaridad obrera. La huelga cambia de aspecto oponiendo á un solo patrono la fuerza colectiva de toda la corporación obrera que, no contenta con boicotear al explotador recalcitrante, subvenciona en común á los que luchan por el común interés. Los patronos tienen en este caso interés en oponer sus fuerzas comunes á la fuerza colectiva de los obreros y sostener á su colega que se resiste para poner á salvo los privilegios de la clase capitalista. La libre competencia no es ya sinó una vana palabra por ambas partes. Las dos se colocan sobre un terreno de clase. A decir verdad, los patronos así coligados tienen muchos medios para hacer ceder á los obreros rebeldes y lógranlo casi siempre; prestando su concurso financiero al patrono en litigio, ejecutando los trabajos que tenía pendientes, infringiendo las leyes de la competencia á su favor, aceptando el apoyo gubernamental que pone á su servicio todos los medios coercitivos, ejército, policía y magistratura. La huelga fracasa á no ser que en aquel momento el exceso de pedidos obligue al patrono á ceder por tener vacíos sus almacenes. En este caso el patrono puede ceder temporalmente, seguro de que podrá tomar la revancha en circunstancias más favorables para él (estación muerta, exceso de productos almacenados, brazos sobrantes). La última huelga del Creusot (1900) es un ejemplo. Los trabajadores contratados, aprovechando la proximidad de la Exposición, pusieron á la compañía en el trance de tener que hacerles concesiones que poco á poco les fué arrebatando más tarde. Es un hecho que ocurre contínuamente.

Acaso habría modo de que los obreros en huelga abatieran la arrogancia patronal si supieran emplear ciertos procedimientos de intimidación. Si el patrono amenazado con la huelga supiera al propio tiempo que corre peligro de que le deterioren su material, acaso reflexionara antes de obligar á sus operarios á declararse en huelga. Pero como la huelga parcial no es revolucionaria como objetivo, se comprende que los obreros aislados titubeen en servirse de un medio esencialmente revolucionario que ataca á la propiedad privada y que podría ser el pretexto para que el gobierno hiciera una represión extremada. El riesgo que se corre es demasiado considerable por la simple mejora de salario que se persigue.

De todos modos, una huelga parcial raramente tiene éxito, sobre todo, éxito completo. Aun saliendo victoriosa no puede tener éxito duradero sinó á condición de que éste no sea aislado, sino cuando se hace extensivo á toda la corporación.

Para que una huelga tenga algunas probabilidades de triunfo y para que éste sea duradero es necesario que interese á toda la corporación. Pero para que una huelga general de todo un oficio sea posible, es necesario:

1.º Que los intereses obreros hayan tomado un carácter general en su corporación (lo que supone un estado económico bastante desarrollado que haya uniformado el trabajo y el salario en la corporación, por la competencia individual de los obreros, la competencia de los obreros empleados y no empleados de la corporación, el empleo general de máquinas, etc.); 2.º Que la solidaridad entre obreros de la misma corporación esté desarrollada; 3.º Que los obreros tengan ideas comunes sobre su situación y sobre los medios que deben emplearse para remediarla.

Las ventajas de una huelga semejante son grandes comparada con una huelga parcial: 1.º Por de pronto toda una entera rama de la producción queda parada; 2.º El inconveniente de la existencia en la corporación de una masa sin em-

pleo está reducida á condición que la solidaridad y las ideas comunes estén desarrolladas en esta masa; 3.º Es más fácil hacer capitular á todos los patronos de una rama de la producción que á uno solo porque todos se hallan en la misma situación y son impotentes para ayudarse; 4.º La huelga es más corta.

Pero como en la huelga parcial, también ésta tiene causas de fracaso:

1.º Dado el estado actual de la industria y visto el empleo cada día mayor de las máquinas, el obrero especialmente calificado de una corporación, á penas existe como tal. El ejército de reserva suministrado por las demás industrias puede ser empleado en la rama herida por la huelga. Para evitar este inconveniente precisaría que todo el proletariado tuviera: 1.º, conciencia de sus intereses comunes; 2.º, ser por entero solidario; 3.º, comunidad de ideas.

2.º Dados los escasos recursos del obrero, éste no puede residir en una corporación sino á condición que todas las corporaciones se solidaricen para prestar asistencia á los huelguistas. Para lograrlo son necesarias las mismas precedentes condiciones.

De otro lado los patronos están igualmente obligados, si quieren evitar el peligro, á prestar ayuda á sus colegas de la corporación que sufre la huelga, etc.

Intervención del gobierno. Como el gobierno es un gobierno de clase, como su razón de ser está ligada á la existencia de la clase capitalista, se vé obligado á prestar ayuda á esta clase cuya emanación y salvaguardia es. Si en el caso de huelga parcial su acción puede ser más ó menos sensible, en el caso de huelga general de corporación, su acción es tanto más violenta cuanto más amenazados estén los intereses patronales y el «orden». Todos los medios empleará para intimidar al obrero y volver al camino del deber. Encarcelará á los «agitadores-directores», es decir, á los camaradas más enérgicos, se esforzará en atenuar la acción obrera con toda clase de moratorias y en engañar á los huelguistas por medio de arbitrajes. En último extremo hará disparar los fusiles de la soldadesca para restablecer la calma. No para aquí la intervención gubernamental. Suministra á los patronos soldados para que ocupen el puesto de los huelguistas. Los soldados se convierten en panaderos, cocheros, maquinistas, etc., es decir, agentes de producción.

Por todas estas razones una huelga general de oficio tiene pocas probabilidades de triunfar. Los pocos recursos de que disponen no permiten á los trabajadores sostener una huelga extensa durante mucho tiempo. Si los patronos logran entretenerla durante algún tiempo, la huelga fracasará con toda seguridad. Recientes ejemplos confirman esta manera de ver. La huelga general de los mineros belgas (1899) y, sobre todo, la huelga general de los mecánicos ingleses (1898), que duró siete meses y engulló 27 millones, terminaron ambas con un fracaso. Y, sin embargo, las corporaciones en huelga estaban perfectamente organizadas y eran solidarias, y en la de Inglaterra la acción del gobierno á penas si se dejó sentir.

Una huelga de oficio no puede triunfar sin la solidaridad, etc., efectiva de todo el proletariado; tiene éste iguales intereses, debe por lo tanto ser solidario; por consiguiente, si abundara en las mismas ideas análogas, lo más simple y eficaz sería que todo el proletariado por entero cesara en el trabajo, atacara por entero á la clase capitalista, obligándola á capitular. Esta es la forma más elevada de la huelga con la que todos los trabajadores atacan á todos los explotadores. Hay, además, en este estado de cosas, abandono definitivo del terreno democrático para entrar de lleno en el terreno social.

A esta forma se da ordinariamente el nombre de *huelga general*. No hay que confundirla, por lo tanto, con la huelga general de un oficio, que, en realidad, no es más que una huelga parcial.

*
* *

Todo esto que acabamos de exponer es el resultado de la experiencia adquirida en la lucha obrera cooperativa contra la explotación patronal. Las conclusiones que deducimos derivan de las condiciones económicas de la sociedad moderna. Pero los mismos obreros han podido reconocer la dificultad de la victoria y la impotencia de las huelgas parciales y poco á poco han llegado á entrever la posibilidad y la necesidad de una huelga general.

Han reconocido, como hemos expuesto más arriba, que la victoria de las huelgas parciales y hasta la de las huelgas generales de un oficio es muy difícil de obtener. Los resultados, caso de triunfar, no están en relación con los esfuerzos realizados; la mejora del salario, por ejemplo, es incapaz de compensar las pérdidas ocasionadas por la misma huelga. Más aun; los resultados no son duraderos; sea porque se eleva el precio de los objetos de consumo, sea porque el patrono se aprovecha de la estación muerta, de un perfeccionamiento en la maquinaria, de un aumento de producción, para disminuir de nuevo los salarios. Esto sin hablar de las mil una triquiñuelas, de las innumerables venganzas y vejaciones que sufren los trabajadores que se han distinguido en una huelga, por parte de los patronos, aún en el caso de que esta se haya ganado más ó menos aparentemente.

Pero el gran defecto de las huelgas parciales consiste en que son incapaces de hacer salir al obrero de su condición de asalariado.

Una huelga parcial no puede tener por objetivo sino hacer elevar los salarios ó impedir que decrezcan, limitar la jornada de trabajo, obtener un poco más de libertad en el taller ó tener por objeto un acto de solidaridad para con un obrero despedido, etc. Pero es impotente para hacer elevar la tarifa de los salarios á tal extremo que haga desaparecer la tasa de beneficio del patrono. Deja subsistente el patronato y con él todas las causas de servidumbre de que es víctima la clase obrera. Si se obtiene una mejora en un determinado punto, el juego de la competencia lo hará desaparecer, ó por lo menos el patrono hallará modo de compensarse en otro, sea intensificando el trabajo, sea elevando el precio de los objetos producidos, etc.

¿Debemos, por consiguiente, condenar las huelgas parciales? De ningún modo; primero porque si la huelga no es un medio de emancipación, es, sin embargo, un precioso instrumento de intimidación. Permite al obrero resistir, en cierto modo, la explotación patronal, mantener sus salarios á una tarifa normal. Le permite asimismo adquirir y mantener las escasas libertades de organización y de defensa que los gobiernos burgueses hanse visto forzados á reconocer en virtud de los hechos consumados. Por último, la huelga es creadora de solidaridad obrera. Todo movimiento huelguista demuestra á los que forman parte de él la necesidad de sostenerse y organizarse y á menudo constituye sindicatos que no existían. De otra parte el objetivo de las huelgas se eleva; á menudo no son más que acto de solidaridad á beneficio de un compañero y bajo este aspecto es un ataque directo y profundo al principio de autoridad patronal; es al propio tiempo educadora y habitúa á los obreros á rebelarse.

Así, pues, la huelga parcial puede tener también su utilidad, aunque no sea una solución. Hay que comenzar de nuevo á cada instante el mismo esfuerzo sin esperanza de una emancipación definitiva. Por consiguiente, sin tener que aconsejar ó desaconsejar la huelga, la labor de los militantes debe encaminarse á demostrar á los huelguistas «que el triunfo, aunque se obtenga, es ilusorio, que la causa de su miseria es la organización capitalista y que nada definitivo puede obtenerse sin destruir esta organización.»

Por esto nosotros consideramos la huelga general de todas las corporaciones como medio revolucionario y no como medio para obtener más fácilmente reformas y mejoras más ó menos extensas. Parado el trabajo, la vida económica se hallaría suspendida y su reanudación dependería entonces de los trabajadores. Sería el derrumbe completo de la dominación capitalista y ya no bastarían las

insignificantes reformas concedidas, sino que la solución estribaría en la abolición del patronato y del salariado.

Esta idea simplicísima de la huelga general ha sido la idea de la mayor parte de los primeros propagandistas que pensaban que bastaríale á la clase obrera con cruzarse de brazos para que se realizara la transformación general. Una huelga de este género estaría expuesta á tantas causas de fracaso como todas las demás huelgas parciales. Cada obrero no podría contar sino consigo mismo y sus recursos quedarían prontamente agotados. Y sería él entonces quien estaría á merced del capitalista. Antiguamente se pensó en servirse de provisiones de reserva almacenadas en las sociedades cooperativas socialistas (Memoria de J. Pelloutier al Congreso de Tours, septiembre 1892); pero esta idea fué abandonada pronto por su mismo autor. Al gobierno le hubiera sido facilísimo impedir la distribución de los víveres y aún apoderarse de ellos si se le hubiese antojado.

Hay que tener en cuenta también que en una huelga general no se puede contar con la totalidad de los obreros. Si se predica la calma á los huelguistas y si éstos son tan cándidos, que sigan el consejo los patronos disfrutarán de toda la libertad para emplear á los *esquirols*. El gobierno se apresurará, como se ha visto siempre en poner sus soldados á la disposición de los capitalistas; los soldados se transformarán en agentes productores reemplazando á los huelguistas y asegurarán por lo menos el servicio de aprovisionamiento de los grandes centros.

Los huelguistas, aun ayudados por las cooperativas, pronto estarán vencidos por el hambre. En estas condiciones una huelga general puede, todo lo más, hacer que los patronos concedan algunas reformas parciales y aun esto ante el temor de que la huelga pudiera transformarse en revolución. Ya se ha visto en Bélgica en abril del 1893 donde la huelga general, pacífica, ni siquiera logró la conquista del sufragio universal para lo cual se declaró.

Hay otra causa de fracaso que el gobierno emplearía por poco que viera amenazado el orden social; el terror. Y esto solo bastaría para hacer fracasar una huelga general pacífica, por internacional que fuese.

Así pues, si los obreros quieren su emancipación completa, si emplean la huelga general para obtenerla, precisará que se sirvan de la fuerza y que obren revolucionariamente. Sería el colmo del ilogismo que queriendo poner en común los instrumentos de producción no se apoderaran inmediatamente de ellos, que queriendo la desaparición de la propiedad privada no la atacaran por todos lados, que queriendo desembarazarse de la opresión capitalista respetaran á los agentes de la autoridad y no osaran violar la libertad del trabajo, que queriendo transformar la sociedad obedecieran sus leyes.

De hecho una huelga general no puede ser pacífica. Considerando lo que pasa ordinariamente en una simple huelga parcial, es de suponer que «los atentados contra el orden y la propiedad» estallarían por todos lados. No pueden las huelgas ser pacíficas como simples manifestaciones, como el Primer Mayo ó como la huelga general belga de 1893 que fué una pura manifestación política. No serían verdaderas huelgas porque no serían dirigidas directamente contra los patronos y contra la propiedad. Podrían intimidar á la burguesía pero no la harían abdicar.

No solamente la lógica, hasta la necesidad obligará á la clase obrera á emplear la violencia en caso de huelga general; necesidad de escapar del hambre, necesidad de combatir al terror.

Para nosotros, la huelga general se confunde con la Revolución.

***

El término «Revolución social» significa cambio rápido y violento de la so-

ciedad. Expresa un hecho, no explica como puede producirse. Es engañarnos á nosotros mismos servirnos de esta expresión para indicar la solución de la cuestión social. Si se entrevé la posibilidad y la necesidad de una revolución, es necesario buscar los medios para hacerla triunfar. En las condiciones actuales la huelga general nos parece el mejor y más apropiado medio revolucionario, el que tiene mayores probabilidades de éxito. Según nuestro modo de ver es la consecuencia de las condiciones económicas en las cuales se desarrolla la clase obrera, es la más elevada expresión de la forma moderna de la rebeldía.

Se nos puede hacer una objección que ya hemos oído alguna vez: todo movimiento insurreccional, sea cual fuere, va forzosamente acompañado de un paro generalizado. Así es como algunos conciben la huelga general.

Ahora bien, admitiendo que un partido político pueda determinar un movimiento insurreccional se necesitaría que este partido político encarnara todos los intereses y todas las aspiraciones de la clase obrera para poder arrastrar las organizaciones corporativas ó se necesitaría que la insurrección triunfara. Hemos expuesto como en las condiciones actuales la victoria de un momento en la calle es poco menos que imposible. En la primera hipótesis, es decir, admitiendo que toda la entera clase obrera tomara las armas (¿cuales?) sería correr á una derrota segura.

La huelga general ataca la vida misma de la sociedad. Lo que constituye la superioridad de la sociedad moderna es la extrema división del trabajo, el perfeccionamiento de la maquinaria. Esto hace también su debilidad. Se ha convertido en un organismo completo y delicado cuyo menor rodaje es necesario. No estamos ya en la ciudad antigua ó medioeval que formaba un todo económico que se bastaba á sí misma. Los objetos producidos son fabricados en tal ó cual taller, hasta un solo objeto debe pasar por varias fábricas. Estos talleres no están reunidos en un mismo lugar. De otro lado las primeras materias proceden de puntos más ó menos lejanos, á veces de países muy distanciados. Lo mismo pasa con el carbón, fuente de fuerza motriz la más extendida. La vida moderna reune á los individuos en grandes aglomeraciones cuyo aprovisionamiento procede de comarcas circundantes. Esta división del trabajo, esta dependencia de los centros de producción unos de otros necesitan medios de comunicación rápidos y numerosos cuyo funcionamiento es necesario á la vida de la sociedad.

Supongamos que por una ú otra causa en un momento en que, por el motivo que fuere, reine una cierta agitación en la clase obrera y estalla y se generaliza rápidamente una huelga. La única cosa que hay que hacer si los huelguistas no quieren reanudar su condición de asalariados es apoderarse en todas partes donde sea posible de los instrumentos de producción para explotarlos á beneficio suyo y de los objetos de consumo para evitarse el hambre. Por poderoso, bien armado y disciplinado que esté un ejército no puede estar en todas partes y protegerlo todo. Se encontrará inmovilizado un poco en todas partes, aislado é incapaz de entregarse á la represión de la rebeldía.

Hemos dicho anteriormente que la deterioración de las máquinas era un medio poco menos que inusitado en tiempo de huelga parcial. No lo es en caso de revolución. El empleo de la violencia se convierte en necesidad absoluta. Por las razones que hemos dado resulta extremadamente fácil parar de modo seguro todo medio de comunicación, sea cual fuere, y consiguientemente impedir al gobierno ó á los particulares su aprovisionamiento. Reflexionad que para que subsista la vida social es necesario que se respeten la integridad de los hilos telegráficos, de los railes, de las agujas de los ferrocarriles, de las señales, de los puentes, de las locomotoras, y, en general, de las máquinas bastante delicadas para deteriorarse fácilmente. En estas condiciones una minoría de huelguistas puede impedir el trabajo de una mayoría de esclavos, impedírselo de modo radical, absoluto. Reflexionad aún en la dificultad de sustituir los empleados de ferrocarriles, de los telegrafistas, etc.

El aprovisionamiento tampoco podría venir del extranjero si los obreros de todos los países fuesen bastante solidarios y no acudieran á actuar de esquirols ó impidieran el aprovisionamiento de los grandes centros. Por esto son necesarias las federaciones internacionales obreras y en particular la de los obreros del transporte. En todo caso necesitaríase impedir con la violencia cualquier acto antisolidario de los mismos obreros. De todos modos nosotros creemos posible el éxito de una huelga general nacional, á consecuencia de la dificultad de aprovisionarse en el extranjero, de la paralización de los medios de transporte, de la solidaridad obrera internacional. Tanto más cuanto está permitido suponer que un movimiento semejante produciría una efervescencia tal en el extranjero que los gobiernos vecinos bastante tendrían que hacer con vigilar en su propia casa antes que pensar en acudir en ayuda del vecino.

Un gobierno se encontraría, por lo tanto, no tan sólo en la imposibilidad de asegurar los servicios públicos y el aprovisionamiento de los particulares sino hasta el de su propio ejército, de tener noticias y trasmitir órdenes. Cada destacamento se hallaría aislado. La necesidad de guardar los centros industriales, de asegurar el orden, de proteger los ferrocarriles, diseminaría las fuerzas gubernamentales sin resultado, pues es imposible proteger con eficacia toda una red de ferrocarriles. Todo esto sería la consecuencia de una generalización de la huelga. En estas condiciones sería imposible utilizar los soldados como agentes productores, convertirlos en panaderos ó maquinistas. La complejidad del trabajo, la necesidad de defender la propiedad ó defenderse él mismo contra posibles fuerzas superiores anularía el ejército y destruiría la represión gubernamental.

¿Llamarían las reservas? Queremos suponer que los revolucionarios no obedecerían semejante orden. Hacerse reos de ataque á la propiedad, deserción militar ó rebelión en la calle, el resultado sería para ellos el mismo. Hasta es de suponer que el gobierno vacilaría en poner armas en manos de los reservistas huelguistas dispuestos á mirar la huelga como un medio nada pacífico. Aun en tiempo de huelga parcial, presentemente ya, los gobiernos titubean en mandar reservistas á los lugares huelguistas. Respecto al ejército activo, si se puede dudar con razón de su colaboración en un movimiento insurreccional, si en una huelga parcial se hallan soldados dispuestos á fusilar á sus hermanos, el caso no sería el mismo con una huelga general. Alejado el soldado de su región natal, sabría de todos modos que su país se encuentra en igual situación que aquel en que se encontrare. Hemos visto ya como en las recientes huelgas del Creusot y de Dunkerque los regimientos no quisieron marchar. ¿Qué sería si estos regimientos estuviesen aislados, sin noticias, sin provisiones?

Pero, se nos dirá, para triunfar es necesario tener la mayoría del país y la casi unanimidad de los trabajadores. Una huelga general es por lo tanto imposible, mientras que para la conquista de los poderes públicos basta tener la mitad más uno de los electores inscritos.

Es la objeción usual. Y sin embargo es sabidísimo que un movimiento revolucionario cualquiera lo ha efectuado siempre una minoría, que la mayoría no cuenta para nada, que está siempre pronta á aceptar los hechos consumados siempre que no lesionen mucho sus intereses, que es imposible remover esta mayoría, que únicamente puede preparársela para que acepte un cambio social que, en la mayor parte de los casos, sería beneficioso para ella. De otra parte, nosotros no hemos creído nunca que la huelga general signifique unanimidad de los trabajadores. Se nos objetará aún que los sindicatos son una minoría. Es posible, pero esta minoría es quien arrastrará á los demás en caso de conflicto. Este fenómeno se ve en todas las huelgas. De entre los huelguistas del ramo de construcción (Octubre de 1898) ¿cuántos estaban asociados? En tiempo de huelga es necesario que haya una organización; el sindicato forma el núcleo de esta organización; pero un núcleo á menudo pequeño.

Al lado del entusiasmo voluntario que produce siempre una huelga y de su tendencia á generalizarse, hay que tener en cuenta también el arrastre forzoso causado por la huelga de las principales organizaciones corporativas. ¿Qué sucedería si los obreros del gas se declararan en huelga y que la multitud de los motores á gas de una gran ciudad se paralizara? La huelga es forzosa para gran número de obreros de diversos otros oficios. Igual si huelgan los obreros del transporte, empleados de ferrocarriles, fogoneros y maquinistas, factores, marineros, etc. Los mineros pueden asimismo aportar su valioso apoyo. Si una parte de estos oficios se declarara en huelga significaría la huelga general forzosa. Vimos ya el trastorno que causó la serie de huelgas parciales de los marineros y descargadores (Agosto-Septiembre 1900), el de los constructores de París, huelga que solamente duró un día, etc. Respecto á los obreros parados, en lugar de ser un obstáculo á un movimiento son una condición de triunfo. La misma inercia de la mayoría favorece el resultado de la huelga.

Pero para llegar á la posibilidad de una revolución por medio de la huelga general, es necesario que todo el entero proletariado sea por entero solidario, es necesario que tenga ideas comunes sobre el objetivo que hay que realizar, es necesario que esté organizado.

El movimiento obrero y la huelga general

En efecto, gracias á la organización cada día más solidaria del proletariado se ha podido ir abriendo paso la idea de la posibilidad de una huelga general. Vamos á exponer rápidamente como esta idea ha ido surgiendo poco á poco gracias á la experiencia adquirida en la lucha incesante de los trabajadores contra la explotación patronal.

Hemos dicho que la lucha de clases se traduce siempre por rebeldías. Estas rebeldías parciales han sido siempre y fácilmente sofocadas. Hemos intentado demostrar como una simple huelga de obreros empleados en un taller tenía necesidad del apoyo de toda la clase obrera. Es lo que nos enseña la historia de los conflictos económicos antes de 1848. Sin organización, sin lazo ninguno con sus camaradas de clase, los proletariados en huelga estaban fatalmente condenados á la impotencia. Es necesario llegar á la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1862) para encontrar un primer ensayo considerable, es verdad, de organización obrera.

El objeto de la famosa asociación era la emancipación completa de la clase obrera. Su obra consistió en crear en todas partes sociedades de resistencia análogas á los sindicatos actuales, destinadas á dar nacimiento y fortalecer la solidaridad entre los asalariados, á oponerse á la explotación capitalista, á acordar la huelga en caso de necesidad y sostenerla con los recursos acumulados para este objeto. La sección de huelgas tenía, además, el socorro pecuniario de las demás secciones. Se inició «los 5 céntimos de la huelga,» cotización que por acumulación debía dar resultados maravillosos.

Las huelgas fueron entonces la principal preocupación de la Asociación Internacional, pero en aquella época no hubo movimiento alguno huelguista generalizado. De todos modos la idea de una huelga generalizada que debía terminar con un cataclismo comenzó á surgir desde aquella época. El Congreso de Ginebra (1866) pidió ya que se estableciera entre los trabajadores un lazo universal que permitiera organizar huelgas formidables invencibles. La idea está más concretada en un artículo de *La Internacional,* órgano de la federación bruselesa (27 Marzo 1869).

La caída de la Comuna y las disputas hijas de la ambición de algunos individuos provocaron la disolución de la Internacional. Después de este período de reacción y de represión extremada se reanudó el movimiento. Los sindicatos se

reconstituyeron. Ante su florecimiento y pujanza el gobierno burgués vióse obligado á reconocer su existencia.

Al mismo tiempo los obreros se apartaban cada día más de la política. En la mayor parte de las huelgas actuales ya no quieren el concurso y el apoyo de los diputados ni de los concejales. Los sindicatos, en su mayoría, han arrinconado toda preocupación política. Se han dado cuenta de que no podía ser para ellos más que causa de discusiones, disputas y compromisos. De este modo han podido permanecer unidos en el terreno de sus intereses de clase.

Las huelgas parciales continúan produciéndose, como consecuencia inevitable de la lucha económica. Pero los obreros reconocen cada día mejor que la huelga aislada tiene pocas probabilidades de triunfo y sacar como conclusión la necesidad de la huelga general. En Francia se propuso por primera vez en el Congreso obrero de Burdeos (Octubre-Noviembre 1888), el tercer congreso nacional de la Federación nacional de los sindicatos y grupos corporativos obreros de Francia. Este mismo congreso votó una orden del día de desconfianza contra los políticos.

La proposición de huelga general la presentó de nuevo Fernando Pelloutier, delegado de las Bolsas del Trabajo del Loira-Inferior al Congreso de Tours (Septiembre 1892): se votó luego en el Congreso de Marsella pocos días después (Septiembre 1892) bajo la propuesta de Briand, y después del Congreso de Nantes (Septiembre 1894) la han votado todos los congresos corporativos. En este último congreso es donde tuvo lugar la ruptura definitiva con los políticos.

Actualmente la idea de huelga general está sostenida por la casi unanimidad de sindicatos y casi todos han abandonado la concepción de una huelga general pasiva para preconizar la huelga general como medio revolucionario. Hasta la federación de los libreros, la más moderada de todas, después de haberse pronunciado en contra en su Congreso de Agosto-Septiembre 1900, ha decidido someterla á estudio en el caso de que la ley de 30 de Marzo 1900 (limitación de la jornada de trabajo) quedara sin aplicacion. Todos los congresos de las demás federaciones, el Congreso de las Bolsas, y el Congreso nacional corporativo han proclamado la huelga general, que es ya objeto de una propaganda especial.

Estos últimos años han sido fértiles en huelgas. Se ha visto como se generalizaban los movimientos, como estallaban éstos en regiones donde el capitalismo parecía todopoderoso (Creusot, Montceau-les-Mines, 1900) y en corporaciones que parecían totalmente esclavizadas, marineros, empleados del comercio, etc. Las huelgas han tomado una extensión inusitada; en Octubre de 1898 cerca de 80,000 obreros de la edificación estaban en huelga en París y hasta se creyó por un momento que iba á estallar la huelga general. Actualmente la huelga de los obreros marítimos (marineros, fogoneros, descargadores, etc.), se extingue después de haber recorrido todos los puertos de Francia.

Como corolario de estos movimientos es la creación de nuevos sindicatos allí donde la huelga removió las masas. Una importante federación nacional, la de los obreros del transporte, está en camino de fundarse. Poco á poco se van extendiendo la organización y la solidaridad obreras. El proletariado va adquiriendo consciencia de su papel, del objetivo y de los medios para realizarlo. Ha salido ya del carril mutualista y del carril político. Su organización es ya garantía de la posibilidad de una huelga general.

La huelga general y los partidos políticos

Acabamos de ver como la idea de huelga general se ha ido abriendo paso lentamente en los ambientes obreros. Era un resultado lógico de la táctica obrera y del desarrollo económico; primero á causa de los repetidos fracasos de

las huelgas parciales, luego á causa de la extensión del movimiento huelguista y, como corolario, de la extensión de la organización societaria.

La idea de huelga general adoptada por las agrupaciones corporativas no ha encontrado la misma acogida sino en las agrupaciones de los partidos socialistas donde ha dominado el elemento sindical. Nos referimos al Partido Obrero Socialista Revolucionario. En las demás agrupaciones la acogida ha sido variable según las fluctuaciones de las necesidades políticas.

De un modo general los demócratas socialistas la han rechazado sistemáticamente en los congresos internacionales de París (1889), Bruselas (1891), Zurich (1893), Londres (1896), á pesar de la perseverancia de Domela Nieuwenhuis que nunca se ha cansado de presentar la proposición. Especialmente en Londres, puede decirse que la cuestión fué escamoteada. Se declaró que no se veía la posibilidad de una huelga general internacional. Verdad es que se tuvo cuidado, en la traducción inglesa de las resoluciones del Congreso, de suprimir esta frase que hubiera comprometido á los socialistas autoritarios vis á vis de los trabajadores del Reino Unido. Eugenio Guerard no pudo obtener que se pusiera á la orden del día del próximo congreso. Propuesto nuevamente por el P. O. S. R. y por los blanquistas ha sido rechazada de nuevo de la orden del día por la conferencia de Bruselas (1899).

En Francia los guesdistas adoptaron naturalmente las resoluciones de la democracia-social internacional. Y como dijo el mismo Guesde recientemente, han descartado «desdeñosamente» esta cuestión de sus discusiones. Y no obstante hubo un tiempo en que los guesdistas, al condenar las huelgas parciales, aceptaban la idea de huelga general de una corporación ú oficio, á condición de que estuviese subordinada á un estado de organización suficientemente perfecto. Han preconizado la huelga general internacional de los mineros y ciertamente habrán puesto en esta huelga la posibilidad de una revolución. Es la resolución que votaron en Octubre de 1900 en un Congreso de Lille (proposición de la Sra. Aveling) y que sus delegados obreros preconizaban en el Congreso corporativo de Calais en la misma época. Estos mismos delegados obreros dieron un voto de confianza al principio de huelga general en el Congreso corporativo de Marsella (Septiembre 1892). Los desgraciados no sabían que los veletas políticos habían cambiado de dirección.

Mas aun; los guesdistas (y toda la democracia-social) han aclamado (1889) el Primero de Mayo, forma bastarda de huelga general, manifestación platónica, que ha degenerado rápidamente en fiesta sin carácter ó paseo de mendigo pedigüeño cerca de los poderes públicos.

La opinión de los guesdistas era entonces que no podía tener éxito una huelga general sin un proletariado perfectamente organizado, como en Bélgica ó en Inglaterra, y perfectamente solidario. Ni en Francia ni en Alemania el movimiento sindical prometía lo que ha dado más tarde. Había aquí poca organización y muy poca consciencia de clase. La conquista de los poderes públicos parecía mucho más cómodo. En efecto, al principio dió resultados inesperados. Todo el partido guesdista se lanzó en esta táctica y excomulgó solemnemente la huelga general (Marsella, 1892; Nantes, 1894).

La opinión del Partido Obrero Francés pudo sostenerse en un momento dado. Sobre todo la huelga general fué presentada al principio como un medio pacífico, el medio de los brazos cruzados. También pensamos nosotros que es un medio impracticable. Pero desde entonces los guesdistas han permanecido fieles á su antigua concepción de la huelga general (Deville, Guesde). Nunca han sabido comprenderla. Actualmente continúan siendo los adversarios más encarnizados de ella.

Por otra parte la huelga general tuvo poca suerte con los políticos. Es una táctica que para nada los necesita, que reduce á la nada su papel. Hasta algunos han creído que iba dirigida en contra suya (*Le Journal;* la huelga general

del 1.º Abril 1899). Además, contradice toda su política esencialmente democrática, reformista y electoral. Se acabaron las proposiciones de reformas, las promesas de mejoras á los ojos del pueblo. Por esto los socialistas independientes, es decir, los electores de los diputados socialistas independientes, en su mayoría pequeños burguesillos, han abominado de la huelga general. Gerault-Richard, no hace mucho tiempo, declaró «con las pruebas en la mano,» que los promovedores de la huelga general estaban en connivencia con los realistas.

Entonces se trataba de defender los debuts del ministro Millerand contra las amenazas de una huelga general y no se tuvo reparo alguno en servirse de una calumnia policíaca. Mucho han cambiado los tiempos desde entonces. El mismo Gerault Richard es actualmente un adepto de la huelga general (en teoría, se entiende), desde que los guesdistas están haciendo tan terrible oposición al ministro socialista y á todos sus partidarios. Actualmente los socialistas independientes, desde que se constituyeron en organización federal, han aceptado la idea de huelga general. He aquí por qué:

Era de toda necesidad para los socialistas independientes que se constituyeran en partido organizado, que tuvieran, como toda organización social que se respete, un programa revolucionario que ondear al viento en días de entusiasmo ó de manifestaciones solemnes, como, por ejemplo, en el congreso; esto no compromete á nada.

Es una especie de símbolo cuya lejana realización no espanta á nadie y no aleja del partido á los elementos más moderados. Es una esperanza para los camaradas verdaderamente revolucionarios, y al propio tiempo sirve para halagar el espíritu frondista de los burguesillos demócratas. Este revolucionarismo es incapaz de desmentir la práctica puramente reformista y electoral de los socialistas antiguamente llamados independientes.

Este nuevo partido tenía un interés en escoger la huelga general como etiqueta revolucionaria. Oponiéndose al P. O. F. veíase casi obligado á tomar el programa revolucionario abandonado por los guesdistas; sosteniendo este programa se conciliaba el favor del P. O. S. R., afirmaba su respeto á las decisiones de los congresos corporativos, su simpatía al movimiento obrero y esperaba atraerse los sindicatos y las bolsas del trabajo.

Al propio tiempo se tuvo mucho cuidado en no precisar la idea de huelga general. Unos pudieran haberla interpretado como medio revolucionario, otros como táctica pacífica permaneciendo dentro de la legalidad. Ninguna distinción se hizo entre la huelga de los brazos cruzados y la huelga revolucionaria.

Respecto al P. S. R. (blanquistas) adopta el principio de la huelga general, pero no se ocupa de él. Sus preocupaciones son puramente políticas y se limita á no dificultar la acción corporativa.

La huelga general y los comunistas anarquistas.—Conclusión

Si la educación de los hechos ha conducido poco á poco á la clase obrera á considerar la huelga general como medio supremo de lucha contra el capitalismo, la concepción de la huelga general, considerada como medio revolucionario, habíala ya elaborado por completo el espíritu de los militantes comunistas.

Nada más sencillo que paralizar la vida económica del mundo capitalista con un paro general del trabajo, ya que el trabajo es el único generador de toda producción, es decir, el foco de toda la vida social.

Los anarquistas fueron los primeros vulgarizadores de la idea. En Chicago, en Mayo de 1886, Parsons, Spies y otros amigos; en París (1888) Tortelier en el barrio de Antoine. En los congresos obreros Pelloutier fué uno de los primeros propagandistas. En Holanda la sostenía Domela Nieuwenhuis.

No nos mueve vanidad alguna al hacer constar esto. Como ya dijimos al

principio, no tenemos dogma alguno, sobre todo en materia de táctica. Preconizamos, vengan de donde vinieren, los medios revolucionarios que nos parecen más prácticos en las condiciones actuales y que mejor concuerdan con nuestras ideas de emancipación humana.

Sobre todo, nosotros creemos en la posibilidad de un cambio social inmediato. No relegamos la Revolución á una lejanidad inaccesible. Toca á nosotros sabernos aprovechar de las circunstancias que sobrevengan.

De otra parte, no creemos que se pueda decretar una revolución cualquiera. Ni con más ó menos probabilidades asignarle una fecha. Consideramos simplemente que en el estado económico actual, con las organizaciones corporativas existentes, con el espíritu de solidaridad siempre creciente, con la claravidencia de una minoría, es verdad, pero minoría activa, la Revolución es deseable, posible bajo la forma de huelga general. De este modo, en lugar de dejar indeterminadas las aspiraciones vagas, les damos un objetivo preciso y concreto; en lugar de declamaciones sobre una revolución tan lejana y nebulosa que parece mejor fenómeno místico y providencial, especie de milagro irrealizable para la humanidad actual y cuya realización siempre aplazada acaba por convertirse en imposibilidad total, intentamos poner en las condiciones actuales los medios prácticos y reales de que podemos disponer para emancipar á la humanidad.

Ahora bien; hemos expuesto cómo la huelga general nos parecía ser la consecuencia del modo de resistencia impuesto por las condiciones sociales modernas. Para que esta huelga sea posible, es necesario: la solidaridad internacional de la clase obrera; la comunidad de miras sobre el objetivo que se debe realizar; la organización corporativa. Hemos visto como todos estos puntos están realizados. Si acá ó acullá hay alguna confusión en las ideas, una consciencia de los intereses de clase poco desarrollada, una mala comprensión de la solidaridad, una cierta estrechez de miras respecto la disciplina y las personalidades, toca á los compañeros, por medio de la propaganda, hacer la educación revolucionaria de los ignorantes. No se trata que esperemos baje del cielo el perfeccionamiento del movimiento corporativo ni despreciarlo porque los sindicatos no tienen aún por completo nuestras ideas. Precisamente la obra de los militantes comunistas anarquistas consiste en propagar sus ideas entre los que no las conocen ó las conocen mal. Hemos escrito un trabajo sobre la necesidad de formar parte de los sindicatos *(Los anarquistas y los sindicatos)* y no nos extenderemos más largamente sobre el particular.

Desde el punto de vista de la huelga general, es importante que los sindicatos abandonen por completo la concepción de movimientos pacíficos. De otra parte las organizaciones corporativas han abandonado la acción electoral y parlamentaria, pero están contínuamente solicitadas por los partidos políticos. La acción de los propagandistas deberá consagrarse á estas dos cuestiones.

***

Aparte de las ventajas de utilidad práctica y de la posibilidad actual de la huelga general, este modo revolucionario tiene aún para los comunistas anarquistas otro número de ventajas teóricamente importantes. De la huelga general hacen la forma revolucionaria que más se acerca á las ideas comunistas y á las ideas anarquistas.

Desde el punto de vista comunista, en efecto, estas ventajas son las siguientes:

1.° El objeto de la huelga general no puede ser más que comunista puesto que, poniendo en presencia la clase obrera y la clase capitalista, como clases, no puede rebajarse á reivindicaciones parciales. Cortando la raiz del capitalismo, lo suprime.

2.° Exige para triunfar que se ponga en práctica inmediatamente el comu-

nismo, es decir, la toma de posesión inmediata de los medios de producción explotados en común.

Desde el punto de vista anarquista, la huelga general no es una táctica política, permanece en el terreno económico. La agitación en pro de ella se efectúa fuera del movimiento electoral y parlamentario y del personal político.

Su objeto no es político, tiene por objetivo fundar una sociedad comunista y no apoderarse del poder central; este objetivo se realiza con la expropiación directa de los capitalistas sin emplear medios legales y pacíficos (reformas acumuladas, empresas por cuenta del Estado, etc.)

La generalización del movimiento y la inutilidad de la necesidad de un organismo central hacen poco probable la posibilidad de una dictadura. Siendo una rebeldía social dirigida contra el patronato, la huelga general presenta el mínimo de probabilidades de poder ser acaparada por los políticos ó de ir á parar al socialismo de Estado.

Estudiantes socialistas revolucionarios
internacionalistas de París

El paro general

Exposición de motivos

No hemos encontrado medio más eficaz, rápido y humanitario, para debilitar ó destruir por completo la potencia burguesa, que suspender la producción en todas las ramas del trabajo durante los breves días necesarios para anular el signo de cambio, al posesionarse, los trabajadores, de la tierra, minas, casas, trenes, buques, maquinaria, y cuanto facilite creaciones de riqueza.

El referido signo de cambio (moneda de toda clase y nombre) realizó, con gran beneficio del antiguo sistema social, la concentración, en pequeño volumen, de las grandes masas componentes del patrimonio universal; y gracias á esa concentración, fácil manejo y transporte, un hombre, el más débil, puede llevar en la mano ó en el bolsillo, las tierras, casas y productos de todo un pueblo, comarca ó nación. Mil kilogramos de pan, un edificio, un barco, un tren, nadie es capaz de llevarlo á cuestas; pero, en diminuta cartera, pueden encerrarse billetes que equivalgan al valor de todo aquello y mucho más; y como ese valor es un título de propiedad *sagrada* en favor del individuo que lo conduce, de ahí que dependa la vida de millares de hombres del capricho, bondad ó suerte del portador de los billetes.

No hay fruto que no salga de la tierra merced al trabajo, y la acumulación de éste constituye capital. Conocida esta verdad por los astutos, han procurado y consiguieron apoderarse de dicha tierra, fuente de toda riqueza, asegurando su goce con la renta ó alquiler, por medio de su fotografía el dinero, tanto más estimable, cuanto que, con él, se poseen los terrenos, los frutos y además se reproduce en el préstamo usurario. Sin permiso de los dueños de los campos, nadie puede trabajar ni cosechar en ellos; por consecuencia, los propietarios terratenientes son los verdaderos y únicos señores de la vida de las naciones.

Las artes, ciencias, religión, poderes y familia, se subordinan á la propiedad, sin cuyo beneplácito no se mueve una hoja del árbol humano. Tonterías y embaucamientos; resultan todos los sistemas filosóficos, sus morales y sus dogmas. La propiedad lo anula todo, lo absorbe todo; y no hay más derecho, justi-

cia, ni civilización, que poseer dinero. No es que deba ser; pero así se halla montada la sociedad.

Un rico enfermo, de corazón de hiena é ignorante hasta el idiotismo, es fuerte, amante y sabio porque su capital le absuelve de todos los vicios, coronándole de virtudes.

Un pobre, lleno de ciencia, abnegado hasta el sacrificio por sus semejantes y tan robusto como excelente productor, es un estúpido, malvado, ruín y holgazán, indigno de la pública estimación, por carecer de la cualidad más ilustre y honorífica... el dinero. Malthus, pontífice de la economía política, lo ha demostrado; para el que nace pobre, no hay cubierto en el banquete social; todos los asientos están ocupados por la riqueza.

De las leyes

Después de conquistados (robados) los países, con pretexto religioso ó civilizador y verdaderamente con el solo fin de explotarlos, convirtiendo á los indígenas en esclavos, no existe nación, antigua ó moderna, que haya dejado de violar el derecho de gentes, usurpando terrenos y riquezas, la más poderosa á la más débil, porque la fuerza es la base del derecho, según Bismarck. Pero, como el robo, conquista ó colonización (sinónimos), no tienen vigor tan duradero como el consentimiento, los pícaros salteadores tomaron la precaución de exhibirse con la majestad de dioses ante los infelices robados, permitiéndoles fingir, en cohibidos sufragios, la voluntad, que jamás sintieron, de trabajar para los amos, y haciéndoles creer justo que los usurpadores se volviesen propietarios y los desposeídos jornaleros.

Las leyes de todo tiempo y lugar, no han tenido más objeto que hacer bueno el despojo, garantizando á los gobernantes contra el crecimiento físico y moral de los pueblos dominados. ¡Cuántas argucias, qué de sofismas los discurridos por los detentadores de la propiedad, para revestirse de justicia y derechos! Mas, á pesar de lo increíble y absurdo de sus dichos; á pesar de la evidente pequeñez de su fuerza y número, ellos triunfaron y dominan, merced al embrutecimiento de las masas, ciegas por los resplandores autoritarios.

Los grandísimos bellacos, que se han hecho suyo lo que no produjeron, comenzaron á desbalijar á los pueblos por medio de la fuerza, erigiéndose capitán ó rey el de menos vergüenza. Según fué decayendo la superioridad moral, la reforzaron con creencias religiosas, temores y esperanzas de otra vida, y reuniendo concilios, congresos y asambleas, pudo la astuta minoría, significar el parecer de todos, dando á sus caprichos el nombre de ley. Por último, dividiendo á las multitudes con políticas diversas é intereses opuestos, lograron que las gentes abdicaran de la razón y sentimientos, viviendo cual rebaño, necesitado siempre de pastor.

Las leyes, hijas y madres de la autoridad, así como ésta es germen y producto del robo, y el robo fuente del dominio, forman un haz tan indisoluble y apretado que, á la postre, decir mando, dios ó riqueza, es decir infamia, atropello y mentira. Nos guía ó supedita aún el derecho romano, colección de leyes dictadas, hace tantos siglos, por bárbaros latinos que, á su vez, las copiaron de otros déspotas helenos, egipcios ó asiáticos. Jefes de tribus y hordas del Norte y del Sur, de Oriente y Occidente, decretaron, con carácter inmutable é infalible, los inhumanos conceptos legales, norma de las generaciones pasadas y presentes. No importa que hayan variado las costumbres y necesidades. Los privilegiados, actuando de clases directoras, siguen interrumpiendo el progreso con los diques de la ley, que nunca es justa perque la justicia supone igualdad, y ésta es de prática imposible mientras discrepen las condiciones físicas y morales de los hombres.

La ley ú obligación de cumplir, jamás debiera tener otra fuerza ú origen que el consentimiento de los comprometidos á observarla, y este consentimiento nacido del contrato libérrimo por disfrutar los asociados iguales medios intelectuales y económicos, tampoco sería válido tratándose de los venideros, que nada han pactado todavía y nadie puede ligarlos. Por tanto, es inicua toda legislación dictada por uno, contra todos: por el sabio, contra los ignorantes; por el rico, contra los pobres; y hasta por el bueno (si entre los legisladores cupiera alguno digno de llamársele bueno), contra los perversos.

El cuadro fotográfico de la ley, es el siguiente:

Un bribón, enemigo del trabajo, pero feroz egoísta, ávido de placeres y comodidades superfluas, inquiere y busca donde haya otros que se le parezcan, aunque menos inteligentes, fuertes ó malvados. Los halla y les infunde la conveniencia de que se unan, á sus órdenes, para robar. Seducidos estos cuantos brutos, se organiza la banda, por supuesto, bajo el más severo principio autoritario, con su correspondiente moral facinerosa y con el reglamento interior que dicta el jefe, electo por él mismo, aun cuando, para tener más fuerza simula un sufragio libre, del cual sale proclamado árbitro y señor de la vida de todos. Con los tres ó cuatro seducidos, formó, antes de organizar la banda, una camarilla secreta, dispuesta, siempre, á matar de un tiro, puñalada ó veneno al que se oponga á las órdenes del jefe.

Así las cosas, comienza el saqueo, en proporción al número y fuerzas disponibles, hasta que, acrecentadas éstas, puede ya desbalijarse, no sólo á débiles caminantes, sino á poblaciones ó extensas comarcas, convirtiéndose el jefe de estos bandidos en Alejandro, Atila, Napoleón, etc. Aterrado el país donde entró la banda; muertos sus defensores; violadas las mujeres y en posesión del riquísimo botín, se procede al reparto, que ofrece algunas dificultades, porque los ladrones suelen ser los más fieles partidarios de la justicia... en la distribución de lo robado.

El capitán (detrás y bien armada, está la camarilla secreta para apoyarle) convoca á la gente que ha de recibir *la recompensa del trabajo*. El, se designa la mayor parte del botín: adjudica otras, no tan crecidas como la suya, á los tenientes y subalternos: y reparte á los simples bandidos, porciones iguales, que, *vœlis-nolis*, aceptan, porque el juicio sumarísimo es la instantánea represión de toda rebeldía. Los campos, con sus cosechas; los edificios, con sus mobiliarios; los comercios, con sus existencias; toda la propiedad de los invadidos constituye la masa del botín y el objeto del reparto. Como quiera que los infelices habitantes del país robado eran pacíficos trabajadores, por su desgracia insolidarios, nada más fácil que someterlos al *vœ victis* (¡ay del vencido!), reduciéndolos á la condición de esclavos, concediéndoles la vida á costa de trabajar para sus amos, por un vil salario, apenas sustentador. Inmediatamente se les reunió en asamblea, donde, *agradecidos*, reconocieron á sus conquistadores como dueños legítimos del país, rindiendo juramento de fidelidad al jefe, quien instituye registro de la propiedad, ordenanzas, códigos, etc.; impone religión, política, costumbres y sistemas económicos, según le place ó tal como le aconsejan sus favoritos; y queda así montada la máquina legislativa, cuya síntesis se reduce á robar: obtener, por fuerza, el consentimiento de los robados: y llamar, á eso, ley.

Sentimiento patriótico

Tiernísimos y conmovedores suelen ser los recuerdos de la niñez para los hijos de proletarios, pues, aquella época, es la única de su apenada vida en la cual reciben halagos, obtienen apoyo y les dispensan cariño. Señoritos y plebeyos, confundidos en el juego y amistad, sin conciencia, aun, de su respectiva prosapia é inferioridad, se juntaban, sin reparo de los padres, que les permitían

gozar las dulzuras de la inocencia y los esplendores de la naturaleza, dentro de la igualdad con que nacen los seres. Los riscos, valles y arroyos del contorno; aquellos árboles donde cogimos nidos; los prados amenos, con sus baladores corderillos, sus aves canoras y perfumado ambiente, dejan huellas imborrables en el corazón. Mas, llegan las tristes horas de apartamientos de clases: los señoritos, al mando; los plebeyos, á la fatiga; y al punto se forma la idea de patria, siendo la del pobre, todo lugar de la tierra donde encuentra pan; y la del rico, aquella donde tiene su propiedad. Pero todavía surgen otras divisiones. El rico, se hastía de lo monótono del espectáculo. Quiere ver nuevos horizontes, nuevas poblaciones, gozar distintos placeres, y los sacia con el dinero que producen sus rentas, es decir, el sudor de sus jornaleros, marchando á lejanos países y á ciudades populosas, donde derrocha el oro que nada le cuesta ganar. El pobre, cruzando á pie fangosas carreteras ó ásperos caminos, sufre mil privaciones por cada goce, y muchas veces le falta alimento ó abrigo en el más suntuoso centro; entonces, el infeliz proletario siente la nostalgía del país natal, de los padres, amigos y caricias que disfrutó, y ansía la patria. Olvidada la tiene el rico, porque otros incentivos le atraen; pero ha sabido que sus trabajadores se quejan de la escasez del salario, que las cosechas disminuyen, ó que un ejército extranjero, amenaza invadir el país; motivos que le recuerdan la patria y su anhelo de salvar la propiedad que en ella disfruta. Mas, como tiene muy desarrollado el instinto de conservación, por lo deliciosamente que pasa la vida, entrega al Gobierno el metálico preciso para redimirse del servicio militar y logra que su amiguito de la niñez, hijo de pobres, tome el fusil y exponga la existencia, defendiendo fincas que los mismos pobres cultivan y recolectan para provecho del señor.

La patria chica, de frontera artificial, de gobiernos y leyes, necesitada de defensa, es el señorío. Jamás esa patria lo fué del trabajador, sino por la cuna, los recuerdos infantiles ó por encerrar la tumba de sus mayores. Ni tampoco lo es del rico, excepto por el dominio que en ella ejerce y los productos que le rinde, para dilapidarlos en otras.

¡Quán desdichados é ignorantes los trabajadores que exponen su vida, por la patria que no les pertenece y ocasiona su esclavitud!

De los ejércitos y de la guerra

Con tal astucia aconsejaron los clérigos á los bárbaros señores feudales (actual nobleza de las naciones), que hicieron, de la sociedad, tupida red de tiranías y vasallajes, dentro de cuyas mallas siguen aprisionados los pueblos.

De las mentiras religiosas crearon la obediencia, la resignación y los odios sectarios. De las ferocidades conquistadoras las patrias, las políticas y las leyes. De la mayor inteligencia, una fuerza insuperable que encadenó á los sencillos. Y después de tanto engaño, se inventó la superchería de que los trabajadores, *desheredados de toda propiedad,* tienen patria y obligación de defenderla. Increíble éxito obtuvieron los tramposos. So pretexto de ataques ó despojos de tierra y riquezas, ya robadas al pueblo por cuantos las poseen, instituyeron los ejércitos y á ellos acude el proletario para remachar sus grillos y volverse propio verdugo.

No acaban de comprender los trabajadores que el terrible sofisma de la defensa pública, es el puñal traidor que les asesina por la espalda; que el ejército es el mismo pueblo, suicidándose; los hijos matando á sus padres, los hermanos á sus hermanos, los esclavos de uniforme á los de blusa; ni quieren ver, tampoco, que, pervertidos por la maldad del oficio, los hombres armados, á las órdenes de los gobiernos, representan la cobardía en el exterior y el despotismo dentro de su nación respectiva.

Las pruebas, claras como la luz meridiana, son recientes:
El ejército francés, derrotado por Prusia y vencedor de la Comune;
El ejército italiano, deshecho por Menelik y destrozando á Milán;
El ejército español, vencido por los yankees é inquisidor en Montjuich.

Donde la resistencia es fiera y enérgica, los soldados huyen. Cuando se trata de obreros indefensos, mujeres y niños, las tropas ametrallan sin compasión. ¡Qué dolor ver esa jauría de 15 millones de perros de presa, reunidos por la burguesía gracias á un miserable rancho y una vil librea, para sostener *la paz armada,* abismo sin fondo, donde inutilizan diariamente 40 millones de pesetas, dejándose de producir otro tanto, y perpetuando la abyección sanguinaria! ¿Es posible que dure largo tiempo el espantoso error proletario de seguir nutriendo las filas de los ejércitos, mata-huelgas y libertades, apoyo de todas las injusticias?

Hasta la misma burguesía, por boca de su «Asociación contra la guerra y en favor del arbitraje», cuyo centro reside en Londres, manifiesta en un reciente documento, que «la guerra es contraria á la razón; que desmoraliza; que engendra odios internacionales; que favorece el desarrollo del militarismo; que impide las reformas sociales, y que enseña á las razas inferiores á caer en el pauperismo, haciendo á los hombres más crueles contra ellos mismos y contra los animales, además de enemistar á naciones hermanas.»

Pues si la guerra es eso, ¿para qué sirven los soldados?

De la defensa social

El jesuítismo, perfeccionador de cuantas inquisiciones existieron y existen; Proteo de todas las religiones y políticas; refinada esencia del espíritu burgués, por cínico, explotador é inhumano, resumió su perversa filosofía en el apotegma de: «el fin justifica los medios». Nosotros, los anárquico-revolucionarios, que aun hemos podido soportar la inmensa pesadumbre social sin desequilibrarnos ni enloquecer por el hambre, el látigo ó la desesperación, oponemos á la máxima jesuítica, la siguiente: «Ninguna maldad se justifica por un noble fin; pero la chispa eléctrica obedece la atracción».

Antes de definirse la Anarquía, hubo regicidas. En antiquísimos tiempos, precursores del actual socialismo, brillaron Espartacos y reformistas que, con más ó menos acierto, idearon medios y ejecutaron hechos, conducentes á libertar á la humanidad de tiranías y privilegios. La experiencia ha ido aquilatando en su crisol, la bondad de aquellos actos y lo perdurable de su conducta, hasta llegar á deducir el proletariado moderno, que no está en los hombres sino en las instituciones, la causa de sus males. El trono ó jefatura (autoridad), requiere destrucción; no el rey ó presidente. El altar y el ídolo (superstición), hay que quemarlo; no al cura. La propiedad, la herencia, su signo el dinero y cuantos errores económicos perpetúan la explotación, hay que extinguirlos; no la vida de los burgueses.

Es falso el libre albedrío y falsa la responsabilidad de las acciones, así respecto á nosotros como á nuestros enemigos. Obramos todos, con arreglo al medio ambiente en que nacemos, nos educamos y vivimos. Blanda cera, sensibilísima placa fotográfica es nuestro cerebro, donde se graban ideas y sensaciones independientes de nuestra voluntad, formando, á cada instante, un nuevo sér. Y si cada cual no puede ser responsable de sus actos, ¿cómo exigir á colectividades la responsabilidad de lo que hagan uno ó algunos individuos?

Aplasta la lógica á los que la usan y la desdeñan. Ella nos dice que sobran los tribunales y los jueces, porque ningún hombre es capaz ni digno de juzgar ni condenar á sus semejantes, siendo un infame abuso la pena de muerte y otras corporales. Más premeditación, alevosía y ensañamiento hay en la decen-

ción, proceso y muerte de un reo, que en el asesinato, *realmente*, cometido por el mismo reo. Mayor crimen realiza la sociedad *vengándose*, que el criminal delinquiendo; porque ella es la autora del mal, ella quien impulsa y determina las acciones reprobables, ó con sus malvados ejemplos, ó con sus abandonos y estúpidos castigos.

Si todos disfrutásemos la propia libertad é iguales medios de desarrollo físico é intelectual; si á nadie le faltase lo necesario, porque nadie poseyera lo superfluo; si la riqueza universal, tanta y tan infinita como es, no la detentaran los facinerosos que lo verifican, distribuyéndola con equidad, á buen seguro que desaparecerían las envidias y los odios, llenando su plaza los sentimientos fraternales. Amor y no temor, es lo que hace falta imprimir en los corazones; porque un amante, primero muere que dañar al objeto de su cariño, mientras que el tímido obediente suele ser la fiera á medio domar. Pero, estas consideraciones ¿abarcan sólo á la clase proletaria, ó, mejor dicho, para el socialismo ácrata (único socialismo verdadero), no hay más hombres que los proletarios, ni más justicia que la que les favorece? De ningún modo. Nuestra lógica no es la del embudo; nuestro sistema no reconoce clases; nuestra justicia se basa en la igualdad.

En el orden de lo bueno, son, las minorías, cosa muy respetable. Ellas inician todos los adelantos, inventos, ciencias y grandes hechos. Arquímedes, Galileo, Newton, etc., transformaron la ciudad, sin fuerza bruta, ni sangre; en cambio, los innumerales asesinos de corona ó de harapos, jamás impulsaron el progreso. Los instintos feroces que aún dominan á las gentes, como prueba inequívoca de nuestra descendencia de tigres y hienas (verdaderos Adán y Eva de la humanidad), no disminuyen con espectáculos sangrientos, sino con idilios de ternura.

En el orden de lo malo, vemos á la minoría privilegiada, que si por el crimen se instaló, por el delito se sostiene. Y no obstante, la rebelión persiste; las represalias aumentan, y la desdicha social crece, tanto como se generalizan las guerras, fusilamientos, prisiones y miserias. La burguesía con sus tres entidades, autoridad, religión y propiedad, ha sacrificado incontable número de víctimas proletarias... ¿de qué la sirvió? Está cadáver. El siglo XX la enterrará; de igual manera que el XVIII sepultó los derechos divinos.

Respetemos los actos de la revolución francesa y otros anteriores sin copiarlos. Cada tiempo, exige su método. Cada grado de civilización, requiere nuevos procedimientos. El de la tiranía, siempre será la barbarie. El de los libres, la inteligencia.

Bosquejaremos, someramente, los medios de combate de que puede disponer el proletariado, y las probabilidades de éxito.

La instrucción, aparece como punto culminante; pero, ¿está en su mano adquirirla? ¿tiene tiempo para estudiar, dinero para comprar libros? ni conoce, siquiera, el alfabeto; ¿conviene á los gobernantes, nobles, curas, jefes y propietarios, que el trabajador comprenda sus derechos y los exija? ¿Qué sería de los gobiernos, qué de los ricos, si los obreros llegasen á poseer instrucción, y por ella el conocimiento de las tropelías, robos ó injusticias que cometen las clases directoras? No; no lés conviene á los que mandan, que el pueblo sepa. No permitirán los explotadores, que se instruyan los explotados, porque tal permiso equivaldría á suicidarse los poderes. Se gobierna fácilmente á brutos, pero á ilustrados, jamás.

La instrucción que desea la burguesía para el proletario, haciendo de ella hipócrita alarde, es la de convertirlo en *máquina perfeccionada*, que produzca mucho con poco gasto. ¿Si las masas obreras se dignificaran con la ciencia, cómo habrían de permitir que existieran parásitos suyos tan insoportables y vejatorios como son los jefes, curas y gobernantes? ¿Qué productos se dejarían robar? ¿Qué mujeres seducir? ¿Ni qué hijos asesinar?

La instrucción, la amamos. La instrucción, la queremos. Pero es la buena, la verdadera, la que conseguiremos, revolucionariamente, cuando el Estado no pueda influirla, la religión falsificarla, ni los capitalistas detenerla. En una palabra; cuando nos decidamos á ser hombres libres.

La lucha armada... las barricadas... ¡otra ilusión! Las organizaciones militares con su unidad de acción, estrategia, armas, etc., no se destruyen ni vencen con palos, piedras, ni mucho valor individual. Están perfectamente tomadas las medidas para que todas las fuerzas del pueblo converjan contra el mismo, haciéndose imposibles los levantamientos en masa, á no ser por guerra extranjera, y aun consiguiéndose esa sublevación general y el aniquilamiento de los ejércitos políticos del día, los jefes del pueblo que le condujeran á la victoria, se convertirían en sus amos. Lo que por la fuerza se levanta, por la fuerza se destruye. El que á hierro mata, á hierro muere.

La obediencia, la resignación, la legalidad... ¡Pobres de nosotros si adoptásemos tan vil sistema! Ese sí que, á paso rápido nos conduciría á la más denigrante esclavitud.

¡Basta de dudas! Tenemos en la mano la solución cierta, pronta, indiscutible. Si es verdad que el obrero lo produce todo; si es evidente que sin su auxilio y trabajo nadie puede vivir, porque de sus manos salen las armas y proyectiles; él extrae los carbones de las minas (pan de la industria); él, siembra y recolecta cereales y plantas, cría los ganados, coge los peces, elabora los vinos y luego transporta todo á los mercados; él, produce y maneja los tres grandes conjuntos indispensables á la vida, en artículos de comer, beber y arder; él, viste, calza, edifica, imprime, alumbra, transmite, conduce, limpia y sanea á los demás, sin que haya quien le reemplace; ¿por qué vacila? ¿por qué se entrega á luchas estériles y suicidios imperdonables?

Para destruir á la burguesía, con toda su ciencia y poderes, no necesita el proletariado verter su generosa sangre, ni exponerse á derrotas; no necesita armas, talentos, conspiraciones ni asesinatos. Con su voluntad posee lo suficiente. Con decir ¡quiero!, comunicándolo á sus camaradas, está todo hecho.

Innumerables son las ramas del trabajo y la cantidad de obreros. No obstante, las artes ó producciones absolutamente precisas á la existencia diaria, son limitadas. Los operarios de esas artes (acaso los más ínfimos en el público concepto), son la llave de la vida. Propagar una idea á masas considerables de trabajadores, divididos y subdivididos, como se hallan, por opiniones religiosas, político y económicas, además de su separación y aislamiento á causa de distancias, costumbres, etc.; sería tarea muy larga. Convencer de dicha idea á determinadas clases de obreros, llaves, como queda dicho, de la vida social, es muy fácil.

Una ciudad, cuanto más populosa mejor, no puede resistir muchos días sin agua, pan, ni luz; cuyo surtido pende de cierto número de trabajadores, á merced de los cuales está, sin ellos saberlo, la suerte de los demás. Parando los harineros, fontaneros, matarifes, gasistas y faquines, por fuerza pararán otras muchas clases, hállense ó no asociadas.

Si los mineros suspenden el arranque del carbón; los porteadores no lo llevan á los muelles y estaciones; los cargadores y descargadores, quedan quietos; los fogoneros se ponen en huelga; y el combustible falta, por fuerza cesará el movimiento de ferrocarriles, vapores, fábricas, fundiciones, etc., quieran ó no quieran los miles de operarios que en ellas se ocupan.

Si los labradores, pastores, trajineros, etc., no surtieran los mercados de las poblaciones, durante una semana, la tierra quedaría libre de rentas y tributos.

No barriendo las calles ni extrayendo la basura de las casas, los encargados de la limpieza, en breve sería imposible habitarlas.

Si los míseros niños y niñas, que en la fabricación textil sirven de auxiliares á hiladores y tejedores, se fuesen á jugar ocho días, paraba forzosamente la producción de ropas.

Como natural consecuencia de esas huelgas, si los abrevaderos de los cuarteles quedaban secos, las cuadras sin cebada y paja, y las cocinas sin rancho, se inutilizarían los caballos de los escuadrones y las mulas de las baterías, teniendo también que ir á procurarse alimento y agua los soldados.

A las pocas horas de hambre, sed y oscuridad, sería forzoso que el pueblo se incautara de las tiendas y almacenes para alimentarse, calzar y vestir, por *racionamiento* y *sin dinero,* quedando, *ipso facto,* abolida la moneda, y gratuíta la morada.

La cuestión, pues, queda simplicada y reducida á pocos términos.

Sumar los esfuerzos y aptitudes de las huelgas parciales, en una general. Conseguir que esta sea internacional, mejor que de una sola región. Comenzar dicha huelga en los grandes centros y no abandonarla hasta que sea un hecho la toma de posesión de las casas por sus inquilinos; de la tierra y frutos, por sus cultivadores; de las minas, por sus operarios; de las fábricas y talleres, por sus obreros; de los barcos, por sus tripulantes; de las vías férreas, telégrafos y teléfonos, por sus empleados, y de los almacenes de subsistencias, vestidos y calzados, por los consumidores. El método en la producción se organizará después, con las reglas que determine la necesidad.

Dado el primer impulso, la nueva sociedad caminará rápidamente á la verdadera civilización.

Ni siquiera suponemos que la burguesía extreme su resistencia y desafueros, ante el serio conflicto de la huelga general; porque, realizándolo, se expondría, *toda ella,* á morir de hambre en lugar de transformarse, con el mundo trabajador, en la sociedad justa y feliz, cumplidora de los lemas Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Grupos «La vida» y «Los Iguales». En su nombre y por encargo

José López Montenegro

Barcelona, Septiembre 1900.

III

El neocooperatismo y el comunismo anarquista

No ignoráis que la neocooperación es un sistema cooperativo basado en el desenvolvimiento de las cooperativas de consumo.

Preconizado primeramente por el comunista Roberto Owen, este movimiento ha adquirido en Inglaterra en los últimos cincuenta años, una notable extensión.

Gracias á él, el proletariado inglés se apodera progresivamente:

1.º De la industria comercial;
2.º De la industria manufacturera;
3.º De la industria agrícola.

Por medio de la creación de almacenes cooperativos; después por su federación y por la creación de talleres cooperativos (que son propiedad de todos los trabajadores pasados, presentes y futuros) el proletariado inglés socializa cada día una parte de la propiedad privada, la transforma en propiedad común de todos los consumidores, de todos los seres humanos.

Por consecuencia, gracias al neocooperatismo, se forma cotidianamente, en Inglaterra sobre todo, un capital común de mano muerta laica, accesible á todos los hombres. Y esto es la realización parcial del programa económico proclamado por todos y de todos esperanza.

Hemos hecho durante mucho tiempo la propaganda teórica pero hemos cometido también el error de no hacer la propaganda práctica, de hablar de la cuestión social evitando vivirla, *materializarla* de algún modo.

Con objeto de dar cuerpo á nuestra doctrina me permito llamar hoy vuestra benévola atención sobre las ventajas que el proletariado podría sacar de la práctica del neocooperatismo.

Algunas cifras solamente, os probarán la importancia del movimiento neocooperatismo.

Cuando los discípulos del comunista Roberto Owen crearon en 1844 la primera cooperativa de consumo, la de los *Equitables Pionniers de Rochdale,* no eran más que 28 cooperadores. Actualmente hay esparcidas por el mundo próximamente 8,000 cooperativas de consumo en las que se agrupan 4 millones de familias que se reparte dos mil millones de mercancías y realizan cada año 200 millones de beneficios.

Ciertamente esos beneficios no son para nosotros cantidades despreciables pues á su vista calculamos con envidia los resultados que podrían dar á nuestra propaganda, si todos los compañeros fueran cooperadores. Pero lejos de dejarnos fascinar por ellas, vemos sobre todo en el sistema neocooperativo el medio de agrupar á todos los proletarios de todos los países para dirigirlos, como enemigos conscientes, contra el Estado y el Capital.

El neocooperatismo, en efecto, combate el Capital sustituyéndose á él y prestando servicios, no á los capitalistas, sino á los consumidores asociados.

El neocooperatismo combate también la Autoridad, sustituyendo con la libre federación de los individuos internacionalmente organizados—bajo el punto de vista económico—la despótica dominación de aquélla.

Se ha pretendido que si el neocooperatismo se desenvolviese, sería absorvido, acaparado por el Estado.

Nada demuestra que esta tesis esté bien fundada. Al contrario, en todas partes, en el mundo entero, el Estado es fiel servidor del capital que es, por esencia, opuesto á la libre cooperación.

En Sajonia, en Bélgica, en Italia, en Francia, el sistema neocooperativo es combatido por el Estado.

En Suiza, en Rusia y en Inglaterra, si el Estado ha respetado hasta aquí las cooperativas de consumo, son los capitalistas los que le han declarado la guerra y que al hacerlo han aumentado la fuerza y la cohesión de los cooperadores, de los trabajadores económicamente organizados.

En definitiva, merced al sistema neocooperativo, los trabajadores de todas las opiniones políticas, religiosas ó filosóficas, están unidos y *deben*, por la fuerza de las cosas, por el desenvolvimiento normal de sus instituciones económicas, ser prácticamente hostiles al Capital y al Estado.

Y esta es una de las mejores ilustraciones de la lucha de clases que creemos fatal para preparar el advenimiento del comunismo libertario.

En el momento en que ciertos socialistas políticos tratan de acaparar el movimiento cooperativo en beneficio de su doctrina de socialismo de Estado, no sabré insistir bastante cerca de vosotros, compañeros, para que os adhiráis á la propaganda y á la acción neocooperativa que debe ejercerse y se ejerce frecuentemente fuera de todo espíritu político ó religioso.

Yo insisto sobre todo cerca de los compañeros de los sindicatos.

Confiado en los méritos económicos y morales del neocooperatismo, para la lucha que debemos sostener incesantemente con el Capital y la Autoridad, yo os ruego, os insto á que prestéis vuestro concurso efectivo y moral á la acción neocooperativa que es provechosa á la causa del comunismo anarquista.

A. D. Bancel

El cooperatismo y el neocooperatismo

Alguuos compañeros pidieron se inscribiera en la orden del día del Congreso obrero revolucionario internacional la cuestión del cooperatismo y sobre todo la del neocooperatismo.

Conceden á esta cuestión una gran importancia que tiene su explicación. Ven en las empresas cooperativas varios aspectos útiles. Primeramente ven en ellas instituciones preciosas que contribuyen á educar al individuo, haciendo posible «la obra de educación moral, administrativa y técnica necesaria para hacer viable una sociedad de hombres libres (1).» Además, la cooperación permite, á sus ojos, demostrar á los obreros la posibilidad de una sociedad libre y demostrárselo con hechos.

---

(1) F. Pelloutier: *El congreso general del partido socialista francés,* prefacio, carta á los anarquistas.

«Yo creo... que para apresurar el advenimiento de la «Revolución social» y hacer que el proletariado esté en condiciones de sacar todo el provecho posible, debemos predicar á los cuatro vientos, no tan sólo el gobierno del pueblo por el pueblo, sino probar experimentalmente á la multitud obrera, en el seno de sus propias instituciones, que es posible el *self gouvernement.*» En fin, las cooperativas pueden ser consideradas como los gérmenes de los órganos de la sociedad futura. «Son los gérmenes de los grupos libres de producción por medio de los cuales parece se realizará nuestra concepción comunista y anarquista (1).»

Si la cooperación ó la neocooperación fuesen todo esto deberíamos lanzarnos sin titubear en este movimiento con todas nuestras fuerzas y toda nuestra energía. Desgraciamente no podemos admitir sin reservas todas estas afirmaciones. Se comprenderá que por parte nuestra tengamos empeño en exponer nuestra opinión menos favorable sobre el particular y presentarla en frente de las informaciones puramente favorables á estas tendencias.

Para criticar útilmente las tesis de los entusiastas partidarios de la cooperación nos precisa explicar primero en que consiste esta. Vamos á hacerlo lo más brevemente posible.

La escuela cooperatista ó escuela de la solidaridad representa todo un programa de acción que tiende á mejorar la existencia actual de los obreros. Los economistas como Carlos Gide, que son verdaderamente optimistas, piensan que la cooperación puede sustituir á la Revolución porque logra resultados importantes sin violencia, por medios muy suaves, gracias al concurso de las buenas voluntades, es decir, de las asociaciones libres.

Esta escuela tiene por objeto suprimir la competencia entre el patrono y el asalariado, entre el acreedor y el deudor, suprimir los intermediarios, acrecentar la propiedad y los ahorros colectivos y en este sentido declara la guerra al régimen capitalista é individualista.

Las formas de la cooperación se reducen á tres: las cooperativas de crédito, de consumo y de producción.

Puesto que los obreros no tienen ninguna garantía para poder hacerse prestar el dinero cuando lo necesiten, pueden, asociándose varios, formar una sociedad; cada uno pagará su modesta cotización y al cabo de un determinado tiempo pueden formar un *banco popular* que será la Sociedad cooperativa de crédito.

Las cooperativas de consumo son las que presentan un verdadero interés para los obreros. Son almacenes de venta donde se adquieren víveres y objetos al precio más bajo posible. Teóricamente no hay intermediario entre el comprador y el vendedor y las mercancías no están falsificadas. El sistema de venta puesto en vigor es el de la venta al contado. Al final del año se cotizan los beneficios realizados y se reparten entre los miembros á prorata de las compras efectuadas durante el tiempo trascurrido. El que más ha comprado retira mayor beneficio y posee un ahorro obtenido sin sacrificio y sin ninguna clase de privación.

Las cooperativas que más éxito han tenido en Francia son las asociaciones cooperativas de producción cuya iniciativa pertenece á Buchez (1834). Aquí son los obreros los que, poseedores de los instrumentos de trabajo, se asocian y se aprovechan teóricamente de todos los beneficios realizados. Unicamente que es raro que tengan éxito estas empresas porque encuentran obstáculos que C. Gide reduce á tres: 1.º *la falta de educación económica* de la clase obrera; 2.º *la falta de capital,* pues no es el chorro quien puede constituir el capital necesario; 3.º tienden, por último, á reconstituir las mismas formas que se proponían eliminar, es decir, que sus miembros se convierten en patronos ó pequeños propietarios.

Los diversos sistemas cooperativos fueron generalmente concebidos en un

(1) F. Pelloutier, obra citada.

espíritu antirevolucionario. Los neocoperatistas que quieren transformar la sociedad por el cooperatismo hicieron la crítica de los antiguos modos de cooperación. Primordialmente atacaron la forma más reaccionaria de la cooperación: la participación en los beneficios.

«Como con ella la producción se intensificaría, dice Bancel, resultaría de su adopción unánime una disminución del número de los trabajadores y por consiguiente una mayor cantidad de desgraciados desocupados... además hay otra razón por la cual nosotros los socialistas revolucionarios no podemos adoptar la participación en los beneficios. Este sistema pacífico tiende únicamente á la emancipación de algunos obreros privilegiados y nosotros queremos la emancipación de todo el entero proletariado.» En fin, la participación en los beneficios retarda el movimiento revolucionario.

«Los burgueses no saben lo que se pescan no preconizando la participación en los beneficios. Es un excelente preservativo de las huelgas... Además, emancipándose el obrero que trabaja para sí, despliega mayor actividad y zelo en el trabajo y esto resulta mayormente beneficioso al patrono (1).» Los capitalistas acabarán por adoptar la participación para conservar el salariado.

Los neocooperadores no son partidarios de la cooperativa de producción; por lo menos de la aislada, tal como se empleaba precedentemente. Hemos visto ya la opinión de Gide sobre este particular; veamos ahora la de Bancel.

Bancel hace una distinción entre el sistema cooperativo de producción y un sistema socialista (2). Demuestra que es un sistema burgués (3).

«En el partido radical socialista y en el partido radical que tiene sobre todo empeño en conservar la propiedad privada, se ven con buenos ojos las cooperativas de producción.» Y da cifras: «Bourgeois vé en las cooperativas de producción el medio de emancipar al trabajador; para dar una idea del modo como se ha realizado en las cooperativas más célebres, reunamos el número de asalariados y de asociados y entre las asociaciones obreras más antiguas de París, encontramos:

«Constructores de pianos, 20 asalariados por 19 asociados, 105 por 100; los constructores de anteojos, 1,480 asalariados por 131 asociados, 1,129 por 100; constructores de carruajes, 70 asalariados por 6 asociados, 1,166 por 100.

»Los radicales y radicales socialistas harían obra conservadora sosteniendo las cooperativas de producción; crearían nuevos propietarios al compás de los intereses y de las costumbres de su clase (4).» Bancel reconoce las graves dificultades materiales que se oponen al desarrollo de estas cooperativas. Es imposible emancipar al trabajador por medio del ahorro.

Las cooperativas de crédito no están mejor tratadas. Son reaccionarias porque sostienen la pequeña industria y el pequeño comercio, estos enemigos del socialismo y hasta de toda reforma que amenace al salariado.

«. . . Hay que hacer observar que las sociedades cooperativas de crédito, precisamente en la forma con que sostienen el pequeño comercio y la pequeña industria, marchan contrariamente al objetivo al cual tienden las sociedades coperativas de consumo y de producción (5).»

«Hasta aquí las cooperativas de crédito se han extendido poco en Francia, pero podrían tener la pretensión de un mayor desarrollo. A consecuencia de las maniobras de los capitalistas, la situación de los pequeños productores se hace cada día más crítica y estas asociaciones prolongarían su agonía. Si los grandes propietarios quisieran preservarse eficazmente contra los manejos revoluciona-

(1) Bancel: *El cooperatismo ante las escuelas socialistas*, pág. 21-22.
(2) Idem, pág. 41.
(3) Idem, pág. 47.
(4) Bancel, pág. 49.
(5) Gide, pág. 366.

rios,» se rodearían de multitud de pequeños propietarios cuya posición precaria consolidarían con el crédito. Pero seguramente no lo sabrán ver (1).»

Las cooperativas de consumo son, al contrario, muy bien miradas por los neo-cooperatistas. Veremos como hacen de ellas la base de su sistema. Contentémonos, por ahora, con decir las ventajas inmediatas que encuentran en ellas.

«Las ventajas inmediatas de estas instituciones son:

»1.º Una economía en el gasto... ó un medio de ahorrar sin privaciones siempre que, conforme al sistema de Rochdale, prefieran restituir al comprador al final del año, el beneficio que con él se ha realizado;

»2.º El cese de la falsificación de los géneros;

»3.º Abolición del anuncio réclame, de la mentira y del fraude comerciales bajo todas sus formas, y de ahí la elevación del nivel moral (2).» Bancel sostiene las mismas ideas.

En resumen: los neo-cooperatistas atacan el sistema de la participación en los beneficios, el de las antiguas cooperativas de producción, el crédito y el antiguo cooperatismo, salvo las cooperativas de consumo.

Reprochan á estos sistemas:

1.º Que son poco prácticos;

2.º Que engañan á los obreros impidiéndoles efectuar una acción más séria;

3.º Que reconstituyen ó conservan la organización patronal y el salariado;

4.º Que únicamente satisfacen á unos cuantos privilegiados;

5.º Que crean pequeños patronos y dividen de este modo al proletariado en dos fracciones;

6.º Que sirven á los intereses del pequeño comercio y de la pequeña industria;

7.º Que ejercen una deplorable influencia sobre la moral de los obreros (no participación en los beneficios por parte de los asalariados) de las cooperativas de producción, hábitos de lucro, etc., etc.

Los neo-cooperatistas ven en la cooperación un medio para reformar la organización social. Del cooperatismo hacen un sistema. Sus objetivos son, de todos modos, muy diferentes. Unos quieren conservar las formas actuales democratizando simplemente el capital. Otros quieren por medio del cooperatismo llegar al colectivismo y hasta al comunismo libertario. Gide permanece fiel á las tradiciones burguesas en el sentido que quiere conservar el capital, pero quiere suprimir las desigualdades demasiado grandes, la competencia, el patronato y el salariado.

«. . . con todos los cooperatistas nosotros admitimos la legitimidad de la propiedad privada y del capital, y, por lo tanto, consideramos el salariado y el beneficio como formas, no ilegítimas, sino inferiores, destinadas á ser gradualmente eliminadas por la evolución económica. Y esperamos una organización económica en la cual no haya más asalariados ni patronos, sino que todos sean capitalistas (3).»

A parte de las ventajas inmediatas que hemos mencionado más arriba (cooperativas de consumo), Gide espera del cooperatismo:

«1.º La eliminación progresiva de los comerciantes y generalmente de los intermediarios;

2.º La reducción progresiva de la esfera de las empresas industriales, de las sociedades por acciones, etc., á medida que las sociedades de consumo produzcan ellas mismas todo lo que les sea necesario;

---

(1) Bancel, pág. 35.
(2) Gide, pág. 577-578.
(3) Gide, *Economía política*, pág. 487.

»3.º Rarefacción de las grandes fortunas y multiplicación de las pequeñas;

»4.º Equilibrio de la producción y del consumo y supresión de las crísis y huelgas por el hecho que los consumidores asociados no producirían más que en proposición de sus necesidades (1).»

La renovación social que Bancel espera del cooperatismo es aún más grande. Cree que los revolucionarios pueden por medio del cooperatismo apoderarse del capital, y espera que este sistema nos acercará al comunismo. Ve en el cooperatismo un medio de hacer desaparecer pacíficamente la propiedad privada y dar á nuestra sociedad los marcos de la organización de la sociedad futura. «Una lección de cosas fascina mucho más que todas las demostraciones teóricas.» El cooperatismo es una arma que pueden emplear los comunistas libertarios puesto que «tiene por motor la iniciativa individual, por medio la lucha de clases, y por objetivo la libertad integral.»

«El cooperatismo servirá á la propaganda. El pueblo vendrá con nosotros si tomamos inmediatamente, materialmente, su interés.» Los resultados tendrán ya alguna relación con el comunismo. «Es un paso, una marcha hacia este objetivo final.» Puede servir, además, para la organización del proletariado.

Por el cooperatismo se realizará la conquista de la industria manufacturera, de la industria agrícola y quedará suprimida la lucha y la competencia.

La cooperación es un excelente auxiliar de la futura acción revolucionaria. Los cooperatistas podrán ayudar materialmente todas las rebeldías. La lucha de clases será más neta. Unicamente habrá «cooperatistas proletarios y capitalistas agiotistas (2)» y los primeros triunfarán.

El Congreso de los Cooperatistas que acaba de celebrarse ha adoptado resoluciones en este sentido (3).

A la primera cuestión (asociación cooperativa y sindical): «Los beneficios servirán para crear una «*caja de desarrollo de las organizaciones obreras.*» A la segunda (resoluciones de las sociedades cooperativas de producción): «Serán considerados como adherentes á la cooperación socialista, las sociedades que entreguen un 25 por 100 á la propaganda socialista para la unificación del partido.» A la tercera cuestión, las sociedades deberán «entregar á la propaganda socialista diez céntimos por año y por individuo.»

En una palabra: material y moralmente, el cooperatismo nos preparará para el comunismo.

Sean cuales fueren las ilusiones que se hayan hecho los cooperatistas sobre el espíritu y los resultados de su sistema, en espera de que los hechos hayan demostrado de qué lado está la verdad, admitamos como verdaderas las ventajas de la cooperación, tales como anuncian sus partidarios, y dividámoslas en tres grupos:

1.º Ventajas materiales inmediatas para el cooperador,

2.º Una transformación económica más lejana efectuada poco á poco en virtud del cooperatismo,

3.º Una ayuda á los revolucionarios por su influencia educadora y por los recursos materiales que puede suministrar á los sindicatos y á la propaganda.

Estudiemos sucesivamente estos tres órdenes de ventajas y veamos si son bastantes á hacer de la cooperación el modo de acción y de propaganda por el cual podamos unirnos y al cual cada uno de nosotros debe «consagrar toda su fuerza y energía (4).»

Respecto al primer punto están de acuerdo los escritores de todos los más

---

(1) Idem, pág. 577.

(2) Todas estas citas están tomadas de las últimas 20 páginas del folleto de Bancel.

(3) *Boletín de la Bolsa nacional de las sociedades cooperativas socialistas de consumo de Francia*, 4.º año, n.º 30, Agosto 1900.

(4) F. Pelloutier, carta á los anarquistas, 12 diciembre 1899.

diversos matices: el cooperador vive, á igual precio, mejor que cualquier consumidor vecino (Bancel). La cooperación contribuye á mejorar inmediatamente las condiciones de existencia (Gide). Estimula la economía, produce el ahorro sin exigir privaciones, suprime las falsificaciones de los géneros, la réclame, la mentira comercial y el fraude.

No soñamos siquiera en negar estas ventajas, pero no hay que olvidar tampoco que los cooperatistas no podrán conservarlas por entero durante mucho tiempo y que vendrá una inevitable baja de salarios á suprimir ó disminuir estas ventajas dentro de poco tiempo. Pero que se las considere duraderas ó transitorias falta siempre saber en qué medida pueden interesar á los anarquistas.

Lejos de nosotros creer que la miseria engendrará la rebeldía y que el interés de la Revolución estriba en que haya el mayor número posible de hambrientos. Creemos, al contrario, que cada uno debe procurarse las condiciones más propias para mantener su salud física y moral, pero á condición de que yendo de un extremo á otro no se crea que haga obra revolucionaria. Tampoco aconsejaremos á los compañeros que no entren á formar parte de una sociedad cooperativa si en ella pueden vivir mejor y á menor precio que de otro modo, pero tampoco esto interesa á la acción revolucionaria.

Bajo esta palabra demasiado vaga, acción revolucionaria, hay algunas realidades precisas, por ejemplo, el tiempo y los recursos de que se dispone para la propaganda; este tiempo y estos recursos la mayor parte de los camaradas los sacan de su propio bienestar para un empleo en que su bienestar inmediato no tendrá su correspondiente parte; sería, por consiguiente, un contrasentido absorver á favor del cooperatismo el tiempo y los recursos de los compañeros si no hubiere más ventajas que devolverles este bienestar del que se han privado voluntariamente.

Que cada uno se haga cooperatista si en ello hallare una ventaja, pero estas consideraciones prácticas, por legítimas que sean, no son bastantes para interesar á la acción anarquista que se propone un objetivo completamente diferente.

Al lado de las ventajas inmediatas nos hacen entrever otras más lejanas; una verdadera transformación económica que se realizará poco á poco en virtud del cooperatismo. Pero aquí las opiniones varían hasta el infinito, según las tendencias de los cooperatistas.

Dejemos á un lado las opiniones de las escuelas católicas, evangelista ó protestante y las de los economistas más ó menos conservadores que, desde el conde de París á Pablo Deschanel son partidarios de la cooperación.

Según Gide, que se separó de los cooperatistas conservadores en el Congreso de 1889, el principal interés de su sistema consiste en que tiende á generalizar la propiedad; que eliminando los intermediarios, las empresas individuales, las sociedades por acciones, beneficios y dividendos, etc., arrebata al capital su papel de director y sacrifica las grandes fortunas y multiplica las pequeñas. Pero para nosotros que no podemos considerar la propiedad como una enfermedad contagiosa cuya marcha es tarde ya para detenerla, pero cuyos efectos van debilitándose de generación en generación á medida que más se extiende, tenemos la candidez de creer que no hay á este mal medicina más pronta y segura que apresurar y extender el contagio.

El cooperatismo tiende, se nos dice, á conquistar toda la industria:

Las asociaciones de crédito, de compra de primeras materias, interesan únicamente á los pequeños fabricantes, á los pequeños comerciantes, á algunos obreros que trabajan en su propia casa. La clase obrera ya proletarizada no puede sacar de ellos ningún beneficio; la clase obrera no proletarizada disminuye cada día más. Por consiguiente, estas asociaciones únicamente pueden ser útiles á una minoría que va en disminución todos los días. Admitamos que por el crédito que puedan dar pongan á un proletario en camino de convertirse en patrono;

este no podrá luchar con la gran industria y fatalmente tendrá que sucumbir. La acción de la cooperativa, si fuese eficaz, sería reaccionaria.

Las sociedades de consumo prestan servicios al obrero consumidor, pero no al obrero productor, y sin embargo bajo esta última forma es como más se le explota.

Pero si se admite que en general la ley de los salarios se aplica al cabo de un determinado tiempo, el servicio que la cooperativa le presta es nulo, pues si se generalizara tendría por efecto hacer disminuir la tasa de los salarios. Estas asociaciones no pueden, por lo tanto, ayudar á la masa obrera sino en el sentido, todo lo más, de crear categorías privilegiadas que serán tanto más favorecidas cuando menos numerosas sean.

Las sociedades de producción. Dadas las exigencias y el desarrollo de la producción moderna, el capital es cada día más importante, con relación á la cantidad de trabajo efectuado. Es imposible que los obreros empleados en una fábrica sean los únicos accionistas de la fábrica; para cada obrero de la fábrica se necesitarán 3, 4 ó 5 obreros accionistas. Es matemáticamente absurdo, si se generaliza la constitución de estas cooperativas, que la clase obrera entera se triplique, cuadruplique, etc. La empresa es teóricamente posible para contados establecimientos á condición que aprovechen las retenciones hechas sobre el salario de otros trabajadores que trabajan en la industria privada. Se podrían resumir las previsiones de los partidarios más optimistas de la cooperación y de los más revolucionarios, diciendo que el cooperatismo nos conducirá poco á poco á una especie de sociedad colectivista. ¿Pero qué se han hecho las promesas de los pequeños grupos y de las pequeñas sociedades comunistas en las cuales se quería que contáramos? Nos parece que no han quedado siquiera señales de ellas, y no tiene esto nada de extraño; un órgano comunista no puede funcionar libremente en el seno de una sociedad capitalista.

Las cooperativas no son, no pueden ser en la sociedad actual, empresas comunistas, anarquistas, revolucionarias. Forzosamente constituídas sobre una base burguesa, en una sociedad burguesa, en una forma burguesa, son, si se quiere así, un progreso en el sentido que aguzan el punto de vista burgués y capitalista, son más burguesas y capitalistas que las empresas ordinarias, hasta diremos que son la perfección del género burgués, pero nada más. Si no son burguesas no pueden tener éxito y entonces no hay argumento en su favor. Son simplemente empresas por acciones que bien administradas han tenido éxito; y nada más.

Vamos á ver el tercer grupo de ventajas, las que algunos compañeros nos señalan como más capaces de inclinar á los comunistas al cooperatismo. Según ellos, aportan á la causa de la Revolución una ayuda moral y material y según Bancel «un instrumento de solidaridad y de combate que tiene por motor la iniciativa individual, por medio la lucha de clases y por objeto la libertad integral.»

El aumento del bienestar, en hipótesis, acrecentaría la independencia de los espíritus. Esto solamente sería verdad á condición, precisamente, de que la busca de este bienestar no absorviera las precauciones y la actividad de los camaradas. En esto, como en las ventajas materiales, debemos instigar á los compañeros á que cada uno se emancipe lo más posible, pero el perseguimiento del bienestar intelectual ó material debe dejarse al cuidado de cada individuo y no puede formar parte de los programas que formulamos.

«Sustituye, se nos dice aún, el espíritu de competencia por el espíritu de solidaridad.» Nada hay que nos parezca menos cierto. Es de temer, al contrario, que conduzca rápidamente á la división de la clase obrera; á un lado estarían los cooperatistas, pequeños capitalistas, como justamente se nos ha hecho ver, pero de todos modos capitalistas; al otro un «quinto estado,» todos aquellos á quienes estará prohibida la cooperación, criados de granja, obreros de la pequeña in-

dustria, los de la industria á domicilio, los sin-trabajo, «ejército industrial de reserva» y los obreros á quienes una prole demasiado numerosa ó una paga insuficiente impide el pequeño ahorro necesario para poder formar parte de la cooperativa y pagar los géneros al contado.

«La cooperación, dice Cornélissen, no ataca el modo de producción capitalista en su principio... produce una especie de nueva pequeña burguesía que amenaza anidar entre la pequeña burguesía propiamente dicha y el proletariado.» (*Humanité Nouvelle,* agosto 1899).

Por la distribución de los dividendos, en bloque ó en detalle, por el empleo de los beneficios á obras de socorro mútuos, á cajas de retiro, á fondos de reserva, ó al desarrollo de la cooperativa, lo que se estimula y favorece son precisamente los sentimientos de egoísmo, de individualismo. Las cooperativas tienen que colocarse sobre el principio de la competencia si quieren subsistir. Y se colocan en él tan á las mil maravillas, que todos los economistas ortodoxos, todos los gobiernos burgueses civilizados, no hallan palabras bastantes para alabarlas; las animan, las sostienen, las subvencionan. Dice á este propósito el *Dictionnaire economique politique:* «Demuestran que sus asociados no son desheredados y que tienen en sus manos un excelente mecanismo de economía.

Bajo otro aspecto el cooperatismo daría, dícese, á los obreros la educación económica que les falta. Es de suponer, en efecto, que con el espíritu del capitalista, adquirirán en cierto modo, con la cooperación, el espíritu del comerciante, pues todos serán más ó menos solidarios en las pérdidas ó en los beneficios de su empresa (1).

Nos parece que los progresos administrativos y técnicos puede muy bien hacerlo el obrero, y los hace efectivamente, sin necesidad de poseer cooperativas. En un taller cualquiera un obrero aprende muy bien lo que exige la administración y la organización de un establecimiento industrial. Puede convertirse en encargado, capataz y contramaestre desde luego y esto es todo lo que necesita. El mismo desarrollo económico exige la división del trabajo, exige que cada uno no sea un práctico universal, basta que nuestros compañeros de todo orden y categoría que sea cumplan en la sociedad futura el deber que desempeñan en la sociedad actual.

«Además, haciendo del cooperatismo el principal tipo y objeto de la acción revolucionaria inmediata, es inevitable que los más activos y más hábiles propagandistas se conviertan en administradores (2).»

Una nueva escuela de cooperatistas, los *neo-cooperatistas,* nos conceden en gran parte todo lo que acabamos de decir, como ya hemos visto; pero de todos modos no son menos devotos de la cooperación y he aquí porqué:

Una cooperativa de producción no tiene gran interés, una cooperativa de consumo no tiene una utilidad superior, pero unamos, añadamos la cooperativa de producción á la de consumo y obtendremos una cosa excelente; añadamos luego á estas una cooperativa de crédito y tendremos una cosa maravillosa. Que es como si dijéramos: á una cosa mala añadid una cosa pésima, agregad otra detestable y obtendréis un producto excelente. He aquí todo el neo-cooperatismo.

Apretémosles de cerca:

Séase una *cooperativa de producción.*

Es muy difícil hacerla funcionar. 1.º El capital siempre creciente que exige es difícil de hallar entre los obreros participantes; 2.º los pedidos son raros, la cooperativa es mirada con malos ojos; 3.º los pedidos no son continuos y la cooperativa puede hasta boicotearse; 4.º el crédito es nulo ó puede extinguirse.

---

(1) Ch. Cornelissen: *De la Cooperation, Humanite Nouvelle,* Agosto 1899.
(2) Cornelissen, ídem.

Séase una *cooperativa de consumo.*

1.º El capital, aunque difícil le hallar es menos considerable siempre que comience en pequeña escala; 2.º los pedidos pueden ser más regulares, vendiéndose únicamente objetos de primera necesidad; 3.º los pedidos pueden ser más frecuentes porque corresponden á las necesidades diarias; 4.º el crédito necesario es menos importante, por lo menos al principio.

Todo esto constituye ventajas á favor de la cooperativa de consumo. Sin embargo, esta institución no ha hecho más que suprimir unos cuantos intermediarios del pequeño comercio.

Pero veamos lo que ocurre si se juntan estas dos especies de asociaciones.

La cooperativa de consumo tiene necesidad de productos. Si los da á fabricar á manos burguesas no sale del terreno burgués ordinario, del modo de explotación capitalista.

Si los da á fabricar á cooperativas de producción se sale de este terreno.

En efecto: 1.º los cooperadores productores podrán ser pagados directa ó indirectamente en especies. El sistema formado por la cooperativa de consumo y la cooperativa de producción será relativamente cerrado. En cierto modo es una especie de pequeña sociedad comunista de la que el dinero estará relativamente excluído, funcionando en el seno de la sociedad capitalista; 2.º la cooperativa de consumo suministrará á la de producción el capital que esta última no hubiera podido hallar sin esta unión; 3.º los pedidos serán frecuentes; 4.º entradas regulares; 5.º el crédito será inútil porque lo garantizará la cooperativa de consumo.

El progreso, por lo tanto, notable. Tenemos en el seno de la sociedad capitalista el germen de un órgano de la sociedad futura. Se habrá suministrado «experimentalmente» una prueba de su posibilidad, etc.

Por lo que se refiere á las ventajas de educación administrativa, técnica y moral que se pueden sacar de esta combinación nos atendremos á lo que ya hemos dicho.

Discutamos únicamente la cosa desde el punto de vista económico, y coloquémonos en dos hipótesis.

1.º O el sistema neocooperatista de una cooperativa de consumo unida á una ó á varias cooperativas de producción se establece sobre una base comunista. Los cooperadores productores no perciben á cambio del consumo de su fuerza de trabajo un equivalente proporcional al tiempo de trabajo. Semejante sistema es imposible. La cooperativa de consumo, para poder fundar cooperativas de producción, está obligada á tener por clientes otros consumidores que no sean productores. Deberá venderles necesariamente las mercancías al precio de mercado. De otro lado las cooperativas de producción no pueden actualmente producir todos los objetos necesarios á la existencia, al funcionamiento de las manufacturas, á las exigencias del almacenaje y de la manipulación. Estará obligada á comprarlos al precio corriente.

De aquí se sigue que los productores cooperadores se verán obligados á estar en posesión de dinero destinado al consumo y que la cooperativa no podrá suministrar. O bien, siguiendo el principio comunista, se les entregará una suma indeterminada de dinero limitada únicamente por sus necesidades. Es imposible. O bien una suma fija que no estará calculada según sus necesidades. Pero, de otra parte, y dadas: 1.º la necesidad que tiene el sistema neocooperatista de comprar las primeras materias accesorias y hasta las mercancías trabajadas al precio corriente; 2.º la necesidad de vender los productos con relación al precio corriente, es indispensable que todas las mercancías se estimen, no según la regla interior y comunista de las necesidades del productor y del consumidor, sino según la regla exterior, según el precio del mercado. Estará todo estimado, por consiguiente, á la moda capitalista y la fuerza de trabajo del productor, que es una mercancía como las demás, lo será como las demás mercancías, produc-

tos, materias primeras, accesorios, etc. Un sistema neocooperador anarquista-comunista será, pues, imposible. No se crea en el seno de la sociedad capitalista un órgano económico no-capitalista.

Coloquémonos ahora en la otra hipótesis.

El sistema neocooperador no está ya fundado sobre bases comunistas. En este caso el sistema no se diferencia grandemente de los comercios de espècería como la casa Potin que tiene á su servicio varias fábricas, manufacturas ú otras explotaciones. La única ventaja sobre la casa Potin es que se han suprimido buen número de parásitos comerciales; dada la reducción de los gastos generales y la clientela de la casa se puede vender barato y con pequeños beneficios; es un progreso desde el punto de vista burgués y capitalista porque permite al obrero vivir más barato y al burgués rebajar la tarifa del salario. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con el comunismo anarquista?

La verdad, en la que no insistiremos nunca bastante, es que las cooperativas de producción y las cooperativas de consumo, unidas ó separadas, son excelentes empresas bajo el punto de vista capitalista. Desde el punto de vista comunista-anarquista no tiene ninguna ventaja material ni moral. Bien diferentes en esto de los sindicatos, pues éstos siquiera se colocan sobre el terreno de clases; aquéllas se colocan forzosamente, necesariamente, siempre, sobre el terreno burgués y capitalista. Son sociedades anónimas por acciones al alcance de los pequeños bolsillos.

Los neocooperatistas, presos de una singular ilusión, no se aperciben que sus críticas del antiguo cooperatismo caen sobre el suyo. Creen que con la reunión de todas las formas del cooperatismo llegan á formar un sistema diferente del conjunto de las partes que lo componen. Es un error de lógica que se encuentra en muchos sociólogos eminentes y del que no han escapado los neocooperadores.

Falta examinar un último orden de razones cuya importancia no puede disimularse desde el punto de vista revolucionario. El cooperatismo puede suministrar al proletariado un instrumento de lucha particularmente poderoso desde que se une al movimiento sindical. Es, dicen, capaz de ayudar al desarrollo de los sindicatos profesionales cuyo poder y actividad aumenta simultáneamente; les permite hacer que se mantengan los salarios sin disminución, sostener las huelgas y de modo general defender sus intereses suministrando el dinero indispensable á la lucha y á la propaganda.

Es difícil pronunciarse en seguida en pro ó en contra de la aptitud de la cooperación para acelerar ó retardar el movimiento sindical. Respecto la cuestión de las huelgas las opiniones y los ejemplos son bastante contradictorios; el Wholesale de Manchester y los mineros del Yorkshire dan el raro ejemplo de una huelga que triunfó gracias á la ayuda de una cooperativa. Cornelissen cree que los cooperatistas no pueden socorrer con eficacia las huelgas: «realizar beneficios, he aquí la necesidad urgente que es necesario considerar en el mundo de los negocios.

«A pesar de esto hay casos en que la cooperación puede servir indirectamente á la clase obrera... A veces las grandes asociaciones obreras pueden determinar las cooperativas vecinas á contratar con ellas el suministro de géneros á precio fijo durante el tiempo de una huelga ó de un lock-out... Sin embargo, esta ayuda positiva acordada por la cooperación en la lucha del proletariado solamente puede ser temporal... Con el comercio y el tráfico la parálisis y la corrupción se introducirán en las filas de los obreros revolucionarios. En la sociedad capitalista no hay comercio ni tráfico que no se adapte al medio en que vivamos y sin que dejemos de convertirnos nosotros mismos en hombres de negocios (1).»

---

(1) Cornelissen, *De la Cooperation*.

Resumamos. Apreciamos del cooperatismo que sus ventajas materiales inmediatas no tienen nada que ver con el comunismo, y que la única ventaja, de entre las que podían interesar á los revolucionarios, es problemática ó contrabalanzada con graves inconvenientes.

Basta esto para demostrar que el cooperatismo no puede ser ni el remedio á todos los males que sufre la sociedad, ni siquiera, simplemente, el modo de acción que debe reunir sobre un mismo terreno á los revolucionarios del globo. Pero si nos negamos á otorgar toda nuestra confianza y nuestra actividad á esta idea, no quiere decir que nos opongamos á que los trabajadores se asocien si en ello encuentran algún alivio, duradero ó no, por medio de las cooperativas á su mísera actual condición.

Las cooperativas, como las sociedades de resistencia, sindicales, de oficio, pueden suministrar un terreno más para la propaganda.

En último lugar el cooperatismo puede ofrecer en ciertos casos á las agrupaciones obreras una ayuda eficaz y creemos que no hay necesidad de que nos opongamos á las tentativas de este género. Pero en ninguna circunstancia debemos olvidar que todas las empresas cooperativas ó neocooperativas son, en sustancia, burguesas y capitalistas, y que querer hacer de ellas una prolongación, el sostén del movimiento revolucionario, es exponerse á muchas equivocaciones, dificultades y peligros.

GRUPO DE ESTUDIANTES SOCIALISTAS REVOLUCIONARIOS
INTERNACIONALISTAS DE PARÍS

Cooperatismo, Universidades populares, Boicotage, Sabotage (1)

Compañeros:

Varias cuestiones no han sido incluídas en la orden del día del Congreso, pero reconociéndolas de importancia, la Unión Sindical del Bronce ha creído útil recordarlas á los delegados. Son las que encabezan estas líneas.

Vamos á examinar rápidamente el papel que desempeñan y podían desempeñar las cooperativas en la solución del problema social. Por de pronto hay que preguntarse si realmente responde al punto de vista cooperador. A nuestro juicio no responden á este título. Simples paliativos; ni educan ni están constituídas sobre bases sociales. Y menos mal cuando no se entregan á la política. Tocante á entrar en ellas para hacer propaganda y elevar la mentalidad de los cooperadores, creemos que no podemos hacernos ilusiones. No queremos desanimar á los hombres de buena voluntad susceptibles de desbrozar un terreno tan árido, pero cuando se ve el triste espectáculo que ofrece una asamblea general de cooperadores se da uno cuenta en seguida del nivel moral y el valor educativo de las cooperativas de consumo. La cooperación es un juguete para desviar al pueblo de su camino revolucionario y lanzarlo en especulaciones sin más resultado pos ble que dar al proletariado la enfermedad contínua de la pérdida y de la ganancia que absorverá su vida y no le dejará una idea para la lucha del Pensamiento humano.

La cooperación tan ensalzada ni siquiera es realmente socialista. Es una

---

(1) Palabra francesa empleada por los obreros para significar que *á trabajo mal retribuído, trabajo mal efectuado*. Trabajar á zapatazos, de cualquier pésimo modo. (N. del T.).

mezcla bastarda de la asociación de Proudhon y de la economía política de Malthus. El tanto por ciento es su dios y el capital su verdadero dueño. Descansa sobre la misma base que todas las demás sociedades comerciales, anónimas, en comandita, en participación. Leed sus estatutos, sus cuentas presentadas á las asambleas, sus manifiestos; es el argot ignominioso de la banca.

Es el triunfo absoluto de la economía política tan cara á Leroy-Beaulieu que arroja las víctimas á millares entre los engranajes devoradores de la competencia, de la oferta y la demanda, pues hay también *auxiliares* en la cooperación, palabra encantadora que disfraza torpemente al asalariado.

Digamos con el revolucionario: «¡Quién sabe si los patronos de mil cabezas no serán mucho más duros que los patronos monocraneanos!» No hay porque extrañarse de las ternezas que los legisladores y los economistas prodigan á las cooperativas de consumo que, por otra parte, no son practicables sino en las localidades de importancia.

Hay otra cuestión que no tienen en cuenta los adeptos de la cooperación. Los vagabundos, los eternos sin-trabajo, los inclasificados del trabajo nos parece que son cantidad no despreciable que para nada tiene en cuenta el sistema cooperativo.

En vano se buscaría en las sociedades cooperativas una seria propaganda educativa. Si hay que contar con la Cooperación para transformar la sociedad podemos esperar sentados. Para luchar con eficacia contra una sociedad organizada como la nuestra es inútil arrojar millones en el mercado de la competencia. Aun saliendo vencedores no sería esto lo que transformaría la mentalidad de una masa bestializada.

Muy diferente podría ser nuestra labor desde el punto de vista de nuestras ideas respecto las universidades populares, cooperaciones de ideas de toda clase. No es que tengamos que ensalzarlas forzosamente; muchas están muy lejos de estar inspiradas en sentimientos libertarios. De todos modos podríamos efectuar buena labor en ellas. Mientras los sindicatos trabajan para estrechar los lazos que unen á los trabajadores de una misma corporación, los círculos de estudios sociales, universidades populares, etc., trabajan para aumentar sus conocimientos y elevar su mentalidad. En ellas no nos hallamos ya frente una tentativa comercial, sino ante métodos de enseñanza.

Quisiéramos, sin embargo, ampliarlas. Los trabajadores encuentran en estas universidades una biblioteca para instruirse, un modo de huir á las solicitaciones de la taberna. Toca á ellos estudiar, ver, comparar, ensanchar el horizonte de su cerebro, desarrollarlo, hasta llegar al conocimiento de los fenómenos sociales.

No rechazemos toda tentativa que pueda contribuir á la emancipación de la clase obrera. Vamos á ellas con ánimo de sembrar la instrucción. Enemigas de la política, las universidades populares parece que marchan por un camino que podríamos allanárselo más; las energías que se pierden en las cooperativas podrían emplearse aquí fácilmente.

Pasemos á las cuestiones que, aunque secundarias, tienen su importancia: el boicotage y el sabotage.

Estos dos sistemas revolucionarios parece que tienen buena acogida entre nosotros. Están aún lejos de practicarse á pesar de haberse adoptado por diversos congresos corporativos.

En el último Congreso del ramo metalúrgico se emitió la proposición de adoptar la marca de fábrica, lo mismo que se hizo con la Vidriería obrera. Sería el mejor modo de asegurar el trabajo á los vidrieros de Albi si en todas partes se exigiera á nuestros comerciantes en vinos que emplearan el vidrio de la Vidriería obrera para sus embotellados. Si se aplicara este sistema á todos los ramos de la industria se obtendrían resultados apreciables.

Practicado en grande escala se podría obtener con el boicotage modificacio-

nes de la existencia del asalariado que no serían despreciables, sea en el dominio cooperativo, sea en las cuestiones políticas. Es el mejor medio de demostrar á los explotadores que solo depende de nuestro querer el que pueda realizarse nuestro deseo. Es además un medio revolucionario, una excelente práctica de solidaridad obrera.

Respecto á la cuestión del sabotage no hay necesidad de hablar mucho. Cuando por circunstancias económicas no le es posible al obrero declarar una guerra abierta al patronato, el sabotage es el arma indicada para hacer la guerra sorda. Basta hacer abstracción completa de los escrúpulos. En lucha contra la explotación, no pudiendo romper la cadena de un solo golpe, podemos sin embargo roerla poco á poco. Es un medio que puede durar mucho tiempo antes de que se descubra y con él ocasionar pérdidas sensibles á los explotadores. Dejamos á cada cuerpo de oficio el cuidado de aplicar procedimientos particulares para efectuar en malas condiciones el trabajo ó buscar los modos de deteriorar los instrumentos de trabajo. En los congresos corporativos de Rennes y Tours fué aprobado el sabotage por los sindicatos representados en el congreso.

Cerramos el informe señalando á vuestra atención como el trabajo revolucionario que puede ejecutarse en el dominio corporativo y económico es infinitamente complejo. Toca á los individuos dirigir sus golpes allí donde pueda serles más cómodo y fácil el triunfo. Lejos de querer unificar la táctica, buscamos, al contrario, fraccionarla de manera que los militantes obren impulsados por su temperamento según su tendencia.

Los delegados de la Unión del Bronce

ALBERT HENRY.—GAVRY.

IV

Táctica libertaria.—Táctica revolucionaria.

Libertario y revolucionario son dos palabras casi sinónimas si consideramos las ideas y el objetivo perseguido por los discípulos de estas dos palabras.

En efecto, ambos esperan únicamente de la Revolución el derrumbamiento de la sociedad capitalista para sustituirla con una nueva era basada en la libertad é igualdad de los ciudadanos.

Las dos quieren un estado social sin gobierno, pues gobierno quiere decir autoridad.

Las dos aceptan el principio de huelga general que nos conducirá á la Revolución. ¿Cuál es, pues, la idea ó la táctica que no deja se unan estas dos teorías para luchar en común y formar juntas una fuerza compacta contra la sociedad actual, ya que sus ideas y sus escritos se asemejan en muchos puntos? Intentaremos demostrarlo. Esta diferencia estriba únicamente en una diferencia de táctica en la lucha emprendida contra la madrastra sociedad actual.

La idea libertaria se ha ido precisando en éstos años últimos, idea joven, que existe entre las numerosas tácticas que componen el partido avanzado de nuestra época.

Los libertarios se han llamado así, si no estamos mal informados, para separarse de los anarquistas, porque son opuestos á toda clase de agrupacion, porque creen que en ella persiste el autoritarismo.

El libertario, en general, cree y lo espera todo del movimiento individual y la evolución de los cerebros. Para llegar á una revolución duradera y sin retroceso es necesario que los cerebros estén instruídos, que no puedan caer nuevamente en los errores del pasado. Pero aquí estamos todos de acuerdo para afirmar que si tuviéramos que esperar esta evolución la Revolución, el derrumbamiento de la sociedad estaría aplazada para las kalendas grecas.

Ninguna revolución, ninguna reforma, ningún progreso lo ha efectuado la mayoría. Siempre ha sido una minoría la que ha efectuado las revoluciones. La mayoría se ha limitado á aceptar los hechos consumados. Pero ha sido necesario que esta minoría haya sido lo suficiente fuerte para obrar, cosa que hoy está muy lejos de serlo. Los libertarios no hacen campañas electorales, son enemigos de la supercheria llamada sufragio universal, no creen en la eficacia de las reformas inmediatas; únicamente les guía la idea. Son fuerzas diseminadas en numerosos sitios, fuerzas que se desconocen unas á otras, que con pretexto de libertad dejan obrar á los individuos como quieran. Algunos compañeros, entre los libertarios, habrán podido ver que muchos ciudadanos que á sí mismos se llaman libertarios, no tienen ninguna noción de los deberes que incumben á los individuos que con este calificativo se escudan.

En las conferencias ó reuniones adversas, gritan, interpelan, amenazan, creen que cuanto más chillan y más intratables son, más libertarios resultan, extraña-

dos de que se les quiera imponer silencio. Su extraña libertad se preocupa poquísimo de la libertad del vecino que fué allí para escuchar y aprender.

Si sacamos á relucir estos hechos es porque su frecuencia nos obliga á señalarlos á los camaradas libertarios para decirles: este mal procede de la falta de una agrupación donde se estudie y se discuta diferentemente de las reuniones públicas; procede de no haber enseñado que para ser revolucionarios es necesario en primer lugar revolucionar el propio cerebro y el propio temperamento.

Hace algunos años que asistimos á la evolución de la idea anarquista libertaria. De enemiga que era al principio de toda agrupación, hoy se ha ido convirtiendo y organiza congresos, simples reuniones para discutir y conocerse.

Creemos que nuestros primeros pasos están dados, que dentro de poco tiempo os veréis forzados á tener que conocer las mayorías, á saber cual camino es necesario seguir para mejor unir y concentrar las fuerzas de un movimiento, y esto sin que tengáis que imponer ley alguna á nadie. Las minorías son libres de seguir ó no seguir. Si el individuo ha de ser libre, con mayor razón ha de serlo una minoría, pues esta minoría representa varias individualidades ó simplemente una idea.

Observad, compañeros libertarios, que ya estáis sobre la pendiente; del individualismo vais á la agrupación y de esta al congreso. Esperamos que vuestra táctica os conduzca á este término.

El partido obrero socialista revoluciunario apoya su táctica y su fuerza en las organizaciones corporativas y económicas; en su seno, sin que sea ley inmutable, todos deben estar asociados. De la acción económica esperamos nuestra emancipación.

La huelga general es el arma revolucionaria en manos de las corporaciones; el partido obrero las adoptó y se hizo su propagandista.

Los revolucionarios se han separado de los libertarios únicamente por una cuestión de táctica: la conquista de los poderes públicos para hacer mayor propaganda.

El párrafo 4.º de los considerandos del P. O. S. R. dice:

«La emancipación de los trabajadores únicamente puede salir de la acción revolucionaria. *Como medio y á título de propaganda* hay que perseguir la conquista de los poderes públicos, en el municipio, en la provincia y en el Estado.»

Nuestro grupo no tiene gran fé en la susodicha conquista. Reconocemos sin embargo que muy á menudo los grupos se forman á consecuencia de las campañas electorales. Podríamos citar algunos.

Con los compañeros libertarios creemos que la obra de los delegados del Partido obrero es nula en las esferas legislativas, como propaganda es más útil, pues sin grandes gastos pueden enviarse propagandistas á todas las provincias, cosa que no pueden hacer las agrupaciones que viven de sus únicos propios recursos. Algunos contados individuos han podido efectuar excursiones de propaganda á su costa y riesgo, pero son escasos y no responde á la necesidad de la propaganda actual.

Así pues, si bien el sufragio universal es una farsa, nos permite sin embargo propagar nuestros principios y sobre todo reunir, agrupar á los ciudadanos y discutir juntos. Cuando se logra hacer pensar y hacer discutir á un individuo, éste es bien pronto de los nuestros, porque la discusión le abre los ojos y le obliga á rebelarse contra las iniquidades sociales. Se convierte en revolucionario.

He aquí, compañeros, lo que creemos hay de bueno en nuestra táctica y únicamente de bueno en la conquista de los poderes públicos. Tocante al enderrocamiento de la sociedad actual, creemos que únicamente la Revolución nos permitirá efectuarlo y que la conquista de los poderes públicos no puede servirnos para este objeto.

El grupo del XVII distrito

París, 1900.

La acción sindical y los anarquistas

La importancia cada día creciente de los sindicatos obreros nos impone el deber de estudiar qué conducta debemos adoptar los anarquistas para con estas agrupaciones y hasta qué punto debemos tomar parte en su desenvolvimiento, sea entrando á formar parte de ellos como miembros ó sea contribuyendo á su creación.

Toda forma social contiene en sí misma los agentes propios para su metamórfosis; las propias leyes del régimen capitalista son las que obran la destrucción de este régimen, y esto á consecuencia del antagonismo de las clases que ha creado el modo de producción capitalista.

El régimen industrial moderno, es decir, las formas económicas actuales, tienen por corolario en las relaciones sociales, la organización profesional.

El Sindicato Obrero es la agrupación que mejor representa á la clase explotada en lucha contra la avaricia de la clase que la explota. No hay, por consiguiente, modo de contrariar este movimiento de agregación de las unidades obreras; debemos, al contrario, entrar resueltamente en el movimiento é impedir que la dirección no caiga en manos de los ignorantes ó de los ambiciosos que lo harían desviar de su camino revolucionario.

Obligados los obreros á resistir la avaricia siempre creciente del capitalismo, se han agrupado en secciones de oficios para poner un freno á su explotación. De aquí nació el Sindicato obrero: «Asociación de obreros de un mismo oficio agrupados para defender sus intereses materiales y morales, creando entre sus adherentes relaciones de solidaridad con objeto de resistir la avaricia de los detentadores del capital.»

Pero, para nosotros los revolucionarios, su acción no debe detenerse aquí. Por esto vemos en los Sindicatos dos movimientos: 1.º Un movimiento reformista «para velar por sus intereses materiales y morales», teniendo por objeto la satisfacción de intereses materiales, como la mejora de los salarios, la disminución de la jornada de trabajo, y en general, toda mejora del bienestar del obrero.

2.º Un movimiento económico de la clase obrera contra la clase capitalista que tiene por objeto bien determinado la supresión de la última y del régimen que representa. Tales son según nuestro modo de ver, los puntos diferentes á que tienden los Sindicatos obreros. Un movimiento puramente reformista y un movimiento revolucionario con objeto de cambiar la forma de la sociedad. Testigo este artículo insertado al frente de un llamamiento hecho á los obreros de las industrias metalúrgicas invitándolos á asociarse: «*El Comité declara que el objeto que persigue es la supresión completa del patronato y del salariado.*»

Nuestra actitud frente de estas dos tendencias del movimiento sindical es bien simple: demostrar la nulidad de las reformas parciales y desarrollar entre los sindicatos el espíritu revolucionario.

Para el aumento de salario, por ejemplo, nos es fácil demostrar que si momentáneamente este aumento de salario nos favorece como comprador, llega un momento en que, aumentando todos los salarios, aumentan inevitablemente todos los productos en proporciones idénticas, y este aumento no habrá servido para nada, pues aunque tengamos más dinero no habrá aumentado el poder de consumir. Es lo que, si no ando desencaminado, los abogados del socialismo científico llaman «la ley de bronce del salario.»

Citaré únicamente un ejemplo. En los Estados Unidos no es raro ver obreros que ganan 3 ó 4 dollars diarios, lo cual corresponde á 15 ó 20 francos de nuestra moneda. A pesar de esto los obreros americanos no son más felices que nosotros, dan fe de ello las formidables huelgas de que hemos oído hablar.

Nuestra propaganda en los sindicatos debe tener, por lo tanto, por objeto restringir el movimiento que tenga por finalidad la tendencia á las reformas parciales, demostrando lo ilusorio de estas reformas cada vez que se presente ocasión de señalar el fenómeno á nuestros compañeros.

No quiere esto decir que cuando los camaradas pidan aumento de salario tengamos que oponernos, sino que debemos demostrarles que esto solamente tiene una ventaja pasajera y que tendremos que comenzar de nuevo las reclamaciones si no queremos perder esta ventaja. Obrando de este modo favoreceremos el movimiento sindical en su calidad de elemento de lucha contra la clase capitalista.

Nuestra posición en frente de los dos elementos constitutivos del movimiento sindical está bien definida de la siguiente manera:

1.º Demostrar la nulidad de las reformas;

2.º Ayudar el movimiento como elemento revolucionario.

Como acabamos de ver, si hay una agrupación que se coloque sobre el terreno económico de la lucha de clases, esta agrupación es, indudablemente, la agrupación sindical. En ninguna parte se deja sentir tan vivamente el antagonismo entre patronos y asalariados. Quiérase ó no, los intereses de los obreros están en oposición con los de los patronos y viceversa; hay lucha contínua entre los dos elementos, la agrupación corporativa estimula esta lucha ó la recuerda á sus adheridos, puesto que es su única razón de ser. La prueba está en la frecuencia de las huelgas en estos últimos años, frecuencia que marcha á la par con el desarrollo de los sindicatos obreros.

La lucha sobre este terreno tiene además la superior ventaja que no deja lugar para alianzas y compromisos con la clase burguesa, ó con las clases intermedias (burguesillos, pequeños comerciantes, empleados superiores), cuyos intereses inmediatos son antagónicos con los de los obreros, alianzas y compromisos que se ven á menudo en el movimiento político por opuestos que sean á veces los intereses. Mejor aún, existe un antagonismo entre el movimiento corporativo y el movimiento político. A pesar de todas sus tentativas este último no ha podido absorver nunca al primero.

Conocer las aspiraciones de los sindicatos, el grado de evolución de estas agrupaciones, son cosas que deben interesarnos hasta el más alto grado, pues es un campo de acción preparado para nosotros. Ya varias veces se ha dejado sentir nuestra influencia. El Congreso de Londres, al cual un determinado número de compañeros aportaron las ideas y tendencias de las agrupaciones corporativas, nos enseñó las ventajas que podríamos sacar y la campaña netamente antiparlamentaria que emprendieron los delegados obreros al dar cuenta de lo que pasó en el Congreso, no dejó de tener su importancia.

El antagonismo que actualmente existe entre los políticos—para quienes la conquista de los poderes públicos es la suprema panacea—y los *sindicalistas* (como algunos les llaman desdeñosamente) partidarios de una transformación de la sociedad, preconizando como medio «la huelga general,»—que en realidad no es más que una nueva forma de revolución, estrechamente relacionada con el régimen industrial moderno—nos enseña todo el beneficio que podemos sacar para nuestras ideas del movimiento puramente obrero de los sindicatos.

Al contrario de la lucha electoral y política que está muy lejos de ser periódica, la lucha contra la avaricia patronal es de todos los días, manteniendo continuamente á los individuos en guardia, y cosa importante, no necesita jefes ni diputados para efectuarse. Todos están llamados á tomar parte en ella de modo activo, mientras que en la lucha política electoral solamente cada cuatro ó cinco

años el individuo hace acto de soberanía, soberanía por cierto bastante risible.

Estas son ventajas innegables del movimiento económico sobre el movimiento político. El individuo toma parte activa en él sin necesidad de intermediarios. Nuestros políticos de oficio se han dado cuenta de esto. No hace mucho que el mismo Jaurés relegaba el movimiento económico á segundo orden. Y, sin embargo, según nuestro modo de ver, la importancia del movimiento económico lo es todo y nada el movimiento político.

Las revoluciones no han sido eficaces sino cuando han sido económicas. Las revoluciones políticas no han hecho más que cambiar la forma del gobierno sin tocar de ningún modo las bases de la sociedad, y sin influir de ningún modo en las condiciones vitales del obrero.

Reformas aparte—reformas que según creo haber demostrado son simples paliativos buenos todo lo más para engañar durante algún tiempo á los beneficiados,—el objeto que persiguen los sindicatos es realmente un objetivo revolucionario que únicamente puede lograrse por medios revolucionarios (huelga general ú otros). Su finalidad es el fin de la explotación del hombre por el hombre; pero, es necesario confesarlo, á veces con tendencia á ir á parar á un cuarto Estado centralizado (teoría colectivista).

Conviene no engañarnos á nosotros mismos fingiendo creer ó querer hacer creer que todos los sindicatos tienen el propósito neto de transformar la sociedad capitalista y de que esperan la felicidad de una sociedad comunista libertaria. Muchos tienen aún por ideal una especie de comunismo autoritario ó colectivismo, confiados en el providencial papel del Estado, á pesar de todos los fracasos de semejante candidez. No he de hablar aquí del Estado productor y dispensador de todas las riquezas. Enemigos de la centralización capitalista, lo somos asimismo de la centralización socialista. Ser gobernados por Julio Guesde y P. Lafargue, en lugar de serlo por Méline y Waldeck-Rousseau, es cosa que tiene sin cuidado á gentes que como nosotros no queremos ser gobernados por nadie.

Esta tendencia de los sindicatos á transformar la sociedad, no deja de ser una tendencia revolucionaria. De otra parte, si es posible la transformación de la sociedad por medio de la agrupación puramente económica, esta misma posibilidad demuestra la perfecta inutilidad de una dirección puramente política.

Otra ventaja de los sindicatos, y no de las menores, es que estrecha la solidaridad entre los miembros de la clase obrera, y no únicamente con los de un mismo taller, de una misma ciudad, de un mismo país, sino hasta á través de las fronteras.

Muchos recordarán aún lo que fué la Internacional, esta vasta asociación de obreros de todos los países que tenía por objeto derrocar á la burguesía capitalista. Era un verdadero internacionalismo práctico y nuestros adversarios burgueses lo comprendieron tan bien que ellos supieron entenderse internacionalmente para vencer á la Internacional obrera dándonos un ejemplo para el porvenir.

El Sindicato tiene aún la ventaja de que agrupando sus miembros alrededor de intereses que les son comunes, excluye los antagonismos propios de un movimiento puramente político que divide á la clase obrera sobre cuestiones personales ó supremacías de partidos, como se da actualmente el caso en el gran partido socialista francés.

Al mismo tiempo que la agitación sobre el terreno económico demuestra la perfecta inutilidad del movimiento político, prepara admirablemente la inteligenciación entre los grupos productores para el día en que estos estén en estado de hacerse dueños de los instrumentos de trabajo. ¿Qué agrupación, en efecto, está en mejores condiciones que el grupo corporativo para hacer frente á las necesidades del consumo al día siguiente de la Revolución?

A menudo se olvida al hablar de la Revolución que después de ésta habrá

necesidad de asegurar el consumo. Agrupada corporativamente le será fácil á la clase obrera asegurar esta producción. Esta evolución de los sindicatos obreros será tanto más rápida cuanto más nosotros la empujemos é ilustremos con nuestra propaganda.

No puedo eximirme de citar aquí á nuestro compañero Pelloutier, secretario de la Federación de las Bolsas del Trabajo. Nuestro amigo también creía que los sindicatos son como otros tantos embriones de grupos productores del porvenir.

«Entre la unión corporativa que se elabora y la sociedad comunista anarquista, en su período inicial, hay concordancia.

»Nosotros queremos que toda la función social se reduzca á la satisfacción de nuestras necesidades; la unión corporativa quiere lo mismo, es su objetivo, y se va libertando cada día más de la creencia en la necesidad de los gobernantes. Queremos la inteligenciación libre de los hombres; la unión corporativa, discerniéndolo mejor cada día, no puede existir sino á condición de que destierre de su seno toda autoridad y cohibición. Queremos que la emancipación del pueblo sea la obra del mismo pueblo; la unión corporativa lo quiere asimismo. Cada día siente más la necesidad de regentar nuestros intereses nosotros mismos, se acentúa la independencia y germina la rebeldía. Se sueña ya con talleres libres en que la autoridad ha dejado el paso al sentimiento personal del deber; se emiten indicaciones de una amplitud de espíritu sorprendentes respecto el papel de los trabajadores en una sociedad armónica. En una palabra, después de haberse creído relegados al papel de instrumento, los obreros quieren ser inteligencias, inventores y creadores al propio tiempo de sus obras (1).»

Verdad es que tendremos que evolucionar aún más; pero estamos convencidos que del movimiento obrero saldrá la próxima revolución, y, al parecer, en forma de Huelga General. Toca á nosotros, si no queremos que la revolución sea otra vez un engaño, transformar los grupos corporativos impregnándolos bien de nuestras ideas.

Es necesario que á toda costa evitemos que acaparen este movimiento los partidarios del cuarto Estado, estos falsos amigos del proletariado que se llaman Jaurés, Millerand, Guesde, etc., que sueñan con expropiar y expulsar á la burguesía en nombre de una vaga dictadura del proletariado erigiéndose ellos en dictadores.

De mutualista al principio, el movimiento sindical se convirtió pronto en movimiento de reivindicaciones inmediatas ó reformista (aumento de salarios, jornada del trabajo, etc.) Hoy es socialista y revolucionario, y habiendo tomado parte en él muchos compañeros se va orientando hacia nuestras ideas. Esforzémonos, pues, á despojarle completamente de las viejas fórmulas, á convertirlo en comunista y anarquista.

*
* *

Fáltanos ahora refutar las objecciones numerosas que se hace á nuestra participación en el movimiento sindical. No trataré de eludirlas, al contrario, procuraré responder con anticipación á las principales.

Muchos compañeros nos dirijen, con apariencias de razón, la misma objección que los anarquistas hacemos á los partidarios de la propaganda electoral y parlamentaria. Es de temer, dícennos, que á ejemplo del socialismo parlamentarista, la agitación sindical pierda de vista el objetivo final, la transformación de la sociedad y se convierta en un movimiento simplemente reformista.

El Sindicato, se nos dice, sólo tiene éxito actualmente porque agrupa á los trabajadores con objeto de realizar mejoras inmediatas. No me escapa el valor de estos argumentos, que, desgraciadamente, son verdad muy á menudo.

Lejos de detenernos estos argumentos son al contrario excelentes razones para que nosotros entremos á formar parte de las sociedades de resistencia para

(1) *La Organización corporativa y la Anarquía*, pág. 17-18.

crear un movimiento anarquista en el mismo seno del movimiento puramente societario. Repudiando nosotros mismos las ventajas inmediatas y demostrando su inutilidad, imprimiremos al movimiento, á pesar suyo, un carácter más conforme con nuestras propias ideas.

Otra objección que puede hacérsenos y cuyo valor tampoco se me escapa, es que no es necesario formar sindicatos para agrupar á los obreros sobre un terreno revolucionario; que, al contrario, la agrupación corporativa tiende á ocuparse única y exclusivamente de los intereses corporativos. Asimismo, que hay muchos individuos, en el estado actual de la sociedad, arrojados de los oficios calificados en virtud del desarrollo constante de la maquinaria, que forman un verdadero ejército de reserva que no puede formar parte de ninguna sociedad de oficio; que estos mismos individuos son los que tienen un interés más inmediato en la revolución y en la transformación de la sociedad capitalista. Nada nos impide agrupar á estos individuos en un terreno revolucionario donde nuestra propaganda pueda llegar más vivamente. Lo hemos hecho siempre á pesar de todas las dificultades que hemos encontrado y que han desilusionado á muchos compañeros. Todo este ejército de sin trabajo, vagabundos é inclasificados es, en realidad, muy difícil de agrupar. Son gentes que van mendigando un plato de sopa á los patronatos laicos ó á los conventos; deseo sinceramente que los demás compañeros que consagran sus esfuerzos por este lado hallen más satisfacciones de las que yo mismo he experimentado. Es de todos modos una fuerza real de la que se podrá sacar partido en determinado momento.

Primitivamente constituídos para el socorro mutuo en caso de enfermedad ó paralización del trabajo, los sindicatos aumentaron pronto sus atribuciones convirtiéndose en grupos de conciliación en los conflictos entre el capital y el trabajo. Es sabido que la burguesía patronal desearía verlos limitados á esta misión.

Pero ahora han entrado ya de lleno en la lucha. Los trabajadores emplean la fuerza de su organización para resistir la avaricia capitalista siempre creciente, sea rechazando las disminuciones de salario ó exigiendo mejor retribución, una disminución en las horas del trabajo ú otras reivindicaciones que mejoren su suerte. Además, sin haber perdido todos sus caracteres primitivos, principian á comprender que pueden convertirse en el embrión de los grupos libres de producción del porvenir. Y esto es ya un campo para nuestra acción.

***

Asimismo por medio de los sindicatos los obreros de diferentes países se van conociendo, acercándose unos á otros, han creado y viven lozanas federaciones internacionales de oficio ó de industria. Es un internacionalismo práctico. Los obreros de un mismo taller, de una misma ciudad se conocen. Las relaciones creadas por encima de las fronteras entre los trabajadores les harán comprender fácilmente que la explotación es la misma sin límites en todas partes. Nuestra propaganda tiende también á esto. Debemos completar estas relaciones y uniones entre todos los explotados. Cuando sean sólidas en todas partes la burguesía capitalista no durará mucho tiempo.

En fin, como anarquistas, podemos trabajar para que el movimiento sindical no caiga en los engranajes de una organización autoritaria ó crea una aristocracia obrera.

Por todas estas razones creo debemos tomar parte activa en la acción sindical demostrando á nuestros compañeros de agrupación que nuestra emancipación completa únicamente puede salir de una

Revolución
Internacional
Comunista y anarquista.

PABLO DELESALLE

La responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera: sus límites actuales y su posible extensión (1)

Las siguientes observaciones basadas en un artículo que publiqué en el número del *Freedom* de noviembre de 1897 no deben interpretarse por el deseo de sustituir la propaganda anarquista directa por un medio indiscreto; se limitan á poner de relieve una cuestión general que, por lo que he podido saber y he oído decir, ha sido descuidada hasta ahora. Me refiero á la posibilidad de alguna nueva forma ó combinación en la lucha obrera. Llamo la atención de la crítica de los anarquistas para que, á parte la posibilidad general, examinen si los medios sugeridos tienden ó no hacia la libertad, y por consiguiente, si merecen ó no el apoyo de los anarquistas.

Los progresos del movimiento obrero me parecen desesperadamente lentos sobre todo. Las ideas que nos parecen tan claras, tan evidentes y aceptables en sí mismas, encuentran á menudo un círculo tal de prejuicios y de ignorancia que permite dudar si las grandes masas las aceptarán alguna vez seria y concienzudamente, á no ser que se produzcan cambios ó que la lección de las cosas en vasta escala nos aclare el camino. Hasta allí donde la misma lección de las cosas existe ya hasta cierto punto, cuando la solidaridad de los trabajadores queda demostrada, no por la propaganda de las ideas libertarias, sino por las ventajas materiales directas, por pequeñas que sean,—como en el caso del trade-unionismo y de la cooperación—el grueso de la masa propiamente hablando no llega á tener conciencia á pesar de un siglo de propaganda y de agitación.

Que el pesimismo en nuestro modo de ver las cosas esté ó no justificado, la utilidad de hallar, si es posible, medios nuevos que fortifiquen la situación del trabajador es inconstestable, y algunos medios, permanentes ó transitorios, han sido sugeridos y hasta se han intentado en estos últimos años: tales son la *huelga general*, la *huelga militar*, la *huelga internacional de los mineros*, la marcha de los obreros desocupados ó en huelga hacia la capital (como en América y no hace mucho en Francia), el *sabotage* (el trabajo lento y defectuoso, el «go canny» preconizado en Francia) etc. Se han hecho también esfuerzos para utilizar las organizaciones obreras de producción ó de consumo para ejercer una acción económica directa, por ejemplo, una combinación del trade-unionismo y de la cooperación, colonias cooperativas, bolsas del trabajo (según la expresión americana relativa al cambio directo de los frutos del trabajo), etc. He aquí porque me aventuro á sugerir otros medios de acción. La actitud de los anarquistas no puede ser diferente de la que han adoptado para con los medios que acabo de citar, es decir, ayudarles prácticamente cuando sea posible, pero sin apartarse de la propaganda de nuestra concepción social completa de hombres libres en una sociedad libre.

Lo que convendría, además de la propaganda intelectual directa de las ideas anarquistas y de la acción realmente revolucionaria que es independiente de toda discusión preliminar, es conducir á las grandes y crecientes masas del pueblo á que comprendan y abracen el principio de la *dignidad* y de la *libertad humanas* así como el de la *solidaridad* y tiendan y vivan según estos principios.

---

(1) Memoria leída el 5 de diciembre de 1899 en el grupo de discusión del *Freedom*, Londres.

Además, es necesario que la conexión inseparable que une estos dos principios esté reconocida, pues el primer principio superficialmente interpretado puede conducir á la acción personal del individuo para sí mismo, sin que se preocupe de si su mejora deja atrás la de sus compañeros, mientras que la solidaridad sin la dignidad y la libertad personales no es más que la que vemos aplicar todos los días entorno nuestro y que nos hiere á cada momento—la solidaridad de la mayoría compacta con las peores fealdades del sistema actual: competencia, patriotismo, religión, partidos políticos, etc. Una mayor y consciente combinación de los sentimientos de libertad con los de solidaridad es muy necesaria y los que hayan progresado hasta este estado estarán más inclinados á aceptar nuestras ideas ó serán más capaces de comprenderlas que ciertas capas de la población presente. Por esto no creo equivocarme fijando semejante criterio, piedra de toque de los medios de acción posibles, y los medios de acción que no se eleven hasta este nivel deben mejorarse.

Antes de entrar en materia, es necesario que dé á conocer mis opiniones sobre dos puntos relativamente á los cuales creo ser un hereje que se aparta de las creencias económicas corrientes y en ciertos casos de los argumentos en uso en la acción. Mis ulteriores conclusiones estarán basadas sobre estos dos puntos preliminares.

Uno de ellos se refiere á esto que se llama *el público*. Este factor, á mi modo de ver, no se toma lo suficiente en consideración en las luchas obreras. Los trabajadores de una industria están organizados y luchan tenazmente para mejorar su situación económica; los patronos hacen lo mismo y pueden verse obligados, por el poder de una fuerte unión de trabajadores, á hacer concesiones al trabajo. Pero los consumidores de productos de esta industria no están organizados y nada hacen para poner á salvo su interés y para la reducción de sus gastos á la tarifa más baja posible, lo cual da por natural resultado que los capitalistas buscan el modo de recuperar, y lo logran, casi integralmente, el precio de sus concesiones al trabajo sobre el público que compra. El trabajo, que yo sepa, no se toma interés alguno por esta última consecuencia de la lucha. Por esto los precios suben ó la calidad de los productos va siendo más inferior y el público paga los gastos de las concesiones arrancadas por el trabajo al capital por ser el partido más débil.

Pero ¿quién es el público? Todos los consumidores, naturalmente. De momento podemos dividirlo en dos categorías: los que gozan de grandes ingresos y que las fluctuaciones de los precios no aféctanles sériamente (y podemos ponerles fuera de la cuestión) y la masa inmensa cuyos ingresos son menores ó pequeños y á quienes la menor alteración de los precios ocasiona un verdadero perjuicio, privaciones ó ruina. Un considerable número de estos últimos puede soportar esta nueva carga, consecuencia del triunfo de la huelga de sus compañeros de trabajo, sea por su convencimiento anarquista ó socialista, sea gracias al instintivo sentimiento de solidaridad y de amor hacia una causa que hace de ellos la base de nuestras esperanzas en un porvenir más amplio; pero creo que sería hacerme ilusiones si cerrara los ojos sobre el hecho de que la gran masa, no tocada por las ideas de progreso y por los nobles sentimientos (si lo estuviera ¿soportaría el sistema actual?) no siente crecer su simpatía por el trabajo organizado y permanece indiferente, cuando no hostil, como antes.

Me imagino, por ejemplo, que si durante una huelga de mineros, un trabajador, el marido, simpatiza con los huelguistas y ayuda pecunariamente la huelga con unos céntimos, la mujer, que tiene el doble problema de resolver con el mismo salario la compra del carbón encarecido y los demás artículos necesarios á la vida, se guardará muy bien de participar de las simpatías del marido y hará valer la cuestión doméstica neutralizando los sentimientos de éste.

Las huelgas de este género dejan las cosas en el mismo estado económico y moral de antes, aun cuando la huelga salga victoriosa, pues la carga de las con-

cesiones económicas la endosan los capitalistas al público comprador. La masa de los trabajadores sufre sus consecuencias tanto cuanto más grande sea su pobreza y la elevación moral y el entusiasmo de los huelguistas y de los que simpatizan con ellos, están contrarrestadas por la depresión y la hostilidad mudas del resto de la masa que, en realidad, paga los platos rotos.

Por esto sería utilísimo encontrar modo de que *el público (la masa de los trabajadores) pueda interesarse de modo material y no únicamente sentimental, del propio modo que se interesan los huelguistas*. Una vez interesados sériamente, su ayuda podría ser enorme, pues además de la ayuda y de las suscriciones, pueden manejar fácilmente la arma poderosísima del *boicotaje*.

He aquí el primero de mis dos puntos preliminares.

Mi segunda herejía concierne á *la responsabilidad de los trabajadores relacionada con el trabajo que efectúan*. Esta responsabilidad no ha sido aún reconocida. Es la costumbre de considerar honrado trabajador á un individuo que trabaja por un salario, *sin fijarse nunca en su clase de trabajo*. ¿Hay ocupación alguna que de modo efectivo se evite ó se execre? Aparte el hecho descorazonador de las solicitudes para ocupar la vacante de verdugo ¿no leemos todos los días que personas de todas las clases sociales solicitan un empleo en el cuerpo de policía ó se ofrecen para criados y cocineros particulares? Los soldados que en nuestro país se alistan voluntariamente saben que su ocupación no consistirá en defender «su patria» que nadie ataca, sino en reprimir las rebeldías de los pobres compatriotas suyos mal armados y reprimirlas tan despiadadamente como sea posible para ahogarlas en su comienzo. Así, pues, vemos como hay gentes que no se avergüenzan de ser verdugos, policías, corredores, recaudadores de impuestos, agentes de propiedad con sus crowbarmen en Irlanda, etc., y la misma masa no se avergüenza de fraternizar con los soldados. La sedicente opinión pública, que tanta profesión hace de humanitarismo y civilización, parece, en nuestro ambiente, que desprecia á sus enemigos, y si se ocupa de ellos es para disculparlos, porque *no es culpa suya*.

Yo voy más lejos y digo: mientras esta escuma de la humanidad goza alguna popularidad entre la mayoría del pueblo, *ejercen industrias y profesiones atroces* mayor número de individuos y nadie los vitupera. Me refiero á la gran masa de trabajadores manuales que producen *habitaciones de calidad inferior, vestidos de calidad inferior, alimentos de calidad inferior*, etc., que degradan la vida, embrutecen el espíritu y aniquilan el cuerpo de sus mismos compañeros de trabajo. ¿Quién ha construído los tugurios—y lo que es peor—quién los mantiene en un estado que permite su explotación contínua con reparaciones simuladas? ¿Quién produce los vestidos que caen en girones á los pocos días de usarse, los alimentos y las bebidas abominables que únicamente compran los pobres? ¿Quién es, en fin, el que los vende fraudulentamente al público después de haberles hecho sufrir mil manipulaciones químicas que acaban de deteriorarlos? Todo esto lo efectúan (aunque inspirado. sin duda, por los capitalistas) importantes ramas del trabajo respetadas y bien organizadas: la industria de la edificación, la industria textil y los empleados del comercio. Esto me indigna y subleva y sería inexcusable no ocuparse de ello.

En el fondo de todo esto se encuentra siempre la vieja y egoísta excusa: «Debo hacerlo, yo no puedo escojer el género de trabajo. Si no lo hago yo, lo hará otro. No hago ningún beneficio, preferiría hacer otra cosa verdaderamente útil. *Pero yo no soy responsable, la responsabilidad es del patrono que me ordena hacer lo que hago.*»

Creo que mientras esta excusa, excusa de mercenario, fuego fátuo, *se admita y acepte generalmente*, las cosas continuarán siguiendo como hasta hoy y el porvenir de paz soñado no vendrá. De acuerdo los capitalistas con esta manera de ver estarán siempre en disposición de pagar á una mitad de trabajadores para que contenga á la otra mitad. Continuarán, además, manteniendo á la mayor

parte de los trabajadores en un estado de degradación física é intelectual, abatidos, faltados de energía, ignorando en su mayor parte los goces infinitos de la vida, gracias á su medio deprimente y á la insuficiencia de alimento que debilita sus cuerpos y sus cerebros. Y el trabajo manual, el trabajo práctico que engendra este estado de cosas es obra de los mismos trabajadores que sufren sus consecuencias. El homicidio directo, el cometido por los soldados que fusilan á los huelguistas, y el asesinato indirecto hijo de la producción de estas horribles habitaciones, de los alimentos, etc., cometidos por los trabajadores en sus propios compañeros, son dos acciones igualmente perjudiciales por sus consecuencias, acciones que hay que tener en cuenta antes de pensar en obtener alguna mejora.

A esto llamo yo la responsabilidad de los trabajadores para con su trabajo. Y voy más lejos diciendo que la carencia de este sentimiento de responsabilidad degrada á los mismos trabajadores tanto como á sus víctimas. Nadie negará que los policías y los soldados son gente degradada y embrutecida por el ejercicio contínuo de esta caza al hombre que constituye su profesión, verdadero asesinato en perspectiva. No titubeo en decir que pasa lo mismo á los trabajadores que ejercen oficios ó industrias basadas en el fraude. Tomad, por ejemplo, al lampista que hace creer continuamente al cliente que repara las tuberías, ó al empleado de la tienda que pasa el día contando á los clientes las excelencias de una mercancía averiada ó falsificada que proporciona pingües ganancias al patrono. No creo que el carácter de estos hombres—por honrados que sean al principio—pueda mejorarse. Hay más probabilidades de que se vayan volviendo insensibles é indiferentes, que libres y entusiastas. Del mismo modo la multitud de los productores de mercancías inferiores ó mediocres no pueden tomar un interés en su trabajo. Nadie puede vivir sin interesarse por su trabajo; sus facultades se atrofian, su inteligencia decrece y él mismo se vuelve incapaz para comprender las ideas de libertad y de rebeldía y mucho menos podría ponerlas en práctica. Comparad estos hombres con los que describe William Morris en su *The Revival of Handicraft* (1), *News from Nowhere* (2), etc., y comprenderéis fácilmente lo que quiero decir.

Cada individuo está, pues, destinado á ser víctima de este estado de cosas, como los autores de actos antisociales no dejan de sufrir las consecuencias de ellos. Todos los trabajadores odian á los espías y los delatores; la mayor parte detestan á los traidores (blacklegs), pero si este sentimiento no se hace extensivo á *todo aquel que efectúa un trabajo antisocial, trabajo perjudicial á sus semejantes,* no tengo ninguna confianza en el porvenir.

He aquí expuesto el segundo punto preliminar y heme aquí llegado al tema principal que trataré brevemente ahora que el fondo ha sido aclarado con estas observaciones.

*
* *

Faltábame hallar un medio de acción que condujera la gran masa á la concepción y aceptación de una real y sería combinación de los inseparables sentimientos de dignidad, libertad y solidaridad humanas.

Creo que el medio podría dar resultado, *si los dos elementos de que acabo de hablar se utilizan y combinan convenientemente,* es decir: *la necesidad de dar al público* (á la masa de trabajadores) *un interés económico en las huelgas, así como á los mismos huelguistas,* y, *la necesidad para los trabajadores del sentimiento de su responsabilidad con relación á su trabajo,* para que ambas les inciten á poner un término á este perjuicio que un trabajo antisocial ocasiona á sus semejantes.

---

(1) Rehabilitación del oficio manual.
(2) Noticias de ninguna parte.

Este medio daría una impulsión á los sentimientos del propio respeto y de solidaridad y conduciría, por consiguiente, á la gran masa obrera por el camino de la libertad, haciéndola accesible á una propaganda más avanzada, pues las enseñanzas de la propaganda no estarían ya en contradicción por su propia existencia y por la nuestra.

Las grandes líneas de este plan de acción estriba, según mi modo de ver, y por lo que concierne á los trabajadores, en que se nieguen á efectuar un trabajo perjudicial al público y fortificando su posición haciendo comprender á aquel público del modo como se le engaña y roba; y por lo que concierne al público, sostener estos movimientos, estas huelgas basadas en estos motivos, con una simpatía activa y empleando el boicote. Estas huelgas pueden terminar con la victoria de los huelguistas y del público, esta vez haciendo pagar realmente los platos rotos al capitalista reduciéndole sus ganancias. No podrán estas huelgas destruir las raíces del sistema actual, ninguna huelga puede destruirlo, á no ser que las produzca una negativa determinada á trabajar por los demás, en cuyo caso sería la huelga general, la revolución social; pero pueden establecer un lazo más estrecho y más general entre las clases trabajadoras, las huelgas perderían su carácter individual y se convertirían en sucesos de *interés colectivo,* en lugar de estar, como hoy, engendradas por el sentimiento y la convicción personal de unos pocos y no estar basadas sobre un principio económico.

En la práctica estas tácticas pueden revestir múltiples formas. Deberían primordialmente obrar y dirigirse á la conciencia de los trade-unionistas y de los socialistas y una vez encarriladas no tardaría en producirse efectos prácticos.

Sí, por ejemplo, las corporaciones organizadas del ramo de construcción de edificios acordaran que ningún miembro de la sociedad reparará los tugurios y edificios que se están cayendo de puro viejos ó mal construídos, explicando al propio tiempo al público la imposibilidad de repararlos útilmente para sus moradores, la cuestión de la habitación tomaría á los ojos del público una importancia mayor de la que le darían los comités, los mitins y todas las propagandas de la prensa. Nada de extraño tiene que el pueblo haya permanecido indiferente á la agitación creada en Inglaterra en este asunto viendo que las cosas marchan como antes. Los que hoy ven con indiferencia á sus compañeros de trabajo, albañiles, ocupados en perpetuar la deficencia y vejez de los tugurios por medio de reparaciones inútiles, en las tiendas acaso vendan mercancías nocivas que envenenan la salud de los albañiles y demás trabajadores. Esto es el asesinato lento y recíproco de los trabajadores efectuado por los trabajadores mismos, mientras el capital maneja los múltiples hilos de esta matanza general que le proporciona pingües ganancias. No son nunca los trabajadores los que *condenan* una casa á ser derribada *abandonándola voluntariamente negándose á repararla,* sino la autoridad la que se encarga de ordenar el derribo obrando solidariamente con los ricos para quienes sería un foco de infección el mantenimiento de ciertos tugurios. La iniciativa y el respeto para consigo mismo son poco conocidos entre las víctimas de este sistema. No hay que ahorrar esfuerzo alguno para despertar estos sentimientos y el de la responsabilidad es uno de los medios que deben emplearse.

Si los trabajadores del ramo de construcción de Londres tomaran el acuerdo de no reparar ninguno de los edificios que ocupan la inmensa extensión del este y del sud de Londres, no tan sólo la cuestión de la habitación ocuparía el primer lugar, de golpe y porrazo, en la atención pública, sino que hasta la del *lanldordisme* se colocaría en primera línea. El público respondería con un unánime *¡Fuera rentas!* y los empleedos de los almacenes podrían ayudarle abandonando sus puestos, negándose á vender los alimentos abominables que hoy nos engullimos. Esto podría dar lugar á que algunos habitantes del East-End inspeccionaran las condiciones de las habitaciones del West-End ó estudiaran como están las provisiones almacenadas en los docks. En muchos casos habría proba-

bilidades de que pudiéramos desembarazarnos de estas suciedades que constituyen el East-End, lo cual ya sería algo, y la gran cantidad de edificios nuevos que tendrían que construirse podría compensar á los trabajadores de los sacrificios que les habría impuesto semejante huelga.

Que los obreros de las industrias textiles hagan público como se confeccionan los vestidos defectuosos y se nieguen á efectuarlos; que las ramas menos numerosas y similares que dan á estas mercancías un aspecto brillante y de duración hagan lo propio ayudando á los primeros y el público se irá acostumbrando á simpatizar con los huelguistas que le enseñan de que modo escandaloso le roban.

Del mismo modo, referente á los *trabajos químicos*, que, como el infernal trabajo del blanco de cerusa ó análogos, ó el mismo modo de efectuar el trabajo que arruina la salud, ya que ninguna conmiseración ni ninguna legislación es efectiva, convendría cubrir de vilipendio á los que permiten se les mate de este modo, colocándolos por debajo de los «blacklegs» como en realidad están, á ver si de este modo despertaban algún tanto.

¿No podrían los *empleados del comercio* hacer triunfar algunas de sus inmediatas reivindicaciones tomando la firme resolución de considerar como *deshonroso* mentir al público para realizar ventas considerables que producen únicamente ganancias á los dueños? El público se pondría de su parte boicotando á los comerciantes testarudos que caerían juntamente con sus mercancías desacreditadas. Es realmente difícil que el público en general tenga simpatía á estos trabajadores; podremos afligirnos ante su excesiva jornada de trabajo y soportar los inconvenientes que nos causa el tener las tiendas cerradas por la noche, pero toda nuestra simpatía no impedirá que nos vendan alimentos podridos si el comerciante se lo impone.

En resumen, como *consumidores,* no podemos sentir simpatía hacia los instrumentos del capitalismo y como las grandes masas están formadas por *trabajadores,* tanto de una parte (consumidor) como de otra (productor), la división y la hostilidad persisten. Unicamente una acción práctica, la *solidaridad mutua,* puede vencer esta hostilidad; las convicciones y el sentimiento son buenos factores.

Estos ejemplos, bien ó mal escogidos, creo que esclarecen hasta cierto punto mi pensamiento, que, por lo demás, no depende del valor de los ejemplos. Me doy exacta cuenta de la dificultad de dar un impulso en esta dirección y propongo que en primer lugar se discuta el tema de la Responsabilidad. Cuando un principio es comprendido y aceptado por un cierto número de individuos, otros se presentan sin llamamiento, sin preparación, dispuestos á *obrar conforme al principio.* Un movimiento puede tener su punto de partida en un pequeño taller cuyos operarios se nieguen á efectuar el trabajo mediocre y antisocial, ó puede ser inaugurado por el voto de resoluciones de congresos, etc. Después de todo la idea no es más que un pequeño eslabón que nos conduce al altruismo. Si un hombre que contribuye á hacer bajar los salarios es considerado como un falso compañero en virtud de su acto antisocial *en esta cuestión,* bien puede hacerse extensivo este desprecio á *todo trabajo antisocial;* si los trabajadores particulares no saben ver este principio, que lo vea por lo menos el público y obre en consecuencia.

Todo esto podrá acogerse con pena y frialdad, pero yo solamente veo dos alternativas. O ser puramente *sentimental,* cerrar los ojos á la razón y apiadarse de los individuos, disculpándolo todo, y llegaremos hasta llorar la suerte del soldado herido ó del policía atropellado *en cumplimiento de su deber,* ó ser *lógicos,* y entonces no hallaremos excusa á todo esto, salvo la de no preparación del público sobre el particular, y nuestro primer acto consistirá en esforzarnos para despertar la opinión pública é ilustrarla sobre el caso. Ignorando ó negando el principio de la responsabilidad se camina simplemente por la senda falaz ó de

la superficialidad y de la cobardía echando sobre hombros agenos el peso de lo que nosotros mismos esquivamos hacer, ó del puro sentimentalismo que no nos deja aceptar una verdad desagradable. Digo desagradable porque aumenta el trabajo á efectuar antes de obtener un cambio real, pero sí, como he dicho al principio, el pueblo permanece indiferente, no se producirá nunca cambio alguno.

De lo que precede resulta claramente que mi propósito es doble: despertar el sentimiento de la responsabilidad y utilizarlo para las huelgas, digamos colectivas, en interés del público. Si este segundo punto se juzga impracticable, el primero subsiste de todos modos y convendría hallar otro medio para crear y utilizar este importante sentimiento.

Siento que es indigno de un hombre que haga á sus semejantes todo el daño que el capitalista le ordena hoy hacer aun creyéndose disculpado con la excusa: *no soy más que un instrumento.* Esta puede bastar á los que aceptan el presente sistema y están satisfechos de ser los instrumentos de los capitalistas y destructores de la libertad de sus semejantes. Pero los que ejecutan estos actos antisociales y rechazan el actual sistema capitalista son, inconscientemente, unos cobardes que no lograrán derribarlo nunca. *Quiero hombres que sepan primero emancipar sus cerebros, que se nieguen después á efectuar un trabajo que perpetúa la miseria y la esclavitud de sus semejantes, y de este modo vayan creando una amplia corriente de simpatía y de solidaridad, base propia de una acción más acentuada.*

Me parece que la acción económica estara más al alcance del individuo que se sienta libre y que halle la base de su libertad en la libertad y en el bienestar de los demás. Si negándose á trabajar para el capitalista no puede derrocar el sistema actual, por lo menos se esforzará en no trabajar en detrimento de sus semejantes guiado por el respeto á sí mismo, sin inquietarse por saber si la solidaridad de estos responderá ó no enseguida á la suya. Es el método anarquista: hacer uno mismo lo que quisiera ver hacer á los demás.

El viejo método político y autoritario consiste en lavarse las manos proclamando que estas cosas son inevitables. Confiándolas á los demás las perpetuamos. Lo que nosotros mismos *no queramos* ó *no podamos* hacer, tampoco lo harán otros. Los que no aceptamos este principio fundamental de la política debemos rechazarlo también en lo social, acentuando la responsabilidad de cada uno en todo aquello que hace.

Discutiendo este tema, el término *moralidad* no ha de interpretárseme en el sentido que deje creer que exhorto á los trabajadores á ser más *morales.* No lo empleo en este sentido. Deseo, ante todo, que tengan el respeto á sí mismos, consciencia de su dignidad y de su libertad y entonces su propia consciencia les *hará negarse á efectuar actos antisociales en el más amplio sentido de la palabra,* del mismo modo que ahora se niegan á ser delatores ó «blacklegs.» Es muy cómodo y fácil decir: derribemos primero el sistema capitalista y adquiriremos estas cualidades; ¿pero quién se encargará de derribarlo, pregunto, si el dogma de Marx según el cual los capitalistas acabarán destruyéndose mutuamente hasta el último, ya no convence á nadie, ni siquiera á los mismos demócratas-socialistas?

Para concluir, repito que de ningún modo deseo amenguar la importancia de los métodos actuales de propaganda, pero me daría por muy satisfecho si viera discutir éste que pretendo, particularmente cuando los anarquistas se encuentren reunidos con trades-unionistas. Si se creara una extensión de la acción de las sociedades de oficio que tuviera por objeto ir de las cuestiones puramente corporativas á provocar un esfuerzo para emancipar al público, creo que nos haría salir del presente callejón sin salida y conquistaría las simpatías de todos los que se sienten libres y desean sinceramente emancipar á los demás.

Asimismo desearía ver iniciar corrientes previas en la misma dirección.

M. Nettlau

Memoria de la Liga de la Regeneración humana

Somos un pequeño grupo de compañeros cuya mayor parte tiene por ideal la sociedad sin dinero y sin amo y esperamos que esta forma será realizada en el porvenir por toda la raza humana. Esperándolo así, entre nosotros y en nuestras tentativas tratamos hoy mismo de realizar este ideal en el límite de lo posible.

Al contrario de otros pensadores, nosotros no somos del todo exclusivos y no abrigamos ningún mal sentimiento hacia aquellos á quienes las etapas intermedias impiden percibir el grandioso objeto final. Apenas creemos en la eficacia de las medidas legislativas, autoritarias de cualquier modo, escepto quizá en los casos excepcionales en que tienen por objeto suprimir las medidas y leyes antiguas sin reemplazarlas por otras; pero somos muy tolerantes con los que todavía quieren experimentar, á pesar de tantos fracasos, el sufragio universal, la acción legal y otros medios análogos.

Nosotros no aprobamos esos medios, pero nos abstenemos de considerar como enemigos á los grupos que los creen provechosos.

Sin duda hay entre los *legalistas* gentes poco simpáticas, pero también las hay entre los que se dicen anarquistas; y si por acaso nos permitiéramos juzgar á los individuos, no juzgaríamos en masa á grupos de trabajadores de que forma parte siempre una gran mayoría de hombres sinceros.

Por otro lado el punto de vista en que nos hemos colocado principalmente, en primer término porque ha sido con especialidad descuidado, desconocido y muy calumniado, y en segundo lugar porque nuestros estudios nos han demostrado su importancia primordial, nos permite permanecer muy fácilmente, si á ellos les place, en buena armonía con toda clase de progresistas, desde los más moderados hasta los más extremosos.

Creemos con J. Stuart Mill que ningún progreso serio se puede obtener en la condición de los trabajadores, en tanto que continúen abandonados á la intemperancia del parentesco.

Además sabemos bien que si los proletarios pecan en este punto y engendran demasiados hijos, no lo hacen más que por ignorancia y no desean sino ser instruídos, por lo que nosotros nos esforzamos en darles esta satisfacción.

Nuestros esfuerzos se dirijen, pues, á enseñar á los casados, sobre todo á las mujeres, á no procrear más que cuando lo hayan decidido después de madura reflexión. La procreación debe estar, como los demás actos sometida á la dirección de la voluntad humana, guiada por la ciencia. Ahora bien, la ciencia fisiológica y el arte que de ella se deriva permiten hoy no engendrar más que cuando se quiere sin privarse de los goces perfectamente lícitos del amor y de la familia. Nosotros hacemos algo mejor que protestar vanamente contra los poderes que apoyándose en los antiguos prejuicicios pretenden impedir esos goces en nombre de una supuesta moral; enseñamos sencillamente á desafiar su tiranía.

Muchos militantes de diversas escuelas ponen en tela de juicio la utilidad social de nuestra propaganda y declaran que no es revolucionaria. Están grandemente equivocados pero nos importa poco y no creemos útil discutir esos extremos desde el momento que todos reconocen la utilidad individual y familiar de nuestra enseñanza. Creer que el conjunto puede ser feliz componiéndose de elementos ó de individuos desdichados, es un razonamiento de neófobo que no se puede discutir, pero que al cabo de poco tiempo se destruye y se desvanece por

sí mismo. Nuestra argumentación contra esos vagos y variables adversarios es únicamente nuestra conducta. Nosotros no condenamos *á priori* cualquier otra propaganda, cualquier otro medio de acción. Si algunos nos parecen incompletos, inferiores, no nos regocijamos menos de las mejoras de detalle que hayan aportado ó puedan aportar á la suerte de los humanos con tal de que esas mejoras no envuelvan un retroceso, no preparen nuevos obstáculos, como algunas que no nos es útil discutir.

Nuestra propaganda es tal, que si no resuelve inmediatamente todas las cuestiones que provocan tantas legítimas impaciencias, lejos de retardarlas, acelera y facilita las soluciones. Las gentes puestas en posesión de la libertad sexual, tan fáciles á darse muy simplemente, conquistarán bien presto y por contera otras muchas libertades. Los trabajadores no se harán más á sí mismos formidables concurrentes nacidos de su propia sangre. No acrecentarán el enorme ejército de los degenerados brutales y de los resignados, quienes son causa constante de su derrota en sus justas aspiraciones, cualesquiera que sean y de cualquier modo que se presenten. Ellos tendrán entonces verdaderamente la posibilidad de defender sus salarios y de preparar en corto tiempo la supresión del salariado. Cuando lo quieran y sepan como proceder, los *proletarios* dejarán de merecer el dictado de intemperantes *hacedores de muchachos*. Se contentarán con engendrar un número muy limitado de niños, nacidos en buenas condiciones, bien criados, que se harán bien pronto fuerzas poderosas en medio de sus hermanos trabajadores, en lugar de unirse brutalmente á los opresores ó de convertirse por su debilidad y su resignación en sus mejores auxiliares.

No obstante lo que puedan pensar los defensores de medios que nosotros reputamos anticuados, la revolución social que preparamos, que realizamos parcialmente en estos momentos, es rica en resultados próximos y aun presentes.

Sus procedimientos no pueden ser más pacíficos. Nosotros no tenemos gran confianza en los medios violentos, no por vana sensiblería, sino porque vemos bien que la fuerza material no está actualmente á disposición de los que sufren, pero sí á la de aquéllos que hacen sufrir. Las cosas pueden cambiar y ciertamente no seremos entonces los últimos en emplear los medios más eficaces, pero recomendamos que se evite toda precipitación, que no se forgen ilusiones que pueden conducir á contínuas derrotas ó á espantosas debacles como las de junio de 1848 y mayo de 1871.

El problema de la población precede evidentemente en buena economía social á las cuestiones de producción y distribución de las riquezas; su *delicadeza* ha hecho que particularmente se la haya descuidado; pero ningún propagandista de ninguna escuela progresista debe desconocer las obras magistrales en que aquel problema está expuesto, especialmente «La cuestión de la población» por Joseph Garnier y los «Elementos de ciencia social» por un doctor en medicina, libro que, no obstante la falta de publicidad, ha tenido en todos los países inmensa resonancia aunque escasa circulación. La Liga ha hecho ya esfuerzos por popularizar estos conocimientos y hará todavía más cuando sus medios de acción aumenten.

Sin embargo, no estamos del todo dispuestos á acometer el gran problema por su lado altamente filosófico que está en absoluto fuera de la comprensión de la masa, oprimida por una ínfima minoría y embrutecida por la miseria.

Aplazamos la discusión en este terreno para la época en que tengamos sobra de espacio, pues que en el interín no tenemos para defender nuestras ideas más que límites muy reducidos. Por el momento no nos dirigimos más que al interés inmediato que cada uno puede seguidamente comprender y satisfacer: menos hijos y más abundancia material; más tiempo de tranquilo reposo, para la reflexión, para las conversaciones amistosas, para las discusiones instructivas; por tanto mayor facilidad para comprender las causas del sufrimiento universal y los medios de suprimirlo. ◆

No nos detendremos en las objeciones de un falso patriotismo compuesto de miedo y de odio; nos encogemos de hombros y pasamos despreciativos. A la objeción revolucionaria hemos respondido suficiente y amistosamente.

Todavía queda una respecto de la que las gentes han mostrado gran brío ocultando una extraña timidez. «Ese—dicen—es un negocio privado que no puede tratarse públicamente!» Pero la cuestión del pan, de la vivienda son también cuestiones muy personales.

Una persona bien alimentada, que vive bien, no sufre *materialmente* porque otros mueran de hambre y de frío. La simpatía moral es la que la empuja á luchar con ellos, frecuentemente más que ellos, contra la causa de sus sufrimientos. Los parientes mejor acomodados, por su prudencia, tienen los mismos motivos morales para aconsejar y socorrer á aquellos cuya imprudencia ha aumentado su miseria; y aun se agrega á los motivos materiales, la superabundancia del trabajo infantil que hace concurrencia no tan sólo á los parientes sino también á todos los asalariados.

Este retroceder ante una cuestión tan importante, que interesa á cada uno y por consecuencia á todos, es un acto de pusilanimidad que ningún libertario defenderá seriamente.

En fin; hay hombres, fuera de la turba despreciable que rinde egoista culto al goce, que hallan más cómodo *bromear* que discutir. Permitásenos que no citemos ninguno de sus groseros chistes y que expongamos una última respuesta que les aprovechará ó les aplastará. Es aplicable sobre todo á los hombres, en defensa de las mujeres, las víctimas. Será fácil contraer á las mujeres que por pudor quieren aparecer ante los demás unidas á nuestros contradictos, aquellos párrafos que les sean aplicables.

Adversarios, quienes quiera que seais, debeis ser clasificados en los tres rangos siguientes:

1.º Celibatarios reales-solterones-maridos que se contienen voluntariamente sin recurrir á las relaciones sexuales ni á cualquiera de sus deplorables succedáneos. Vosotros sois *viejos malthusianos*. La virtud de que haceis gala es no solamente estéril, sino también productora de sufrimientos inútiles. Faltais á la ley fisiológica del ejercicio; sufrís ó sufrireis innumerables enfermedades físicas que nosotros no tenemos por qué detallar aquí y que encontrareis en los tratados especiales; no escapareis tampoco á las enfermedades morales, resultado de aquellas otras, carácter agrio, insociabilidad, celos... Curareis en el mismo instante que lo querais. Por otra parte, como no causais daño más que á vosotros mismos, no podemos sino compadeceros.

2.º Celibatarios *pour rire* que practicais la seducción ó el amor venal, casados (legalmente ó no, poco importa) que teneis una esclava permanente ó pasajera, á quien mandais ó no, ¿le haceis la gracia de consultarla antes de engendrar ó tomais ó la haceis tomar cuando lo desea precauciones eficaces para no engendrar? Si respondeis afirmativamente sereis *neo-malthusianos* para vosotros mismos, egoistas para los demás. Sois como las gentes bien alimentadas, que viven bien, de que hablamos más arriba, que se burlasen del frío y del hambre de los demás. Como los sacerdotes de Izis, amais la ciencia y los beneficios que os presta, pero evitáis con cuidado ó descuidais esparcirla. Faltais al deber imperioso de solidaridad: no teneis puesto entre nosotros; andad á confundiros con los que rinden egoista culto al goce.

3.º Ultima hipótesis: vosotros no conoceis más que vuestro placer. La mujer, cualquiera que sea, legítima ó no, no es más que vuestro instrumento. Vosotros gozais y no os preocupais de lo demás. «¡Que ellas se las arreglen como puedan, eso no me concierne!» Hé ahí la palabra abominable que se os oye repetir seriamente, riendo, en prosa, en verso, rezando ó cantando. Y la masa inconsciente aplaude esa cruel afirmación de la libertad de gozar sin tener en cuenta las torturas que á otros cuestan esas fugitivas voluptuosidades. ¡Horror!

Y gentes que afirman la anarquía, la filosofía literaria, profesan aquellas teorías y osan maldecir á los jóvenes burgueses que seducen á las hijas de los obreros. ¡Pero vosotros sois tanto como ellos productores de sufrimientos, de prostitución, de asesinatos! No valeis más que ellos sino mucho menos, pues esos señores no están por la solidaridad humana, como vosotros, y entre ellos se hallan algunos que cuando abandonan á la mujer que le ha servido en su mocedad de ejercicio higiénico, le dejan gruesas sumas cuyos intereses ayudaran á la vida *material* de la madre abandonada y de los bastardos.

Entre vosotros, exhaustos de dinero y de cerebro, nada semejante ocurre. Vuestras víctimas, mujeres é hijos, no tienen esperanza alguna.

*
* *

Nuestros medios de acción son insignificantes. Como lo fueron todos los innovadores, nosotros somos poco numerosos, pobres y escasamente ayudados. Ni aun tenemos en este momento domicilio fijo ni con que satisfacer las exigencias del más moderado de los carnívoros. Hemos publicado ya tres números de nuestro periódico *Regeneración*. Tenemos la esperanza de hacerlo aparecer bien pronto regularmente, por lo menos cada trimestre y sin suscrición fija. Aceptamos lo que se nos dé, dinero, ayuda, etc., sin otro lazo de reciprocidad que el de la idea. La Liga ha publicado dos folletos de propaganda sin objeto en este momento por falta de dirección; después «Los medios de evitar el gran número de hijos», traducción auténtica del folleto oficial de la Liga Holandesa. La Justicia (con mayúscula) quiso perseguirlo al principio, pero careció de perseverancia al encontrarse con todos los nombres de *altos personajes* holandeses, miembros de la Liga. Ahora que el folleto ha sido depositado hace mucho más de un año, es inatacable legalmente, si por acaso la Justicia tiene á bien respetar una ley en favor de la libertad. Se ha repartido por miembros de la Liga, ú otros no siempre conocidos nuestros, folletos de propaganda teórica ó práctica. Nosotros sentimos por esas producciones una simpatía general, sin que garanticemos, aprobemos ó condenemos sus detalles.

No nos enamora de ningún modo la intervención de los puros comerciantes rapaces, mas como dice un folleto anónimo: «la culpa es de los gobiernos que impiden la digna propaganda científico humanitaria.»

En efecto; los poderosos del gobierno de la prensa, afectando confundirnos con los propagandistas de la pornografía (en realidad lo son ellos, ¡jamás nosotros!); han pedido y obtenido hipócritas y feroces represiones, y la ley *scélérate* Danton-Bérenger del 16 de marzo de 1898 ha sido promulgada realmente contra nosotros.

Terminamos deseando ardientemente que los verdaderos emancipados no tarden en comprender la importancia de esta cuestión que es verdaderamente el capítulo UNO de todas las reivindicaciones.

V

La Anarquía y la Iglesia

Nuestra línea de conducta respecto á la Iglesia y á todas las iglesias está completamente determinada por la actitud que ellas mismas han adoptado respecto de nosotros. En este concepto, todo error, toda confusión son imposibles. Se nos odia, se nos execra, se nos maldice: contra nosotros se reclaman no solamente los suplicios del infierno—lo que no tiene para nosotros sentido alguno—sino que también se nos señala á la vindicta de las leyes temporales, á la venganza especial de los reyes, de los carceleros y de los verdugos, y, así mismo, al ingenio de los torturadores que la santa inquisición, siempre viviente, mantiene en los calabozos. El lenguaje oficial de los Papas, fulminado en sus recientes bulas, va encaminado expresamente, en su campaña contra los «innovadores insensatos y diabólicos, orgullosos discípulos de una pretendida ciencia, gentes que deliran ensalzando la libertad de conciencia, despreciadores de todas las cosas sagradas, odiosos corruptores de la juventud, obreros del crimen y de la iniquidad.» Tales dicterios, tales anátemas van, en primer término, contra los que se dicen revolucionarios, anarquistas ó libertarios.

Está bien. Es justo, es legítimo que las gentes se digan y se crean también sagradas para ejercer absoluta dominacion sobre el género humano, concentrando toda la fuerza de su odio sobre los réprobos que osan discutir sus derechos al poder y todas las manifestaciones del poder mismo. Contra nosotros, la intransigencia es completa. «¡Exterminadlos, exterminadlos!» tal es la divisa de la Iglesia, como en los tiempos de Santo Domingo y de Ignocencio III.

A la intransigencia católica, oponemos igual intransigencia, pero como hombres, y como hombres nutridos de la ciencia contemporánea, no como taumaturgos y como verdugos. Nosotros repudiamos absolutamente la doctrina católica lo mismo que la de todas las ciencias conexas, amigas ó enemigas; combatimos con franqueza todas sus instituciones y todas sus obras; reprobamos y trabajamos por destruir los efectos de todos sus actos. Pero todo esto sin odio hacia sus personas, pues no ignoramos que todos los hombres están determinados por el medio en el cual sus madres los han mecido y la sociedad alimentado; sabemos así mismo que otra educación y circunstancias menos favorables no han podido enbrutecernos como á ellos y de lo que tratamos, sobre todo, es precisamente de provocar el establecimiento para ellos—si todavía es posible—y para todas las generaciones futuras de nuevas condiciones que curen al fin á todos los hombres de la «locura de la cruz» y de otras alucinaciones religiosas.

Nosotros no soñamos de ningún modo en vengarnos cuando llegue el día en que seamos los más fuertes: los cadalsos no se les levantará ni se encenderá hogueras, que bastantes víctimas ha hecho la Iglesia durante los quince siglos de su dominación. La venganza no tiene espacio alguno en nuestros principios,

porque el odio engendra el odio y tenemos además prisa de entrar en una nueva era de paz social. Nuestro propósito más firme no es el empleo «de las tripas del último clérigo en retorcer el cuello del último rey», sino hacer las cosas de tal modo que ni curas ni reyes puedan surgir en la atmósfera purificada de nuestra nueva sociedad.

Lógicamente nuestra obra revolucionaria contra la Iglesia deberá empezar por ser destructora antes que constructora, pues aunque las dos fases de la acción sean interdependientes y se verifiquen al mismo tiempo, bajo diversos aspectos, siguen diferentes medios. Desde luego no trataremos de destruir á viva fuerza las creencias sinceras, las ilusiones ingénuas y devotas; nosotros no podemos penetrar en las conciencias para expulsar de ella las confusiones y los desvaríos; pero podemos, por lo menos, trabajar con todas nuestras fuerzas por desviar de nuestra vida y del funcionamiento social todo lo que no esté de acuerdo con las verdades científicas ya reconocidas; nos será necesario aceptar, provocar la lucha con todos los que tratan de buscar ó buscan al rededor de la humanidad y del mundo un punto de apoyo divino que permita á las castas parásitas servirse de los pretendidos intermediarios entre el creador ficticio y sus criaturas. Puesto que el miedo y el terror fueron en todos los tiempos los móviles que han sojuzgado á los hombres, como lo han repetido bajo tantas formas diversos reyes, sacerdotes, magos y pedagogos, combatamos incesantemente este terror á los dioses y á los sacerdotes por el estudio y por la exposición de la serena clarividencia de las cosas. Dediquémonos á la caza de todas las mentiras que los beneficiarios de la antigua tontería teológica han esparcido en la enseñanza, en los libros y en las artes. Y no olvidemos que importa atajar también el vil pago de impuestos directos é indirectos que la clerecía nos arranca y la construcción de capillas, iglesias, estatuas votivas y otras deformidades que deshonran nuestras ciudades y nuestros campos. Agotemos la fuente de esos millones de millones de francos que de todas partes afluyen al rededor del gran pordiosero de Roma y al rededor de los innumerables pordioseros de sus congregaciones. En fin, por la propaganda de cada día, sustraigamos al cura los niños que les presentamos á bautizar, los jóvenes que pretenden unirse y los muertos que rocían con el hisopo mediante el pago correspondiente.

Pero en las escuelas se los hará cristianos, se nos objeta; y esas escuelas ¿cómo las cerraremos, puesto que respecto de ellas habrá padres de familia que reivindiquen la libertad de dar á sus hijos la educación que mejor les parezca? A nosotros que hablamos sin cesar de *libertad* y que no comprendemos al individuo digno de ese nombre más que en la plenitud de su fiera independencia, he ahí que se opone también la *libertad!*

Si esa palabra respondiese á una idea justa, no haríamos sinó inclinarnos con todo respeto á fin de permanecer fieles á nosotros mismos; pero esa libertad del padre de familia ¿es otra cosa que el rapto, la apropiación pura y simple de un niño que debe pertenecerse y que entregamos á la Iglesia ó al Estado para que lo deformen á su gusto? ¿No es una libertad semejante á la del fabricante que dispone de centenares ó de miles de *brazos* y que los emplea según le place en quebrantar metales ó en tejer hilos, una libertad como la del general que hace maniobrar á su modo las *unidades tácticas*, las *bayonetas* y los *sables?* El padre, heredero convencido del «pater familias» romano, dispone igualmente de sus hijos y de sus hijas para matarlos moralmente, ó peor todavía, para envilecerlos. De estos dos individuos, el padre y el niño, virtualmente iguales á nuestros ojos, es al más débil al que tenemos que sostener con todas nuestras fuerzas; de él es de quien debemos declararnos solidarios; á él á quien trataremos de defender contra todos los que le perjudican, aunque sea el padre mismo ó el que se repute tal. Si por una ley especial promulgada en 1881, el Estado deniega al padre de familia el derecho de condenar al hijo á la ignorancia, nosotros, que nos aliamos de todo corazón á la generación nueva, nosotros haremos

todo lo posible por protegerle contra una educación perversa. Que el niño sea maltratado, apaleado, torturado por sus parientes ó bien que sea catequizado, depravado por hermanos ignorantes, ó que aprenda con los jesuitas una historia mentirosa y una falsa moral compuesta de bajezas y de crueldad, el crimen nos parece el mismo y nosotros lo combatiremos con igual energía.

Ciertamente que tanto tiempo como la familia se mantenga bajo su forma monárquica, modelo de los Estados que nos gobiernan, el ejercicio de nuestra firme voluntad de intervención en favor de los niños y contra los parientes y los curas, será de difícil cumplimiento; pero no es en este sentido en el que menos se deben dirigir todos nuestros esfuerzos. Seamos los defensores de la justicia ó los cómplices del crimen; no hay término medio. En esta materia se encierra también, como en todas las demás cuestiones sociales, el gran problema que se discute entre Tolstoï y los otros anarquistas, esto es, el de la no resistencia ó resistencia al mal. Por nuestra parte opinamos que el ofendido que no resiste, abandona de antemano los humildes y los pobres á los opresores y á los ricos. Resistamos sin odio, sin espíritu de rencor ni de venganza, con toda la serena dulzura del filósofo que se posee y reproduce exactamente su pensamiento profundo y su voluntad íntima en cada uno de sus actos, ¡pero resistamos! La escuela actual es completa, absolutamente dirigida entre nosotros como lo sería una estocada ó más aun millones de estocadas pues se trata de adiestrar contra nosotros todos los niños de la generación nueva. Entendemos que la escuela debe de ser, como la sociedad, organizada «sin Dios ni amo» y nos unimos con toda nuestra energía contra las escuelas donde se enseña la obediencia á Dios y sobre todo á sus representantes, los amos de toda especie, padres y monjes, reyes y funcionarios. Reprobamos asimismo las escuelas donde se enseñan los pretendidos deberes cívicos, esto es, el cumplimiento servil de las leyes y el odio á los pueblos extranjeros; aquellas escuelas donde se enseña á los niños de manera que lleguen á ser báculo del cura. Nosotros rechazamos esas escuelas, y el día que dispongamos de la fuerza, las cerraremos.

¡Vana amenaza!, se dirá irónicamente.

«Vosotros no sois los más fuertes y nosotros mandamos todavía á los reyes y á los militares, á los magistrados y á los verdugos.» Sí, eso parece verdad; pero todo ese aparato de represión no nos asusta en lo más mínimo pues es también disponer de una gran fuerza tener la verdad por aliado y llevar por delante la luz. La historia se desenvuelve en nuestro favor porque la ciencia «Ha hecho quiebra» para nuestros adversarios mientras que para nosotros continúa siendo guía y sostén. La diferencia esencial entre los partidarios de la Iglesia y sus enemigos, entre los siervos y los hombres libres, consiste en que los primeros, privados de iniciativa propia, se debilitan poco á poco y perecen; mientras que la renovación de la vida se hace por la agrupación espontánea de las fuerzas anárquicas. Ciertamente la sociedad naciente de hombres libres que trata penosamente de desprenderse de la crisálida burguesa no podría tener esperanza alguna de triunfar un día, no podría siguiera nacer, si tuviera delante verdaderos hombres con valor y energía propios, pero, por fortuna, el inmenso ejército de devotos y devotas, marchito por la prosternación y por la obediencia, está condenada á la ataxia intelectual. Cualquiera que sea, bajo el punto de vista especial de su oficio, arte ó profesión, el valor del católico que cree y practica, no es bajo el punto de vista del pensamiento más que materia amorfa y sin consistencia; no es un organismo viviente.

De todos modos no debe olvidarse de ninguna manera que los adversarios más temibles no son los creyentes, esos pobres suicidas del espíritu que se ve prosternado en los altares con el espeso velo sobre los ojos, interpuesto por la fe entre ellos y el mundo real. Los hipócritas ambiciosos que los dirigen y los indiferentes que, sin ser católicos, están aliados oficialmente á la Iglesia, son mucho más peligrosos que los cristianos. Por un fenómeno, contradictorio en

apariencia, el ejército clerical se hace cada vez más numeroso á medida que la fe disminuye. Es que las fuerzas enemigas se reconcentran de una parte y de otra. La Iglesia ha agrupado á su alrededor todos sus cómplices naturales, á los que convienen esclavos que mandar, reyes, militares, funcionarios de toda mena, volterianos arrepentidos y hasta honrados padres de familia que quieren hacer de sus hijos hombres inteligentes, bien portados, graciosos y finos, pero sin fuego en la mirada y sin virilidad en el pensamiento.

Por otra parte todo eso se hace bajo la alta protección de la República. Se comprende bien la expresión triunfante del abate Dupauloup: «Cuando la República no tuvo más remedio que volver á traernos á los jesuitas y á todas las congregaciones religiosas, yo comprendo por qué Dios lo ha permitido.»

Y la Iglesia, siempre dispuesta á la rapiña, no deja de exigir un derecho de entrada á todos sus nuevos aliados, republicanos y otros. Por esto es que las riquezas de la clerecía han aumentado prodigiosamente: sólo en Francia los bienes eclesiásticos se han mucho más que duplicado en los últimos veinte años del siglo XIX; se valúan en millares los terrenos y los edificios que les pertenecen abiertamente ¡pero cuántos miles más de unos y de otros poseen todavía bajo el nombre de viejos señores y de antiguas viudas! Los jacobinos casi se regodean de ver esas inmensas propiedades acumularse en las mismas manos, esperando que de un solo golpe de Estado podrán un día apoderarse de ellas. ¡Remedio que hará cambiar de lugar al mal, pero que no lo curará! Esas propiedades, producto del robo y del dolo, es menester recuperarlas á viva fuerza no para esta ni la otra clase, no para algunos, sino para todos. Son parte del gran haber terrestre que pertenece al conjunto de la humanidad.

Todos los elementos de la reacción están desde ahora unidos bajo el mismo *lábaro* simbólico, bajo «el signo de la cruz,» y sería bien simple dejarnos engañar por la divisa de esa bandera. No se trata ya aquí de la fe religiosa sino más bien de la dominación: la creencia íntima no es más que un pretexto para la inmensa mayoría de los que quieren conservar el monopolio del poder y de la riqueza, para los que el único ideal es impedir á toda costa la realización del ideal moderno, el pan para todos, la libertad, el trabajo y el reposo para todos. Nuestros enemigos, aun cuando se odien y se desprecien unos á otros, han tenido que agruparse en un solo partido, y esta gran evolución es de tal naturaleza, que deberá alegrarnos y animarnos en el supremo combate. Aisladas, las causas respectivas de las castas directoras, son demasiado pobres de argumentos, demasiado ilógicas para que puedan ensayar la defensa con resultado; les es indispensable acudir á una causa superior, la de Dios mismo, «principio de todas las cosas,» gran ordenador del universo. Del mismo modo, en una batalla los cuerpos de ejército demasiado expuestos, abandonan los puntos estratégicos exteriores nuevamente construídos para reconcentrarse en la antigua ciudadela acomodada por los ingenieros á la guerra moderna.

Transportémonos con la inauguración á los tiempos futuros de irreligión consciente y razonada. ¿Cuál será, en esas nuevas condiciones, la obra por excelencia de los hombres de buena voluntad? La misma que hoy. Reemplazar las alucinaciones por observaciones precisas, sustituir á las ilusiones del paraíso prometido á los famélicos, las realidades de una vida de justicia social de bienestar, de trabajo rítmico. En verdad, no será difícil encontrar para los fieles de la religión humanitaria una felicidad más sustancial y más moral que aquella con que se contentan los cristianos actualmente. Lo que conviene á éstos es no tener la penosa labor de pensar por sí mismos y de buscar en su propia conciencia el móvil de sus acciones; faltos de un fetiche visible como nuestros antepasados. Salvajes, ellos poseen un fetiche secreto que cura las heridas del amor propio, que les consuela en sus penas, que les hace las horas de dolor menos largas y les asegura asimismo una vida inmortal, exenta de cuidados. Pero todo eso para ellos personalmente: su religión no se cuida de los desgraciados que

han continuado con sus peligros la dura batalla de la vida, como los espectadores de la tempestad de que habla Lucrecio que gustaban de ver, desde la playa, los gestos de los náufragos luchando contra las olas.

Nuestro ideal de felicidad no es de ningún modo ese egoísmo cristiano del hombre que se salva viendo perecer á su semejante. Nosotros, los anarquistas, que trabajamos por la emancipación completa de nuestra individualidad, colaboramos por esto mismo en la obra de la libertad de todos los demás y les aseguramos el beneficio solidario de cada uno de nuestros esfuerzos. Nuestro triunfo personal no se concibe sino como una victoria colectiva al mismo tiempo; nuestras investigaciones sobre la felicidad no pueden imaginarse de otro modo que en beneficio de todos; la sociedad anarquista no es ni puede ser un cuerpo de privilegiados, sino una comunidad de iguales y será una gran dicha—de la que hoy no tenemos idea alguna—la de vivir en un mundo donde no veremos hambrientos que piden limosna, prostitutas vendiéndose para ganar el pan, hombres robustos haciéndose soldados y policías porque no tienen otro modo de ganarse la vida. Reconciliados, porque los intereses pecuniarios, de posición ó de casta, no harán á los unos enemigos de los otros, los hombres podrán estudiar juntos, tomar parte, según sus afinidades personales, en las obras colectivas de la transformación planetaria, en la redacción del gran libro de los conocimientos humanos; en una palabra, podrán vivir una vida libre, siempre más amplia, vigorosamente consciente y fraternal, escapando así á todo género de alucinaciones, á la religiosidad y á la Iglesia.

Y los placeres del arte, privilegio actualmente de unos pocos, ¿no pertenecerán entonces igualmente á todos? La clerecía tiene una pretensión que sería divertida si á fuerza de repetirla no fuese aceptada como una verdad pura por la gran mayoría de los bobos que se contentan con cuentos y paradojas solemnes. Tiene la pretensión de revindicar como suyos los arquitectos de la edad media, los pintores y escultores del Renacimiento, todos los artistas que han vivido bajo la dominación de la Iglesia y que, por otra parte, han debido la mayor parte de su genio al espíritu de independencia y aun de rebelión. Puesto que las basílicas y las catedrales eran los monumentos públicos donde la comunidad, toda entera, de la ciudad, celebraba sus asambleas tanto políticas como sociales y religiosas, donde las corporaciones gremiales se reunían para discutir sus intereses aun contra los curas y los obispos, los edificios que representan el conjunto de la población urbana deben sus caracteres de belleza á la unidad de alma que los hizo surgir. La comunidad completa, y sobre todo la comunidad civil, se ha glorificado en esta obra colectiva á la que fueron consagrados durante siglos todos los recursos de la ciudad. Las más bellas iglesias de Italia, Alemania, Bélgica, Francia ¿no son precisamente las de las ciudades donde la burguesía se constituyó en municipios, en repúblicas, en villas libres que arreglaban sus intereses independientemente y á la vez contra los señores y contra los obispos? Cuando los jesuítas, en fin, hechos todos unos maestros, crearon un estilo de arquitectura á su gusto, sin el concurso de los albañiles libres que se adelantaron á los *fracmasones,* entonces sus toscas obras de fábrica con todo su aparato de volutas, de mascarones y de dorados, atestiguaron suficientemente el grado de deformidad á que pueden arribar los sedicentes artistas de la casta sacerdotal. Como los crustáceos de la playa que se alojan en bellas conchas postizas, los sacerdotes se atribuyen el mérito de haber elevado los bellos edificios de la edad media en los que se deslizaron subrepticiamente; pero si se los hubiera dejado hacer, no habría ni uno solo de esos edificios que no hubieran monstruosamente afeado y deshonrado.

Los católicos, aun cuando se apoderan de la sociedad oficialmente, no son, no serán jamás sus dueños, porque no saben más que reprimir, rebajar, ahogar; todo lo que es vida se les escapa. Que se apresuren á proclamar la «bancarrota del arte» como han proclamado la de la ciencia, ellos son impotentes para com-

prender la belleza y sus bonachonerías deístas serán forzosamente tan chavacanas con el fetichismo que las engendró. Es precisamente fuera de su círculo donde se verifica todo lo que es grande y generoso. Y es fuera de ellos, á pesar de ellos, como los pobres, á quienes prometen irónicamente todas las riquezas del Paraíso, conquistarán, en fin, el bienestar en la vida presente; es á pesar de ellos que se fundará la verdadera comunidad, la sociedad «sin Dios ni amo», hacia la cual se han dirigido tantas revoluciones hechas en el pasado contra el cura y contra el rey.

ELISÉE RECLUS.—GEORGE GUYON

Propaganda por el anuncio

Hay un punto sobre el cual todos los anarquistas están de acuerdo. El referente á que todos los esfuerzos deben tender á hacer conscientes, por medio de la propaganda, el mayor número posible de individuos.

Poco más ó menos todos conocemos los medios que hasta el presente se han empleado.

Por medio de esta memoria voy á proponer uno que me parece relativamente eficaz. Me refiero á la propaganda por el anuncio que trate de los sucesos que apasionen á la opinión pública y que puedan sacudir la indiferencia de los inconscientes.

He aquí algunas consideraciones sobre el particular.

Los periódicos que tratan, que hablan de las ideas que amamos, propagamos y defendemos, por lo general son leídos únicamente por los anarquistas que quieren instruirse más ó que con su óbolo ayudan á hacerlos vivir.

El resto del público no los lee, muchos hasta ignoran que existan periódicos anarquistas.

Por otra parte la idea está desacreditada de tal modo por nuestros adversarios que mucha gente ni siquiera quiere leerlos cuando se los damos gratis, ó los miran con desconfianza.

La anarquía real, no la que pintan los burgueses, es conocida únicamente de una pequeña minoría que eleva todo el peso de lo que nos cuesta económicamente.

La propaganda por el anuncio podría instruir á mucha gente, darle á conocer gratuitamente lo que es y significa la anarquía.

Si á cada suceso que sobreviene, como ahora la guerra anglo-boer, la de la China, la conferencia de la Haya, aprovecháramos su oportunidad podríamos publicar un anuncio referente al suceso de actualidad. Lo que dicen nuestros periódicos podría decirlo el anuncio sucintamente, y en estilo correcto; la verdad que no se desnaturaliza, podría pegarse en todas las esquinas.

El anuncio se lee siempre y mucho más se leería si tratara de una cuestión que estuviere sobre el tapete.

El análisis y la conclusión instruirían á la masa que no raciocina, que ve las cosas de modo muy superficial en lugar de meditarlas hasta el fondo.

En el anuncio que propongo todo puede tratarse. Basta que su título no sea espeluznante, que esté bien redactado de modo que se lea fácilmente lo que nosotros pensamos. Por ejemplo: *Opinión anarquista sobre...* etc. Su texto tendría que ser excesivamente correcto, la cuestión expuesta de modo lógico y claro, la conclusión ajustada á la verdad.

En el anuncio podría indicarse que la cuestión será más ampliamente tratada en tales ó cuales periódicos cuyos nombres podrían indicarse al pie.

El anuncio es caro, ciertísimo, pero podríamos utilizar para ellos las suscriciones voluntarias abiertas al efecto y poco á poco se ensancharía el radio de publicidad.

Se me puede decir que el anuncio está expuesto á que lo rompa el primer mal intencionado que pase, pero para evitarlo habría que colocarlo fuera del alcance de la mano, tener estudiados los lugares, las costumbres de los barrios, etcétera. Puntos hay donde los anuncios subsisten mucho tiempo. Recuerdo dos lugares en Marsella donde hace la mar de meses están aún pegados pasquines anarquistas invitando á los trabajadores á no acudir á las urnas. A pesar del tiempo transcurrido he observado que hay gente que aún los lee.

La suscripción debería ser permanente y residir en París, los anuncios é impresos deberían ser redactados é impresos asimismo en la capital y expedidos á los compañeros de provincias que los solicitaran. Podrían hacerse los pedidos con anticipación para mejor poder fijar la tirada y los gastos de correo á cargo de los solicitantes.

La propaganda sería general y de buenos resultados.

Los periódicos saldrían ganando con esta publicidad que de ellos se haría.

Es necesario que en todos los momentos oportunos se pueda hacer ver al pueblo la verdad desnuda de todas las mentiras burguesas y hacérselo ver gratuitamente, para que sepa como se le engaña. Exponédsela con lenguaje al alcance de su mentalidad y entonces comprenderá nuestro desinterés.

Someto la cuestión al Congreso para que la discuta y nos la aclare más si es posible.

Saludo fraternalmente á todos los defensores de la sociedad libertaria á la cual aspiramos. ¡Viva la Anarquía!

DEMONT

A propósito de las Universidades populares

«El señor Thiers sostenía, además, hace pocos días, en una oficina de la Asamblea, entre los aplausos de muchos liberales de ayer—liberales encargados hoy de fundar la República democrática,—«que es peligroso desarrollar la instrucción del pueblo, porque la instrucción conduce infalible y derechamente el pueblo hacia el comunismo.»

Este párrafo está sacado de la advertencia de V. Considerant, escrita para el libro del abate Leonce, *La Conjuración de los jesuitas,* editada en París en 1838, y esta frase del pequeño Thiers, el hombre de la semana sangrienta, cuya estatua posee París, nos ha sugerido el deseo de decir algunas palabras al Congreso respecto de las Universidades populares.

Todo el mundo recordará el movimiento ocasionado por el asunto Dreyfus, movimiento en que se habían cifrado grandes esperanzas, pero que encauzado por los habilidosos terminó desastrosamente en las mismas barbas de los que lo promovieron. No les disgustó á éstos poder tender la mano á sus adversarios de la víspera y ahogar, so pretexto de conciliación, las ideas de justicia y de libertad que principiaban á florecer.

Sin embargo, las ocultas monstruosidades de la política y del militarismo, las ambiciones de los elevados personajes, las mentiras de la prensa prostituta

que dieron por resultado los ahullidos estúpidos de una multitud bestializada royendo los talones de los hombres valerosos que tuvieron el civismo de desenmascarar todos estos crímenes; todo esto contribuyó á que abrieran los ojos los raros hombres inteligentes cuyo carácter no está aun deprimido por la sociedad actual; hombres que con buena fe negaban antes la cuestión social, viéronse obligados á darse cuenta de su real existencia, ante el espectáculo de esta multitud de desgraciados, esclavos sobre todo de su ignorancia explotada por timoneros de toda clase, capitalistas, militares, curas, políticos, multitud pronta á lanzarse sobre la presa que les señalara el menor ademán de su dueño creyéndola causa de sus miserias y sufrimientos.

Entonces se dieron cuenta estos hombres conscientes, de que no todo marchaba bien en este mundo social y se preguntaron si realmente podía ser aquél el nivel intelectual del pueblo cien años después de la gran Revolución, á pesar de las tan cacareadas ventajas de la ciencia, que, so pretexto de instrucción pública, nos arranca anualmente millones y más millones.

Desgraciadamente la respuesta no era difícil de hallar. Esta famosa instrucción con que se llenan la boca nuestros republicanos es una farsa, un nuevo medio para engañar al pueblo. En efecto, el campesino y el artesano de antes del año 89, que no sabían leer ni escribir, se tomaba á veces la molestia de razonar y con el simple buen sentido razonaba muchas veces justo y bien.

Actualmente, cuando nuestros hijos salen de la escuela, salen ya moldeados de tal modo que aceptan sin discusión todas las ideas emitidas por los amos y los libros. Y estos les han enseñado que tenían una multitud de deberes á llenar y un pequeño número de derechos, por cierto ilusorios, á reivindicar.

Cuando entran en la vida, convertidos en carne de trabajo ó carne de cañón ¿podían razonar sobre lo que les rodea, ven ú oyen? ¿podían preguntarse los por qué y los cómo de la opulencia de unos y la miseria de otros? No, aunque lo hubieran intentado no lo hubieran logrado. Por lo demás, se les ahorra este trabajo, pues todos los días, mediante cinco céntimos, se les suministran preparadas cuatro páginas de ideas hechas sobre todos los temas. Los pobres que se creen instruídos porque saben leer aceptan como verdades indiscutibles todas las añagazas impresas y se convierten sin saberlo en pilares de las instituciones que los aplastan.

Se ha creado especialmente para el pueblo todo un arte, una literatura, un teatro, una ciencia en las que en vano se buscaría un ideal; todo lo que podría elevar al hombre del pueblo está cuidadosamente excluído; toda la vida está limitada á las mezquindades de las convenciones idiotas y de una moral hipócrita.

Cromos multicolores, imágenes de Epinal, suplementos representando escenas sangrientas, figurillas chavacanas, hé aquí la pintura, el grabado y la escultura que se da al pueblo; los insulsos Montepín, Bouvier y Dennery le *ilustran* literariamente, y en el teatro dramas espeluznantes, zarzuelas estultas y pornografías de toda clase. La ciencia se presenta en forma de galimatías que los mismos que la escriben á tanto la línea apenas si pueden dar la explicación.

Todo está combinado de modo que se pueda mantener al pueblo en su nivel actual, á que degenere aun más si es posible. El libro de Buchner, *Fuerza y Materia,* que al editor no le cuesta 75 céntimos se vende á 7 francos el ejemplar, mientras que por 60 céntimos se nos vende cualquier novelucha de estos autores mal llamados populares. Hé aquí cómo se impide al pueblo que pueda instruirse, que la ciencia no pueda llegar hasta él.

Decíamos que uno de los mejores resultados del asunto Dreyfus fué el florecimiento de las sociedades de instrucción que han tomado por nombre el de Universidades ó Institutos populares.

Burgueses, artistas, ingenieros, sabios, hombres todos de buena voluntad,

han fundado estas agrupaciones y se han encargado de efectuar esta instrucción popular.

Queremos, dicen, que el obrero encuentra en estos centros instructivos lo que el rico ha acaparado para él solo, es decir, la ciencia y el arte que hacen creer en la vida. Intentaremos sugerir al pueblo el amor á lo bello, lo bueno y lo verdadero, esta verdadera trinidad contenida en la justicia. Abriremos su espíritu á la libre crítica, le diremos que debe guardarse bien de juzgar antes de haber sometido una cuestión al libre examen, que no debe aceptar ninguna idea con fe sino entregarlas todas al raciocinio; nos esforzaremos para hacer del hijo del pueblo un hombre que, cuando se conozca bien el mismo, sabrá lo que es, de donde viene y á donde va, en lugar de ser una máquina que ignora sus propios resortes, máquina que avanza ó retrocede á voluntad de su conductor; desarrollaremos en él solidaridad, y mezclándonos con él, aprenderá que todos somos hombres iguales con idénticas necesidades todos y que si hay desigualdades sociales que hoy nos separan, estas desigualdades deben cesar y desaparecer algún día.

Hé aquí las palabras casi textuales que escuchamos cuando se fundó el instituto popular de nuestra localidad, palabras que son todo un programa digno de que lo sustentemos con todos nuestros medios y fuerzas.

Hace tiempo que los compañeros han comprendido la necesidad de la instrucción; las tentativas para la fundación de escuelas, círculos de estudios y bibliotecas fueron numerosas y prueban mejor que nuestras afirmaciones la importancia que á esta cuestión han dado los libertarios.

No tendremos nosotros la pretensión de afirmar que estas sociedades son perfectas en todos sus detalles, pero está en nuestra convicción que es un esfuerzo útil digno de nuestra atención y un medio de propaganda que no debemos desdeñar. Creemos que allí donde exista una agrupación de este género deben formar parte de ella los camaradas y hacerse útiles discutiendo las ideas emitidas y emitiendo las suyas, presentar problemas en las conferencias, rechazar los sofismas, rebatir los errores y velar para que la asociación permanezca autónoma como recomendó S. Faure y no permitir la intrusión de la autoridad que, so pretexto de asistencia anularía pronto los esfuerzos.

En Nancy la sala de la Universidad está abierta todos los días de 8 á 10 y media de la noche facilitándose permisos á 2 francos anuales, pero la entrada ha sido siempre libre y los libros de la biblioteca están siempre á disposición del público que puede, si quiere, llevárselo á su casa. Hay consultas médicas y jurídicas para quien las necesite, conferencias todos los martes, científicas é históricas los viernes, sobre la cuestión social los martes, literarias los sábados y exposición permanente de pinturas. Los domingos se dan festivales recreativos, lecturas, proyecciones, canto y música. Poco tiempo hace se dió una lectura de *Los Aparecidos* de Ibsen y próximamente se dará de los dramas *Robes rouge* de Brieux y de *La Clairière* de Descaves.

Se nos permite vender nuestros periódicos y folletos que hemos colocado en gran número, contribuyendo nuestra asiduidad á disipar la leyenda que nos presenta como bandidos.

Por todo lo dicho invitamos á los camaradas á que hagan lo mismo, pues de acuerdo con Carlos Albert, creemos que toda instrucción basada en la verdad científica es útil y que el hombre instruído es el mejor rebelde consciente.

Grupo libertario de Nancy

Enseñanza libertaria

Entre las preocupaciones de los anarquistas, la enseñanza libertaria debe ocupar el primer lugar. Como propaganda de evolución, es la más eficaz.

Tolstoi en Yasnaia-Poliana, Reclus en Bruselas, Paul Robin en Cempuis, el grupo de la Escuela libertaria en París, inauguraron los ensayos en este período de gestación animosa de los últimos años.

Lejos de confundir la educación con la enseñanza, creo que la primera debe ser considerada como la consecuencia natural de la segunda.

No se debe *imponer* jamás nuestras ideas por una educación demasiado especial, cerrada ó sectaria, sino proponerlas por medio de una enseñanza extensa, amplia, siempre accesible á la crítica: la potencia de la verdad, que constituye nuestra fuerza, hará el resto sin choques ni oscilaciones.

Nuestra enseñanza, pues, habrá de comprender el estudio imparcial, comentado y comparado de todas las doctrinas, aún de aquellas más opuestas á las nuestras. Por otra parte es este el verdadero sentido de la palabra *libertario.* De la concurrencia leal de las exposiciones, hechas sin presión, sin espíritu de partido, la realidad anarquista debe surgir libremente.

Así nuestra enseñanza podrá ser el más activo motor del progreso por la influencia directa que ejercerá en el nacimiento de las ideas y su dirección ulterior; podrá convertirse mañana en la palanca que removerá el mundo y anulará para siempre á nuestros principales enemigos: la cobardía de los explotados y la hipócrita moral de los explotadores.

Como ya lo he indicado en mi folleto «La libertad por la enseñanza», la escuela en la sociedad actual no es más que la antesala del cuartel, donde se completa el adiestramiento de la servidumbre.

En las escuelas actuales tan nefastas como deprimentes, queremos suprimir las tres iniquidades principales de donde se derivan todas las miserias sociales: la *disciplina,* los *programas,* la *clasificación;* la disciplina generadora de disimulo, de zocarronería y de mentira; los programas, método de examen, reglamentos fósiles, peso muerto que atrofian en el niño todas sus tendencias individualistas, originalidad, iniciativa, sentimiento de dignidad personal; la clasificación, premio á la envidia, invitación al asalto, á la conquista del rango superior, principio inicial que consagra toda gerarquía é inculca el desdén al débil y el respeto al fuerte, proclamando el derecho á la cobardía del gobernado y el derecho á la fuerza en el gobernante.

***

Al contrario de la enseñanza universitaria que se dá en las mesas de los tenderos de especies, más ó menos académica, distribuída al propio tiempo que el guisote de cebón y las viandas literarias anodinas, lejos de la vida ambiente, lejos del día nuestra enseñanza debe ser *integral, nacional* y *mixta.*

Integral porque tenderá al desenvolvimiento armónicamente bello del ser todo entero y producirá un conjunto completo eslavonado, sintético, paralelamente progresivo en todos los órdenes del conocimiento, intelectual físico, manual, profesional, desde la más tierna infancia.

Racional porque se basará en la razón y conforme á los principios de la ciencia actual y no en la fé; en el desenvolvimiento de la dignidad y de la in-

dependencia personales y no en el de la piedad y de la obediencia; en la abolición de la ficción *Dios*, causa eterna y absoluta de servidumbre.

Mixta porque favorecerá la coeducación de los sexos en un trato constante, fraternal, familiar de los niños, muchachos y muchachas, que da al conjunto de las costumbres una serenidad particular.

A la enseñanza científica añádase el *aprendizaje manual* que establece el equilibrio de la instrucción intelectual con la que está en relación constante de reciprocidad, y así mismo la *instrucción estética* (dibujo, música, arte) que no tiene menos importancia bajo el punto de vista del desenvolvimiento integral, ya que de la misma manera que la salud física consiste en el funcionamiento armónico y ponderado de los órganos, la salud intelectual y moral es la resultante de las facultades normalmente desenvueltas y convergentes.

***

La avalancha de discursos amazacotados, los gritos de indignación que lanzaron pedagogos repletos de «instrucción primaria superior», las injurias que á porrillo nos dirigieron nuestros adversarios, con motivo de este proyecto de enseñanza revolucionaria, prueban que hemos puesto el dedo en la llaga.

El más elocuente y el más terrible de nuestros adversarios fué, como siempre, la falta de dinero.

Por este poderoso motivo han sido condenados nuestros esfuerzos—en lo que se refiere á la enseñanza de los niños—á reducirse á lo provisional. Los cursos para adultos han persistido en concurrencia con las Universidades populares, de creación reciente. Puede decirse que casi todos los distritos poseen su *Biblioteca libertaria* donde sería de desear que los cursos se explicasen mucho más sencillamente, sorteando los escollos, así como con más firmeza y continuidad, esto es, no abandonando un tema útil y bien escogido hasta que haya sido discutido y analizado completamente. Es urgente contrabalancear la enseñanza, muy laudable, en verdad, pero desordenada y á veces disolvente de las *Universidades populares*. No lo lograremos más que por la emancipación de los cerebros hasta aquí sometidos á los absurdos ortodoxos.

Importa, pues no ceder á los primeros temores, á las decepciones del comienzo, á las impaciencias de la marcha y permanecer firmemente resueltos á no abandonar bajo ningún pretexto el ángulo de la fortaleza autoritaria en el que mañana podremos abrir brecha.

No hemos dado en el blanco. Es preciso comenzar de nuevo. Apuntemos bien y tiremos firme.

Por otra parte no se trata de una obra de embalaje, sino de grandes alientos; de una obra que debe ser perseguida con tenacidad, sin interrupción; con tanta actividad como necesario es no caer en dilaciones censurables; sin comprometer los resultados deseados por una preparación defectuosa y prematura.

Discutir sociología, materialismo, espiritualismo, arte, literatura, es bueno.

Pero será mejor inquirir los medios de realizar lo más posible nuestro pensamiento, poniendo manos á la obra inmediatamente.

Volver hacia los niños, alentar el desenvolvimiento de su iniciativa, inculcarles el sentimiento profundo de su dignidad, preservarlos de la cobardía y de la mentira, ahorrarles las necias ampulosidades de los pedantes, hacer desfilar ante sus ojos el pró y el contra de todas las concepciones sociales y encaminarlos á los destinos de la lucha, á su placer; he ahí la gran obra apenas bosquejada que tenemos que acabar.

Será la obra de mañana, si queremos trabajar lógica y firmemente.

EMILE JANVIÓN

DE LOS SEXOS

La cuestión de los sexos en la propaganda anarquista

La táctica que hay que seguir en la propaganda anarquista en esta cuestión, deben determinarla los compañeros de cada país, de cada región, hasta de cada localidad, teniendo en cuenta las condiciones particulares que prevalecen en cada nación ó parte de la nación. Estoy convencido de que el Congreso de París evitará la enorme falta consistente en imponer métodos uniformes en todo y para todos. Los congresos parlamentarios de nuestros amigos los demócratas socialistas han incurrido siempre en semejante defecto; pero nosotros, cuyo objetivo es asentar sobre una base indestructible el amplio y bienhechor principio de la libertad integral, que no queremos contribuir á levantar un nuevo régimen mecánico y servil, debemos ser más previsores, más lógicos y más consecuentes.

Hasta las mismas condiciones en que se efectúa la propaganda en los diversos países oblíganos á una gran variación del modo de estudiar, discutir y propagar las cuestiones. Las luchas que se sostienen en Inglaterra son bien diferentes de las que se sostienen en España; nuestra labor en América, aún siendo en el fondo la misma que en las demás partes, no puede efectuarse con los mismos medios que se emplean, por ejemplo, en Italia. Los principios son los mismos en todas partes, únicamente cambia la táctica. Por esto os hablaré únicamente desde mi particular punto de vista de compañero americano; ignorando las condiciones exactas que determinan vuestra propaganda; pero estando al corriente de las que determinan la nuestra, solo puedo hablar con verdadero conocimiento de causa de aquello que más nos interesa. De todos modos puedo añadir que no hay país del mundo donde no puedan aplicarse las ideas que someto al Congreso.

El principio anarquista eleva el individuo, el yo; combate la autoridad bajo todos sus aspectos, hace la guerra á todas las costumbres irracionales, á todo lo que dificulta la libre expansión de la naturaleza humana; no admite la subordinación, la dependencia de un solo ser humano en ninguna de las condiciones de la vida. No combatimos la tiranía económica sin combatir al mismo tiempo el despotismo político; del mismo modo no podemos combatir la servidumbre política aprobando la tiranía doméstica. Nuestra obra no sería completa si un solo individuo ejerciera un derecho de propiedad, de posesión, ó de fiscalización sobre un semejante suyo.

He aquí porque la cuestión de los sexos es una cuestión vital. Se mezcla en todos nuestros intereses y penetra en toda nuestra vida. La servidumbre sexual y la superstición religiosa son hermanas gemelas; ambas son los más fuertes puntales de la opresión política y económica. Las relaciones sexuales no cons-

tituyen un fenómeno temporal; están en la base de toda vida orgánica. Principio universal de vida en la naturaleza, el porvenir entero de la raza y sus futuros destinos dependen enteramente de la solución que se dé á esta importante cuestión de los sexos. No concibo haya compañeros que arrinconen esta cuestión á último término interesándonos tan directamente; menos comprendo aún que se titubee en aplicar á esta cuestión primordial estos grandes principios de libertad que aplicamos á otras cuestiones. Hace tiempo que los anarquistas abandonaron el empleo de los términos «deber» y «obligación.» Tanta confianza tenemos en la naturaleza humana que no vacilamos en confiar las vastas y múltiples operaciones—individuales y sociales—de una sociedad emancipada á la libre y espontánea asociación de los miembros que la compongan. Estamos persuadidos que todo se hará mejor bajo el amparo de la libertad más completa; que la discordia y falta de armonía desaparecerán con el uso de aquella libertad. Y si tanta confianza tenemos ¿por qué tememos aplicar en nuestras relaciones íntimas los principios cuya adopción recomendamos en los demás órdenes de la vida?

Que se examine la cuestión honrada y razonablemente apartándose de toda prevención y perjuicio. ¿Puede un sincero anarquista proclamar la emancipación del entero género humano al mismo tiempo que se reserva el derecho de fiscalizar los actos de su mujer ó de su amante? El deseo de poseer ó fiscalizar, ¿es, acaso, una prueba de amor? ¿son los celos una virtud? ¿sería la libertad un bien en todos los casos excepto en el amor? ¿Mujeres esclavas, podrán procrear jamás hombres y mujeres libres? ¿Es que un hogar en que se introduzca el *deber* y la *obediencia* podrá aumentar el espíritu de independencia y el amor á la libertad? ¿No habrá que buscar en esta servidumbre la clave de tantos hijos de anarquistas que en lugar de pensar como sus padres piensan á lo conservador?

El amor es por su naturaleza un sentimiento espontáneo y cualquier tentativa para reglamentarlo será inútil. El amor no nace de la voluntad, tampoco desaparece cuando uno lo desea. Unicamente puede contrariarse la manifestación exterior del amor, pero sufriendo las desastrosas consecuencias de esta contrariedad. La libertad en el amor no quiere decir orgía. Precisamente cuando el «deber» ocupa el lugar del amor se pierden todas las emociones más agradables y tiernas de la vida sexual. En esta vida rutinaria del amor reglamentado surge la verdadera desmoralización, no en la vida amorosa libre y emancipada. Sea el amor vuestra única guía, no hagáis nunca nada que no sea espontáneo y conoceréis los goces del paraíso hijo de un afecto mútuo. Todo lo que pedimos en esta cuestión á los anarquistas es que se porten como á tales. El matrimonio, tanto bajo su aspecto legal, ya de por sí bastante repugnante, como en sus formas esenciales de contrato, promesa, obligación, subordinación y posesión, es una fuente de males y de maldiciones. Un marido anarquista es un ser tan ilógico como un juez anarquista. Ejercer la menor fiscalización sobre la vida de otro sér repugna á toda idea, á toda concepción anarquista, y mucho más repugnante ha de ser esta fiscalización si se ejerce en nombre del amor. Singular modo de ser anarquista tendría el que impidiera á un hombre ó á una mujer la entera y libre disposición de su cuerpo.

Si la libertad en amor tuviera que tener por corolario el desorden y la orgía, del mismo modo la libertad acarrearía la ruina y la miseria en los demás órdenes de la vida. No hay argumento alguno contrario á la libertad del amor que al propio tiempo no lo sea contra la anarquía. Tan ilógico sería en un caso como en el otro. Os tendréis que decidir por la anarquía ó por la preocupación última que viva aún en vosotros; fiaros enteramente en la libertad ó no tener en ésta ninguna confianza. La libertad es ó no es, no hay término medio. Si el principio es verdad sus aplicaciones serán buenas; si es malo serán falsas las bases de nuestras concepciones anarquistas.

El único argumento que con alguna apariencia de razón puede presentarse

contra la libertad en las relaciones sexuales, es que esta libertad no es posible en las actuales condiciones económicas. A esto puede responderse que únicamente los hombres y las mujeres liberales que tengan suficiente energía para serlo en todos los casos podrán modificar estas desastrosas condiciones económicas. Una falta de lógica no impedirá que el progreso se efectue. ¿No combatimos la superstición religiosa que protegen estas mismas condiciones económicas? ¿Por qué, pues, no podemos combatir la superstición sexual? Preguntaos más bien á vosotros mismos si os disculpáis con estas condiciones económicas para ocultaros vuestra falta de lógica, ya que no me atrevo á decir el abandono de vuestros principios anarquistas. No podemos tener hoy una libertad entera, absoluta, del mismo modo que no poseeremos nunca un conocimiento entero de la verdad. ¿Basta esto para decir que no tenemos libertad, que no poseemos alguna verdad? ¿Es que la evolución, ley fundamental del universo, no está en eterno estado de formación y desarrollo? Si las condiciones económicas imponen un límite á la expresión de nuestra vida sexual, como lo imponen en todo lo demás, debemos en nuestra calidad de hombres y mujeres libres no someternos á estas condiciones y trabajar para que desaparezcan. Ya que en todo se nos niega la libertad, afirmemos nuestro entero derecho igualmente á todo. De este modo nuestra afirmación no será letra muerta y contribuiremos á que esté más próximo el porvenir que deseamos.

Estoy convencido de que una propaganda contínua, vigorosa, enérgica, de las ideas que preceden sería útil al progreso natural, aportándonos más ventajas que molestias, pues haría venir á nuestro lado millares de personas afectadas directamente en su existencia por esta cuestión, y que al encontrarse conque la anarquía les desembaraza el camino que conduce á la libertad de las relaciones de los sexos verían la superioridad del ideal anarquista en todas las demás condiciones de la vida. Si se me permite citarme como ejemplo, diré que este fué el primer punto de partida de mi desenvolvimiento y progreso en las ideas. Muchísimos se hallan ó se hallarían en idéntico caso. Nuestros mismos adversarios nos respetan porque ven cuán firmes, convencidos y lógicos somos. En el mundo conservador, especialmente en el dominio del arte y de la literatura, desaparecen ya rápidamente las preocupaciones sexuales y las mentiras convencionales ceden el lugar á una franca realidad. ¿Es que los anarquistas vamos á quedarnos rezagados? Los tiempos de reacción han pasado; vayamos adelante en todas direcciones. Si no son los anarquistas ¿quién enseñará el camino?

Desde el punto de vista *práctico* hallamos que la «preocupación» sexual ha sido siempre una causa de discordias, desórdenes y desorganización en todas las colonias y empresas cooperativas que se han ensayado. En los Estados Unidos tenemos docenas de casos en que esta preocupación ha hecho fracasar las tentativas. El bellísimo ejemplo de armonía y de concordia que ofrece la colonia de Home, en el Estado de Washington, es debido al hecho de que la libertad más completa en las relaciones sexuales ha sido reconocida y practicada sin obstáculos. A despecho de las dificultades numerosas de orden económico, he hallado en esta colonia mucha más felicidad, felicidad real, verdadera, sin mezcla, que en las demás comunidades donde no prevalecen los principios de libertad.

Este ejemplo puede aleccionar á los compañeros y estimularles en la tarea de extirpar por completo toda autoridad.

James F. Morton Jr.

El Feminismo.—La coeducación de los sexos

El feminismo es uno de los problemas más arduos é importantes, la verdadera clave de la cuestión social. Los acuerdos del Congreso femenino son paliativos benignos, pero importa de todos modos hacer resaltar esta manifestación á fin de mostrar la parte principal que la mujer está en vías de reivindicar. Fuerte de sus derechos y de su razón emprende ya la batalla contra los errores y preocupaciones. La Unión Sindical del Bronce cree que los trabajadores han descuidado demasiado tiempo esta cuestión y que es demasiado importante el papel que la mujer desempeña en la educación para que continuemos descuidándola. Hay que alzar bandera en pro de la emancipación femenina, combatir la odiosa explotación de la mujer por el hombre. Este es impotente, sin auxilio de la mujer, para hacer triunfar la Revolución.

En el camino del progreso es necesario al hombre el corazón y el cerebro de la mujer. Unidos deben marchar. Ayudándose mutuamente, secundándose y prestándose recíproco apoyo, podrán disipar los errores y los embustes que dificultan la marcha hacia una sociedad armónica.

Es tiempo de darse cuenta del papel importante que la mujer ha representado en la historia y de su enorme influencia en ciertos hechos sociales. Tan pronto reflexivas como apasionadas, se las ha visto en los días aciagos de la historia aportar su valioso apoyo, sea á los revolucionarios, siempre que estos supieron atraérselas, sea á la causa contraria contribuyendo al mantenimiento de la esclavitud. Desempeñaron importante papel en la Revolución, en las jornadas de Versalles, en 5 y 6 Octubre, el entusiasmo que desplegaron en pro de la causa revolucionaria y su influencia en los clubs, son hechos que importa conocer y tener en cuenta.

¿Acaso Mme. Roland, Theroigne de Mericourt y muchas otras no ejercieron una influencia revolucionaria, por lo menos igual á la de ciertos convencionalistas que no podían mirar sin sonrojarse á estas mujeres cuando la gran cuestión de Maximum se precipitaban á las puertas de las panaderías para asegurar su derecho á la existencia? ¿No fueron ellas las que animaban á sus esposos é hijos para que murieran antes que renegar de la Revolución? Verdad es que estas mismas heroínas revolucionarias marcharon después detrás de las huellas de un Bonaparte asesino y monedero falso. ¿Pero quién tenía la culpa de esto sino la falta de educación social en que se las dejó? No podemos ser exigentes con las mujeres de aquella época.

Pero hoy que ha pasado un siglo, ¿qué espectáculo presenciamos? La marcha de los jóvenes soldados al Tonkin, á Madagascar y demás colonias, en lugar de hacer vibrar de indignación el corazón de las madres, se efectúa como si nada doloroso significara para ellas, casi con orgullo entregan sus hijos al Molok militar.

Hay que reaccionar contra semejante estado de alma y sustraer á las mujeres de la influencia perversa é ignominiosa del cura. A cualquier precio hay que quitarles del cerebro las nociones religiosas que tan especialmente incrustadas están en el de las mujeres de la Bretaña y de la Auvernia. Sería obra de educación y de higiene.

Cuando las mujeres comprendan lo feo é innoble que pulula en nuestra sociedad, cuando se den cuenta de la necesidad de trabajar para obtener mayor bienestar y libertad, aquel día estaremos más cerca de la victoria.

Considerad que la mujer tiene en sus manos la educación de los hijos. En

aquella edad en que el cerebro es moldeable y sufre la presión de las ideas que rodéanle, es pernicioso que la mujer esclava del cura inculque á sus hijos los mismos errores y los mismos prejuicios que ella tiene; mientras que en el caso contrario prepararía una generación de hombres libres que no tardarían en reivindicar su derecho á la felicidad y á la vida. Esta misión grandiosa y difícil de la emancipación de la mujer nos pertenece efectuarla seriamente nosotros. De este modo no chocaremos en nuestros hogares contra el eterno obstáculo de la mujer que nos arrebata parte de nuestras energías y actividades en nuestra lucha contra la actual sociedad burguesa, y evitaremos, además, á nuestros hijos el contacto pernicioso de falsas ideas.

Para combatir el estado de alma de la actual mujer solamente hay un medio: difundir entre las mujeres la verdad por medio de folletos, conferencias y demás. Atraigamos la mujer, que forme parte de los sindicatos y no descuidemos ninguna ocasión que se nos presente para ayudarla á que se emancipe. Nuestra Unión no lo ha descuidado. No hace mucho dió conferencias sobre la educación cívica de la mujer en presencia de gran número de ellas.

Cuando hablamos de la emancipación de la mujer no pretendemos que ésta luche para obtener el derecho al voto, el derecho á ser abogado, ocupar un empleo público, etc. Nos parecen estúpidos é ilusorios estos derechos, tanto para el hombre como para la mujer. Podrá ofrecer alguna ventaja á la dama aristocrática, pero ningún resultado ó progreso aportan á la mujer del pueblo estos derechos políticos reivindicados por ciertos feministas.

Lo que urge, es quitar del cerebro de las mujeres las preocupaciones que oscurecen su lógica, elevarla á la dignidad, residencia del amor, á la libertad; ella misma ocupará enseguida el primer lugar entre las filas proletarias. Emancipemos al sér humano, sea hombre ó mujer, y en estos términos quedará completada la cuestión; el hombre y la mujer estarán unidos por los lazos de la razón y confortados por los del amor y gravitando de revolución en revolución irán incesantemente marchando hacia el ideal del Porvenir.

Esta obra de educación deben efectuarla los sindicatos y los círculos de estudios. Anticipándonos creemos haber dado el ejemplo.

No cerraremos esta Memoria sin decir dos palabras sobre la coeducación de los sexos que constituye uno de los puntos esenciales de nuestras ideas. Todo el mundo se acordará de la tentativa de Pablo Robin con su colegio de Cempuis. Habiendo comprendido dicho camarada que la reunión constante de los dos sexos y la equivalencia de sus funciones sociales significa el porvenir hacia el cual marchamos á grandes pasos, intentó poner en práctica sus ideas.

A pesar del fracaso momentáneo debido á los manejos de los jesuítas y de los clericales, Robin tenía razón, y todo nos hace presagiar que se harán nuevos ensayos de este género de coeducación.

El clericalismo es muy pujante y aun en las escuelas laicas su influencia es enorme. El niño crece lejos de los seres y de las influencias normales que más tarde encontrará en la vida. Ignorando la mayor parte de las cosas, su imaginación está torturada; vive de sus sueños y no de realidades. Las ventajas de la educación en común son incontestables. El Congreso de la Enseñanza libre (1889) la adoptó.

Este método se aplica ya en Inglaterra y en América y los resultados son excelentes, demostrando que no tiene los inconvenientes que se le atribuían y que es un poderoso estimulante del desarrollo de las inteligencias, de los estudios y de la moralidad. Armoniza la educación de hombres y mujeres y forja la unidad de la familia.

En vez de contentarnos con la enseñanza oficial propaguemos la enseñanza integral y racional. De esta modo iremos preparando una sociedad compuesta de individuos conscientes cuyas relaciones serán armónicas.

El problema social pertenece, en su parte educativa, á estas dos cuestiones

primordiales; emancipación de la mujer y coeducación de los sexos. Que todos los que trabajan para la regeneración social unan sus esfuerzos á los nuestros y el objetivo será bien pronto una realidad.

Los delegados de la Unión del Bronce

ALBERT HENRY.—GAVRY

La cuestión de los sexos

El progreso de las ideas modernas que se extiende poco á poco en todos los países, que se filtra lentamente en los cerebros capaces de recibir impresiones nuevas, amenaza destruir, no únicamente los cimientos de todo gobierno, hasta los viejos ideales y las viejas concepciones ascéticas de la antigua moralidad. Entre estas últimas la cuestión sexual es una de las principales cuya solución busca la humanidad contemporánea. En efecto, comienza á comprenderse que la libertad sexual forma parte de la libertad general, que toda restricción de la libertad, en el dominio que fuere, debe necesariamente tener por consecuencia una forma cualquiera de servidumbre y de degradación.

La libertad en todas las cosas, libertad de vivir y libertad de amar; tal ha de ser la consigna de los anarquistas. La cuestión sexual no puede ser pasada en silencio, puesto que en la reconstrucción de una sociedad libre, no puede quedar un lugar siquiera de donde la libertad esté excluída. Hay compañeros que nos dicen que cuando los hombres estén emancipados económicamente podrán arreglar y regular en completa libertad sus relaciones sexuales.

Esto es un grave error. Basta observar lo que pasa en las clases ricas que no encuentran ningún obstáculo para satisfacer todos sus caprichos para apercibirse enseguida de que la servidumbre sexual existe en ellas lo mismo que en las demás clases de la sociedad. No se llegará á tener una concepción racional de la moralidad sexual hasta que se emplee el único medio que nos ha conducido á las demás concepciones nuestras. Este medio es el estudio, y luego la agitación y la propaganda de la nueva idea. Removiendo todas las cuestiones el hombre piensa, discute y obra. Sin agitación es imposible el progreso y el avance de las ideas, pues la masa del pueblo es poco propensa á abandonar los usos y costumbres viejas. Con la repetición constante, continua, de las ideas nuevas, la masa concluye adoptando primero una actitud tolerante que á la larga se cambia en aceptación definitiva y práctica. Basta que nos examinemos á nosotros mismos para reconocer enseguida lo que debemos á los «agitadores,» á los propagandistas. Si no hubiésemos escuchado alguna vez las que suponíamos «voces hablando al desierto, voces que luego nos dieron fuerza, energía y esperanza, muchos de nosotros no militaríamos donde militamos. Pocos son los que por un solo esfuerzo abandonaron los senderos batidos por sus antepasados remotos.

Es, pues, urgente que nuestros amigos propaguen audazmente el principio de la libertad sexual. La sacrosanta institución matrimonial defendida por un código de moral sexual que deshonra es la más sólida fortaleza del Estado. Matrimonio y esclavitud es una misma cosa; las partes contratantes reciben de manos del Estado un título de posesión de sus cuerpos, título valedero hasta la muerte de uno ó hasta que lo anule el divorcio, según los países. Todos los amantes de la libertad integral saben esto desde hace tiempo, y, sin embargo, cuando hombres y mujeres se niegan á que el Estado intervenga en la regla-

mentación de sus afectos naturales, no logran por completo, con este acto de relativa independencia, preservarse de todo atentado á su libertad personal. ¿Por qué las *uniones libres*—libres de toda ingerencia del Estado y de la Iglesia —son á menudo uniones serviles como todas las demás? Simplemente, porque los hombres no saben separar la idea de *posesión* de la idea del *amor;* se figuran siempre que *amar* implica el *derecho de poseer*, hasta cuando el amor es recíproco. Para ejercer este derecho el hombre se hace toda clase de promesas; para conservar este amor y preservarlo de los sedicentes, terribles resultados de la libertad, se ponen en práctica todos los medios. Gran locura esta, cuando en todas partes vemos víctimas de una falsa moralidad, manifestándose en la orgía lícita y la prostitución de un lado, y por otro con la necesidad sexual insatisfecha. Muchos, entre los más nobles y los mejores, mueren gradualmente, poco á poco, por no haber podido unirse libremente, naturalmente, según su fantasía. Por miedo á ser «inmorales» sacrifican una necesidad natural, una función normal de su ser, cuyo ejercicio es absolutamente necesario á su desarrollo regular, á su felicidad y á su salud.

Ya que esta moral artificial está en contradicción con las necesidades de la naturaleza humana, ya que los obstáculos á las libres relaciones sexuales son la fuente de tanta miseria y crímenes de toda clase, inútiles de enumerar porque son conocidos de todos, es necesario que todos los que verdaderamente amen la libertad y el bienestar de sus semejantes declaren la guerra, franca y abiertamente, á este despreciable código de moralidad nacido en los cerebros atrofiados de religiosos fanáticos que llegan hasta la mutilación de su propio cuerpo para escapar al pretendido *pecado* del placer sexual.

¿Por qué hemos de tener miedo á ser inmorales á los ojos de las reglas de «moralidad» que hoy prevalecen? No hace muchos años que aún era inmoral poner en duda el derecho divino de los reyes á la divina inspiración de las sacras Escrituras. A los heróicos propagandistas de las pasadas épocas que persistieron en sus «inmoralidades» debemos la emancipación de estas formas de servidumbre mental. ¿Han de tener los reformadores actuales el estudio y resolución del problema de los sexos por miedo á los anatemas de los modernos moralistas al uso? De ningún modo.

Verdad que el tema es difícil de tratar debido á la idea que de él se forma mucha gente que piensa que todo lo que se relaciona con las funciones sexuales es por naturaleza vil y degradante. Precisamente es tanto más necesario, es tanto más urgente discutirlo cuanto esta falsa idea está más arraigada en los cerebros. Si esta discusión puede chocar y contrariar de momento las ideas recibidas, no hay duda que luego vendrá una reacción saludable después de esta primera impresión y conducirá á los individuos á sacar por conclusión que no está fuera de lugar ocuparse de las funciones de los órganos sexuales, como no está fuera de lugar estudiar las funciones del corazón.

Todo hombre honrado sabe que si hay en el mundo institución que merezca atacarse y destruirse esta institución es la matrimonial; que si hay una noción cruel y bárbara que deba desaparecer es la concepción moderna de la «moralidad.» Mientras el Estado y la Iglesia continuen ejerciendo una intervención, sea en la forma y grado que fuere, en los deseos y pasiones resultantes del apetito sexual, su dominio continuará existiendo. Los gobiernos y las iglesias no lo ignoran; por esto cuando critican la libertad absoluta del amor dicen que la realización práctica de esta concepción nos conduciría á la destrucción de la familia y que todo lo que tienda á destruirla es una amenaza directa contra la existencia del Estado. Cuando los enemigos de la libertad exponen de tal modo el lado débil de su existencia, bien pueden saber los anarquistas por donde deben comenzar los ataques.

Los que creen que la libertad sexual destruiría su ideal monógamo, demuestran con su temor que su ideal está basado en la servidumbre y no en los natu-

rales impulsos del corazón humano. ¿Por qué temer? ¿Es que la libertad puede destruir una sola ley del universo? ¿Es que puede cambiar la ley de atracción y de repulsión, que existe en toda la naturaleza, desde el átomo hasta las formas más elevadas de la vida? Si la libertad conduce al cambio, á la variación, en las relaciones de los sexos, la prueba habrá demostrado que la libertad es la base misma de las leyes naturales que gobiernan á los afectos humanos.

Un anarquista americano de los más eminentes declaró no hace mucho que todo hombre y mujer son en el fondo de su corazón partidarios convencidos del cambio, de la variación en las relaciones sexuales. Sea lo que fuere, opino que solamente hay un remedio al mal social: *la libertad absoluta en el amor*. Con la libertad cada miembro de la sociedad regulará sus relaciones amorosas de acuerdo con su temperamento, sin temor á Dios, al gobierno ó á la policía. Con la libertad ninguna madre abandonará ó destruirá á su hijo porque haya venido al mundo sin permiso de esta inícua y malhadada trinidad. Esperemos asimismo que la odiosa enfermedad de los celos esté vencida cuando se comprenda que el amor no implica la posesión de la persona amada. Cuando los amantes sepan que no tienen ningún derecho de propiedad sobre el ser de su afecto, los celos serán un absurdo.

Actualmente el ideal de los amantes es un ser que únicamente debe corresponder á su exclusivo afecto. ¿Hay egoísmo más repugnante que éste, ultraje más monstruoso á la naturaleza humana? Por esto en las diversas cuestiones que levanta el problema de los sexos, el anarquista se sorprende de oir á personas esclarecidas aferradas á tan irracionales ideas. Estudiemos, pues, y propaguemos nuestros puntos de vista en esta materia, disipemos la superstición sexual al compás de las demás supersticiones, para que en porvenir próximo podamos saludar al advenimiento del reinado de la libertad en el amor.

KATE AUSTIN

La libertad de los sexos

A tenor de la proposición que se hizo á los que no pudieran asistir al Congreso para que expusieran sus ideas por escrito sobre uno de los puntos de esta gran cuestión: *La libertad humana*, someto las mías referentes á las relaciones mútuas de los sexos.

Queremos nosotros la libertad y la armonía. Para obtener la libertad debemos aprender á no mezclarnos en los asuntos de los demás y destruir todas las instituciones inútiles, y de todas la más poderosa, la más despiadada y asesina, es ciertamente el Estado político. Estad seguros de que considero el Estado industrial preconizado por los socialistas estadistas del mismo modo que considero al Estado político con su inmenso poder de reglamentación de todos los asuntos industriales. El Estado no es, de todos modos, el único obstáculo que se opone á la libertad. A pesar de todas las ventajas que ofrece para atraerse á los seres irreflexivos que le sirven, el Estado no es más, después de todo, que una cosa bien débil si le faltaren los huesos, los nervios y los cerebros de los obreros. Pero mientras tanto la libertad es un sueño del porvenir y el Estado una realidad.

A muchos de los nuestros paréceles muy delicada la cuestión de los sexos, y, sin embargo, mientras no hayamos aprendido á ser tan libres en materia sexual como lo somos al cambiar el saludo, la libertad y la armonía no existirán entre

nosotros. La armonía nace de la asociación libre donde reina la concordia y donde no hay armonía surge la manía de gobernar y de inmiscuirse en los asuntos del prójimo, y surge inevitable y expontáneamente, como la hierba en suelo fértil.

Si el pan fuese la libertad y la libertad el pan, como se ha dicho varias veces, podríamos dejar á la sociedad futura el cuidado de arreglar la cuestión de los sexos, pero la libertad económica por sí sola es incapaz de resolverla. Mientras reclaméis, queridos compañeros, el derecho de posesión de uno de los sexos, ó mientras desviéis á los demás del camino que les pareció bien seguir en esta materia, la discordia se deslizará entre nosotros y se manifestará inevitablemente por medio de actos agresivos y de dominio.

Malísima sociedad anarquista sería la que, una vez abolido el Estado político y suprimido el monopolio de la tierra y de las máquinas y asegurada en definitiva la libertad económica, albergara en su seno el feo mónstruo de los celos que empujaría á los hombres á los peores actos de violencia.

¿Deberemos, pues, esperar á que la Revolución nos emancipe de este vicio y dejar en libertad completa á los que en esta cuestión obran sin nuestro consentimiento? Evidentemente no.

Sé que muchos compañeros del sud, de sangre hirviente, dicen que nos es fácil á los americanos poco sentimentales hablar de la libertad de los sexos; que al hombre meridional con sus fogosas pasiones y amor perseverante no le es tan fácil sacudir la costumbre atávica ni sufrir que el sér amado acepte las caricias de otro. Sea como fuere existe el hecho de que la libertad plena y completa tal como la deseamos los anarquistas, será imposible mientras una mitad de la población persista en imponerse á la otra mitad. No sería un estado de anarquía y de libertad aquel en que uno de los sexos ejerciera una influencia sobre el otro.

Si se admite que ni el Estado ni el individuo tienen derecho á meterse en las relaciones sexuales de los demás, á no ser que su acción esté solicitada ó agrade á una de las partes interesadas, importa que cada uno haga de modo que la libertad en materia sexual reine por doquier.

¿Cuántos de los aquí reunidos deseosos de extirpar la enfermedad de los celos, estarán dispuestos á proclamar la libertad del amor?

Feliz el día en que el amor sea quien guie únicamente nuestra unión, en que ningún pensamiento de «tuyo» y «mío» destroze la armonía de la asociación, en que cada individuo sea una entidad libre, autónoma, uniéndose ó separándose de los demás á voluntad, en que nadie sueñe en contrariar á su vecino.

Henry Addis

Los anarquistas comunistas y la mujer

Unos cuantos compañeros tienen la intención de dilucidar en el Congreso obrero revolucionario internacional varias cuestiones relacionadas con la mujer y con la familia. Conceden á estas cuestiones dichos compañeros, una importancia grandísima, tanto, que consagran casi exclusivamente todos sus esfuerzos á la obra de propagar sus ideas en esta materia y parece que desdeñan toda otra propaganda.

Lejos estamos nosotros de ser exclusivistas. Tentados estuvimos de abstenernos de formular una memoria sobre el particular creyendo que la mayor parte de las cuestiones están ya ventiladas. No tenemos la costumbre de hacer

«distinción de sexo, de raza ó de nacionalidad» y poco más ó menos todo lo que ha podido establecerse para el hombre y para el obrero puede aplicarse generalmente á la mujer y á la obrera.

No es menos verdad que en el curso de nuestras acción y agitación hay algunas circunstancias en que nos encontramos con cuestiones de esta naturaleza. La mayor parte de los propagandistas, por ejemplo, no cesan de lamentarse del obstáculo que la mujer, como tal, opone á la propaganda. Ella es quien dificulta la acción del marido y de los hijos, la que los retiene á su lado por medios muy diversos, la que pudiendo ejercer su influencia diariamente y en todos los momentos, acaba por hacer triunfar su tendencia reaccionaria y egoísta y convierte al compañero de su vida en un revolucionario *in partibus*, tímido, pusilámine y casero. Además, en ciertas ramas de la industria, á consecuencia del desarrollo de la maquinaria al propio tiempo que á consecuencia de ciertas aptitudes naturales adquiridas, la mujer suministra al capitalista su fuerza de trabajo al lado de los proletarios masculinos y en ciertos casos hasta los excluye. Por esto los sindicatos y los congresos corporativos han tenido que ocuparse cada día con mayor preferencia de la presencia de la mujer en el mercado del trabajo y regular, mejor ó peor, los numerosos conflictos que ocasiona: desigualdad de los salarios, exceso de brazos disponibles, etc. En fin, las ideas vertidas por ciertos propagandistas, los acuerdos de ciertos sindicatos, las resoluciones de algunos congresos obreros ó socialistas, nos han causado vivo pesar y nos parecen en completa contradicción con nuestro punto de vista, con nuestros principios. ¿Acaso no hemos visto, por ejemplo, considerar la familia como si fuese un todo indivisible, como una especie de átomo social del que únicamente el hombre sería el inmediato representante?

Se quisiera hacer de la mujer un sér especial, domésticamente esclavo en el sentido estricto de la palabra. Nada como esto que nos parezca tan reaccionario y contrario al principio comunista.

Recordemos, tanto para hacer memoria, las extrañas aberraciones á que se han dejado arrastrar algunos revolucionarios simplicistas que han creído poder regular con facilidad las cuestiones más complejas que nacen de las relaciones del hombre y de la mujer. Contentos de partir de principios individualistas ó científicos, llegan á las conclusiones más desastrosas, á algo así como la promiscuidad primitiva, al «sexualismo,» al amor «amorfo.»

Sin darles más importancia de la que conviene, pensamos que, por las razones precedentemente expuestas, puede ser útil explicarse sobre el particular entre camaradas. Si nuestra memoria contribuye á esclarecer ciertas ideas, ó simplemente demostrar que ciertas dificultades son menos fácil de resolver de lo que generalmente se cree, nuestro trabajo no habrá sido inútil.

Primeramente nos ocuparemos de las teorías que conciben como absolutamente necesario una división del trabajo en la familia é intentaremos demostrar que son tan impracticables como reaccionarias.

Coloquémonos por un momento en el punto de vista práctico actual.

No se puede negar que querer prohibir el trabajo á las mujeres que tengan marido presenta grandes dificultades prácticas. El empleo de la mujer y aun del adolescente en la industria emana directamente del modo de producción burguesa.

Para poder funcionar la grande industria en escala creciente, debe tener siempre bajo su mano un ejército industrial de reserva capaz de hacer frente á las dilataciones y contracciones bruscas de la producción, las cuales son uno de los fenómenos que acompañan necesariamente el actual orden industrial. El acceso de la mujer y del niño en los trabajos industriales produce asimismo un exceso de población relativa, resultado directo del maquinismo. Este exceso es absotutamente indispensable. Querer restringuirlo, ya que no suprimirlo, es querer atacar las condiciones mismas de la producción industrial actual. Esta

tentativa es atrevida y acaso no tiene probabilidad ninguna de éxito y ha de fracasar.

Veamas ahora sí, desde el punto de vista comunista anarquista, no hay motivos serios de protesta contra semejante actitud. Para esto nos es necesario exponer brevemente lo que entendemos por comunismo anarquista. (1)

Para nosotros el comunismo anarquista es, ante todo, un sistema social que tiende á satisfacer las necesidades primeras del individuo, necesidades de nutrición. El sistema social debe, según nuestro modo de ver, estar fundado sobre la comunidad de medios de producción y tener por conclusión directa la comunidad de los objetos de consumo.

Pero no puede limitarse á este resultado, y una vez obtenida esta satisfacción, hay que tener en consideración otras necesidades, (necesidades de actividad, sociales y morales.)

Entonces el comunismo tiene por complemento obligado el anarquismo para la vida social, y una especie de moral sin sanción ni obligación exteriores que regule las relaciones de diferente género que unen á los hombres. El anarquismo y la moral anarquista permiten de este modo la satisfacción de estas nuevas necesidades.

Se vé, pues, que el comunismo anarquista comprende, por de pronto, la necesidad de la supresión social de los obstáculos que se oponen á estas necesidades en general, y al mismo tiempo un sistema de vida en sociedad que tiende á satisfacerlas armónicamente. Este sistema de vida social implica, pues, una reciprocidad y una solidaridad tan perfectas como sea posibles.

Para mayor claridad abordaremos nuestra crítica colocándonos sobre el terreno fundamental, desde el punto de vista comunista; luego hablaremos de las cuestiones complementarias.

El principio sobre el cual se basan nuestros contradictores, es la poco nueva opinión que la familia es un todo indivisible, el átomo social. El grupo familia es una curva cerrada y solamente comunícase con la sociedad por medio de uno de sus miembros, el hombre, su representante inmediato.

Hay que darse cuenta del carácter exclusivista y unilateral de esta opinión que coloca al hombre como esencial en la familia, en la cual, los demás miembros no son más que prolongaciones. El hombre es el centro de todo el grupo.

No hay que olvidar cuán reaccionaria es esta idea y lo remota que es en el curso de la evolución. Es el mismo principio que sostenía la familia antigua, que soporta la familia oriental, es la base de la familia cristiana.

Tampoco hay que olvidar cuando se la defiende que se hace de la mujer no tan solo un ser socialmente especial, sino también un ser domésticamente esclavo en el estricto sentido de la palabra. En efecto, la esclavitud está marcada por la dependencia en que se encuentra un individuo en frente de otro que lo posee por completo por el hecho de asegurarle la subsistencia por un tiempo determinado: uno manteniendo al otro para sacarle alguna utilidad ó satisfacción; el otro no teniendo siquiera la libertad temporal y debiéndole la existencia de todos sus instantes.

Bastan estas cortas reflexiones para darse cuenta de cuanto estas ideas están en contradicción con el principio comunista

Hasta el presente el comunismo se había concebido como igualmente posible para todos, hombres, mujeres y niños, todos teniendo las mismas posibilidades, los mismos poderes. De la cuestión del sexo no se hacía referencia, ni de la familia, ya que el comunismo satisfacía estas primeras necesidades de la

---

(1) Los compañeros que deseen informarse más completamente sobre este punto pueden consultar el informe que presentamos á este mismo congreso: «comunismo y anarquismo,» así como la serie de folletos que el grupo ha publicado.

nutrición. Fundado sobre una igualdad de hecho, no de derecho, se limitaba á dar á cada uno, fuese el que fuese, la posibilidad de satisfacerse y vivir de modo relativamente independiente.

El principio comunista queda alterado, no tan sólo parcialmente si no se reconoce la igualdad á la mujer, sino totalmente si se la coloca bajo la dependencia del hombre.

Observemos que esta desviación impresa al principio comunista es perfectamente inútil en la práctica.

No se puede ignorar que el desarrollo del orden social ha producido el desarrollo correlativo, mecánico é inconsciente unas veces, otras voluntario y consciente, del empleo de la máquina. El maquinismo, que no puede detenerse en su progreso, suprime poco á poco todas las condiciones materiales ó morales que prohibían á la mujer el trabajo productivo en general. Poco á poco el menor esfuerzo se sustituye al mayor, sobre todo bajo el punto de vista muscular; y las profesiones donde no podía entrar la mujer disminuyen gradualmente. Esto no es un gran mal, puesto que el progreso realizado podría permitir la disminución de la masa relativa del trabajo efectuado, al propio tiempo que aumentando su masa absoluta. Nos parece, pues, reaccionario, es decir, poco conforme á la evolución industrial, querer ahora ó más tarde prohibir el trabajo productivo á la parte más numerosa de la humanidad, á las mujeres.

Lo que está aquí en litigio, es la cuestión de los salarios. Util nos parece detenernos en este punto. Por regla general el salario femenino es inferior al del hombre; es una regla consagrada por el uso, por las costumbres, hasta por ciertas agrupaciones obreras, por los cuerpos constituídos, municipalidad, administraciones públicas, etc. Lo más curioso es que ciertos espíritus avanzados, muy conocidos, y que creen trabajan de veras en pró de la mujer, no vean en esto sino una cosa muy legítima, porque, según ellos, el trabajo de la mujer es por naturaleza inferior al del hombre (1).

Es sabido que el salario representa el valor en dinero de la fuerza de trabajo efectuado. Este valor está constituído por el trabajo medio necesario á la producción y á la reproducción de la fuerza de trabajo. Como es esta última, y no el trabajo, la que se compra, de hecho, comprende esta fuerza, se compra el soporte de esta fuerza por toda la porción del individuo de que depende el trabajo activo. En el caso actual, se compra la mujer con sus capacidades y sus enfermedades. Dos casos hay que tener en cuenta: 1.º la cantidad de la fuerza de trabajo que se mide por el tiempo de trabajo; 2.º la calidad de esta fuerza que se traduce por la productividad más ó menos grande de este trabajo aplicado: se traduce por la intensidad del trabajo. Según que el trabajo sea más productivo (gracias á las máquinas ó á la destreza del obrero), ó más intenso (gracias á la mayor tensión del obrero), los efectos útiles son más considerables.

Hemos dicho que el precio del valor de la fuerza de trabajo de la mujer se mide por los costes de producción y reproducción. Respecto los costes de existencia son sensiblemente iguales á los del hombre y se traducen en gastos de nutrición, subsistencia y alimentación, vestidos, habitación, etc. Son aún sensiblemente iguales en establecimiento, aprendizaje. A no ser que se presuponga estupidez en la mujer, no hay hasta aquí diferencia. Lo mismo pasa por lo que se refiere al coste de reproducción.

Veamos ahora la cantidad de la fuerza de trabajo de la mujer. Respecto la duración del trabajo, es la misma, la equivalencia es sensible; podría hasta citarse ejemplos que prueban que la mujer puede ejecutar una jornada más larga de trabajo. Una cosa particular interviene: las interrupciones específicas que afectan la duración del trabajo de la mujer. Respecto las interrupciones especí-

---

(1) *L' amour libre*, Charles Albert.

ficas regulares que entran en los costes de producción del trabajo femenino, podrían ser de naturaleza capaz de cambiar el valor de esta fuerza de trabajo. Es justo añadir que estas interrupciones están sometidas á contracción según la naturaleza de los individuos, las condiciones de higiene, de trabajo. Respecto las interrupciones específicas irregulares (embarazo) tienen el mismo resultado bajo el punto de vista del salario, pero son también susceptibles de contracción; por las demás enfermedades, específicas ó no, es de creer que se establece una amplia compensación. Agreguemos que si se insiste demasiado sobre la inferioridad del trabajo y de las capacidades de la mujer, se comete un sofisma de abstracción poco recomendable. Si existen diferencias entre hombres y mujeres, obsérvase también entre los mismos hombres. Colocándose desde este punto de vista, sin querer uno se vuelve de la opinión de los que se apoyan en las inferioridades que pretenden haber observado entre las razas, los pueblos, etcétera, para fundar sus concepciones reaccionarias, bajas y repugnantes. Se parte del mismo punto que los antisemitas, los nacionalistas; principio que nada tiene de científico.

Consideremos ahora la fuerza de trabajo femenino referente á la productividad y la intensidad.

La producción depende de la fuerza muscular, y de la habilidad técnica. Respecto la fuerza muscular hemos visto como su necesidad desaparece cada día más con los progresos de la maquinaria; además, la fuerza muscular femenina no dejará de ir aumentando de modo relativamente proporcional á los progresos de la higiene. Así pues, á medida que la fuerza muscular se hace menos necesaria, la de la mujer puede ir en aumento ayudando á la habilidad técnica. Ya se reconoce á la mujer una gran habilidad en el manejo de estos aparatos delicados cuyo empleo, cada día más general, es una de las condiciones del desarrollo industrial. Numerosos ejemplos sacados de los oficios actualmente destinados á la mujer suministrarían pruebas de esta destreza (composición tipográfica, telares, hiladuras, manejo de bobinas, etc.). Respecto la intensidad se señala por una gran tensión nerviosa mejor que por un gran esfuerzo muscular, y según nuestros mismos contradictores, el elemento nervioso predomina más en la mujer que en el hombre. Notemos, además, que en una sociedad comunista, una de las primeras medidas que habría que tomarse, sería, precisamente, disminuir el carácter intensivo del trabajo, tan perjudicial á la salud moral y física del trabajador (1).

Según lo que hemos podido ver hasta el presente, el salario de la mujer debería ser, por lo tanto, por lo menos igual ó superior al del hombre.

Le es inferior. La explicación de este fenómeno que parece contradecir las tésis de la economía, es bastante simple. Es el hombre quien, gracias á la concepción de la familia como un todo indivisible, se ha encargado de proporcionar á la mujer que trabaja el complemento necesario.

El hombre es el representante legal y por costumbre del bloque familial. Se hace atribuir todos los gastos de mantenimiento, reproducción, etc., referente á los trabajos de la mujer como doméstica, como madre, como educadora y guardiana de los hijos. Lo mismo por los gastos de mantenimiento y educación de éstos. Estos gastos, en justicia, no tienen nada que ver con el hombre en la hipótesis de la igualdad comunista. La única justificación de este procedimiento de apropiación está contenida en los sistemas familiares desiguales que creen en la inferioridad específica de la mujer.

Esta tendencia no puede ir unida al comunismo, pero está sancionada por la ley en todos los países civilizados. Aplicada al comunismo ofrecería resultados curiosísimos.

---

(1) Creemos haber respondido lo suficiente al compañero Carlos Albert (*L' amour libre*, pág. 279).

Por de pronto ¿dónde estaría la libertad que tendría la mujer de expresar sus sentimientos y sus afecciones, puesto que continuaría debiendo su existencia á su marido? Mucho más fácil le sería acaso escapar de esta dependencia en la actual sociedad.

El lote de la mujer sería una especie de ociosidad más ó menos dorada que debería á su compañero de existencia. Esta posición privilegiada sería una especie de prima ofrecida á la mujer que se uniría á un hombre aún á despecho de sus sentimientos; sería una singular sociedad en que el hombre ofrecería á la mujer, no la igualdad de posición, sino una situación privilegiada en que la tentación estaría organizada sistemáticamente y formaría la base de las tiernas relaciones. La diferencia de naturaleza entre las dos posiciones de la mujer, ociosa si unida á un hombre, activa si no, ¿sería un buen medio para favorecer la libertad de su corazón y de su cuerpo? Sufriría, no solamente en sus afectos y en sus sentimientos, sino aun en su inteligencia, puesto que estaría obligada: ó á aceptar los sentimientos é ideas de su marido ó condenarse al trabajo obligado.

Si se pretende que el hombre estará bastante perfectamente educado para no ejercer su dominio sobre su compañera, tendremos que hacer observar que los anarquistas se han honrado siempre profesando la opinión de que es mejor no poner entre las manos siquiera del más perfecto medios seguros de dominación. Lo contrario les ha parecido siempre más prudente.

En cuanto á los revolucionarios, han creído asimismo hasta el presente que era necesario tomar los hombres tales como son y pensar que la transformación podría cumplirse mañana mismo, ya que no es necesario esperar á que sean ángeles para establecer el comunismo. En este sentido se oponen á los educadores. Han creído hasta ahora, que hay que ayudar al hombre actual á desembarazarse de las ataduras externas antes de esperar á que se haya educado y haya hecho su pequeña revolución moral.

Nos parece, por consiguiente, que de aquel modo nos colocaríamos en un punto de vista más general y que podría calificarse de caballeresco. Por de pronto parece diametralmente opuesto á la antigua concepción que podríamos llamar oriental, la mujer esclava de su marido. En realidad, la diferencia es aparente: se declara francamente que la mujer es un sér inferior, á penas una persona humana, un sér cuya vida, necesidades, sentimientos, no son nada en sí mismos y que sólo ha sido creada para la satisfacción de los hombres. Ninguna libertad se otorga á la mujer. Vive encerrada, trabajando en su hogar ocupándose de su tocado para distraerse.

La actividad de la mujer está reducida á una actividad especial y restringida (1). Colócasela en un gineceo, en un harem. Es la cosa, el objeto, la esclava del dueño, «el padre de familia.» Lo que sirve de base teórica á estos resultados prácticos, es la teoría de la inferioridad de la naturalesa de la mujer, doctrina sostenida hasta el Concilio de Constancio por los católicos (¿tienen alma las mujeres? preguntaban) y admitida actualmente por los mahometanos. La mancha original de la mujer justifica admirablemente la servidumbre en que se la ha mantenido, la mujer no es nada, ó nada tiene de común con el hombre, si éste la trata bien; es una gracia que le hace pero á la que no está obligado. Si la doctrina no hiciera de la mujer un sér todo especial, un monstruo, la práctica no haría de ella una esclava.

Desde el punto de vista occidental, caballeresco, parece del todo opuesto.

Vemos, al contrario, proclamar á la mujer como un sér superior; las ocupa-

---

(1) «La mujer está provista de una misión histórica é idealmente anterior á toda aglomeración social: ¡la procreación! ¡la educación primera del niño!» *(Amour libre,* página 289).

ciones que llenan la vida del hombre parecen indignas de ella; es un objeto de arte, un adorno, algo que se admira. Sitúase á la mujer en un pináculo; es la doctrina de la mujer joya. Anteriormente era un mónstruo, ahora es un ángel.

No obstante, los dos modos de ver están en oposición únicamente en apariencia. En este último se parte de la idea que la mujer es un sér débil, que tiene necesidad de protección, incapaz de bastarse á sí misma, de todo trabajo útil, y se la relega á los trabajos caseros. Querer absolutamente que haya trabajos específicamente femeninos (barrer, guisar, etc.,) es poner al hombre en una posición ridícula y poco estimable. Si estos trabajos son repugnantes ó fastidiosos, es un singular modo de honrar á la mujer, como se pretende, encargarla de efectuarlos, imponérselos con exclusión de todos los demás. Si no lo son, el hombre podría, pues, ejecutarlos. Acaso se pretenda que estos trabajos son el apogeo de la mujer porque su tipo físico, determinado por el sexo, se representa por un tipo emocional é intelectual... que la impulsará siempre á considerar como su «dominio de elección» estas diferentes operaciones. Pero ¿por qué llamarlas «amor, intimidad, dulzura»? Hay aquí seguramente abuso en el empleo de las palabras. Nuestro autor añade á ellas el altruísmo. Pensaría sin duda en el lavado, en el remendar de los calzoncillos, etc. Comprendemos que en estas cuestiones se prefiera mojar la pluma en los colores del arco iris y que repugne emplear términos bajos y vulgares. Pero conviene no exagerar.

Y sin embargo, nada tan frecuente y extendido como este punto de vista estético y ornamental. Tiene á su favor un mar de obras literarias, las preocupaciones, las costumbres que datan de la edad media; hasta á las mismas mujeres.

Todo esto podrá ser muy lindo, pero no quita que se coloque la mujer al nivel de un medio, de un objeto. Nada hay tan bajo y miserable, aún desde el punto de vista de los principios burgueses. Lo más bueno de todo es que el sistema caballeresco coincide con el sistema de esclavitud de los orientales. Unos miran la mujer como un sér inferior y la encierran en el harem; los otros la consideran como algo superior y la confinan á su hogar, á su interior, á su casita.

La alta opinión que se tiene de la mujer se traduce en que se la mantiene en estado de subordinación, que su existencia depende directamente de la buena voluntad de su marido. No queremos insistir más sobre el extraño carácter de la generosidad que los corazones caballerescos prodigan á la mujer, ni sobre la posición delicada en que esta generosidad coloca á la mujer. Prácticamente es de una bajeza indiscutible.

Lo más extraño es que esta doctrina ha sido sostenida por socialistas y anarquistas. Está en contradicción con sus principios.

Para poder transformar la mujer en un santito, en un ídolo, no se la permite disponer de su cuerpo, ya que sobre ella se ejerce la cohibición económica más directa, ni de su corazón y de sus sentimientos. ¿Cómo conciliar esta ociosidad impuesta á la mujer con la obligación necesaria, en un sistema comunista, de cada miembro de la comunidad, á cooperar á la producción? Entonces la mujer sería un... parásito lindísimo.

Esta concepción de la mujer lleva un programa de educación muy especial. Cuando más extendido es este punto de vista en un país, mayor es la diferencia entre la educación del hombre y la de la mujer. Francia es un ejemplo.

Nuestros contradictores convendrán con nosotros fácilmente que la educación actual de la mujer, sobre todo en Francia, deja mucho que desear. Bastará, por consiguiente, recordar lo que la caracteriza. Es sabido que difiere considerablemente de la del hombre, que tiende á hacer de la mujer, no un sér humano completo, sino especialmente una «mujer» que pueda satisfacer ciertas exigencias particulares.

Desde el punto de vista de la instrucción, hasta en los ambientes que por su situación material, son favorables, la mujer está menos preparada que el hom-

bre. Generalmente se cree que basta con que no sea enteramente ignorante, que tenga algunas migajas de conocimientos sobre diferentes asuntos para ser instruída. Raras veces llega á la instrucción superior y la secundaria es siempre insuficiente; por lo demás, su educación no le da grandes deseos de aprender.

Desde niña se ha habituado á considerarse como un sér aparte, con vicios y virtudes especiales y se resigna á ver cerrados para ella todos los dominios de la vida, salvo en la esfera familial, y voluntariamente se considera como un sér menos capaz, menos fuerte intelectualmente que el hombre.

Tiene autoridades excelentes en que basarse en esta creencia. Sin necesidad de hacer intervenir las joyas más preciadas de la literatura antigua, ni la Biblia, ni los prelados de la Iglesia, los antropólogos modernos de cierta categoría no han titubeado en demostrársela científicamente. Todos los libros de moral que se ponen en manos de las muchachas, en la enseñanza secundaria y aún superior, están inspirados en este espíritu, sin hablar de la enseñanza primaria. La enfermedad física, la intelectual, la moral se ha convertido en otros tantos lugares comunes.

Desde cierto punto de vista, el ideal de la mujer es estar confinada en su familia, á ser madre, educadora de sus hijos, casera. ¿Pero puede aún este ideal alcanzarlo la mujer con la educación que actualmente se le da? Casera puede serlo siempre, madre inteligente nunca, jamás educará á sus hijos como debieran educarse. La educación es una ocupación demasiado seria, que exige muchos conocimientos y carácter, para entregarla á un sér que se cree incapaz de cosas mucho más fáciles.

Podrá objetársenos que, en efecto, la actual educación es insuficiente, que la mujer debe recibir una instrucción y una educación mucho más amplias, pero que tiene que aplicar exclusivamente en la esfera de la familia los conocimientos adquiridos. Prácticamente esto es imposible. Una mujer que haya recibido igual educación é instrucción que el hombre tenderá siempre hacia una vida más amplia, querrá siempre dar á sus fuerzas una aplicación más extensa. No se sacrificará por entero á la vida de la familia, del mismo modo que el hombre, que tampoco se sacrifica por completo. Tenderá invenciblemente á conquistar toda su independencia intelectual, moral y material.

Por lo demás, la misma idea de que la educación de los niños debe estar al exclusivo cuidado de la mujer es el resultado de una preocupación, es la consecuencia necesaria de cierta idea sobre las divisiones del trabajo en la familia. El hombre trabaja fuera y gana la vida de toda la familia; consecuentemente estaría en su derecho si quisiera hacer caso omiso de todo lo demás y descargar sobre la mujer aquella educación, ya que otra ocupación no debe tener. ¿Pero qué ventajas hay en que esto sea así? ¿Es la mujer por naturaleza mejor educadora? Suponemos que nadie osará afirmarlo dado el nivel intelectual de las mujeres gracias á la educación que se les da.

La influencia exclusiva de una madre poco desarrollada, y ha de serlo forzosamente ya que una gran parte de su vida le está cerrada á toda luz, no puede dejar de ser nociva. Ninguna razón verdadera demuestra que la educación de los niños no tenga que estar por igual á cargo del padre y de la madre. Que tomemos un ambiente obrero, donde, en virtud de las condiciones económicas es imposible hablar de educación; que sea el padre ó la madre quien se ocupe de ésta (y únicamente el padre podría ejercer una influencia más vasta gracias á su contacto con el exterior); ó que examinemos el ambiente burgués, en que la mujer es nula y nada puede aportar á la educación de sus hijos, la situación es siempre la misma.

Que nos coloquemos en la sociedad actual ó nos supongamos en una sociedad comunista, nada nos prueba que la educación tenga que ser la especialidad de la mujer. Al contrario, tanto actualmente como en cualquier otra forma de

sociedad, no puede ser buena que á condición de que se encarguen de ella padre y madre simultáneamente, igualmente libres, independientes é instruídos.

Otra consideración puramente práctica á favor de nuestro punto de vista. Mientras la mujer permanezca en la estrecha esfera de su familia, los intereses de esta familia serán para ella superiores á todo. Esto es natural y algunos lo consideran una virtud.

Pero como los intereses de la familia están en la sociedad actual en oposición con toda acción que ataque el orden de cosas existente, la mujer será inevitablemente un elemento reaccionario. Todos los revolucionarios hemos podido observar esta nociva influencia de la mujer en la familia. Y cuanto más unida esté ésta, más la influencia de la mujer sobre su marido é hijos será mayor y más nocivos serán sus efectos.

De esta situación se origina una pérdida absolutamente inútil de fuerzas. No tan sólo nos privamos del concurso que la mujer podría aportar al movimiento revolucionario, sino que gastamos en el seno de la familia fuerzas preciosas en las luchas intestinas.

Otra consecuencia de la situación escepcional é inferior en que se quiere esté la mujer, es el «movimiento femenista.» Se comprende éste fácilmente. Las mujeres más independientes de carácter se sienten oprimidas y tienden hacia una existencia más amplia, pero la educación ha arraigado en ellas tan fuertemente la idea de que la mujer es un sér aparte, que hasta esta misma tendencia á la liberación toma una forma especial.

Las mujeres principian á oponerse, como mujeres, á la otra mitad de la humanidad. Los problemas que preocupan á la humanidad en general les atraen poco; no entran en el movimiento con la igualdad de los hombres, no piensan que puedan ser útiles á aquellos problemas, y por esto se crea un movimiento especial correspondiente al estado de espíritu especial que se ha formado en las mujeres. Y este movimiento, aunque muy natural, no aporta nada á la marcha de las ideas y á veces hasta puede ser reaccionario. Las mujeres de opiniones opuestas se encuentran en este movimiento y se sienten solidarias, nada más que porque son mujeres.

Esto es también una pérdida de fuerzas que en otras condiciones habríanse dirigido á hacer obra más útil y que hace desviar la situación y educación especiales de la mujer.

Otro elemento de que se compone el femenismo está constituído por el conjunto de teorías y de tendencias que se ha dado en llamar «el amor libre.» La situación aislada de la mujer, su especialización en la cuestión feminista, y, sobre todo, la opresión familiar cuyo peso se hace sentir, tiene una consecuencia necesaria: ante todo, las mujeres quieren desembarazarse del yugo familiar, es en este terreno que ellas quieren conquistar su independencia. Es muy natural también que suceda, y todo propagandista que quiera ejercer influencia sobre mujeres, encontrará más ó menos tarde esta cuestión ante él. Ha de estar, por consiguiente, preparado para responder, cuando se la formulen, de modo satisfactorio y preciso.

Dos cuestiones tenemos ante nosotros al llegar aquí: primeramente, ¿cuál debe ser y cuál será, en condiciones favorables, la mujer del porvenir? y segundamente, ¿qué reflejo tendrá su nueva fisonomía moral é intelectual sobre el conjunto de la vida familiar? En otros términos, ¿á qué forma de vida familiar debemos tender? Cuando lecimos, debemos tender, nos expresamos mal, pues en realidad el camino está ya trazado, tanto por el desarrollo de la mujer como por el de la entera sociedad. Lo que nosotros podemos hacer es adivinar este porvenir con más ó menos precisión, ó, al contrario, equivocarnos y malgastar nuestras fuerzas inútilmente queriendo detener esta evolución necesaria.

Por de pronto dejaremos de lado la cuestión del matrimonio legal; según nuestra opinión se le da una importancia demasiado exagerada. La forma del

matrimonio legal solamente nos interesa en cuanto nos demuestra claramente la esclavitud de la mujer en la actual sociedad y el papel de la ley que tiende á mantener esta servidumbre. Pero la crítica del matrimonio legal es de fácil hacer y ya se ha hecho muchas veces. Todos los hechos y argumentos concernientes son conocidos de nuestros compañeros y no creemos útil repetirlos. Pero existe otro aspecto de la cuestión: una opinión muy extendida que tiende á reducir toda la emancipación de la mujer á la negación del matrimonio legal y á la propaganda del amor libre basándose en parte sobre la negación, en principio, de toda ley, y en parte, sobre la duración obligatoria de la unión supuesta por el matrimonio legal. Hasta algunos van tan lejos, que reprochan á los compañeros su matrimonio legal. Haremos observar una cosa; la de que seríamos verdaderamente demasiado felices si nunca tuviéramos que hacer al régimen actual más concesiones que ésta. Es un terreno en el que no cuesta nada ser intransigente y estar de acuerdo con sus principios y ningún sacrificio cuesta. Respecto al principio de la libertad del amor ninguno de nosotros sueña en hacer objeciones. Haremos solamente observar que no está dificultado únicamente por el matrimonio legal y que el papel más importante pertenece al estado de servidumbre económica é intelectual en que se halla la mujer. Este último aspecto de la cuestión es el que nos preocupa principalmente.

Hemos dicho ya que somos adversarios de toda separación artificial entre las esferas de acción de los dos sexos. Todo lo que constituye las adquisiciones de la civilización humana deben ser igualmente accesibles á todos, hombres y mujeres; tocante á las diferencias que se establecen naturalmente,—no tan solo entre hombres y mujeres, sino también entre individuos de un mismo sexo—en el grado de instrucción, los conocimientos especiales, el dominio escogido en la vida práctica, no podemos preverlo de antemano y cometeríamos una grave falta si quisiéramos determinar, según nuestras propias concepciones, las esferas de acción que mañana convendrán á tal ó cual categoría de personas. Por lo que concierne á la mujer en particular, queremos, por de pronto, hacer de ella un ser humano completo, en el que se desarrollen todas las facultades, capaz de tomar parte en la vida de familia y en la vida de su época, social, científica, etc; creemos que este único y ámplio desarrollo podrá verdaderamente elevar sus sentimientos. Respecto á preconizar exclusivamente el amor libre, á hacer de él la primera etapa de la emancipación femenina, no nos parece de una grande utilidad. El cambio en la vida de familia no puede verdaderamente aportar la libertad á la mujer si no se apoya sobre un ámplio desarrollo intelectual y moral de su personalidad.

Que la vida de familia deba sufrir grandes cambios, es incontestable; pero ¿qué dirección tomarán? ¿Qué es lo que debemos considerar como un progreso en este dominio? Por nuestra parte estamos convencidos que el sentimiento del amor, en nuevas condiciones sociales, será á la vez más complejo y más estable. Por de pronto la mujer educada libremente, viviendo en un ambiente de compañeros, podrá escojer con mayor amplitud y no se verá expuesta á tener que unirse al primer hombre que se le presente y que á penas conoce.

Además, estando más desarrollada intelectualmente, someterá á los que la rodean á una crítica más severa, será más exigente y se engañará con menos facilidad. De aquí una estabilidad más grande en las relaciones que se establezcan. Al mismo tiempo, cuando más desarrollados estén los individuos, más grande será la complejidad de su vida psíquica y por consiguiente, la del sentimiento del amor que les una. Precisamente porque habrá entre ellos mucho de común desde el punto de vista intelectual y moral, su unión es posible, y esta situación crea entre ellos un lazo moral muy complejo y mucho más sólido, por consiguiente, que el que hallamos actualmente.

Todo esto es tan sencillo y evidente que hasta nos avergonzamos de repetir estas verdades, y si lo hacemos es únicamente para responder á los que tienen

una concepción diferente de la familia futura. Hay, en efecto, personas que creen que en la futura sociedad anarquista, la libertad de la mujer tendrá por primer resultado transportar su amor de una á otra persona con mucha frecuencia y abolirá de este modo toda estabilidad en las relaciones familiales. Y lo que es más curioso, es que esta opinión la comparten al propio tiempo los reaccionarios sirviéndoles de fuente abundante de calumnias contra los mismos anarquistas que abundan en esta opinión. Dejemos á un lado á los reaccionarios; lo que nos interesa son nuestros camaradas que ponen su ideal en la estabilidad de la vida de familia, y para quienes un frecuente cambio de sentimientos toma las proporciones de una ley natural y de una conclusión científica. Quisiéramos tan solo preguntarles: ya que queréis colocaros en el terreno de las leyes naturales, de la evolución, etc., ¿por qué admitís esta evolución en todas las esferas de la vida humana, intelectual, social, moral y os negáis á admitirla para el amor? ¿Por qué creeis que inversamente de todas las demás, el hombre, en lugar de desarrollar su vida psíquica, se acercará, al contrario, á los animales, ya que no puede negarse que para transportarse tan fácilmente el amor de una á otra persona, se reduce casi por entero á su elemento físico? Nos negamos á admitir este punto de vista que nos parece tan falso teóricamente como nocivo en la práctica.

¿Qué puede, en efecto, dar á la mujer la propaganda del «amor libre» comprendido de este modo? No la invita á desarrollarse intelectual y moralmente, á elevar su carácter y á hacerse independiente, y si lo hace, es por una contradicción con este mismo punto de partida, pues para estar conforme á este ideal, basta á la mujer desembarazarse del matrimonio y de la familia. Y como muy á menudo es en este terreno que se hace la propaganda á las mujeres, resulta que una vez libres de estas particulares ideas, están dispuestas á creer que ya no les falta mucho para ser independientes. De ahí este triste fenómeno que muchas mujeres que profesan ideas muy avanzadas en estas cuestiones se ocupen tan poco de las demás y apliquen á una propaganda unilateral y limitada fuerzas que podrían ser mucho más útiles aplicadas á un campo más vasto.

Para resumir nuestro pensamiento, podemos decir que en la propaganda entre las mujeres conviene insistir tanto en el amor libre, como en la necesidad que tiene la mujer de desarrollarse intelectual y moralmente, en lo último principalmente, y participar al igual del hombre de toda la vida de su tiempo. Entonces, y únicamente entonces, cambiará su situación en la familia, sea cual fuese su forma, legal ó ilegal, de su matrimonio. Es necesario recordar al propio tiempo que la vida de familia no debe formar todo el contenido de la vida de la mujer, como tampoco lo forma para el hombre; aún modificada en el sentido de la libertad, la mujer debe prepararse para algo más que esta limitación de su vida.

Si hemos creído útil decir todo lo expuesto en estas páginas, no es por el mero placer de entablar una discusión entre camaradas, sino porque la propaganda entre las mujeres deja mucho que desear, sobre todo en Francia, en que la cuestión feminista se halla aún al estado embrionario. Nos parece importante, por consiguiente, que los esfuerzos consagrados á esta labor no se malgasten improductivamente. Quisiéramos nos llevaran más directamente á este objetivo: reclutar entre las mujeres el mayor número posible de verdaderas *compañeras*.

Grupo de Estudiantes socialistas revolucionarios internacionalistas de París

---

CUESTIONES VARIAS

Los derechos del hombre

El 2 de octubre de 1789 fué definitivamente adoptada por la Asamblea nacional francesa la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano,* discutida previamente en las sesiones del 20, 21, 23, 24 y 26 de agosto del mismo año.

¿Cuáles son esos derechos?

Semejante cuestión nos interesa puesto que sirven, se dice, aquellos derechos de base á la sociedad actual que al parecer es una liga—de la cual formamos parte—que se ha constituído en vigilante guardián de esa declaración y de su contenido.

Permítasenos que no examinemos hoy más que los derechos del hombre; dejando á un lado los del ciudadano. Las relaciones de los hombres de una misma ciudad ó de un mismo país forman parte del estudio de las colectividades restringidas. Nosotros nos limitaremos por el momento á considerar las relaciones entre un hombre y los demás hombres.

* * *

Discutamos primeramente, si lo teneis á bien, la declaración de 1789. Veremos enseguida si la lógica aconseja adoptarla en todo ó en parte ó rechazarla.

Ante todo un hecho nos llama la atención. Las gentes de la Revolución no están de acuerdo. Existe otra declaración, la de 1793, que no es idéntica á la primera. Los verdaderos derechos del hombre, ¿son los de la primera ó los de la segunda?

Por otra parte los que votaron los derechos número 1 no están, ni mucho menos, todos de acuerdo; ni lo están tampoco entre sí los que votaron los derechos número 2.

Ahora bien; entre esa multitud de gentes ¿uno solo ha estado en posesión de la verdad?

Bajo el punto de vista de la verdad, un voto no significa nada. Se ha dicho y repetido que no se vota sobre la cuestión de saber si 2 y 2 son 4...; y aunque se votara que 2 y 2 son 5, quiérase que no, 2 y 2 continuarán siendo 4 del mismo modo.

Así, pues, *á priori,* el solo hecho de *que no ha habido unanimidad* respecto de esas declaraciones nos conduce á concluir: «La verdad no puede existir á un mismo tiempo en una serie de afirmaciones determinadas y en otra serie de afirmaciones no idénticas á las primeras, por lo que debemos sospechar de las unas y de las otras y someterlas todas á riguroso examen.

* * *

Para mayor comodidad del examen que sigue, anunciaremos sucesivamente cada artículo y lo haremos seguir de nuestras observaciones.

DECLARACION DE 1789

Preámbulo

Los representantes del pueblo francés, constituídos en Asamblea nacional, considerando que la ignorancia, el olvido ó el menosprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de los males públicos y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer en una declaración solemne, los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre, á fin de que esta declaración, constantemente presente á todos los miembros del cuerpo social, les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes; á fin también de que los actos del poder legislativo y los del poder ejecutivo puedan ser á cada instante comparados con el objeto de toda institución política y sean más respetados; á fin así mismo de que las reclamaciones de los ciudadanos, fundadas en adelante sobre principios sencillos é incontestables, tiendan siempre al mantenimiento de la constitución y del bienestar de todos.

En consecuencia, la Asamblea nacional reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Sér Supremo, los derechos siguientes del hombre y del ciudadano.

Observaciones

O todo el mundo está de acuerdo sobre esos derechos naturales, inalienables y sagrados, y entonces no hay ninguna necesidad de poderes públicos para aplicarlos, ó todo el mundo no está de acuerdo sobre esos derechos; y en este caso, ¿quién posee la verdad? En lo que concierne á los poderes públicos, no están más calificados que quien quiera que sea para determinar cuales son los derechos del hombre. No es tampoco el más indicado para ello el que razona mejor habitualmente, sino el que tome todas las precauciones necesarias para no cometer errores en cada circunstancia.

Ser Supremo. No creemos que haya ventaja, en un trabajo serio, tener en cuenta eso que se ha calificado de hipótesis inútil y descabellada.

Artículo primero

Los hombres nacen y permanecen libres é iguales en derechos; las distinciones sociales no pueden estar fundadas más que en la utilidad común.

Observación

Según nosotros las distinciones sociales *no deben existir.* Ellas se derivan del estado de concurrencia en que vivimos y de que hablaremos más adelante.

Artículo II

El objetivo de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia á la opresión.

Observaciones

—¿Porqué la palabra *política* puesto que se trata de los derechos del hombre? Los hombres se asocían para defender los derechos *humanos.*

—¿Porqué limitar esos derechos á la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia á la opresión? En otros términos ¿porqué no *permitir* al hombre todo aquello que *pueda* ejecutar? ¿Hay actos que el hombre *puede* ejecutar y que se le *deben* prohibir? Discutiremos luego esta cuestión. Por el momento nosotros haremos solamente notar que el segundo párrafo del Artículo II constituye una

fórmula arbitraria y *sujeta á interpretación*. En efecto, el derecho de decir lo que me place en todas partes, ¿forma parte de mi libertad? ¿Puedo yo, cuando suenan las campanas que me molestan, gritar: «¡abajo los solideos!» en la iglesia que se me obliga á pagar? ¿Puedo yo, para manifestar mi horror á la guerra, gritar: «¡Abajo el ejército!»?

En cuanto á la propiedad, nosotros admitimos que es uno de los derechos de todos los hombres. Mas no entendemos ese derecho como lo entienden los autores de la declaración. Ellos entienden que el hombre *tiene el derecho de poseer lo que posee*, aunque lo posee en detrimiento del vecino, y aunque no posea nada. Según nosotros—véase más adelante—*la propiedad* es el derecho que tienen todos los hombres de poseer tanto como el que más.

En lo que se refiere á *la resistencia á la opresión*, es evidente que los autores de la declaración no consideraban como tal la resistencia á la ley. Pero la ley es la mayor de las opresiones. En efecto, la ley es votada por un cierto número de individuos. Estos individuos la imponen no solamente á los que la aprueban sino también á los que no la aprueban: la ley, entonces, es la opresión suprema, *la opresión legal*, el derecho del más fuerte.

Artículo III

El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación. Ninguna corporación, ningún individuo puede ejercer autoridad si no emana de ella expresamente.

Observación

Según nosotros, la soberanía *no existe*. Ella no puede residir ni en un individuo ni en una colectividad. Todo hombre debe ser tan soberano como su vecino, según se verá luego.

Artículo IV

La libertad consiste en poder hacer todo lo que no perjudique á otro. Así el ejercicio de los derechos naturales de cada hombre no tiene otros límites que aquellos que asegura á los demás miembros de la sociedad el goce de esos mismos derechos. Esos límites no pueden ser determinados más que por la ley.

Observación

La última frase no nos parece admisible. Los derechos de un hombre no pueden depender de las apreciaciones de otros hombres. Estos derechos son por sí mismos.

Artículo V

La ley no tiene el derecho de prohibir más que las acciones dañosas á la sociedad. Todo lo que no es prohibido por la ley no puede ser impedido y nadie puede ser obligado á hacer lo que no quiera.

Observación

Desde el momento que *las acciones dañosas á la sociedad* son determinadas, no por un evidente resultado de deducciones lógicas indiscutibles, sino con arreglo á las apreciaciones de ciertos hombres que otros hombres repudían ¿como afirmar que esas apreciaciones constituyen *la verdad*? La verdad reside, tal vez, justamente en las apreciaciones contrarias.

Por otra parte, lo que es *dañoso* á unos, puede ser útil á otros.

Nosotros no podemos, pues, *en nombre de los derechos del hombre*, ser obligados á hacer ó no lo que prescribe la ley, porque la ley no es otra cosa que la aceptación de una opinión por determinados hombres. Esta opinión puede ser la verdad. Puede no serlo. No lo es necesariamente porque sea la ley. Y la mejor prueba de ello es que las leyes cambían.

Artículo VI

La ley es la expresión de la voluntad general. Todos los ciudadanos tienen el derecho de contribuir personalmente ó por medio de sus representantes á su formación. Debe ser la misma para todos, sea para el que proteje, sea para el que castiga. Siendo todos los ciudadanos iguales ante la ley son igualmente admisibles á todas las dignidades, puestos y empleos públicos, según su capacidad y sin otras distinciones que las de sus virtudes y las de sus talentos.

Observaciones

Repetimos una vez más que la ley no es la expresión de la voluntad general. Ni siquiera es, la mayor parte del tiempo, la expresión de la voluntad de la mayoría. Es simplemente la expresión de la voluntad de los legisladores.

Como hemos hecho notar, una ley cualquiera oprime á los que no la quieren. Estos tendrán el derecho, conforme al artículo II, de resistir á la opresión.

Ninguna ley, pues, con arreglo á la Declaración de los derechos del hombre puede tener razón de ser.

Los que adoptan la Declaración de los derechos del hombre y son lógicos, se ven forzados á reconocer que en virtud de dicha declaración TODAS LAS LEYES SON ILEGALES puesto que obligan á los que no quieren aceptarlas.

Consecuencia de lo que hacemos constar, es que la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano ha caducado. Un documento cuyos diferentes artículos se destruyen entre sí debe ser sino puesto en conserva por lo menos revisado.

No es verdad que *todos los ciudadanos* tengan el derecho de contribuir personalmente ó por medio de sus representantes á la formación de la ley. Ciertos ciudadanos están privados de ese derecho y de otro y la mayoría no tiene tiempo de dedicarse á ese trabajo como quisiera. Los que contribuyen á la formación de la ley son los *privilegiados* que están en posesión de la fortuna ó de la intriga. Los que eligen los representantes son los caciques que imponen su voluntad á la masa imbécil.

—¿Habrá que preguntar de que tiene la Sociedad el derecho de protejer y de castigar?

Después de proponerse semejante cuestión, no será inútil hacer constar que de hecho la ley protege á los poderosos y castiga á los desheredados y á los débiles.

—Lo que se refiere á la última frase del artículo, está en contradicción con la realidad. Todos los ciudadanos no son iguales ante la ley. Algunos son en nombre de la misma ley privados de sus derechos, de su libertad, de su vida. La mayor parte de los demás no pueden beneficiarse de la ley si no disponen de medios, esto es, si no disponen de dinero, de influencia ó de inteligencia, según los casos.

—No es verdad que «todos los ciudadanos sean igualmente admisibles á todas las dignidades, puestos y empleos públicos,» porque la gran mayoría de los hombres, exhausta de instrucción integral, ni aun puede hacer valer sus talentos.

En cuanto á la *virtud*, es palabra que no tiene sentido para nosotros. Convendría definirla.

Nos contentaremos, por el momento, con rogar á nuestros contemporáneos que traten de leer sin reirse el último miembro de la frase «según su capacidad... etc.»

Artículo VII

Ningún hombre puede ser acusado, preso ó detenido más que en los casos determinados por la ley y según las formas en ella prescriptas. Los que solicitan, ayudan, ejecutan ó hacen ejecutar actos arbitrarios deben ser castigados; pero

todo ciudadano llamado ó detenido en virtud de la ley debe obedecer al instante so pena de hacerse culpable por resistir.

OBSERVACIONES

—La acusación, el arresto y la detención en virtud de las leyes podrían en rigor sostenerse aplicadas á los que reconocen y admiten esas leyes. Pero no pueden sostenerse respecto de los que no admiten las leyes.

Además, no se presenta á los miembros de la sociedad si aprueban las leyes; se supone que las conocen y nadie se preocupa de averiguar si las aprueban. A nadie se reputa ignorante de la ley. Pero la mayoría no la ha estudiado jamás. El género humano es actualmente un rebaño de bestias bien educadas para la servidumbre.

La práctica demuestra que los encargados de aplicar las leyes pueden, con habilidad, violarlas impugnemente; que ellos son los primeros en violarla. (Véase «La sociedad y la amnistía» en *Les Temps Nouveaux*, número 15, año 6.º, del 4 al 10 de Agosto de 1900). En todos los países la arbitrariedad gubernamental es soberana. En Francia, los funcionarios de todas clases son los amos. Un simple agente puede arrestar á cualquiera. Su testimonio hace fe. Dará, si le es preciso, como pretexto una mentira. No hablaremos de las leyes llamadas *scélérates* que prohiben la defensa. En cuanto al prefecto de policía es un autócrata irresponsable (consúltese el notable trabajo de M. Van Imschoot-Roos) que puede cometer y comete á su antojo todas las ilegalidades.

—Se puede decir, al contrario de la declaración, *que los que solicitan, ayudan, ejecutan ó hacen ejecutar actos arbitrarios no son castigados*. (Véase asunto Dreyfus, por ejemplo).

No puede ser de otro modo en una sociedad cuyo fundamento es la concurrencia y donde cada individuo está necesariamente en lucha con los demás. Además los abogados han sido inventados á fin de encontrar medios de invocar ó de repeler las leyes según los intereses puestos en juego. Esto demuestra bien el valor de las leyes, puesto que en ciertos casos parece equitativo no aplicarlas.

—En lo que se refiere al final del artículo: *todo ciudadano llamado ó detenido en virtud de la ley, debe obedecer al instante so pena de hacerse culpable por resistir*, es una afirmación más que otra cosa, y esta afirmación es contradictoria con el art. II.

ARTÍCULO VIII

La ley no debe establecer más que las penas estricta y evidentemente necesarias. Nadie puede ser castigado si no en virtud de una ley establecida y promulgada anteriormente al delito y legalmente aplicada.

OBSERVACIONES

—Hay lugar, en primer término, á discutir como precedente la legitimidad de la ley y después la del derecho de castigar. ¿Este derecho existe para los que no lo reconocen? Y para los demás, ¿cómo determinar cuáles son las penas estricta y evidentemente necesarias? ¿Hay para esta determinación un método científico? No; es una cuestión de opinión. Ahora bien; los *crímenes* ó *delitos* pueden ser considerados como efecto del pesimismo de la concurrencia en que descansa la sociedad actual. Esto quiere decir que ¿cómo vamos á castigar á un individuo autor de un hecho que no hubiera cometido si la sociedad hubiera estado organizada de otro modo?

—«*Nadie puede ser castigado si no en virtud de una ley establecida y promulgada anteriormente al delito y legalmente aplicada.*» ¿Por qué? Para los amantes de las leyes, el efecto retroactivo puede ser ventajoso en ciertos casos y desventajoso en otros á aquellos á quienes se aplique, un efecto retroactivo que salvase á los inocentes ¿debería ser evitado?

Prácticamente, siendo la ley resultado del capricho de los legisladores, nada puede impedirles cometer absurdos y vejaciones desde el momento que ellos las establecen y las promulgan conforme á las reglas admitidas.

¿Cuál es la sanción de la Declaración de los derechos del hombre? ¿Debemos, por ejemplo, considerar como no existente la ley de expropiación? No sabemos que la Liga de los derechos del hombre y del ciudadano haya tomado una decisión en este sentido.

Artículo IX

Debiendo ser considerado como presunto inocente todo el que no haya sido declarado culpable, si fuese preciso arrestarlo, deberá ser severamente reprimido por la ley cualquier rigor que no sea necesario para asegurarse de su persona.

Observaciones

—La misma observación que antes. Para admitir este artículo es preciso admitir la legitimidad de una ley cualquiera.

—En buena lógica, la convicción de una *inocencia* ó de una *culpabilidad* es independiente de la idea de juzgar. Una convicción es un estado de espíritu individual. Ahora, si la razón aporta una convicción, ¿por qué presumir lo contrario antes, durante ó después del acto de juzgar? Un espíritu científico debe tener por única preocupación la de entregarse á un examen libre, completo, serio, antes de llegar á conclusión alguna. Si el libre examen no reposa en datos completos y formales, hay lugar, no á prejuzgar en uno ú otro sentido, sino á suspender todo juicio.

La consecuencia de lo que precede es que los partidarios de las leyes no deberían *prender* ni *juzgar* á individuos *presuntos* culpables, sino tan sólo prender y juzgar á individuos *reconocidos* culpables.

Es evidente que un acusado es un *presunto culpable* y no un *presunto inocente*.

Artículo X

Nadie deberá ser molestado por sus opiniones, aun las religiosas, siempre que su manifestación no turbe el orden público establecido por la ley.

Observación

El orden establecido por la ley puede oprimir y oprime siempre á los que repudian la ley conforme al art. II, éstos tienen, pues, el derecho imprescriptible de resistir á la opresión, esto es, al orden público.

Con arreglo á dicho artículo los hombres no pueden imponer límite alguno al derecho de exponer cualesquiera opiniones.

Artículo XI

La libre comunicación del pensamiento y de las opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre; así, pues, todo ciudadano puede hablar, escribir, imprimir libremente, salvo responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley

Observaciones

La restricción impuesta por el segundo miembro de la frase convierte el texto del artículo en el siguiente:

«Se puede pensar, decir, escribir, imprimir ciertas cosas. No se puede pensar, decir, escribir, imprimir ciertas otras cosas.»

Esta es la negación de la libertad. La libertad no puede depender de un reglamento.

Artículo XII

La garantía de los derechos del hombre y del ciudadano necesita una fuerza pública; se instituye, pues, esta fuerza en beneficio de todos y no en provecho particular de aquellos á quienes se confía.

Observación

Una fuerza pública es garantía solamente para sus partidarios, un peligro para los demás. Estos, conforme al art. II, tendrán el derecho imprescriptible de resistir.

Artículo XIII

Para el sostenimiento de la fuerza pública y para los gastos de administración es indispensable una contribución común que debe ser repartida igualmente entre todos los ciudadanos en razón de sus facultades.

Observaciones

—Tal contribución no es indispensable más que para los partidarios de la fuerza pública y de la administración. ¿Cómo admitir que se obligue á pagar ciertos gastos, el presupuesto de cultos, por ejemplo, á gentes que los desaprueban?

—El último miembro de la frase *en razón de sus facultades* es el reconocimiento de la desigualdad social que parece creerse inevitable.

Artículo XIV

Los ciudadanos tienen el derecho de verificar por sí mismos ó por medio de sus representantes la necesidad de la contribución pública, de consentirla libremente, de vigilar su empleo y de determinar la cuota, el reparto, la recaudación y la duración.

Observación

Admitiendo que un ciudadano pueda verificar por sí ó por medio de su representante la necesidad de la contribución pública ¿qué pasaría si la negase, si rehusase consentirla libremente? ¿Se le dispensará de pagar su cuota? ¿Se le permitirá vivir á su voluntad y entenderse con los que piensen como él acerca de la organización social?

Artículo XV

La sociedad tiene el derecho de exigir á todo agente público cuentas de su administración.

Observación

Un agente de policía forma parte de una jerarquía.

Si cualquier individuo exige cuentas de su administración á un agente público, no será este un acto de individuo á individuo. Será un acto de individuo á sociedad, un acto de débil á fuerte. En caso de divergencia de opinión, el fuerte tendrá todos los medios posibles de imponer la suya.

El hecho de que la sociedad demande cuentas á un agente de su administración puede ser asimilado al de un patrono pidiendo cuentas á uno de sus empleados. El empleado no es igual al patrono. Tenga ó no tenga razón, aquél siempre será aplastado á menos que se entienda con otros empleados ó bien con el gerente (gobierno) para engañar y burlarse del patrono. No puede ser de otro modo en una sociedad fundada sobre la concurrencia.

Artículo XVI

Toda sociedad en la que la garantía de los derechos no está asegurada, ni la separación de los poderes determinada, carece de constitución.

Observaciones

—¿Cómo puede ser asegurada por la sociedad la garantía de los derechos? Cualquier individuo que se considere lesionado en sus derechos por la sociedad deberá ó dirigirse á la sociedad, esto es al adversario contra el adversario, lo que es inadmisible, ó atacar á la sociedad y esto no es más que la lucha del débil contra el fuerte. El fuerte, por otra parte, le dirá: «Nadie debe hacerse justicia á sí mismo» y sin embargo la sociedad se hará justicia á sí misma contra el individuo.

—El art. XVI contiene entre líneas la idea de que una sociedad sin constitución no es posible. Es un asunto á discutir. Nosotros creemos que una sociedad regida por la libertad, la igualdad y la fraternidad no es posible más que gracias á la *ausencia completa de autoridad*, y á la *presencia completa de la solidaridad* ó, si se prefiere, del concurso voluntario y razonado de todos los miembros sociales.

Artículo XVII

Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella si no lo es cuando la necesidad pública, legalmente establecida, lo exige evidentemente y bajo la condición de una justa y reparadora indemnización.

Observaciones

—Si la propiedad es un derecho inviolable y sagrado ¿por qué hay tan pocos propietarios y tantos desheredados? ¿Quién ha dado el derecho de poseer al primer propietario? Si la propiedad es un derecho inviolable y sagrado ¿por qué no es todo el mundo propietario? ¿Por qué maltratar á los que quieren serlo, á los que quisieran que algunos poseyeran menos de modo que todos pudiesen poseer?

—Si la propiedad es un derecho inviolable y sagrado ¿por qué restringirlo? Privar de un derecho por la fuerza, aun indemnizando al lesionado, es atentar á la libertad.

—¿Quién determinará la *justa y reparadora indemnización*? La sociedad, es decir, el más fuerte. El débil quedará reducido á ceder ó á emplear la fuerza del débil, esto es, la astucia, la bellaquería.

Resumen

He ahí analizada esa declaración que no es en realidad la enunciación de los derechos del individuo sino el establecimiento del derecho del más fuerte, la justificación especiosa del aplastamiento del individuo por la sociedad.

Sobre esta declaración se trata de conservar á los gobernantes en el camino de los buenos principios. Ahora bien: esa declaración tiene de notable el hecho de que constituye una imposición de ideas, que es un *dogma*. Como se ha visto, sus diferentes artículos son una serie de afirmaciones cuya razón nadie se tomó el trabajo de demostrar.

¿Por qué esas afirmaciones y no otras? ¿Por qué ese conjunto de palabras exclusivamente? ¿Por qué escoger en el diccionario un cierto número de vocablos, colocarlos con cierto orden y no en otro y decirnos: «esos vocablos, así dispuestos, serán vuestra ley»?

Yo, hombre libre, quiero saber si esos vocablos dispuestos de otro modo no harían una ley mejor; quiero saber si ciertas palabras no podrían ser suprimidas y agregadas otras; quiero saber si es útil disponer las palabras de tal manera y constituir un *dogma intangible* para llegar á vivir de la mejor manera posible. No admito que se me imponga lo que quiera que sea sin que se me explique el motivo. Mi razón rechaza todo lo que no se le demuestra; rechaza, pues, la declaración de 1789 que no satisface á la lógica.

⁂

DECLARACIÓN DE 1793

El examen de la declaración de 1791 es inútil. No es más que la reproducción de la de 1789.

No discutiremos artículo por artículo la declaración de 1793. No haríamos más que repetirnos sin beneficio para el lector. Vamos á dar el texto completo seguido de nuestras observaciones.

Notemos de paso que este texto, más revolucionario que el de 1789, lo pasa en silencio la Liga para la defensa de los derechos del hombre y del ciudadano pues no figura entre sus documentos oficiales.

He aquí dicho texto:

Texto Oficial de la Constitución de 1793

El pueblo francés, convencido de que el olvido y el desprecio de los derechos naturales del hombre son la única causa de los males del mundo, ha resuelto exponer, en una declaración solemne, esos derechos sagrados é inalienables con objeto de que todos los ciudadanos puedan comparar continuamente los actos del gobierno con la finalidad de toda institución social y no dejarse jamás oprimir y envilecer por la tiranía; con el fin así mismo de que el pueblo tenga siempre ante los ojos las bases de la libertad y de su bienestar; la magistratura, la regla de sus deberes; el legislador, el objeto de su misión. Por consecuencia proclama, en presencia del Sér Supremo, la siguiente declaración de los derechos del hombre y del ciudadano.

Art. 1.º El objeto de la sociedad es el bienestar común. El gobierno se instituye para garantizar al hombre el goce de sus derechos naturales é imprescriptibles.

Art. 2.º Estos derechos son: la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad.

Art. 3.º Todos los hombres son iguales por naturaleza y ante la ley.

Art. 4.º La ley es la expresión libre y solemne de la voluntad general; es la misma para todos, tanto para el que protege como para el que castiga; no puede ordenar más que lo que es justo y útil á la sociedad; no puede prohibir más que lo que es dañoso.

Art. 5.º Todos los ciudadanos son igualmente admisibles á los empleos públicos. Los pueblos libres no conocen otros motivos de preferencia en la elección que la virtud y el talento.

Art. 6.º La libertad es el poder que tiene el hombre de hacer todo lo que no perjudica á los derechos de otro; tiene por principio la naturaleza; por regla, la justicia; por salvaguardia, la ley; su límite moral se encierra en esta máxima: «No hagas á otro lo que no quisieras que te hagan.»

Art. 7.º No pueden ser impedidos ó prohibidos el derecho de manifestar el pensamiento y las opiniones sea por medio de la prensa sea por otro cualquiera; el derecho de reunirse pacíficamente y el libre ejercicio de los cultos. La necesidad de enunciar estos derechos supone ó la presencia ó el recuerdo reciente del despotismo.

Art. 8.º La seguridad consiste en la protección que la sociedad da á cada uno de sus miembros para la conservación de su persona, de sus derechos y de sus propiedades.

Art. 9.º La ley debe proteger la libertad pública é individual contra la opresión de los gobernantes.

Art. 10. Nadie debe ser acusado, arrestado ni detenido más que en los casos determinados por la ley y según las fórmulas por ella prescritas. Todo ciudadano llamado ó cogido por la autoridad de la ley debe obedecer al instante; la resistencia le hace culpable.

Art. 11. Todo acto ejercido contra un hombre, fuera de los casos y sin las formas que la ley determina, es arbitrario y tiránico. Aquel contra quien se lo quisiera ejecutar por la violencia, tiene el derecho de rechazarlo por la fuerza.

Art. 12. Los que indujeren, facilitaren, ayudaren, ejecutaren ó hicieren ejecutar actos arbitrarios, son culpables y como tales deben ser castigados.

Art. 13. Presumiendo inocente á cualquier hombre hasta que ha sido declarado culpable, si se juzga indispensable arrestarlo, debe ser severamente reprimido por la ley todo rigor que no sea necesario para asegurarse de su persona.

Art. 14. Nadie debe ser juzgado y castigado más que después de haber sido escuchado ó legalmente citado y en virtud de una ley promulgada anteriormente al delito. La ley que castigase delitos cometidos antes de su promulgación sería una tiranía; el efecto retroactivo dado á la ley, un crimen.

Art. 15. La ley no debe discernir otras penas que las extricta y evidentemente necesarias; las penas deben ser proporcionadas al delito y útiles á la sociedad.

Art. 16. El derecho de propiedad es el que asiste á todos los ciudadanos de gozar y de disponer á su voluntad de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria.

Art. 17. Ninguna clase de trabajo, de cultura, de comercio, puede ser prohibida á la industria de los ciudadanos.

Art. 18. Todos los hombres pueden prestar sus servicios y su tiempo; pero no pueden venderse ni ser vendidos; sus personas no son una propiedad alienable. La ley no reconoce ningún género de domesticidad; no puede existir más que un contrato de servicios y de reconocimiento entre el hombre que trabaja y el que lo emplea.

Art. 19. Nadie puede ser privado de la menor porción de su propiedad sin su consentimiento, á menos que la necesidad pública, legalmente establecida, lo exija, y bajo la condición de una justa y reparadora indemnización.

Art. 20. Ninguna contribución puede ser establecida más que por utilidad general. Todos los ciudadanos tienen el derecho de concurrir al establecimiento de las contribuciones, de vigilar su empleo y hacer que se le rindan cuentas del mismo.

Art. 21. La asistencia es una obligación sagrada. La Sociedad debe la subsistencia á los ciudadanos desgraciados, ya sea procurándoles trabajo, ya sea asegurando los medios de existir á los que no están en condiciones de trabajar.

Art. 22. La instrucción es una necesidad para todos. La Sociedad debe favorecer, por todos los medios, los progresos de la razón pública y poner la instrucción al alcance de todos los ciudadanos.

Art. 23. La garantía social consiste en la acción de todos para asegurar á cada uno el goce y la conservación de sus derechos; esta garantía descansa en la soberanía nacional.

Art. 24. No puede existir aquélla si los límites de las funciones públicas no están claramente determinados por la ley y si no está asegurada la responsabilidad de todos los funcionarios.

Art. 25. La soberanía reside en el pueblo, es una é indivisible, imprescriptible é inalienable.

Art. 26. Ninguna porción del pueblo puede ejercer el poder del pueblo entero; mas cada sección del pueblo soberano reunida debe gozar del derecho de exponer con entera libertad su voluntad.

Art. 27. Que todo individuo que usurpe la soberanía sea al instante condenado á muerte por los hombres libres.

Art. 28. El pueblo tiene siempre el derecho de revisar, de reformar y de cambiar su constitución. Una generación no puede sujetar á sus leyes las generaciones futuras.

Art. 29. Cada ciudadano tiene igual derecho á concurrir á la formación de la ley y al nombramiento de sus mandatarios ó de sus agentes.

Art. 30. Las funciones son esencialmente temporales y no pueden ser consideradas como distinciones ni como recompensas, sino como deberes.

Art. 31. Los delitos de los mandatarios del pueblo y de sus agentes no deben jamás quedar impunes. Nadie puede creerse más inviolable que los demás ciudadanos.

Art. 32. El derecho de presentar peticiones á los depositarios de la autoridad pública no puede, en ningún caso, ser prohibido, suspendido ó limitado.

Art. 33. La resistencia á la opresión es la consecuencia de los demás derechos del hombre.

Art. 34. Hay opresión sobre el cuerpo social cuando es oprimido uno de sus miembros; hay opresión sobre cada uno de dichos miembros, cuando el cuerpo social es oprimido.

Art. 35. Cuando el gobierno viola el derecho del pueblo, la insurrección es, para el pueblo y para cada porción del pueblo, el más sagrado y el más indispensable de los deberes.

***

OBSERVACIONES

Se notará que esta declaración contiene aquí y allá intentos de justificación de las afirmaciones enunciadas. Estos ensayos de todos modos no guardan relación con una discusión cerrada que llegue á conclusiones lógicas.

La idea de libertad es comprendida, en 1793, de una manera más amplia. Se encuentra, por así decirlo, en estado de revolución: Art. VII. «*La necesidad de enunciar estos derechos supone ó la presencia ó el recuerdo reciente del despotismo.*»—Art. IX. «*La ley debe proteger la libertad pública é individual contra la opresión de los gobernantes.*» Véase también el art. XI, aun cuando trata únicamente de la resistencia á la ilegalidad, el art. XVIII relativo á la domesticidad, el art. XXVI y el art. XXVII, bien característico: *Que todo individuo que usurpe la soberanía sea al instante condenado á muerte por los hombres libres.*» (Este artículo cae bajo la acción de las leyes actuales), el art. XXVIII que tiene la extraordinaria pretensión de reservar el porvenir, como si el porvenir no fuera dueño de sí mismo, y, en fin, los artículos XXXIII, XXXIV y XXXV que legalizan la insurrección.

A pesar de esas aspiraciones liberales, se vé bien que los autores del documento no son libres. El *Ser Supremo* encabeza todavía el preámbulo. El respeto de la libertad del vecino está enunciado bajo la forma eclesiástica: «*No hagas á otro lo que no quisieres que te hicieran*», buena máxima, hurtada por la religión cristiana á las filosofías anteriores, pero máxima al fin. Una máxima, aunque sea justa, no puede ser reconocida como tal más que después de madura discusión. La discusión falta aquí, sin lo que la máxima citada permanece incompleta. En efecto, cuando se es atacado, se hace necesario defenderse. Para defenderse es preciso frecuentemente causar mal á otro, es preciso hacer á otro lo que no se quisiera que se nos hiciese, es preciso algunas veces matar á un semejante. La ley actual misma lo admite con lo que llama «*legítima defensa.*»

Un carácter notable de la declaración de 1793 es su tendencia social. A pesar del punto de vista en que se colocan los legisladores, la tendencia existe. Véase el art. 21 (asistencia á los desgraciados), el art. 22 (instrucción para todos), el artículo 15 (¡penas utilísimas!) y el art. 17 (libertad del comercio y de la industria).

La tendencia socialista está todavía más acentuada en la declaración de los derechos presentada á los jacobinos por Robespierre el 21 de abril de 1793. Esta declaración dice:

«*El derecho de propiedad está limitado, como todos los demás, por la obligación*

de respetar los derechos de otro. No puede perjudicar ni la seguridad, ni la libertad, ni la existencia, ni la propiedad de nuestros semejantes.

»*Toda posesión, todo tráfico que viole este principio, es esencialmente ilícito é inmoral.*

»*Para que los derechos del pueblo no sean ilusorios, para que la igualdad no sea quimérica, la sociedad debe pagar los funcionarios públicos y hacer de manera que los ciudadanos que viven de su trabajo puedan asistir á las asambleas públicas donde la ley los llame, sin comprometer su existencia y la de sus familias.*»

Pero lo que es notable en el proyecto de Robespierre, es la tendencia humanitaria é internacionalista. La constitución del 24 de junio de 1793 dice:

«*El pueblo francés es el amigo y el aliado natural de los pueblos libres. No se inmiscuye en el gobierno de las otras naciones. No sufre que las demás naciones se inmiscuyan en el suyo.*»

El proyecto de Robespierre estaba concebido en los siguientes términos:

«*Los hombres de todos los países son hermanos; los diferentes pueblos de la tierra deben ayudarse entre sí, según su poder de igual modo que los ciudadanos de un mismo Estado.*

»*El que oprime á una sola nación, se declara enemiga de todas.*»

«La influencia de Robespierre sobre los autores de la constitución de 1793, dice Luis Blanc, no fué enteramente exclusiva del ascendiente de Condorcet.

»El artículo que en la obra de la montaña hace de la propiedad un derecho absoluto, invariable; el que emancipa el comercio y la industria hasta hacerlos independientes de la moral; el que consagra el egoísmo nacional proclamando el principio de no intervención, llevan impreso el espíritu girondino.

»Así Robespierre estuvo lejos de considerar la constitución como una obra definitiva. Lo declaró en plena sesión de los jacobinos al presentar su memoria. Mas así y todo, tan imperfecta como se quiera, la juzgaba superior á las instituciones morales y políticas de los demás pueblos y por otra parte tenía á sus ojos el mérito de poner término á la incertidumbre en que hasta entonces habían flotado los destinos del pueblo francés. Fué su opinión que era menester agruparse al rededor de la constitución, aun cuando se hubiese de tratar siempre de perfeccionarla, y tal sentimiento prevaleció en el club de los jacobinos.»

***

Hemos dejado aparte voluntariamente en este estudio, el lado histórico de la cuestión. Convendría, bajo este punto de vista, hablar de los filósofos del siglo XVIII, señalar la residencia de Jefferson en Francia y examinar la constitución de la Virginia. Esta parte histórica no tendría más que un interés retrospectivo.

***

Después del análisis de la declaración de 1793, insistiremos una vez más sobre el hecho de que ninguna de las declaraciones de 1789, 1791 y 1793 es un documento razonado. Son interesantes, dada la época, pero no soportan el libre exámen.

¿Cuáles son, conforme á la lógica, los derechos del hombre? He ahí lo que interesa determinar.

***

¿Qué deben ser los derechos del hombre?

I

El ideal del individuo es llegar á su completo desenvolvimiento, de tener, en un momento cualquiera de su existencia, la más grande suma posible de goces.

Tal individuo no puede esperar la realización de su ideal encerrándose en una vida estrecha, fabricándose sus propios vestidos, procurándose el alimento,

rehusando aceptar las invenciones de los demás hombres. Lo querrá, pero no podrá. Antes del período de razón, habrá aprendido á hablar, á leer, etc. Se habrá beneficiado del pasado. Que quiera que no, la solidaridad existe. Se verá, pues, forzado á vivir con sus semejantes, porque está hecho para vivir en sociedad.

En estas condiciones habrá de decirse:

«Cada uno de los demás hombres tiene el mismo ideal que yo. Cada uno de los demás hombres desea llegar á su completo desenvolvimiento, desea tener el máximo de goces. Si cada uno de nosotros persigue su ideal sin reparar en obtenerlo á expensas de los demás, habrá lucha, habrá *concurrencia*. Si cada uno de nosotros persigue su ideal teniendo en cuenta el del vecino, habrá *solidaridad*, supresión de lucha.»

La Sociedad actual está basada en la concurrencia. Cada uno de nosotros, para vivir, está obligado á luchar con los demás. Simplemente *para no morir*, es menester solicitar y obtener un trabajo que solicitan otros, quitar á otros este trabajo. Cada individuo es una bestia feroz que defiende su pellejo y su bienestar contra sus contemporáneos.

Imaginemos, por el contrario, una sociedad en la que la concurrencia sea reemplazada por la solidaridad. ¿Qué sucederá? Los hombres trabajarán en común por el bienestar común. Será suficiente que cada egoísmo admita el egoísmo del vecino, que cada libertad admita la libertad de otro.

Naturalmente, la recíproca deberá existir. Se tendrá el derecho de exigir á los otros que reconozcan la suma de egoísmo y de libertad que se les reconoce. Si los otros no la reconocen, no se les deberá respeto alguno á su egoísmo y á su libertad.

Que no se nos diga que la sociedad no puede ser establecida sobre un convenio. Sobre un convenio está establecida, sobre el *principio de autoridad*. Una minoría dirige á la masa. Los oficiales, minoría, dirigen á los soldados que son mayoría; el patrono dirige á los obreros; el sacerdote á los fieles; el diputado á los electores; los ricos á los pobres.

Hasta el presente todas las sociedades han sido establecidas sobre el principio de autoridad. El socialismo mismo es una forma de este principio. Delegar los poderes en algunos para el mejor arreglo de la colectividad, he ahí el colectivismo. Este sistema conduce al abandono de los propios derechos. Se corre tanto riesgo estando oprimido por un cierto número de individuos como por uno solo.

Nadie deberá oprimir, nadie deberá ser oprimido, tal es la divisa del hombre libre. La libertad conduce lógicamente al comunismo. Conduce también á la anarquía. El ideal del hombre libre y razonable es la ausencia de gobierno. El peligro de la ausencia de gobierno es la lucha con los hombres no razonables. Para evitar esta lucha y el estado de concurrencia, todo hombre no deberá tener nada más ni nada menos que los otros.

Las condiciones de una declaración lógica de los derechos del hombre deberán, pues, según nosotros, ser las siguientes:

Determinar:

1.º La suma de libertad que cada hombre podrá esperar de los demás sin perjuicio de la libertad de éstos; 2.º La suma de libertad que cada hombre deberá conceder á los demás sin perjuicio de su propia libertad.

Así planteado el problema, permitásenos definir algunas palabras puesto que las definiciones del diccionario no siempre sirven tratándose de ideas nuevas.

Derecho (según el diccionario), del latín *directum, rectum,* conforme á regla.

En moral y en jurisprudencia, el derecho es la facultad de realizar un acto, de gozar de una cosa, de disponer ó exigir cualquier cosa de otra persona.

Derecho (nuestra definición). La suma de libertad de que un hombre debe poder disponer.

Deber (según el diccionario), del latín *debere*, aquello á que se está obligado por la moral, por la religión, por la ley, por un contrato ó por decoro. La ciencia de los deberes constituye la moral. Se los divide generalmente, como á la moral misma, en tres clases: deberes para con Dios, deberes para consigo mismo y deberes para con sus semejantes.

Deber (según nuestra definición). Actitud á guardar con los demás según la actitud de ellos mismos.

Se debe:

La benevolencia al benévolo;
La malquerencia al que mal nos quiere;
La tolerancia á los tolerantes;
La intolerancia á los intolerantes;
La vida á los que nos la desean;
La muerte á los que quieren la muerte;
Etc.

Benevolencia (nuestra definición). Estado de espíritu del que está dispuesto á facilitar á otros los mismos goces que á sí mismos.

Para los que admitan lo que procede, y no para los demás, se puede establecer, como ensayo, los derechos y deberes del hombre á tenor de lo que sigue:

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS Y DEBERES DEL HOMBRE

Artículo 1.º

El derecho de un individuo es la mayor suma de libertad de que puede usar este individuo teniendo en cuenta la libertad igual para los demás.

Artículo 2.º

La suma de libertad de que puede disponer un individuo no ha de ser inferior á la del individuo que más tenga. No ha de ser superior á la del individuo que tenga menos. Todo el mundo debe tener la misma. En efecto, todo individuo que disponga de una suma de libertad igual á la del individuo más libre, comprenderá que debe á los demás una suma de libertad igual á la que posee él mismo.

Artículo 3.º

No se debe la libertad á los que no dan libertad á los otros. A aquellos individuos no se les debe más que un tratamiento recíproco.

Artículo 4.º

La libertad ni se pide ni se exige. Es un derecho. Se toma.

Artículo 5.º

Los débiles, los locos, los enfermos no pueden ser considerados en estado de reciprocidad. No tienen deberes, sino solamente derechos. Ante ellos no se tienen más que deberes de benevolencia.

***

Démos algunos ejemplos de Aplicación de los anteriores artículos.

Cada individuo tiene derecho á poseer tanto como el que posea más.

Cada individuo tiene derecho á exponer su opinión tanto como el que pueda exponer más la suya.

No admitiendo ninguno de nosotros que podemos ser castigados, tampoco podemos castigar á los demás.

CONSECUENCIAS

Si cada individuo dispensa á otro individuo ó á una colectividad de indivi-

duos el tratamiento que le dispensa este otro individuo ó colectividad, se tendrá interés en ser útil, y se le cuidará muy mucho de no causar daño alguno.

Cuando los hombres hayan admitido estos principios, cuya base es el egoísmo individual, comprendrán que la única disposición que suprime la lucha es, no la *concurrencia*, sino la *solidaridad*.

PARAF-JAVAL
1900

La reciente evolución de los socialistas de Estado

I

Observamos en estos últimos cuatro años una división en todas las organizaciones nacionales de los socialistas de Estado. A un lado encontramos los hombres surgidos de un movimiento revolucionario, sea el de 1848, como Liebknecht y sus amigos, sea el del revolucionario ruso, como Plekhanoff y Srta. Zassoulitch, la famosa revolucionaria de 1878. A otro lado hallamos los discípulos y compañeros de ayer, como Bernstein y Vollmar en Alemania, Jaurés, Jourdes y Viviani en Francia, y la mayoría de los marxistas de Rusia.

Los hombres de la primera categoría que salen de un movimiento revolucionario han permanecido más ó menos fieles á las reivindicaciones de la democracia socialista y jacobina, y, sobre todo, han conservado su diccionario revolucionario de antaño. Pero bajo la influencia de la doctrina de su Estado socialista y reformador, han adoptado la táctica de acción política legal y parlamentaria, y el partido que se iba formando entorno de ellos se organizaba según un principio de centralización y de autoridad. Toda idea federalista y autonomista quedó rigorosamente combatida.

No quiero entregarme aquí á una polémica contra las gentes que creen sinceramente que se puede llegar á una solución deseable de la cuestión social con una táctica legal y parlamentaria en un Estado capitalista y militar. Me limito á reseñar hechos bien conocidos de todos los socialistas.

Desde los comienzos de este movimiento legal y parlamentario se indicó ya á sus iniciadores que su táctica no tardaría en imponer á su partido concesiones al Estado capitalista y semi-alianzas con los enemigos de las reivindicaciones realmente socialistas. No tardaron los acontecimientos en averar esta profecía. Hemos ya visto á los socialistas ateos y revolucionarios deliberando amistosamente con los jesuitas en el congreso de Zurich en 1897; vemos á Vollmar y demás, en Baviera, en alianza formal con los clericales en las elecciones parlamentarias, y, en Inglaterra, algunas fracciones de estos socialistas de Estado, los «Fabians» y el *Clarion*, declararse «imperialistas» y sostener la política deshonrosa, de opresión y de esclavitud de los históricos criminales que tienen por nombre Chamberlain, Rhodes y Milner. De Rusia leemos sus proclamas á los obreros en las que les recomiendan abstenerse en todas las manifestaciones revolucionarias de la juventud rusa (1897); en sus folletos de propaganda encontramos que se puede predicar el socialismo y organizar el movimiento obrero sin tocar el absolutismo feroz y teoburocrático del cesarismo.

Los hechos mencionados y otros que omito para mayor brevedad, eran puestos en práctica hace años sin que levantaran protesta por parte de los jefes. Unicamente el año pasado los antiguos revolucionarios descubrieron hasta que punto el oportunismo, hasta que punto reaccionario les había conducido su tác-

tica. Dos hechos bien característicos se presentaron ante ellos: en Alemania la tentativa de Bernstein para desembarazarse de la fraseología socialista-revolucionaria y sancionar como principios lo que hace años se practica en Francia, la formación del ministerio Waldeck Rousseau-Gallifet-Millerand.

Los viejos, todos los que se creen los verdaderos guardianes de la tradición socialista revolucionaria con Bebel, Liebknecht, Kautsky, Plekhanoff y otros, principiaron á combatir esta proposición de declarar honradamente, como principios del partido, la práctica diaria del moderatismo y del oportunismo puramente político. «Hombre estúpido,» decía de Bernstein, el censor oficial del partido ,Auer; «esto se hace, pero no se dice.» Pero Bernstein expresó lo que se decía y hacía, tanto en Alemania como en Rusia, en Francia como en Italia y otras partes, puesto que la misma evolución política y reaccionaria se desarrolla entre los socialistas deEstado de todos los países, y, á pesar de una polémica muy acalorada, parece que los Bernstein, los Vollmar y los reaccionarios conservaron bien su terreno y ganan partidarios.

¿Habrá qué decir, que desde el punto de vista de una política legal y fundada exclusivamente en la agitación electoral, los reaccionarios son mucho más lógicos? ¿Qué hay de común entre la acción revolucionaria y el legalismo tendente al Estado capitalista y militar? ¿Qué hay de común entre el comunismo y el colectivismo con el salariado contemporáneo sancionado por su política legal? Nada hay efectivamente de común, y los reaccionarios tienen razón cuando dicen: «Declaremos en lenguaje bien apropiado á nuestra práctica diaria, declaremos abiertamente que somos un partido de reformas pacíficas y dejemos á un lado todas las fórmulas socialistas y su fraseología revolucionaria.»

Los que, entre los socialistas de Estado, se creen los guardianes del «verdadero socialismo científico,» se separan de sus discípulos y compañeros, diciendo que los partidarios de Bernstein, de Jaures, de Viviani y otros traicionan los principios socialistas. Estos se defienden probando con la historia parlamentaria de los socialistas de Estado, que son fieles á los principios.

¿Quienes tienen razón? Creo que hay aquí una confusión. Ambas fracciones hace tiempo que desnaturalizaron el socialismo. Hace tiempo que se convirtieron en hombres políticos admitiendo algunas reformas sociales del género de las de lord Shaftesbury y de los radicales ingleses y de los radicales socialistas franceses. Si se leen las reseñas de su «Comité general,» residente en París, se ve bien que las dos fracciones están igualmente alejadas del socialismo y de la acción revolucionaria.

II

¿Cuál es la reivindicación fundamental del socialismo?

La abolición de la explotación del hombre por el hombre, por la sociedad, por no importa quien sea. ¿Puede llamarse socialista aquel que predique al pueblo explotado por el Estado las excelencias de éste? Lo dudo mucho, pues el mayor explotador económico es actualmente el Estado. Sí; es el Estado quien arruína los pueblos, desarrolla el parasitismo social, divide, embrutece y oprime á la humanidad. He aquí las pruebas:

Las seis grandes potencias de Europa arrebatan á la fuerza á sus súbditos 16,007.000,000 de francos. Esta monstruosa suma de robo legalizado se reparte como sigue:

Inglaterra.	2,540 millones.
Austria-Hungría.	2,720 »
Alemania.	1,702 »
Francia.	3,550 »
Italia.	1,755 »
Rusia.	3,740 »
TOTAL. . .	16,007 millones.

Si á este presupuesto de Estado agregamos los gastos municipales y comunales, obligatorios, impuestos también á la fuerza, y que por regla general pasan del cuarto del presupuesto del Estado, obtendremos una suma de 20 mil millones arrancados á los 300 millones de habitantes de estas grandes potencias. ¿Sabéis, compañeros, á cuanto toca por individuo? Según la estadística, únicamente una octava parte de la población está clasificada como productora; por consiguiente, 38 millones de productores pagan los susodichos 20 mil millones. Cada obrero, cada campesino está privado anualmente de una suma de 520 francos. De otro modo: cada productor debe privarse, á beneficio del parasitismo militar, burocrático, clerical y policíaco, casi de una mitad de su salario anual.

¡Y se preconiza el Estado, se legaliza esta explotación formidable, llamándose socialista!

No, camaradas, el socialismo no tiene que tener nada de común con el Estado, como el ateísmo no puede tenerlo con la Iglesia. ¿Qué diríamos de un Voltaire, de un Diderot, de un Shelley, predicando religión á los ateos para obtener una mayoría de curas ateos, para destruir la iglesia y las superticiones deistas?

El caso es el mismo para el socialista que aconseja á todos los socialistas hacerse administrador, diputado ó funcionario de este Estado-cáncer que devora todo el organismo social.

La errónea idea de un Estado socialista, «el Estado-servidor,» formulada por Louis Blanc, fué cultivada durante estos últimos cincuenta años con cierto resultado en Alemania, de donde se trasladó á todas partes. ¿Se ha ganado algo para el pueblo? ¿Se ha disminuído, sobre todo, la explotación de las fuerzas productivas del pueblo? Todo lo contrario. La explotación por el Estado aumenta en espantosa progresión.

Las mismas citadas potencias recaudan:

En 1810. . . .	2,954	millones	francos.
» 1850. . . .	4,945	»	»
» 1890. . . .	16,000	»	»

Esto quiere decir que durante los primeros cuarenta años, cuando todos los amigos del progreso se oponían á la opresión y á la explotación del Estado, el presupuesto anual no se doblaba, mientras que, durante los últimos cuarenta años, cuando en nombre del socialismo y de la revolución se cantaron las excelencias del Estado, vemos que el presupuesto de 1890, traspasa tres veces el de 1850, seis veces el de 1810 y la progresión de este despilfarro se expresa por las cifras 3, 5, 16...

¡Jamás la anual explotación capitalista podrá llegar á esta cifra formidable! Y además, el Capitalismo, sin la protección del Estado, sin el militarismo y la magistratura, sin la policía y la burocracia, no puede existir mucho tiempo, sobre todo si los productores se organizaran sobre una base económica y no electoral; si estuvieran por una lucha revolucionaria y no por las revistas electorales. Sí; el capitalismo y la explotación individual no podrían resistir á los productores solidarizados y autónomos, si el explotador más formidable, el Estado, quedara anulado por una lucha enérgica por parte de los socialistas. He aquí porque motivo decía yo hace poco que cada socialista debe atacar el Estado y aun añado atacarle antes que nada.

Afortunadamente los hombres sinceros de diferentes profesiones de fé principian á comprender la influencia nefasta del Estado y de la autoridad sobre la vida social é individual.

Así vemos deistas como Tolstoi, individualistas como Spencer, Ibsen y otros grandes autores, mutualistas como Tucker y los anarquistas-individualistas elevando su voz contra el Estado y la autoridad.

Continuemos, pues, anarquistas comunistas, nuestra activa propaganda para

la abolición inmediata del Estado explotador y opresor, y la humanidad sufriente no tardará en librarse de este fetiche deshonroso. Digamos á nuestros hermanos socialistas, sobre todo á los que en Francia acaban de declararse federalistas y en pró de la huelga general, que nosotros saludamos esta última solución en su táctica; que esperamos verles pronto entrar en una lucha verdaderamente socialista y revolucionaria como la de la supresión de la explotación del hombre por el hombre, por el Capital, por el Estado. Pueden contar de antemano con que en semejante lucha encontrarán á su lado á los combatientes anarquistas desinteresados y animosos.

W. Tcherkesoff

Situación del partido socialista parlamentario [1]

Hemos creído que el congreso de los socialistas anarquistas no podía dejar de interesarse respecto la situación del partido socialista autoritario que, bajo nuevos nombres, no tiene más objetivo, en suma, que continuar los errores de la sociedad actual girando entorno de la monstruosa razón de Estado, sin cesar opuesto á las justas reclamaciones de sus eternas víctimas.

Estos pretendidos socialistas revolucionarios pretenden nada menos que reconstituir una nueva Iglesia fuera de la cual serán declarados traidores á la revolución todos los disidentes.

En espera, y para alcanzar con más seguridad el triunfo de su credo, nuestros ortodoxos en «lucha de clases» instituyeron un comité general, especie de dictadura cuyos acuerdos fueron declarados indiscutibles.

Si se nos tacha de exagerados, bastará para convencerse de lo contrario leer únicamente los procesos verbales del susodicho comité general.

Estos son, en efecto, un reflejo exacto de la doctrina adoptada por los delegados de los diversos partidos obreros presentes al Congreso de diciembre de 1899.

Conforme á esta doctrina y al mandato que se dió al Comité para que velara por su aplicación, desde su entrada en funciones ha hecho acto de gobierno dictatorial, subalternizándose electores y elegidos que han domesticado, declarando que todos los mandatarios del sufragio universal, desde el día siguiente al de su elección, dependerían únicamente del Comité general, convertido en su dueño y juez. Para admiradores del sufragio universal esto es simplemente cínico.

Todo miembro del Parlamento, todo concejal fué transformado, por medio de sucesivos acuerdos del Comité general, en agente exclusivo á sus órdenes y obligado á marchar allí donde se le mande y sostener sus únicos intereses, bajo la inspección policíaca de agentes encargados de vigilarlos en el cumplimiento del papel que se les asigne.

Es en efecto interesante ver á nuestros pretendidos revolucionarios socialistas preparar de este modo el advenimiento de un gobierno que dejaría atrás las enormidades autoritarias de los cesaristas más furibundos y que podría llamar anarquista al autócrata ruso si lo comparara con ellos.

---

(1) No hay que decir que se trata de la situación anterior á la apertura del Congreso Internacional y del Congreso nacional celebrados en 23 septiembre y 1.° octubre de 1900.

Verdad que el célebre Comité general pretende amurallarse en su fidelidad á los principios y en que ha luchado siempre por «el bien de los oprimidos,» refrán propio de todos los tiranuelos pasados y futuros.

«La esclavitud voluntaria crea más tiranos que la esclavitud obligatoria,» escribía La Boétie en el siglo décimo sexto. Si viviera con mucha mayor razón lo escribiría hoy, pues á pesar de la Revolución efectuada hace más de un siglo en nombre de la Libertad, las generaciones que se suceden y pretenden ser sus continuadores, parece como si no tuvieran otro cuidado que crearse nuevas servidumbres. Y sin embargo, estas gentes del Comité general, en fuerza de exagerar la tensión de sus relaciones con sus *súbditos,* han provocado una rebeldía en la cual bien pudiera ser que naufragaran, y lo más curioso es que esta rebeldía tiene precisamente por instigadores á aquellos que más les empujaron en esta vía contra-revolucionaria, sin duda despechados por haber sido excluídos de la dirección que en ella pretendían.

Como es incontestable que tales manejos no puede menos que causar perjuicios á la marcha de la idea revolucionaria creando nuevos obstáculos que habrá que destruir luego, nosotros nos alegramos de este fracaso de una tentativa que no podía tener otros resultados que arrojar el proletariado sobre la «Conquista de los poderes públicos», lo cual vendría á ser una nueva esclavitud.

Por poco que reflexionen los sinceros partidarios de la revolución social, es imposible que no lleguen á comprender que no se trata de crear un nuevo *Partido,* obrero ó no, ya que toda concepción de este género no hace más que restringir el objetivo perseguido por esta revolución que, al contrario, debe traer la desaparición de *todos* los partidos. El triunfo de no importa cual no tendría otro objeto lógico que satisfacer los intereses estrechos de sus partidarios en detrimento de los intereses de todos, como lo han demostrado las revoluciones sucesivas cuya historia nos señalan las dolorosas y sangrientas decepciones.

G. Lefrançais

La pequeña industria en Inglaterra

Los socialistas del 1848 quedaron muy sorprendidos con «la revolución industrial» que se efectuó en aquella época. Cuando vieron que los pequeños artesanos, sobre todo los pequeños tejedores de la industria algodonera, aplastados por las grandes fábricas en las cuales los hombres, las mujeres y los niños hacían un trabajo excesivo en condiciones atroces, tomaron este hecho como un poderoso argumento á favor del socialismo y contra el régimen burgués. «Este sistema,—decían—si se extiende, traerá forzosamente la revolución; encerrados los trabajadores en estos infiernos industriales tendrán que rebelarse.» La «concentración del capital y de la industria» se convirtió en tema favorito de los fourieristas y sansimonianos que se aprovecharon de él para probar la necesidad histórica del socialismo. Sus sucesores alemanes Engels y Marx desarrollaron la misma idea y la exageraron desmesuradamente convirtiéndola en una ley universal de «desarrollo histórico,» la cual pretendieron haber descubierto. Pronto llegaron hasta declarar que las pequeñas industrias son un obstáculo al progreso industrial, técnico y social, así como al acrecentamiento del poder del hombre sobre la naturaleza, obstáculo que «debe ser aniquilado y se aniquila», según palabras del mismo Marx. Cuando esta aniquilación esté terminada los grandes capitalistas se devorarán unos á otros, agregaba Marx, y solamente

quedarán «algunos usurpadores» que será facilísimo expropiar. Parecidas generalizaciones, muy amplias pero basadas en poquísimos hechos, se encuentran muy á menudo en la ciencia alemana. No obstante, el hecho de que Alemania atraviese en este momento la misma fase de concentración de *ciertas* industrias, da á estas fórmulas simplistas del progreso, una apariencia de realidad y se han convertido en artículo de fe entre un determinado número de escritores economistas.

Tcherkesoff, y después de él, Vandervelde y Bernstein, han demostrado lo que de erróneo había en esta generalización concerniente á la concentración del capital. El número de capitalistas en los países de grande industria crece en muy grandes proporciones en lugar de disminuir.

Por lo que concierne á las pequeñas industrias yo intenté demostrar hace ya algunos años (*The Industrial Village of the Future,* en la *Nineteenth Century* de 1888, y asimismo en un libro, *Fields, Factories and Workshops,* Londres 1899) que las pequeñas industrias, aún en Inglaterra, sin hablar de las naciones del continente, mantienen toda su importancia y vigor, y que á medida que la industria se concentra en algunas de sus ramas, nacen masas de pequeñas industrias al lado de las grandes y dan trabajo á muchísimos obreros. En el libro citado recogí muchos hechos para probarlo por lo que concierne á Francia. Asimismo en Bélgica, donde, de 290,300 obreros industriales, cerca de la mitad trabajan en fábricas y talleres que tienen menos de 50 obreros cada una, y cerca de un tercio en talleres que sólo ocupan *tres* obreros por término medio.

Quedaban en pie algunas dudas por lo que en Inglaterra podía suceder, y como no existía estadística industrial en este país, era imposible conocer el total de talleres y de trabajadores, y mucho menos poder determinar la importancia relativa de la grande y de la pequeña industria.

En 1897 y conforme á la ley de 1895, los inspectores de fábricas pudieron dar la primera estadística de los trabajadores, con escepción de los de la industria de tejidos, y fué posible *por vez primera,* formarse una idea de la grandiosidad de las fábricas inglesas y del grado de concentración de las diversas industrias británicas. Todo lo que se había dicho antes sobre el particular era la expresión de un *sentimiento,* de una hipótesis: *las cifras no existian.*

Desgraciadamente ni aún en la actualidad los inspectores nos dan las listas de todas las fábricas, ni las tablas indicadoras del número de ellas que tienen más de 1,000 obreros, de 1,000 ó de 500. Nos proporcionan tan sólo el número de fábricas y de trabajadores, separadamente por cada una de las 370 clases de la industria y por cada uno de los 100 condados del reino británico. Podemos únicamente obtener con estos datos simples medias. Aprovechando esta grande subdivisión de la industria en 37,000 grupos, calculé un gran número de medias para estas subdivisiones y después de un largo trabajo (publicado en artículo, *Small Industries of Britain, Nineteenth Century,* Agosto 1900) pude obtener resultados curiosos concernientes á la inmensa importancia de las pequeñas industrias de Inglaterra, país que se creyó siempre de grande industria.

He aquí, por de pronto, los totales y las medias generales. Por *fábrica,* los inspectores designan todo establecimiento industrial que tiene un motor mecánico (vapor, gas, electricidad, petróleo) y por *taller* todo establecimiento que no tiene motor. Las cifras referentes á los talleres son incompletas.

En 1897	Número de establecimientos	Número de obreros	Media de obreros por establecimiento
Fábricas textiles. . . .	10,883	1.051,564	97
Otras fábricas.	79,059	2.755,460	35
Talleres.	88,814	676,446	8
TOTALES. . .	178,756	4.483,800	25

A este cuadro hay que añadir cerca de 58,000 talleres no registrados aún por los inspectores, y 500,000 obreros que trabajan en ellos. Esto daría un total de 237,000 fábricas y talleres con más de 4.800,000 trabajadores industriales; la media por establecimiento sería de 20 obreros.

Tomando las industriales *textiles* después de haber calculado 400 medias y trazado con su ayuda una curva, he podido llegar á los resultados siguientes:

Fábricas textiles	Número de fábricas	Número de obreros
Con más de 500 obreros. . . .	200	203,100
De 499 á 200 » . . .	660	231,000
De 199 á 150 » . . .	1,475	258,120
De 149 á 100 » . . .	1,480	185,000
De 99 á 50 » . . .	1,380	103,500
Menos de 50 » . . .	1,410	42,300
TOTALES. . .	6,605	1.022,020

Obtuve, además, del inspector de las fábricas, Sr. Whitelegrr, una cifra exacta demostrativa de que en Inglaterra sólo existen 65 fábricas textiles que empleen más de 1,000 obreros cada una. En total ocupan 102,600 obreros, obreras y niños.

Como se ve, aún en la industria textil, las pequeñas fábricas que ocupen menos de 150 obreros cada una se elevan á 4,270 y emplean una tercera parte de los obreros textiles. Las grandes fábricas no han destruído las pequeñas. Estas no han hecho más que especializarse y abrir nuevas ramas de la industria. Además, en las industrias que han de cambiar continuamente de fabricación para seguir ó crear las modas, las pequeñas fábricas son en mayor número.

En las industrias no textiles: hierro, porcelana, cueros, etc., los resultados son aún más sorprendentes. Comprendiendo los inmensos arsenales de construcción de buques y las inmensas fábricas de cañones y blindajes para el Estado, hay en toda Inglaterra 128 fábricas que ocupan más de 1,000 obreros cada una (355,208 obreros en junto sobre 2.755,460). El resto está distribuído en talleres ó fábricas medianas y sobre todo en las pequeñas y las más inferiores aún. Según cifras exactas del Sr. Whitelegrr, hay 34,042 fábricas, sin contar los talleres, que tienen menos de 10 obreros cada una. Son, por lo tanto, más de 34,000 patronos y 270,000 obreros que pertenecen á la pequeña industria, sin contar los talleres que no tienen motor mecánico.

En efecto, recorriendo las listas de los inspectores y las medias que obtuve, vemos que las fábricas de gas, de cautchouch, las vidrierías y los altos hornos pertenecen á la grande industria. Pero aún en esta rama hallamos 5,318 altos hornos que sólo emplean de 60 á 15 ó 10 obreros cada uno y existen 508 *altos hornos que emplean menos de 10 obreros cada uno.*

Los arsenales, las fábricas de alcalí, de indianas y tintorería, pertenecen también á la grande industria. Pero también en estas ramas la pequeña industria pulula al lado de la grande y las medias son por lo general muy bajas. Las ramas que comprenden la fabricación de muebles, pólvora, galleta, poseen cada una un pequeño número de grandes talleres, muy conocidos en toda Inglaterra por sus anuncios. Pero al lado de estos grandes establecimientos, hormiguean los pequeños y los más inferiores. En la del mobiliario hallamos 2,500 talleres cuyas medias son de 20 á 50 obreros; 968 tienen menos de 10 obreros cada una. Al lado de las grandes fábricas de galleta y de chocolate, hallamos 4,000 establecimientos que á penas tienen de 10 á 50 trabajadores. Hasta en las cervecerías, etc., hay 989 establecimientos con menos de 10 obreros. Respecto á las aguas gaseosas, industria de reciente origen, la pequeña indus ria domina:

37,000 personas trabajan en 3,365 fábricas y de estas 2,000 pertenecen á la pequeñísima industria con menos de 10 obreros.

Con esta enumeración hemos agotado la lista de las industrias que tienen buen número de grandes establecimientos de producción. El resto pertenece al dominio de la pequeña industria que contiene varias principales en Inglaterra, como el trabajo de metales, fabricación de herramientas, maquinaria agrícola. Aquí reina soberanamente la pequeña industria y ocupa *cerca de un millón de trabajadores.* La cuchillería está absolutamente en el mismo estado que la encontramos en Vorsma y en Pavlovo, en Rusia, ó en Nogent, Francia. Está en el mismo estado que hace un siglo con la diferencia que el motor á vapor suple la fuerza mecánica á tanto por semana. Un patio cuadrado rodeado de un edificio de dos ó tres pisos. Cada cuarto recibe la fuerza motriz de una máquina central. El centro de la fábrica ocúpalo una fundición, 5 — 10 obreros. El subsuelo y bajos ocúpanlos los pequeños talleres de afilar, con 10 — 15 obreros por media, y los fabricantes de sierras y de escofinas.

El taller de cuchillos es un cuarto de 4 metros cuadrados con un pequeño horno y un yunque, mientras que el primer piso consiste en cuartos, atravesados por el árbol-motor, en los que el patrono trabaja con 7 á 10 obreros. La cuchillería inglesa, las sierras, las tijeras, las escofinas, las herramientas complicadas, todo está hecho por pequeños industriales. En Sheffield hay 170 edificios de este género *(tenement factory)* en los cuales 2,900 patronos alquilan y realquilan á tanto por semana sus pequeños talleres.

Casi toda la fabricación de cerraduras (500 con 4,000 obreros en Willenbalt), de estribos, bocados, objetos en hierro blanco y galvanizado, aparatos higiénicos para las casas, toda esta inmensa industria consiste en pequeños talleres que tienen 20, 10, 5 obreros cada uno. Lo que más sorprende es que aun en la fabricación de las máquinas y herramientas agrícolas (32 obreros en media por taller), de calderas de vapor (48 por taler), y herramientas para agujas (25 por taller), la pequeña industria domina también. Representa 104,000 obreros distribuídos en más de 3,000 fábricas y 60,000 en 7,500 talleres. La cifra seguramente quedará doblada cuando se obtengan datos más exactos.

Luego nos hallamos con 46,000 personas que trabajan en 1,780 fábricas y talleres de bicicletas y que constituyen una verdadera pequeña industria. En una palabra: 830,260 obreros que pertenecen al trabajo de máquinas, herramientas, equipajes, se hallan ocupados en 14,899 talleres, los cuales, á pesar de la existencia de las inmensas fábricas de los Whitngort, de los Armstrong y del Estado, tienen una media de 56 obreros por taller.

Respecto á las industrias de menor importancia, platerías, aparatos fotográficos, joyas, juguetes, etc., cuentan una docena de grandes talleres y millares pequeños.

Los curtidos, porcelanas, alfarería, tejas, ladrillos, pertenecen á la pequeña industria: 11,200 talleres ó fabricas con 260,000 trabajadores. Hasta que punto estas industrias están subdivididas puede verse por el número siguiente de talleres que tienen menos de 10 obreros: ebanistería 3,085 talleres; ladrillos y tejas 399; porcelana y alfarería 363; curtidos 241; aparatos higiénicos 231; barnices y colores 205; lino 489; tabaco y cigarros 143, etc.

En fin, en la imprenta, encuadernación y papelería donde encontramos 6,000 fábricas (120,000 obreros y 4,219 imprentas con motores mecánicos, no hay más que 10 obreros en cada una. La fabricación de cepillos, cuerdas, artículos de fantasía, pertenece á la pequeña industria y de 2,755,000 obreros que trabajan en las industrias no textiles, hay más de 1,200,000 que pertenecen á la pequeña industria.

Respecto los talleres sin motor mecánico hallamos cerca de 1,176,000 hombres y mujeres trabajando en 147,000 talleres cuya capacidad media es de 8 obreros por taller. Además existe el número de talleres de sastrería, panadería,

carruages, cuyos dos tercios trabajan por el gran mercado comercial. Toda la confección de vestidos, sombrerería, pertenecen á esta categoría. Los grandes almacenes de las grandes ciudades y aun las grandes sastrerías no fabrican nada; no hacen más que vender los productos fabricados en millares de pequeños talleres diseminados en los arrabales ó en las campiñas inglesa y escocesa.

Conclusiones

Las conclusiones de este trabajo son las siguientes:

Como todas las demás naciones, Inglaterra, después de tres cuartos de siglo de «concentración industrial,» continúa siendo un país en que las pequeñas industrias nacen todos los días, pululan y se multiplican al lado de las grandes. De éstas y que contengan más de 1,000 obreros sólo existen 193 en todo Inglaterra. Las fábricas con más de 500 obreros dan trabajo á una octava tan solo de todos los obreros industriales (600,000, de los 4,800,000).

Un poco más de las tres octavas partes de los obreros industriales ingleses trabajan en fábricas medias de 100 á 200 obreros. El resto, es decir, más de la mitad (más de 2,000,000) pertenece á la pequeña industria.

Respecto á los «algunos usurpadores» de que nos hablaba Marx, se elevan á 200,000 patronos.

Lejos de morirse, las pequeñas industrias crecen vigorosamente todos los días. Las de bicicletas, aguas minerales, aparatos higiénicos, los mil objetos útiles de reciente invención, máquinas agrícolas, camisería, cuellos, botones, aparatos fotográficos, bisutería, etc., industrias absolutamente *modernas*, pertenecen al inmenso dominio de las pequeñas industrias.

Los pequeños motores de gas y de petróleo han dado un formidable impulso á la pequeña industria inglesa. La distribución municipal de la fuerza motriz eléctrica, á precios muy reducidos en ciertas grandes ciudades, da en estos momentos un nuevo y formidable impulso (como en el Jura francés y en Suiza) á las pequeñas industrias. Las grandes fábricas de algodón abandonan Manchester y emigran al campo y su lugar lo ocupan, por un lado los inmensos depósitos (sindicatos de pequeños patronos de la industria de tejidos) y por otro una variedad infinita de pequeñas fábricas que trabajan por medio de la electricidad. La predicción del célebre profesor mecánico, W. Norvin, concerniente á la formidable renovación de las pequeñas industrias por la electricidad se está realizando.

Lejos de ser un obstáculo al progreso técnico, la pequeña industria es precisamente el foco de donde surgen á centenares las invenciones técnicas, las máquinas-herramienta, las nuevas ramas de explotación de la naturaleza, y de tal modo, que puede decirse que el progreso técnico de una nación se mide por la cantidad de pequeñas industrias que posee. Ejemplos: la bicicleta perfeccionada por centenares de pequeñas innovaciones; el juguete eléctrico convertido en ferrocarril eléctrico, etc.

En fin, el triunfo *técnico* de la industria no exige de ningún modo la concentración de las industrias en grandes talleres. A menudo éstos le son un verdadero obstáculo. Las grandes fabricaciones ganan sobre las pequeñas, no por la economía de la fuerza motriz ó los progresos técnicos, sino por las *facilidades de salida del género*, facilidades de venta que principian á estar ya amenazadas por la asociación de los pequeños industriales.

En la industria, como en la clase de los rentistas, puede verse en los países muy industriales, la clase de explotadores del trabajo aumenta en lugar de disminuir.

El hecho del vigor y del triunfo de las pequeñas industrias tiene para nosotros su importancia, pues demuestra la posibilidad de combinar la agricultura y horticultura con la industria y la necesidad del pueblo industrial.

Pedro Kropotkin

Antisemitismo y sionismo

¿El socialista, el anarquista, pueden ser lógicamente antisemitas? ¿Deben mezclarse al movimiento antisemítico con la esperanza de desviar este movimiento de su primer objetivo y dirigirlo hacia un resultado más conforme con sus aspiraciones? He aquí la doble cuestión que se ha propuesto al Congreso para que se examinara. Lo más extraño es que las circunstancias nos hayan conducido á discutir sobre una opinión que podría haber parecido definitivamente descartada. Hace diez años ningún congreso socialista ó anarquista hubiera querido perder el tiempo en semejante controversia. Se hubieran contentado con recordar que el proletariado persigue la emancipación de los hombres sin distinción de sexo, raza ó nacionalidad. Era claro, era lógico, bastaba; hoy continúa siendo claro y lógico, pero es doloroso que no baste recordarlo. Asistimos, en efecto, á una perversión extraña de las tradiciones de la lengua francesa: hemos visto nacer y revivir á los *demócratas cristianos;* ha surgido, sin que el buen sentido dirigiera una prosopopeya á los bárbaros, el monstruo bicéfalo llamado *socialista nacionalista;* en fin, síntoma más grave; la actitud de ciertos jefes de un partido científico poderoso ha podido hacer creer que, aun guardándose bien de toda alianza con los antisemitas, era cuestión de ayudarlos. Algunos compañeros nuestros, persuadidos de que hay que mezclarse en todos los movimientos, sean cuales fueren, para encauzarlos hacia la Revolución, no han temido lanzarse hasta cierto punto en este camino.

No queremos hacer aquí una refutación general del antisemitismo; queremos demostrar que los hechos enunciados por los escritores antisemitas son falsos ó están desnaturalizados. Esta obra se ha efectuado ya un poco en todas partes y las refutaciones son buenas por regla general, puesto que era trabajo verdaderamente fácil. El objeto de esta memoria es poder contar en pocas palabras la historia del antisemitismo en Francia en el siglo XIX, señalar quiénes son antisemitas y por qué lo son, y preguntar si los socialistas y los anarquistas pueden tomar parte en el movimiento antisemita, sea en su integralidad, sea favoreciendo las soluciones cobardes y equívocas, como el sionismo, sea con la esperanza de que de una revolución antisemítica nacería la Revolución total.

Después de haber sido mantenido durante dieciocho siglos por la opresión romana y cristiana, el semitismo quedó abolido en 1789 por la declaración de los Derechos del hombre. Lo resucitó Napoleón I, este italiano católico, supersticioso y fanático, del cual no se contarán nunca bastante sus maldades. La obra de la Revolución fué bastante duradera y el antisemitismo quedó anulado con el Imperio. Reapareció durante la monarquía de Julio, que, bajo muchos aspectos, fué más reaccionaria que la Restauración. Una teoría vaga y antisemita apareció en el libro de Toussenel, los *Judíos reyes de la época.* Este libro data de 1836, es decir, del tiempo que separa Casimir Perier de Guizot, época fértil en fusilamientos de proletarios, mientras se constituía en Francia el industrialismo moderno. La segunda República tuvo otras preocupaciones bien diferentes que las de favorecer ó contrariar judíos; bajo Napoleón III fueron demasiado necesarios á la organización de las grandes sociedades modernas de crédito para que nadie soñara en perseguirlos. Vino por último el régimen que gozamos, primeramente dirigido por los liberales que, á pesar de sus innumerables defectos, tenían la cualidad de ser conscientes liberales. Pero en 1885 fueron reem-

plazados por los oportunistas, y la reacción comenzó: *La France juive* de Drumont es de 1886. Conviene hacernos entender bien; cuando hablamos de reaccionarios y de progresistas, no tratamos de definir la distancia que separa á Méline de Burgeois. Damos á la palabra reaccionario un sentido mucho más extenso que á la de conservador; hay que tener en cuenta la evolución general y es bien cierto que los constitucionales de 1789 eran espíritus mucho más avanzados que nuestros radicales. Era conveniente hacer constar que todos los movimientos antisemitas han correspondido á movimientos de reacción, y, si salimos de Francia, vemos que el país donde el antisemitismo es más fuerte es en Austria, precisamente el país que durante el siglo diecinueve fué el centro de la contrarevolución, el país que por más tiempo guardó el sistema feudal y que con tanta energía sostuvo en Europa lo que se ha dado en llamar la *Política de Metternich.*

¿Qué es el antisemitismo? ¿Es cuestión de raza? Los teóricos que lo defienden pasan apuros para poder ser lógicos; nos hablan de Arios y de Asiáticos y tendrían que ser mucho más afirmativos para convencernos de la pureza de una raza que como la de los arios, la ciencia la pone en duda. Poco nos importa, dado el objeto que nos hemos propuesto en estas líneas. Esta cuestión de razas tendría su importancia si tuviera un resultado práctico. Los pueblos no se apasionan por un problema de etnografía.

El antisemitismo ¿es una querella religiosa? Para los jefes del partido y, sobre todo, para sus jefes ocultos, las congregaciones y también el clero secular, digan lo que quieran en público, la querella es verdad. Pero es curioso que estos jefes confiesen que sienten por los judíos un odio de raza, lo cual es falso, y que hagan protestas de que no quieren resucitar las guerras de religión, lo cual es la verdad. Es que en realidad se dan cuenta de que es muy difícil actualmente provocar en Francia un movimiento religioso.

Para provocar una querella religiosa es necesario tener un ejército que sea religioso en el sentido profundo y sincero de la palabra. Cromwel y Gustavo-Adolfo tuvieron ejércitos religiosos; los soldados del mariscal Booth son religiosos. En Francia solo hay incrédulos ó supersticiosos, y en muchos casos no hay que rascar gran cosa la incredulidad para que enseguida aparezca la superstición. Los franceses creen en los signos fastos y nefastos como sus antepasados los romanos, en los génios bienhechores y malhechores como sus antepasados los germanos, en los fetiches como sus antepasados de las cavernas; pero no son religiosos porque no son místicos. Se comprende desde luego que los jefes antisemitas nieguen que quieran excitar los odios religiosos; la posibilidad de su triunfo en este sentido estribaría en explotar la superstición, extender la creencia en los crímenes rituales de los judíos, cosa que siempre se ha ensayado muy tímidamente en Francia. Ciertos campesinos creen que los judíos adoran el puerco porque ven que no lo comen. La única práctica religiosa que se reprocha con persistencia á los judíos es la de la circuncisión.

Parece, por lo tanto, fuera de duda, que si los jefes antisemitas han logrado reclutar un ejército en Francia, sus soldados no tienen contra los judíos más que ligeros motivos de queja de raza ó de religión. El movimiento antisemita ha tomado cierta importancia por razones de orden *económico.* Diciendo esto parecerá que estamos de acuerdo con la prensa antijudía; nada más lejos de nuestro ánimo. Creemos que los antisemitas son hostiles á los judíos, no porque éstos les hayan arruinado más que los cristianos ó los librepensadores, sino porque se sienten arruinados, porque tienen prejuicios de clase demasiado fuertes que no les dejan ver las causas reales de su ruina, porque se debaten entre lo desconocido y porque creen en la eficacia de las reformas prometidas por los políticos republicanos, librecambistas, proteccionistas ó radicales. La clientela antisemita se recluta, por de pronto, en la pequeña burguesía, entre los pequeños y medianos comerciantes, entre los artesanos, en una palabra, entre esta clase

intermedia cuya desaparición hace tiempo se predijo. Los síntomas de su próxima muerte se acumulan, las condiciones de vida del pequeño rentista, del pequeño comerciante y del artesano, se hacen cada día más difíciles. Es un fenómeno palpable del que todo el mundo se da cuenta, hasta los mismos interesados. Pero todo el mundo se había creído que esta clase media se resignaría fácilmente á desaparecer; como es muy natural, se empeña en querer vivir, y como aquellos enfermos condenados que los médicos cuidan únicamente por deber, se ha dirigido á los charlatanes. El nacionalismo, el antisemitismo, son los sobresaltos de la agonía. En toda la Francia metropolitana, solo hay antisemitas puros en París, y casi puede decirse que están localizados en el centro de la ciudad. Las últimas elecciones municipales son muy características si se las quiere examinar, no desde un punto de vista puramente electoral, sino como una estadística. Dejando á un lado los barrios ricos del oeste, se vé que los socialistas han conservado sus posiciones en los arrabales y que los republicanos moderados y radicales han perdido los suyos en el centro. Y precisamente en este centro es donde están reunidos los comerciantes de productos alimenticios y de artículos de París y los fabricantes de estos artículos. Cuando se dice que el comercio parisién sufre, quiere decirse el comercio de esta categoría. Se ha dicho que el socialismo reclutaba sus adeptos entre todos los descontentos; pero estos pequeños comerciantes lo están, y no tan solo no se han aliado al socialismo, sino que han puesto cara alegre á la reacción, y la reacción, actualmente, se llama antisemitismo y nacionalismo. Sin duda sería exagerado creer que el antisemitismo de la clase media es un sentimiento profundo; la mayor parte de los antisemitas titubearían y se espantarían si se les obligara á traducir en actos su ¡Muerte á los judíos! Es un sentimiento de malestar mal definido lo que ellos sienten, cuyo elemento acaso sea el miedo al socialismo. Y este miedo está justificado: el socialista, el anarquista, si son conscientes, son enemigos de la clase media, de la pequeña burguesía y del pequeño comercio, con igual intensidad que son enemigos de la grande burguesía capitalista. Y hasta una gran revolución social acaso hallara modo de utilizar ciertos rodajes del gran capitalismo, como los grandes almacenes, las grandes instituciones de crédito, que podrían convertirse fácilmente en instrumentos comunistas, pero nada útil puede sacarse de la tiendecita, del sistema de circulación monetaria jornalera. La evolución económica es tal, que la menor medida de interés general, viniere del partido que fuese, se vuelve en detrimento de la clase media, como suprimir los aparadores que estorban en las aceras, permitir que los tranvías que vienen del campo penetren hasta el centro de París, reformas todas que lo mismo puede votar la extrema derecha que la extrema izquierda, que nada tienen de socialistas, pero que de todos modos contribuyen á hundir al pequeño comerciante que se debate sin comprender el por qué. Idles á hablar entonces de una sociedad comunista, es decir, de un conjunto social que será más complejo que la sociedad actual, á estos comerciantes que ven con espanto el menor cambio que pueda sufrir el orden de sus aparadores y cuya única gloria estriba en poder pagar al contado. No entenderían. La propaganda antisemita es mucho más simple para ellos. ¿No marcha el comercio? Pues la culpa es de los judíos. Gritad: ¡Abajo los judíos! y el comercio se pondrá en marcha. Y veréis enseguida como el pequeño comerciante grita: ¡Abajo los judíos! porque, cuando se sufre, hay que gritar siempre alguna cosa.

Pero ¿es que únicamente son antisemitas los pequeños comerciantes? No, ciertamente; en este ejército abigarrado hay una parte de grandes comerciantes, los que trabajan en los límites de las fronteras, que son los intermediarios de la Francia para los franceses, y también una parte de propietarios territoriales, de estos para quienes la tierra no es un medio de trabajo, sinó de especulación. Este doble contingente forma la fuerza del antisemitismo, y como en un sistema parlamentario los intereses se manifiestan bajo nombres de hombres, esta fuer-

za es la que llevó al poder á Méline. Este partido, por otra parte, no se declara siempre antisemita; en realidad, ni es antisemita ni republicano moderado: es *conservador* para mantener los privilegios que aún posee, es *reaccionario* para recuperar los que están camino de desaparecer. El antisemitismo, para una buena parte de comerciantes, para los grandes propietarios territoriales, no es más que un medio *actual* de oposición al medio *eventual* del gobierno. Pero ¿cómo se establece esta vecindad de intereses? Hemos dicho que una parte tan solo del gran comercio es antisemita. En efecto, los grandes armadores de los puertos, los comisionistas para la importación y la exportación, por el mismo carácter de sus negocios, no pueden restringir sus relaciones, no pueden ser nacionalistas ó antisemitas. Pero hay otros, los más numerosos, que compran en Francia y venden en Francia, que tienen á los productos extranjeros las mismas antipatías que los pequeños comerciantes profesan á los grandes almacenes. Para estos la divisa: «la Francia para los franceses», significa: «el comercio francés en manos de los comerciantes franceses.» La fórmula proteccionista parece bastarles de momento, pero como ésta no ha producido nada bueno, la han alargado y convertido en antisemitismo y nacionalismo. En el fondo es la misma cosa, pero esperan, y acaso el cálculo no sea malo, que conquistarán pronto las masas con un sentimiento vago y general, como el patriotismo, como la reivindicación de los intereses económicos, que, al primer vistazo, aparecen como intereses de clases.

Respecto el último cuerpo del ejército antisemita, el de los grandes propietarios territoriales, estaba naturalmente dispuesto, por sus tradiciones religiosas y de educación, á convertirse en antisemita. No hay que olvidar, en efecto, cuando se habla de la población agrícola de Francia, que, á pesar de todas las pretendidas revoluciones, los grandes propietarios territoriales son aún los nobles y los enriquecidos candidatos á la nobleza. El fenómeno es, sobre todo, sensible en el Oeste, Normandía, Bretaña, Maine, Anjou, Poitou, el tercio de la Francia, mientras que, en los países de mediana y de pequeña propiedad, como el Centro, el Este y el valle del Garonne, el campesino vive trabajando y el gran señor ve como van reduciéndose sus rentas, lo cual es para él más grave que verse totalmente arruinado. Para el trabajador agrícola, aun cuando se haga ayudar por criados, la tierra renta siempre por término medio la misma suma de valores en uso; pero lo que disminuye es la renta del terreno gracias á la introducción en el mercado agrícola de las mejores tierras, mejor trabajadas, pero como estas tierras están al otro lado de las fronteras, en América y Australia, un buen proteccionismo, la tierra francesa y sus productos franceses, constituye para ellos la solución. Hay también otra cosa: el gran propietario territorial no ha querido ó no supo ver á tiempo que sus rentas disminuían, y fué tomando cantidades á préstamo, hipotecó sus tierras, y si tuvo que chocar con la banca, con los establecimientos de crédito, donde hay judíos, ó no ha visto más que judíos, he ahí porque el gran propietario territorial, por tradición de casta, por tradición religiosa, y sobre todo por interés, se ha ido convirtiendo en proteccionista, nacionalista y antisemita.

De este modo el antisemitismo recluta sus tropas en el pequeño comercio, en el gran comercio interior y en la aristocracia territorial. Sería una ilusión creer que los intereses económicos de estos diversos grupos son los mismos: los del pequeño y del gran comercio son contradictorios, y no es un triste espectáculo ver el periódico de Jaluzot haciendo una campaña contra los grandes almacenes. Otro periódico órgano de los agentes de cambio es antisemita y truena fuerte contra la alta banca cosmopolita; verdad es que el sindicato de los agentes de cambio comprende pocos judíos y que estos manejan el tinglado tras cortina. No faltarían otras contradicciones internas que dislocaran el partido antisemita poco después de que triunfara. Es incontestable, no obstante, que al día siguiente al del triunfo cada uno de estos elementos podría hallar ventajas en la constitución de un gobierno *fuerte*, realeza, imperio ó república dictato-

rial. Un gobierno verdaderamente digno de este nombre no dejaría de conceder al pequeño comercio impuestos sobre los grandes almacenes, supresión de cooperativas, etc.; por proteccionismo bien entendido aseguraría al gran comercio el monopolio del comercio nacional y á los propietarios territoriales la venta á elevado precio de los productos agrícolas.

En la evolución general todo esto tendría una importancia meramente momentánea, pero serviría para edificar ó consolidar algunas fortunas particulares. ¡El imperio de Napoleón III bien duró dieciocho años, el espacio de una generación, y no dejaron de hacerse algunos fortunones!

Estas son, por consiguiente, las razones económicas que pueden explicarnos el antisemitismo de ciertas clases de la sociedad, enemigas aliadas contra nosotros. ¿Gritaremos, por lo tanto, también nosotros, socialistas y anarquistas ¡abajo los judíos! La actitud que tomaríamos no es propia de los revolucionarios que aquí están reunidos; el problema se plantea lo mismo por lo que concierne á los socialistas reformistas, por los verdaderamente socialistas, es decir, por los que la preocupación de las reformas no llega hasta el extremo de olvidar completamente el sentido mismo del socialismo. Dejaremos de lado el aspecto religioso de la cuestión, que, para nosotros que queremos la destrucción de todas, no podemos entretenernos en escojer cual es la mejor. Convendremos únicamente en que, á pesar de la opinión general que quiere que una minoría practique menos la indiferencia que una mayoría, hay que conceder á los judíos que éstos observan muy poco los ricos judaicos y que no tratan de reclutar adeptos. Todo lo que podría reprochárseles es que se convierten fácilmente en cristianos y antisemitas.

La cuestión de raza no nos merece tampoco largo examen. En efecto, aun cuando creamos en la diferencia esencial é irreductible de las razas, nuestra lógica estaría perpleja si tuviéramos que sentir simpatía por los árabes y antipatía por los judíos. La lógica antisemita explicará sin duda que es indiferente cortar el pescuezo á los negros del Congo, pueblos inferiores, que prefieren la cristalería al oro, ó que es útil apalear judíos, pueblo inferior que prefiere el oro á los fogonazos de los cañones. Pero si pensamos que no hay pueblos inferiores ni superiores, que hay hombres colocados en ambientes geográficos y climatéricos diferentes, que han evolucionado de modo diverso, pero que pueden evolucionar aún como todos los animales si el medio en que viven cambia, entonces repudiaremos enérgicamente toda disputa de raza.

Y desde entonces, si no podemos atacar especialmente el poderío judío por motivo de secta, ó de casta étnica ¿cómo podremos distinguirla del resto de nuestros adversarios? Hay banqueros judíos, es verdad; ¿pero es que estos banqueros practican la usura y la quiebra de modo diferente que los demás banqueros que no son judíos? Hay jefes de industria, capitalistas judíos, es verdad también; ¿pero acaso tienen procedimientos especiales para confiscar á beneficio suyo el trabajo que deja de pagársenos? Nosotros somos adversarios de los judíos burgueses y capitalistas porque son burgueses y capitalistas y no porque sean judíos, y del propio modo somos adversarios de los cristianos y de los librepensadores burgueses y capitalistas, porque son burgueses y capitalistas. Somos miembros de una clase explotada que se rebela contra una clase explotadora. Ni siquiera somos enemigos de los hombres de esta clase. No hay duda que durante la Revolución habrá venganzas individuales, habrá víctimas, habrá accidentes; pero esto no tiene nada que ver con la obra revolucionaria en sí. La Revolución no será completa sino con la supresión definitiva de las clases y suprimir tan sólo una parte de la clase capitalista dejando subsistir la otra, sería tan tonto y tan ilusorio como suprimir los explotadores dejando subsistente el sistema social del cual no son más queel producto.

No podemos dejar de ignorar las querellas de la clase media. Como clase, como conjunto de intereses económicos, la clase media está tan lejos del prole-

tariado como lo está la clase de los grandes capitalistas; ambas son fuertemente partidarias de la propiedad individual; las dos explotan lo mismo á sus empleados; ni siquiera la clase media puede conceder, como conceden algunas grandes empresas, imperceptibles mejoras como el cese del trabajo durante el domingo. Esto no impide al pequeño comerciante que haga malos negocios y que sufra en su orgullo de comerciante. Se quiere que nos compadezcamos de estos sufrimientos y no podemos, porque nuestra piedad es más general. La clase media se muere; no podemos decir, «¡tanto mejor!», porque este juicio implica otros elementos diferentes de una discusión económica, pero no podemos dejar de hacer constar que este fenómeno está conforme con el sentido normal de la evolución. Aunque la clase media propusiera al proletariado una alianza de esfuerzos contra el gran capitalismo, el proletariado no podría aceptarlo sino exigiendo para él la dirección del movimiento y dirigiéndolo conforme á los intereses del proletariado. Ya se ve cuan imposible es una alianza por el estilo y cuan quimérica sería con una clase cuya rebeldía intelectual no puede elevarse más allá de un antisemitismo.

No podemos ser antisemitas. Algunos teóricos nos preguntarán: ¿Seréis, pues, filosemitas? Si con esto quieren que repudiemos las persecuciones de que son objeto los judíos, si con esto entienden, sobre todo, que nuestra propaganda no se negará á dirigirse á los proletarios judíos, estamos de acuerdo, pero pensamos que nadie podrá creer que sostenemos á los capitalistas judíos. ¿Pero qué propaganda haremos á los proletarios judíos? ¿Les aconsejaremos agruparse, resistir con medios propios ó irse á Palestina á reconstruir el reinado de Israel? En una palabra ¿hay que favorecer el sionismo? Creemos que el sionismo, sino una cobardía, por lo menos es una debilidad. Es incontestable que un gran número de judíos cree que el movimiento antisemita es mucho más intenso de lo que en realidad es. Espantados de los asesinatos, de los saqueos que se han producido en Argel, se figuran que los tiempos de persecución brutal han vuelto de nuevo. Algunos han pensado hasta en esconderse. Hay la gente antisemita é innoble que dirige los periódicos antisemitas; hay los astutos que se abstienen de hacer hablar de ellos mismos, son ricos y saben que su fortuna les pondrá al abrigo de cualquier vejámen, tienen ante ellos el ejemplo de Rusia que expulsó á los pequeños comerciantes en leche pero no tocó lo más mínimo á los grandes propietarios judíos; después hay los pobres diablos judíos que ciertos filántropos, llenos de buena intención, queremos creerlo, excitan á ir á Jerusalén y reedificarla. A estos pobres diablos hay que decirles que si se marcharan á Palestina quedarían grandemente robados. Palestina es una tierra pobre, desolada, poco menos habitable que el desierto de Siria, su vecina. Para que los antiguos judíos hayan visto en ella la Tierra prometida, fuéles necesario la muerte de la generación de Moisés. Si se quiere crear colonias de judíos, escójanse por lo menos tierras en que la vida sea posible. Pero precisamente porque nosotros creemos que es ilusoria toda tentativa de segregación, hemos combatido siempre el principio de las colonias, hasta de las libertarias, y no tan sólo no queremos favorecer el sionismo sino que somos adversarios de este movimiento. No somos sionistas porque desde el momento que todos los pueblos, por la semejanza de sus intereses económicos, tienden, á pesar de todos los obstáculos, á suprimir las fronteras, el sionismo no pide menos que la reconstitución de una nación judía. Y nosotros somos internacionalistas. No somos sionistas porque la emigración de los judíos disminuiría la masa proletaria activa. Arrebatar los judíos á la causa revolucionaria es quitar á esta causa uno de sus elementos más enérgicos, más inteligentes, más conscientes. La colonias sionistas, tal como nos las pintan, no son siquiera colonias socialistas ó libertarias, como se ha ensayado en América. Los judíos trasportados á Palestina serían, económicamente, los esclavos de los que los hubieran arrastrado allí. Pero aún cuando Sión fuese una colonia comunista anarquista no la aprobaríamos. Creemos y hemos pensado

siempre que es absolutamente imposible hacer vivir un ensayo de comunismo si la revolución integral no ha derribado antes el orden capitalista todo entero. Una colonia encerrada en estrechas proporciones no tiene gran interés. Si se desarrolla, se pone forzosamente en relación con el sistema mercantil y capitalista y queda entonces ahogada enseguida. En Palestina este peligro sería mucho más inminente que en parte alguna, porque, según hemos dicho, Palestina es un país pobre, uno de los más pobres entre los países del borde del Mediterráneo que tantos desiertos cuenta. Para vivir allí una colonia sionista se vería obligada á hacer lo que siempre han hecho los pueblos del Mediterráneo: representar el papel de intermediario entre los países productores. Este papel, en efecto, que se ha considerado como una característica de la raza judía, no lo impone el temperamento de los hombres, sino el ambiente geográfico en que viven. Los mediterráneos han sido y son aún intermediarios. Favorecer un éxodo de los judíos hacia Palestina es arrojarlos en el sistema comercial é improductivo de valores en uso. En resumen: el sionismo capitalista no es deseable y una tentativa de sionismo comunista sería un fracaso.

Hay una última consideración, en fin, que tenemos que examinar á propósito del antisemitismo. Algunos camaradas revolucionarios, de cuyas intenciones no tenemos el derecho de sospechar, han presentado el siguiente argumento: «la teoría antisemita no se aguanta, estamos de acuerdo; pero los antisemitas, con la violencia de sus procedimientos, habitúan al pueblo á los medios revolucionarios; atacan con razón ó sin ella y á veces hasta hacen bambolear aquello mismo que quieren sostener y restaurar; nos son, por consiguiente, útiles. ¿Por qué no ayudarles en su obra de demolición? Comenzemos pegando á su lado, y si somos bastante hábiles, el movimiento se dirigirá contra ellos y á favor de nuestras ideas.»

No creemos valga gran cosa esta argumentación. Por de pronto, no es del todo cierto que con el espectáculo de los procedimientos antisemitas la *multitud se habitúe á los procedimientos revolucionarios*. Le parecerá que es una buena distracción este «romper silenciosamente alguna cabeza,» pero todos nosotros sabemos bien y mejor lo comprenden los burgueses, que esta operación es muy poquita cosa en el conjunto de los procedimientos revolucionarios. Ante las gentes honradas los antisemitas pasan por bravos, pero á los anarquistas continúan teniéndolos por asesinos. Estas consideraciones son, por lo demás, de orden secundario. Pero allí donde se equivocan nuestros camaradas es cuando creen que los antisemitas tienen una teoría destructiva; es ser víctima del lenguaje violento que arrastra únicamente masas inconscientes las cuales vuelven en seguida al orden cuando el momento ha pasado. Es engañarse contar con las equivocaciones de los políticos antisemitas al día siguiente de su victoria; no cometerían locuras irreparables porque están dirigidos por gentes de habilidad consumada. Una alianza con los antisemitas no aportaría nada al proletariado y podría costarle mucho. Primeramente costaríale pérdida de tiempo, tiempo que mejor se emplearía en una propaganda directa, efectuada netamente desde el punto de vista de los únicos intereses del proletariado. Le costaría hombres que serían fuerzas perdidas, pues no hay que olvidar que muchos compañeros tienen la consciencia comunista revolucionaria muy vacilante. ¿Cómo demostrar á éstos la insuficiencia, la puerilidad de una fórmula tan simplista como el antisemitismo, si en la acción marchamos al lado de los que combatimos en teoría? Perderíamos en ello dignidad, y significaría el abandono tácito, parcial, temporal, de una línea de conducta que forma una parte de nuestra fuerza: la nitidez del objetivo que perseguimos; é implicaría, además, un rebajamiento de carácter marchando al lado de gentes de una moral social inferior. Marchar al lado de los antisemitas es tomar asimismo puesto en el nacionalismo, el cual no pasa de ser una forma del mismo engaño.

GRUPO DE ESTUDIANTES SOCIALISTAS REVOLUCIONARIOS
INTERNACIONALISTAS DE PARÍS

De la actitud de los anarquistas en el asunto Dreyfus

Soy demasiado enemigo de todo sectarismo para limitar nuestras concepciones á las fórmulas estrechas de un credo ó de un dogma. Si el objetivo es uno, el movimiento es mil, tan variado como los temperamentos. Todo está en el objetivo por el movimiento sin ataduras ni obstáculos.

Sin embargo, el anarquismo tiene una razón de ser, un *principio* sobre el cual descansa su concepción. Este principio es: *la negación gubernamental.* Y precisamente es sobre este punto preciso que el socialismo libertario difiere del socialismo autoritario. Puede decirse que la negación gubernamental es el principio de la anarquía, su razón de ser.

I.—*La mentira oportunista*

Llamarse anarquista y preferir teóricamente un gobierno á otro, es un contrasentido, un absurdo.

Así como no comprendemos que un ateo perore sobre la mejor religión, que un médico pregone las excelencias del mejor microbio, un marxista teorizando sobre el mejor patrono y un hombre de buena salud ingeniándose para descubrir cual es la mejor enfermedad, del propio modo, si *gobernar es mentir,* ¿pueden nuestros apóstoles de la verdad optar por el gobierno mejor? En la vida material se puede preferir una cosa menos mala, pero en el ejercicio de nuestras teorías demoledoras, hablar de mejorar lo malo es confundirse con los políticos reformistas. Preferir es votar. El que vota *prefiere;* precisamente vota porque prefiere, y en esto es lógico.

Nosotros reconocemos que la Autoridad es mala, que es malo todo lo que nos ofrece. Y lo malo no se mejora, se suprime. Despojado de toda fraseología, este es nuestro argumento más fuerte. Falta explicarlo.

En la querella que actualmente divide á los socialistas, encuentro que los guesdistas son más lógicos desde *el punto de vista estrictamente socialista.* En sus diferencias no hay más que una cuestión de táctica que los divide. El principio está á salvo. Un socialista podía muy bien formar parte de un ministerio burgués, ya que el socialista persigue la conquista de los poderes públicos. Unicamente puede debatirse el *oportunismo* de la conducta y la *integralidad* de la doctrina.

Mientras que nosotros, los anarquistas, defender un gobierno es perder la razón de ser, es suicidarnos.

Me parece que oigo ergotizar á los que tienen la monomanía declamatoria, sobre la palabra *principio.* Pues bien, sí; principio, raíz del árbol anarquista: negación gubernamental. Si así no fuese cualquier fusilador de obreros podría proclamarse anarquista y la confusión no tendría límites. Todos nuestros ergotistas del anarquismo-dreyfusista saben esto tan bien como nosotros; yo lo «aprendí» de ellos, antes que llegaran las épocas gloriosas de Longchamps y del 20 de Agosto.

II.—*La cuestión no se planteará*

Recientemente pudo leerse en un periódico de «la Idea» un artículo titulado *A propósito del Congreso,* en el cual su firmante invitaba á la mayoría deliberante á ahogar el presente debate cual pudiera hacerse con un pollo. Oid:

«¡Pero qué diablo viene hacer aquí el tema de «los anarquistas y el asunto Dreyfus?» ¡Yo creí que esta cuestión estaba terminada tiempo hace! ¿Quién habla hoy de Dreyfus? ¿quién sueña en ello? ¿quién se preocupa é interesa?

»Creí que Dreyfus estaba libre, que era rico, feliz, ¿me habré equivocado? No lo creo. ¿Qué utilidad puede tener resucitar polémicas á que dió lugar la actitud, que retengo por excelente, de los anarquistas...

»... No puedo suponer que se encuentren anarquistas dispuestos á *juzgar*. Estoy seguro de que en todo caso no los habrá dispuestos á comparecer ante este inverosímil tribunal. Es una consideración con la cual no han soñado los que han hecho inscribir en la orden del día esta cuestión.

»Quiero creer que bastará señalarla para que los autores de la proposición la retiren y para que *el Congreso se niegue á examinarla.*» (*Le Libertaire*, n.º 42).

Este articulista poco experto nos hace venir á la memoria al famoso presidente Delegorgue del proceso Zola, que á cada cuestión molesta de Labori respondía invariablemente: «La cuestión no se planteará.»

Entre anarquistas todos los asuntos pueden plantearse y llevarse al Congreso y éste no podrá negarse á examinarlos, so pena de anularlos todos. Respecto á la personalidad Dreyfus, rico, feliz y libre, no me ha inquietado nunca, y dejo este cuidado á los que en artículos de un dreyfusismo acentuado parecía que se preocupaban de su suerte.

Virtualmente el asunto Dreyfus puede darse por terminado. Las causas persisten, los resultados de la nefasta campaña dreyfusista se dejarán sentir durante mucho tiempo, y podemos desprender una lección.

Es igual que se sustituya la palabra *criticar* por la de *juzgar*. Son palabras vacías buenas para los conductores de personas. La cuestión se ha planteado teóricamente.

III.—*Libertades adquiridas*

Era inútil que ayer nos cubriéramos de injurias para terminar hoy dándonos la razón en reciente manifiesto concerniente á las *libertades adquiridas*. Decidido á no personalizar, no me dirijo á una determinada categoría de individuos que saben también como yo lo que voy á decir. Me limitaré á desvanecer el equívoco de ciertos doctrinarios.

Lo que se llama *libertades adquiridas* es el juguete conque los políticos distraen al pueblo. Es un anzuelo electoral. Es la fe en lo mejor que nuestros anticlericales distribuyen en lugar de la fe moral. Las libertades existen y no existen: están á merced del capricho de los gobiernos.

Hablaremos de la *libertad de reunión*. Se tolera muchas veces por pequeñas necesidades policiacas, y se suprime por razón de Estado (léase Congreso).

Libertad de la prensa. Muchos de los nuestros están aún en presidio ó desterrados por algunas líneas que escribieron.

Libertad de pensar. Hacemos congresos en Londres, Bruselas, Zurich, Amsterdam, etc. Cada vez que la persecución se desencadena en Francia, los revolucionarios han tenido que pedir asilo á la monárquica Inglaterra. Esto que llaman libertades no tiene nada que ver con la *forma* de los gobiernos. La República francesa ha dictado las *Leyes malvadas*, superiores en salvajismo á las leyes de *seguridad general* que dió el Imperio.

Monarquía, Imperio, República, es la misma farsa gubernamental con nombres diferentes. Preferir un gobierno á otro es cuestión de estómago. Hay políticos que tienen el estómago republicano, otros monárquico, socialista algunos. *La Política es la práctica de todas estas preferencias de apetito*, y nada más.

Cuando se prefiere, lógicamente hay que votar. Cuando se imputa á un gobierno cualquiera el mantenimiento de las *libertades adquiridas*, hay que votar para conquistar otras. Es lógico. Y los que de entre nosotros han optado por el

voto á consecuencia de estas palinodias han tenido el mérito de ir hasta el final de su pensamiento. Otros, maldiciendo sin duda este volver de los tiempos viejos, no han tenido este valor y han permanecido entre dos aguas, ni han sido carne de revolucionario ni carne de agua dulce electoral.

¡Extraña suposición la que tendiera á hacer creer que un gobierno puede modificar á su antojo *el estado de alma, el pensamiento social,* y que la República plebiscitaria ó un régimen monárquico puede ser más subversivo que una República con leyes malvadas, vilsonista y panamista!

No obstante, antes del *affaire,* oímos á estos anarquistas denunciar indignados el peligro extra autoritario del socialismo. La opinión unánime creía, en efecto, que no podía haber gobierno más sectario, más nivelador, más asesino de la libertad individual, que un gobierno socialista. ¿Puede concebirse un partido más contrario al espíritu de tolerancia que el que se permite regentar hombres y cosas con tanta estrechez de espíritu de secta y que excomulgue con tanta arrogancia (incidente Allemane-Faberot) al individuo que quiera librarse de los lazos de bandería apoyándose en el primordial derecho de libertad individual? El que lo intente caerá bajo los rayos del Vaticano alemanista, broussista ó guesdista, en nombre de «la disciplina que constituye la fuerza principal de todo partido.» *(Aurore,* 21 Septiembre) (es la fórmula de los consejos de guerra que querían ahogar á Dreyfus), ó en virtud de tal ó cual artículo, reglamento, ó acuerdo de tal ó cual congreso.

Es chocante ver las coqueterías desplegadas actualmente y como algunos se preocupan para atraerse á nuestros adversarios de ayer. ¡Sed anticlericales, antinacionalistas, antimilitaristas, pero evitad molestias á Gallifet-Millerand, á Millerand-Paquin ó á Millerand-Chalon! ¡Haríais el juego de la *reacción!* Lo cual dió por motivo que durante el primer período de elecciones municipales *nosotros no existimos.*

La teoría de las «preferencias» nos trajo á este callejón sin salida. El *Affaire* trajo una cola interminable.

IV.—*Primeras declaraciones*

Los anarquistas que más tarde se declararon dreyfusistas dijeron al principio que el *Affaire* les tenía sin cuidado:

«De una y otra parte, las mismas preocupaciones entorno del mismo personaje, el llamado Dreyfus. Pero, abominables lametraseros de la prensa antisemita ó semita, oportunista ó revolucionaria ¿cuando habéis levantado la voz para ir en socorro de los centenares y millares de desgraciados asesinados en la Nouvelle, en Cayenne ó en Biribi?» *(Libertaire,* n.º 104.—La scie Dreyfus).

Y terminaban diciendo «que jamás pondrían los piés en esta cloaca.»

Leed aun:

«Sea, no hay asunto Dreyfus. ¡Que nos importa á nosotros, que á nadie concedemos el derecho de juzgar, que se revise ó no el proceso de este individuo!» *(Libertaire,* n.º 109.—Le jouet de l'année.)

Vinieron enseguida las amistades con el cielo dreyfusista. Oficiosamente se editó el pasquín contra el proceso á vista cerrada. En respuesta á las vivas polémicas que levantó, apareció el folleto, *los anarquistas y el asunto Dreyfus.*

En este folleto de declaraciones netas y precisas y cuyos argumentos se contradijeron y destruyeron enseguida se leía la siguiente frase: «He aquí porque *no defendemos ni la inocencia del uno* ni la culpabilidad del otro... porque estamos distanciados de la coalición esterhaziana y de la alianza dreyfusista.»

Pero los acontecimientos se iban precipitando, y multiplicándose los incidentes, cruzándose las provocaciones. La calle principiaba á hervir. Había aire de pólvora revolucionaria. El asunto Dreyfus parecía no ser el asunto Dreyfus.

Nuestro lugar debía estar evidentemente en primera fila, pero con nuestra

propia bandera, sin hacer el juego de los partidos ni de las razas. Debíamos de estar en contacto con la multitud, no para presentarle teorías degradadas ó maltrechas, no para explotar sus cóleras ó sus odios, sino para orientarlas fuera de las empresas de los impostores y de los barnums.

La situación se iba haciendo crítica. Pronto pareció que perdimos nuestra sangre fría. Pronto se destacó en letras enormes sobre los anuncios de nuestros principales empresarios: *¡Dreyfus es inocente!—¡La República en peligro!*

V.—*La inocencia de Dreyfus*

¿En qué podía interesarnos esta inocencia? ¿Debíamos ó no preocuparnos de la inocencia ó culpabilidad legal de un individuo?

Teórica y prácticamente no había más que *tres* campos en que escojer.

1.º *Los antidreyfusistas:* antisemitas, militaristas, nacionalistas y clericales bailando la danza canaca al rededor de la víctima, inocente ó culpable, para que continuara en presidio, purgando en él por ser judío. Era todo su argumento, argumento de bruto.

2.º *Los dreyfusistas,* con todo el cortejo de los argumentos *legales:* revisión, gracia, rehabilitación, castigo de los falsarios. Dreyfus es inocente; es necesario que salga de presidio.

3.º Ante estos bandos tenía que surgir el del *Anarquista,* explicando la inocencia sociológica de todos los hombres en una sociedad que se arroga el derecho de castigar los crímenes que no sabe prevenir. Podía haber servido para argumentar contra el ejército matador de energías, matón de las naciones; contra la magistratura débil cuando no venal, arrodillada ante el oro, arrogante y despiadada contra el más débil; argumentar, en fin, contra todos los puntales de la sociedad, contra el mismo poder (el Supremo nos hubiera dado más tarde motivos para combatirle), pero sin tomar parte, sin casarnos con las disputas de la prensa, sin ocuparnos de Esterhazy ó de Dreyfus, como se hizo más tarde y lo probaré.

VI.—*Tiempos pasados que vuelven*

La historia se repite, puesto que después de los primeros artículos tan claros y precisos que he citado, he aquí el reverso. En el *Libertaire,* n.º 145, pudo verse esta visión melodramática:

«Dreyfus es inocente!

»Yo veo en el asunto Dreyfus y con ayuda de la extrema agitación que desencadena, una ocasión como pocas se presentan, para apoyar sobre realidades aplastantes y simples *las convicciones para las cuales vivo...*

»Sé que Dreyfus es inocente.

»Yo veo pintado el sufrimiento en su cara, sus brazos tendidos hacia los suyos, oigo una voz que suplica.

»Y veo á los bandidos y á los falsarios, á los cobardes y á los subvencionados, á los fanáticos y á los patrioteros como le escupen á la cara, como ríen con sus torturas y triunfan...»

Este estilo de nodriza sentimental causa náuseas. Hace un poco de ruído, como los truenos de teatro.

Parece que el *pueblo necesita esto.* Pueblo feliz que pronto tendrá *su* periódico. De todos modos estamos ya lejos de los artículos «la scie Dreyfus» y «jouet de l'année.»

La historia se repite. Pronto navegaremos en pleno mar dreyfusista... hasta Argel. Ignorante en aquella época de los tráficos electorales, acepté tomar parte en la expedición contra Drumont y su contrario llevando la buena nueva *abs-*

tencionista. Mas tarde aprendí que los accionistas de esta expedición no tenían nada de común con los comanditarios que se me habían indicado y con los cuales marchamos juntos á beneficio de nuestro camarada-barnum (hoy eclipsado del movimiento) y por cuenta de un rico banquero que nada tenía de abstencionista. Esta pequeña experiencia me abrió los ojos y ví los tras cortina de una pequeña industria ejercida por ciertos profesionales de color anarquista.

La lucha se hacía cada vez más aguda.

Habiéndose fundado el periódico diario, el dreyfusismo anarquista pudo arrojar el antifaz, declarándose netamente «dreyfusista.» (n.º 9).

VII.—*A los anticlericales*

Se puede comer cura y comer Jesus, con tanta mayor avidez especial que el rabino, el protestante y el masón son aliados en la batalla. Cuando hay *partido,* hay alianza. Y cuando hay una alianza, hay á menudo tratados tácitos ó declarados.

Así se constituyó lo que yo llamé *el Peligro anticlerical,* nuestra fuerza al servicio de sindicatos masónicos y judaizantes.

El judío que permanece judío, que no quiere aislarse de su casta ni abandonar las preocupaciones de su religión, el judío parroquiano de Zadoc-Kahn, el judío que defiende rudamente «la aristocracia de su raza,» este *youpin* judaizante es nuestro enemigo con igual título que el *calotin* clericoide ó el masón que se dedica á las pantomimas de su rito ó á los pequeños cálculos de sus ambiciones políticas. El judío que con los Reinach, los Ephrusi y los Rothschild se parapeta detrás de sus sacos de escudos y pone guardias á sus privilegios, es nuestro enemigo de igual modo que el burgués capitalista.

Es el judío nacido tal y que ha abdicado de sus errores religiosos y de sus pretensiones de raza, el que podemos llamar nuestro, puesto que ya no es judío; es ciudadano del mundo.

He aquí lo que había que distinguir y lo que no se quiso ver. Yo digo que los que desencadenaron dentro de la anarquía este inverosímil movimiento de filosemitismo (el derecho de ser judío, etc.) han incurrido en grave responsabilidad. Nosotros debíamos permanecer entre los dos polos; filosemitismo y antisemitismo. No teníamos que tomar parte por unos ni por otros. Al tomar la defensa de unas teníamos que hacer una guerra de opiniones tan ilógica y tan necia á los nacionalistas ó antisemitas, como éstos la han hecho infame á los semitas. Al organizar «manifestaciones para defender la raza perseguida», nos convertíamos en sostenedores, en los perros guardianes de una cierta clase de capitalistas.

Lo mismo respecto los Hermanos Tres-Puntos de la doctrina masónica. Hay entre los anticlericales logias que son simples Homais que han leído á Voltaire, que sirven de comparsas, formando excelentes reclutas para la *Liga de acción republicana,* comités de salvamento; *ligas anticlericales,* ligas de... sociedades de... comité electoral de .. donde se guisa á lo político. La masa sigue á ciegas sin apercibirse de las maniobras ocultas.

Antireligiosos y antipolíticos, nosotros debíamos evitar los peligros del rodaje judeo-masónico.

VIII.—*En plena confusión*

La desviación fué acentuándose y marchando al paso de carga de las manifestaciones más insólitas y extravagantes. El presidente de la República burguesa fué agredido en Longchamps y presenciamos el espectáculo repugnante que dieron los revolucionarios constituyéndose en defensores de un presidente de república (escoltado por su policía y sus coraceros), sostenedores de un gobierno destinado á fusilar anarquistas y obreros.

Sin embargo, *Les Temps Nouveaux,* se pronunció de modo muy claro y preciso, por la pluma de Juan Grave, de este modo:

«Pero si tenemos una labor neta, precisa, trazada por un período de acción revolucionaria, ¿qué hubiera ido á hacer yo en Longchamps?

»¿Proclamar mis aspiraciones? No hubiera podido sin correr el riesgo de ser apaleado por los partidarios de Loubet y por los mismos reaccionarios cuyo juego habría ayudado...

»Yo creo que el anarquista debe apartarse de estas manifestaciones que son la obra ficticia de los políticos y de los periodistas, y donde la multitud aclama lo mismo á Marchand y la conquista, que Loubet, la República ó la paz.

»Tanto más que en la manifestación de Longchamps, *no podíamos ser por completo «nosotros» sin hacer el juego de los reaccionarios; era ponernos á merced de la policía. Hay vecindades que repugnan.*»

Inútil añadir que muchos se abstuvieron. Recomiendo, no obstante, las tendenciosas gracias siguientes que aparecieron al día siguiente en el *Journal du Peuple;* n.º 126:

«Nuestros compañeros han comprendido.

»*Todos* vinieron á afirmar su fuerza y su *abnegación.*

»El ejército de la Revolución se ha erguido ante el *ejército de los pillos.* Gracias á *todos* y ¡adelante!»

Muy fuera de lugar este modo de hablar en nombre de todos. Algunos protestaron como convenía contra este modo de regimentarnos.

¡Manifestación! ¡manifestación!

Es la defensa de Reinach, del inmundo Reinach, el político panamista.

Es la manifestación-ómnibus del 20 de agosto, la que en la Plaza de la República va á combatir á «los bandidos reaccionarios» que están en las cercanías de la calle de Chabrol. Decidido á dejar á un lado las cuestiones irritantes, paso de largo.

Un viento de locura sopla siempre. Se proyecta un desfile de anarquistas ante la tribuna presidencial durante la fiesta del *triunfo de la República.*

«Dando el ejemplo de abnegación, nosotros, los indomables, hemos aportado lealmente nuestro concurso á la defensa de la República, sabiendo bien que muerta ésta, acaso tardaríamos veinte años en volver al punto en que hemos llegado. Hoy más que nunca la República, nuestro último campo de batalla, está amenazado.

»Ciudadanos, compañeros, amigos, de pie, estemos prontos.» *(J. du P.,* número 216).

Escuchad los puros acentos de este lirismo republicano:

»Compréndase la grandeza y la fuerza de una manifestación en que la multitud inmensa de republicanos cantará el hosanna de las libertades *intangibles* en el momento en que los que quisieran ahogar estas libertades *responderán de su crimen ante el Supremo.*» *(Journal du Peuple,* n.º 223).

La pendiente era fatal. La lógica de su ilogismo debía fatalmente conducirles hasta el

IX. —*Rebajamiento judicial*

Este lenguaje de puro magistrado corona el error filosemita. No se supo aprovechar la ocasión de protestar altamente contra los procedimientos del tribunal supremo en general y demostrar al propio tiempo todo lo que hay de odioso en este abuso de los gobiernos que se aprovechan de su paso por el poder para aplastar á sus adversarios en virtud del elocuente axioma de Clemenceau: «En política, no hay justicia.» Hubiera sido el único modo de distinguirnos netamente de los dreyfusistas que perseguían su obra de «justicia» y de partido.

Había llegado el momento en que los anarquistas que se habían dejado

arrastrar tan lejos por las pasiones de la lucha, debían ver claro y separarse de un dreyfusismo legalitario que ya principiaba á entrar en componendas con el gobierno.

Entonces, sacudiéndose los anarquistas todas las apariencias calumniosas, acudiendo á todos los puntos de agitación, hubieran favorecido de modo considerable por la integralidad de su conducta, el alcance de su propaganda general. Y nada se hizo gracias á este maridaje con las querellas de sus periodistas.

Cuando hay conductores hay rebaño. Los conductores tienen programa y pasiones. El rebaño marca el paso y espera que el pastor dé la señal. Por esto nadie se decidió á obrar.

Además, en el transcurso de esta demasiado larga batalla, habían dividido la sociedad en dos partes. De una los malditos: nacionalistas, antisemitas, militaristas, los del territorio interdicho, excomulgado, entregado al odio sectario de los dreyfusistas. Esta situación dura aún. De otra parte los simpáticos, los *aliados* del combate, unos aliados que actualmente parece que se avergüenzan de nuestra alianza: socialistas, burgueses, dreyfusistas, detrás de los cuales nosotros no hicimos más que marcar el paso, servirles de escolta, como individuos puestos á su disposición.

¿Acaso no habíamos tomado la defensa de un judío judaizante, oficial condecorado y capitalista, que, como dijo Grave, seguramente hubiera sido antidreyfusista si no se hubiese llamado Dreyfus?

Y dejamos pasar una ocasión favorable de protestar contra los altos tribunales y agitar la opinión pública en este sentido. En su lugar nos entretuvimos con jarabes literarios.

El rebaño espera aún.

X.—*Reaccionarios*

He aquí una palabra que siempre me ha parecido chocar en boca de un anarquista cuando ha hablado del partido antisemita ó nacionalista. ¡Reaccionarios! Pero para nosotros son reaccionarios desde el revolucionario socialista que vota, hasta el elector del abate Garnier, que también vota; desde los nacionalistas que gritan ¡viva el ejército!, hasta los socialistas que gritan ¡viva los soldados! Nunca pude comprender el valor anarquista de esta invectiva: «los bandidos reaccionarios,» en boca de gentes que pretenden apartarse con desdén teórico y superior delicadeza de los lugares comunes y de los clichés que contemplamos en los urinarios en días de rencores electorales.

En 1302, el rey de derecho divino, Felipe *el Bello,* descontento de las maniobras papales, lo encarceló en el castillo de Avignon, cual pudiera con un simple tambor.

En 1900, el piadoso Loubet, masón y presidente de la República que cuenta más de 500 representantes del pueblo, se hace enviar reliquias bendecidas por el Papa, y Waldeck de Pontchartrin, otro hermano tres-puntos, recibe la apostólica y romana bendición con ocasión del casamiento de su sobrino.

Millerand Samos, que había votado la separación de la Iglesia y del Estado á principios de la legislativa, como diputado que entonces era, la rechaza como ministro, mientras el clerical Drumont la vota.

¿Dónde están en todo esto los «reaccionarios»?

Drumont será un reaccionario para Reinach, un antidreyfusista para un dreyfusista, un reaccionario, y recíprocamente. Pero para un anarquista lo mismo son reaccionarios Drumont que Reinach, los dreyfusistas que los antidreyfusistas.

Yo no veo donde comienza y donde acaba el reaccionario. Creo que lo son todos aquellos que «reaccionan» contra nosotros, es decir, todos los partidarios de gobierno.

Para nosotros no tenía que haber ni castas malditas ni partidos malditos.

Teníamos que ser los conspiradores permanentes propagando en todos los puntos de la periferia social.

Desgraciadamente para que haya pastores es necesario que existan rebaños. Y para hacerse seguir es necesario agitar una bandera. Ya lo dijo Víctor Cousiderant: «Para poder tener autoridad sobre los hombres es necesario saber dividirlos en *partidos*, con la ayuda de pasiones ficticias y de odios hábilmente sembrados.» Guillot gritaba: ¡al lobo! Hoy hemos gritado ¡viva el judío! y ¡abajo el judío!, lo cual es igualmente idiota.

Podíamos combatir al antisemitismo sin tener que hacer este trabajo de educación servil, idéntico al de nuestros adversarios.

Allemane, competidor de Régis, agitará mañana el espantajo de la reacción» y hará un llamamiento á «todas las buenas voluntades» para que «el tigre excitado con la vista de la sangre judía» entre de nuevo dócilmente en la jaula.

Las «buenas voluntades» se agruparán preocupados únicamente en obedecer á las pasiones con ayuda de las cuales se les ha hecho *trabajar*. Y para hacer retroceder «los espectros» del cosmopolitismo ó de la reacción se juntarán en un voto común. Nada de abstención sobre todo. Entre dos males ya es sabido que hay que escojer el menor. No habrá, pues, abstenciones.

Yo me pregunto como estos compadres pueden mirarse sin echarse á reir. «Cosmopolita vendido á los judíos» y «antijudío alterado por la sangre», son dos hermanos que pueden abrazarse tras cortina sin reparo alguno. Si uno de los dos no existiera habría que inventarlo.

Todo esto me recuerda los «camaradas, defendamos la calle,» «los bandidos reaccionarios», los camaradas, de pie, estemos prontos,» conque se nos atronó los oídos. De pie y prontos estuvieron esperando la orden final de: «camaradas, hemos reflexionado...» para que se marcharan á acostarse. ¡Naturalezas excelentes!

XI.—Conclusión

En estos tiempos de dreyfusismo agonizante, el anarquista dreyfusista ha caído de su error. Dentro de poco su especie habrá desaparecido por completo y solamente podrá hallársela en estado fósil en los terrenos de estratificación declamatoria.

Pero el affaire Dreyfus, que para nosotros ha sido un excelente ejercicio de terrenos variados, habrá tenido la venteja de enseñarnos de que modo el anarquista puede convertirse en su propio enemigo y devorarse todo sólo.

No valía la pena de tener la boca siempre llena con las palabras: lógica, iniciativa y autonomía individual.

He aquí gentes que truenan contra los privilegios, que sin cesar hablan de rebeldía contra la tiranía de las masas y que toleran en torno de ellos lo que combaten en sus adversarios. Se declaran abstencionistas y, á decir verdad, no votan; no votan *políticamente*. Esto basta á su superior vanidad. Han confiado el cuidado de sus destinos á un determinado número de individuos que no toleran la contradicción ni la competencia y hay que estar con ellos ó cerrar el pico.

Que un individuo pretenda discutir, argumentos en mano, que no todo marcha bien de este modo, y sus palabras preocuparán poquísimo á estos hombres de la verdad y del monopolio. No perderán ocasión de zaheriros y molestaros en lugar de responderos.

No se os permitirá *juzgar* un asunto. *Para la propaganda*, es siempre conveniente, dicen, no sembrar divisiones. Es un pabellón que cubre cualquier mercancía averiada, que sustituye el honor del ejército ó el Dios lo quiere de Pedro el Ermitaño.

Y si esto no basta queda el argumento final: ¿para qué criticar? «hacedlo mejor.» Este «hacedlo mejor» salido de la pluma de un propietario de periódico es todo un poema.

El individuo que se cree emancipado de prejuicios, que considera desdeñosamente al que vota, y que se llama anarquista, se contenta demasiado á menudo con fórmulas y abstracciones sonoras. ¿Basta que un individuo tenga la palabra más ó menos fácil ó una pluma más ó menos hábil, para que tengamos que tomar sus piruetas por excelentes argumentos? De este modo es como se ha constituído entre nosotros la Autoridad de algunos hombres que hacen dictadura de opinión, que constituyen una casta privilegiada.

Es culpa de todos nosotros por haber ayudado á este estado de alma y de cosas. Por inercia y falta de iniciativa, hemos abdicado completamente entre las manos de algunos. Refractarios á las delegaciones y representaciones, hemos creado delegados extra parlamentarios á la opinión pública, que han demostrado no ser mejores que los delegados al parlamento. No somos ángeles. El hombre será inferior á sus teorías. Sabemos perfectamente que cuando se concede á un individuo el derecho de obrar y de hablar en nuestro nombre, es muy natural que use de este derecho, y que cuando se delega un poder, perdemos este poder. De este modo y sin habernos apercibido nos hemos encontrado bajo el yugo de una especie de dictadura literaria ú oratoria.

Recordad los términos del artículo *A propósito del Congreso* publicado en el *Libertaire*, n.º 42, y tened en cuenta sus inverosímiles *tendencias*.

Suponed por un momento una polémica entre un anarquista que puede disponer de un periódico y otro desprovisto de órgano adecuado. Para responder á los argumentos ó á los ataques del primero ¿qué recurso le queda al segundo? Unicamente la buena voluntad de su adversario.

En los periódicos burgueses, el injuriado tiene á lo menos el recurso de la rectificación legal. Me parece que entre nosotros podríamos reemplazar esta sanción de carácter obligatorio por un efecto de justicia humana; que el injuriado ó criticado tuviera derecho á tantas líneas de respuesta para defenderse del ataque ó exponer sus argumentos.

Pero nada semejante se admite. Por regla general es el aplastamiento sin frases. Prefiero la «justicia» burguesa. Semejantes procedimientos repugnan.

Es una mentira pretender que un periódico puede ser él periódico de *todos*. No pasa, y es muy natural que así suceda, de ser el periódico de los que lo escriben.

Lejos de mi ánimo desear la desaparición de los periódicos. Todos pueden responder á una necesidad. Todos conocemos—en su esfera bien especial—la labor límpida y recta de un semanario nuestro. No hago más que indicar aquí el peligro de cierta pequeña tendencia directorial que surgió cuando el affaire Dreyfus y contra la cual es conveniente que el individuo se prevenga.

Util sería que cada individuo pudiera exponer su opinión; que en caso de necesidad pueda lanzar su manifiesto de reivindicación (sistema policopia) si se siente aplastado.

Si alguien quiere aplastarme en nombre de la Anarquía yo me rebelo en nombre de mi Yo.

El individuo podrá útilmente reaccionar entendiéndose y agrupándose con otros individuos, el menor número posible, que haya podido apreciar. Una vez sólidamente agrupados podrán ponerse en relación con otros grupos, y, según las circunstancias, discutirán antes de obrar, se organizaron para lanzar protestas, y si es necesario, oponer una fuerza, hacer contra acción.

De este modo creo que la iniciativa individual tendría un mínimo de efecto útil, y con ayuda de esta coalición pasajera de energía, no nos encontraríamos desarmados é impotentes ante ciertos espectáculos repugnantes y ciertas capitulaciones de conciencia ó de razón como las que he indicado, muy sumariamente por cierto, en el curso de esta memoria.

EMILE JANVION.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE